María José Tirado



matchstories

Índice

28. Altair
29. Cass
30. Altair
31. Cass
32. Altair
33. Cass
34. Cassle
35. Altair
36. Altair
37. Cassle
38. Altair
39. Cassle
40. Altair
41. Cassle
42. Altair
43. Cassle
44. Altair
45. Cassle
46. Altair
47. Cassle
48. Cassle
49. Altair
50. Cassle
51. Cassle
52. Altair
53. Cassle
54. Altair
55. Cassle
56. Kim Shin
57. Cassle
58. Altair
59. Cassle
60. Altair
61. Altair
62. Cassle
63. Altair
64. Cassle
65. Altair

Sinopsis

Cassle Redgrim es la hija mayor de la chamana de una pequeña aldea próxima a la capital del condado élfico de Thandel, y ha crecido feliz entre hierbas, plantas y brebajes. Cuando su madre es acusada de haber dañado a un príncipe elfo con una de sus pociones, decide hacerse pasar por ella para defender su inocencia.

Altair Ryner es el príncipe heredero de la alianza élfica. Odia a los humanos, por eso, cuando su hermano Niowar cae enfermo a causa de una pócima elaborada por mortales, envía a su guardia de mayor confianza a atrapar a la chamana que la ha preparado para que la lleve ante él y poder ajusticiarla por semejante afrenta.

Sin embargo, cuando sus ojos se tropiezan con los de la joven, Altair se da cuenta de que no es la primera vez que se ven, y que, de nuevo, vuelve a sentir que hay algo especial en aquella muchacha de cabellos dorados y mirada tenaz.

¿Será una simple mortal capaz de colarse en el frío corazón del príncipe de hielo?

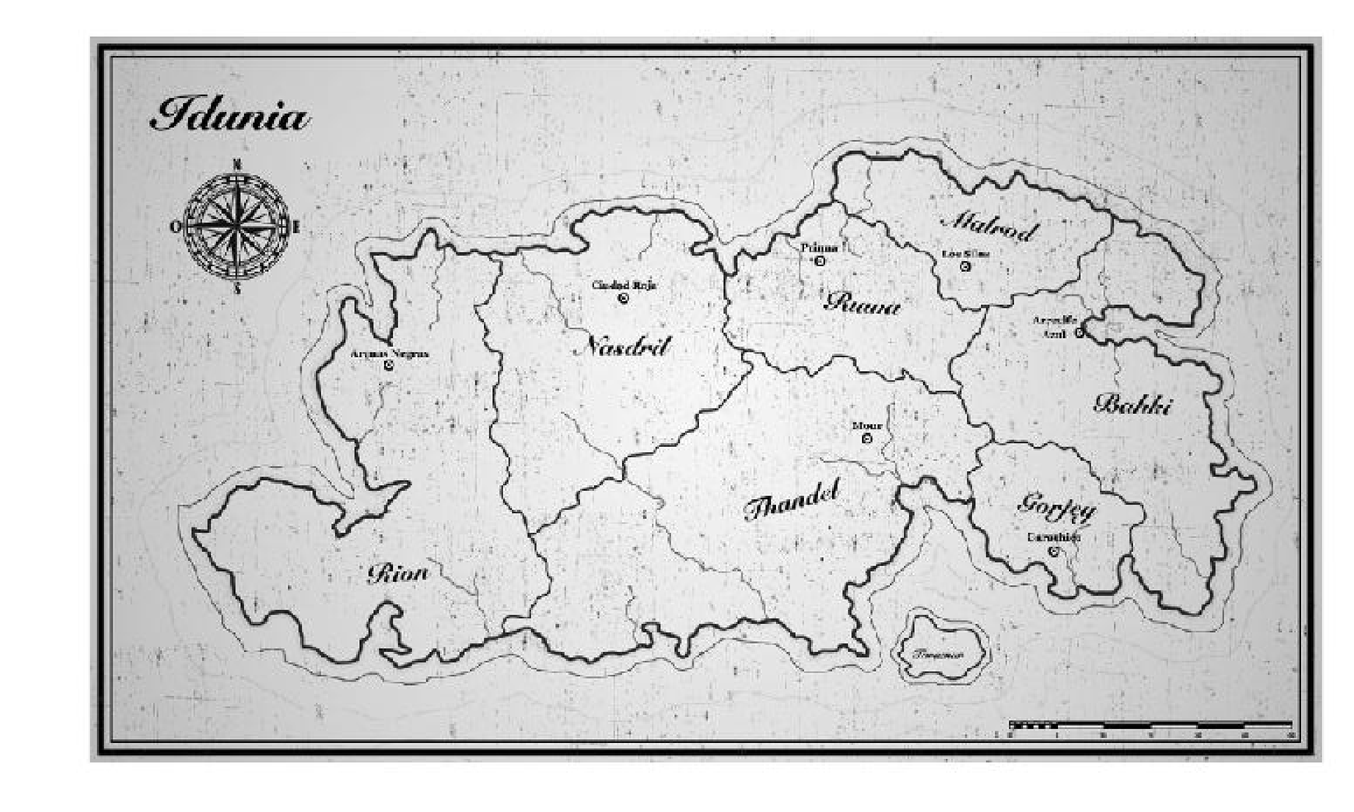
El Príncipe de Hielo

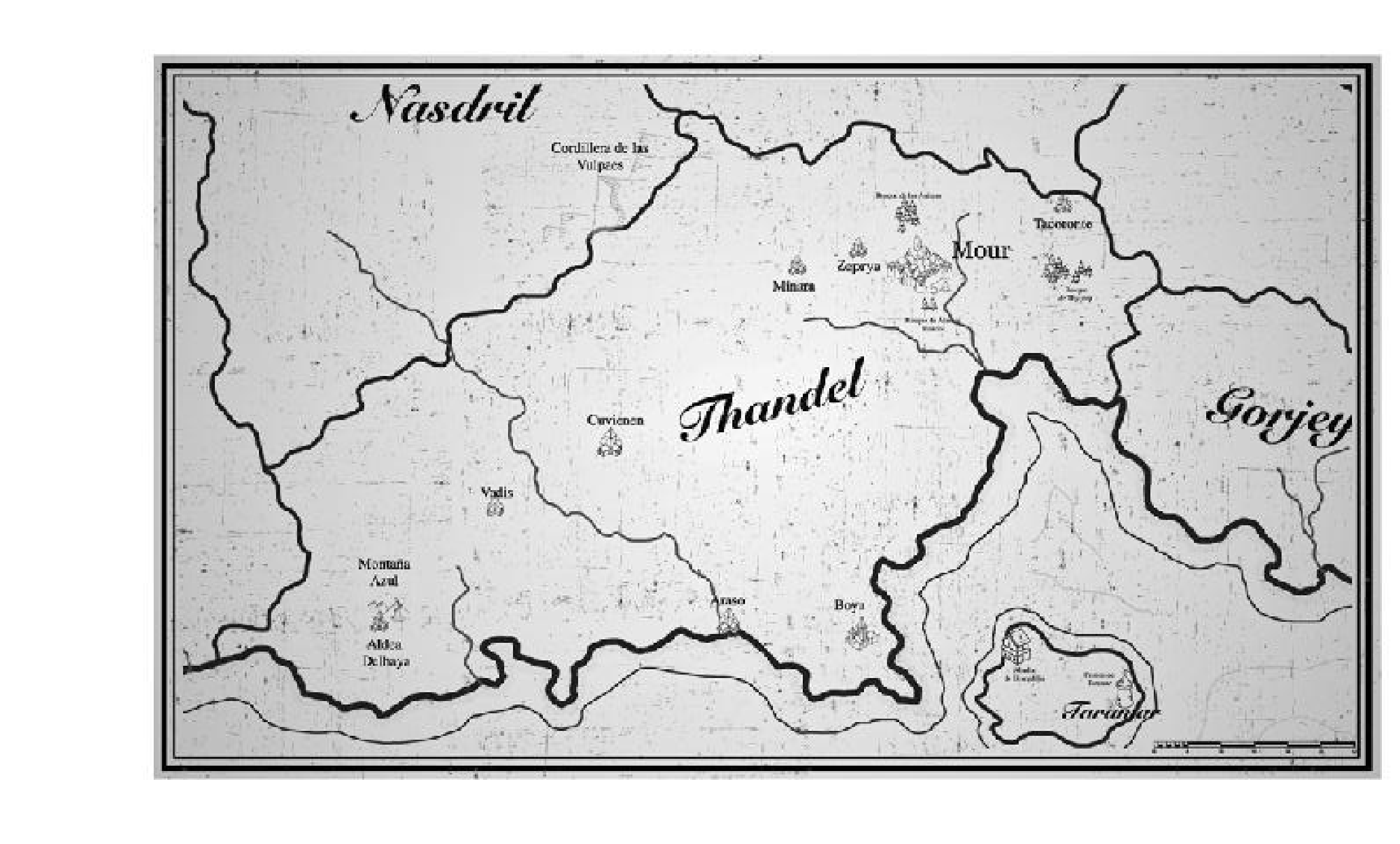
María José Tirado

matchstories

A todos quienes alguna vez
os sentisteis de otro mundo

Para Hugo, Eric y Antonio,
mis regentes élficos


Idunia
N
O
E
S
Nasdril
Ciudad Roja
Ruana
Malrod
Bahki
Gorfey
Thandel
Mour
Rion



Nasdril
Cordillera de las Vulpaes
Thandel
Mour
Zeprya
Minara
Cuvienen
Vadis
Montaña Azul
Aldea Delhaya
Araso
Boya
Gorjey

Prefacio



Un intenso dolor me despierta, siento como si una lanza ardiente me hubiese atravesado el pecho. Es breve, pero poderoso. Me llevo una mano al corazón mientras abro los ojos, y entonces veo a Eyra, mi madre, madre de todos los dioses que rigen Idunia, envuelta en un vaporoso vestido blanco, sentada a mi lado en la cama. Su mirada es compasiva, aunque triste. Su presencia en el Palacio de Cristal, en mi dormitorio, a tan altas horas de la noche me sorprende. Veo entonces la ventana abierta, cómo la brisa estelar mueve las cortinas, sumergiéndolas en una danza sin fin. Ha entrado sin hacer ruido, sin despertar a los sirvientes, esto me hace sospechar que algo grave debe de haber ocurrido en el Monte Celeste. Sin embargo, Eyra no dice nada, me acaricia la frente con los dedos, apartando los cabellos húmedos de sudor con un gesto lleno de ternura. Entonces me doy cuenta de que el dolor ha desaparecido.

—¿Qué sucede, madre? —pregunto al fin, retirando la mano de mi pecho; ya no duele, temo haberlo soñado.

—Querida Hana, mi pequeña, ha llegado el momento de que regreses a Idunia. Debes volver para encontrar a tu hermano Véxor y, en esta ocasión, detenerlo de una vez para siempre.

Sus palabras me sobrecogen. No pienso en mi hermano ni en la venganza. Pienso en él. Solo en él, en el elfo que me robó el corazón,

Wylan. Regresar. Al lugar en el que lo conocí y en el que lo perdí. Y sé que nada será igual, que todo habrá cambiado en estos tres mil años, que cuando esté allí no recordaré mi existencia divina hasta que madre la despierte. Ni siquiera sé si madre le ha permitido reencarnarse, o si lo mantiene prisionero en el Reino de las Brumas, el inframundo de los seres menores, desde entonces. Pero sí sé que si Wylan está en Idunia lo encontraré, sé que podré reconocerlo si vuelvo a cruzarme con él. Y además cumpliré la misión en la que una vez erré: venceré a Véxor, así madre me perdonará y quizá me permita traer a Wylan conmigo al Monte Celeste, al fin.

—Lo haré, madre. Te prometo que esta vez no fallaré.

—Sé que no lo harás, lo he dispuesto todo para que así sea.

1

Cassle



Su mirada es poderosa como el disparo de una flecha, que te alcanza y te sacude, pero no sientes la profundidad de la herida hasta que ves cómo la sangre mana de tu cuerpo y tomas conciencia de que has sido sobrepasada por ella.

Sus ojos son plateados, intensos, penetrantes. Me observan fijamente desde que ha surgido de la maleza, analizándome, como si tratasen de ver en mi interior. Y es como si de pronto todas las historias de terror que me han contado sobre los elfos tomasen cuerpo ante mí. Historias sobre cuánto nos desprecian por considerarnos seres inferiores, sobre su gozo al desollarnos vivos para fabricar abrigos con nuestra piel y los mil modos en los que son capaces de matarnos y disfrutar mientras lo hacen.

Camina en mi dirección, el viento agita su larga cabellera azabache y sus orejas puntiagudas sobresalen entre la cortina de satén de sus cabellos. Su mentón es recto, cuadrado, y aprieta en los labios una mueca de incomodidad. Es alto como una montaña y su cuerpo es robusto y firme. A mis diez años, aún soy demasiado pequeña para distinguir la belleza masculina, sin embargo, no puedo evitar pensar que es un ser hermoso, mucho, como una noche de verano bajo un cielo plagado de estrellas.

Va ataviado con una especie de armadura de cuero negro que se ajusta con firmeza a su pecho, sus brazos y antebrazos, sobre la ropa. En un par de zancadas se sitúa ante mí, que me encuentro arrodillada en el suelo. Miro mis manos, están manchadas de sangre, también mi sencillo vestido de algodón. El elfo me observa un instante y después se vuelve hacia el hermoso caballo negro que está inconsciente, ante mí, con una herida abierta en la pata delantera derecha, justo bajo la rodilla. Al menos ha dejado de sangrar gracias al emplaste de hierbas con el que la he presionado.

El corazón me late con fuerza en los oídos.

Su expresión se torna triste, imagino que por el estado en el que acaba de descubrir al animal. Se acuclilla y le palpa el pulso en el lateral del cuello. Sé cómo se hace, madre me ha enseñado, así como sé que, según la fuerza y el ritmo de los latidos de su corazón, puede saberse la gravedad de su estado.

—*Farat*, ¿qué te ha pasado, amigo? —le susurra al animal con dulzura, su voz es firme y profunda. Esperaba una voz mucho más... aterradora. Se fija entonces en el vendaje de hojas que le he aplicado en la pata herida.

—Sangraba mucho —digo, y me mira—. Parece que se ha caído desde ahí arriba —continúo, indicando hacia un saliente de roca que hay justo sobre nuestras cabezas—. Ha perdido mucha sangre, he taponado la herida con ortigas, pero necesita despertar y beber agua para recuperarse.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? ¿Acaso no sabes que este bosque está prohibido para los *mujins*? —me pregunta atravesándome con su mirada plateada. Hay rabia en su voz, aunque trata de no reflejarla en su rostro. Así nos llaman los elfos, *mujins*, o «los de sangre fugaz», por nuestra existencia tan breve en comparación con la suya.

—Estaba recogiendo flores y plantas en la orilla, más abajo. No había entrado en el Bosque de las Ánimas, pero oí un golpe fuerte, me acerqué y lo vi, su cabeza había caído dentro del arroyo y estaba ahogándose —relato indicando mi vestido empapado, amplias manchas de sangre cubren los bajos—. Me he mojado al sacarle la cabeza del agua.

—¿Tú sola lo has movido?

—Sí. —Sé que debe de sorprenderle, pero soy más fuerte que cualquier niño de mi edad—. Las ortigas han ayudado a detener el

sangrado.

—¿Por qué sabes tanto de hierbas? ¿Quién eres tú?

Su pregunta me sacude, me hace sentir mal de inmediato. Nadie sabe que mi madre es una *mudang*, una chamana, es un secreto. Cuando venimos a la llanura que rodea el Bosque de las Ánimas, fingimos recolectar flores con las que hacer adornos y decorar nuestra humilde vivienda, o palmas con las que padre hace empleitas. Pero en realidad llenamos nuestros zurrones de plantas medicinales que madre utiliza para curarnos a mí y a mis hermanos Eldan y Ange cuando enfermamos. Por eso los tres tenemos una salud de hierro. Debo inventar una excusa: madre nos ha advertido que, si alguien descubre que es *mudang*, nuestras vidas cambiarán para siempre.

—No entiendo de hierbas, es algo que me hicieron a mí cuando era pequeña y me herí la pierna —miento. Odio hacerlo, me provoca opresión en el estómago, pero en este momento, aunque solo sea una niña, sé que es cuestión de vida o muerte.

Ojalá no me hubiese alejado tanto ascendiendo el cauce del arroyo. Madre jamás traspasa el límite sur del bosque. Siempre permanecemos junto a la llanura de matorral alto, una zona amplia y rebosante de vegetación en la que, junto al vergel que crece paralelo al arroyo, encontramos la mayoría de las plantas que necesitamos. Pero hoy nada más llegar oímos varias cornetas, ella alzó la vista hacia el bosque prohibido, utilizando la mano como parasol, y me advirtió que debíamos darnos prisa, porque eso significaba que había elfos cazando en el Bosque de las Ánimas.

Pasado un rato, las cornetas comenzaron a sonar mucho más lejanas, lo cual nos hizo pensar que el séquito élfico se retiraba. El sol aún estaba alto en el cielo, por ello me encargó acercarme al arroyo a recoger algunas plantas que crecían en su orilla.

Encontré la salicaria enseguida y enjuagué sus raíces en las frías aguas que descendían ladera abajo danzando entre las piedras, formando remolinos de blanca espuma. Fue entonces cuando oí el estruendoso ruido que hizo el caballo al caer desde el saliente. Y poco después vi cómo la espuma bajaba manchada de sangre. La curiosidad me pudo y me adentré en la maleza, entre los robles, pinos y hayas, en un bosque en el que viven toda clase de animales protegidos por las leyes de los grandes señores elfos que nos impiden a los *mujins* cazarlos, e incluso poner un solo pie en él.

Comencé a caminar arroyo arriba hasta que lo vi: un caballo negro como la noche yacía tendido en la orilla, su cuello estaba inclinado hacia la corriente de agua y su hocico parcialmente hundido, de una de sus patas brotaba un hilo continuo de sangre. En un principio creí que estaba muerto, sin embargo, el movimiento de su abdomen, arriba y abajo, me hizo saber que me equivocaba. No sin esfuerzo, tirando de las riendas, le saqué el hocico del agua y lo apoyé sobre una piedra. La herida no dejaba de sangrar y temí que, si no la tapaba con algo, podría acabar desangrándose, así que fabriqué un emplaste con ortigas que encontré próximas a la orilla y añadí unas hojas de saúco que llevaba en mi zurrón. Situé la pata sobre otra piedra plana para sacarla también del agua y le apliqué el emplaste sobre la herida, atándolo con una cuerda que llevaba para hacer hatillos con las plantas.

El animal estaba inconsciente, aunque no parecía tener ninguna otra lesión; debía de haberse golpeado con fuerza en la cabeza, pensé.

Y entonces apareció el elfo, surgió de la espesura como si se hubiese materializado por arte de magia, con tal elegancia que parecía flotar sobre el suelo, sin que sus pasos levantasen el menor polvo o rozasen las hojas de los matorrales que nos rodeaban.

Y ahora está ante mí, a un par de pasos, observando a su caballo con detenimiento, visiblemente preocupado.

—Se habrá golpeado en la cabeza… —me atrevo a sugerir, poniéndome de pie. Sé que debería salir huyendo, alejarme de ese ser malvado y peligroso de cuya sed sanguinaria están repletos tomos y tomos de la historia de los *mujins*. Y, sin embargo, no siento miedo. Estoy nerviosa, agitada, noto que mi corazón palpita más rápido de lo habitual, pero a pesar de su expresión hostil, no temo por mi vida.

Él, acuclillado ante el animal, gira el cuello y me mira. Sus ojos tienen un intenso color plateado, como si reflejasen el brillo de la luna Meren, y están plagados de multitud de motitas de distintos tonos de azul en su iris, como los destellos que produce esta al reflejarse sobre la superficie del mar. En su mejilla derecha hay una cicatriz, muy fina, casi imperceptible. Parece joven, bastante más que mis padres, que tienen poco más de treinta años, aunque tratándose de un elfo el concepto de la edad es absurdo, al menos para nosotros. Encoge la nariz, como si tratase de percibir algún aroma, su rostro se aproxima al mío, y vuelve a hacerlo, pero no dice nada.

—Márchate, niña *mujin* —me ordena, y se gira hacia el caballo.

Entonces une sus manos en perpendicular ante su pecho y cierra los ojos. Lo observo con curiosidad, sin moverme un solo paso. De pronto, una especie de luz azulada surge de entre sus manos como envuelta en una burbuja de humo y, señalando al animal con sus dedos índice y corazón, la estrella contra este. El caballo abre los ojos de inmediato y se pone en pie de un brinco.

—¿Estás bien, *Farat*? —le pregunta. El caballo cabecea y busca la caricia de sus manos—. Oh, amigo, me has asustado.

—¿Eso... eso era *seysang*? ¿Magia sanadora? —pregunto alucinada. He oído hablar de la magia de los elfos desde que tengo uso de razón, pero jamás creí que la vería con mis propios ojos. Para mi espíritu de futura *mudang*, porque es lo que deseo ser, una poderosa *mudang* como mi madre, ha sido muy emocionante.

—¿Es que estás sorda? He dicho que te marches —ordena irritado atravesándome con su mirada de hielo.

Y me asusta, por primera vez. Siento la imperiosa necesidad de huir, de apartarme de ese ser que ha dejado de prestarme atención, acariciando al animal. Probablemente ni se dará cuenta cuando eche a correr, así que doy un paso atrás y otro más. Al girar sobre una de las piedras que resbalaban por el musgo, sé de inmediato que caeré al arroyo. Pero entonces su mano me sujeta por la muñeca, impidiéndolo, y tira de mí hacia él. El contacto dura solo un instante, pero una chispa dorada surge entre nuestras pieles y percibo una serena calidez en la mano que me sostiene. Incómodo, me suelta, provocando que caiga al suelo, a sus pies. Eso no impide que mi corazón se acelere y lo sienta latir en los oídos, un escalofrío ha recorrido mi espina dorsal.

—Gr-gracias —balbuceo, nerviosa. El elfo lleva su mano hasta la nariz y después se inclina junto mí, olisqueándome, como si fuese un delicioso guiso.

—¿A qué hueles? —pregunta. Me pongo de pie, ante él—. ¿Por qué hueles así?

—Serán las... plantas, supongo.

El elfo alza la cabeza y mira hacia la espesura del bosque, comienzan a llegar ruidos, caballos relinchando en la distancia.

—¡Vete, vamos! ¡Tienes que marcharte de una vez, pequeña *mujin*! —me apremia, pero me quedo inmóvil observándolo—.

¡Márchate o me haré unas botas con tu piel!

Echo a correr ladera abajo, a mi espalda oigo el relincho de varios caballos, nuevos elfos llegan al claro del arroyo, lo cual alienta a mis pies, que corren como el viento hasta alcanzar la llanura en la que mi madre, ajena a todo lo que acaba de suceder, arranca tubérculos del suelo. No dejo de correr hasta detenerme a su lado, con la respiración agitada, mirando hacia atrás, comprobando que nadie me sigue.

—Pequeña Cass, ¿por qué has tardado tanto? Ya lo tenemos todo, podemos volver a casa —me dice madre cuando se incorpora y me mira. Su frente está manchada de tierra, como sus manos, y su cabello está algo revuelto por el trabajo, pero esto no le resta un ápice de belleza. Me encanta el color oscuro de su cabello, es idéntico al de mis hermanos, y no rubio como el mío. El de padre es cobrizo oscuro. Tampoco el color de mis ojos, verdes, tiene nada que ver con el marrón oscuro de ninguno de ellos. Madre siempre dice que ser diferente no es malo, sino todo lo contrario.

La observo deseando contarle lo sucedido, pero pienso que, si lo hago, esa expresión de paz que muestran sus ojos oscuros desaparecerá por completo, se preocupará, se asustará y pasará meses sin dormir. No hay necesidad de preocuparla, no he hecho nada malo, solo he ayudado a un caballo herido, que resultó pertenecer a un elfo, que debería haberme estado agradecido en lugar de amenazar con hacerse unas botas con mi piel. Me encojo al recordar la expresión de sus ojos.

—¿Te pasa algo? Parece que hayas visto un fantasma. Eso es... ¿sangre? —pregunta preocupada indicando hacia mi vestido.

—No es mía. He encontrado un animalillo herido y lo he curado. No encontraba la salicaria, por eso he tardado. No me pasa nada, madre, solo me he cansado corriendo —respondo forzando una sonrisa.

—Muy bien, mi pequeña, vamos a casa y te prepararé una sopa de raíces de ginkgo para que recuperes la energía —afirma pasándome el brazo por encima del hombro. Y, pegándome a su cuerpo, me abraza con fuerza y nos alejamos del bosque.

Y entonces siento un gran malestar, una opresión en el pecho y la sensación de haber dejado algo, una parte de mí, en ese bosque, junto a ese elfo. Mi corazón vuelve a palpitar apresurado, como si protestase

a cada paso que me aleja de ese lugar. Y pienso en sus ojos de luna llena, en la chispa dorada que surgió entre su mano fuerte y grande y la mía pequeña y frágil, en la expresión sombría de su rostro y en su amenaza…

Y entonces despierto, empapada en sudor, con un pie de mi hermana Ange, que duerme relajada, clavado bajo la mandíbula y una sensación de frío que me hiela los huesos. Una sensación que me ha acompañado desde ese día.

Me reprendo a mí misma por volver a soñar con ese momento, hacía mucho tiempo que no lo hacía. Y de pronto todo ha vuelto a mí una vez más, con la misma claridad del día en que sucedió. Han pasado diez años, ya no soy una niña pequeña ni asustadiza, sin embargo, el sueño se repite una y otra vez cada cierto tiempo. Incluso he regresado en secreto a aquel lugar como si buscase algo perdido. La extraña sensación de paz que sentí en ese preciso momento y que he tratado de entender durante todos estos años sin lograrlo. No sé si fue por efecto de la magia sanadora, la tristeza por el animal herido, o esa extraña chispa de energía que me estalló en la mano cuando ese ser me sujetó para que no cayese al arroyo, pero creo que nunca he vuelto a ser la misma desde ese preciso día.

2

Cassle



—Y, cuando lo beba, ¿me amará para siempre? —pregunta la joven morena a mi madre, observándola con los ojos negros rodeados de larguísimas pestañas muy abiertos. En sus manos sostiene el pequeño frasquito de cristal que esta le ha entregado con su filtro de amor. Madre asiente, no porque esté convencida de que su elixir funcionará, sino porque es lo que la joven forastera necesita oír.

—Si el vuestro es un amor verdadero, funcionará —le dice para tranquilizarla.

La luz de las velas titila en la habitación, iluminando los abalorios de plumas y cristales que cuelgan del techo, dibujando siluetas y contornos en las paredes de piedra, como un espectáculo teatral en el que las tres somos improvisadas actrices en un escenario esotérico y misterioso.

Hace mucho que aprendí de mi madre que, en determinados casos, la ambientación es aún más importante que el poder de los remedios en sí. Sobre todo, en los casos en los que el efecto esperado sucede más por convicción que por eficacia, principalmente en aquellos remedios cuyo objetivo es cambiar la voluntad de otra persona. Además, en el caso del filtro de amor de esta joven, sé que sus posibilidades de funcionar son menores aún. Lo encargó el día

anterior, mi madre preparó la fórmula, con aguamiel, romero y saúco, la vertió en el frasco y realizó la oración a la diosa Siria, la diosa del amor, la familia y el calor del hogar, y la dejó en la estantería porque sabía que la joven regresaría por la tarde a recogerla. Después marchó a visitar a la señora Radford, una de las vecinas de la aldea que está con dolores cólicos, para llevarle un remedio para romper las piedras que se acumulan en sus riñones, y me dejó al cargo del trasto de mi hermano pequeño, Brychan. A mí, que pretendía repasar un par de fórmulas de su libro de remedios, en el que a lo largo de los años ha ido anotando sus recetas y los rezos a las diosas que aprendió de las *mudangs* que la instruyeron. Ya que su cuidadora habitual, mi hermana Ange, de diecisiete años, tres menos que yo, había quedado con su amiga Ayla para ir a lavar ropa al río. Una burda excusa para pasar la tarde hablando de los jóvenes casaderos de Zeprya. Mi hermano Eldan, de diecinueve, conocedor de mi intención de estudiar las fórmulas, se apiadó de mí y se lo llevó un rato al huerto, pero regresó poco después con Brychan manchado de tierra hasta los ojos y dos manojos de nabos inmaduros en las manos.

—Cassle, te quiero mucho, hermana, pero Brychan va a acabar con toda la cosecha si no lo dejo en casa. Tendrás que repasar con él aquí —dijo antes de cerrar la puerta de nuestro humilde hogar y regresar a su labor.

Brychan tiene cinco años y dos remolinos en el cogote. Recuerdo perfectamente el día en que nació. Llovía mucho, los campos de los aldeanos más próximos a nuestra casa se habían anegado y estos trabajaban bajo la lluvia excavando cercos para poder desaguarlos. Hacía frío, mucho, aunque en nuestra casa el fuego encendido mantenía el calor. Padre había enviado a Ange y a Eldan a casa de los vecinos más próximos, los señores Trempton, porque por el tamaño del vientre de su esposa se preveía un parto complicado. Eldan protestó un poco, siempre lo hacía cuando tenía que alejarse de mí, pero no le quedó más remedio que marcharse con la señora Trempton cuando madre comenzó con los dolores de parto. Yo me encargué de preparar té de amapola con el que ayudarla a soportar los dolores. Padre estaba tan nervioso que no dejaba de temblar. Permanecía junto a la chimenea, se ponía de pie, se sentaba en una silla y volvía a levantarse. Cada vez que yo entraba o salía del dormitorio, me miraba con expresión descompuesta esperando que le dijese que todo había

acabado ya. Brychan tardó en salir, era grande y estaba muy gordito, la señora Dilay, la partera, cuando logró sacarlo lo dejó sobre el vientre de nuestra madre. Tenía una mata de pelo considerable y las carnes suaves y rojizas. Cuando, agotada, lo sujetó y vio que tenía dos remolinos marcados en la coronilla, me miró y me dijo: «Cassle, preparémonos, porque acabo de dar a luz a un torbellino». Por eso lo llamó Brychan, en honor a Bryanda, la diosa del cielo y la tormenta.

Y esta tarde ha hecho honor a su nombre una vez más. Mientras repasaba la fórmula del remedio contra el mal de ojo, se ha subido a una silla, ha trepado la estantería y ha caído el filtro de amor de la joven extranjera. Alcé la vista cuando oí estrellarse el cristal en el suelo y hacerse mil pedazos y me topé con los ojos negros de mi hermano pequeño, que me observaban con culpabilidad.

Una sensación de nerviosismo me recorrió todo el cuerpo. Madre había citado a la joven al anochecer y, probablemente, cuando regresase de visitar a los enfermos de la aldea no tendría el tiempo necesario para preparar un nuevo filtro. La joven se enfadaría y se marcharía y perderíamos los diez *hwanes* de cobre que iba a cobrarle por el remedio. Así que recogí los vidrios para que mi hermanito no se cortase con ellos y repasé mentalmente la receta que había ayudado a preparar en una veintena de ocasiones. Porque, sí, en nuestra aldea los jóvenes y los no tan jóvenes prefieren creer en los amarres para mantener el amor antes que en el esfuerzo diario por la otra persona para que siga a su lado. Por eso nunca me casaré.

Me puse manos a la obra y preparé un nuevo remedio siguiendo cada uno de los pasos. Así, en cuanto madre llegase, podría decir la oración a la diosa Siria antes de entregárselo. Pero madre se retrasó más de lo esperado, Ange llegó del río y se hizo cargo de preparar la cena, y Eldan se sentó a la mesa a picar unas acelgas que había traído del huerto.

Madre y la joven forastera llegaron al mismo tiempo a casa y la hizo pasar directamente a la pequeña habitación que acondicionó para atender a los devotos. Cuando me miró y me dijo: «Cassle, trae el remedio de la joven», sentí que mi corazón se saltaba un latido, consciente de que le faltaba la oración.

Fui a buscarlo y lo tomé en mis manos. Eldan enseguida se dio cuenta de que me sucedía algo, siempre ha sido bastante protector conmigo a pesar de ser un año menor que yo.

—¿Qué pasa?

—Le falta la oración —confesé—. Brychan lo rompió y he tenido que prepararlo de nuevo.

—Pues hazla tú —dijo convencido—. Has visto a madre muchas veces, hazla. Al fin y al cabo, madre siempre dice que los remedios de voluntad son más efectivos en quien los entrega que en quien los toma. Hazlo —me animó, y aunque no estaba muy convencida, le hice caso.

Posé una mano sobre el pequeño frasco y recité de memoria la oración de la diosa de la familia: «*O Syra dea, amantium amarum elixirum infundere, cor amoris elixium ferventi bevit, spiritus ardentis amantisque sentit. Cor captus est amore firmo*». Cuando la última palabra abandonó mis labios, un soplo de viento entró por las ventanas, abriéndolas de par en par, apagando todas las velas de la habitación, también el fuego del hornillo, dejándonos a oscuras. No se trataba de una ráfaga de viento cualquiera, olía a mar, a océano, como si al otro lado de aquellas ventanas, en lugar de un frondoso bosque que llega a las montañas, hubiese una hermosa playa envuelta en tormentas.

Brychan gritó y se agarró a mi pierna asustado.

Y, segundos después, nuestra madre entra en la habitación portando una vela encendida. Entonces reacciono y me dirijo a las ventanas para cerrarlas.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? Así no se puede trabajar —nos regaña en voz baja—. Vamos, Cassle, tráeme el remedio —me pide, y regresa al interior de la habitación.

—Se ha enfadado bastante —comenta Eldan con una sonrisa pícara.

—¿Lo has notado? —pregunto a mi hermano, que no parece entenderme—. El olor a mar, ¿lo has notado, Eldan? La brisa olía a mar —le digo, y él frunce el entrecejo, desconcertado.

—Yo no he notado nada extraño —asegura arrugando la nariz una y otra vez—. Vamos, llévale el elixir.

Obedezco y acudo dentro con ella.

Cuando la muchacha abandona la habitación, la acompañamos hasta la puerta, nos paga los *hwanes* de cobre y se marcha.

—¿Sabes quién era, madre? —le pregunta Ange, mirándola con ojos curiosos mientras remueve nuestra cena en el fogón de leña.

—Parte importante de mi trabajo es hacer solo las preguntas

necesarias. No me importa quién sea ni para qué necesita ese filtro —responde seria, acercándose a donde está Ange, supervisando su guiso, que huele de maravilla.

Me siento junto a Eldan y le ayudo a pelar acelgas mientras Brychan juega con el pequeño caballo de madera que talló nuestro padre para él, tiene las patas traseras rotas de tanto usarlo, pero él lo hace trotar por la mesa igualmente. Madre lo mira y le arremolina el cabello con la mano. Ange asiente seria por su curiosidad insatisfecha.

—Voy a por agua al pozo —anuncia antes de salir de la habitación.

—Seguro que está enamorada de un caballero muy elegante que no le corresponde porque tiene muchas pretendientas —fantasea Ange cuando madre no puede oírla.

Eldan y yo nos miramos e intercambiamos una sonrisa. Nuestra hermana es una romántica empedernida, vive pensando en las historias de amor que cuentan los juglares o lee en sus novelas, esas que mamá le regala cada cumpleaños porque no hay nada que disfrute más. Novelas de jóvenes enamorados que superan un sinfín de dificultades para estar juntos. Y es que ambos sabemos que vive pensando en el momento en el que Marfan, el hijo del herrero, del que está enamorada desde que tiene uso de razón, se dé cuenta de que ella, y ninguna otra, es la mujer de sus sueños.

—Como tú, solo que tu caballero no es tan elegante. Declárate, si Marfan te rechaza al menos podremos dejar de oírte hablar de él —se burla Eldan. Ella le saca la lengua y continúa removiendo la comida.

—¿Y tú? ¿Cuándo vas a declararte? —pregunto a mi hermano en voz baja. Él me mira y enarca una ceja como si no supiese a lo que me refiero—. Vamos, ¿crees que no me he dado cuenta de cómo miras a Ayla?

—Chisss —me pide dándome en la nariz con la hoja de acelga que tiene entre las manos; huele a tierra y a caracoles. Ayla es la mejor amiga de Ange, ambas pueden pasar el día sin nada más que hacer que hablar de los jóvenes del pueblo, de cómo arreglarse para las fiestas o qué peinados les favorecen más—. Vamos, no tenemos padre y somos los hijos de una *mudang*, ¿crees que el *lard* de la aldea permitiría que su hija estuviese conmigo? Está bien que Ange fantasee con encontrar un marido, pero tú y yo sabemos que no será fácil para ninguno de nosotros formar una familia.

—Sí tenemos padre, desapareció, pero no hay ninguna prueba de que esté muerto —protesto.

Eldan me mira escéptico y siento una presión en el pecho. No quiero creer que padre está muerto, pero a la vez, si no es así, no hay explicación posible a que no haya regresado después de cinco años. Desde que marchó a Mour, la capital del condado de Thandel, para vender los productos artesanales, perfumes y abalorios fabricados por nuestra madre, en el mercado de la ciudad durante la Fiesta del Solsticio y jamás regresó. Madre fue a buscarlo dos días después, pero nadie sabía nada de él, los comerciantes de la aldea a los que preguntó le dijeron que estuvo en el mercado, pero nunca volvió. Fue como si la tierra se lo hubiese tragado en el camino de vuelta. A su desaparición siguieron meses muy duros, en los que siempre he lamentado que madre se rindiese demasiado pronto. Eldan y yo incluso hicimos un retrato con lápiz de él en el que ofrecíamos una recompensa que pretendíamos poner en todas las aldeas cercanas, pero ella lo destruyó con sus propias manos de inmediato, advirtiéndonos que pagarla nos supondría la absoluta ruina, y que si padre deseaba volver encontraría el modo. Y tuvimos que aprender a vivir con su ausencia y el desconcierto de ignorar, quizá para siempre, lo que le había sucedido. Brychan apenas tenía unos pocos meses y no guarda ni el menor recuerdo de él.

—Aunque así fuese, incluso padre tuvo que renunciar a su familia para poder unirse a una *mudang*. ¿Quién está dispuesto a algo así, Cass?

—Alguien que te ame de verdad —respondo, recibiendo la mirada de sorpresa de mi hermano, no es propio de mí hablar de ese modo. Carraspeo, incómoda—. Son todos unos hipócritas, buscan nuestra ayuda cuando están enfermos o cuando desean nuestros remedios y filtros de voluntad, pero después ninguno lo reconoce.

—Así es. Al menos a nosotros nos permiten vivir en paz cerca de la aldea, sabes que hay otras *mudangs* que viven alejadas de los poblados para que nadie pueda saber quién las visita.

—Lo sé, pero no me parecen menos despreciables por ello —replico—. Al fin y al cabo, no hacemos daño a nadie y nuestra madre es *mudang*, pero ni tú, ni Ange, ni Brychan sabéis nada de sus remedios ni sus oraciones. ¿Por qué tiene que afectaros a lo que se dedica nuestra madre? No es justo.

—Justo o no, es así. Si padre no hubiese desaparecido, madre jamás habría tenido que revelar a la aldea que es una *mudang*. Eligió vivir una vida normal junto a padre para poder tener una familia en este lugar, en el que nadie los conocía. De todos modos, a mí no me preocupa demasiado, tengo amigos y me divierto con las muchachas de la aldea a escondidas de sus padres, tampoco estoy tan mal —sugiere con aire pícaro.

Niego meciendo la cabeza a uno y otro lado, no tiene remedio, mi hermano es un auténtico conquistador, son muchas las jóvenes que están locas por él, a pesar de que saben que es alguien prohibido para ellas, o quizá precisamente por eso.

Sé que Eldan tiene razón, si padre no hubiese desaparecido, madre jamás habría tenido que revelar que es una *mudang*, que después de que sus padres muriesen por unas fiebres fue vendida como criada por sus tíos a las *mudangs* de la aldea Delhaya, al oeste de Thandel, y que allí acabó siendo instruida como tal. Allí fue donde un día conoció a nuestro padre, cuando acudió en pos de un remedio para sanar una herida. Se enamoraron y ella decidió renunciar a la que sería su vida por estar junto a él, así como él debió renunciar a su familia para poder estar juntos.

Eldan siente una profunda rabia hacia los aldeanos, porque acuden en su ayuda y nos aceptan y nos toleran porque la necesitan, pero a la vez no nos consideran dignos de emparentar con sus hijos. Yo sé que es por el miedo, nos temen porque madre es diferente, porque posee mucho más conocimiento del que ninguno de ellos tendrá nunca, ni siquiera el *lard*. El conocimiento es poder, y el poder en manos de otros asusta. A mí no me preocupa casarme; de hecho, desde pequeña tuve muy claro que deseaba ser *mudang* como mi madre y que lo aprendería todo de ella. «Su vida es nuestra vida.» Es el lema de las *mudangs* y el que haré como propio para siempre.



Por la noche, cuando todos nos hemos retirado a dormir en nuestros lechos y solo se oye el ulular de las lechuzas, vuelvo a pensar en la joven que se ha llevado el bebedizo. Era una muchacha hermosa, con el cabello rubio rojizo, su vestido era de algodón teñido de color

azul y su abrigo de terciopelo. Sin duda debe de tratarse de la hija de algún noble al servicio de los elfos o de algún comerciante adinerado.

Nosotros, los *mujins* que vivimos en las aldeas ajenos a los lujos y los caprichos élficos, rara vez tenemos más de un par de mudas de ropa, y desde luego no son de semejante calidad. Eldan piensa que todos los *mujins* del imperio deberían unirse para arrebatarles sus privilegios, dejar de entregarles la mitad de nuestras cosechas como tributos, de unas cosechas que sembramos y cultivamos nosotros. Cada vez que habla de ello, madre lo manda callar. Le dice que esas son ideas peligrosas que jamás debe compartir con nadie, ni siquiera con su mejor amigo, Valender, pero Eldan detesta a los elfos con cada célula de su ser porque, por culpa de ellos, en ocasiones apenas tenemos nada que llevarnos a la boca.

Yo solo he visto uno de cerca, cuando era niña, y aún sueño con ese encuentro de vez en cuando, como anoche. También he visto a los soldados, vestidos con sus flamantes armaduras, cuando atraviesan el camino del herrero rumbo a la aldea donde el *lard* les hace entrega cada año de nuestros tributos.

3

Altair



El amanecer me sorprende en la Biblioteca de las Estrellas repasando los antiguos textos del filósofo Aradel *el Viejo* sobre la unión de los siete reinos élficos y la creación del imperio, hace ya mil años. Antes, cada uno de los actuales condados era un reino, y las guerras por el poder se sucedían tanto entre los propios elfos como contra los *mujins*. Esos seres, según relata Aradel *el Viejo*, habían arribado al continente varios miles de años antes, procedentes de una tierra que pereció bajo las aguas del océano. Los elfos y demás habitantes de Idunia les permitieron vivir en él, y, como una plaga, se extendieron desde el norte hacia el sur a lo largo de los siglos, reproduciéndose sin control. Hasta que llegaron a creer que tenían algún derecho sobre esta tierra y trataron de adueñarse de ella, envenenándola con sus minas, con sus fábricas, contaminando los océanos, pisoteando a la madre naturaleza e infectando a algunos de los nuestros con sus sentimientos avaros y miserables. Hasta que alguien tuvo que detenerlos y reinstaurar el equilibrio, cuando la tierra sangraba herida. Y ese fue mi padre, Isembil Ryner, diátome de Thandel y emperador de Idunia.

Bajo su dirección, los elfos entendieron que era un desperdicio de tiempo y recursos luchar entre ellos, pues su colaboración les permitiría un reinado de paz y prosperidad para nuestra especie. Finalmente logramos la paz que se ha mantenido durante los últimos mil años, aunque durante estos el sacrificio haya sido demasiado grande: mi propia madre murió a manos de esos seres despreciables y frágiles sin la menor piedad.

Aradel vivió por más de cinco mil años, él era parte de Idunia como lo es la Cordillera de las Vulpaes, que delimita el norte de la frontera entre Thandel y Nasdril. Sus crónicas han inspirado a muchos elfos a conocer y respetar aún más nuestro continente y las criaturas que lo habitan. Sus relatos son historia viva de nuestro mundo y me han fascinado desde que era niño.

Me habría encantado conocerlo y conversar con él, a pesar de que no compartiésemos muchos puntos de vista, sobre todo en lo relacionado con su consideración con respecto a los *mujins*, a los que concede un valor de cuasi igualdad con nuestra especie. Pero mi padre lo habría estimado del todo inapropiado, por su fama en la corte de erudito de pensamiento revolucionario.

Y en noches como esta, en las que la inquietud me saca de la cama, no hay nada que pueda calmarme más que leer en soledad, rodeado del aroma de los manuscritos conservados durante siglos, en el más absoluto silencio. La luna Meren todavía no está en su zénit, lo cual me hace saber que resta bastante aún para el amanecer.

Ese maldito sueño me ha hecho despertar, hacía algún tiempo que no se repetía. Aunque, cada vez que veo la cicatriz en la pata de *Farat*, mi mente regresa a ese día, y recuerdo a la perfección ese olor que jamás he vuelto percibir. El olor de esa niña pequeña del bosque, esa niña *mujin* que no pareció demasiado asustada por mi presencia y que ni siquiera tenía que estar allí.

Ese olor.

Olía a mar, como si toda la esencia del Océano Asyrium se hubiese concentrado en un pequeño frasco. El perfume de las olas, que percibía desde mi ventana al amanecer cuando me encontraba en Bahki, que me calmaba y serenaba mi mente inquieta, el olor de cielo soleado en el que se evaporan las minúsculas gotitas, el preciado aroma del agua que salpica los acantilados y las orillas, impregnándose del perfume de las flores, de la vida. Fue algo tan extraño que aún no logro entenderlo, a pesar de que haya transcurrido algún tiempo desde nuestro encuentro.

Lo comenté entonces con el maestre Rowan Jinus, el principal mago de la corte de Thandel y de todo el imperio, y mi mentor. Fue el único al que acudí con mis desvelos y este no le dio la menor importancia. Me dijo que probablemente la niña *mujin* habría utilizado algún tipo de perfume fabricado por ellos para cubrir los sucios olores

que desprenden, o que era mi añoranza por la tierra de mi madre la que me había llevado a percibirlo.

Pero yo no lo creo. No lo entiendo, pero estoy convencido de que no se trataba de un perfume, ni de mi propia nostalgia.

Me descubro pensando en la niña *mujin* de nuevo y aparto la mirada del libro. Veo sobre la mesa otro tomo, *Los lazos dorados del destino*, de Emerald Graud; sonrío al leer el título, estoy convencido de quién lo ha sacado de la estantería y abandonado sobre la mesa. Mi hermano Niowar, siempre tan dado a fantasear con las antiguas profecías y misterios de los dioses en lugar de confiar en la magia y el poder que esta nos concede como seres superiores.

Quizá si perdiese menos tiempo relacionándose con las doncellas *mujins* de palacio y más estudiando nuestra historia, padre no tendría que regañarlo tanto por sus excesos.

No conozco a un par de hermanos más distintos que nosotros. Con su larga cabellera rubia y sus ojos azules, es muy similar a nuestro padre. Yo, en cambio, me parezco a mi madre, lo cual es un recordatorio diario de su pérdida, reconozco en mis ojos plateados los suyos; en mi cabellera negra, los tirabuzones oscuros entre los que me envolvía cuando éramos niños. Hasta que esa maldita criada *mujin*...

No quiero pensar en eso. No me siento con fuerzas. Cierro el nudo de la bata de satén azul que se ha deshecho, no llevo debajo nada más que el pantalón de dormir, lo cual en otra circunstancia me causaría incomodidad, pues las cicatrices de mi pecho están demasiado expuestas.

Dejo mi tomo de las *Crónicas de Idunia* sobre la mesa y camino hasta la Piedra de Oriente, una roca de mineral azulado, una de las mayores creaciones de mi maestre, Rowan Jinus, introduzco la mano derecha en la oquedad y me maravillo una vez más con la explosión de estrellas que llena la sala. El techo desaparece sobre mi cabeza y el cielo del día de mi nacimiento se muestra en su lugar. La constelación de Zephyrus, dios de las estaciones y el ciclo de la vida, de la naturaleza y la fertilidad, estaba en mitad del cielo, con la estrella Cuoris en su máximo punto de brillo, rodeada de otras constelaciones menores. Es curioso cómo, cuando comparo la constelación de mi nacimiento con la de mi hermano Niowar, quien nació solo un rato después de mí, en la suya es la estrella Psique la que más brilla.

Según profetizó el maestre Jinus a nuestros padres, es porque en

mi caso debo dar más fuerza a la razón para evitar que el corazón sea el que gobierne mis actos. Sin embargo, el tiempo se encargaría de contradecirlo, siendo mi hermano Niowar el que con mayor frecuencia se deja guiar por el corazón, por sus impulsos y deseos, acarreándole toda clase de problemas, principalmente de faldas, mientras a lo largo de estos años yo he adquirido el nada sutil apodo de *Príncipe de Hielo*. Algo tan intencionado como carente de importancia para mí, que nunca he permitido que los rumores de la corte del imperio me afecten demasiado.

Estoy observando el brillo plateado de Cuoris cuando Kim Shin, mi espada imperial, jefe de mi guardia personal y mi *orabeoni*, hermano de magia, entra en la biblioteca buscándome urgido. Lo observo acercarse con paso apresurado y subir la escalinata del altar en el que me encuentro junto a la Piedra de Oriente, de la que retiro la mano de inmediato, provocando que la mágica escena desaparezca. Lo miro a los ojos rasgados, propios de su raza élfica *otoki*, y de inmediato sé que algo sucede, su expresión contrita y seria no me permite albergar la menor duda. Kim Shin no es en absoluto expresivo, pero llevamos tantos siglos juntos que nos conocemos lo suficiente como para comunicarnos sin palabras.

—¿Qué sucede? —inquiero, y él agacha la cabeza meciendo la larga cabellera oscura.

—Es el príncipe Niowar, alteza. No se encuentra bien.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunto a mi protector y mejor amigo, que estira ambos puños a los lados, inclinando su cuerpo enfundado en su kimono azul ante mí.

—Al parecer, el príncipe ha sido agredido por una de sus doncellas —revela alzando la cabeza levemente para mirarme a los ojos.

Sin dudar un instante, abandono la Biblioteca de las Estrellas seguido de cerca por mi espada imperial y recorro los pasillos que separan la estancia de los aposentos de mi hermano. Cuando los alcanzo descubro que no soy el primero que ha llegado a ver cómo se encuentra; mi ama de cría, Maylen Alin, está de pie junto a su inmensa cama. Niowar está tendido sobre esta, con el pecho pálido al descubierto y expresión de dolor en el rostro. Permanece con los ojos cerrados, las sábanas de seda dorada lo cubren desde la cintura, pero sé de inmediato que bajo ellas está desnudo. A su lado, examinándolo,

está el maestre Rowan Jinus, con una clara expresión de desconcierto, a su derecha está Zaran Fajur, la espada imperial de mi hermano, hijo de una noble familia del condado, con el cabello recogido en una larga trenza, ataviado con su brillante armadura de la guardia imperial, tan distinto de Kim Shin como el día de la noche.

En el suelo, a los pies de la cama, arrodillada con el rostro cubierto por las manos, está una de sus doncellas, una joven *mujin* de largos cabellos cobrizos a la que he visto con frecuencia en palacio, justo tras su espada imperial en la comitiva que lo sigue a cada paso. Es su favorita, al menos la actual; he conocido a más de un centenar de jóvenes en esa posición a lo largo de los últimos siglos. La joven está vestida con una vaporosa bata blanca que nada deja a la imaginación sobre sus voluptuosas formas femeninas.

—¿Qué sucede, maestre Jinus? —pregunto.

—Creemos que lo ha envenenado —contesta mirándome a los ojos. La joven se encoge de terror, abrazando su propio cuerpo mientras se mece de forma rítmica, con la mirada perdida, como si se encontrase a un mundo de distancia de donde estamos.

Me acerco a ella y me inclino, mirándola a los ojos. En ese momento deja de moverse y sus iris marrones se encuentran con los míos.

—¿Qué le has hecho? ¿Lo has envenenado?

—No lo he envenenado —protesta con los ojos llenos de lágrimas. Una patada de Zaran Fajur en la espalda la hace retorcerse de dolor en el suelo. No doy crédito a lo que estoy oyendo, ¿cómo ha podido ese ser despreciable atreverse a atacar a su señor?

—Decapitadla, ahora mismo —ordeno, y Kim Shin asiente, pero el maestre Rowan Jinus alza una mano reclamando mi atención y hago un gesto a mi espada imperial para que se detenga.

—Primero debemos averiguar con qué lo ha envenenado —determina mi mentor, alejándose de Niowar y caminando hacia donde está la joven *mujin* tendida en el suelo.

»¿Qué le has dado? —le pregunta acuclillándose a su lado. La doncella no deja de llorar y las lágrimas adhieren sus cabellos al rostro ovalado. No siento más que desprecio por sus emociones de sucia *mujin*—. Vamos, si confiesas te perdonaremos la vida —asegura.

La joven, que no deja de sacudirse entre hipidos y llanto, alza la cabeza y lo mira.

—Un brebaje de amor —confiesa—. Yo solo quería que... que el príncipe me amase únicamente a mí..., y lo vertí en su té, pero entonces comenzó a sentirse mal... —admite sin dejar de llorar.

—¿Qué le has dado a mi hermano? Habla de una vez o colgaré tu cabeza en una pica —exijo tratando de contener la rabia que siento.

La joven alza la mano y muestra al maestre un pequeño frasco de cristal que ocultaba entre los dedos. Rowan Jinus lo toma y se lo acerca a la nariz, enarca una de sus cejas rubias y me mira.

—Son hierbas. Reconozco romero y saúco, también aguamiel, pero ninguna de ellas debería haber provocado tal malestar en el príncipe, debe de tratarse de un conjuro... —dice para sí—. ¿Lo has preparado tú?

—No, gran maestre, lo compré a una *mudang* —confiesa. Miro a Jinus sin tener la menor idea de lo que significa esa palabra.

—Son una especie de hechiceras *mujins* que venden superchería y falsos remedios, pero no existe ninguna con poder suficiente como para lastimar a un elfo. Debe de haber algo más —afirma en un mar de dudas—. ¿Y dónde está esa *mudang*? ¿Cómo se llama?

—Se llama Kasandra Redgrim, vive en una cabaña a las afueras de Zeprya, una aldea a medio día a caballo hacia el este —confiesa y, alzándose de rodillas, abraza las piernas del maestre—. Por favor, grandes señores, perdonadme, no pretendía lastimar al príncipe... Lo amo...

—Sacadla de aquí, encerradla en las mazmorras —ordeno a Zaran Fajur, que asiente, y, agarrando a la joven del brazo, la levanta y la saca de la habitación.

—Esto no tiene el menor sentido —dice Jinus regresando junto a mi hermano en la cama.

—Por favor, maestre, tiene que haber algo que pueda hacer para sanarlo —suplica la *noona* Maylen, mi ama de cría, que ha observado toda la escena sin apartarse un solo instante de mi hermano. Yo también me aproximo a él, su expresión es la de alguien agotado, como si careciese de la fuerza suficiente para pestañear siquiera, la larga melena dorada está pegada a la frente por el sudor. Veo la taza de té rota en el suelo, el efecto del brebaje debe de haber sido inmediato.

—Los *mujins* no poseen magia, sus brebajes y pociones no son más que mezclas de plantas medicinales, es imposible que una simple

mujin haya hecho esto. Voy a trasladar al príncipe a la Cámara de Hielo para ralentizar el efecto del veneno mientras lo trato con mi magia —advierte Jinus—. ¿Envío un mensajero para informar al emperador, príncipe Altair?

—No nos precipitemos, mi padre se encuentra en Nasdril, son demasiadas jornadas a caballo, quizá cuando el mensajero llegue, Niowar se haya recuperado. Estoy convencido de que con tu cuidado mejorará. Si no es así, enviaremos a un mensajero —pido, y el maestre asiente—. Kim Shin, busca a esa *mujin* y tráela ante mí, voy a arrancarle la piel a tiras —ordeno, y mi espada imperial abandona de inmediato la habitación.

Sea quien sea esa sucia hechicera *mujin*, va a arrepentirse de haber lastimado a uno de los hijos del emperador, me encargaré personalmente de ello.

4

Cassle



Estoy infusionando romero y caléndula en aceite de oliva mientras mi madre ralla cera de abeja, la cantidad suficiente para llenar las diez cajitas de madera con nuestro ungüento calmante para la piel. Es muy reconfortante saber que los productos que preparamos ayudan a la gente. Compensa mucho más que los *hwanes* que puedan pagarnos, aunque la mayoría carecen de ellos, y lo hacen con frutas, verduras, pollos, gansos, etcétera.

Una gota de sudor me recorre la frente, los vapores de la olla huelen de maravilla, pero producen mucho calor. La limpio con el antebrazo y veo entonces a mi hermano Eldan, que se acerca a nosotros con un hacha al hombro, acompañado de su amigo Valen Fireborn, que lleva otra. Valen es mayor que él y que yo, tiene veintidós años, es el mejor amigo de Eldan desde que eran pequeños. Vive a la entrada de la aldea, junto a su padre, tienen una granja de ocas, que producen un sonido ensordecedor al que están más que acostumbrados, y al menos no les faltan ni la carne ni los huevos. A nosotros tampoco, porque cada vez que viene a visitarnos nos surte de ambos.

Valen es alto, y su espalda y sus brazos son fuertes, su cabello es rubio rojizo y sus ojos castaños, tiene una sonrisa bonita y siempre se

preocupa por nosotros. Eldan es lo más parecido a un hermano para él, ya que carece de ellos porque su madre falleció poco después de darlo a luz y su padre no volvió a casarse. Adora a Brychan y tiene una paciencia infinita jugando con él; de vez en cuando trae algún cotilleo jugoso para Ange, que lo interroga sobre sus amigos y, conmigo, la relación es… compleja, aunque respeta mi necesidad de espacio y tranquilidad la mayor parte del tiempo, cuando no, disfruta pinchándome con sus comentarios y bromas. Madre lo quiere mucho, él y su padre fueron nuestro principal apoyo cuando padre desapareció. Hadrian Fireborn, el padre de Valen, fue hasta la ciudad élfica de Mour y pasó varios días allí tratando de encontrar alguna pista sobre él, en vano.

—Buenas tardes, Cass, señora Redgrim —me saluda al pasar por mi lado. Asiento como respuesta.

—Buenas tardes, Valen. ¿Adónde vais? —pregunta madre a mi hermano al ver que se dirigen hacia la parte baja del huerto.

—Vamos a arrancar la cepa grande del fresno seco y a convertirla en leña —responde Eldan.

—He venido a ayudar al endeble este, porque, si no, estará aquí hasta por la mañana —dice y, mirándome a los ojos, me dedica una sonrisa, que le devuelvo. Entonces mi hermano le da un golpe en el hombro por meterse con él y ambos emprenden el camino hacia el huerto.

Mi madre deposita a mi lado el cubo de zinc en el que ha rallado la cera de abejas y me mira a los ojos.

—¿Cuándo vais a dejar de esconderos Valen y tú? —sugiere con una sonrisa pícara. La miro de reojo—. ¿Qué? ¿Crees que no sé que os veis a escondidas? —Mis mejillas se tornan rojas. No digo nada porque no sé qué decir—. Es un buen muchacho, y está loco por ti.

—Entre Valen y yo no hay nada…, al menos nada importante. Ya sabe que voy a ser *mudang*, madre, nadie me distraerá de ese objetivo.

—Ay, mi pequeña. Deberías quitarte eso de la cabeza. La de las *mudangs* es una vida solitaria entregada a los demás, y es hermoso, pero los días y años de soledad acaban por lastimar el corazón. —Hago un gesto de negación, no voy a cambiar de opinión. Ella sonríe por mi obstinación—. ¿Sabe Valen cuál es tu deseo?

—¿Cómo podría no saberlo? Llevo diciéndolo desde que era una cría.

—Pero quizá está haciéndose ilusiones y podrías lastimarlo, ¿no crees? La mayoría de las jóvenes de tu edad de la aldea ya se han casado. Él es un joven muy apuesto, y si no lo ha hecho…

—No creo que Valen no se haya casado por mí, probablemente no tenga prisa. Si un *mujin* vive una media de ochenta o noventa años, ¿qué sentido tiene unirse a alguien para siempre a los veinte? De todos modos, hablaré con él de mis intenciones más abiertamente —afirmo mirándola a los ojos, negros y redondos, que reflejan una mueca de disgusto.

Ella deja sobre el tocón de madera la decena de pequeños recipientes de madera redondos con sus correspondientes tapaderas en los que he de verter los ungüentos cuando estén listos.

—Ruego a la diosa Siria que te enamores y borres esa absurda idea de tu mente. Cuando encuentras al elegido, simplemente lo sabes, y no importa si tienes veinte, treinta u ochenta años. Si yo hubiese hecho esperar a vuestro padre, probablemente no os tendría a vosotros cuatro y no podría haber disfrutado de su amor —concluye pesarosa. He sido una insensible al decirle algo así sin pensar.

—Lo siento, madre. Ojalá padre y tú hubieseis tenido más tiempo.

—Ojalá. Pero eso nunca se sabe, por eso hay que vivir la vida sin pensar en el mañana, porque lo único cierto es el presente. Bueno, voy a comer un pedazo de pan y queso y me marcho a visitar a una señora. Volveré al anochecer, pues vive a la entrada de Minara.

—¿Tan lejos, madre?

—Sí. Su esposo vino a buscarme ayer, mientras estaba en casa de la señora Radford, para que vaya a verla. Siento no poder comer con vosotros, pero tardaré bastante en llegar y volver.

—Estoy probando nuevas fórmulas de plantas con las que hacer cremas perfumadas. Cuando estén listas podrás venderlas y quizá algún día podamos comprar otro caballo para que puedas desplazarte con él, madre.

—Gracias, cariño, no sé qué haríamos sin ti —me dice acariciándome la mejilla con dulzura, y se marcha al interior de nuestra casa.



Desde que madre me ha dicho que cree que Valen siente algo profundo por mí lo he descubierto mirándome en un par de ocasiones mientras corta en pedazos el tocón de madera. Preferiría que no lo hubiese hecho, ahora tendré que hablar con él y eso me hará sentir incómoda.

Es cierto que entre Valen y yo hay algo, que nos hemos besado a escondidas en el granero en varias ocasiones. Aunque es un joven apuesto, nunca me planteé mirarlo de ese modo. Aún recuerdo el día en el que me tiró un huevo de oca podrido en la cabeza y el olor me produjo náuseas durante días. Hemos jugado juntos desde niños y jamás creí que podría mirarlo de otra manera, hasta que una tarde, cuando me ayudaba a alimentar a *Ferya*, nuestro percherón, su mano se posó sobre la mía en la bala de heno y mi respiración se agitó. Entonces, él me retiró una brizna de paja del cabello, estábamos muy cerca el uno del otro, y se inclinó hacia mí y me besó.

Nunca me habían besado, y fue una sensación agradable.

Un cosquilleo nervioso en la boca del estómago que se hizo más intenso a medida que sus labios se enredaban con los míos.

Fue un beso intenso, y, cuando nos apartamos, nos miramos a los ojos y sonreímos, ninguno de los dos dijo nada. Me ruboricé y me marché del granero porque no podía soportar su mirada. Sabía que él tenía mucha más experiencia que yo porque mi hermano me había hablado de varias de sus conquistas en la aldea y temía que mi forma de besar le hubiese parecido torpe y tonta.

Pero no fue así, una semana después volvimos a quedarnos a solas, esta vez en el arroyo, y volvió a besarme. De eso hace un par de meses y, desde entonces, nos hemos besado en cuatro o cinco ocasiones más. Él me ha buscado y yo también lo he hecho, es hermoso sentirse deseada por otra persona cuando creces sabiendo que todo el mundo en la aldea considera que estás por debajo de ellos.

Cuando la cera de abeja está derretida en la infusión de aceite y flores, la cuelo con un pedazo de tela de algodón y vierto el contenido en los frascos; he calculado bien las proporciones y acaban todos llenos a la perfección. Ahora solo queda esperar unos minutos para que comience a solidificarse. Pongo al fuego el recipiente en el que he realizado la mezcla y lo limpio mientras está fluida por el calor.

Valen pasa por mi lado cargado con un pequeño carro repleto de troncos y se detiene a mi izquierda, en la zona en la que almacenamos

la leña contra la pared trasera de la casa, y comienza a descargarla. Siento su mirada sobre mí y vuelvo a percibir esa sensación de incomodidad en mi interior. Tengo que sacarla de ahí rápido o podría afectar a nuestra amistad.

Me pongo a su lado y lo ayudo a descargar el carro.

—Gracias —me dice dedicándome media sonrisa.

—Gracias a ti, por venir a ayudarnos.

—No es nada. ¿Para qué es todo eso? —pregunta apuntando con la nariz hacia mis recipientes para el ungüento.

Camino hasta donde están, hay cuatro que tienen dueño, pero los otros seis son para futuros compradores, así que tomo uno de ellos que ha comenzado a enfriarse y se lo muestro. Valen se recoloca la camisa de algodón manchada por el trabajo duro.

—Es para las irritaciones de la piel, aunque también sirve como perfume —le respondo y, llevándome un poco en el dedo, se lo unto en una rozadura que tiene en el antebrazo. Cuando lo toco, Valen me mira a los ojos y vuelve a sonreír.

—Gracias, por cuidar de mí —declara con voz dulce, y no puedo evitar acordarme de las palabras de mi madre—. Huele a ti. —Cierro la tapa de la cajita de madera y se la entrego.

—Para ti.

—Vaya, gracias —dice guardándola en el bolsillo de su chaqueta.

—Valen, me gustaría hablar contigo, a solas. Reúnete conmigo en el establo en un momento —le pido en un susurro, y él asiente.

Cuando llego compruebo que hay poca agua en el bebedero de *Ferya*, así que tomo un cubo de zinc, lo lleno en el tonel y lo vacío en este. Estoy derramando el tercer cubo cuando unas manos me envuelven la cintura y siento un beso en el cuello. Me giro y entonces Valen sujeta mi rostro y me besa.

Sus labios están salados por el sudor, pero dulces al mismo tiempo.

Dejo caer el cubo vacío y él me rodea por la cintura, pegándome a su cuerpo.

Su lengua traviesa se adentra en mi boca buscando la mía, que ha aprendido a recibirla, a acariciarla y dejarse enredar por ella.

Es un beso suave, que poco a poco va aumentando en intensidad hasta volverse apasionado, profundo, mucho más que en otras ocasiones. Sus manos descienden por mi cintura y me agarra por las

nalgas con firmeza por encima del vestido, pegándome a sus caderas.

—Necesito que hablemos —le digo casi en un jadeo al oído mientras me besa en la base del cuello con la respiración entrecortada. Parece no oírme y continúa ascendiendo con su boca por mi garganta hasta regresar a mis labios—. Valen, espera, por favor —le pido, y esta vez sí se detiene, se aparta y me mira a los ojos, sus manos liberan mis nalgas y me toma de las manos.

—¿Qué sucede? —pregunta atravesándome con su mirada castaña. No sé cómo comenzar esta conversación, pero tengo que hacerlo.

—¿Qué sientes por mí? —le pregunto, y él arruga el entrecejo.

—Me gustas mucho, Cassle. ¿Es que no se me nota lo suficiente? —Duda cuando es capaz de tomar un poco de aire, me mira inquieto.

—Pero tú… no tienes nada planeado para nosotros, ¿verdad? No piensas en el futuro.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que quiero ser *mudang*, sabes que es mi sueño. No deseo casarme y tener hijos, quiero seguir el legado de mi madre.

—Tu madre se casó y tuvo hijos —dice muy serio, arrugando el ceño.

—Unos hijos que son los repudiados de la aldea.

—Eso nunca me ha importado. No me importa lo que piensen en Zeprya de vosotros, yo os conozco y sé cómo sois, lo que opinen los demás me es indiferente.

—Esta no es una vida fácil para una familia, por eso las *mudangs* no suelen formarla.

—Entonces no elijas esa vida.

—Pero es lo que deseo desde que tengo uso de razón, ayudar a los demás.

—Cassle —dice agarrándome por los hombros, forzándome a mirarlo a los ojos—. Estoy enamorado de ti, creo que lo he estado toda mi vida y no hay nada que me pueda hacer más feliz que decidieses unirte a mí para siempre, como marido y mujer. He estado ahorrando, podríamos construir una casita en la parte sur de la propiedad de mi padre, no te faltaría de nada y a tu familia tampoco… —Se detiene al ver cómo hago un gesto de negación.

—Puede que ese sea tu sueño, Valender, pero no es el mío. Quiero dedicarme a cultivar plantas, a preparar remedios y elixires y

ayudar a la gente que acuda a mí en busca de solución a sus problemas. Quiero estudiar fórmulas y recorrer el condado aprendiendo de otras *mudangs*… No deseo ser la esposa de nadie, ni renunciar a mi libertad, ni a mi sueño, a cambio de tener una familia.

—Lamento que lo veas de ese modo —dice soltándome y dando un paso atrás—. Jamás creí que permanecer junto a alguien a quien amas pudiese considerarse perder la libertad. —Valender se gira y camina hasta la puerta del establo—. Adiós, Cassle.

—¿Adónde vas? ¿No te quedas a comer?

—No quiero molestar —replica estirándose cuan largo es, mirando al frente.

—¿Alguna vez has molestado en esta casa? —pregunto, y me mira. Camino hasta él y lo tomo de la mano. Me permite hacerlo, aunque sé que en realidad desea rehuir mi contacto—. Valen, eres muy importante para mí y también para mi familia, no permitas que todo el cariño que sentimos el uno por el otro se estropee solo porque tenemos deseos de vida distintos.

—¿Eso es lo que sientes por mí?, ¿cariño? Yo te quiero, Cassle. Estoy enamorado de ti. Aunque parece que tú no sientes lo mismo.

—Nunca me he enamorado. Sé que te quiero, aunque creo que, si amar es renunciar a todo por la otra persona, no lo hago de ese modo —respondo envuelta en dudas. ¿Lo amo? ¿Cómo se supone que debo sentirme si lo hago?

—Quizá solo estás confundida, quizá necesitas algo más de tiempo. Estoy dispuesto a esperar —sugiere.

—No lo creo, Valen. Y, por encima de todo, lo que menos deseo es causarte sufrimiento esperando algo que no llegará.

Él baja la mirada, sin decir nada más. Sé que está dolido por mis palabras, mucho. Lamento haberle hecho daño aun sin proponérmelo, mi afecto por él es auténtico, pero no por ello voy a aceptar seguir un camino que en mi interior siento que no es el mío, en absoluto. Cuando abandonamos el establo acude en ayuda de Eldan, al que se le han caído un par de troncos que transportaba hacia nuestra casa.

Después del trabajo duro nos reunimos en la cocina. Ange ha dispuesto la mesa más bonita de lo habitual, utilizando uno de los manteles más nuevos que tenemos, que fue bordado por ella misma con distintas flores, ha cogido margaritas y las ha puesto en dos pequeños jarrones y ha encendido una de las velas de lavanda que

fabrico con los restos de las hojas de las infusiones. Eldan y yo cruzamos una mirada de sorpresa, ¿a qué viene tanta parafernalia? Ni que estuviésemos en el Día de la Cosecha. Brychan se echa a los brazos de Valen, que lo levanta y lo hace girar en el aire. Nos sentamos a la mesa y degustamos el delicioso guiso preparado por nuestra hermana, que está de mucho mejor humor de lo que es habitual en ella. Una sonrisa perpetua llena sus mejillas, y percibo entonces que sus cachetes están sonrosados y que se ha puesto uno de sus vestidos más bonitos. Como madre la descubra utilizándolo para estar en casa cocinando, la regañará. Sus ojos castaños brillan de un modo especial, y de repente sé por qué. Valen está contando cómo cazó un jabalí que atacaba a las ocas, escondiéndose en el cobertizo, algo de lo menos interesante para Ange, pero que sin embargo lo escucha ensimismada. Eldan y yo volvemos a intercambiar otra mirada. Después de comer, mientras preparo una infusión de manzanilla y anís, conversamos en la sobremesa. Eldan nos relata sus avances en el huerto, cómo el árbol que han arrancado le permitirá ganar bastante espacio. Habla de que necesita reformar el establo porque el viejo se cae a pedazos y Valen se ofrece de inmediato a ayudarlo.

—¿Recuerdas cuando estábamos construyéndolo y Ange cayó de cabeza sobre las tablas? Casi se mata... —rememora Eldan entre risas.

Valen se echa a reír y Ange hace un mohín de disgusto, frunce el ceño, no le ha gustado nada que Eldan hable de aquello. Me entrega a Brychan y se levanta para comprobar si el agua para las infusiones está hirviendo en el cazo puesto en el fogón. Permanece seria todo el tiempo, con una mueca con la que no me deja duda de que está molesta. Ella nunca ha sido demasiado buena ocultando sus sentimientos. A pesar de que somos hermanas, somos demasiado distintas, mis juegos y travesuras siempre encontraron reflejo en Eldan. Y ella siempre ha sentido mucho más cercana a su amiga Ayla que a mí. Jamás me ha confiado un secreto, ni me ha contado las desazones que en ocasiones la hacen suspirar por la noche, a pesar de que dormimos juntas en la misma cama.

Cuando Valen y Eldan regresan al trabajo duro apilando leña en el exterior, Ange y yo fregamos los platos.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, sin poder contenerme más, cuando regreso del pozo con un cubo de agua con el que enjuagarlos.

—¿A mí? Nada —responde sin que su labio superior haga que su mohín cambie ni un poco.

—Vamos, ¿ha sido por lo que ha contado Eldan?

—¿Vosotros lo veis normal? Que me ridiculicéis de ese modo, los dos...

—Era solo una anécdota graciosa, Eldan no lo ha dicho con maldad, ni para burlarse...

—Será graciosa para vosotros. Y encima, delante de Valen.

—¿Qué pasa con Valen? Si es como de la familia, si te ha visto bañarte desnuda en el cubo del patio cuando eras pequeña.

—Tú lo has dicho, cuando era pequeña —protesta volviéndose con las manos llenas de jabón para mirarme a los ojos—. Pero ya no lo soy, deberíais tratarme con un poco más de respeto —afirma entregándome el último de los vasos de cerámica, que enjuago en el cubo de agua limpia.

—Está bien, perdóname por haberme reído. Después hablaré con Eldan y le diré que no vuelva a sacar el tema delante de Valen porque... ¿te gusta? —le planteo aguardando su reacción.

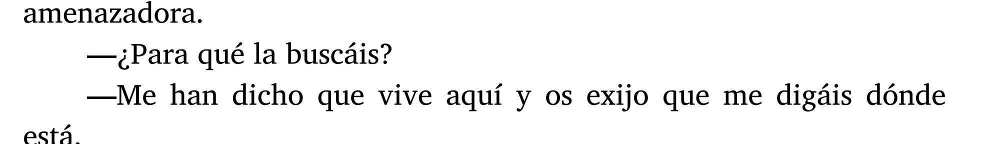
Ange abre mucho los ojos y aprieta los labios, sonrojándose de inmediato y apartándose de mí. Así que es cierto...

Entonces la puerta de la casa se abre de par en par, estrellándose contra la pared, provocando un gran estruendo, y, ante nosotras, alguien envuelto por la luz del sol del atardecer entra por esta. Mis ojos tardan unos segundos en acomodarse al chorro de luz. Es un tipo alto, envuelto en una especie de traje azul anudado en la cintura, donde lleva una espada enfundada.

—Busco a Kasandra Redgrim —anuncia girando el rostro hacia nosotras. Su larga melena azabache se mueve y deja al descubierto el filo puntiagudo de sus orejas de elfo. Ange también puede verlas, y el vaso de cerámica cae al suelo, partiéndose en mil pedazos.

—¿Quién sois vos? ¿Por qué entráis así en nuestra casa?

—¿Vive aquí? —insiste alcanzándome con su exótica mirada rasgada. Así que es uno de esos... de esos elfos guerreros del este, los... *otokis*. Por las diosas, eso no es nada bueno. No puede ser nada bueno, esos elfos son auténticos guerreros, asesinos, hay un rumor que cuenta cómo uno solo de ellos acabó con toda una aldea, despedazándolos con su espada... ¿Por qué busca a mi madre? Si le digo que no está, la esperará, la buscará—. Responded, *mujins* —reclama con voz


amenazadora.

—¿Para qué la buscáis?

—Me han dicho que vive aquí y os exijo que me digáis dónde está.

—Nuestra madre no está —contesta Ange temblando de miedo y rompiendo a llorar.

—¿Es vuestra madre? —En ese momento pienso en madre, si ese elfo se la lleva jamás volveremos a verla. Y la necesitamos, nuestra familia la necesita, mis hermanos la necesitan, los enfermos la necesitan… No puedo permitir que se la lleven. Sin ella, Ange, Eldan y Brychan y yo no podríamos salir adelante.

—Mi hermana quiere decir que nuestra madre no está y no debemos atender a extraños en su ausencia. Kasandra Redgrim soy yo —anuncio ante el horror de mi hermana, que me coge del brazo.

—No —masculla entre lágrimas—. No —repite, pero doy un paso al frente y me zafo de su mano.

—¿Por qué me buscáis?

—Vendiste un brebaje a una doncella del Palacio de Piedra.

—Era un elixir de amor y no sabía que la joven trabajaba en el palacio imperial.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Por qué?

—He dicho que tienes que venir conmigo, descubrirás por qué cuando lleguemos al Palacio de Piedra.

—¿Y si me niego? —respondo, y el elfo me dedica una sonrisa ladeada repleta de maldad.

—Te atravesaré con mi espada y te llevaré igualmente.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta mi hermano Eldan adentrándose en el salón con el hacha al hombro, seguido de Valen.

Inmediatamente, el elfo endereza su postura, estira los hombros y sitúa ambos brazos abiertos ante el vientre, observo de reojo su mano derecha, dispuesta para alcanzar el mango de su espada.

—Mi nombre es Kim Shin, soy la espada imperial del príncipe Altair Ryner y vengo en busca de Kasandra Redgrim. Se la acusa de colaborar en el intento de envenenamiento del príncipe Niowar Ryner.

—¿Qué? ¿Intento de envenenamiento? Mi madre…

—No está, nuestra madre no está en casa y preferiría no ir con vos sin que ella lo supiese —intervengo consciente de que mi hermano

está a punto de descubrir mi mentira.

Los ojos castaños de Valen me alcanzan y arruga la frente, haciéndome saber que ha entendido de inmediato cuál es mi intención.

—¿Qué? ¡No! —protesta dando un paso, situándose ante Eldan y frente al elfo. Ambos son de una estatura idéntica. Este lo mira de reojo, como si estuviese calculando cuántos segundos tardaría en despedazarlo—. No podéis llevárosla. Ella no es...

—No soy culpable —lo interrumpo tapándole la boca con las manos, y lo miro a los ojos suplicándole que no me delate. Encuentro en ellos miedo, un miedo profundo y visceral, y también cariño, mucho, quizá demasiado como para que esto acabe bien—. Por favor, estoy segura de que me permitirán aclarar lo sucedido, ¿verdad? —pregunto volviéndome hacia el elfo, que permanece inmóvil con expresión de hastío, como si el mero hecho de tener que estar conversando con nosotros fuese un sacrificio demasiado importante—. Voy a marcharme con él, aclararé este asunto y volveré, de verdad, os lo prometo —aseguro mirándolos a todos. Los ojos de mis hermanos comienzan a llenarse de lágrimas, Ange se muerde el labio inferior nerviosa, Eldan no deja de negar con la cabeza y Brychan los mira a ambos sin entender nada.

—Yo iré con ella —se ofrece Valen.

—No es posible.

—Correré su misma suerte, sea cual sea.

—Nos vamos —me indica, sin molestarse en contestarle.

—¿Podéis darme un momento con mi familia? —le pido.

—Si tratas de huir, te decapitaré con mi katana —advierte sin emoción la espada imperial antes de salir de la casa.

—No puedes hacer eso, ¿estás loca? —me zarandea Valen por los hombros en cuanto el elfo abandona la habitación.

—¿Dejo que se lleve a nuestra madre? A ella la necesitáis más que a mí —digo a Eldan y Ange, que llora abiertamente—. Brychan la necesita, la aldea la necesita, no puedo permitir que se la lleven. No puedo —digo también a Valen.

—¿Cómo pueden acusarla de envenenar al príncipe Niowar? ¿Es que vuestra madre trabaja para la familia imperial? —duda Valen, pasándose una mano por el rostro, inquieto.

—No. Claro que no —protesta Ange.

—Debe de tratarse de esa chica... De esa forastera tan elegante que vino ayer a recoger un elixir de amor; ella debe de haber sido quien lo ha hecho y ha acusado a nuestra madre —sugiere Eldan.

—No os preocupéis, iré y lo aclararé todo, me soltarán, ya lo veréis. De verdad, no hagamos que madre pase por este mal trago, estoy segura de que, en cuanto lo aclare, me dejarán volver —trato de convencerlos, aunque en mi interior no crea mis propias palabras. Entro en mi dormitorio con intención de prepararme algo para el viaje, pero de pronto pienso que no necesito nada. Si me llevo una muda de ropa, cuando quizá vayan a asesinarme nada más abandonar el camino, será un vestido menos del que podrá disfrutar mi hermana Ange, así que vuelvo al salón.

—No puedes irte con ese elfo, Cassle. Madre nos matará cuando sepa que hemos dejado que vayas con él —implora Eldan con ojos suplicantes de pie ante la salida.

—Madre lo entenderá, Eldan. Estoy segura de que lo hará. Si me niego a ir con él, probablemente nos mate a todos, lo sabes. Es lo mejor, aclararé mi inocencia y volveré, te lo prometo —afirmo abrazando a mi hermano con energía.

Ange corre a nuestro lado con el pequeño Brychan en brazos y nos fundimos todos en un abrazo de despedida.

Aunque las ganas de llorar me queman los ojos, mantengo el tipo, porque sé que, si no lo hago, será aún más duro para ellos verme partir. Cuando me aparto del abrazo Valen no quiere ni mirarme, no puede soportar que la situación se salga de control, que no pueda hacer nada para evitarlo, y eso lo frustra y lo hace enfadar. Me acerco a él y también lo abrazo. No lo esperaba, mi gesto lo pilla por sorpresa, pero sus brazos me rodean despacio y poco a poco me aprietan contra sí.

—Cuida de ellos, y de mi madre —le susurro al oído.

Él asiente.

Me aparto decidida y con pasos veloces salgo de la casa al encuentro del elfo, que me aguarda fuera. Está subido a un hermoso caballo blanco, desde su montura parece aún más alto y aterrador. A su lado hay otro caballo cuyas riendas están atadas a la montura del primero.

—Sube —me ordena la espada imperial, y obedezco. De un brinco subo al caballo y enseguida lo azuza y comenzamos el camino.

Miro hacia atrás, a mis hermanos en la puerta de nuestro hogar. Eldan, tan alto y espigado, el hombre de nuestra casa, llora como lo que es, un niño. Ange sostiene con dificultad a Brychan, que intenta correr hacia mí, y Valen parece no tener el valor suficiente para mirarme a los ojos. Sé que querría hacer algo para impedirlo, pero hacer enfadar al elfo supondría nuestra sentencia de muerte.

5

Cassle



Mi caballo sigue al de la espada imperial en silencio durante muchas leguas, mientras el sol va escondiéndose en el horizonte. Me pregunto si madre habrá llegado ya a casa; no quiero ni imaginar cuánto debe de estar sufriendo si ha sido así. Aunque quizá aún no lo haya hecho. La he acompañado en las suficientes ocasiones como para saber que cada vez que una *mudang* entra en una casa no solo atiende el mal de la persona a la que ha ido a visitar, sino todas y cada una de las afecciones de todos los miembros de la familia. Un eccema, una herida que tarda en sanar, dolores varios e incluso problemas con el sueño, la *mudang* está allí para todos y cada uno de ellos.

Bien entrada la noche, alcanzamos la alta muralla de piedra que rodea la ciudad imperial de Mour, donde se encuentra el Palacio de Piedra, el hogar natal del emperador Isembil Ryner. Es la primera vez que estoy tan cerca de la entrada de la ciudad, ese es un lugar reservado a los *mujins* que trabajan o comercian con los elfos. Su majestuosidad, así como su opulencia, han despertado la curiosidad del resto de los *mujins* de Thandel como si se tratase de un portal a otro mundo. Un mundo en el que habitan unos seres más cercanos a los dioses que a nuestra miserable humanidad, seres despiadados y malévolos que conviven en nuestra realidad, pero sin mezclarse con

nosotros, nuestros señores, nuestros regentes, los dueños de nuestro presente y también de nuestro futuro.

Nos detenemos ante las enormes puertas de madera que dan acceso a la ciudad y los guardias que vigilan la muralla saludan a mi captor. Oigo cadenas correr y las puertas se abren entre chirridos para permitirnos pasar. Una sensación de nerviosismo me recorre la espina dorsal, erizando el vello de mi nuca al adentrarme en aquel lugar del que en tantas ocasiones he oído hablar pero que solo los elfos y los comerciantes *mujins* que negocian con ellos han visto con sus ojos. El lugar en el que mi padre desapareció hace ya cinco años. Varios soldados saludan a la espada imperial a nuestro paso.

Una plaza solitaria se abre ante nosotros, rodeada de edificios de piedra de dos y tres plantas, con tejados elevados y ventanas de madera. Multitud de antorchas iluminan el derredor, despejado a las que calculo son altas horas de la madrugada. Nos cruzamos con varios guardias elfos aquí y allá; enfundados en sus brillantes armaduras, saludan cuadrándose ante nosotros y nos observan, me observan, con curiosidad. Distingo la silueta de muchos más apostados sobre la alta muralla que rodea la ciudad.

Los pasos de los caballos nos llevan por las callejuelas estrechas y empedradas, en los hogares de los elfos hay luces prendidas que titilan, dibujando siluetas en las paredes, las chimeneas desprenden humo de leña y solo el ladrido lejano de algunos perros rompe el silencio de la noche. Alzo la vista y descubro que la luna Meren brilla redonda sobre nuestras cabezas. Es la mayor de las tres lunas que surcan los cielos cada noche. Luna principal de la diosa Nyx, la deidad del cielo y las lunas y las estrellas, a la que veneramos los habitantes de Thandel. Su luz, unida al fuego de las antorchas prendidas que hay a cada paso, me permite ver con cierta claridad mientras recorremos las callejuelas. Atravesamos la ciudad y poco a poco las viviendas comienzan a distanciarse, hasta que llegamos a una nueva muralla, la que protege la ciudadela en la que se encuentra el Palacio de Piedra. Puedo verlo, sobre la colina, con sus muros de piedra y sus cúpulas oscuras. Nos adentramos hasta alcanzarlo, pasando ante una gran puerta de oro con grabados que soy incapaz de distinguir pero que parecen figuras, siluetas élficas. Es un edificio inmenso, el hogar del emperador Isembil Ryner y su familia.

Pero la espada imperial Kim Shin continúa su camino hasta una

gran verja de metal que hay en un lateral, custodiada por un guardia que la abre ante un gesto suyo para que podamos atravesarla. Pasamos por debajo de un arco de piedra por un pasillo estrecho, a cielo abierto en el que solo cabría un carro de mediano tamaño, que rodea el muro del palacio. Cuando llegamos al otro lado descubro un amplio jardín y oigo el ruido de una fuente. A mi derecha quedan macizos de flores y multitud de árboles, veo estatuas de mármol repartidas aquí y allá por el amplio vergel. Es un jardín, con gran arbolado, las damas de noche perfuman el aire, a mi espalda queda la que debe de ser la entrada al palacio imperial, con su trasera de grandes columnas y una escalinata que da acceso al jardín.

Atravesamos el jardín y los cascos de los caballos hacen crujir los gruesos guijarros que cubren el suelo, llegamos hasta otra entrada cuyas columnas de mármol blanco sostienen un capitel triangular en el que distingo la imagen de una deidad femenina tallada en la piedra, la inconfundible diosa Nyx, naciendo desnuda de una estrella. Es la diosa protectora de Thandel, venerada por la familia Ryner. A su lado está Inué, diosa de la guerra, que se mantiene de pie a su lado, sosteniendo una lanza. Esa que, según las leyendas, ayudó al emperador Isembil a convertirse en regente de Idunia, llenándolo de valor y victoria en la batalla. La fachada es de mármol blanco, de forma rectangular y con grandes ventanales. La espada imperial detiene su caballo ante la entrada. Hay dos guardias armados con espadas custodiándola, pronto las puertas de madera labrada se abren y por estas aparece una elfa portando un candil entre las manos. Su cabello es largo y dorado, su piel es tan blanca que casi se transparenta ante el fuego de su candil. Va vestida con una túnica roja, que apenas se mueve con sus pasos etéreos, desciende la escalinata hasta el lugar donde nos encontramos y me mira con desprecio.

Kim Shin descabalga de un salto y la elfa le dice algo que no alcanzo a entender. Su voz es cantarina, melódica y a la vez tan aterradora y hueca como la de todos ellos. La elfa me observa, no me quita los ojos de encima y bajo la mirada. La espada imperial me hace un gesto para que baje, obedezco y comienza a caminar hacia el interior del templo. Sigo sus pasos, detrás de mí camina la elfa que nos ha recibido. Siento miedo, un frío extraño me congela los huesos al adentrarme en aquel lugar. Frente a la puerta hay dos guardias más, a

los que la elfa dice algo y entonces me sostienen por los hombros. La espada imperial se gira y observa cómo me atrapan.

—Llevadla a las mazmorras y encerradla ahí —les ordena.

—He venido por propia voluntad para aclarar lo sucedido, no es necesario que me agarren así —le digo tratando de zafarme de ellos.

Casi en volandas, me introducen en el edificio. Un gran espacio diáfano se abre ante mí, las paredes son blancas, también los suelos y los altos techos, grandes lámparas con velas prendidas cuelgan sobre mi cabeza, iluminando el entorno con claridad. En las paredes hay multitud de cuadros en los que aparecen elfos, todos ellos con mirada amenazadora. La estatua de un jinete de bronce se alza en mitad de la estancia, y una escalera en forma de abanico invertido se extiende hacia la planta superior.

Atravesamos el amplio salón, en cuyo final hay un arco con otro par de guardias apostados a cada lado, los saludan con una leve inclinación de cabeza y lo atravesamos. La espada imperial y la elfa que nos ha recibido giran entonces a la derecha, los guardias me llevan en dirección contraria recorriendo un pasillo repleto de puertas. Abren una de ellas y descendemos por una escalera de una docena de peldaños para encontrarnos con otro corredor mucho más sombrío y desangelado, también plagado de puertas, aunque estas son más adustas. Trato de memorizar el camino, aunque no sé muy bien para qué; de todos modos, no podría huir de un lugar tan vigilado. De pronto se detienen ante una de ellas y la abren, accedemos a lo que deben de ser las mazmorras del edificio, con un pasillo central repleto de celdas con barrotes de hierro, iluminado con poderosas antorchas que impregnan el aire de olor a aceite quemado. Uno de los guardias abre una de ellas y me empuja al interior.

—¿Me vais a dejar aquí? —inquiero, pero se limitan a cerrar mi celda—. ¡Eh, os estoy hablando! —protesto agarrándome a los barrotes. El que ha echado la llave me observa con expresión de asco —. ¡Eh! ¡Contestadme! —les exijo, y entonces el guardia me golpea en el estómago haciendo que me doble por la mitad del dolor.

—Cierra la boca, zorra —me ordena mientras me sujeto a la pared de piedra para apoyarme y no caer al suelo. No puedo decir nada, casi no puedo ni respirar. Oigo cómo cierran la puerta de la mazmorra y se marchan.

—¿Cómo te atreves a hablarles así a los guardias? ¿Es que estás

loca? —me pregunta una voz femenina desde la celda de al lado, está oscura y ella está en la esquina, entre las sombras—. Aunque mira quién va a hablar —comenta poniéndose en pie y caminando hacia los barrotes que nos separan—. ¿Estás bien?

Cuando la luz de las antorchas alcanza su rostro, mi corazón arranca a latir desbocado. Se trata de la joven extranjera a la que mi madre vendió el elixir de amor. Aunque por su aspecto es difícil reconocerla. Tiene un cardenal en el mentón que le alcanza hasta los labios y sangre seca en la frente, sobre la ceja derecha. Sus ropas están sucias y algo rasgadas.

—Eres tú —le digo cuando soy capaz de articular palabra.

—¿Te conozco?

—Estuviste en casa de mi madre, la *mudang* de Zeprya, para comprar un filtro de amor —contesto, y sus ojos almendrados se abren mucho.

—Maldita, ¡¿qué me disteis?! ¡He lastimado al príncipe Niowar con vuestro brebaje! —me grita fuera de sí, agarrándose a los barrotes con furia.

—Te dimos lo que pediste, nada más.

—¡El príncipe se ha puesto muy enfermo por vuestra culpa!

—¡Eso es imposible! Nuestro elixir es incapaz de lastimar a nadie, menos aún a un elfo.

—Pues lo ha hecho, y ahora estoy acusada de intentar matar al príncipe imperial. ¿Dónde está tu madre? ¿Por qué estás tú aquí?

—Les he dicho que soy yo la *mudang*, no puedo permitir que mi madre pase por esto.

—Sabes que te matarán, ¿verdad? Y a mí también, por vuestra culpa.

—¡Deja de decir que es culpa nuestra! En ningún momento dijiste que el elixir era para un elfo; si lo hubieses hecho, mi madre te habría dicho que lo olvidaras, porque los elixires no funcionan con los elfos... Por eso es imposible que le haya hecho daño. ¿A quién se le ocurre querer enamorar a un elfo?, ¿quién querría que uno de esos seres lo amase?

—¿Quién eres tú para juzgarme? Yo solo quería que Niowar me amase como yo lo amo a él, y ahora... él está enfermo y a mí ni siquiera quieren decirme si está bien. Si le pasase algo por lo que he hecho..., jamás me lo perdonaría —asegura con los ojos llenos de

lágrimas.

No puedo entenderla, ¿cómo puede haberse enamorado de un elfo y encima pretender que se enamorase de ella? Debe de estar loca, no hay otra explicación posible.

—Seguro que no es nada importante, debe de haber enfermado por otro motivo.

—¿Entiendes que van a matarte? No importa lo que les digas, no importa que asegures que vuestro brebaje no afecta a los elfos. Te van a matar, y a mí también.

—No le digas a nadie que Kasandra es mi madre, deja que sigan creyendo que soy yo —le pido. Ella baja la mirada como si estuviese decidiendo si va a hacerlo o no—. Por favor, mis hermanos la necesitan.

6

Altair



—Bendiciones del Bosque, alteza imperial —llama mi atención Kim Shin, haciendo que me dé cuenta de que me he dormido sobre el libro que estaba ojeando en la Biblioteca de las Estrellas. Es el único modo que encontré de distraerme pensando en el estado de mi hermano. Kim Shin se detiene a mi lado, con la mirada al frente y posición recta. Que haya vuelto tan pronto solo puede significar una cosa.

—Bendiciones, Kim Shin. ¿La has encontrado?

—Está en las mazmorras.

—¿Se ha resistido? —pregunto mirando de reojo instintivamente hacia su espada envainada.

—No, alteza imperial. No he tenido que aplicar la fuerza para traerla.

—¿Cómo es? Por lo que he investigado en la biblioteca sobre las *mudangs*, la mayoría son mujeres ancianas de aspecto decrépito, ojos vacuos, desdentadas y con cabellos ralos.

Kim Shin me mira de reojo, solo un instante, como si no supiese qué contestar.

—Ella no... no es así. En absoluto.

—¿Qué quieres decir? Relaja la postura —le ordeno. Acto seguido, tomo uno de los libros de la mesa y le muestro la ilustración a la que me refiero.

Mi *orabeoni* enarca una ceja.

—Esta *mudang* es... una joven. Y es...

—¿Es qué?

—De aspecto agradable.

—¿Quieres decir con eso que es hermosa?

—Lo que puede serlo una *mujin* —afirma cuadrándose de nuevo instintivamente, como si se reprendiese a sí mismo por hablarme de un modo tan informal.

Oigo unos pasos acercarse, se trata de la *noona* Maylen.

—Alteza imperial, espada imperial —nos saluda.

—Dime.

—El maestre Rowan Jinus me ha pedido que os llame, quiere que vaya a verlo.

—¿Sabes cómo sigue el príncipe Niowar? —le pregunto presa de la impaciencia, pero la *noona* Maylen, con la vista fija en el suelo, hace un gesto de negación—. Está bien, puedes retirarte.

La *noona* camina hacia atrás hasta que está lo suficientemente lejos de mí como para considerar que no me ofende dándome la espalda. Observo la larga estancia repleta de estanterías llenas de libros. La mayor parte del conocimiento de Idunia está albergado en esas estanterías, una labor que comenzó mi madre, enviando a soldados a las principales bibliotecas del imperio, para que los eruditos que las regentan creasen copias de las obras más importantes y las enviasen con estos a Mour. Mi madre, la emperatriz Suki Saeroyi, de la que he heredado la pasión por los libros.

Mi madre era una *otoki*, como lo es Kim Shin, miembro de la tribu que habita en el antiguo reino, ahora condado, de Bahki. Una tribu tan fiera que se llaman a sí mismos *geolkos*, «los que jamás fueron conquistados». Los *otokis* siempre se mantuvieron al margen de los conflictos políticos del resto de los reinos del continente, muchos trataron de conquistarlos, incluido el antecesor de mi padre como rey de Thandel, Eryndor Yevenius, pero todos acabaron del mismo modo, sucumbiendo ante el afilado acero de sus katanas. Mi madre, además, era hija del líder del clan Saeroyi, clan gobernante de los *otokis* desde nadie recuerda cuándo, se supone que desde el origen de la tribu.

Me dirijo a la Cámara de Hielo, en la que el maestre Rowan mantiene a mi hermano, y nada más abrir las puertas correderas lo veo sentado a la mesa de mármol en la que se ha pasado inconsciente el último día. El cabello rubio revuelto le cae sobre la frente y los hombros; su cuerpo, desnudo de cintura para arriba, parece aún más pálido. El vaho se evapora de su piel como si acabase de tomar una

ducha caliente ante el frío de las paredes de mármol de la cámara. Frente a él está la *noona* Maylen, observándolo con preocupación, detrás Zaran Fajur, con rictus serio, y el maestre Rowan Jinus ante él, que detiene lo que quiera que esté contándole al verme entrar.

—Bienvenido a mis humildes dependencias, alteza imperial —me saluda el maestre, provocando que mi hermano gire el rostro y me mire. Aún hay grandes ojeras bajo sus ojos azules, pero tiene mucho mejor aspecto.

—¿Cómo está? —le pregunto al maestre.

—Estoy aquí, delante de ti, pregúntame a mí —responde mi hermano desafiante, demostrándome que está completamente recuperado.

Niowar fuerza una sonrisa y mira de reojo a Kim Shin, a mi espalda, quien se ha removido incómodo solo con el tono de su respuesta.

—¿Cómo estás, hermano?

—Bien, pero estaré mejor aún cuando vea la cabeza de esas dos malditas *mujins* clavadas en picas en el jardín.

—Te refieres a la doncella con la que bajaste la guardia, además de bajarte la ropa, y a la *mudang* que le vendió el brebaje, entiendo. —Niowar se pone serio un instante por mi comentario, pero después vuelve a sonreír—. Las tengo, a ambas, en las mazmorras. Voy a interrogarlas y a llegar al fondo de este asunto.

—¿Las interrogarás? ¿Para qué tienes que hacer eso? A la zorra de Elara quiero que Zaran Fajur la despelleje, que le arranque los ojos de las cuencas y muera entre estertores de dolor —protesta enfadado. Su espada imperial asiente con una sonrisa que me hace saber cuánto disfrutará con el proceso.

—Si lo hago, ¿cómo podré averiguar si se trata del acto solitario de una *mujin* que ha sucumbido a tus encantos, o de un complot para atacar a uno de los hijos del emperador?

Niowar me mira de soslayo con cara de hastío.

—Haz lo que quieras, pero me gustaría ver sus cabezas en picas antes de que anochezca —protesta como un niño pequeño al que le han quitado su juguete porque podría lastimarse con él.

—El príncipe aún deberá permanecer descansando en sus aposentos durante unos días más, pero he logrado extraer todo el veneno que contaminaba su sangre y se recuperará sin problemas —

explica el maestre.

—Gracias, por salvarlo —digo antes de retirarme a interrogar a ese par de *mujins* que han puesto en peligro a un miembro de la familia imperial.

7

Cassle



Mentiría si dijese que no he llorado; lo he hecho, mucho, durante las horas que he pasado encerrada en esta sucia mazmorra, sentada sobre las briznas de paja que huelen a orines de rata y moho. He llorado por mi madre, por mis hermanos, e incluso por el idiota de Valen, que me miró con una expresión de tristeza que se me ha clavado en el estómago. Lo he hecho en silencio, cubriéndome el rostro con las manos, tratando de que mi vecina de celda no me oyese.

En el tiempo, envuelta en las penumbras, he dormido y despertado en un sinfín de ocasiones, mi mente ha vagado por los recuerdos y ha vuelto al presente una y otra vez. He pensado en mi padre, en que me diría que resistiese, que sobreviviese, que hiciese lo que tenga que hacer para lograrlo. Y lo haré.

Oigo el sonido metálico de un cerrojo al descorrerse y cómo mi compañera de prisión comienza a rezar a la diosa Eyra, madre de todos los dioses y diosas que rigen Idunia: «Oh, madre poderosa, oh, matriz del tiempo, apiádate de tu hija…».

Los pasos de los guardias nos alcanzan antes de que podamos verlos. No me resisto cuando uno de ellos abre la celda, me sostiene por el brazo y me obliga a acompañarlos. La joven, en cambio, se resiste, patalea y recibe una bofetada que la hace voltear el rostro para

acabar siguiéndonos.

Nos llevan hasta una especie de patio interior con suelos de piedra pulida, hay varias jardineras con flores, una fuente y un tocón de madera en el que de inmediato se me hacen evidentes los rastros de sangre lavada. Hay cuatro guardias elfos, la espada imperial gira el rostro y me mira con sus ojos rasgados, envuelto en su kimono azul. Frente a él hay otro elfo, rubio, con una armadura dorada mucho más llamativa que la de los guardias. A su lado hay otro más, de larga cabellera dorada, el mismo color de su túnica. Y pegando al muro trasero del patio, observando la hiedra, hay un elfo vestido con caros ropajes de seda negra y larga melena azabache que es mecida por el viento. Debe de ser el príncipe, aunque parece tener buen aspecto.

Cuando oye nuestra llegada y se gira para mirarnos, aunque sus ojos se centran en la joven prisionera que me precede y los guardias que la sostienen, una sensación muy extraña me recorre el pecho. Una sensación que solo puedo justificar con el miedo a la muerte, y, visto ese tocón, es lo que me espera.

Los guardias se detienen a media docena de pasos de donde está el príncipe, dejando a la joven prisionera frente a él, delante de mí, que quedo en un segundo plano. Sus rasgos son delicados, como los de todos los elfos, pero hay algo distinto en él, sus ojos me son familiares, de algún modo que no puedo explicar.

—¿Por qué trataste de envenenar al príncipe Niowar? —le pregunta el que yo creía que era el propio príncipe.

—No era esa mi intención, alteza imperial. Amo al príncipe más que a mi propia vida.

—Volveré a preguntarte. ¿Por qué atacaste al príncipe Niowar? ¿Actuaste por propia voluntad o hubo alguien que te indicase que lo hicieses?

—Jamás haría nada para dañarlo. Todo ha sido culpa de esa maldita curandera, que, en lugar de un elixir de amor, me vendió un brebaje dañino.

—Admite tu culpa y te ofreceré la posibilidad de vivir.

—¿Seríais capaz de perdonarme, príncipe Altair Ryner? —Así que sí es un príncipe, solo que el otro príncipe.

—Lo haré, aunque jamás podrás poner un pie en Mour.

—Noooo... No podéis apartarme del príncipe Niowar. Necesito verlo, saber que está bien.

—Mi hermano se encuentra fuera de peligro, pero no desea veros.

—¡¡Mentira!! —dice la joven fuera de sí, sorprendiendo a todos los presentes, mientras da un paso hacia el príncipe Altair. Eso provoca que la espada imperial agarre la empuñadura de su katana aún enfundada. El príncipe Altair le hace un leve gesto para que se relaje.

—¿Cómo osas dirigirte de esa forma al príncipe imperial? —la reprende el elfo de la túnica dorada, interviniendo por primera vez.

El príncipe Altair da un paso más hacia ella y la observa un instante en silencio. La joven se arrodilla ante él.

—Por favor, os lo suplico, alteza imperial, permitidme ver al príncipe Niowar, necesito explicarle que jamás pretendí hacerle daño...

—Ya te he dicho que no desea verte. Nunca más.

La joven se revuelve, exasperada.

—Eso no es cierto. El príncipe me aprecia... Sois vos. Vos lo habéis lastimado. Con vuestro desprecio, lo habéis tratado como si no valiese nada, cuando tiene tanto derecho como vos a heredar el trono.

El príncipe Altair alza la mano derecha haciendo un gesto al elfo de la túnica dorada para que no trate de acallarla.

—¿Eso lo piensas tú o hablas por boca de mi hermano? —pregunta sin inmutarse. Ella se muerde los labios, su mirada es la de una demente. El príncipe Altair se gira dándole la espalda—. Lo suponía.

Entonces la joven busca algo entre sus ropas con disimulo, arrodillada en el suelo. Tiene algo en las manos. De pronto se incorpora y se lanza contra el príncipe Altair y trata de apuñalarlo con un fragmento de hierro.

—¡No! —grito, capturando la atención de todos.

El príncipe Altair se gira y, entonces, un destello plateado surca el aire y los ojos de la joven se abren como platos por última vez antes de caer al suelo. La espada imperial limpia parsimoniosa el filo de la katana en el borde de su funda antes de volver a meterla dentro. La ha atravesado, justo en el corazón.

Ha muerto. La joven ha muerto por mi culpa.

Los ojos del príncipe se detienen en mí, también los del elfo de túnica dorada.

Rompo a llorar. Acabo de provocar que una joven muera ante mis

ojos, acabo de avisar a uno de esos seres malvados de que iba a ser atacado por encima de la vida de una *mujin*. Jamás habría logrado que ese pedazo de hierro hubiese alcanzado el centro de energía del príncipe elfo, el único modo de acabar con ellos según las leyendas, además de la decapitación, pero yo he hecho que la maten, ante mis ojos. Y ahora será mi turno.

Los ojos cristalinos del príncipe Altair me miran fijamente, arruga el entrecejo, debe de estar preguntándose qué clase de idiota soy, qué clase de ser despreciable delata a alguien de su misma especie.

—¿Quién eres tú? —me pregunta el príncipe Altair, pero yo solo puedo ver el cuerpo tendido en el suelo de la joven que he matado, el charco de sangre que se derrama lentamente desde su pecho.

—Responde —me ordena otro de los guardias, empujándome por la espalda para que me acerque al príncipe.

—Me llamo Kasandra Redgrim, soy la *mudang* que vendió el elixir a esa joven que acabáis de asesinar.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Por qué la curandera de un pueblo correría el riesgo de atacar a un príncipe?

—Yo no sabía que ese elixir sería utilizado con el príncipe, ni siquiera puedo entender que le afectase, solo eran hierbas. Lo juro por la sangre de mi familia. Nunca me dijo tal cosa. Se trataba de un elixir de amor, que, en todo caso, debería haber despertado sentimientos favorables hacia ella. Nunca pretendí que lastimase al príncipe —respondo entre lágrimas.

—Pues lo ha hecho —replica Altair mirándome con dureza—. Por eso estás aquí.

8

Altair



La joven que me mira con expresión de horror dice algo que tiene todo el sentido. Un brebaje de hierbas creado por una *mudang*, una curandera *mujin*, no debería haberle causado el menor efecto a mi hermano Niowar. Y sin embargo lo ha hecho.

Me desconcierta. Lo hace desde que mis ojos se han posado en ella por primera vez tras la muerte de la doncella. Es como si su rostro me fuese familiar de algún modo, pero es imposible, no suelo relacionarme con *mujins*.

Observo un instante el cuerpo de Elara, la joven doncella que compartía lecho con mi hermano, entre tantas otras; se halla desmadejado en el suelo. El rostro de Zaran Fajur refleja el malestar que debe de sentir por no haber cumplido los deseos de mi hermano de que sufriese hasta su último aliento. Puedo entender el deseo de Niowar de que muriese por lo que ha hecho, pero no considero la tortura una práctica digna. Reconozco su valentía a la hora de atacarme, y sospecho que mi hermano despertó con sus palabras ese odio hacia mi ser. Lamento que él se sienta de esa manera, nunca pretendí ser el designado por padre para regir Thandel en su ausencia, aunque siempre sospeché que debajo de su fingida aceptación no se lo había tomado bien.

La joven *mudang* no puede apartar los ojos del cadáver de Elara. Hago un gesto a dos de los guardias, que retiran el cuerpo de la joven doncella, lo sacan del patio interior como si de un fardo se tratase. Miro los ojos de Rowan Jinus, que observa con curiosidad a la otra

muchacha.

—¿Cuánto tiempo hace que eres *mudang*? Eres muy joven —indaga el maestre.

—Provengo de una larga estirpe de *mudangs*. Aprendí todo desde muy niña.

—¿Cuáles? —pregunta Rowan. Debe de conocerlas a todas. Ella parece dudar si responder o no—. Te doy mi palabra de que no vamos a ir contra ellas, no son responsables de lo que has hecho.

—Provengo de las *mudangs* de Delhaya, una aldea al oeste del condado de Thandel, en la frontera con...

—En la frontera con Rion —apostilla Jinus, dejando claro que conoce el lugar.

La joven asiente.

—Esas *mudangs* jamás han dado problemas, alteza. Durante generaciones, se mantienen al margen del mundo élfico —me explica.

—Aun así, comprenderás que tu falta no es algo que pueda pasar por alto, no puedo permitir que continúes con vida después de lo que has hecho —advierto.

—Soy inocente —protesta—. Nunca pretendí causar daño al príncipe y vais a asesinarme por ello. ¿Así impartís justicia los elfos? ¿Tan poco vale una vida *mujin* para vos?

—Una vida *mujin* tiene el mismo valor que la de una mosca, o la de esa lagartija que recorre la pared —digo, y veo un furor de odio en sus ojos verdes, que resplandecen como dos turquesas.

—Sois tal como os imaginaba. Unos seres egoístas y despiadados que despreciáis cualquier vida que no sea la vuestra —asegura con rabia, y Kim Shin la golpea detrás de las rodillas, provocando que caiga al suelo, ante el tocón de madera—. Espero que mi muerte pese sobre vuestra cabeza con la certeza de que habéis asesinado a una inocente.

—Matadla —pido, y Kim Shin desenvaina su katana, *Céfiro*, la espada que lo acompaña desde que fue armado como guerrero, ante la mirada atenta de Zaran Fajur. Estoy convencido de que desearía ser él quien impartiese justicia.

—Coloca la cabeza en el tocón de madera —solicita mi espada imperial.

La joven obedece, caminando hacia nosotros. Un aroma me alcanza entonces, desconcertándome, el aroma del mar, de la brisa del

océano, que me recuerda a mi hogar, Bahki. Un olor que únicamente he percibido en otra ocasión en mi vida hace tan solo una década, en el río, cuando me encontré con una niña *mujin* que atendió a *Farat*, mi caballo, cuando se hirió al caer después de tirarme al suelo al asustarse por un jabalí que salió de la nada para atacarnos. La joven *mudang* se arrodilla ante el tocón, un par de lágrimas ruedan por sus mejillas, pero no se resiste. Cierra los ojos y gira el rostro.

—Solo os ruego que mi falta no afecte de ningún modo a mi familia. Que les permitáis vivir en paz —pide sin abrir los ojos, con una valentía inusitada.

—A pesar de tu falta de respeto, te concederé tu ruego. Así como tendré un último gesto de piedad y te ofreceré una muerte rápida.

—Cuánta generosidad —protesta insolente.

—Apártate el cabello, no quiero fallar —solicita metódico Kim Shin, con su katana en la mano. Sé que no sufrirá, no hay nadie como él para ofrecer una muerte rápida y piadosa.

Rowan Jinus aparta la mirada, me parece un desperdicio perder otra frágil vida *mujin* a una edad tan joven. Pero entonces ella se retira el cabello con los dedos, despacio, dejando su nunca desnuda al descubierto.

Y entonces la veo. Es una marca, está grabada en su piel como si hubiese sido estampada por un hierro candente, parece una estrella de mar, dentro de un círculo de piel más oscura. Busco los ojos de mi espada imperial, que la observa fijamente. La he visto antes, esa marca, no puedo recordar dónde, pero estoy seguro de que es el símbolo de una deidad, una marca de sangre sagrada.

Estiro el brazo y golpeo con él a Kim Shin en el pecho.

—Envaina —le ordeno y, sin un ápice de duda, él enfunda su katana. La joven levanta la cabeza, ocultando su marca con la larga cabellera rubia, desconcertada y asustada.

Kim Shin la agarra del brazo forzándola a ponerse de pie.

—¿Qué sucede? —requiere el maestre.

—¿No vais a acabar con ella? —pregunta Zaran Fajur sin entender nada. Debo dar una explicación, una convincente. Pero no me fío de nadie, excepto de mi *orabeoni*, para comentar lo que he descubierto aun sin tener la menor idea de lo que significa. Kim Shin tira de ella, obligándola a caminar.

—¿No vais a matarme? —pregunta revolviéndose, mirándome a

los ojos, toda una insolencia.

—Morir es un acto de piedad que no mereces, al menos no todavía. Te condeno a trabajar para nosotros, a servirnos como la sucia rata que eres. Haré que las manos te sangren por el trabajo duro y que tus huesos estén tan doloridos que vengas a mí rogando por tu muerte.

Su expresión me hace saber que sería capaz de matarme. Que con gusto atravesaría mi centro de energía con la katana de Kim Shin. Pero mi espada imperial la saca de allí tirando de ella, que pone reticencias a moverse.

—Vos siempre tan inteligente, alteza imperial —asiente Rowan Jinus. Estoy convencido que tenía tan pocas ganas de derramar más sangre como yo mismo.

Zaran Fajur no dice nada. Se da la vuelta y se marcha urgido, estoy seguro de que a contarle a mi hermano que he incumplido sus deseos.

Me dirijo de inmediato a la Biblioteca de las Estrellas. Debo encontrar a qué deidad pertenece ese símbolo y cuál es su significado. Busco presuroso entre las estanterías hasta encontrar un tomo de representación de las deidades de Idunia que estuve ojeando, hace al menos una estación. Lo reviso página a página, sin encontrar nada, hasta que la *noona* Maylen entra en la biblioteca buscándome.

—¿Qué ha sucedido, joven príncipe? —pregunta sin poder ocultar su preocupación.

—¿A qué te refieres?

—Estaba atendiendo al príncipe Niowar en sus dependencias cuando ha llegado Zaran Fajur y le ha contado que la curandera sigue viva.

—Lo suponía, que iría de inmediato a informarlo.

—¿Por qué la habéis perdonado?

—No la he perdonado. He cambiado su castigo —aseguro soltando el tomo que ojeaba y tomando otro.

—¿Cambiado? Sé que soy una elfa de bajo rango y que mis conocimientos son muy humildes…

—No eres tal cosa —repongo mirándola con cariño.

—Lo soy. Pero hasta una elfa de bajo rango como yo entiende que le habéis perdonado la vida, y eso en modo alguno puede ser peor castigo que acabar con una *mujin* que ha dañado a vuestro hermano,

un príncipe —dice sin poder disimular su preocupación.

—Tranquila. Las vidas de los *mujins* son tan frágiles que me pareció un desperdicio acabar con ella sin más cuando es una joven fuerte que podría ayudarte ahora que hemos perdido una doncella de servicio.

—¿Una doncella de servicio? Elara pasaba más tiempo en el dormitorio de Niowar que ayudando en las tareas de palacio.

—Maylen, hay algo en esa *mujin* que me desconcierta. No puedo explicar lo que es, pero necesito que la tengas bajo tu vigilancia y que se mantenga alejada de las dependencias de Niowar. Mi hermano olvidará enseguida su existencia si no la ve.

—¿Algo que os desconcierta? Si es peligrosa, joven príncipe, con más razón deberíais acabar con ella.

—No creo que sea peligrosa, si hubiese podido atacarnos lo habría hecho, no creo que posea el menor don mágico. Además, aquí no tendrá acceso a hierbas ni pociones, sus artes son inútiles.

—Quizá no sea consciente de su poder.

—Quizá esa sea la clave, quizá ni siquiera sabe lo que hizo para que su brebaje afectase a Niowar. Gracias, *noona* Maylen —le digo, y ella se inclina, agradeciendo mis palabras, antes de retirarse.

9

Cassle



No sé qué ha pasado, repito la secuencia en mi cabeza una y otra vez tratando de descubrirlo: el príncipe me acusa de atacar a su hermano y me condena a morir bajo la espada. Coloco la cabeza en el tocón de madera, porque sé que no tengo escapatoria posible y al menos me ha prometido no perseguir a mi familia, y entonces… entonces decide perdonarme la vida. Decide que debo servirle y pagar con trabajo mi falta. La expresión de sorpresa en los rostros de los presentes me hace saber que no es algo habitual, todos esperaban que mi cabeza rodase por los suelos, que sucumbiese a la espada como lo hizo la de la doncella que nos compró el elixir de amor.

¿Tan cruel es el castigo que me espera que fuera preferible la muerte?

No sé si será así, pero mientras esté viva puedo hallar la oportunidad de huir, de escapar de aquí.

Mi cabeza está hecha un lío, camino tras los pasos de la espada imperial como un autómata, recorro distintos pasillos y atravieso estancias. Descendemos una escalera y pienso que va a llevarme de nuevo a las mazmorras. Se detiene ante una puerta que abre y me ofrece pasar al interior. Lo hago y descubro una habitación, un dormitorio en el que hay una sencilla cama de madera, que parece

muy antigua, un armario y un tocador con una palangana y una jarra de porcelana encima. En la pared hay una ventana alta, aunque pequeña, por la que entra la luz del sol, y a su lado hay un candil de aceite adherido a la piedra con unas agarraderas metálicas.

—Espera aquí —me pide. Dedicándome una última mirada, sale de la habitación y oigo cómo la puerta se cierra por fuera. Acaba de encerrarme.

Observo lo que me rodea, no es la habitación de uno de ellos; por su sobriedad y oscuridad, me queda claro. El amor de los elfos por las estancias brillantes y lujosas es sabido. Debe de ser una habitación de servicio: así que es cierto, voy a servirles.

Me siento en la cama y pienso en mi familia. Ojalá estén bien, a salvo, ojalá mi madre los haya calmado, haya disuadido cualquier idea descabellada de Eldan de venir a interceder por mí o a tratar de rescatarme, porque es imposible que lo lograsen. Si tan solo pudiese enviarles un mensaje y decirles que estoy bien, que sigo con vida, al menos por el momento.

Oigo el cerrojo descorrerse y, cuando la puerta se abre, la elfa que nos recibió la noche anterior está al otro lado, ataviada con un elegante vestido de color violeta que le llega hasta los tobillos, con la larga cabellera dorada resplandeciente enmarcando su rostro pálido e inmaculado. Me mira con desprecio, en silencio, como si analizase cada milímetro de mi ser antes de animarse a hablar. Da un paso hacia el interior de la habitación y solo entonces veo a una joven entrar tras ella. Es una joven *mujin* y debe de tener aproximadamente mi edad, su cabello es oscuro y su cuerpo menudo, pero lo más llamativo de ella es el velo con el que cubre su rostro, desde la nariz hasta el mentón. Lleva en las manos un hatillo de tela y permanece con la mirada fija en sus pies.

—¿Te llamas Kasandra? —pregunta la elfa sin disimular el malestar que siente al hallarse ante mí. Asiento—. Mi nombre es Maylen Alin, soy la *noona* del Palacio de Piedra. Su alteza imperial me ha comunicado que ha tenido a bien perdonar tu vida a cambio de que trabajes como criada de servicio. Ella es Roslyn, es otra de las criadas, te enseñará a trabajar aquí. Si no haces bien el trabajo, si te quejas u holgazaneas, la espada imperial Kim Shin tiene la orden de ejecutarte de inmediato a mi orden. Dados tus antecedentes, te advertiré que cualquier tipo de brujería, hechicería, incluidas las mezclas de plantas,

están prohibidas. Si eres descubierta tramando cualquier cosa o preparando cualquier brebaje o poción…, serás ejecutada —avisa seria, achicando los ojos; al parecer, esto le complacería mucho—. Espero que sepas valorar el gran gesto de piedad que ha tenido el príncipe Altair Ryner con una sucia *mujin* como tú.

—Lo hago, le estoy muy agradecida —me atrevo a mascullar.

—¿Cómo te atreves a mirarme a los ojos? —me espeta, y agacho la cabeza de inmediato—. Espero que tu cabeza esté en una de esas picas antes de que acabe el mes del conejo —declara antes de darse media vuelta y salir de la habitación.

En ese momento, la joven que la acompañaba me mira con una sonrisa en sus grandes ojos negros. No puedo ver la mitad inferior de su rostro, oculto por el velo azul.

—No los mires a la cara, a ningún elfo, lo consideran una falta de respeto —me dice, y me entrega el hatillo de tela que trae en sus manos—. No dejes que la seriedad de la *noona* Maylen te preocupe; en realidad, es bastante buena con nosotras. Como te ha dicho, voy a enseñártelo todo para que no tengas ningún problema aquí, Kasandra.

—Llámame Cass —le pido, consciente de que si me llama Kasandra no responderé porque no es mi nombre, sino el de mi madre.

—Claro, tú puedes llamarme Rosy. Estoy convencida de que seremos buenas amigas —asegura con una amabilidad que me hace desconfiar de ella enseguida. Tiene una pronunciación extraña, como si al hablar perdiese la mitad del aire y no pudiese concluir las palabras correctamente.

—¿Qué es esto? —pregunto sosteniendo el hatillo en las manos.

—Tu ropa. Hay dos túnicas, como la mía. —Me fijo en sus ropas. Va ataviada con una túnica de color gris con un delantal celeste encima, ropa humilde pero bien confeccionada. Mi mejor vestido es menos elegante. Me quedo entonces mirando el pañuelo que cubre la mitad de su rostro—. No, esto no tienes que llevarlo —me comenta al percibir que estaba fijándome en él—. Esto solo lo utilizo yo.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—No. La *noona* Maylen no me lo ha contado, y me ha pedido que no pregunte al respecto. Pero estoy segura de que tiene algo que ver con que el príncipe Niowar enfermase y que Elara haya muerto.

—Ella… ¿era tu amiga?

—No. En realidad, creo que Elara no tenía amigas, no le gustaba

relacionarse con el resto de las doncellas ni con las criadas, se creía superior a todas nosotras porque pasaba la mayor parte del tiempo con el príncipe. Y… a las demás les tocaba hacerse cargo de su trabajo —rememora enarcando las cejas con una mueca de incomodidad. Me sorprende su falta de emoción al conocer su pérdida, ¿es que en el Palacio de Piedra ni siquiera los propios *mujins* valoran las vidas de los otros?—. Vamos, cámbiate, no hay tiempo que perder, hay mucho que hacer.

Asiento, mientras me pregunto si es una especie de espía que han asignado para que vigile cada uno de mis pasos, o es que en realidad es así de cordial.

—¿Tú también estás aquí contra tu voluntad? —me atrevo a preguntarle. Hace un gesto de negación.

—Este es el mejor trabajo que he tenido en mi vida. Soy de Vadis, no sé si te suena. —Niego con la cabeza—. Está a dos jornadas a caballo de aquí, hacia el oeste. Antes servía al *lard* de mi aldea, un gordinflón con las manos muy largas que descargaba contra mí su rabia cuando las cosas le iban mal. Trabajaba por la comida, porque en mi casa somos ocho hermanos y casi no teníamos nada que llevarnos a la boca. Me enteré por un comerciante de que en el palacio estaban buscando doncellas jóvenes, me vine andando hasta aquí y ofrecí mis servicios. Al principio los guardias no querían dejarme pasar para ver a la *noona* Maylen porque soy fea por culpa de esto —apunta levantándose el pañuelo y mostrándome sus labios: el superior está partido en dos hasta la base de la nariz. Ahora entiendo su modo de hablar—. Pero Maylen me oyó suplicarles una oportunidad y me recibió. Como soy criada de servicio no tengo por qué relacionarme con los elfos como las doncellas y así no les molesta mi fealdad, y además llevo el velo por si me cruzo con alguno de ellos —admite sin ningún pudor—. Hace ya tres años que sirvo en el palacio, y en este tiempo incluso he ahorrado dinero y enviado una parte a mi familia por medio del comerciante.

—Y ¿cómo… cómo te hiciste…?

—Nací así. La gente del pueblo acusaba a mis padres de cometer algún pecado grave en sus vidas pasadas. Tal vez yo misma fui una asesina despiadada en otra vida —concluye con una sonrisa oculta bajo la tela azul pero que hace resplandecer sus ojos negros.

—Yo no creo que se deba a ningún pecado, en mi aldea hay una

familia en la que los hijos tienen seis dedos en los pies. Creo que simplemente a veces los dioses cometen errores, como cuando preparamos una comida y nos pasamos con la sal o con las especias… —Roslyn me mira con los ojos muy abiertos.

—Me gusta tu modo de pensar, quizá tengas razón. Estoy convencida de que vamos a ser buenas amigas —repite, y me agarra del brazo. No soy muy dada al contacto físico, pero no deseo ofenderla —. Vamos, voy a enseñarte nuestra habitación; dormiremos juntas.

10

Altair



He revisado los once tomos de simbología de las deidades, página a página, sin que haya encontrado nada similar a la marca que he visto en la nuca de esa joven *mujin*. Kim Shin ha ido y ha venido a verme, le he encargado mis asuntos menores en cuanto a las intendencias de la guardia de palacio, incluso he faltado a mi entrenamiento diario con él, y, aunque creo que sabe lo que estoy buscando, siempre tan parco en palabras, no me ha preguntado lo más mínimo al respecto.

Cuando vuelvo a colocar los ejemplares en las estanterías, veo entrar a Maylen, con el largo cabello recogido en un moño bajo y una larga túnica de color rosado que favorece el tono pálido de su piel. Es lo más parecido a una madre que he tenido después de perder a la mía. En sus manos trae una bandeja con un cuenco con humeante sopa y otro recipiente en el que estoy convencido de que también hay comida. Deja la bandeja sobre la mesa en la que he estado tomando notas y en la que hay aún algunos libros y se detiene en silencio a mi lado, mirándome, con los brazos cruzados ante el pecho.

—¿Qué? —le pregunto.

—No he dicho nada.

—No hace falta, sé que estás disgustada. —Ella me mira de reojo —. Mi duda es si lo estás porque no he comido nada en todo el día o porque he hecho que esa joven *mujin* se quede a vivir en el palacio.

—Por las dos cosas —confiesa sin poder contenerse más—. No es bueno estar tantas horas sin alimentarse, vuestro centro de energía podría debilitarse.

—Mi centro de energía está fuerte como una tormenta de invierno —digo dándome una palmada en el abdomen con la que pretendo hacerle entender que todo está bien en mi flujo vital.

—Y no apruebo que esa sucia curandera se quede entre estas paredes, ¿y si logra lastimaros?

—Estas paredes son inmensas, probablemente no me la cruce ni una sola vez. Y ya la has visto: ¿de verdad crees que puede lastimarme? Es solo una chiquilla asustada. Quizá ni siquiera fuese su brebaje el que perjudicó a Niowar, quizá estuvo consumiendo *yanga*, se le fue de las manos y le sentó mal, no sería la primera vez.

—Me comentasteis que Niowar os prometió que no volvería a tomar esa maldita droga que consume la energía vital a cambio de que no le dijeseis nada a vuestro padre.

—Sí, lo hizo, y expulsé de la ciudad al comerciante elfo que se la suministraba, pero ¿cómo podemos saber que no ha logrado otro proveedor? Probablemente nunca lo sabremos porque su doncella le dio esa pócima y se sintió mal, no hay modo de saber si fue ese el motivo.

—¿Y por eso habéis perdonado a la curandera?

—No la he perdonado, la he condenado a servir bajo tus órdenes, ¿no te parece ese un castigo cruel? —bromeo, y mi ama de cría arruga los labios en un mohín y me da un leve golpe en el hombro como cuando era pequeño y me portaba mal, pero después sonríe.

—Bueno, me encargaré de que no esté cerca de vos y eso será suficiente. Por cierto, he atendido a su madre.

—¿La madre de quién?

—La madre de la curandera, se ha atrevido a venir hasta Mour y ha pedido una audiencia con vos formando un revuelo innecesario en la entrada de la ciudadela. Había advertido a los guardias que me avisasen si algo así sucedía. Así que he ido a verla, le he dicho que aquí no se le ha perdido nada y he ordenado a los guardias que la saquen de los muros de la ciudad y le prohíban la entrada.

—¿Por qué has hecho eso? Podría haberla interrogado.

—¿Interrogado sobre qué? Es su hija la *mudang*, no ella —replica. Veo entonces que mi espada imperial camina en nuestra dirección por el pasillo central de la Biblioteca de las Estrellas.

—Kim, necesito que intentes encontrar a la *mujin* que ha visitado el palacio pidiendo reunirse conmigo con respecto a la *mudang*; al

parecer es su madre, la *noona* Maylen puede decirte cómo es físicamente. Si das con ella, tráela ante mí —le pido, y mi espada imperial asiente como respuesta y mira a mi ama de cría.

—Su aspecto era el de una *mujin* pobre, de unos cuarenta años, con ropas gastadas, de colores parduzcos, las manos callosas y el rostro arrugado y oscurecido por el sol. Su cabello es... castaño, largo hasta los hombros y recogido en una coleta —la describe esta, y Kim Shin vuelve a asentir y se aleja con paso veloz hacia la salida.

—Espero que la encuentre. Me sería muy útil hablar con ella.

—Mostrar interés por una *mujin* no es propio de un príncipe imperial.

—Díselo a mi hermano, que cada día tiene a una distinta en su cama.

—Si yo hubiese sido su ama de cría, no lo habría permitido. Un príncipe debe relacionarse con las jóvenes nobles de la corte. Y, por cierto, sé que os habéis visto en privado con algunas..., pero con ninguna públicamente —señala con una sonrisa llena de reprobación.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Solo tengo cuatrocientos años, no estoy listo para establecer una relación formal y mucho menos para casarme.

—Más pronto que tarde vuestro padre os nombrará príncipe heredero y os exigirá que forméis una familia.

—Quizá nombre a mi hermano Niowar.

—Ni hablar. ¿Queréis hundir el imperio? Aprecio a vuestro hermano, porque lo he visto crecer, pero arruinaría el imperio con sus fiestas si cayese en sus manos, y además... no soportaría la sonrisa de satisfacción de la emperatriz Mima si fuese elegido sobre vos. Al fin y al cabo, nacisteis antes.

—Solo unas horas.

—No importa, seguís siendo el primogénito.

—Pero mi madre era la segunda esposa —añado solo para irritarla. Sé cuánto lleva preocupándole mi posición con respecto al trono imperial todos estos años, mucho más que a mí mismo.

—Pero fue la más amada, no os podéis imaginar cuánto le brillaban los ojos al emperador Isembil Ryner cada vez que la miraba. Todo el palacio podía sentir cuánto la amaba solo por su mirada. Incluso ese perro rabioso de la emperatriz Mima, que la odiaba aún más por ese motivo. Estoy segura de que, ni siquiera hoy día, la ama

una mínima parte de lo que amó a vuestra madre.

—No me gusta que saques a relucir esos temas del pasado. Mi madre ya no está, hace mucho que la perdí, que la perdimos, y no va a regresar por mucho que mi padre la amase —digo. Ella asiente, seria, consciente de que aún es un tema demasiado doloroso para mí—. Debes tener cuidado con esas afirmaciones sobre la emperatriz Mima, *noona* Maylen. Si alguien lo oyese...

—¿Creéis que no lo sé? Jamás se me ocurriría hablar de esto con nadie más, joven príncipe. Además, tenéis razón, todo eso pertenece al pasado y estoy tranquila porque el emperador ya ha mostrado su inclinación por vos al dejaros como gobernante de Thandel en su ausencia —asegura con una sonrisa.

Hago un gesto de negación, no tiene remedio, no puede quitarse de la cabeza el tema de la sucesión ni un solo instante.

La *noona* Maylen se inclina como despedida y se aleja con paso decidido hacia la salida.



He terminado de comer cuando Kim Shin regresa. Por la expresión contrita de su rostro puedo saber que no ha podido encontrar a la madre de la joven *mudang*.

—¿Queréis que vaya a buscarla a su aldea? —me pregunta molesto consigo mismo por no haber tenido éxito.

—No, déjalo. Cuanto antes acepte que su hija no regresará, mejor. Tu visita mostrando mi deseo de hablar con ella puede darle falsas esperanzas de recuperarla. Estuviste en su hogar, ¿notaste algo distinto?, ¿algo particular?

—Nada en absoluto. Sé que os preocupa la marca de su nuca.

—Es que no tengo la menor idea de qué es esa marca, aunque estoy convencido de que es el símbolo de una deidad. Es un símbolo antiguo, arcaico, pero no representa a ninguna de las divinidades principales.

—Pocos elfos atesoran tanto conocimiento sobre los dioses como vos, alteza imperial. Si alguien puede encontrar el significado de esa marca, sois vos.

—Pero, aunque me gusten los libros y adquirir conocimientos, no soy un erudito, sino un guerrero.

—Bastante malo —se permite, muy serio, provocando que lo mire de reojo y rompa a reír. Él sonríe tibiamente.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? Cuando escondí la pluma del erudito Yuki Gaon.

—Cómo olvidarlo, era una pluma de *avalerion*. El erudito la adoraba.

—No tanto como beber *soku*. Se quedó dormido en la biblioteca, yo estaba leyendo, no recuerdo bien qué ejemplar, creo que uno de técnicas de lucha *otoki*, y lo oír roncar desde mi pasillo. Me acerqué a la mesa y lo vi, con los mofletes gordos apretados sobre la madera, llenando de babas el pergamino que estaba transcribiendo, su saliva se mezclaba con la tinta y creaba manchas oscuras que se extendían lentamente. Aun dormido, sostenía en su mano esa brillante pluma plateada, se la quité y me la llevé conmigo.

—Pero antes le pintasteis unos finos bigotes erizados —recuerda haciéndome reír—. Vuestro abuelo, el líder del clan, puso patas arriba todo el palacio. Mi padre nos interrogó a todos los jóvenes por si alguno había tenido algo que ver. Y entonces os vi en el jardín de las *mangwas*, probando la pluma en un trozo de pergamino escondido entre dos grandes setos.

—Y no me delataste, a pesar de que aún no eras mi *orabeoni* y de que no te gustaba lo más mínimo.

—Supongo que me di cuenta de que debajo de toda esa arrogancia envuelta en sedas había alguien que merecía la pena —suelta con una media sonrisa. Ahí está mi amigo fiel, mi hermano de magia, ese que es capaz de decirme a la cara incluso lo que no deseo oír—. Y a fin de cuentas, el erudito Gaon necesitaba que alguien le diese una pequeña lección y lo bajasen del pedestal en el que él mismo se había subido.

—¿Sabes, Kim? No tengo demasiados recuerdos del tiempo en el que viví en Bahki, en el Palacio Blanco con mi madre, mientras mi padre se encargaba de unir al imperio, pero esos recuerdos de mi infancia son los mejores.

—Vuestra madre era la hija más amada del líder del clan, todo el pueblo *otoki* era conocedor del sacrificio de vuestro abuelo al aceptar que se uniese a vuestro padre y la llevase de su lado a un lugar tan distinto como lo es la corte imperial. Por eso tenerla de vuelta y a vos con ella debió de ser un regalo para él, se notaba cuánto os amaba.

Toda la familia Saeroyi lo hace.

—Me gustaría tener mayor relación con ellos, sobre todo con mi tío Jihoon, pero sé que mi padre no lo consideraría apropiado —reflexiono en voz alta, y Kim Shin asiente.

—Desde que la relación del emperador empeoró con los *otokis* tras la muerte de vuestra madre, cualquier paso que deis en favor del clan Saeroyi, la emperatriz Mima lo utilizará en vuestra contra y en favor de vuestro hermano Niowar.

—Bueno, dejemos de pensar en el pasado y atendamos al presente.

—¿Qué pensáis hacer con esa joven *mujin*?

—Mantenerla lo suficientemente cerca como para vigilarla, pero lo bastante lejos como para que no se acerque ni a mi hermano ni a mí, al menos hasta que descubramos qué significa la marca de su nuca.

11

Cassle



Los días transcurren veloces cuando el trabajo es duro, y en el Palacio de Piedra lo es, mucho, al menos para las criadas de servicio. Casi no puedo creer que hayan transcurrido doce días desde que llegué. Como aprendiz de criada, he seguido todos y cada uno de los pasos de Rosy al servicio del Palacio de Piedra, por la multitud de estancias, pasillos y salones en los que se reúnen y trabajan los *mujins* al servicio de los elfos, que son más de un centenar. La gran mayoría chicos y chicas jóvenes, más incluso que yo. Tan solo las dos cocineras, Erie y Marge, superan las tres décadas.

Nuestro trabajo ha consistido en atender las órdenes dejadas por la *noona* Maylen sobre los quehaceres diarios, desde limpiar el polvo de las habitaciones de los criados hasta desplumar aves en la cocina. Rosy tiene muy buen humor, siempre está dispuesta a ayudar a todo el mundo, y me he dado cuenta de que algunas criadas y doncellas, que son las que sirven directamente a los elfos, se aprovechan de esto, encargándole algunas de sus propias tareas con las más variopintas excusas. Ella las acepta sin protestar, y yo con ella, y acabamos exhaustas cada noche al irnos a la cama. En nuestra habitación le he pedido que no utilice el pañuelo, a mí no me molesta en absoluto el aspecto de sus labios.

Soy la recién llegada, lo cual me ha convertido en el objeto de curiosidad del resto del servicio, muchos me han preguntado cómo he conseguido que la *noona* Maylen me acepte cuando hace al menos un par de años que las necesidades estaban cubiertas. Nadie sabe por qué estoy aquí, y es mejor así. Rosy les ha dicho que, como se espera el pronto regreso del emperador, hay que dejarlo todo listo para cuando esto suceda.

No he vuelto a ver al príncipe Altair, a ese maldito que me ha encerrado aquí. Aunque sí he visto en la distancia a su espada imperial, observándome, imagino que porque desconfía de mí. Todavía deben de creer que soy una especie de hechicera, lo que me desconcierta aún más acerca de por qué no me han eliminado, no tiene el menor sentido.

Por las noches, la tristeza me sobrecoge y lloro hasta quedarme dormida, aunque lo hago en silencio para que Rosy no me oiga. No puedo evitarlo al acordarme de mi madre y mis hermanos, imagino lo duro que debe de haber sido para ellos perderme, solo espero que estén bien y que ni mi hermano Eldan ni mi madre y mucho menos Valen cometan ninguna tontería para tratar de venir a buscarme. Deben seguir adelante, porque lo único que soportaría menos que pasar mi vida entera aquí encerrada es que cualquiera de ellos sufriese por mi culpa.

—¿Quieres que vaya a la cocina y te traiga una infusión para calmarte? —me pregunta Rosy desde su cama volviéndose hacia mí, que estoy tumbada en la otra.

—No, gracias. Lo siento si te he despertado —respondo entre hipidos.

—No me has despertado, te oigo cada noche —revela. Puedo ver rasgos de las facciones de su rostro gracias a la luz de la luna Meren que entra a través de la ventana de nuestra habitación—. Sé que no quieres estar aquí, Cass, que tu situación es muy distinta de la mía porque probablemente tú vienes de una familia a la que amas y que te ama; yo de la mía solo recibía palizas por haberles traído vergüenza con mi nacimiento. Pero es lo que te ha tocado vivir, como a mí me ha tocado nacer así, deforme. Si lo rechazas, si no lo aceptas, solo te traerá sufrimiento. Debemos seguir adelante lo mejor que podamos —afirma con calma.

—Sé que tienes razón, pero me cuesta aceptar que mi vida haya

cambiado así de la noche a la mañana —le digo, sorbiéndome las lágrimas.

—Servir en el Palacio de Piedra no es nada comparado con lo que podría haberte pasado después de que lo que quiera que hicieses afectase al príncipe Niowar. Podrías haber acabado como Elara, o, créeme, peor aún. Tienes que seguir adelante, lo estás haciendo muy bien y… yo por fin tengo a alguien a quien no le asusta estar conmigo cuando no me cubro el rostro.

—Gracias, Rosy.

—Y mañana te enseñaré el truco que utilizo para que las sábanas huelan de maravilla: desde que lo uso las doncellas solo quieren las que yo he lavado —declara y se echa a reír ilusionada.

Algo que he aprendido en estos días es lo dividido que está el servicio en el Palacio de Piedra. Aunque la *noona* Maylen dirige a todo el mundo, las doncellas y los siervos, que son los encargados de atender a los elfos, tienen una consideración superior, e incluso duermen en un ala distinta de aquella en la que lo hacemos las criadas, los jardineros, las cocineras, etcétera. Se mezclan con nosotros porque nos necesitan para cumplir sus quehaceres, pero no comparten el tiempo, ni conversan, ni comen con nosotros en la cocina. Además, nos miran por encima del hombro, aunque Rosy parece no notarlo, o finge no hacerlo. No sé qué diferencia o qué virtud establece servir en uno u otro lado, solo sé que nosotras estamos en el escalafón más bajo de servicio en el palacio y que, sin embargo, eso parece hacernos más libres.

El ambiente entre los criados es distendido, informal, casi podría decir que… parecen felices. Las doncellas y los siervos, en cambio, siempre están serios, con rictus apáticos y distantes, no puedo evitar pensar que quizá se deba al contacto directo con los elfos.



Al día siguiente, gruesas lágrimas me caen en las manos mientras pelo cebollas para Marge, la cocinera, que prepara un guiso de venado que huele de maravilla. Estoy segura de que me dará un poco para poder probarlo, siempre que la ayudo lo hace. La cocinera es una mujer grande y robusta, al parecer lleva sirviendo en el palacio desde

que era niña. Es fuerte y tiene una risa escandalosa. Otra cosa que he aprendido en este tiempo es que los elfos comen muy poco, al parecer sus etéreos cuerpos no necesitan alimentarse con tanta frecuencia y cantidad como los *mujins*, pero les gusta que haya mucha comida en su mesa. Así que somos nosotros los que después nos damos un festín con todo lo que los siervos traen de vuelta a la cocina.

Rosy ha subido a ver a la *noona* Maylen, que ha requerido su presencia. Cuando regresa se dirige hacia mí, toma un gajo de naranja de la fuente que hay sobre la mesa y se lo mete en la boca por debajo del pañuelo que cubre sus labios.

—Te he visto, pequeño gorrión —advierte Marge de espaldas, sin dejar de remover su guiso.

Rosy me mira con los ojos muy abiertos, sin explicarse cómo ha podido verla si no ha hecho el menor ruido.

—¿Estás segura de que no tienes sangre élfica, Marge? —le pregunta, provocando que la mujer se vuelva y le dedique una amplia sonrisa.

—¿Lo dices por mi belleza?

—Será sangre de duende, en todo caso —replica Erie, la segunda cocinera, provocándonos la risa a nosotras y el malestar de Marge, que le tira un cucharón de madera, que esquiva sin detener su quehacer. Está terminando de cubrir con crema blanca un pastel como no he visto nunca, estoy segura de que ni en la boda del hijo del *lard* de la aldea hubo un pastel así.

—Bueno, la *noona* Maylen me ha dicho que ya no hace falta que me sigas a todas partes. A partir de ahora recibirás también tareas y las harás sin necesidad de que te acompañe —revela Rosy.

—¿Por qué?

—Porque ya eres una criada más de palacio. ¿No estás contenta?

—No lo sé. Me siento más segura acompañándote. ¿Y si me encuentro con algún elfo por el pasillo, o yendo a alguna de las estancias?

—Si te encuentras con alguno, pues agachas la cabeza, te miras los pies y esperas a que se marche —contesta Marge volviéndose para dedicarme una sonrisa.

—No es tan difícil. No los mires, no les hables, no hagas que noten que estás presente y ya está —refuerza Rosy asintiendo mientras estira una mano hacia el cuenco en el que están los gajos de naranja.

Recibe entonces un cucharazo de madera en la mano, la cuchara rebota y cae al suelo. Marge la observa asintiendo satisfecha con su puntería.

—Te lo advertí. Tengo ojos en la nuca —dice mientras Rosy masajea su mano dolorida tras el golpe.

—Ay, ¿cómo puedes ser tan buena cocinera y tan bruta a la vez? —protesta—. Me has dado en la mano derecha, ¿cómo se supone que voy a coger ahora las rosas con las que tengo que hacer un ramo?

—¿Un ramo? ¿Para qué necesita una criada un ramo de flores? —pregunta Erie, alzando una ceja desconfiada.

—Es para uno de los jarrones del gran salón. Pyton me ha pedido hacerlo por ella porque está muy ocupada —confiesa casi con miedo a nuestra reacción.

—¿Se puede saber cuándo vas a aprender a decir que no a esas sanguijuelas violetas? —replica Marge enfadada haciendo referencia al color de los vestidos de las doncellas, mucho más vaporosos y elegantes que los nuestros, diseñados para el trabajo duro—. ¿Desde cuándo está más ocupada una doncella que una criada, cuando lo que hacen todo el día es permanecer cerca de los señores hasta que les piden cualquier cosa? No sé ya cómo voy a decirte que se están aprovechando de ti.

—Pero Pyton no es así, me ha pedido ayuda porque está muy ocupada.

—Claro, y como tú tienes tanto tiempo libre… —repone Erie.

Rosy la mira de reojo sin dejar de masajear su mano.

—Bueno, voy a coger las flores.

—¿Quieres que lo haga yo por ti? Ya he terminado —le pregunto. Me vendría bien salir de la cocina, al menos alejarme de las cebollas un rato.

—Aún tienes que pelar algunas más para el estofado de faisán —me advierte Marge, y yo siento que mis fosas nasales y mis ojos van a estallar.

—Lo haré en cuanto vuelva.

—En serio, ¿no te importa? —me pregunta Rosy emocionada—. ¿Veis? A Cass la han mandado las diosas para ayudarme —proclama a ambas mujeres antes de volverse hacia mí—. Coge un buen ramo, solo de las más frescas, y que no tengan ninguna mancha en los pétalos, y después subes a la primera planta, a la primera doncella o sirviente

que veas le preguntas por Pyton y ella vendrá enseguida a recogerlas. Yo voy a ponerme a lavar las sábanas de seda, que ha salido el sol y debo aprovechar para secarlas —expone con una innegable felicidad antes de robar un nuevo gajo y echar a correr.

Un ramo de rosas, es todo lo que me ha dicho. Ni siquiera sé de qué color, y en el jardín hay rosales rojos, rosas, blancos, amarillos... Las rosas blancas son las que están más cercanas a la entrada del jardín, así que decido hacer un ramo con estas. Aunque el jardín siempre está despejado, al menos cada vez que paso por el pasillo abierto con amplias arcadas hacia este lo encuentro vacío.

Selecciono las flores, las más hermosas, y voy cortándolas con un pequeño cuchillo y quitándoles las espinas, no deseo que la mencionada doncella, a la que no pongo rostro en mi mente aún, se lastime y me culpe de ello. Y poco a poco voy formando un buen ramo, que huele de maravilla. Las mariposas revolotean aquí y allá y los pájaros cantan, gorgotean felices. Todo el jardín, en realidad, es una explosión de color, nunca he visto flores tan hermosas, es como si uno de los cuadros de los pasillos hubiese cobrado vida. Pienso en lo mucho que le gustaría a mi hermana Ange este jardín. Nosotros tenemos un rosal, que apenas da un par de rosas de un color pálido entre morado y rojo, y lo hace porque ella lo mima con esmero, le arranca las malas hierbas y lo riega cada mañana. Rosy tiene razón, debo mirar hacia delante, pensar en ellos con cariño y no con dolor. Y voy a hacerlo.

Ya tengo un buen ramo, que sujeto contra mi pecho cuando veo que algo se mueve entre las ramas de un laurel cercano. Me acerco a inspeccionar y oigo el piar de varios pájaros, pronto veo el nido en el que los polluelos abren sus picos, hambrientos, debo de haber espantado sin querer a su madre. Entonces recuerdo una canción infantil que mi hermano Brychan siempre entona cuando se encuentra un nido: «Un pajarito abre su pico porque su mamá ha traído un gusanito, dos pajaritos abren el pico porque su mamá ha traído un mosquito, tres pajaritos abren el pico...».

—Una canción muy interesante —oigo decir a mi espalda, sobresaltándome.

Me giro y veo que detrás de mí hay un elfo alto de largos cabellos dorados y ojos azules, vestido con una chaqueta de terciopelo verde sobre una camisola blanca con chaleco dorado y pantalones ajustados.

Inmediatamente agacho la cabeza y pego el mentón al pecho. Mirar al suelo y no decir nada, eso es lo que tengo que hacer, me repito. El elfo da un paso hacia mí.

—¿Quién eres? Creo que es la primera vez que te veo en el palacio. Por tus ropas, no eres una doncella…

¿Debo responder? Se supone que no debería estar en el jardín, se supone que no debo mirarlo y lo he hecho, y ahora no sé si debo decir algo, o cómo dirigirme a él. Pero está preguntándome y puede ofenderse si no respondo. Pienso en el modo en el que se dirigía a ellos Elara, antes de ser decapitada.

—Me llamo Cass… Kasandra, gran señor.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —pregunta con cierto tono de diversión en la voz. Hago un gesto de negación—. Mi nombre es Niowar Alfthan Daenius Caeris Ryner, soy príncipe imperial de este palacio.

¿Cómo puedo tener tan mala fortuna? Si descubre quién soy, él mismo me estrangulará. ¿Qué debería hacer? ¿Disculparme y revelar mi identidad o guardar silencio para que no lo descubra? Me arrodillo ante él.

—Os pido perdón, alteza. Os suplico que me perdonéis porque, por mi culpa, aun sin saberlo, provoqué que una de vuestras doncellas os lastimara. Os suplico perdón, lo lamento, no pretendía haceros daño, y ni siquiera sé cómo lo hice —digo a sus pies.

—Levántate —pide con voz calmada, y obedezco—. Tu sinceridad me conmueve, en realidad creo que no me perjudicaste a voluntad. La culpable ya fue castigada duramente, algo que lamenté, pues la apreciaba, pero puedes estar tranquila, no voy a tomar ninguna represalia contra ti. —Veo entonces cómo mueve la nariz—. ¿Qué es ese olor tan embriagador?

—Son las rosas, alteza. Nunca había encontrado unas tan fragantes como estas.

—Sí que lo son, es un aroma… único. Te ruego que ese ramo vaya a mi dormitorio, ¿puedes llevarlo tú misma?

—Enseguida voy —respondo, y doy un paso hacia atrás.

—Creo que deberías ser doncella, eres demasiado hermosa para trabajar como una criada, quizá se lo proponga a la *noona* Maylen —advierte, y lo miro por debajo de mis cejas—. ¿Te gustaría? —pregunta. ¿Acaso le importa lo que prefiera?

—Me gusta el trabajo de criada, igualmente os lo agradezco, alteza imperial —aseguro inclinándome como agradecimiento.

—¿Cómo puedes preferir fregar y limpiar para los lacayos y doncellas a hacerlo para mí? —plantea plegando un acordeón de arrugas en la frente despejada. Los mechones rubios escapan al engarce con forma de espiral de metal que sostiene su largo cabello medio recogido.

—No se trata de eso, alteza imperial. Perdonadme, es solo que... estoy aprendiendo este trabajo aún y no me veo capacitada para atenderlo —respondo tratando por todos los medios de no ofenderlo con mi negativa. Me doy cuenta entonces de que el príncipe está sonriendo mientras me observa con curiosidad—. Tengo que marcharme, encantada, alteza imperial —digo, y comienzo a caminar de espaldas, diez pasos, hasta alejarme lo suficiente como me ha advertido Rosy que debo hacer.

Cuando alcanzo el pasillo de piedra, el corazón me late veloz en los oídos, me asomo por el lateral de la puerta y veo al príncipe Niowar acercarse a una de las rosas y respirar su perfume. Es muy atractivo, incluso para tratarse de un elfo, no me extraña que las doncellas cuchicheen tanto entre sí sobre él. Parece amable, mucho más que su hermano, ¿quizá todos los elfos no son tan sanguinarios y crueles?

Entonces, en el lateral del segundo piso, veo una imagen que me perturba. De pie, asomado a la balaustrada, está Kim Shin, la espada imperial del príncipe Altair. Me observa con su rictus serio, haciéndome saber que me ha descubierto observando al príncipe de espaldas. Nuestros ojos se encuentran un instante y me giro deprisa, huyendo de su mirada cruel. Cada vez que lo veo siento escalofríos, recuerdo la escena que vivimos en el patio el día de mi llegada, el cadáver de Elara en el suelo y la sangre derramándose. Con el corazón latiendo aún apresurado, subo la escalera hacia la planta superior en busca de una doncella que lleve el ramo de flores al dormitorio del príncipe, porque a mí me intimida demasiado hacerlo.

12

Altair



—Y de qué crees que conversaban —le pregunto a mi *orabeoni.*

Kim Shin aprieta los labios en un mohín de incomodidad antes de hacer un gesto de negación; siempre que no puede responder a mis dudas se siente contrariado.

—Desde donde estaba era imposible que los oyese, alteza. Pero la expresión del príncipe Niowar era… de complacencia.

—Es lo que menos necesitamos —susurro recorriendo con la mirada el salón.

El trono de mi padre cada día me resulta más duro e incómodo, y no se trata de una incomodidad física. Sé que es su deseo, pero gobierno bajo su autoridad y sus normas en su ausencia como diátome del condado de Thandel. Y resulta difícil resolver los asuntos condales con el que considero que sería su criterio en lugar del mío propio. Me agarro a los brazos del trono de madera tallada recubierta de oro. Tan grandioso que me parecía en la infancia y ahora, en cambio, solo me parece una estructura de madera pesada y arcaica. Me vienen a la mente las palabras de mi madre: «Algún día te sentarás en ese trono tan poderoso, mi pequeño, y lo más importante que debes recordar cuando lo hagas es que el mismo Altair que suba al trono debe bajar de él, cada día».

En ese momento no podía entender sus palabras, lo que pretendía decirme con ellas. El poder modifica, corrompe, destruye nuestra energía, que eso me sucediese era algo que le preocupaba. Solo que nunca pensó que no la tendría para ayudarme a seguir el camino

correcto.

—¿Hago que sirva fuera del Palacio de Piedra? Quizá en el templo de la diosa Nyx necesiten criadas —pregunta Kim Shin, de pie a mi lado.

Hago un gesto de negación.

—Eso sería demasiado sospechoso, nunca nos hemos encargado de proveer de servicio al templo de la diosa Nyx. Nuun, la sacerdotisa suprema, es muy inteligente y sospecharía de inmediato. Además, lejos del palacio, Maylen y tú no podríais vigilarla —digo casi para mí —. Creo que lo mejor es mantener la calma, mi hermano ha mostrado interés por casi todas las jóvenes *mujins* de este palacio, interés que suele perder con rapidez. Continuemos como hasta ahora. Si mi hermano vuelve a interesarse en ella, la apartaremos del servicio general del palacio y que la *noona* Maylen le indique que se encargue solo de mis dependencias.

—¿Y tenerla vos más cerca?

—En este tiempo, ¿ha mostrado algún signo de que pueda ser peligrosa?

—No, alteza imperial, ninguno. ¿Habéis averiguado algo del origen de la marca de su nuca?

—He investigado todos los libros sobre simbología de las deidades de la Biblioteca de las Estrellas, sin que haya encontrado nada remotamente parecido siquiera a la marca grabada en su piel. Así que no la habré visto en el Palacio de Piedra, sino en otra biblioteca de otro palacio.

—Alteza imperial, vuestro interés por los libros os ha llevado a visitar casi todas las bibliotecas de los palacios condales de Idunia. Encontrarla será una tarea ardua que puede llevaros años, incluso décadas —advierte con rictus serio—. Además de que deberíais viajar a cada una de ellas y no podéis hacerlo mientras ejerzáis como diátome de Thandel, en ausencia de vuestro padre.

—¿Crees que no lo sé? —repongo molesto por enfrentar la verdad cara a cara.

—Mis disculpas, alteza imperial —contesta cuadrándose.

—Mi esperanza es el erudito Asceta, él es un gran conocedor de las deidades y las historias de la Primera Era y es de mi absoluta confianza. Él podría ayudarme a descifrar el significado de esa marca...

—El erudito Asceta está en la biblioteca de la abadía de Granadilla, en Taramar… ¿Y si dibujáis la marca en un pergamino junto con una carta y se lo enviáis con un mensajero?

—No puedo arriesgarme a que alguien lo intercepte y trate de averiguar por qué lo estoy investigando.

—Es un asunto delicado…

—Hace dos décadas, antes de que mi padre me designase como diátome en su ausencia, el erudito Asceta y yo intercambiábamos juegos de letras, misterios y jeroglíficos de los textos antiguos mediante el correo transportado por los comerciantes que viajan a Taramar… Quizá si le escribo una carta, invitándolo a que retomemos esta afición, y le envío varios símbolos…

—Es una gran idea, alteza imperial.

—En cuanto termine de despachar las audiencias a los nobles redactaré dicha carta. Envía a alguien a enterarse de las próximas rutas marinas.

—Sí, alteza imperial —responde cuadrándose ante mí, asintiendo antes de dirigirse al final del Salón del Trono para hacer pasar al primero de los nobles que ha solicitado audiencia.

13

Cassle



Los días siguen sucediéndose veloces entre los quehaceres que los ocupan desde la salida del alba hasta bien entrada la noche, y casi sin darme cuenta ha transcurrido todo el mes del conejo y la mayor de las lunas, la luna Meren, vuelve a mostrarse llena, iluminando a sus hermanas menores Dirin y Helba, convertidas en dos manchas oscuras con fulgor rojizo, en el cielo plagado de estrellas. Cuando llegué al Palacio de Piedra iluminó mi camino a lomos del caballo de cuyas riendas tiraba Kim Shin, espada imperial del príncipe que ordenó mi castigo, que me separó de mi familia. Pero desde ese día en el jardín en el que decidí liberarlos, en el que les envié mi deseo de que siguiesen adelante, me he resignado a cumplir con el castigo que se me ha impuesto, dado que es cierto que, aunque fuese de modo involuntario, lastimé al príncipe Niowar, al que conocí ese mismo día y fue amable conmigo, provocándome un sentimiento de culpabilidad.

—¿Por qué no comes? —me pregunta Rosy antes de introducirse una uva en la boca. Estamos apoyadas en la balaustrada del pasillo que da acceso a nuestro cuarto, en un lateral del jardín interior de las *mangwas*, observando el cielo nocturno. Tomo una uva del cuenco de madera y me la llevo a la boca, la muerdo y estalla como una explosión dulce y suave, deliciosa, como la mayoría de las cosas que

comemos en el Palacio de Piedra. Ojalá mis hermanos tuviesen acceso a tanta comida y tan rica—. Cuando mañana me paguen el salario del mes del conejo, ya tendré ahorrados doscientos *hwanes*, y solo me faltarán trescientos.

—¿Para qué?

—¡Ah! ¿Nunca te he dicho para qué estoy ahorrando? —Su sonrisa se amplía ante mi gesto de negación al darse cuenta de que tiene una historia que contarme—. Estoy curando para que me ahorren el labio.

—¿Qué?

—Ah, lo he dicho al revés. Estoy ahorrando para que me curen el labio. Son los nervios, ya estoy tan cerca...

—¿Vas a curarte el labio? ¿Cómo?

—Sí. En Tacoronte hay una curandera que trata las cicatrices, me han dicho que es muy buena y quiero ir a verla. Pero son, al menos, quinientos *hwanes* de cobre. Ya podría tenerlos si no enviase la mitad de mi salario a mi familia cada mes, y no lo hago por mis padres, sino por mis hermanos pequeños. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con tu salario?

—Yo no creo que tenga salario. Estoy aquí cumpliendo un castigo, ¿por qué deberían recompensarme?

—Ah, bueno, es cierto. De todos modos, lo sabremos mañana, cuando la *noona* Maylen nos reúna a todas en la cocina como siempre. Una vez, incluso me regaló una pequeña perla de un collar que se le había roto, que debe de valer por lo menos cien *hwanes* —cuenta con los ojos muy abiertos—. Quizá incluso pueda volver a trabajar en el palacio como doncella después de curarme: las doncellas ganan más.

Recuerdo entonces las palabras del príncipe Niowar en nuestro encuentro en el jardín, cuando insinuó que era demasiado hermosa para ser criada, que podría sugerir que me convirtiesen en doncella, y le respondí que no estaba interesada. Y es cierto, cuanto más alejada me mantenga de los elfos, mucho mejor. Por suerte no se ofendió ni se molestó, lo que me hace pensar que es compasivo y razonable.

—Rosy, ¿qué opinas del príncipe Niowar? —le pregunto.

Ella gira el rostro y me observa con una sonrisa.

—¿Lo has visto? Es amable con nosotras y muy educado. Nada que ver con su hermano, que ni siquiera nos mira cuando pasamos por su lado y siempre parece de malhumor. Con razón lo llaman el Príncipe de Hielo.

—¿Llaman así al príncipe Altair?

—Sí, incluso los soldados lo hacen —ríe divertida—. Sé que el príncipe Niowar elige personalmente a las doncellas que lo atienden entre las seleccionadas por la *noona* Maylen. Y también es verdad que cada cierto tiempo las cambia. Debe de aburrirse de ver siempre las mismas caras… y de otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Las doncellas, aunque lo tienen prohibido, cuchichean entre sí, y alguna vez las he pillado hablando de su cuerpo. Dicen que su pecho y su vientre parecen esculpidos por la diosa Siria, que su piel es tan pálida y brillante que parece seda —relata con ojos soñadores.

—Ah, sí que han tenido que verlo de cerca —aventuro, y ella asiente.

—Si él fuese el diátome en lugar de su hermano, estoy segura de que cambiarían muchas cosas en el palacio. Nadie diría que son hijos del mismo padre.

—¿Y sus madres?

—Altair es hijo de la difunta emperatriz Suki Saeroyi, que fue asesinada por una criada *mujin* hace muchos años, seguro que por eso nos odia tanto. Y el príncipe Niowar es hijo de la emperatriz Mima Abney.

—¿El emperador tenía dos esposas?

—Claro, es el emperador. Puede tener dos esposas y muchas concubinas. Ambos príncipes nacieron de dos madres distintas con pocas horas de diferencia, a pesar de que la emperatriz Mima Abney y el emperador llevaban muchos años casados. Dos madres diferentes y dos príncipes que no pueden ser más distintos. Niowar es brillante como el día y Altair oscuro como la noche. Y su espada imperial, Kim Shin, es igual o peor que él, una vez tropecé con él en el pasillo, caí al suelo y ni me miró.

—No necesito que me digas nada, lo he visto en acción. No dudó un solo instante en atravesar a Elara con su espada —afirmo.

Rosy se lleva ambas manos a los labios.

—¿Lo viste?

—Sí.

—Elara no era demasiado amigable conmigo, pero nunca le habría deseado ningún mal.

—¿No era demasiado amigable? —pregunta Marge desde detrás

de nosotras, dándonos un susto de muerte. Se hace un hueco entre nuestros traseros empujando con el suyo en el banco en el que estamos sentadas—. ¿Así llamas a alguien que te derramó té hirviendo en la mano solo por diversión? ¿A alguien que te arrancó el velo delante de todos los criados para que viesen tu rostro y se burlaran de ti?

—¿Elara te hizo eso?

—Y no solo a ella, a muchas más. A Tula, una sobrina de Erie, le puso una cuchara que había puesto al fuego en la cara y le produjo una quemadura de la que aún tiene la marca. Estaba obsesionada con que no hubiese nadie más hermoso que ella en el palacio. Un mal bicho que en paz descanse en el Reino de las Brumas, más allá del río Kamdo.

—¿Y no dijisteis nada a la *noona* Maylen? —pregunto.

Ambas se miran entre sí y Marge ríe, toma un puñado de uvas y se las mente en la boca, todas a la vez. Espero a que las mastique y trague antes de contestarme.

—¿Crees que a los elfos les molestan nuestros problemas? Tenemos que apañárnoslas solas. Elara estaba enfadada porque el príncipe Niowar había seleccionado a una nueva doncella como su ayuda de cámara, por eso trató de envenenarlo, la muy idiota.

—En realidad no trataba de envenenarlo, sino de que la amase —digo, y Marge escupe varias pepitas de uva que me caen entre los zapatos.

—Pfff. Más idiota aún todavía, hay que serlo para pretender que un elfo se enamore de una *mujin*. Bueno, ¿qué hacéis aquí las dos, hablando de Elara y el príncipe Niowar?

—Nada, era por hablar de algo —replico veloz. No quiero que crea que muestro interés hacia él.

—Si mañana recibimos el salario me compraré algún adorno en la plaza —comenta Marge cambiando de tema.

—Quieres ponerte guapa para tu querido Ezra, el jefe de cuadras, ¿eh? —sugiere Rosy recibiendo un codazo de la cocinera.

—No levantes rumores. Ezra y yo solo somos amigos.

—Como si no os hubiese visto besándoos en el almacén de harina —ríe Rosy, y yo también, al ver la cara descompuesta de la cocinera.

—Jodida Rosy, eres como las moscas, estás en todas partes y todo lo ves.



Al día siguiente recibo un salario de cinco *hwanes*, una quinta parte de lo percibido por mis compañeras, pero mucho más de lo que esperaba en mi situación, que era nada. No podía creerlo, cuando la *noona* Maylen se detuvo ante mí y me entregó una pequeña bolsita de algodón, la miré sin entender nada hasta que la abrí y vi la cinta en la que iban engarzadas las monedas por su agujero.

Lo guardo en mi habitación para enviarlo a mi familia en cuanto tenga un poco más, pues, según Rosy, los comerciantes cobran al menos dos *hwanes* por hacer el recado, y así hacerles saber que estoy bien. Nuestra habitación no tiene pestillo y hay muchos sirvientes en la casa a los que aún no conozco y no sé si son de fiar, ¿dónde podría esconderla? Quizá bajo el colchón, pero es un sitio demasiado evidente. Solo tengo una muda de ropa idéntica a la que llevo puesta, decido meterla en el bolsillo de la túnica que está dentro del armario.

Al salir de la habitación me encuentro con Rosy, que camina deprisa por el pasillo.

—Te estaba buscando, ve a por leña para la cocina, Marge necesita fuego más fuerte para el asado y yo tengo que limpiar la habitación de uno de los sirvientes que al parecer tiene indigestión y ha vomitado —me pide.

Asiento y me dirijo al patio cercano a las cuadras sin dudarlo; he ido varias veces a por leña acompañando a Rosy. Al pasar junto al acceso al jardín de las *mangwas*, veo que hay un pequeño libro sobre la balaustrada. La cubierta es blanca con grandes letras doradas.

—*El poder de las deidades femeninas*, por Ilfirin Eonwar —leo sin poder evitarlo. Mi padre nos enseñó a Eldan, a Ange y a mí en cuanto fuimos capaces de centrar nuestra atención, y yo me encargaba de que Brychan aprendiese, al menos antes de llegar al Palacio de Piedra.

—Vaya sorpresa, sabes leer —afirma a mi espalda una voz que reconozco al instante. Mi piel se eriza sin remedio. Es el príncipe Niowar. Me vuelvo con la mirada fija en mis pies—. Bendiciones del Bosque, criada Cass —me saluda—. ¿Quién te ha enseñado a leer élfico?

—Mi padre era maestro, enseñaba a los hijos de elfos de bajo rango cuando vivía en Ruwa, de donde era originario, él me inculcó el

amor por la lectura —respondo la verdad, y el príncipe guarda silencio un instante.

—Eres una caja de sorpresas, criada Cass, me agradas. Aunque me desobedeciste y no llevaste el ramo de rosas a mi dormitorio.

—Sí lo hice, se lo entregué a una de las doncellas para que...

—Pero yo te pedí que lo hicieras tú misma. Mírame —pide. No soy digna de mirar a los ojos del príncipe, pero tampoco puedo desobedecerlo. Sus iris son azules, muy claros, como el cielo de la mañana—. Los días pueden ser muy aburridos en el palacio, y en ese momento me apetecía un poco de conversación.

—Lo lamento, alteza imperial. Creí que solo queríais las flores —admito, y él esboza una tibia sonrisa.

—¿Y qué tipo de libros te gusta leer?

—De aventuras, alteza imperial. Son los mejores —declaro.

El príncipe Niowar me observa con curiosidad.

—Estoy de acuerdo —conviene—. Criada Cass, ¿utilizas algún tipo de perfume? —Su pregunta me sorprende.

—No, alteza imperial.

—Ah, me lo parecía —sugiere.

Asiento, volviendo a fijar mi vista en los pies. Estoy poniéndome muy nerviosa, será mejor que me marche lo antes posible.

—Si me disculpáis, alteza imperial... Debo continuar con mis tareas.

—Por supuesto, no pretendo interrumpirte —acepta de buen grado. Realmente el príncipe Niowar es amable y comprensivo.

Me retiro y acarreo la leña a la cocina antes de continuar con mis tareas. Cuando regreso a mi habitación encuentro un pequeño libro sobre la cama: *Las aventuras de Safani Enera, protectora de la Llama Eterna de Nasdril.*

14

Altair



—Le ha dejado un regalo en su habitación, alteza imperial —me comenta Kim Shin en voz baja, cuando acude a mi dormitorio a buscarme para nuestro entrenamiento diario en el patio de armas.

—¿Qué?

—El príncipe Niowar. Solicitó al maestre Rowan Jinus que le entregase un libro de aventuras de la Biblioteca de las Estrellas y encargó a uno de los siervos que lo dejase en la habitación de la criada Kasandra —revela, provocando que la energía de mi núcleo dorado comience a vibrar en mi interior.

—Avisa a la *noona* Maylen de que venga a verme; a partir de este momento, la criada Kasandra se encargará únicamente de mis dependencias.

15

Cass



—Criada Kasandra —me llama la *noona* Maylen.

La miro con disimulo por debajo de las cejas. Debo de haber hecho algo muy mal para que haya venido a buscarme a la cocina. Me ha pedido que la siga y me encuentro con ella en la pequeña salita de sus dependencias privadas.

—¿Sí, *noona* Maylen?

—A partir de hoy abandonarás el servicio de las dependencias principales del palacio.

—¿Es que he hecho algo mal?

—No. Lo abandonarás porque pasarás a formar parte del servicio de las dependencias privadas del príncipe Altair Ryner. Hemos sufrido una baja y necesito reemplazarla —anuncia con ambas manos unidas ante el abdomen y expresión de incomodidad, haciéndome entender que es una decisión que no la hace feliz. Pero, entonces, ¿por qué yo y no otra criada con más experiencia?

—No sé si estoy preparada para atender al príncipe adecuadamente, *noona* Maylen, llevo muy poco tiempo en palacio... —me atrevo a exponer.

Ella clava en mí sus intimidatorios ojos de elfa.

—¿Acaso estás poniendo en duda mi criterio al seleccionarte? —

sugiere, y pego el mentón a mi pecho.

—Por supuesto que no, jamás me atrevería. Le serviré bien, lo haré lo mejor posible, para mí es un honor obedeceros.

La *noona* Maylen me mira y asiente, perdonándome por mi afrenta.

—Sígueme —pide.

Recorremos un largo pasillo en el que nos encontramos con varias doncellas que se cuadran al paso de la elfa que dirige las intendencias del Palacio de Piedra. Alcanzamos una puerta de color dorado custodiada por dos soldados con sus armaduras plateadas, sosteniendo una lanza cruzada que retiran a nuestro paso. Detrás de esa puerta hay un corredor de la anchura de una carreta con suelo de madera abierto, con una balaustrada, que atraviesa por las alturas un hermoso jardín privado. Al parecer, ese corredor es una especie de puente del edificio principal del Palacio de Piedra con las dependencias privadas del príncipe Altair. Al otro lado distingo de inmediato la silueta que, enfundada en su kimono azul, con el cabello recogido en una coleta alta y una cinta de cuero en la frente, con rictus serio, nos aguarda. Kim Shin saluda a la *noona* Maylen con un gesto cuando lo alcanzamos.

—Bendiciones del Bosque, *noona* Maylen, el príncipe Altair desea veros. Está en el Salón de los Escudos.

—Bendiciones, espada imperial, enseguida voy, en cuanto acompañe a la criada...

—Yo lo haré.

—Pero tengo que explicarle el trabajo...

—Son órdenes del príncipe —insiste Kim Shin llevándose un puño al corazón y bajando la cabeza en señal de respeto.

—Está bien. Cómo puede ser tan cabezota —rezonga para sí misma en un gesto demasiado informal que me sorprende y, sin decir nada más, atraviesa el salón al que hemos accedido por el corredor.

—Sígueme —me ordena Kim Shin, y lo hago, sin poder apartar la mirada de la espada que en su negra funda cuelga del cinturón a la altura de su cadera izquierda.

En el camino distingo a un par de siervos, vestidos con túnicas azules, que se detienen ante el paso de Kim Shin y se inclinan para saludarlo. Continúan inmóviles hasta que los dejamos atrás. Sigo a la espada imperial hasta una sala en la que hay una mesa con una única

silla, un armario y un mueble con varios jarrones vacíos. Me indica que es el comedor, la siguiente habitación es la sala de lectura, en la que hay un par de sillones, una mesa pequeñita y varias estanterías repletas de libros, donde el príncipe suele tomar el té mientras lee. A continuación hay una puerta cerrada, tras esta hay una estancia que me advierte que no debo visitar sin permiso, la Sala de Ofrendas; la siguiente es el Salón de los Escudos, al que tampoco accedemos por hallarse este en su interior junto a la *noona* Maylen. Después se encuentra el baño, que es una estancia más grande de lo que esperaba. Todo el suelo es de piedra negra y en el centro hay una tina cuadrada que desprende agua humeante en la que flotan varios pétalos de flores. Kim Shin me explica que la palanca de bombeo que hay a mi derecha es la utilizada para llenarla de agua, que esta sale muy fría porque proviene de un manantial de las montañas y he de templarla añadiendo cubos de agua hirviendo. Por último, me enseña el dormitorio, en el que no hay una cama corriente, sino que el colchón está sobre una tarima en el suelo, aunque los cobertores son muy lujosos.

—Todas las dependencias privadas del príncipe Altair deben ser limpiadas a diario.

—¿Todas? —repongo desconcertada. Es el doble del trabajo que hacía en la cocina y solo para una persona—. No me extraña que la anterior criada se haya marchado.

—¿Qué dices? —replica Kim Shin observándome con el ceño fruncido. Así que lo he dicho en voz alta. Soy una bocazas.

—Nada... ¿Y esa habitación? —pregunto por el cuarto contiguo al dormitorio del príncipe.

—Es la mía —contesta muy serio—. Ahí no debes entrar, yo me encargo de todo.

—Perfecto.

—Vamos, te mostraré tu dormitorio.

—¿Voy a cambiar de habitación?

—Los sirvientes personales del príncipe Altair solo abandonan el Ala Azul cuando es necesario —explica, y comienza a caminar.

Lo sigo y accedo por otro corredor más hasta la parte trasera del rectángulo que conforma el área personal del príncipe que comunica con el jardín privado. Hay tres habitaciones, la espada imperial se detiene ante la puerta de la del centro y la abre. Mi nuevo dormitorio

es el doble de grande del que compartía con Rosy y aunque su mobiliario —una cama, un armario y un tocador— es mucho más elegante que el que había en el anterior, me parece mucho más frío y solitario. Voy a extrañar la compañía ruidosa y cálida de Rosy, eso lo tengo claro. Kim Shin se detiene ante la puerta abierta y me mira.

—Servir al príncipe imperial es un gran honor, espero que lo entiendas y seas agradecida. Alguien se encargará de traer tus pertenencias, en caso de que tuvieses alguna en la otra habitación. Cada mañana, el sirviente Tellen te dirá tus obligaciones —me informa dispuesto a retirarse.

—Y ahora, mientras viene, ¿qué hago?

—Esperar —responde sin más, y se marcha, dejándome a solas. Pienso en los cinco *hwanes* que tengo escondidos en el bolsillo de mi túnica de repuesto, espero que quienquiera que me lo traiga no los encuentre y se los quede.

Aún no entiendo cómo la *noona* Maylen puede haberme seleccionado a mí, una recién llegada, alguien recluida contra su voluntad, para atender al diátome del condado de Thandel. No me entra en la cabeza, ojalá no lo hubiese hecho, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

16

Altair



—No estoy de acuerdo, en primer lugar, porque no lo considero seguro y, en segundo, porque esa joven *mujin* no está preparada para atender a un príncipe. Lo desapruebo completamente —protesta Maylen mirándome con el ceño fruncido. Ella desconoce los motivos reales de mi decisión. Le he dicho que deseo tenerla cerca para que Kim Shin pueda controlar sus movimientos. Si tuviese la menor idea de que mi hermano Niowar ha mostrado interés por ella, comenzaría a fantasear sobre posibles conspiraciones y su preocupación no la dejaría conciliar el sueño.

—Es mi decisión —declaro sin más, y ella aprieta los labios en un mohín de disgusto. Sin embargo, asiente y no dice nada más.

—Iré a verla ahora.

—No, he encargado a Tellen que le indique lo que debe hacer. En cuanto acabe de preparar mi ropa para la visita de la gran dama Wells, se hará cargo de ella.

Al oír el nombre de la heredera del linaje Wells, la expresión de la *noona* Maylen cambia por completo y esboza una amplia sonrisa.

—¿La gran dama Wells va a venir a visitaros, joven príncipe? ¿Y cómo es que no tenía la menor idea? ¿Habéis preparado algún presente? ¿Dónde vais a atenderla? ¿Quizá en el comedor?

—Precisamente por eso no lo sabes. No se trata de una visita formal: un criado ha venido esta mañana para preguntar si podríamos vernos hoy, me imagino que solo quiere que conversemos de algún tema.

La *noona* Maylen continúa esbozando una amplia sonrisa, su deseo de que algún día me despose con Rona es más que manifiesto. Cada vez que nos encontramos trata de combinar todas las variables para que nuestro encuentro sea personal y cercano, como perfumar la habitación y colocar un brasero, aunque haga calor para que nos sobre algo de ropa. El padre de Rona, el capitán Wells, forma parte de la guardia personal del emperador, y toda su familia reside en una propiedad noble en la ciudadela. Y sé que Maylen no sería la única que se alegrase de que uniésemos nuestros linajes, estoy convencido de que es una de las posibilidades que baraja mi padre para desposarme, además de las herederas de alguno de los condados con los que mantenemos mejores relaciones. Pero Rona y yo somos amigos desde la infancia y nunca la he mirado de ese modo. Hasta que llegue ese momento, no tengo el menor interés en ese tipo de asuntos.

—Me encargaré de que pongan un brasero para que estéis más cómodos… —concluye antes de retirarse, provocándome una sonrisa.

Cuando se ha marchado, es Kim Shin quien entra en el Salón de los Escudos en mi búsqueda, se aproxima y me saluda formalmente.

—La joven *mujin* ya está instalada en su nuevo dormitorio, allí ha de aguardar a que Tellen le indique sus quehaceres. Si todo va como debe, el príncipe Niowar y ella no deberían volver a encontrarse.

—Gracias, Kim Shin. Hoy suspenderemos nuestro entrenamiento de la tarde, tengo visita de la gran dama Wells. ¿Aún no hemos recibido correo de Taramar?

—No, alteza imperial.

—Espero que el erudito Asceta no tarde demasiado en responder a mi carta. Puedes retirarte.

—Muy bien, alteza imperial.

Camino hasta mi dormitorio y, al abrir la puerta, descubro que no hay un traje sobre la cama, espero que Tellen no lo haya olvidado. Decido ir a buscarlo para preguntarle. De camino a su habitación me cruzo con Silas, otro de mis sirvientes, sé que en total son cinco, pero solo recuerdo el nombre de ellos dos por ser los que más años llevan a mi servicio, varias décadas. Ambos, bajo la supervisión de la *noona* Maylen, se encargan de que todo esté como debe, por eso no me ha supuesto ninguna molestia que cambiasen a otro. Pregunto a Silas por él y me indica que ha ido a supervisar cómo cambiaban una de las herraduras de *Farat*. Adoro a mi purasangre y Tellen lo sabe,

agradezco el gesto, solo espero que eso no provoque que me retrase. Rona no es demasiado paciente.

Al pasar por su puerta pienso en la curandera, debe de estar dentro de la habitación, preguntándose por qué ha sido la elegida para servirme sin que tenga la menor posibilidad de adivinar el motivo.

Oigo entonces un ruido, una voz que capta mi curiosidad al fondo del pasillo proveniente del jardín, y me asomo a la balaustrada. Entonces la veo, precisamente es la joven *mujin*, está agachada bajo uno de los árboles y tiene algo entre las manos. La observo tratando de descubrir de qué se trata. Es un pájaro pequeño que da saltos en sus manos, se le escapa y cae al suelo. Parece estar hablándole, como si pudiese entenderla.

—¿Te has caído? A saber, ahora dónde está tu nido, eres un pájaro travieso, ¿no? ¿Es que quieres que te coma un gato? —continúa conversando con el animal. ¿Creerá realmente que la entiende? Sonríe al pajarillo, sosteniéndolo con cuidado entre las manos, su rostro se ilumina y sus mejillas se hinchan cuando lo hace. Es como si brillase y, lo que es peor aún, la brisa trae hasta mí de nuevo ese olor, como a espuma de mar. Ella mira hacia la copa del árbol, está buscando el nido del que ha caído el pájaro, debe de verlo porque vuelve a sonreír. Ahueca el bolsillo delantero de su túnica, justo en el pecho, e introduce al pájaro dentro y, entonces, se arremanga las faldas dejando al descubierto las enaguas blancas de algodón y se dispone a trepar al árbol. Jamás he visto a una criada o doncella con semejante comportamiento, debe de haberse criado de modo prácticamente salvaje. Si la *noona* Maylen la viese, la castigaría sin comer un par de días al menos. La curiosidad me impide apartar la mirada y observo como trepa habilidosa hasta alcanzar la rama en la que debe de encontrarse el nido y lo deja dentro.

—Alteza imperial —me llama a la espalda Tellen, sobresaltándome. Mira por encima de mi hombro tratando de averiguar qué era lo que observaba con tanta atención cuando oigo un golpe seco. Es la joven *mujin*, se ha caído del árbol, está tirada en el suelo con la falda tapándole el rostro, las enaguas completamente expuestas—. Oh, por favor, lo siento, alteza imperial, es la nueva criada —se disculpa Tellen con alarma en la voz, como si fuese él quien hubiera caído del árbol ante mí, y camina hacia ella presuroso. Antes de que la alcance, la joven se sienta descubriéndose el rostro y

se gira masajeándose las nalgas, donde se ha golpeado al caer—. Vamos, levántate, muchacha, está aquí el príncipe Altair —la conmina Tellen nervioso, y tira de su brazo. La joven le hace caso con expresión aún de dolor en el rostro y se inclina para saludarme.

—Avísame cuando la ropa esté lista —indico a mi siervo antes de girarme y retirarme, sin poder quitarme de la cabeza la escena tan ridícula que acabo de presenciar.

¿Esa joven *mujin* es especial? ¿*Esa joven* porta en su cuerpo una marca de sangre sagrada? Quizá solo se trate de un error, de una cicatriz fortuita con forma extraña, no puede haber nada divino en un ser que se comporta de un modo tan irracional y absurdo.

17

Cass



—¿Se puede saber qué hacías subida a un árbol, muchacha?, ¿es que te has vuelto loca? —me reprende un siervo de cabellos blancos con un grueso lunar en la mejilla derecha, que imagino que debe de ser Tellen, quien me indicará mis funciones.

—Un pajarito.

—¿Es que crees que eres un pájaro? Válganme los dioses del Monte Celeste, han sustituido a Tristán por una demente... —murmura para sí, observándome con estupor.

—¡No! Un pajarito se había caído y lo he devuelto a su nido, por eso me había subido al árbol. Lo siento, lo siento mucho, señor.

—Tellen, es mi nombre. ¿Y el tuyo?

—Cass.

—¿Eso es un nombre? —pregunta con desagrado. Desde luego no hemos comenzado con buen pie, y, para empeorar la situación, el Príncipe de Hielo me ha visto, quizá ordene que su fiel siervo de la katana me rebane el cuello esta misma noche por patosa.

—Me llamo Kasandra, pero prefiero que me llamen Cass.

—Pues yo preferiría no tener que llamarte, pero ya que te han dejado a mi servicio, tendré que hacerlo. Menuda penitencia, por los dioses del Monte Celeste, y encima el príncipe imperial te ha visto con

las enaguas por la cabeza —resopla para sí con el rostro completamente rojo.

—Normalmente no suelo hacer ese tipo de cosas —trato de defenderme.

—Eso espero, o no durarás nada aquí —rezonga—. ¿Sabes cuál es tu habitación? —pregunta, y asiento—. Pues ve dentro y cámbiate de ropa, te has manchado.

—Aún no tengo la otra túnica —confieso, y Tellen comienza a resoplar de nuevo.

—Pues métete dentro y no salgas, haré que alguien te la traiga —me ordena—. Por los dioses, ¿cómo se puede ser tan torpe?

Vuelvo a asentir, me sacudo la ropa y me marcho. Sé que no debería haber subido al árbol para devolver al pajarillo a su nido, pero cuando lo he visto en el suelo, con un gato merodeando por el jardín, no he podido evitarlo. La cadera me duele al andar, lo hará al menos unos días, lástima que no tenga conmigo mi ungüento de árnica, porque estoy segura de que se me va a inflamar. Ojalá la *noona* Maylen no me hubiese elegido para este trabajo.

Entro en mi habitación y me siento sobre la cama pensando en la reacción de Tellen: parecía realmente preocupado, miraba al príncipe con estupefacción. No me extraña, yo también me sobresalté cuando los oí hablar y los vi; de lo contrario no me habría caído, soy bastante habilidosa trepando, hacía años que no me daba un porrazo como ese. Y tenía que dármelo en ese preciso instante, ante el Príncipe de Hielo. Quizá Tellen esté preocupado por si lo hacen responsable, cuando la culpa es solo mía. Y del pajarillo. Pobre hombre, es mayor para recibir ningún tipo de castigo. ¿Y si lo azotan? Porque matarlo por algo así sería demasiado cruel incluso para él.

El peso de la culpa me oprime el pecho, no quiero que castiguen a nadie por mi causa. ¿Por qué tuve que asomarme a la ventana, por muy aburrida que estuviese esperando a alguien que no llegaba? Y entonces oí piar al pajarillo y vi al gato, escondido entre los rosales. ¿En qué estaba pensando para subir a ese árbol? ¿Y si me disculpo?

Abro la puerta de mi dormitorio y veo que en el pasillo de servicio no hay nadie. Al final, a la izquierda, está el acceso al jardín; a la derecha, el acceso a las dependencias del príncipe imperial. Espero que me traigan pronto la ropa y pueda cambiarme. Me doy cuenta de que nadie me ha dicho dónde está el lavadero, o si hay un

lavadero en esta parte del palacio o debo ir al lavadero principal. Ojalá deba ir hasta este, así podré ver a Rosy, a Marge y a Erie.

La puerta de mi izquierda se abre, sobresaltándome como lo haría cualquier cosa en este momento, y un hombre de mediana edad de cabellos castaños y piel pálida sale de la habitación y me mira.

—¿Eres la nueva criada?

—Sí, me llamo Cass.

—Yo soy Silas. ¿Estás haciendo algo ahora mismo?

—No.

—Pues toma —dice entregándome un hatillo de seda con algo en su interior—. ¿Sabes dónde está el dormitorio del príncipe?

—Sí. Pero...

—No irás a protestar ya el primer día, ¿no? —replica, y me callo —. Muy bien, deja esto sobre la cama del príncipe. Tellen irá enseguida a colocar bien la ropa. Ese viejo suspicaz no para de dar órdenes, y aún tengo que ir a por las sábanas al lavadero.

—¿Al lavadero de palacio? —pregunto ilusionada.

—Sí, claro, no va a ser el de la ciudad. Toma —insiste entregándome el hatillo de ropa—. No se te ocurra tocar nada, absolutamente nada de la habitación del príncipe imperial. Entras, dejas esto sobre la cama y te marchas sin abrir la boca siquiera. ¿Lo has entendido?

Asiento. E inspiro hondo. Es una tarea sencilla, nada puede salir mal.

18

Altair



Una vez en mi dormitorio, me deshago de la guerrera negra de cuero tejido, así como también del blusón de algodón blanco que llevo debajo, y los arrojo sobre la cama. Nunca me ha preocupado la ropa, quizá porque solo hay una con la que me siento realmente cómodo: mi atuendo de comandante de la guardia imperial, en la batalla. Los debates acerca de si, para el solsticio de verano, son más adecuadas las sedas de Malrod que los terciopelos de Ruwa los dejo para mi hermano Niowar, conocido en todo el imperio por su elegancia.

Pero la *noona* Maylen ha insistido en que utilice la camisola de seda verde que me regaló Rona cuando cumplí cuatrocientos años, hace casi dos, y voy a ponérmela para contentarla. No suelo hacer este tipo de cosas, pero prefiero utilizar la camisola a oír a la *noona* Maylen durante semanas protestando por mi falta de delicadeza para con mi amiga. Lo que ella no sabe es que no pienso utilizar bajo ningún concepto los *refinados* pantalones de terciopelo dorado de los que la oí conversar con Tellen; voy a dejarme puestos mis pantalones de piel negra y las botas.

La luz del sol del mediodía se cuela por la ventana, dibujando un estampado de luces y sombras sobre mi piel. Ante el espejo observo la herida abierta sobre mi pectoral izquierdo, esa que jamás cerrará. También las presentes en mis brazos y la marca en mitad de mi vientre de la espada de un guerrero *banto* que trató de destrozar mi centro de energía, hace más de tres décadas. Mantener la paz en el imperio no es tarea sencilla, cada uno de los siete condados tiene sus

propias batallas internas, y mi padre recurre a mí como último recurso cuando la negociación no es posible. Son muchas las contiendas que he librado y muchas más las que me quedan aún por librar. La unidad de los territorios élficos es solo una realidad escrita en el papel. Sobre el terreno son muchos los que no han soportado que sus reinos pasasen a convertirse en condados gobernados en última instancia por un único emperador, muchas las líneas de sangre que se han quedado sin poder alguno en cada uno de ellos. Y, aun así, nadie habla de ello, culpamos a los *mujins* de cada una de nuestras desdichas, porque centrar en ellos el origen de nuestros males ayuda a mantener el imperio unido. Es algo que mi padre me enseñó cuando le expliqué que la abadía de Taramar no había sido atacada por *mujins*, sino por una tribu de elfos rebeldes llamados *hodis*: «Extermínalos con tu magia, nadie debe saber que han sido elfos quienes han atacado la abadía. Dirás a todos que fueron los de sangre fugaz, las luchas entre hermanos dan más miedo que la propia guerra».

Las luchas entre hermanos. Y, no obstante, al oír esas palabras quien me vino a la cabeza fue Niowar. Lo aprecio, a pesar de que no hayamos pasado demasiado tiempo juntos, de que nuestra relación no haya sido demasiado cercana porque nuestras madres nos mantenían separados. Imagino que crecer bajo la estricta crianza de la emperatriz Mima Abney no debe de haber sido fácil para él. Ella creía, sobre todo desde que mi madre falleció, que sería él, la unión de la sangre de las dos mayores potencias élficas de Idunia, Ryner y Abney, quien ostentaría el título de diátome del condado en ausencia de mi padre. Y, sin embargo, fui yo el designado.

Nunca pedí ser diátome, ni él me preguntó si lo deseaba, como no pedí nacer unas horas antes que mi hermano, como no he controlado casi nada de lo que ha sucedido en mi vida como príncipe imperial, sobre todo desde que perdí a mi madre. Desde que mis deberes en la corte me alejaron de Bahki, del mar, de mi familia materna, del que siempre he sentido como mi verdadero hogar. He asumido cada papel que se me ha otorgado y lo he defendido con uñas y dientes para no decepcionar a mi padre, y aunque nunca haya recibido un mero gesto de aceptación por su parte, estoy convencido de que, si no estuviese satisfecho con mi labor, me habría destituido de inmediato y nombrado a mi hermano en mi lugar. Lo cual haría muy feliz a la emperatriz Mima, aunque no tanto como si yo desapareciera.

Oigo entonces un ruido a mi espalda, la puerta se ha abierto de repente sin que ningún criado haya llamado ni solicitado permiso para entrar, lo cual es inaudito. Me concentro y de inmediato una bola de energía azul surge en la palma de mi mano, preparada para responder a cualquier ataque. Veo entonces que se trata de la joven curandera, mi nueva criada, y chasqueo los dedos, disipando la energía que regresa a mi núcleo dorado a través de mi brazo.

—Oh, lo siento —dice mirándome a los ojos, algo totalmente prohibido. Los suyos son de un verde azulado, como el mar cuando el sol emerge de sus aguas al amanecer. Su mirada desciende por mi cuerpo, descarada, recorre mis pectorales, mis heridas, y, a la vez, sus mejillas se llenan con un intenso color rojizo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Ella alza los brazos, con la mirada, ya sí, fija en el suelo, y me muestra un hatillo de seda dorada.

—Os traigo vuestra ropa, príncipe imperial —responde con un hilo de voz casi inaudible.

—Déjala sobre la cama —pido volviéndome hacia el espejo, dándole la espalda—. ¿Dónde está Tellen?

—No lo sé.

La observo a través del espejo, sus orejas redondeadas también están rojas. No entiendo qué le sucede. Aprieta los labios y suspira.

—Está bien. Saca la ropa.

La joven asiente y comienza a deshacer el hatillo sobre la cama. Tellen siempre me ayuda a vestirme para las reuniones, desde que regresé al Palacio de Piedra ha sido mi ayudante de cámara, aunque en la mayoría de las ocasiones me encuentra vestido cuando llega, lo cual sé que le irrita, aunque no lo diga. Sonrío para mí al pensar en ello, y descubro que la joven está observándome de espaldas cuando cree que no me doy cuenta. Pero entonces nuestros ojos vuelven a encontrarse en el espejo y regresa la mirada a sus pies. Coge la camisola y se gira hacia mí, dispuesta a entregármela. Podría ponérmela yo mismo, pero de pronto me apetece forzar la situación. ¿Su expresión es de miedo o de curiosidad?

—Vamos, pónmela —le ordeno.

Inspira hondo y aprieta los labios, pero no dice nada, se acerca a mí y desliza una de las mangas por mi brazo. Al hacerlo, las yemas de sus dedos entran en contacto un instante con mi piel; es solo un

segundo, pero percibo que son cálidas. La joven pasa la suave seda por mi espalda, aparto el cabello un instante y después lo libero, y por último introduzco la otra mano. Ella se detiene ante mí y comienza a abotonar la camisola. Es algo que siempre hago yo, no me gusta tener a nadie tan cerca; sin embargo, guardo silencio. Lo hace con decisión, como una tarea bien aprendida. Está tan cerca que vuelvo a percibir el aroma a espuma de mar… ¿Cómo puede un *mujin* atesorar el perfume del océano en su cuerpo? Carece del menor sentido. Me recuerda a… esa niña *mujin*. ¿Cuántos años han pasado desde aquel día? ¿Podría tratarse de ella?

—No recuerdo cómo te llamas —le digo.

Ella alza la mirada, tan cerca que su embriagadora esencia me invade los sentidos. Siento como si de pronto me sumergiese en las profundas aguas de la costa de Bahki, permitiendo que el agua salada me envuelva y me invada.

—Cass, alteza imperial —responde, su aliento también huele a mar.

—Parece que hayas hecho esto en muchas ocasiones.

—Tengo tres hermanos —dice con sus dedos a la altura de mi esternón—. A todos los he ayudado a vestirse cuando eran pequeños —confiesa con pudor, y entonces un halo de tristeza cruza su semblante, su expresión se ensombrece.

—¿Sucede algo? —Hace un gesto de negación, pero sé que está mintiendo—. Habla —ordeno con voz severa.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, y una sensación extraña me invade el pecho, como una oleada.

—Me preocupan, nada más. Espero que no pasen necesidad.

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—Porque siempre he ayudado a mi madre a salir adelante y no sé cómo lo harán sin mí.

—¿Y vuestro padre?

—Nuestro padre desapareció —contesta engarzando el botón del cuello, sus manos cálidas rozan mi garganta—, hace mucho tiempo.

—¿Cómo?

—Vino a vender artesanía a Mour y no hemos sabido nada de él desde entonces. Puede que alguien lo asaltara por el camino para robarle o… no sé. —Parece que va relajándose. Yo, en cambio, cada vez estoy más incómodo, está demasiado cerca.

—¿Y cómo habéis subsistido?

—Trabajando como *mudang*. Preparando ungüentos, lociones, tisanas, emplastes…

—¿Quién te enseñó?

Veo en sus ojos que se pone alerta. No se fía de mí, y tiene sus razones.

—Estuve aprendiendo con *mudangs* de la aldea Delhaya, desde los cuatro años. Acababa de regresar con mi familia y establecerme en Zeprya cuando… —No es necesario que termine la frase. Se lleva una mano al estómago por un instante, parece incómoda. Así que no estaba en Thandel cuando era niña, entonces no puede tratarse de la pequeña *mujin* del Bosque de las Ánimas—. Esto ya está, alteza imperial, ¿necesitáis algo más? —pregunta dando un paso atrás, apurada por marcharse.

Alguien llama a la puerta de mi dormitorio. Cuando Kim Shin entra en la habitación, nos mira con expresión de sorpresa, como si interrumpiese algo.

Kasandra se vuelve y le hace una reverencia como saludo, la que no me ha hecho a mí como príncipe imperial desde que ha entrado por la puerta. Sonrío al pensarlo, no conoce el protocolo, en absoluto. Si Tellen o la *noona* Maylen lo hubiesen visto, la mandarían azotar.

—No, nada más, puedes retirarte —respondo, y se inclina, esta vez sí, antes de marcharse dejándonos a solas.

Kim Shin hace una nueva reverencia ante mí y se acerca con pasos veloces.

—No deberíais quedaros a solas con ella, alteza imperial. Puede ser peligrosa.

—¿De verdad lo crees? No hay nada de especial en ella, Kim Shin. Nada. Es una *mujin* corriente, con habilidades y preocupaciones corrientes. Solo su olor es distinto, no entiendo cómo puedes no percibirlo. —Mi espada imperial hace un gesto de negación—. No logro entenderlo.

—Quizá se deba a la zona en la que se ha criado, o a la alimentación que haya llevado… Y vos tenéis un olfato más sensible, alteza.

—Puede ser. Eso y la marca de su nuca son los únicos rasgos que la hacen distinta. Espero que pronto averigüemos de qué se trata. ¿Venías a decirme algo?

—Sí. La gran dama Wells ha llegado.

—Que pase al Velador del Sol, me encontraré con ella allí. —Kim Shin asiente y se vuelve dispuesto a marcharse—. Una cosa más.

—Sí, alteza imperial.

—Envía a alguien de confianza a averiguar si su familia está pasando necesidad.

—¿La familia de la *mudang*?

—Sí.

—Enseguida, alteza imperial.

19

Cassle



—¿Se puede saber dónde estabas metida? —me pregunta la *noona* Maylen al verme aparecer por el pasillo camino de mi habitación. Parece nerviosa, mira en todas direcciones.

—Estaba aten...

—¿Y el señor Tellen? ¿Sabes si ha ido a ayudar al príncipe a vestirse?

—Ya está vestido.

—Ah, qué alivio —afirma llevándose una mano al pecho—. Vamos a montar una mesa bonita en el Velador del Sol.

—¿Eso dónde es?

—En el jardín, ¿no has visto que hay un pequeño velador al aire libre?

—No.

—Pues ahora lo verás. Todo tiene que estar perfecto —dice con los ojos brillantes de emoción y una gran sonrisa, más simpática y amable de lo que la he visto desde que llegué al Palacio de Piedra—. La señorita Wells viene a comer con su alteza imperial y todo tiene que salir a la perfección —comenta como para sí.

Tellen llega hasta donde estamos, caminando con paso apresurado, y hace una reverencia ante la *noona* Maylen.

—Mis disculpas por la tardanza, me he acercado a la cocina a por la mantelería de seda roja con bordados de plata —se excusa mostrándonos un hatillo de sedas dobladas que sostiene sobre su brazo izquierdo—. Ahora voy a ayudar al príncipe a cambiarse.

—Ya está cambiado —afirma la *noona* Maylen—. ¿No lo has ayudado tú?

—No, señora.

—Se habrá vestido solo, entonces. Bueno, montad la mesa entre los dos, yo voy a enviar a Silas a la cocina con el menú que he elegido, para que la cocinera vaya preparando los platos.

—Sí, señora —asiente Tellen, y me hace un gesto para que lo siga.

Nos adentramos en el jardín. Más allá de los árboles que puedo ver desde la balaustrada hay un pequeño lago completamente rodeado de vegetación, de coloridas flores que resplandecen bajo la luz del sol. En el centro del lago plagado de nenúfares se encuentra un velador también de madera, con tejado oscuro a cuatro aguas. Accedemos a él mediante un camino de tablas que lo une a tierra firme y observo que hay una mesa baja con forma cuadrada; en el suelo hay dos cojines de seda roja con bordados exóticos elaborados con hilo de plata. Tellen extiende el mantel sobre la mesa, los bordados son idénticos a los de los cojines: un dragón de grandes fauces que navega entre las nubes.

—Toma los cubiertos y platos de ese mueble —me ordena señalando un aparador de madera situado en uno de los laterales del cuadrado que supone la planta del velador.

—¿Cuántos platos? —pregunto.

—Dos. Solo estarán el príncipe imperial y la gran dama Wells. Pon también dos cuencos, dos copas y dos juegos de cubiertos —me indica doblando las servilletas, dándoles forma de pájaro.

—¿Quién es la gran dama Wells? —me atrevo a preguntar.

—Por los dioses, ¿es que no sabes nada? Es la hija del capitán de la guardia del emperador y la futura esposa del príncipe Altair.

—Ah, están comprometidos.

—Aún no, pero todo el condado sabe que se casarán, están muy unidos desde que eran pequeños —expone tomando el plato que le entrego. Lo deja sobre la mesa y coloca su escultura de servilleta sobre este—. A no ser que el emperador encuentre una mejor opción para el príncipe.

—¿Y el príncipe Niowar? —Al mencionarlo, Tellen me mira de reojo.

—¿Qué pasa con él?

—¿También está comprometido?

—Con toda la corte —refunfuña en voz baja, aunque puedo oírlo. Le entrego los cubiertos, que coloca con minuciosidad—. El príncipe Niowar ha tenido varias *alianzas* personales, pero ninguna de ellas seria, al menos hasta donde yo sé. Es muy distinto del príncipe Altair.

—Eso es más que evidente —murmuro.

Tellen se vuelve de inmediato y me mira con sus ojos pequeños y redondos. Estoy a punto de entregarle las copas, pero su mirada me hace detenerme.

—Sé quién eres y sé que sirves como castigo por haberle dañado involuntariamente con un brebaje, pero no pareces más que una aprendiz de curandera analfabeta que tuvo la suerte de ser perdonada por el príncipe Altair y llegó aquí de rebote. Y te advertiré de algo: he servido al príncipe Altair la mayor parte de mi vida y, si cualquier cosa que hagas o digas le causa la menor molestia, me encargaré de que no aparezcan ni las cenizas de tus huesos —me amenaza, provocando que un escalofrío me recorra de pies a cabeza. No lo esperaba en absoluto. Tellen parece un caballero muy amable y educado, por lo que acaba de dejarme descolocada por completo—. Ahora, puedes retirarte.

Y lo hago, me marcho a mi habitación sin poder dejar de pensar en las palabras del criado principal del príncipe Altair. Lo defiende con un fervor que no sé cómo calificar, es como si fuese alguien de su familia. Y ni siquiera he dicho nada malo sobre el príncipe Altair como para que reaccionase de ese modo. Cuando llego, encuentro en la puerta a Rosy, esperándome, lo que me hace muy feliz. La abrazo. Es como si, en lugar de esta misma mañana, hiciese siglos que no nos vemos.

—Aquí tienes tu ropa, desertora —dice entregándome mi túnica de repuesto.

—No me digas eso, que ya te estoy extrañando —afirmo abriendo la puerta de mi habitación y ofreciéndole pasar al interior.

Rosy lo mira todo con ojos nuevos, como si acabase de entrar en uno de los salones del palacio.

—Hala, qué habitación más grande, y para ti sola. Si hasta tienes

una silla y un armario. —Se tira en la cama de espaldas—. Qué cómoda… ¿Por qué tienes esa cara? ¿Qué te ha pasado? —me pregunta sentándose en el lecho, apoyando la espalda contra la pared.

—Me va a costar adaptarme a estar a este lado del palacio, todos son muy serios y estirados. Hoy es mi primer día y ya he metido la pata dos veces —confieso sentándome a su lado.

—¿Dos veces?

—Dos veces que yo sepa, probablemente habrán sido muchas más.

Rosy posa su mano sobre la mía y me mira a los ojos con una sonrisa oculta bajo el velo azul, que oscila con sus movimientos.

—Cuando la *noona* Maylen te ha elegido, es porque sabrás hacerlo bien, ella nunca se equivoca. Es tu primer día, es normal que metas la pata, pero lo harás muy bien, confío en ti —asevera entrelazando nuestros dedos, provocando un brillo de esperanza en mi corazón—. Además, ahora hay más trabajo porque el príncipe Altair está aquí, en el palacio, pero, según Marge, a menudo suele pasar largas temporadas fuera, años, y entonces no tendrás casi nada que hacer y te aburrirás.

—¿Y por qué pasa tanto tiempo fuera?

—Porque es el comandante en jefe de las tropas del emperador, cada vez que hay una revuelta importante en cualquier confín del imperio lo envía a él para luchar —explica, y pienso entonces en las cicatrices que he visto en su cuerpo. En su espalda, el vientre y los brazos y la herida en su pectoral izquierdo… Cuánto dolor deben de haberle causado. ¿Por qué no han desaparecido? Deberían haberlo hecho, los elfos poseen magia, y la magia es capaz de sanar las heridas, al menos eso creo, porque así me lo ha dicho mi madre. Su imagen fue tan turbadora… Aparte del de mis hermanos y de Valen, es la primera vez que veo el torso desnudo de un varón. Su piel era tan clara que parecía brillar y, a pesar de las cicatrices, sus músculos fuertes y torneados, sus formas delicadas y a la vez robustas, eran… hermosas. Y su piel…, al rozarla con las yemas de los dedos sentí un escalofrío—. ¿En qué piensas?

—En nada.

—Te has puesto roja.

Me toco las mejillas, están ardiendo, como lo estuvieron mientras permanecí en esa habitación, que esperaba vacía cuando lo encontré

dentro medio desnudo. ¿Es que los elfos no sienten pudor? A mí me lo provocó, y mucho.

—¿Sí? Tengo calor —aseguro poniéndome de pie, y no miento—. Bueno, creo que debería buscar a Tellen, la gran dama Wells tiene que estar a punto de llegar...

—¿La gran dama Wells? Así estaba Marge tan nerviosa... —dice Rosy para sí.

—¿Qué problema hay con ella?

—Ninguno, es solo que... Es un tanto especial en sus gustos. Hay muchas comidas que no la satisfacen y la *noona* Maylen está obsesionada con agradarla en todo, lo cual aumenta el trabajo en la cocina y el servicio. Tiene unos trescientos cincuenta años, es algo menor que los príncipes, pero es su amiga desde que eran pequeños, sobre todo del príncipe Altair. Viene a visitarlo a menudo, se hacen regalos... Todos creen que acabará siendo su esposa y la emperatriz de los siete condados algún día.

—¿El príncipe Altair será el próximo emperador?

—Todo apunta a que sea así. De lo contrario, su padre no lo habría nombrado a él diátome en su ausencia, es quien rige el condado cuando el emperador no está. Aunque nadie se atreve a decirlo en voz alta para no molestar al príncipe Niowar y mucho menos a su madre, la emperatriz, que es temible.

—¿Por qué es temible? —pregunto, y Rosy resopla como si hubiese tantas razones que fuese imposible enumerarlas todas.

—Es temible, créeme sin más. Te veo mañana, seguramente tendrás que venir al palacio a por algo —afirma guiñándome un ojo antes de marcharse.

Así que la gran dama Wells es una especie de prometida informal del príncipe Altair, quien algún día gobernará los siete condados élficos, incluidas las vidas de todos los *mujins* que los habitan. Estaremos en las manos de un elfo frío y herido. Eso no puede ser bueno..., ¿verdad?



Al salir de mi dormitorio me encuentro de frente con Silas, que

lleva en sus manos un jarrón de fina porcelana de gran tamaño que parece muy pesado.

—Anda, ayúdame a llevar esto al velador del jardín.

—¿Y para qué necesitan un jarrón tan grande?

—Da elegancia, según la *noona* Maylen —contesta posándolo en el suelo con cuidado antes de llevarse una mano a los riñones. Su cabello rubio y corto está empapado de sudor, debe de haberlo cargado desde una estancia lejana.

Silas debe de tener aproximadamente la edad de mi madre, en torno a los cuarenta años, aunque sus manos no están ni la mitad de encallecidas. Inspira hondo y me hace un gesto para que lo agarre por la parte superior y él se hace cargo de la inferior. Entre los dos no es demasiado difícil de transportar y con paso lento pero seguro lo llevamos al velador y lo colocamos en un lateral.

—Oye, eres fuerte —se sorprende, haciéndome sentir orgullosa.

—Gracias.

—Bueno, Tellen y yo nos haremos cargo del servicio de la comida, tú puedes aprovechar para limpiar el polvo del Salón de los Escudos.

Asiento y me retiro. Cuanto menos hable, menos oportunidades para meter la pata.

Cuando estoy a punto de llegar al corredor que conecta el Ala Azul con el palacio de camino al Salón de los Escudos, me encuentro con una comitiva, encabezada por dos soldados imperiales, seguidos de Kim Shin, un paso por detrás el príncipe Altair y una hermosa elfa de largos cabellos blancos a la que apenas puedo observar de refilón antes de agachar la cabeza, la *noona* Maylen y, tras esta, otros dos soldados, seguidos de Tellen. Veo al príncipe lo suficiente para darme cuenta de que va vestido con la ropa que yo misma lo he ayudado a ponerse, que le sienta bastante bien. Cuando me alcanzan, pego la espalda a la pared y hago una profunda reverencia, como he visto hacer a los criados esta misma mañana. Pasan por mi lado como una exhalación sin decir una palabra, excepto Tellen, que se detiene junto a mí un instante.

—Deprisa, ve a la cocina a por besos de miel y azahar.

—¿Qué?

—Corre —me urge.

Por los dioses del Monte Celeste que no tengo la menor idea de lo

que son los «besos». Al menos, otros distintos de los que se dan en las mejillas o en los labios... Marge debe de saberlo, así que me apresuro a recorrer el camino que me separa de la cocina a toda velocidad. Cuando ella me ve llegar, me abraza estrujándome entre sus enormes pechos como si hiciese una eternidad que nos separamos.

—Mi pequeña entrometida, ¿qué haces aquí? —me dice con su sonrisa inmensa.

—Me han mandado a por besos de miel y no-sé-qué...

—Ah, besos de miel y azahar, aquí los tengo —afirma mostrándome una fuente de porcelana rellena de unas bolitas del tamaño de una cereza—. Prueba uno.

—No, no...

—Vamos, pruébalo, no están contados —me anima.

Miro en todas direcciones. Estamos solas en la cocina. Tomo uno y me lo llevo a la boca. Se deshace sobre la lengua en una explosión de sabor; lleva almendras, vainilla, por supuesto azahar y la miel más dulce que he probado nunca.

—Oh, Marge, esto es lo más delicioso que he comido en mi vida... —confieso, y la cocinera hincha los mofletes de felicidad con mi cumplido.

—A la gran dama Wells le gustan mucho, los he preparado deprisa, pero han salido ricos —se jacta.

—¿Ricos? Esto es lo que deben de comer los dioses cuando se reúnen a tomar el té —digo haciéndola aún más feliz.

—Vamos, llévalos.

Vuelvo a cubrirlos con el trapo y regreso con paso veloz hacia el Ala Azul, saludo a los criados y las criadas que me encuentro a pesar de las prisas; enseguida estaré allí y haré feliz a Tellen, a ver si así suavizo mi mal comienzo con él. Pero entonces me topo con otra comitiva, en esta ocasión del príncipe Niowar. Me inclino con la mirada fija en el suelo, aunque en realidad me gustaría darle las gracias por el libro que me ha prestado, sé que no debo hacerlo delante de tanta gente.

—Criada Kasandra —me saluda deteniéndose a mi lado.

—Alteza imperial —respondo.

—¿Qué llevas? Y... ¿adónde vas?

—Voy al Ala Azul, alteza imperial, y llevo besos de azahar y miel.

El príncipe Niowar levanta el trapo con dos dedos y observa lo

que hay debajo, toma uno y se lo mete en la boca, lo saborea sin la menor prisa.

—Deliciosos. ¿Y por qué los llevas tú y no uno de los sirvientes de mi hermano?

—Es que yo ahora soy…

—Mírame —exige. Lentamente lo recorro con la mirada. La desplazo por sus pies y sus piernas fuertes marcadas bajo las calzas de terciopelo gris hasta llegar al torso, cubierto por una camisa blanca y levita verde de bordados a juego con las mallas; por su cuello poderoso, su mentón ovalado, sus labios finos y su nariz recta, hasta sus ojos, grandes y azules, que me observan con curiosidad—. ¿Ahora perteneces al servicio personal de mi hermano? —Asiento. Enarca una de sus cejas trigueñas—. ¿Quién te lo ha ordenado?

—La *noona* Maylen, me lo dijo esta mañana.

—Bueno, la *noona* Maylen siempre ha tenido buen gusto para el servicio. Es una lástima dejar de tenerte por aquí; aun así, espero que podamos conversar sobre libros de vez en cuando.

—Claro, alteza imperial.

—Además, se acerca la Fiesta del Solsticio —agrega guiñándome un ojo. Bajo de nuevo la mirada a los pies, abochornada por el gesto que no sé interpretar.

Reinicia el paso y todos los que lo acompañan también: soldados, criados, doncellas… De estas últimas recibo una mirada cargada de desprecio, imagino que por su amabilidad para conmigo. Cuando me vuelvo para retomar el paso me encuentro de frente con los ojos rasgados de Kim Shin, que me observan con severidad en silencio, desde el final del corredor de piedra, vestido con su atuendo exótico de la tribu *otoki* y con su sempiterna espada recta enfundada al cinto.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta cuando lo alcanzo.

—Silas me ha enviado a por dulces —respondo nerviosa.

Él alza la vista tras mi espalda observando a quienes se alejan.

—¿De qué hablabas con el príncipe Niowar?

—Me ha preguntado adónde iba y le he respondido que al Ala Azul, entonces me ha preguntado por qué y le he dicho que ahora sirvo al príncipe Altair, nada más. —No pienso decirle que compartimos gusto por la lectura, entre otras cosas, porque no le incumbe. Inicio el paso, pero Kim Shin me agarra el brazo, frenándome.

—Mantente alejada del príncipe Niowar —me advierte atravesándome con su mirada. No lo entiendo. ¿Por qué? Es como si quisiese decirme algo más y no se atreviese a hacerlo—. Date prisa, los están esperando —añade haciéndose a un lado para permitirme el paso.

Cuando llego al jardín interior, no hay nadie a quien entregarle los dulces, ni Silas ni Tellen están por allí. Miro a Kim Shin, que me ha seguido todo el camino de regreso. No quiero volver a meter la pata ante el príncipe, y menos aún ante la *noona* Maylen y esa señorita elfa que parece tan estirada, así que una idea cruza mi mente.

—Espada imperial, ¿seríais tan amable de...?

—¿De?

—De llevar esto al velador.

—¿Cómo te atreves? ¿Acaso tengo cara de criado? —protesta ofendido, y resopla enderezándose.

—Es que tengo miedo de volver a meter la pata: si lo hago, la *noona* Maylen me mandará ejecutar —confieso con total sinceridad, y quizá él sea el encargado de hacerlo.

—Sírveles como es debido y no tendrás nada de lo que preocuparte.

—Nunca he servido a nadie, excepto a mi familia. No sé qué hacer con las manos ni cómo moverme —confieso, y Kim Shin aprieta los labios en un mohín de incomodidad, observándome con una ceja alzada. Duda unos instantes antes de decirme nada más, como si estuviese decidiendo si va a ayudarme o no.

—Debes aproximarte a los comensales siempre por el lado izquierdo, con una mano a la espalda, y antes de dejar el cuenco sobre la mesa hacer una inclinación, soltarlo y colocar la otra mano atrás también. Después debes retirarte sin dar la espalda al príncipe durante al menos diez pasos, girarte y marcharte. Aunque probablemente Tellen estará allí y no permitirá que sirvas al príncipe ni a su invitada, te quitará el cuenco de las manos en cuanto llegues. —Trato de memorizarlo todo—. ¿Lo has entendido?

—Sí, gracias, espada imperial.

—Vamos.

Iniciamos el camino hasta acercarnos al velador. Entre los setos veo al príncipe conversando de forma distendida con la joven elfa, que no puede ser más hermosa. Su cuello es largo y esbelto, su piel es tan

blanca como la nieve, y sus ojos son verdes como esmeraldas. El príncipe Altair, siempre con rictus serio, parece relajado con ella, la observa y asiente a lo que quiera que esté diciéndole. Ella ríe escandalosa y agita el cabello. A unos pasos de ambos, en el acceso al velador, la *noona* Maylen los observa con una sonrisa; sin duda, la joven le gusta bastante. No como yo.

Tropiezo con una pequeña piedra del camino y, del sobresalto, dos de los besos de miel y azahar caen al suelo. Los miro horrorizada, con lo ricos que están…

—¿Qué haces? —me pregunta Kim Shin cuando me agacho y los recojo. Me pego el cuenco al pecho con la otra mano y los limpio con mi túnica entre los dedos—. ¿Estás loca? No puedes dar al príncipe algo que ha caído al suelo.

—No pienso tirarlos, sería un desperdicio y, además, han caído en la hierba —le digo, y me como uno.

La espada imperial se me queda mirando boquiabierto, sin decir nada, pero aún me queda otro en los dedos. Miro la boca abierta de Kim Shin y, sin pensarlo, se lo meto dentro. Él se endereza como si le hubiesen dado en la espalda con un palo y mira por detrás de mí. Cuando me giro me doy cuenta de que el príncipe Altair nos está mirando con una ceja alzada. La *noona* Maylen, por suerte, solo tiene ojos para la parejita. Mastico y trago deprisa. Por las diosas, ¿por qué ha tenido que pillarme? Kim Shin también mastica veloz mientras nos acercamos con paso apresurado, a la vez que me fulmina con la mirada; estoy segura de que mi cabeza sigue donde está porque hay una invitada.

La *noona* Maylen me mira como si fuese una aparición demoníaca cuando llego con los dulces y me intercepta en la entrada del velador antes de que dé un solo paso hacia el príncipe Altair y su invitada. Fuerza una sonrisa con la que me pregunta qué hago yo allí y dónde están Tellen y Silas, y me arrebata el cuenco de las manos.

—Yo les serviré. Retírate y dile a Tellen que venga, ahora mismo —me pide, y la obedezco.

Kim Shin, en cambio, se coloca entre los dos soldados que, orientados hacia el pequeño lago, vigilan desde el velador.

Cuando voy por el camino de regreso me doy cuenta de que el príncipe Altair vuelve a observarme; sin embargo, no encuentro rabia ni odio en su mirada, lo cual me hace tener esperanzas de conservar la

cabeza sobre los hombros, al menos algo más de tiempo. Al alcanzar la entrada del jardín, me tropiezo con Tellen y Silas, que llegan cargando bandejas con varias botellas de licor.

—La *noona* Maylen os requiere —les digo a ambos, que se apresuran en dirección al velador, y después me dirijo al Salón de los Escudos, dispuesta a limpiar hasta que no me queden uñas en los dedos.



A la mañana siguiente, Tellen llama a mi puerta cuando el sol aún no se ha alzado en el horizonte. Resoplo. Estoy agotada, terminé muy tarde anoche, tengo ampollas en los dedos pulgares de restregar el trapo contra el metal de los escudos para lustrarlos. ¿Cómo puede tener tantos? Tellen me envía a la cocina a por el desayuno del príncipe, que debo dejar tapado en el velador del jardín, y me indica que justo después debo fregar la habitación de baños para que, cuando su alteza imperial acabe con su entrenamiento matutino, la encuentre limpia para su aseo.

—Deja la tina llena de agua y coloca en el borde dos cestos de sales azules, uno de pétalos de rosas, uno de romero y otro de miel antes de marcharte. Lo encontrarás todo en una de las estanterías —me indica.

Sales, pétalos de rosas, romero y miel. Parecería que en lugar de darse un baño fuese a preparar una sopa. Espero recordarlo todo.

Una vez en la cocina, mientras Marge me prepara la bandeja de plata en la que se sirve al príncipe Altair, me tomo un té de hibisco, mi favorito, y hablo un poco con Rosy mientras comemos un pedazo de bizcocho y roscos bañados en chocolate que la cocinera ha apartado para nosotras.

La obsesión de los elfos por la comida me resulta de lo más extraña, ellos comen muy poco, solo un par de bocados de cada plato, pero les encantan las mesas repletas de comida, como si alardeasen de sus riquezas mostrando que no les importa desperdiciarla.

Una vez que he dejado la bandeja de plata en el Velador del Sol cubierta con su tapa, me voy directa al baño del príncipe. Las instrucciones de Tellen son limpiarlo a fondo, y doy por hecho que eso

significa fregar la pequeña tina de losetas de roca de pizarra negra, por lo que, con un par de cubos, voy vaciándola y tirando el agua en las hierbas de la parte trasera del jardín. Cuando voy por la mitad, tengo que meterme dentro para continuar sacando agua, pero no quiero mojar mi túnica, aún no está muy sucia. Por más que me dijese Tellen ayer que me había manchado solo era un poco de polvo, y me gustaría reservar la otra para no estropear las dos a la vez. Estoy sola en esa gran habitación, así que decido quitármela; al fin y al cabo, debajo llevo unas enaguas y una camisa de algodón blanco, no es que vaya desnuda.

Me deshago de ella y la dejo sobre la estantería en la que están los paños mullidos que debe utilizar el príncipe para secarse. Me recojo el cabello con una cinta y me meto en el agua, que me moja casi hasta la cintura. Es un trabajo duro, pero no más que arar el huerto de nuestra familia. Una vez vacía, froto la piedra con un estropajo de esparto empapado en vinagre que me traje de la cocina, no hay nada mejor para quitar la cal incrustada. Poco a poco, la dejo reluciente.

Cuando he acabado con la tina, arrodillada, friego todo el suelo de la habitación con una esponja y agua a la que he añadido una infusión de lavanda que también me traje de la cocina y que da un aroma muy agradable. Estoy a punto de terminar cuando las hojas de la puerta de madera de la entrada se abren y entran por esta unos pies enfundados en unas sandalias de cuero manchadas de polvo, que siguen por un pantalón oscuro y continúan con elegantes ropajes de príncipe imperial, cuyo rostro refleja la sorpresa de encontrarme allí.

Tras él entra su sombra, Kim Shin, que se detiene un paso atrás. Inmediatamente me pongo de pie y me inclino como saludo, con la esponja mojada entre las manos que gotea sobre mis pies desnudos. Se produce un silencio incómodo, el príncipe Altair no dice nada durante unos segundos que se me hacen eternos. Lo miro por debajo de las cejas y me doy cuenta de que está observándome, sus ojos están fijos en mi pecho, descubro entonces abochornada que mis pezones se transparentan a través de la camisa empapada y cruzo ambos brazos ante el torso. Kim Shin carraspea y es como si ese sonido lo hiciese despabilar de repente.

—¿Qué haces aquí? —pregunta el príncipe Altair, alejándose de mí, dando un par de pasos hacia el interior de la habitación.

—He… he fregado el baño —respondo como si no fuese evidente.

—¿Qué es ese olor?

—Es lavanda, alteza imp…

—No. Me refiero a ese *otro* maldito olor… Va a volverme loco.

—He usado vinagre…

—¿Acaso crees que no sé cómo huele el vinagre? —replica molesto, dándome la espalda y caminando hacia la tina. Kim Shin evita mirarme, supongo que también intimidado por mi aspecto con la ropa mojada. A mí solo me gustaría desaparecer—. ¡Y vístete! No sé cómo puedes pasearte así por el palacio…

—Lo siento, alteza imperial. No sabía que… —respondo abochornada. Siento tanto calor en las mejillas y la garganta que casi me cuesta respirar. Echo la esponja en el cubo, sin dejar de cubrir mis pechos con los brazos—. Solo intentaba no ensuciarme…

—Cállate, no quiero oír nada más. Avisa a Tellen, quiero darme un baño.

—Sí, alteza imperial —asiento tomando la túnica de la estantería en la que la he dejado y poniéndomela deprisa sobre la ropa interior mojada. Miro a Kim Shin, que me hace un gesto con los ojos para que me marche a toda velocidad. Lo obedezco y salgo en busca de Tellen.

20

Altair



¿Qué me pasa? ¿Por qué se me ha acelerado el corazón así? ¿Por qué mi núcleo dorado ha comenzado a agitarse, a burbujearme bajo el vientre? Como… como cuando estoy alerta, en peligro, pero ¿qué peligro puede suponer para mí la curandera de una aldea?

Peligro.

Sus pechos marcados bajo la ropa mojada…

El contorno de sus pezones sonrosados.

¿Por qué he tenido que fijarme?

Y ese olor… ese maldito olor a océano que me revuelve por dentro.

Me paso una mano por los ojos como si así pudiese borrar la imagen de su desnudez de mi mente. Oigo entonces una risa leve y me vuelvo, descubriendo a mi *orabeoni* con una sonrisa en los labios que no se molesta en disimular cuando nuestros ojos se encuentran.

—¿Te diviertes, Kim Shin?

—Bastante, alteza imperial —responde sin pudor—. Comenzaba a creer que esos rumores de que sois de hielo se habían vuelto ciertos. —La amistad que nos une le concede el derecho de tomarse la licencia de decir lo que piensa, algo que generalmente agradezco. No en este caso.

—No sé a qué te refieres. —Trato de hacerme el ignorante. Él alza las cejas y asiente—. ¿Crees que lo ha hecho aposta?

—¿Qué? ¿Fregar el baño?

Lo fulmino con la mirada. No va a ponérmelo fácil.

—Vamos...

—No. No lo creo. Creo que ha hecho lo que dice, desvestirse para proteger su ropa de trabajo; fregar está entre sus tareas, aunque debería haber terminado antes de que concluyésemos nuestro entrenamiento.

—Ese olor suyo..., ¿de verdad que no lo percibes?

—No, alteza.

—Tengo que averiguar qué es lo que pasa con esa *mujin*, y cuanto antes —digo para mí.

En ese momento Tellen entra en el baño con su andar pausado dispuesto a prepararlo todo a mi gusto, como siempre.



Qué distinta es la vida en el palacio imperial del día a día en el campo de batalla, dos realidades opuestas que se han alternado sin cesar a lo largo de mi vida adulta. El frío que cala los huesos, el barro incrustado en los pliegues de la piel, contra el agua ardiente que llena la tina, en cuyo abrazo me sumerjo mientras los pétalos de rosas flotan en la superficie. La crudeza y la verdad de la carne que se abre al paso de la espada y la magia, contra la suavidad de las telas que cubren los chismes y mentiras de palacio.

Como Rona y Kasandra.

¿Otra vez me acude a la cabeza la criada? La culpa es de ese misterio que entraña la marca de su nuca, jamás he soportado los acertijos, y en cuanto resuelva este, mi inquietud se disipará. Espero.

Cuando el agua comienza a enfriarse, concentro mi energía en la palma de las manos y vuelvo a calentarla.

La conversación que mantuve ayer con Rona acude a mi mente, mi amiga estaba preocupada porque el rumor de que el príncipe Niowar había sido atacado por una de sus doncellas ha recorrido toda la ciudad de Mour. Es lo que tienen las ciudades condales, más aún esta, en la que se dirige además el imperio: son una bestia que se alimenta de rumores, sospechas y relatos malintencionados y de la que es casi imposible escapar una vez te atrapa. Y mi hermano Niowar no deja de darle de comer cada cierto tiempo.

Le he dicho que no tiene por qué preocuparse, Niowar se

encuentra bien y la doncella fue ajusticiada.

—Las familias nobles hablan de Niowar, Altair.

—¿Y qué dicen?

—Dicen que está descuidando su energía, que bebe demasiado, que malgasta su magia en alardear ante sus amantes, *mujins* y élficas, o por cualquier otro motivo. Dicen que es famoso en Las Tres Lobas por dar las mejores fiestas.

—¿Qué es Las Tres Lobas?

—Un burdel, Altair.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —pregunté. Rona no es como el resto de las grandes damas de la corte, es sincera y honesta, no pretende ser frágil y delicada, al menos conmigo.

—Por mis criados, aunque lo cierto es que una vez me disfracé de soldado y lo vi con mis propios ojos —confesó entre risas.

—Eres única, si tu padre se enterase...

—Me encerraría en la abadía de Taramar hasta el fin de mis días —admitió antes de dar un sorbo a su copa de vino—. Altair, te lo digo en serio, la actitud de Niowar perjudica a la imagen del imperio, sabes que son muchos los nobles de otros condados que estarían encantados de suceder a tu padre en el trono.

—No me preocupa: si alguno osa alzarse, lo exterminaré.

—Nadie diría que es tu hermano, ni hijo de tu padre.

—No seas cruel, Rona. Sé que Niowar es indisciplinado y rebelde, pero su vida tampoco ha sido fácil. Yo perdí a mi madre cuando era muy joven, pero al menos el tiempo que la tuve me sentí amado. Él nunca ha sentido ese calor, a pesar de que la suya vive. Sabes que fue criado por un ama de cría tras otra, porque ninguna agradaba a la emperatriz pasado un tiempo. Yo tampoco he sabido, ni sé, estar cerca de él. A veces pienso que lo trato con demasiada severidad.

—¿Tú? Demasiado haces, Altair, te preocupas por él mucho más que él mismo —concluyó con el ceño fruncido—. Pero, bueno, cambiemos de tema..., te has puesto la camisa que te regalé. ¿La utilizarás para la Fiesta del Solsticio?



Después del baño me dirijo al Salón del Trono, para atender a los nobles en sus más variopintas inquietudes. Disputas por territorios,

por el pago de tributos de los *mujins* que los habitan, por el pago de tributos a la Corona imperial, propuestas para la construcción de estatuas, fuentes, ermitas y caminos dedicados a los dioses y diosas, o a alguna de las deidades menores. Después le toca el turno al correo, en el que suelen llegar mensajes de los generales emplazados en las cuatro fronteras del condado, informándome de que todo permanece tranquilo y seguro. Pero nada proveniente de Taramar, ni rastro de la misiva que estoy esperando de mi amigo el erudito Asceta hace ya demasiados días.

Tomo entre los dedos una de las cartas, está lacrada con el sello del clan Saeroyi, dos lanzas cruzadas sobre un pez, va dirigida a mi padre y remitida por Jihoon Saeroyi, mi tío y diátome de Bahki. Siento la tentación de abrirla, sostengo el pedazo de papel entre los dedos.

—Sabéis que vuestro padre desea atender personalmente la correspondencia del condado de Bahki —me advierte el maestre Rowan Jinus, de pie, a mi izquierda; a la derecha se encuentra Kim Shin, como siempre.

Sé que me advierte por mi propio bien, a mi padre le desagradaría que lo desobedeciese deliberadamente. Conozco a Jinus desde que tengo uso de razón; él, junto a la *noona* Maylen y Kim Shin, son los únicos de mi absoluta confianza en el Palacio de Piedra. También confío en mi tío Jihoon, a pesar de que nos hemos visto en contadas ocasiones desde que mi madre falleció. Pero su energía, su aura, es muy similar a la de ella, y eso provoca que lo sienta mucho más cercano que a cualquier otro elfo. Me pregunto para qué ha escrito a mi padre, desde que mi madre fue asesinada la relación entre Bahki y el emperador ha sido… mucho más que tensa. Sobre todo, desde que mi abuelo se sumergió en el lago Jinyang para no regresar jamás después de enterarse de que nunca podría volver a mirar a su amada hija a los ojos. Kim Shin, como guerrero *otoki*, sabe tan bien como yo que soy el único motivo por el que Bahki no ha entrado en guerra con Thandel. Bahki espera que, llegado el día, sea el sucesor natural de mi padre al frente del imperio y que así el que porta la sangre de su adorada princesa alcance a gobernar los siete condados.

Es algo en lo que no deseo pensar, el futuro es aún demasiado distante y complejo. Y yo soy un guerrero, no un político, no un emperador; soy mucho más feliz en el campamento militar que

sentado en este sillón de oro debatiendo nimiedades que parecen demasiado importantes para los nobles de la corte, porque nunca han tenido que luchar con una espada por su propia existencia.

—¿Tienes idea de lo que puede querer mi tío, Jinus? —le pregunto directamente. El maestre une ambas manos ante el vientre y hace un gesto de negación.

—Sabéis que vuestro padre es muy reservado en todo lo que se refiere a Bahki.

—¿Y si es algo urgente?

—Si es algo urgente, podréis verlo pronto. El emperador ha enviado un mensajero para informarnos de que él y la emperatriz llegarán dentro de siete lunas. Justo antes de la Fiesta del Solsticio.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Dentro de siete días seré libre, no tendré que sentarme en este sillón maldito.

—¿Qué sillón está maldito? —dice la *noona* Maylen entrando en el salón. Tiene un oído privilegiado, es capaz de percibir cómo cae una aguja desde la otra punta de una habitación. Camina en mi dirección sin quitarme el ojo de encima.

—Este… —indica obediente Jinus, y le doy una patada en el tobillo con el mayor disimulo del que soy capaz.

—¿Cómo va a estar maldito un trono imperial? ¿Quién dice eso? —replica deteniéndose ante nosotros, mirándome molesta.

Observo de reojo que el maestre está señalándome con la mirada. Traidor. La *noona* Maylen me pellizca en el brazo con fuerza como cuando era niño.

—Ay.

—Respetad el trono del imperio —me ordena. Sé que jamás se tomaría una confianza semejante ante otros elfos, me encuentro en mi círculo más íntimo—. E id acostumbrándoos, porque un día os sentaréis en él por pleno derecho y para siempre —proclama.

Me fijo entonces en su aspecto: lleva una túnica de seda azul muy brillante, con tules del mismo color y el cabello recogido con un pasador, así como los labios teñidos de carmín.

—Vaya… ¿Es que vas a salir de palacio hoy? —le pregunto.

Ella asiente con una sonrisa, coqueta.

—Voy a reunirme con varias grandes damas de la corte para ponerme al día de toda la información que se mueve en la ciudad.

—Para alcahuetear —concluyo, y ella alza la mano como si fuese

a volver a pellizcarme, pero no lo hace.

—Las grandes damas de la corte son las que mueven toda la información de la ciudad imperial, lo que les cuentan sus maridos, sus criados, los comerciantes..., lo saben todo o casi todo. Y yo me llevo bien con ellas —afirma pagada de sí misma.

—Ah, es eso. Creía que te cortejaba un gran señor —sugiero, y la *noona* Maylen mira instintivamente a Rowan Jinus, lo cual provoca que yo también lo haga y me doy cuenta de que se siente incómodo. ¿Estoy perdiéndome algo o entre ambos hay cierta tensión?

Miro a mi espada imperial, que no puede disimular una sonrisa contenida.

—Pues os equivocáis, alteza imperial, pero quizá algún día sea cierto y, en lugar de aguardar al elfo adecuado, elegiré a uno menos adecuado, pero más decidido —sentencia con una mueca de enojo en los labios—. Bueno, solo venía a deciros que voy a salir y que regresaré antes del anochecer.

Asiento y ella da media vuelta y se retira, no sin dedicar una última mirada de reojo al maestre.

Me quedo observando cómo la ve marchar, sin pestañear una sola vez hasta que la *noona* Maylen abandona la sala de audiencias. Me gustaría preguntarle si siente algo por ella, pero lo respeto demasiado como para abordarlo así, directamente.

—Alteza imperial, si no me necesitáis para nada más, me retiro —dice el maestre.

Asiento y se marcha con pasos lentos y pesados. Me quedo a solas con Kim Shin.

—Entre esos dos hay algo, ¿no crees? —le pregunto, y mi espada imperial inclina la cabeza a uno y otro lado.

—Algo que quizá ni ellos mismos sepan —responde con su voz calmada.

—¿Tienes la menor idea de a qué puede deberse la carta de mi tío Jihoon a mi padre?

Kim Shin hace un gesto de negación.

—No, hace meses que no recibo noticias de mi padre. Le escribiré una carta preguntándole cómo está y si hay alguna novedad me lo contará.

—Espero descubrir antes lo que sucede. Sabes tan bien como yo que la relación de mi padre con mi tío no podría ser más tensa.

—Sí podría, en caso de que al emperador se le ocurra nombrar sucesor a vuestro hermano Niowar —proclama provocando que lo mire. Tan serio, vestido con su kimono de guerrero *otoki*, con los colores de la tribu. Recuerdo a la perfección el día en que nos conocimos, mi abuelo, lo hizo llamar al Salón del Atardecer, en el Palacio Blanco, ese que mi madre trató de representar con el velador del lago para sentirse un poco más cerca de su hogar. Recuerdo las palabras de mi abuelo y la expresión de curiosidad de mi madre. «Este es Kim Shin, es el hijo mayor de Daiyue Shin, mi más fiel guerrero, y será tu sombra a partir de este momento, mi príncipe. Estará a tu lado para protegerte, incluso aunque no puedas verlo, estará ahí siempre que lo necesites», explicó antes de unir nuestras vidas para siempre convirtiéndonos en *orabeonis*, según la antigua ceremonia de Seiryu Takai del pueblo *otoki*.

Kim Shin era algo más alto que yo entonces, después lo rebasé un palmo y, aunque en ese momento teníamos la misma edad, era un elfo demasiado joven para su expresión seria y decidida que en nada se parecía a la mía, un príncipe criado entre paños de seda mimado por el imperio. Los años y perder a mi madre se encargarían de transformar la expresión de mi rostro también.

Desde entonces ha permanecido a mi lado, y sé que lo hará hasta que alguno de los dos espire su último aliento. Niowar también tiene una espada imperial, un guerrero elegido por mi padre para protegerlo, un buen espadachín y también buen luchador, pero al que no lo mueve la lealtad, sino la ambición y la codicia. Sé que Kim Shin no es fiel a la Corona imperial, ni siquiera a Bahki, nuestras vidas están unidas y se entregaría a la muerte con los brazos abiertos si con ello me salvase; dudo que Zaran Fajur hiciese algo así por mi hermano.



Después del almuerzo, en el Salón de los Escudos, pido a Kim Shin que se retire y voy a tumbarme a descansar un rato en mi lecho. Cuando entro en mi habitación, lo primero que percibo es un olor a flores nada usual, pero que entiendo al darme cuenta de que los antiguos jarrones que poseo sobre la estantería, el aparador y otros dos grandes de pie están repletos de flores. Hay rosas, peonias y

mangwas de diversos colores, también margaritas silvestres. Me vuelvo y llamo a Tellen para que entre en la estancia.

—¿Sí, alteza imperial?

—¿Ha explotado el jardín en mi dormitorio? —Tellen mira hacia todas partes como si fuese la primera vez que lo ve.

—Lo siento, alteza imperial. Debe de haber sido la nueva criada, ella se ha encargado de arreglarlo —me informa sin disimular su incomodidad—. Es una joven muy voluntariosa, pero decidida también, y se toma este tipo de licencias sin consultarlo antes conmigo. Lo lamento, alteza imperial, ahora mismo me encargaré de retirar las flores —dice dando un paso hacia uno de los jarrones.

—No, déjalo, deseo tumbarme un rato. Después puedes retirar las flores —le indico, y Tellen se inclina como despedida antes de retirarse y dejarme solo en el jardín de primavera en que se ha convertido mi habitación.

Me acuesto y, al apoyar el rostro sobre la almohada, percibo un olor familiar. La levanto y encuentro debajo una rama de lavanda seca. También debe de haber sido ella. La arrojo lejos de mí, no sé a qué viene todo esto; las flores en la habitación, esa ramita fragante bajo la almohada... ¿Por qué habrá hecho algo así? ¿Es que pretende agradarme y ganarse mi favor con este tipo de cosas? Menuda tontería.

Quizá sea su modo de mostrar agradecimiento por haberla puesto a mi servicio, o por no haberla ejecutado por su falta.

Cuando cierro los ojos, la imagen de sus pechos pegados a las prendas mojadas me acude a la mente, sobresaltándome. Nunca me he caracterizado por dejarme llevar por las bajas pasiones, mucho menos cuando se trata de *mujins*, nunca he compartido lecho con ninguna de ellas. No me parecen atractivas, sus rasgos, sus movimientos, su falta de elegancia, incluso la tersura de su piel, nada tienen que ver con la de las elfas. He tenido varias amantes, no soy ningún monje, dos de ellas, valientes soldados con las que he calentado mi cuerpo las frías noches en las montañas, encuentros puntuales con el mero propósito de aliviar nuestra mutua necesidad. Con ninguna he compartido mi yang, la energía primigenia de mi núcleo dorado, jamás lo haría sin estar seguro de que se trata de la pareja adecuada, es algo demasiado íntimo. Pero incluso en esas ocasiones, nunca me había sentido tan... carnal, como un animal preso de sus instintos. Así me sentí ante la

imagen de su cuerpo transparentado a través de la ropa. Como si hubiese despertado en mí una parte que ni siquiera sabía que existía, esos bajos instintos me resultaron desconocidos. «Quizá, en el fondo, no soy tan distinto de mi hermano», me reprendo.

Nunca he tocado a una *mujin* y no lo haré, porque no sería capaz de mirarme a la cara después.

21

Cassle



Han transcurrido varios días desde que trabajo para las dependencias del príncipe Altair, y, excepto los dos primeros, en los que tuve un par de *encuentros* desafortunados, no he vuelto a cruzarme con él. Tellen no me ha ordenado servirle ni una sola vez desde entonces, quizá sea porque puse flores en su dormitorio sin que nadie me dijese que lo hiciera, pero ¿a quién puede molestarle que decoren su habitación con flores? Solo pretendía restar un poco de sobriedad y a la vez disculpar mis torpezas. Es imposible que le siente mal algo así. Sin embargo, Tellen me hizo tirarlas al día siguiente, qué desperdicio. Y ha estado ordenándome hacer esto o aquello, traer la comida o cualquier otra cosa, además de limpiar, sin que haya vuelto a tropezarme con él. A su guardián, Kim Shin, sí lo he visto.

Solo se separa de su lado cuando va a descansar, y es suplido por dos guardias. A la espada imperial me lo he cruzado por los pasillos un par de veces, cuando se retira a su dormitorio, o saliendo de este. Su expresión hacia mí ha cambiado, al menos ya no distingo un odio asesino en su mirada, o eso me parece, quizá sea por el dulce que le di el día de mi llegada al Ala Azul. No lo sé, pero incluso podría decir que... creo que ya no le desagrado tanto.

Esto me hace feliz, porque, aunque resulte una insensatez, ya no

me intimida tanto. No he olvidado el día en que asesinó a Elara, no había ni rastro de emoción en sus ojos, en su expresión, era un soldado que ejecutaba su labor sin más, sin el menor remordimiento. Ojalá ella no hubiese tratado de atacar al príncipe, quizá seguiría viva de no haberlo hecho.

Silas me ha tenido todo el día lavando, tendiendo y doblando sábanas; al parecer, como se acerca el solsticio de verano, hay una fiesta y todo el palacio se limpia a fondo y se renueva para aceptar al nuevo sol, que nace para calentar la tierra y hacer madurar los cultivos. Rosy y el resto de las criadas están igual de atareadas, apenas he podido verlas un rato cuando voy a por la comida, y Marge me atiborra de platos que devoro veloz mientras prepara la bandeja plateada del príncipe. No sé cómo los elfos pueden sentirse llenos con tan poco. Yo sería capaz de comerme a la propia Marge cuando despierto por las mañanas.

Echo de menos las sobremesas con mi familia. No había ni una cuarta parte de platos y mucho menos de comida, pero todos nos peleábamos por hablar y compartir las cosas que nos habían sucedido durante el día, incluso el pequeño Brychan se esmeraba en contar cuántos bichos había capturado.

Las lunas Dirin y Elba están preciosas, plateadas y redondas como platos en mitad del cielo; sus reflejos danzan sobre la superficie de agua del lago. La luna Meren, en cambio, está en cuarto creciente, pronto acabará el mes del gallo y hará dos meses desde que llegué al palacio.

Ha sido un día largo, he lavado una montaña de sábanas, manteles y telas y me duelen los dedos de las manos, porque se me han agrietado, y las rodillas, tanto que no me podía quedar dormida, así que he salido al jardín y he metido las manos en el agua del lago. El frío los ha aliviado de inmediato. Ojalá tuviese uno de mis ungüentos de caléndula, las grietas se curarían mucho más rápido. En mi camino me he cruzado con dos soldados imperiales de la guardia del príncipe y me han ignorado sin más, sin preguntarme adónde me dirigía: parece que se han acostumbrado a verme andar aquí y allá. Ya hace diez días que estoy instalada en el Ala Azul, me he adaptado a mi habitación y, al menos, cuando despierto por la noche no me siento desorientada sin saber dónde están la puerta o la ventana en la oscuridad.

Hoy Rosy, en el breve instante en el que nos hemos visto, me ha estado contando el último cotilleo, y es que al parecer una de las doncellas ha sido descubierta en actitud afectuosa con uno de los soldados. El soldado es un elfo, como todos los de palacio, y la doncella una *mujin*, también como todas, y, aunque yo misma antes de mi llegada no podría haber entendido que se sintiesen atraídos el uno por el otro, después de pasar este tiempo en el palacio no me parece algo tan descabellado. Somos distintos, mucho, y sé que los elfos nos consideran seres inferiores, pero cada uno lleva a cabo su labor sin más, y tenemos dos manos, dos ojos y un corazón que laten bajo la piel y los huesos. Si mi madre me oyese pensar de ese modo, se escandalizaría.

Al parecer, la *noona* Maylen ha intervenido, el soldado ha sido enviado a servir lejos del palacio y probablemente nunca más vuelvan a encontrarse. Así son las cosas y así deben ser: *mujins* y elfos podemos convivir en el palacio, aunque jamás relacionarnos entre nosotros. Al menos, no de una manera afectuosa.

De pronto oigo un ruido en la oscuridad y me doy la vuelta para ver de qué se trata. Una sombra se mueve en mi dirección, proviene de los arbustos, así que me pongo en pie y tomo una piedra con la que defenderme en caso necesario.

—¿Quién anda ahí? —digo en voz alta, y la silueta continúa caminando hacia mí en silencio—. Estoy armada...

—¿Vas a atacar a un príncipe elfo? —pregunta divertida una voz que reconozco de inmediato mientras sigue acercándose.

—Lo siento mucho, alteza imperial —contesto haciendo una reverencia.

El príncipe se detiene a mi lado y siento el roce de sus dedos fríos en el mentón, forzándome a alzarlo y a mirarlo a los ojos. Veo las lunas reflejadas en sus iris y su sonrisa resplandeciente a pesar de la penumbra. El príncipe Niowar mira mis labios y siento cómo mi garganta se seca al percibirlo; por un momento temo que vaya a besarme, y no sé cómo debería reaccionar ante esto, así que doy un paso atrás.

—No podía dormir, es algo que me pasa a menudo y estoy cansado de recorrer los mismos jardines de palacio, así que decidí pasar por este, que visito mucho menos a menudo —comenta sin borrar la sonrisa del rostro.

—¿No podéis dormir? Hay un remedio con... —Me callo de inmediato. ¿Cómo puedo atreverme a ofrecerle un remedio cuando uno de los míos estuvo a punto de matarlo?—. Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haberos ofrecido uno de mis remedios. No lo pensé, solo quería ayudaros. El té de *pasionara* y *valerama* va muy bien para descansar.

—Lo tendré en cuenta... ¿Qué tal te va sirviendo a mi hermano?

—Bien, bueno..., hay mucho trabajo, aunque eso no me asusta.

—¿Qué tienes en los dedos? —me pregunta sorprendiéndome. La luz de las lunas hace que haya bastante claridad, pero no tanta como para detectar las grietas en mis dedos. Le muestro ambas palmas hacia arriba—. ¿Te has lastimado? —insiste tomando mis manos con las suyas y mirando mis heridas.

—No es nada, he estado lavando muchas sábanas... —respondo nerviosa ante el hormigueo que me produce el tacto de la piel suave de sus dedos sobre la mía, dañada y áspera.

—Ah, te hacen trabajar muy duro, ¿no es cierto? —dice acariciando el dorso de mi mano derecha con su dedo pulgar en sentido ascendente hacia mi muñeca—. Si ahora te reclamo como doncella, ¿aceptarías de buen grado? —propone con mirada dulce—. Al fin y al cabo, yo fui el perjudicado por tu brebaje —bajo la mirada abochornada por la culpabilidad—, sería más lógico que me sirvieses a mí. ¿No crees? Yo jamás te forzaría a trabajar tan duro, en realidad nunca te forzaría a nada que tú no quisieses... —puntualiza aproximándose a mi oído. Su aliento mueve mi cabello, está demasiado cerca y mi corazón late muy deprisa.

—Solo soy una criada, alteza imperial.

—No eres solo una criada. Eres inteligente, divertida y muy dulce... Eres especial, Kasandra, me di cuenta la primera vez que te vi. Yo podría hacer que tu vida en el palacio fuese mucho más cómoda, incluso podría ayudarte a ver a tu familia. —Mis ojos se abren como platos al oírlo decir eso.

—¿De verdad?

—Claro. Si fueses una de mis doncellas, me acompañarías en mis salidas de caza, en mis visitas a mis amigos nobles que viven fuera de las murallas de Mour, y podríamos acercarnos a tu aldea. Te permitiría pasar algo de tiempo con ellos y hacerles saber que estás bien. Eso te gustaría mucho, ¿verdad? —Asiento sin dudarlo. Eso

significaría todo para mí. Sin embargo, la *noona* Maylen me ha ordenado servir al príncipe Altair, y me preocupa su reacción si el príncipe Niowar me reclama como doncella, sería una especie de desobediencia—. Sé que en el palacio nadie me considera el predilecto para suceder a mi padre en el trono del imperio, y que incluso mi propio hermano me considera débil, porque nada de eso me ha importado nunca. No ansío el poder ni la gloria, ¿de qué sirven si malgastamos nuestra existencia luchando en una guerra tras otra? —plantea sin soltar mis manos, y siento cómo un chisporroteo de energía las recorre, especialmente en las heridas, un brillo dorado las llena.

Miro sus ojos, sus iris resplandecen con un brillo del mismo color por el uso de la magia. Las heridas sanan rápidamente entre sus manos y su sonrisa se hace aún más amplia cuando suelto las suyas para comprobar que están perfectas, observándolas con asombro.

—Es increíble, están curadas —exclamo mirándolo con ilusión.

—¿Es la primera vez que ves cómo actúa el *seysang*, la magia sanadora? —me pregunta, y recuerdo entonces que no, ya la vi una vez, vi a un elfo sanar a un caballo...

Un elfo de largos cabellos negros y mirada plateada. Y entonces, al invocarlo en mi mente, siento que el corazón me da un vuelco. Era el príncipe Altair, era él quien me descubrió en el Bosque de las Ánimas. Era él, estoy segura. Por eso su aspecto me resultó familiar la primera vez que lo vi. Está cambiado, pero era él. ¿Por qué no me mató entonces? Estaba incumpliendo la ley.

—Es sobrecogedora, ¿verdad? —insiste al ver que me he quedado atrapada dentro de mi mente.

—Sí, lo es; es abrumadora. ¿Todos los elfos poseéis magia?

—El *seysang* es innato porque es la energía de la naturaleza. Está presente en nuestro núcleo dorado desde nuestro nacimiento, forma parte de nuestro yang.

—No sé qué significa eso. Nunca he oído hablar del... núcleo dorado ni del... ¿yang?

—Nuestro núcleo dorado es nuestro centro de energía, está situado justo aquí —dice tomando mi mano y, llevándola a la mitad de su vientre, la posa sobre él. Siento una oleada de calor en las mejillas, me intimida que me toque, mucho más tocarlo yo. El príncipe Niowar me atraviesa con su mirada azul—. El yang es la

energía primigenia, esa que recorre nuestro cuerpo y nos hace ser quienes somos. Los elfos y la naturaleza somos uno, somos meros catalizadores de su energía. Por eso somos capaces de adelantar el proceso de curación natural de cualquier ser. Después del *seysang* hay varios niveles más de magia, el último es el *seumo*, en el que se es capaz de controlar los elementos: el agua, la tierra, el viento... Hay muy pocos elfos capaces de dominarlo en los siete condados. Mi padre es uno de ellos.

—¿El emperador es capaz de controlar los elementos?

—Y mi hermano Altair también. Lleva entrenando desde que era muy pequeño y es uno de los elfos más poderosos de Idunia, y de los más despiadados también. No creo ni que pueda contar los *mujins* que ha matado; elfos también, por supuesto... —dice para sí. Sus palabras me sobrecogen y aparto la mano de su vientre intimidada—. Perdona, no debería decir algo así de mi propio hermano; a pesar de todo, lo aprecio. No hace sino representar el papel que nuestro padre le ha otorgado, aunque disfrute demasiado al hacerlo —concluye. Cientos de víctimas *mujins*. Es cierto que su mirada de hielo es indescifrable, pero no he visto maldad en sus ojos, quizá sea culpa mía, madre siempre dice que intento ver bondad en todo el mundo. Cientos de *mujins*, con sus cientos de madres y padres, familias destrozadas...—. No quiero presionarte, te daré hasta la Fiesta del Solsticio para que decidas si quieres ser una de mis doncellas —concluye con una sonrisa resplandeciente y se vuelve, alejándose hasta desaparecer entre la maleza de nuevo.

Me quedo un instante en silencio decidiendo si el príncipe Niowar ha venido a verme al jardín del Ala Azul, si realmente lo ha hecho para pasear y nos hemos encontrado por casualidad, o si lo he soñado. Me ha tomado del mentón y ha vuelto a proponerme que forme parte del grupo de sus doncellas. Ha dicho que soy hermosa, y que incluso podría ayudarme a ver a mi madre si acepto, e intuyo que requiere algo más. No soy ninguna tonta, ni mojigata, aunque Valen y yo nunca hemos ido más allá de besarnos y acariciarnos por encima de la ropa en el granero, he sentido la rígida presión de su intimidad contra mi pubis y el deseo en sus ojos brillantes y sus mejillas encendidas. No sé si podría sentir ese tipo de deseo hacia el príncipe Niowar, pero sí sé que no quiero acabar como Elara, por mucho que anhele ver a mi familia.

Me ha concedido hasta la Fiesta del Solsticio para pensarlo y lo haré, aunque en mi interior sienta que tengo la respuesta clara. Con las manos aliviadas y el pulso aún acelerado, tomo el camino de regreso. Saludo a los soldados que custodian la entrada al Ala Azul desde el jardín y en el pasillo me encuentro de frente con Kim Shin. La luz de las velas titila en el espacio, iluminando su rostro serio e inexpresivo.

—¿De dónde vienes?

—Del jardín, he ido a tomar el aire.

—¿Con quién?

—Sola.

—No es cierto —replica apretando los ojos hasta convertirlos en dos pequeñas líneas rasgadas—. Sígueme —me ordena, y lo hago de mala gana. Tengo ganas de acostarme, estoy cansada y un poco inquieta por la conversación con el príncipe Niowar. A Kim Shin no se le escapa una, así que debe de habernos visto y ahora quiere saber si se lo voy a ocultar. «Sí, seguro que es eso», pienso. No quiero que desconfíe de mí. Se detiene ante la puerta de mi dormitorio—. Hablabas con alguien en el jardín.

—Con el príncipe Niowar. Yo estaba refrescándome las manos porque me dolían y él estaba dando un paseo, por eso nos hemos encontrado.

—¿Un paseo? ¿En el Ala Azul? —dice como para sí, enderezándose alerta.

—No podía dormir..., ¿qué sucede?

—¿De qué habéis hablado? —me pregunta sin ningún pudor. No pienso decirle que me ha ofrecido que sea su doncella, es algo privado que primero debo decidir y responder al príncipe Niowar.

—De libros. Ambos compartimos el amor por la lectura —contesto, y trato de continuar el paso, pero Kim Shin me agarra con fuerza por el antebrazo, impidiéndomelo—. Ay, me hacéis daño.

—¿Qué libros?

—No sé, de novelas antiguas, de poesía... —Trato de escabullirme y fuerzo el brazo para que me suelte—. ¿Qué problema hay? ¿Es que debo ignorar al príncipe si me dirige la palabra? —me atrevo a plantear molesta.

—No, claro que no. Pero no debes salir a escondidas al jardín.

—No lo haré más —aseguro, y continúo el camino hacia mi



dormitorio.

22

Altair



—Así que sabe leer —digo mirando a Kim Shin a los ojos, de pie a mi lado mientras estoy sentado en el trono, dispuesto a abrir la bandeja del correo.

—Eso parece, alteza imperial.

—No para de sorprenderme esta *mujin*. Hablando sobre libros... —repito, y no puedo evitar una sonrisa. El libro más grueso que haya podido leer mi hermano, que no sea referente a deidades, fue uno de los relatos infantiles que el maestre Jinus utilizó para enseñarnos. Lo cual me deja claro que su interés hacia la joven curandera *mujin* es, cuando menos, tan intenso como para atreverse a visitar mis dependencias durante la noche sin permiso y fingir que se ha convertido en un gran lector para impresionarla.

—Deberíais llamar la atención al príncipe Niowar —me aconseja Kim Shin.

—No es tan sencillo. Si le muestro que sé que ha visitado a mi criada y eso me molesta, podría sospechar que hay algo de especial en ella, como para vigilar sus movimientos.

—Entonces, ¿vais a dejarlo pasar?

—Aún no lo sé. ¿Los soldados lo vieron? ¿Cómo llegó hasta el jardín del Ala Azul?

—Debió de trepar el muro que lo rodea desde el patio interior que precede al pasillo que conecta el Ala Azul con el Palacio de Piedra. Demasiadas molestias por una *mujin*, ¿creéis que puede saber algo que desconozcamos?

—No. Creo que Niowar percibe lo mismo que yo, que hay algo inusual en ella y actúa como un gato curioso que ha visto el reflejo de una luz y desea perseguirla y atraparla para descubrir de qué se trata.

—Esperemos que así sea. Ella parecía... complacida con la atención —lo oigo decir, y me giro para mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No sé cuán estrecha podría ser la relación entre ambos, pero parecía bastante cómoda con él.

—¿Es que ahora puedes leer la mente? ¿Cómo va a sentirse cómoda con él? Sé que mi hermano tiene un gran don de palabra, pero de ahí a que una *mujin* se sienta cómoda... —protesto, y recibo como respuesta una mirada al suelo que, sin embargo, no es capaz de ocultar una sonrisa contenida de mi espada imperial por mi repentino enojo—. ¿Qué?

—No he dicho nada, alteza imperial.

—Mejor así —asiento antes de continuar examinando el correo. El corazón me da un vuelco cuando encuentro que entre las cartas hay una proveniente de Taramar. Un sobre lacrado firmado por mi amigo el erudito Asceta y dirigido a mí—. Al fin —digo dispuesto a abrirlo, pero en ese momento la *noona* Maylen se adentra en el Salón del Trono y camina en mi dirección con paso decidido.

La observo en silencio mientras guardo la misiva en el bolsillo, no quiero que la vea. Ella se acerca y asciende el estrado en cuyo centro se encuentran los tronos. Hace una leve reverencia al detenerse ante mí.

—Alteza imperial, necesito comentaros un par de cosas —anuncia mirándome a los ojos.

—Hazlo, te escucho.

—Os espero en el Velador del Sol, hablaremos mejor tomándonos un té. Y no tardéis —concluye antes de retirarse.

Kim Shin y yo nos miramos en silencio. No tengo ni la menor idea de a qué viene tanto secretismo, pues sabe que mi espada imperial me acompañará a tomar ese té y escuchará nuestra conversación. Recupero la carta y la sostengo entre las manos.

—Si la abro ahora no podré concentrarme en lo que quiera que tenga que decirme la *noona* Maylen. Toma, guárdala, te la pediré cuando termine —digo entregándosela.

Kim Shin la esconde entre los dobleces de su kimono. Me pongo

en pie y tiro de los bajos de mi levita negra de piel. No hay nada que desee más en este momento que abrir la carta del erudito Asceta, pero tampoco quiero ofender a mi ama de cría, así que la atenderé primero, las palabras escritas no van a variar porque lo retrase un momento.

Cuando llego al Velador del Sol, Tellen está de pie, aguardando a que nos sentemos para servir el té. La *noona* Maylen vuelve a saludarme cuando la alcanzo. Nos sentamos uno frente a otro en los cojines, sobre la tarima de madera. Su expresión es tan opaca que no me permite intuir lo que puede querer decirme. Pienso entonces que hace días que no veo a Kasandra, quiero decir, a la curandera, por ninguna parte en palacio. Me molesta imaginarla conversando con mi hermano, a solas en mi jardín. Y a mí, ¿qué más me da? En cuanto descubra que esa marca no significa nada, la devolveré al servicio en el Palacio de Piedra y no tendré que volver sufrir la molesta presencia de una criada que no sabe ni cómo comportarse la mayoría de las ocasiones.

—¿Se puede saber en qué estáis pensando? —me regaña la *noona* Maylen porque me he quedado en silencio, perdido dentro de mi cabeza.

—Lo lamento. En nada importante en este preciso instante. Cuéntame, ¿de qué quieres hablar? —pregunto, pero ella se pone a servir el té en los vasos de cerámica, parsimoniosa. Cuando ha terminado, me mira a los ojos antes de decidirse a hablar.

—El emperador regresa dentro de unos días, y la emperatriz, por supuesto.

—Lo sé.

—Me preocupa la reacción que pueda tener ella ante lo sucedido con el príncipe Niowar.

—¿Por qué? El príncipe se encuentra bien, lo suficiente como para entrar a hurtadillas en mis dependencias en plena noche —digo para mí.

—¿El príncipe ha entrado en el Ala Azul sin anunciar su visita? —duda, y asiento—. ¿Para qué?

—No importa, al parecer le apeteció pasear por estos jardines y lo hizo en plena noche. No pienses en ello —le pido.

La *noona* Maylen arruga el entrecejo, desconcertada.

—¿Y si la emperatriz considera que el castigo que habéis impuesto no es suficiente? ¿Y si os acusa de debilidad?

—La doncella que lo atacó está muerta, *noona* Maylen, ¿qué mayor castigo puede haber que arrebatarle la vida?

—También puede acusaros de no haber informado al emperador de inmediato.

—Lo hice en cuanto el príncipe estuvo bien, lo informé de todo y no he recibido respuesta de mi padre. No te preocupes por eso —trato de tranquilizarla, y poso mi mano sobre la suya en la mesa.

Ella asiente, aunque por su expresión sé que no está convencida en absoluto.

—Por otra parte, las grandes damas de la corte hablan sobre el comportamiento de Niowar, sobre sus excesos y su falta de decoro, impropios de un príncipe imperial. Sé que la gran dama Wells os informó de ello, pero el rumor habla de preocupación entre los nobles y de que podrían solicitar a vuestro padre que os nombre heredero del imperio de una vez por todas.

—Vaya, creí que eso te alegraría.

—Lo hace, porque es vuestro lugar natural, pero, a su vez, es un momento al que siempre he temido, porque sé que la emperatriz Mima no va a quedarse de brazos cruzados, no va a aceptarlo sin más, y temo cualquier reacción de su parte.

—¿Crees que la emperatriz tratará de eliminarme como rival de su hijo? —sugiero divertido.

—No directamente. La emperatriz es muy inteligente, príncipe Altair, jamás os atacaría directamente porque sabe que el emperador confía en vos, pero su red de intrigas e informantes es tan extensa como el mar.

—Estaré alerta. ¿Contenta? —pregunto tratando de animarla. Ella hace un mohín con los labios con el que me dice que no he logrado calmar su inquietud. Doy un sorbo de mi té, que está delicioso.

—Las grandes damas me preguntaron por vuestra relación con la gran dama Wells.

—¿Desde cuándo les preocupa mi amistad con Rona?

—Cuando vuestro padre os nombre heredero, tendréis que elegir esposa —afirma antes de dar otro sorbo a su té con una sonrisa en los labios. Yo me atraganto con el mío, comienzo a toser y toser. Kim Shin y Tellen se inquietan de inmediato y les hago un gesto para que no se preocupen, estoy bien. Una leve brisa mueve el aire y agita las hojas de los árboles, mi corazón también se ha agitado, con su comentario

—. ¿Tenéis alguien en mente? Además de la gran dama Wells, quiero decir.

—Nunca me ha preocupado el matrimonio, que mi padre elija a la gran dama que considere más apropiada.

—¿No os importa?

—No demasiado. Mucho menos que a las grandes damas de la corte, por lo que veo.

—Elegir esposa no es un asunto menor, Altair. Compartiréis mucho tiempo con ella, sin contar que debe daros herederos, elegir a la adecuada es importante...

—Estoy seguro de que mi padre estará contento de que lo ayudéis en la tarea, *noona* Maylen. Y confío ciegamente en vuestro criterio —digo para dejar el tema a un lado, no es mi principal preocupación en este momento.

—Está bien —acepta satisfecha—. ¿Habéis tenido muchas audiencias hoy, alteza imperial?

—Quizá no muchas, pero tan intensas como suelen serlo.

—¿Y el maestre Rowan Jinus no os ha acompañado? —pregunta llevándose el vaso de té a los labios, tratando de disimular su interés.

—No, al parecer ha ido al mercado para comprar productos que necesitaba, acompañado por una doncella.

Al decir la última frase, la expresión de la *noona* Maylen cambia. Alza la nariz y después se termina de un trago el té restante.

—Pues que lo pase muy bien —responde seria antes de incorporarse ante mí—. Tengo cosas que hacer.

Cuando la *noona* Maylen se marcha, me quedo con una sonrisa maliciosa en los labios. Entre ella y el maestre Jinus hay algo, estoy convencido. Y me haría muy feliz que fuese así: Maylen se merece ser feliz, tener a su lado a alguien que la cuide y se preocupe por ella, porque ha dedicado toda su vida a velar por mí, siempre dejándose a sí misma la última en su lista de prioridades. Ha sido y es una segunda madre para mí. Estoy convencido de que cuando mi padre, su primo, solicitó a su familia que la enviasen a palacio para que se convirtiese en la dama de compañía de mi madre, para ayudarla a adaptarse a su nueva vida en el Palacio de Piedra, jamás pensó que llegarían a unirse de ese modo. Y es que ellas, aunque eran dos jóvenes nobles, nunca habían vivido bajo el estricto protocolo del palacio imperial. Mi madre procedía de una cultura completamente distinta, en la que la comida,

las ropas, los modales, eran diferentes. Y la *noona* Maylen se había criado en una gran casa de campo en Araso, una pequeña ciudad al oeste de Thandel, de donde es originaria toda la familia de mi padre. Ambas se unieron tanto que se consideraban hermanas. La *noona* Maylen se dedicó a cuidarla y mi madre la protegió cuando la emperatriz Mima trató de descargar sobre ella todo el resentimiento que sentía sobre la nueva esposa del emperador. Después se encargó de ayudarla a criarme convirtiéndose en mi ama de cría. El día que perdí a mi madre, a manos de una criada *mujin*, la *noona* Maylen perdió a su amiga, a su hermana, a quien había ayudado y protegido durante todos esos años. Pero jamás desfalleció, por mí. Y sé que cuando me mira ve en mis ojos el reflejo de los de mi madre, aunque los míos no sean tan rasgados como los de ella.

Cuando al fin me quedo a solas con Kim Shin, abro la carta de respuesta de mi amigo, el erudito Asceta. Ha escrito diciéndome que acepta el reto, como imaginaba, y me ha devuelto el papel que le envié con los signos dibujados, con una breve respuesta sobre cada uno de ellos anotada a su lado. En el caso del símbolo grabado en la nuca de la criada, ha escrito unas breves líneas que poco me aclaran en el momento en el que las veo.

> *Con este sí que te has esforzado, amigo. ¡Me has hecho investigar! Es el símbolo de Hana, una deidad a la que se veneraba en la antigüedad, una hija ilegítima de Eyra, de su aventura con Kenai, el dios del caos. Me sorprendes, muy pocos conocen de su existencia, más allá de los Ancianos y los eruditos más audaces, y en ocasiones incluso estos suelen confundirla con una versión arcaica de Sylphir, porque ambas son símbolos de destrucción. Bien hecho. Ahora me toca ponértelo igual de complicado.*

Los «Ancianos» era como se conocía a la asamblea de cien elfos que atesoraban el mayor conocimiento sobre Idunia. A ellos acudían los antiguos reyes buscando asesoramiento a la hora de tomar decisiones, tan importantes como conquistar o no un reino vecino, durante la Segunda y la Tercera Era. Mi padre nunca confió en ellos, siempre creyó que eran unos seres egoístas que solo abogaban en su propio beneficio, así que, cuando ascendió al trono del imperio, los invitó a retirarse a distintas abadías, donde, en teoría, podrían

continuar cultivando sus conocimientos, y donde, en la práctica, estarían vigilados de cerca y lejos de poder ejercer cualquier influencia sobre la corte. Fueron sustituidos por la Asamblea de la Corte, compuesta por los ministros de primer y segundo orden, los dos elfos más sabios de cada uno de los condados de Idunia, seleccionados por los diátomes nombrados por mi padre para gobernarlos, uno joven y otro anciano. Así fueron nombrados los catorce ministros del imperio, que residen en Mour para así defender los intereses de sus condados en las reuniones de la corte.

—Hana… ¿Cómo es posible que exista una diosa de la que nunca he oído hablar? —pregunto a mi espada imperial. Lo miro a los ojos, mientras trato de hacer memoria—. Dice que era una hija ilegítima de Eyra y que suelen confundirla con Sylphir, la diosa del fin de los tiempos y el inframundo.

—Lo cierto es que el nombre me suena. Lo he oído antes, en Bahki, aunque nunca me ha preocupado demasiado el estudio de las deidades. Creo que tenía relación con Meliora, la ninfa fundadora de nuestra tribu —expone Kim Shin con el ceño fruncido.

—¿De veras? He estudiado el origen del pueblo *otoki* tan bien como tú en la Escuela del Conocimiento y ese nombre no me suena, para nada.

—No lo he oído en la escuela. Debe de haber sido en casa, mi madre era una apasionada de la historia antigua —dice sin poder evitar la melancolía que le produce mencionar a su madre, a la que no llegué a conocer.

—El erudito Asceta asegura que es símbolo de destrucción. ¿Y por qué tiene esa *mujin* la marca de una diosa olvidada en la piel? Esta información me ha creado aún más incógnitas. ¿Acaso conoce ella su significado? ¿Nos oculta algo? O no tiene la menor idea o está engañándonos muy bien…

—No creo que esté engañándonos, alteza imperial. En absoluto parece consciente del significado de su marca, es demasiado transparente.

—¿Estás defendiéndola? —pregunto mirándolo de reojo. Mi *orabeoni* se endereza incómodo y hace un gesto de negación.

—¿Yo? ¿Por qué haría tal cosa? —repone serio. No puedo evitar sonreír, creo que en cierto modo la joven simpatiza con él, al menos un poco, lo cual es muy inusual en Kim Shin, cuyos afectos y simpatías

suelen permanecer ocultos bajo capas y capas de indiferencia.

—Bueno, tengo que investigar más sobre esto. Vamos a la Biblioteca de las Estrellas.

La Biblioteca de las Estrellas solo tiene una puerta de acceso, inmensa, de dos hojas de madera cosida con gruesos clavos de plata y una altura de dos plantas y, siempre que la visito, Kim Shin permanece al otro lado para vigilarla.

—Al primer criado que pase dile que avise a Tellen de que me traiga un té, por favor —le pido y mi *orabeoni* asiente.

Entro en la biblioteca, que se ha convertido en una especie de rincón privado para mí, pues solo el maestre Rowan Jinus y yo solemos visitarla, además de algunos eruditos que solicitan permiso de vez en cuando. Sé que antaño no era así, que eran varios los maestres que daban lecciones entre sus paredes y los hijos de los nobles y ministros se formaban entre estos pasillos repletos de libros. Pero cuando mi padre se convirtió en rey de Thandel primero y en emperador de los siete después, anexionando los reinos al imperio y convirtiéndolos en condados, mandó construir el Cectarum, un centro de conocimiento al que acuden a formarse no solo los hijos de los nobles, sino maestres de todos los condados. El maestre Rowan Jinus es su director y divide su tiempo entre su labor como tal y su trabajo en el Palacio de Piedra. Aunque ni a mí ni a mi hermano Niowar se nos permitió estudiar en el Cectarum, sí recibimos clases de los profesores más destacados; en mi caso, principalmente del maestre Jinus.

Con él estudié los seis estados de la magia *seumo*, la magia de los elementos: *tangtum*; magia de la tierra, *faltum*; la magia del viento, *bultum*; la magia del fuego, mi favorita, *multum;* la magia del agua. Después estudié *gositum*; la magia de la guerra y continuamos con los ocho estados superiores del *Camino del guerrero*. Siempre fui un alumno disciplinado, según Jinus, habilidoso, aunque no lo creo: mi único secreto era el esfuerzo, repetir los hechizos una y otra vez hasta lograr mover y dirigir mi energía.

El maestre también comenzó como profesor de Niowar, pero la emperatriz Mima lo retiró de su servicio, al parecer por presionarlo demasiado. Sé por él que Niowar era bastante habilidoso, pero que jamás estuvo interesado en aprender a controlar su energía más allá de la magia primigenia. También sé que Jinus trató de forzarlo a

desarrollar sus capacidades y que mi hermano se sintió ofendido cuando lo acusó de no esforzarse lo suficiente. Como también sé que, de no ser por el afecto de mi padre hacia el maestre, la emperatriz lo habría mandado ejecutar por molestar a su hijo.

Elijo varios de los tomos en los que espero poder encontrar información sobre la diosa Hana y me dirijo al *septum*. En la base de agua introduzco mi placa de nacimiento y automáticamente la bóveda celeste del día de mi llegada a este mundo se muestra sobre mi cabeza, con la brillante estrella Cuoris en el centro. Es una imagen que me ayuda a concentrarme.

Tomo asiento frente a la mesa de madera y me dispongo a abrir uno de los libros cuando Kim Shin entra presuroso en la biblioteca. Distingo desde mi posición que fuera hay un soldado, aunque no alcanzo a ver su rostro. Mi *orabeoni* se detiene justo ante mí y por su expresión sé que ha sucedido algo importante.

—Alteza imperial, Zaran Fajur necesita hablar con vos.

—Dímelo sin paños calientes.

—El príncipe Niowar se ha descontrolado.

De inmediato sospecho la gravedad del asunto para que Fajur haya acudido a nosotros en busca de ayuda.

Me pongo en pie rápidamente. La espada imperial de mi hermano me saluda inclinándose como muestra de respeto. Observo entonces que, en su mejilla izquierda, bajo el casco, hay un corte que la abre en dos.

—¿Qué ha pasado?

—Lo hemos encerrado en su dormitorio, ha acabado con varias doncellas y dos de nuestros soldados.

—¿Ha consumido *yanga*? —pregunto sin rodeos. Fajur baja la cabeza y no necesito más respuesta—. Busca al maestre Jinus y que esté preparado para lo que pueda suceder —le ordeno, y me dirijo a las dependencias de mi hermano.

Cuando alcanzamos el pasillo que conecta con el ala en la que reside, hay varios soldados concentrando toda su energía vital contra la puerta. Dentro se oyen golpes, cosas partiéndose, estrellándose contra las paredes. Me detengo y me vuelvo hacia Kim Shin.

—Quédate al margen —le pido.

Su mirada rasgada me atraviesa.

—Le cortaré la cabeza, Altair, lo haré sin dudar un instante si osa

atacaros —me advierte, y sé que no hay nada que pueda hacer ni decir para evitarlo si eso sucede.

Kim Shin no es fiel al imperio, sino a mí, su *orabeoni*, su hermano de magia y sangre. Inspiro hondo, no sé cómo va a acabar esto.

—Dejadme pasar —pido a los soldados, que se apartan sin disimular su preocupación. Son al menos diez, que, unidos a los seis que me han acompañado y a Kim Shin, juntamos casi la mitad de la guardia personal de ambos en el Palacio de Piedra. La puerta salta por los aires en cuanto dejan de utilizar su magia.

Uno mis manos ante el pecho y comienzo a expandir mi yang, que se extiende como una bruma azulada por el pasillo, también por la habitación, por la puerta y atravesando las paredes, porque no hay materia que pueda contenerlo. Nada más hacerlo sé que él podrá sentirlo y sabrá que no quiero atacarlo, solo contenerlo. Percibo cómo se queda quieto aun antes de asomarme a su dormitorio. Cuando al fin lo hago, la escena es más propia de un campo de batalla que de las dependencias de un príncipe. Los cuerpos de los dos soldados permanecen en el suelo, junto a la entrada, decapitados. La sangre ha salpicado las paredes y se extiende por el suelo, recorriendo los surcos entre las losetas de mármol, como ríos desbordados tras las abundantes lluvias. El modo más eficaz de acabar para siempre con un elfo es decapitarlo, o atravesar su centro de energía con una espada bañada por la magia de guerra. Los ha asesinado, a propósito.

Una de las doncellas *mujins* está también en el suelo, junto a la cama, desnuda, con un agujero en el vientre del tamaño de su cabeza; sus órganos vitales se han desparramado por el suelo, salpicando por todas partes. Hay otra junto a la ventana, de espaldas, también desnuda y abierta por la mitad desde las piernas hasta el cuello. El olor de la sangre *mujin* inunda mi nariz, es demasiado familiar, demasiadas batallas a mis espaldas, e igualmente desagradable. Veo que hay una joven en una esquina, tras un gran baúl de madera, temblando de terror, cubierta solo por un largo velo azul transparente.

Doy un paso más en la habitación y siento la presencia de Kim Shin a mi espalda, con la katana desenvainada. Le hago un gesto para que se quede varios pasos atrás, pero no me obedece. Sobre la mesa redonda hay un platillo de plata sobre el que se halla un diminuto frasco de vidrio, que debía de contener la maldita *yanga*. Una mezcla de plantas infusionadas bajo un hechizo de magia oscura que ha de

transformarse en gas con magia del fuego para inhalarla, uniéndose al núcleo dorado, recargándolo primero y corrompiéndolo después, descontrolándolo. Avanzo un poco más y entonces distingo la silueta huesuda de la espalda de mi hermano. Las vértebras asoman bajo la piel como las escamas de un dragón. Está arrodillado, encorvado, doblado sobre su propio cuerpo, al otro lado de la cama, desnudo.

—Niowar —lo llamo, pero no responde, solo se mece sobre sí mismo.

—Quiere poseerme, destruirme, no puedo detenerlo… —balbucea.

—¿Quién? —pregunto dando un paso más. Los huesos se marcan sobre la piel pálida.

—¡La voz dentro de mi cabeza! ¡Quiere poseerme! ¡Ellos lo saben y no hacen nada! —grita incorporándose sobre sus rodillas, mirándome. Sus ojos están inyectados en sangre, su rostro lívido, casi azulado, probablemente lleva horas sin alimentarse, sin recargar de forma natural su energía y sin salir de esa habitación.

La joven doncella que se esconde tras el baúl da un pequeño grito de miedo, provocando que la alcance con su mirada. Le hago un gesto para que se quede quieta, pero está tan aterrorizada que echa a correr hacia donde estoy, hacia la salida, y estalla ante mí convertida en una masa de sangre y órganos, salpicándome por completo de pies a cabeza.

Kim Shin se envara y se sitúa ante mí, protegiéndome con su cuerpo. La magia azul recorre su espada arriba y abajo retumbando con la energía de un maremoto. Sé que está dispuesto a acabar con esta situación del modo menos apropiado y debo impedirlo, porque, aunque lo que ha hecho Niowar no tiene defensa alguna, está fuera de sí, ha perdido la cabeza. Y porque atacar a un príncipe imperial supondría su automática sentencia de muerte, sería ejecutado de la forma más cruel y sin el menor honor.

Niowar se ha puesto de pie, desnudo, con el cabello dorado enmarañado y manchado de sangre, las costillas marcadas y el ombligo hundido. No queda nada en él de su habitual porte y elegancia. Abre las manos y camina despacio hacia mí, que me adelanto a Kim Shin.

—Hermano, eres hijo del emperador Isembil Ryner, todos te admiran y te valoran, nadie quiere destruirte…

—¡Mentira! ¡Todos creen que no valgo nada! —grita fuera de sí. No es la primera vez que lo veo así, pero esta sí es la situación que ha tenido consecuencias más graves.

—Hermano, déjame ayudarte —le pido, y dejo fluir mi yang de nuevo hacia él, rodeándolo, envolviendo e inmovilizando sus brazos y piernas, conteniendo su energía vital para evitar que siga atacando a quienes nos rodean.

Niowar comienza a luchar contra mí tratando de apartar mi energía, y es bastante fuerte a causa de su entrenamiento y el efecto de la droga, pero yo lo soy mucho más.

—Vas a debilitarte mucho —me advierte mi *orabeoni*.

—Lo sé —respondo cuando el dolor de la daga maldita en mi hombro se hace más y más intenso, recordándome que sigue ahí y que estará por siempre, provocándome mayor sufrimiento cuanta más energía utilice.

Pero entonces mi hermano pone los ojos en blanco y cae al suelo desplomado. Sus labios se tornan lívidos, grandes surcos negros rodean sus ojos cerrados. Su aspecto es muy similar al que tenía la noche en la que creímos que había sido afectado por el brebaje *mujin*. Esto confirma que no fue real, su malestar no fue culpa del elixir entregado por su doncella, sino de la *yanga* que debió de consumir y acabó provocándole ese estado de inconsciencia y debilidad. Por tanto, esa joven fue acusada injustamente y su muerte se podría haber evitado, y Kasandra es mi prisionera sin motivo alguno. Aunque no puedo liberarla, no hasta que descubra el significado de la marca de su nuca.

—Despeja el camino hacia la Cámara de Hielo, no quiero que nadie lo vea en este estado —ordeno a Kim Shin, que asiente volviéndose hacia los soldados que aguardaban fuera, haciendo que se marchen. Sé que Fajur se encargará de que ninguno de ellos abra la boca, por la cuenta que les trae: revelar secretos sobre la familia imperial se considera traición y su castigo es la erradicación de toda su estirpe. Si cualquiera de ellos lo hace, todo su linaje será borrado del mapa. Tomo la colcha de seda bordada, que está arremolinada a los pies del lecho, y la anudo sobre los hombros de mi hermano. Hace un esfuerzo por abrir los ojos, con la mirada perdida, y trata de moverse, de decir algo, pero carece de suficiente energía.

Lo tomo en brazos y así lo conduzco hacia la Cámara de Hielo, la

estancia del Palacio de Piedra en la que el maestre Jinus trata las heridas y afecciones más graves, pues la baja temperatura proporciona quietud a la magia. Es el único lugar en todo el palacio recubierto con cristales sanadores, que ayudan a regenerar nuestra energía vital. Y que, sin embargo, no es capaz de sanarme a mí.

Una vez allí, lo dejo caer dentro, sobre la mesa de piedra, y encargo a dos de los soldados que lo vigilen mientras llega el maestre Jinus, al que me cruzo con caminar presuroso justo a la salida de la bóveda. El maestre me mira y niega con la cabeza, pero continúa caminando hacia mi hermano.

Estoy empapado de sangre y agotado. Expandir el yang de forma no violenta, controlando la cantidad de energía suficiente para contener, pero sin dañar, requiere de un ejercicio de autocontrol muy duro, me siento como si hubiese subido y bajado la montaña sagrada de Teyne, en la Cordillera de las Vulpaes, tres veces seguidas.

—Necesita descansar para recargar su energía, alteza imperial —me advierte Kim Shin cuando alcanzamos el Ala Azul.

—Primero necesito un baño.

Atravesar el corredor que la conecta con el Palacio de Piedra me hace sentir algo parecido a estar en casa. Es mi mundo, el lugar en el que me siento seguro. Son pocos los autorizados a cruzarlo, pero todos los que lo hacen me son leales.

—Avisa a Tellen para que venga y me traiga ropa limpia —le pido cuando llego a la sala de baño a Kim Shin, que asiente alejándose por el pasillo.

Me desabotono la chaqueta negra de piel y la camisa, que están empapadas de roja sangre, como mi cara, mi cabello y cada centímetro de mi piel que estaba al descubierto. Un hilo de sangre se desliza por entre mis pectorales desde mi garganta. La expresión de horror de la doncella justo antes de estallar ante mí me da vueltas en la cabeza. Tiro las prendas al suelo de piedra negra. Por suerte, la tina está llena de agua; en cuanto me deshaga de los pantalones me sumergiré dentro y podré librarme de este olor metálico y pesado.

Oigo entonces la puerta abrirse y me giro, los enormes ojos verdes de Kasandra se adentran en la habitación antes que ella. Me mira y una expresión de horror dilata sus pupilas y provoca que las prendas que trae en las manos caigan al suelo. Las recoge veloz y camina en mi dirección recorriéndome con la mirada.

—¿Estáis herido? —pregunta deteniéndose ante mí. Parece preocupada y se atreve a tomar mis manos y mirarlas, provocando que un hormigueo nervioso me ascienda por la garganta. Las aparto de forma brusca y ella se detiene, entendiendo que no debería haberme tocado, e inclina su cuerpo como disculpa—. Lo siento.

—No estoy herido, ¿qué haces aquí?

—Kim Shin..., perdón, vuestra espada imperial me ha pedido que venga a ayudaros en lo que necesitéis y que os traiga una muda de ropa —contesta, y siento ganas de despedazar a mi *orabeoni*. ¿Por qué ha tenido que pedírselo a ella en lugar de a Tellen?

—La sangre no es mía —advierto, y parece aliviada. Su aroma a mar me envuelve, me abotarga los sentidos, provocando que el corazón me lata muy deprisa. Cierro los ojos y siento que estoy en la orilla del mar del Este, en Bahki, con la brisa meciéndome el cabello. Cuando los abro veo a Kasandra de pie, a mi lado, con una esponja en las manos.

—Alteza imperial, si os introducís en el agua os ayudaré a asearos y después me llevaré la ropa y la lavaré —me dice. No pienso quitarme los pantalones en su presencia.

23

Cass



—Daos la vuelta —me ordena el príncipe Altair.

Asiento y obedezco. Entonces, me doy cuenta de que su imagen se refleja en el cristal de la vitrina que tengo ante mí, observo cómo se deshace del pantalón, las nalgas prietas y redondeadas culminando una espalda ancha y poderosa. Mi corazón se acelera y doy gracias porque no pueda oír sus latidos.

—Ya —me avisa cuando se halla sumergido hasta la mitad del torso.

Tomo el jabón de la pequeña cesta que está en la vitrina, uno con aroma a tomillo, y una de las suaves esponjas de mar, y me siento de lado en el borde de la tina. El agua está turbia, blanquecina, por el efecto de las sales y los aceites de baño; aun así, me permite intuir cómo el príncipe mueve la mano derecha bajo la superficie, creando círculos concéntricos, y una nube de vapor comienza a emerger de esta y a llenar la habitación, la ha calentado con su magia.

—Si me permitís… —pido.

El príncipe Altair duda un instante, pero alarga su brazo musculado hasta que puedo alcanzar su muñeca y restriego la esponja por el antebrazo en sentido ascendente, eliminando los restos de sangre seca.

Entonces no puedo evitar volver a fijarme en la herida violácea que hay bajo su hombro izquierdo. Por encima del pectoral izquierdo, marcada en la pálida piel, tiene cuatro dedos de largo por uno de grosor, los bordes están abiertos y parece profunda. ¿Por qué no se ha sanado a sí mismo? Cuando lo miro a los ojos me doy cuenta de que me ha cazado observándola y desvío la mirada.

—Voy a limpiaros el cuello y el rostro.

—Yo lo haré —dice tomando la esponja de mis manos y restregándosela por la cara.

—También tenéis en el cabello —le indico situándome detrás, arrodillada en el filo. Él gira el cuello y me mira, y después sumerge la cabeza emergiendo unos segundos después en el mismo punto. Froto el jabón contra la palma de mis manos varias veces hasta crear espuma.

—No es necesario...

—Estoy acostumbrada, tengo hermanos pequeños —respondo hundiendo las manos en su cabello. Está muy cálido por efecto del agua caliente y es agradable.

Masajeo su cuero cabelludo con cuidado, retirando con delicadeza pequeños fragmentos de sangre seca, y voy lavándolo despacio para no darle tirones. ¿Qué le habrá sucedido? ¿Ha luchado con alguien? ¿En el palacio? Le masajeo las sienes, el centro de la cabeza y la nuca, y con suavidad voy eliminando la sangre que se ha secado en su cabello. Poco a poco, la temperatura de su piel se va normalizando, es tibia, más baja que la mía. Está tenso, pero va relajándose despacio y acaba echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, lo que me permite acceder a una sombra rojiza que hay en su mejilla y retirarla con la esponja. Su piel es suave, mucho. Continúo limpiando hacia la mejilla y el tacto rugoso de la piel donde comienza a nacer la barba me eriza la espina dorsal... Su cuello es poderoso, también su mentón y sus labios voluminosos y contorneados. Su boca es... demasiado tentadora. Mis dedos, desvergonzados, se atreven a acariciar su labio inferior y a descender hacia la prominente nuez de su garganta cuando estoy al límite en el borde de la tina. Entonces lo oigo suspirar, es un jadeo involuntario que le sorprende a él mismo, abre los ojos y agarra mi mano, inmovilizándola, alejándola de su piel.

—Es suficiente, puedes retirarte —me ordena con la voz ronca, sin volverse, liberando mi muñeca.

—Por supuesto, alteza imperial —respondo incómoda por su reacción. Me pongo de pie y me retiro.

¿Cómo he podido ser tan irresponsable? No solo lo he limpiado, también lo he… acariciado. «En serio, Cassle Redgrim, ¿en qué estabas pensando? ¿Es que has perdido la cabeza?» Me he dejado llevar, su piel es tan suave… y parecía complacido con mi caricia. ¿Por qué? ¿Por qué actúo sin razonar? ¿Qué le pasa a mi cabeza? Tengo el corazón acelerado y no es solo por su reacción, es por… todo.

Kim Shin está fuera, junto a la puerta. Se hace a un lado para permitirme el paso y cierro tras de mí. Está tan serio como de costumbre, aunque hace días que su expresión no me intimida; quizá es que sí que he perdido la cabeza sin necesidad de que me la decapite.

—Está bien —digo como si me hubiese preguntado, pero no lo ha hecho. Él arruga el entrecejo desconcertado porque le dirija la palabra, aparentemente sin motivo—. El príncipe, quiero decir.

—Lo sé.

—Ah, bueno…, entonces… será mejor que me vaya —afirmo dando un paso hacia el pasillo, pero me vuelvo. Hay algo que me ronda la cabeza, una duda que estoy segura de que solo él, además del príncipe, puede responderme—. Voy a preparar té, Tellen y Silas me lo habían pedido. Antes, cuando nos vimos en el pasillo me dirigía a la cocina. Si os apetece os traigo una taza —sugiero, y recibo un sobrio gesto de negación—. Esto… Yo…

—¿Te decides a hablar? ¿O vas a estar dando rodeos lo que queda de mañana? —me pregunta la espada imperial más huraña de todo Idunia.

—La herida que tiene el príncipe Altair en el hombro.

—¿Qué le sucede?

—Se la vi hace días y sigue igual de abierta, no ha cicatrizado ni un poco. No entiendo por qué no la ha sanado con su magia, pero… aun a riesgo de parecer atrevida, creo que yo podría ayudarle con ella. Hago un ungüento de caléndula y otra planta que se llama *carnosium*…

—Nada de eso funcionaría. Ni siquiera el *seysang,* la magia sanadora. Esa herida fue provocada por *Tenebrus*, la *jambiya* de un general de primer rango de una tribu kurta, de Nasdril, se los conoce como «los adoradores de la oscuridad». En su último aliento, el general entregó su espíritu al dios Véxor a cambio de matarlo con su

daga. No lo logró, pero sí que no haya magia élfica capaz de sanar su herida.

—Eso es horrible —me lamento sin poder evitarlo—. ¿Y le duele?

—Como el primer día, desde hace más de veinte años.

—¿Tiene que vivir padeciendo ese dolor para siempre? Es... terrible, nadie merece algo así. ¿Y seguro que no hay forma de curarla?

—Los mayores maestres del imperio lo han intentado sin éxito. Fue mi culpa —asegura con la cabeza gacha. No lo entiendo—. No logré llegar hasta él a tiempo de protegerlo.

—Si Kim Shin no pudo evitarlo, es que nadie podría haberlo hecho —concluyo antes de volver a inclinarme como despedida. Casi, casi, me parece ver una sonrisa en los labios de la espada imperial, pero debe de tratarse de un fugaz espejismo.



Una vez en la cocina, mientras espero a que el agua hierva para que Marge la sirva en una tetera, no paro de dar vueltas en la cabeza a lo que me ha contado Kim Shin. Hace más de dos décadas que el príncipe Altair sufre por una herida que le causa mucho dolor y que no hay modo *mujin* ni élfico de que cicatrice. Así que ya la tenía cuando nos encontramos en el Bosque de las Ánimas. Es muy cruel que alguien tenga que sufrir el mismo dolor cada día, para siempre. Eso explica su carácter sombrío e incluso su malhumor. O quizá estoy justificándolo sin razón porque tiene unos labios hermosos que me he atrevido a acariciar.

—Pero si mi querida Cass está aquí —comenta Rosy al entrar en la cocina y encontrarme allí. Me abraza por la espalda y le devuelvo la sonrisa que trae—. ¿Has venido a por té? —Asiento y se acomoda a mi lado en el banco de madera—. Hoy es un día frenético... ¿No te has enterado de nada?

—No.

—Si es que estás aislada en el Ala Azul, vas a tener que volver con nosotras al Palacio de Piedra —sugiere como si estuviese en mi mano—. Se han escapado tres doncellas —revela dándose aires de grandeza por poseer información privilegiada.

—¿Cómo que se han escapado?

—Se han largado, esta noche. Sin decir nada y sin avisar a nadie, se han esfumado. Han dejado sus pertenencias en sus dormitorios y se han ido con lo puesto. Al parecer, se han fugado con dos soldados. Nadie sospechaba que estuviesen juntos. ¿No es raro?

—Sí que es raro, sobre todo porque son tres doncellas y dos soldados, no tocan ni a un elfo para cada una —concluye Marge arrugando la nariz en un mohín divertido.

—Bueno, quizá la tercera tenía un novio *mujin* al que echaba mucho de menos y ha aprovechado para marcharse —aventura Rosy mirándonos por encima de su velo azul—. Si yo tuviese un enamorado que estuviese esperándome...

—Estaría aburrido de oírte, el pobre —suelta Marge, y se echa a reír.

Rosy cruza ambos brazos ante el pecho.

—Y Ezra, el jefe de las cuadras..., ¿está cansado de oírte a ti? —sugiere, y la cocinera le arroja un pimiento a la cara, molesta.

Han desaparecido tres doncellas y dos guardias... Y el príncipe Altair estaba cubierto de sangre que no era suya. No, ambas cosas no pueden estar relacionadas, no puede ser cierto... ¿Acaso Altair...? No, seguro que mi mente está jugándome una mala pasada.

—Servían al príncipe Niowar —me dice Rosy, despabilándome.

—¿Qué?

—Las doncellas que han desaparecido servían al príncipe Niowar, así que... necesitará doncellas nuevas. ¿Te imaginas que te elige y ya no tienes que servir al *sombrío* de su hermano? —comenta Rosy, que no tiene la menor idea de que ya lo ha hecho. Que incluso está esperando mi respuesta. Si pudiese hablar con él, estoy segura de que me diría si el príncipe Altair ha..., si él... No quiero ni pensarlo.

—El príncipe Altair no es *sombrío*, es parco en palabras, nada más. —Después de ver con mis propios ojos la herida que le duele día y noche, me incomoda que lo consideren como tal sin tener la menor idea de su sufrimiento.

—De todos modos, es mucho mejor servir como doncella al príncipe Niowar que como criada al príncipe Altair, ¿no crees?

—No lo sé, Rosy. Nunca me lo he planteado, ¿habéis visto al príncipe Niowar hoy? —Ambas responden con un gesto de negación. Marge me observa con curiosidad—. ¿Cómo podría verlo?

—¿Ver al príncipe Niowar? ¿Para qué? No puedes ser tan descarada y ofrecerte como doncella, sin más, Cass —me advierte Marge.

—No pretendo hacer eso. Solo me gustaría devolverle algo que me encontré y que sé que es suyo.

—¿Qué es?

—Un libro. Se le cayó en el pasillo y sé que es suyo… —Rosy enarca una ceja, descreída.

—No puedes ofrecerte como doncella, pero sí pasar con cualquier excusa por donde él esté para que se fije en ti, ¿verdad? —insinúa con una sonrisa—. No te juzgo, yo también lo haría si no tuviese esto en la cara. Pues lamento decirte que el príncipe no se encuentra bien, he oído cuchichear a dos soldados.

—Cualquier día de estos te pillan curioseando y te cortan la lengua —la regaña Marge llevándose ambas manos a las caderas con los brazos en jarras.

—Primero tienen que pillarme —replica Rosy pagada de sí misma —. Supongo que mañana o pasado estará mejor y saldrá de su habitación.

—Creía que los elfos no suelen enfermarse con facilidad…

—Y no lo hacen. En los quince años que llevo sirviendo en este palacio, jamás he conocido enfermedad al príncipe Altair, al emperador o la emperatriz. Sin embargo, el príncipe Niowar debe de ser más débil en ese sentido, y de vez en cuando no se encuentra bien —explica Marge, lo que no hace sino causarme curiosidad. La cocinera vacía un cazo de agua hirviendo en mi tetera y rellena el pequeño frasco de cerámica con tres cucharadas de cada uno de los botes de infusión de tomillo y té negro—. Y toma, esto para ti —dice metiéndome algo en el bolsillo.

Lo saco, es un saquito de algodón que me llevo a la nariz.

—Lavanda, pasiflora e hibisco.

—Cómo se nota que eras curandera —asegura divertida.

—Gracias, me la tomaré con el agua que sobre.

—Yo te avisaré de cuándo puedes hacerte la encontradiza con el príncipe Niowar —me advierte Rosy, y hago un gesto de asentimiento antes de retirarme.



El príncipe Altair suele pasar hasta tarde en el Palacio de Piedra atendiendo sus obligaciones, por lo que después de entregar la tetera a Silas realizo todos mis quehaceres con la tranquilidad de que no voy a volver a encontrármelo. El tiempo pasa deprisa cuando las obligaciones son tantas, y tanto Tellen como Silas y los otros tres criados parecen haberse congraciado para que la recién llegada cargue con las tareas más penosas. Así que me toca fregar, limpiar y barrer las estancias más grandes cada tarde hasta que el sol se oculta en el horizonte.

Tellen y Silas juegan a los dados en la habitación de este último mientras el resto de los criados se encarga del jardín y yo de limpiar de nuevo el Salón de los Escudos, en el que vuelvo a sacar brillo a cada uno de ellos. Cuando estoy acabando con el último oigo a alguien a mi espalda y, al girarme, veo a Kim Shin de pie, observándome con las manos a la espalda. Me sobresalta y no puedo evitar llevarme una mano al pecho.

—Por los dioses del Monte Celeste, qué susto, creo que se me ha parado el corazón —exclamo con la respiración acelerada—. ¿Es que no podéis decir algo cuando llegáis a un lugar?

—Lo lamento. —Su disculpa me pilla de improviso; aun así, continúo con mi labor, me subo a la silla que tengo al lado y trato de enganchar el escudo en su correspondiente clavo en la pared.

No llego, así que me pongo de puntillas. Entonces el escudo plateado comienza a flotar entre mis manos y, mágicamente, es depositado en el lugar indicado. Miro de manera automática a Kim Shin.

—Gracias.

—Ese es un escudo *kicto*, originario de Ruwa, de las primeras tribus que habitaron el antiguo reino —explica.

—¿Todos estos escudos son de distintas tribus?

—Son un homenaje a las distintas tribus que habitaban Idunia, muchas de ellas desaparecidas tras la Gran Guerra de Unificación que puso fin a la Tercera Era, tras la cual Isembil Ryner se convirtió en emperador. Algunas fueron exterminadas, otras se unieron entre sí formando reinos, y otras aún perviven, como los *otokis*, de Bahki, mi

tribu —dice indicando un escudo con forma redonda, de color blanco, con dos lanzas entrelazadas bajo un pez pintado de azul, en el centro —, y la del príncipe Altair Ryner.

—No sé nada del pueblo *otoki*, más allá de vuestra fama como guerreros. Pero el príncipe Altair se ha criado en Thandel, ¿no?

—No. El príncipe nació en el Palacio de Piedra, pero habiendo quedado la emperatriz Suki Saeroyi muy débil tras el parto, rogó al emperador que le permitiese recuperarse en su hogar, en Arrecife Azul, Bahki, y este se lo concedió. Lo que iban a ser unas décadas acabaron convirtiéndose en un par de siglos, y ambos no regresaron a Mour hasta mucho después, cuando el emperador reclamó al príncipe para formarse en el Palacio de Piedra. Así que, aunque sus ojos no sean tan rasgados como los míos, el príncipe Altair es tan *otoki* como yo.

—Vaya. ¿Por eso el Ala Azul es tan distinta del resto del palacio?

Me sorprende mucho esta nueva faceta parlanchina de Kim Shin; creo que me está hablando más hoy que en todos los días que llevo aquí, pero lo cierto es que me parece muy interesante todo lo que está contándome y no quiero que pare.

—El Ala Azul fue construida por el emperador para tratar de paliar la tristeza que sentía la emperatriz Saeroyi por estar lejos de su hogar. Su distribución, sus espacios se parecen mucho a los del Palacio Blanco de Arrecife Azul, solo que en lugar de estar rodeados por el mar y los impresionantes acantilados de Los Gigantes, lo está por los muros de palacio y un lago artificial —relata, y lo escucho ensimismada tratando de imaginar lo hermosa que debe de ser esa tierra. De pronto se pone serio, tomando conciencia de lo traspuesta que me he quedado con su relato—. No he venido hasta aquí para hablar, el príncipe desea tomar otro té, está en su habitación.

—Enseguida voy —le digo.

—Ahora —apunta indicando hacia la tetera que está en la bandeja, sobre la larga mesa rectangular del salón; se ha enfriado esperando la infusión que iba a prepararme y que guardo en el bolsillo.

—El agua está fría, tengo que ir a la cocina a que la hiervan.

Kim Shin me mira de reojo con suficiencia y alza su mano derecha y la gira. La tapa de la tetera cae y el agua comienza a subir como una burbuja de jabón en el aire. La espada imperial hace un

gesto con el dedo índice que he visto hacer al príncipe Altair esta misma mañana, girando sobre sí mismo, y el agua comienza a hervir ante mis ojos, después la dirige con el dedo hasta dentro de la tetera. Mi vida sería mucho más cómoda si también pudiese hacer eso.

—Ya no tienes excusa. Ahora —exige, y asiento sin protestar.

En lugar de las plantas que quedan en el recipiente de cerámica le preparo el té con las que me ha dado Marge para mí; si no se encuentra bien, le serán de ayuda.

Cuando me detengo junto al soldado que custodia la puerta del dormitorio del príncipe Altair, lo hago con el corazón acelerado y en mi mente revoloteando la idea de que ha asesinado a tres doncellas y a dos soldados, y que yo he limpiado la sangre de ellos de sus brazos. Y de su cabello, y de su rostro, y de sus labios... Pero si es así, si tan poco valor concede a la vida de los seres que lo rodean, ¿qué le impide hacer conmigo lo mismo?

No he sido capaz de preguntar a Kim Shin por qué estaba lleno de sangre, entre otros motivos porque temo excederme con mis preguntas y que eso lo ofenda o me haga parecer una entrometida y decida castigarme.

El soldado me mira y me inclino ligeramente con la bandeja en la mano como forma de saludo. Llamo con los nudillos a la puerta corredera y oigo desde el interior: «Adelante». La abro y cierro tras de mí.

El príncipe Altair se encuentra sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la plataforma en la que está su lecho, el cabello despeinado y suelto que le cae a ambos lados del rostro, que mantiene los ojos cerrados. Está vestido con un kimono azul con el cuello gris, similar al de su espada imperial, pero el material es distinto, pues parece seda, y además lleva un bordado dorado en el pecho que reconozco de inmediato gracias a Kim Shin: el emblema de los *otokis*, dos lanzas sobre un pez. Es la primera vez que lo veo ataviado con esa indumentaria, con la que no puede estar más atractivo. Ante él hay varias botellas de cerámica esmaltada con forma achatada y largo cuello, a las que no necesito acercarme demasiado para detectar que contenían alcohol.

—Tellen, deja lo que traigas por ahí, no importa lo que te haya dicho Kim Shin, no pienso tomar ningún remedio —pide, su voz transmite un profundo cansancio.

Carraspeo y abre los ojos.

—¿La dejo en la mesa, alteza imperial? —pregunto incómoda, sosteniendo la bandeja, observando cómo arruga el entrecejo y me observa como si fuese la primera vez que me ve.

—¿Qué haces aquí?

—Vuestra espada imperial, alteza, me pidió que os trajese té.

—¿Otra vez tú? ¿Qué pretende ese maldito Kim Shin? —masculla entre dientes—. ¿Sabes que es Tellen el encargado de atenderme?

—Lo sé, pero a mí no me importa...

—Las cosas tienen su orden por algo —me reprende con voz dura. No respondo, no tengo derecho a hacerlo—. Deja la bandeja en el suelo, sirve el té y retírate —me ordena volviendo a cerrar los ojos.

Me arrodillo y hago a un lado las botellas vacías mientras él se sujeta las sienes entre los dedos índice y pulgar, con el codo apoyado en su rodilla. Añado las hierbas a la tetera y espero un poco a que el agua tome color. El príncipe Altair permanece inmóvil, como si no estuviese presente, a su lado, lo suficientemente cerca como para tocarlo. Comienzo a verter la infusión, él hace una leve mueca de dolor, arrugando las cejas, y se lleva una mano al pectoral izquierdo. Está sufriendo, estoy segura, debe de estar padeciendo mucho. Observarlo provoca que no preste atención a lo que estoy haciendo y acabo derramándome un poco de agua hirviendo por encima de los dedos con los que sostenía el vaso. Duele, duele muchísimo y no puedo contener el «ay» que escapa de mis labios sin remedio.

El príncipe Altair reacciona veloz, inclinándose hacia mí, agarrando mi muñeca y mirando mi mano lastimada.

—Te has quemado. ¿Cómo puedes ser tan descuidada? —pregunta irritado.

—No es nada —repongo, y trato de apartar la mano. No por el dolor, sino por el hormigueo que me provoca que me toque, pero me lo impide, la sujeta con firmeza.

—No mientas, debe de dolerte mucho —replica mirándome a los ojos, y no puedo evitar pensar que el dolor en mis dedos quemados no tiene que ser nada en comparación con el suyo—. Espera —pide, y recorre con su dedo índice el mío, también el pulgar, en sentido ascendente desde el dorso de mi mano. Las heridas se borran a su paso. La magia se siente fría y chispeante. Es la segunda vez que un elfo me cura las manos lastimadas, ambos, príncipes.

—Gracias —digo retirándola al fin, y sin poder evitarlo dirijo la mirada hacia la herida que oculta tras el kimono, bajo el hombro izquierdo—. ¿Estáis bien, alteza imperial?

—Te preguntarás por qué no me sano a mí mismo. Sé que has visto mi herida.

—Lo cierto es que sí. Me lo preguntaba.

—¿Ya no? —duda. Me interroga con la mirada, con sus ojos tan plateados como la misma luna Meren—. Kim Shin te ha hablado de mi herida —deduce. No me atrevo a contestar porque no deseo causar problemas a la espada imperial. Estoy a su lado, muy cerca, con el corazón latiéndome a mil revoluciones—. Entonces supongo que te habrá contado que es incurable.

—Sí. Aunque no puedo creerlo, tiene que haber algún modo de sanarla.

—No lo hay, muchos maestres lo han intentado, expertos en la magia más pura. Yo mismo lo he intentado, pero no cicatrizará, porque la daga sigue ahí.

—¿Qué?

—Sigue ahí, recordándome que no soy tan poderoso como aparento ser, como todos pretenden que sea —dice para sí.

—No hay ninguna daga, alteza imperial, solo la herida… —constato algo que parece demasiado evidente.

Mi voz desaparece a la vez que el príncipe tira de un lateral del cuello de su kimono, desnudando su hombro izquierdo, mostrándome la herida. Entonces vuelve a mover los dedos de su mano derecha y a provocar una bruma azulada que burbujea flotando sobre la palma de su mano. Lleva esta bruma hacia el hombro y gira la muñeca, haciendo que se derrame sobre el hombro lastimado. Entre brillantes reflejos azulados, la silueta de una daga curva aparece ante mis ojos, dejándome anonadada: es cierto, sigue ahí. Puedo ver con claridad el mango de madera esmaltada y con piedras preciosas incrustadas. Impulsivamente, trato de agarrarlo, pero solo atrapo un puñado de aire, y a medida que la bruma se disipa, también lo hace la silueta de la daga. El príncipe Altair me mira a los ojos sin decir nada.

—La magia que impregnó la daga es divina, y solo una divinidad podría extraerla. Si alguna vez conoces a alguna de las siete diosas, háblales de mí —pide forzando una sonrisa triste, a la vez que cubre su hombro lastimado.

—Lo siento.

—Estoy acostumbrado al dolor, solo que hay momentos en los que la energía está más débil, o más revuelta, o… No lo sé, pero hay días en los que duele más que otros.

—Y hoy es uno de esos días, de los peores —aventuro, y él asiente.

Entiendo entonces la presencia de las botellas de alcohol, está tratando de calmar el sufrimiento que siente a cualquier precio. Sin embargo, no parece ebrio, aunque probablemente jamás me habría mostrado la daga invisible si no lo estuviese, al menos un poco.

—Puedes retirarte —me indica con mirada cansada. Se me parte el corazón por la tristeza que hay en sus ojos.

—Alteza imperial, si me lo permitís, yo podría probar algo para intentar aliviaros.

—¿Algo?

—No se trata de brebajes, ni de hechizos, ni nada semejante… Es una técnica que aprendí en la aldea Delhaya —miento de nuevo y vuelvo a sentir el peso en mi estómago, pero no puedo revelarle que era mi madre quien nos lo hacía cuando padecíamos un dolor que no se aliviaba. El príncipe Altair me mira desconfiado, pero debe de ser tal su desesperación que asiente—. Tenéis que confiar en mí, alteza.

—¿En qué consiste?

—En presionar algunos puntos de la espalda para tratar de distraer la mente del dolor —explico. No parece nada convencido, pero, aun así, se endereza y se sienta en el borde del lecho. Me quito los zapatos y me sitúo de rodillas a su espalda—. Con permiso —advierto, y comienzo a presionar con ambas manos a un lado de la columna vertebral a través de la ropa. Pero la seda resbala y no me es fácil encontrar el punto exacto. Vuelvo a intentarlo y mis dedos se deslizan por la prenda.

—Espera —pide soltando la parte de arriba de su kimono, quitándosela y arrojándola lejos, dejando ante mí su espalda poderosa.

Inspiro hondo antes de atreverme a tocarlo. «Vamos, puedes hacerlo», me digo y ahora sí, mis dedos se hunden en la piel en el punto exacto. Presiono con fuerza, pero no se lamenta lo más mínimo. Continúo en el lado contrario a la vez que trato de ignorar el hormigueo que ha comenzado a nacer en mi vientre y a extenderse por mi cuerpo, revoloteándome en el estómago, el pecho, las manos y

los dedos. Estoy tan nerviosa que no sé cómo voy a terminar de hacer el complejo ritual *imbdole* que tantas veces he visto hacer a mi madre. Pero me concentro, sereno mi mente y continúo. Si el cuerpo de los elfos reacciona como el de los *mujins*, transcurrirá largo rato antes de que comience a sentir los efectos y a permitir que el dolor escape por las vías que estoy abriendo, al menos temporalmente.

Y lo consigo, su espalda tensa va relajándose poco a poco en mis manos y prosigo realizando todo el ritual, desde el cuello a la baja espalda, pasando por los hombros y los costados, a la vez que el cansancio de todo el día va apoderándose de mí. Bostezo. Pero debo resistir, mantenerme serena y despabilada, aplicando presión en los puntos adecuados.



Un búho ulula en la lejanía, despertándome. Hace un siglo que no dormía tan a gusto… Incluso he soñado que estaba en la playa, en el mar, nadando rodeada de muchos peces, mientras el viento me agitaba el cabello y el sol me calentaba el rostro. Me acurruco entre los brazos que me rodean e inspiro el dulce aroma de un cuello templado. La incipiente barba de un mentón me raspa en la nariz y entonces abro los ojos como platos. Por amor a las diosas, ¡estoy reposando sobre el pecho del príncipe Altair! Una oleada de calor me sube desde el vientre hasta la garganta. ¿Cómo he podido quedarme dormida? Él también lo ha hecho, su expresión es relajada y serena.

Ha amanecido, o lo está haciendo, porque la luz que entra por la alta ventana ilumina lo suficiente como para indicarme que pronto Tellen llamará con los nudillos a mi puerta para hacerme saber que mi jornada comienza. Si es que no lo ha hecho ya. El príncipe y yo somos un nudo de brazos, piernas y cuerpos que debo deshacer sin despertarlo. Miro sus ojos cerrados, parece tan en paz, no queda un rastro de dolor en su tez… Puede que su belleza no sea tan delicada y etérea como la de su hermano Niowar, todo lo contrario, es ruda, terrenal, pero igualmente hermosa.

Intento levantarme, sin despertarlo, pero me aprieta contra su pecho, estoy rodeada por sus brazos. Mueve los labios y la nariz, en un gesto tan dulce que me parece casi infantil. Y es que… duerme como

un bebé. Tomo su mano derecha y la dejo caer al costado, hago lo mismo con la izquierda y, apoyándome en los cobertores, logro sentarme. Él se vuelve, dándome la espalda. Suspiro aliviada: no se ha despertado. Me pongo los zapatos y me peino el cabello con los dedos. Camino con cuidado hacia la puerta y la descorro tratando de hacer el menor ruido posible, sigue durmiendo.

Al girarme, tropiezo de frente con los ojos negros de Kim Shin, que aguarda al otro lado, siempre alerta, con los brazos cruzados ante el pecho. Me mira y enarca una ceja, pero no dice nada. Sé lo que debe de estar pensando.

—Yo…, el príncipe Altair no podía dormir… —digo en un susurro.

—Ya. —Se sonríe con malicia, dándome a entender que no me cree.

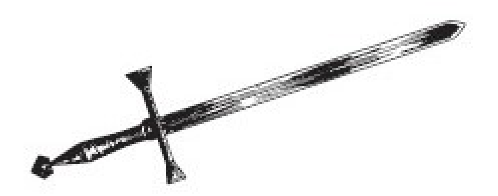
—Es la verdad.

—No he dicho nada.

—Esa mirada… dice muchas cosas y ninguna buena —respondo molesta por todo lo que creo que debe de estar pensando, y me alejo caminando veloz por el corredor rumbo a mi habitación, dispuesta a comenzar un nuevo día.

24

Altair



Hemos pasado la noche juntos.

Kasandra acaba de marcharse y el calor de su cuerpo, el perfume de su cabello aún impregnan toda la cama.

Todavía no soy capaz de creerlo.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que dormí tan profundamente. Tengo la sensación de haber dormido una década.

Me ha despertado al moverse para liberarse de mi abrazo, pero he sido incapaz de enfrentar la situación y he fingido que aún dormía. Por suerte, se ha marchado deprisa.

Incluso he soñado y ha sido un sueño vívido. Estaba en el Puerto de las Caracolas, en Arrecife Azul, con los pies descalzos, caminando por el muelle de madera sobre el mar, con la espuma de las olas salpicándome en la cara. El ruido escandaloso de los vendedores ambulantes, que ofrecen sus mariscos y pescados en el puerto, hizo que me volviese y pude verme a mí mismo, caminando de la mano de mi madre entre la gente, rodeados por la escolta de guerreros *otokis*. Ella sonreía mientras me explicaba algo señalando una gaviota y la brisa le revolvía el largo cabello negro; sus ojos rasgados me miraban con tanto amor... Caminé hacia donde estaba con mi yo infantil, con la intención de abrazarla, pero me detuve cuando se agachaba y tomaba por los brazos a mi yo infantil para que la mirase a los ojos.

—No tengas miedo, Altair. Es ella.

—¿Quién? —pregunté, y de pronto me convertí en ese niño, y estaba ante ella, mirándola a los ojos.

—La Hija del Caos, la portadora de la Sangre Sagrada, traerá muerte y también vida, pero no debes tenerle miedo —dijo, y sonrió. Su sonrisa era tan dulce que alejaba cualquier sentimiento de inquietud en mi interior.

Y entonces desperté, con serenidad, hasta que fui consciente de que no estaba solo en el lecho.

Volver a Bahki, aunque sea en sueños, me ha reconfortado de un modo que no puedo explicar con palabras. Hace demasiados años que no visito ese lugar y, sin embargo, las imágenes han sido tan reales que sentía que estaba en casa, que había regresado para quedarme.

Y las palabras de mi madre... No recuerdo que me dijese nada de eso aquel día. Porque fue real, ese día existió. Yo estaba empeñado en ver el nuevo Barco Tortuga, los navíos de guerra *otokis*, llamados así por su forma de caparazón, que habían construido los astilleros del Puerto de las Caracolas. Mi abuelo, el gran Geun Saeroyi, me había hablado tanto de él, de lo grande y majestuoso que era y de que sería el mayor orgullo de la flota *otoki*, que la curiosidad y el nerviosismo no me dejaron ni dormir la noche anterior.

Recuerdo que en el camino de vuelta mi madre me compró cangrejos de roca cocidos, mis favoritos, y tortitas de pescado y que estuvo contándome cosas de su infancia, de lo mucho que le gustaba navegar en los Barcos Tortuga con el abuelo. Pero en ningún momento me habló de una Hija del Caos, ni de la Sangre Sagrada, como se denomina a las supuestas reencarnaciones de los dioses en las leyendas. Mi mente debió de jugarme una mala pasada, nada más.

Me siento y llevo una mano al hombro izquierdo. ¿Cómo pudo aliviar mi dolor? Esa laceración que me lastima a cada movimiento del brazo izquierdo y con la que he aprendido a vivir, incluso ahora duele mucho menos que de costumbre. No sentí magia, ni bebí brebaje alguno, lo hizo todo con sus manos, logró que me relajase hasta el punto de quedarme dormido. Es la primera vez que comparto el lecho, para dormir, toda una noche.

Llaman a la puerta y acto seguido Kim Shin entra en mi dormitorio con pasos decididos. Se detiene ante mí y se inclina como saludo, observa mi semidesnudez con el torso al descubierto y contiene una sonrisa en los labios. Lo conozco demasiado para no percibirlo.

—No me mires así.

—Así ¿cómo, alteza imperial?

—No ha pasado nada.

—¿Acaso he preguntado?

—No —respondo. Inspiro hondo dispuesto a dejar pasar por alto su impertinencia y me doy la vuelta.

—Podemos cancelar el entrenamiento, si estáis demasiado cansado por la actividad nocturna, quiero decir —añade de improviso, y me giro. Ahora su sonrisa es amplia.

—Te he dicho que no ha sucedido nada entre nosotros. ¿Alguna vez he intimado con una *mujin*?

—*Mujin* o no, ha pasado la noche en vuestro dormitorio y jamás habíais permitido a nadie que lo hiciese.

—De pronto te has vuelto muy hablador, Kim Shin —protesto—. Vamos a entrenar. Por cierto..., he soñado con mi madre. La he visto en sueños y ha sido muy real.

—¿Sabéis lo que creemos en Bahki sobre soñar con nuestros mayores? —pregunta mirándome de lado.

—Que son visitas espirituales —contesto, y él asiente.

—Os espero fuera para el entrenamiento, alteza imperial.

—Enseguida voy.

25

Cass



—Al parecer, está tan enfermo como la vez anterior —cuenta con aire misterioso Rosy, sentada en uno de los bancos de madera situados alrededor de la gran mesa de la cocina.

—¿Otra vez han tratado de envenenarlo? —pregunta Marge con los brazos en jarras; en una de sus manos sostiene un cucharón.

—Esta vez no pueden culpar a Kasandra —añade Erie, la ayudante de cocina a su lado.

—¿De qué no pueden culparme? —replico sentándome junto a Rosy, dejando la bandeja plateada del príncipe Altair sobre la mesa. En el fogón, a mi derecha, bulle un guiso que huele de maravilla y al que Marge no le quita el ojo. Erie está picando cebollinos y Rosy pelando ajos.

—De envenenar al príncipe Niowar. Sigue enfermo. El maestre Rowan Jinus no permite que nadie lo visite, solo su criado Anju entra en la habitación para llevarle la comida —cuenta Rosy mirándome con sus grandes ojos negros.

—A esta ilusa le da pena.

—¿Por qué?

—No soy ninguna ilusa, Marge. El príncipe Niowar es el único elfo que ha sido amable conmigo en el Palacio de Piedra, es lógico que

me preocupe un poco por él.

—Cuando ella dice «amable» se refiere a que tropezó con él y no la hizo azotar —apunta Marge.

—¿«Un poco»? —duda Erie—. Está loca por él.

—El príncipe Niowar es amable con sus doncellas, las respeta y las trata bien. Conmigo también ha sido educado cuando nos hemos cruzado. Y lamento que siempre ha tenido que vivir como el segundón de su hermano, recibiendo los desprecios de este y las presiones de su madre para ganarle —argumenta, cortando un diente de ajo con fuerza.

—Ganarle ¿en qué?

—Parece mentira que lleves viviendo aquí casi dos meses y haya tantas cosas que no sabes —dice antes de inspirar hondo como una maestra que invoca a su paciencia—. Cuando el emperador deja Thandel para visitar los territorios de los otros clanes, el príncipe Altair se queda como diátome del clan Ryner. Un derecho que debería corresponder al príncipe Niowar, ya que es hijo de la primera emperatriz y no de la segunda.

—Aunque el príncipe Altair nació primero —apunta Eire.

—Solo por unas horas, ¿qué son unas horas para los elfos? —protesta Rosy—. Eso no le da derecho a gobernar la vida de su hermano, ni a regañarlo, ni... a nada. No entiendo cómo puede ser tan cruel y desalmado. Oí a uno de los soldados del palacio hablar con otro y estaba diciéndole que quizá las doncellas y los dos soldados no se han marchado, sino que el príncipe los ha asesinado. —La imagen del príncipe Altair manchado de sangre de pies a cabeza regresa a mi mente.

—¿Qué príncipe? —pregunta Marge.

—¿Cuál puede ser? Si el príncipe Niowar está enfermo, no va a ser él.

—Pero ¿oíste que dijeron su nombre? —Necesito que diga que no, que no lo oyó.

—No —admite Rosy—. Pero estoy segura de que fue él, para atormentar a su hermano. Es evidente su desprecio por los *mujins*, aunque tampoco muestre simpatía por los elfos. Tú ten mucho cuidado, no sea que le apetezca hacerse un colgante con tus dientes —me advierte mientras yo solo puedo pensar en lo cálido de su abrazo, en la paz que he encontrado durmiendo entre sus brazos.

—El príncipe Altair no es así. —Me levanto, molesta—. Puede parecer rudo e insensible, pero nunca me ha tratado mal ni he visto que trate mal a ninguno de los otros criados.

—Bueno, no te enfades —repone Rosy, sorprendida. Marge y Eire también me miran desconcertadas por mi defensa de quien me ha castigado a servirles.

—No me gusta juzgar a la ligera, nada más —argumento. Rosy asiente sin decir nada y sin dejar de mirarme a los ojos, desconcertada —. Bueno, vengo a por el desayuno del príncipe Altair.

—Siéntate, Cass, tardaré un poco en prepararlo —me pide Marge.

No puedo evitar sentirme molesta porque juzguen al príncipe Altair de ese modo sin conocerlo, solo por los rumores de palacio. Tampoco es que yo lo conozca demasiado, y quizá haberlo visto lleno de sangre de la cabeza a los pies el mismo día en el que han desaparecido las doncellas debería hacerme sospechar de él, pero anoche… vi una faceta desconocida, lo vi lastimado, herido y frágil, y algo en mi interior me dice que puedo confiar en él. Que no es tan frío e insensible como parece.

Entonces oigo ruido a mi espalda. Marge y Erie se enderezan y Rosy se pone de pie, hago lo mismo antes de girarme porque sé que alguien viene. Es la *noona* Maylen, acaba de entrar en la cocina, con la larga melena suelta y su andar sosegado y altivo. Se detiene un par de pasos ante nosotras, que nos inclinamos para saludarla.

—Hoy el menú principal será sopa de raíz de loto, estofado de cerdo, pato… —Todas permanecemos de pie mientras recita una docena de platos que Marge no necesita apuntar para recordarlos. Cuando ha terminado se me queda mirando en silencio durante unos instantes, sin decir nada—. Criada Cass, me gustaría saber dónde pasaste la noche —dice al fin, y siento cómo Marge, Rosy y Erie también me miran. ¿Qué puedo responder? La pasé abrazada al príncipe Altair, rodeada por sus poderosos brazos, inspirando el tibio perfume de su cuerpo—. Anoche no podía dormir, di un paseo por el Ala Azul, y me apeteció tomar un té, así que llamé a tu habitación. Creí que tenías el sueño pesado, pero entonces abrí la puerta y vi que el cuarto estaba vacío. Así que… ¿dónde pasaste la noche?

No sé qué contestar.

Entre otras cosas porque, si digo la verdad, nadie creerá que no sucedió nada entre el príncipe Altair y yo y, con lo protectora que es

la *noona* Maylen con el príncipe, no creo que se lo tomase demasiado bien.

—Tampoco podía dormir… Y estuve paseando por el jardín. Pensé que si me cansaba un poco sería más fácil conciliar el sueño.

La *noona* Maylen enarca una ceja, no me cree, pero acepta mi respuesta.

—Dentro de tres días se espera que lleguen sus majestades imperiales y, como sabéis, al día siguiente celebraremos la Fiesta del Solsticio y vendrán representantes de todos los condados élficos. Debemos estar preparados.

—Sí, *noona* Maylen —responden Marge y Eire al unísono.

Ella asiente y se retira caminando con pasos lentos. Las cuatro nos quedamos en silencio hasta que ha desaparecido de nuestra vista. Entonces recibo un codazo de Rosy, justo bajo las costillas.

—¿Qué es eso de que no has dormido en tu habitación? ¿Es que tienes un amante secreto? ¿Es un *mujin* o un elfo? —pregunta con ilusión.

—¿Estás tonta? —la reprende Marge—. No lo tienes, ¿verdad? Solo podría traerte problemas.

—No hay ningún amante, ¿cómo se os ocurre? Lo que he dicho es cierto, estuve paseando por el jardín —protesto haciéndome la ofendida.

Marge deposita en mi bandeja la tetera de cerámica con el agua hirviendo y un frasco con hierbas para infusión, así como un platito de porcelana blanca con pastas, y lo cubre todo con la tapa.

Me siento nerviosa al cruzar la pasarela que conecta con el Ala Azul. Cuando Tellen me pidió que fuese a por el desayuno del príncipe Altair solo podía pensar en que íbamos a volver a vernos, y eso provoca que mi corazón se acelere. Aunque quizá él no sabe que hemos dormido abrazados, porque no se despertó, quizá piensa que me marché en la madrugada.

Y si lo sabe, ¿cómo se lo habrá tomado?

Tiemblo como un flan.

Pero… si lo que sospecha Rosy es cierto, si fue el príncipe quien acabó con la vida de esas dos doncellas… Debería temerlo.

¿Qué explicación, si no, tendría que estuviese manchado de sangre?

Esas dudas me atormentan y, sin embargo, solo tengo ganas de

verlo.

Al alcanzar el otro lado de la pasarela, tras saludar a los soldados que custodian el otro extremo de la entrada al Ala Azul, me giro en dirección al pasillo que me conducirá hasta el Velador del Sol, y entonces me encuentro con la *noona* Maylen, de pie, muy seria, inmóvil, como si estuviese esperándome. Y así es.

—Yo serviré al príncipe Altair, puedes retirarte —me dice tomando la bandeja de mis manos. Me gustaría resistirme, no dársela, ser quien le sirva, necesito verlo y saber por su expresión que todo está bien, que no está molesto conmigo por haber pasado la noche entre sus brazos. Suelto la bandeja y asiento—. Será mejor que hoy te quedes ayudando en el Palacio de Piedra, tienen mucho trabajo —me ordena.

Continúo con la mirada en mis zapatos y sé que no tengo derecho a preguntar el motivo, pero me lo pregunto. ¿Es que la *noona* Maylen sabe algo? ¿Cómo ha podido enterarse? ¿Acaso le ha pedido el príncipe Altair que no me acerque a él?

Con todas estas dudas martilleando mi cabeza, regreso a la cocina y me pongo al servicio de Marge, que me acoge feliz. La ayudo a elegir las propuestas de menús para la Fiesta del Solsticio que hará a la *noona* Maylen y en cuanta tarea me encomienda, solo regreso a mi habitación cuando el sol se ha ocultado en el horizonte.

26

Altair



Después de pasar otro día más obstinado en investigar sobre Hana entre montañas de libros, mi conclusión es que no hay nada escrito sobre ella. Al menos, en mi poder. Han sido casi dos meses de búsqueda, entre los más de diez mil ejemplares que llenan las estanterías de la Biblioteca de las Estrellas, centrándome en los tomos dedicados a las divinidades, más de dos mil, sin encontrar una sola referencia a esa supuesta deidad antigua, lo cual es muy extraño. Tampoco nada referente a alguien denominado Hija del Caos, y apenas unos pocos párrafos sobre la Sangre Sagrada, en los que se describe que era así como se denominaba en la Primera Era a las reencarnaciones de los dioses que, según las leyendas, podían caminar sobre Idunia. La información es tan pobre que parecería que hubiese sido borrada a propósito. Incluso de Véxor, el dios de la oscuridad, hay más información acerca de su origen, de la devoción a este por el antiguo y violento pueblo faresio, que dio origen a Nasdril, y que veneraba la Llama Eterna de la montaña sagrada de Teyne.

Sin darme cuenta he pasado toda la mañana encerrado en la biblioteca, donde he recibido varias visitas: del maestre Jinus, para contarme que mi hermano se encuentra mejor; de la *noona* Maylen, para traerme la comida y recordarme que mi padre y su esposa llegarán dentro de tres días para celebrar la Fiesta del Solsticio; de Tellen, para ver si necesito algo... El único que no ha entrado, pero al que sé fuera, es Kim Shin.

Apago las distintas lámparas de aceite de la gran sala central de

la biblioteca y salgo al pasillo, donde mi *orabeoni* me saluda con una inclinación sin dar muestras del menor cansancio después de haberme aguardado durante todo el día de pie. Sé que se pregunta algo, por su expresión, aunque no me lo dirá.

—Ha sido un día largo —digo posando una mano en su hombro. Él asiente—. Sigo sin encontrar información sobre Hana. Aún me quedan algunos textos por revisar, espero hallar algo de utilidad en ellos —declaro sin esconder mi cansancio—. La *noona* Maylen me ha recordado que el emperador llega dentro de tres días y que tendremos la Fiesta del Solsticio. Odio esas ceremonias de ostentación, siento malestar solo de pensar en asistir a ella, todos esos nobles de los condados élficos enfundados en sedas y terciopelos, tratando de exhibir lo ricos que son, los hijos tan hábiles y decididos que tienen, idóneos para prestar servicios en la corte, y las hijas tan hermosas...

—A las que invitar *también* a vuestro dormitorio... —añade muy serio, y lo fulmino con la mirada.

—Ya te he dicho que entre esa criada *mujin* y yo no ha pasado nada —insisto—. Ha aliviado mi dolor con... una especie de masaje y... nos hemos dormido, sin más. Entonces soñé con mi madre, como te dije, un sueño extraño en el que me hablaba de la Hija del Caos y la Sangre Sagrada...

—¿Qué? —pregunta. La burla se ha esfumado por completo de su rostro.

—Con sus manos, ha presionado determinados puntos en mi espalda y...

—No. ¿Qué habéis dicho sobre la Sangre Sagrada?

—Que en mi sueño mi madre mencionó la Sangre Sagrada, habló de una Hija del Caos y...

—¿Y qué más?

—Nada más, me decía que no temiese a la Sangre Sagrada o algo así.

—Alteza imperial, debemos viajar a Arrecife Azul.

—¿Para qué? Sabes que desde que asistí al funeral por mi abuelo mi padre no me ha permitido regresar.

—Pues tendremos que lograr que lo permita. Y sé de un motivo incuestionable...

—Pero ¿por qué esa urgencia por viajar a Arrecife Azul?

—Porque necesitamos hablar con el viejo erudito que habita la

Cueva del Viento, en los acantilados de Los Gigantes: nadie posee más conocimientos sobre la Sangre Sagrada que él. Quizá pueda darnos información sobre la diosa Hana, la Hija del Caos, o lo que quiera que signifiquen esas palabras. No creo que el sueño con vuestra madre sea una simple coincidencia, es como si tratase de advertiros de algo.

—Sabes que no creo en nada de eso. Los sueños solo son sueños, y este probablemente se deba a mi obcecación por buscar información sobre Hana. ¿Acaso crees que el conocimiento de ese viejo erudito perdido en los acantilados puede ser mayor que el contenido en todos los libros de la Biblioteca de las Estrellas?

—Aun sin necesidad de leerlos sé, como vos, que en la cultura occidental todo lo referido a las deidades veneradas por el pueblo *otoki* ha sido asociado a la destrucción y que, para los Ancianos, la Sangre Sagrada no es más que una burda leyenda antigua. Pero en oriente, en Bahki y en Gorjey, todavía perviven conocimientos que se han mantenido alejados de las doctrinas de los Ancianos. La Sangre Sagrada es considerada tan real como el sol que se alza cada mañana sobre el horizonte. Y nadie tiene mayor conocimiento sobre ella que el viejo erudito Lirion Yoongi. Necesitamos hablar con él cuanto antes, quizá tenga respuesta a nuestras preguntas.

—Es imposible que nos marchemos ahora, mi padre está a punto de regresar.

—Pues debemos partir inmediatamente después de la Fiesta del Solsticio, antes de que al emperador le surjan otros asuntos que lo obliguen a volver a dejaros como diátome del condado. Y sospecho que la carta de vuestro tío Jihoon Saeroyi pueda ayudarnos a lograrlo.

—¿Por qué?

—Porque espero que se trate de vuestra invitación a la ceremonia de Seiryu Takai del joven Yun Saeroyi.



No vuelvo a ver a Kasandra en los siguientes dos días, sé que el Ala Azul es lo suficientemente grande como para que no nos crucemos a diario, pero me extraña no verla, ni siquiera un momento. Debe de estar muy ocupada con sus tareas y no quiero preguntar por una criada, ni siquiera a Kim Shin, porque esto alimentaría sus pensamientos erróneos con respecto a mi interés hacia ella. Jamás he

preguntado por ninguno de mis criados, excepto por Tellen o Silas, el resto suelen serme indiferentes. Ella no lo es. Y no por los motivos que pueda creer mi *orabeoni*, sino por la marca de su nuca. Es la curiosidad la que la trae a mi mente una y otra vez, me digo a mí mismo.

En el día de hoy hay algo más que me inquieta: la llegada del emperador. Esta mañana arribó el mensajero imperial, informándonos de que llegarían a mediodía. La *noona* Maylen se puso como loca, estresando a criadas, lacayos y doncellas para que todo esté perfecto para la celebración de la comida de *panegírico*, en la que, como diátome en su ausencia, lo recibo en nombre de la ciudad de Mour, y en la que debo ponerlo al día de todo lo sucedido.

Al menos mi hermano Niowar se encuentra completamente recuperado para atender a nuestro padre y a su madre. Lo sé por el maestre Rowan Jinus, ya que, aunque he tratado de verlo para tener una conversación con él sobre lo sucedido, ha estado evitándome en todo momento. Incluso envié a un soldado a su dormitorio para pedirle que viniese a verme y lo ha despachado fingiendo un supuesto dolor estomacal. Tarde o temprano tendremos esa conversación que tanto empeño está poniendo en evitar, aunque sabe muy bien que no sacaré el tema ante nuestro padre. A menos que los rumores de su *indisposición* hayan llegado a la Ciudad Roja en Nasdril, la última parada de su viaje antes de regresar. En ese caso no me quedará más remedio que tratar el asunto.

Después de mi entrenamiento con Kim Shin decido darme un baño, con la secreta esperanza de que le sea encomendada la tarea de llenar la tina a Kasandra. Me ocupé de vaciarla con mi magia, ya que tanto Tellen como Silas suelen encargarlo a los criados más jóvenes. Sin embargo, Tellen envía a otro. El muchacho cumple con su tarea y la llena mediante cubos, así como también prepara los aceites y distintos elementos para el baño. Lo observo desilusionado mientras tomo una copa de vino que me ha traído Silas, sentado en los sofás de piedra volcánica, ideados para ser calentados con magia para reposar tras el baño y recargar la energía, pero que no suelo utilizar porque jamás dispongo del tiempo suficiente para descansar largo rato. Mi espada imperial está de pie a mi lado, con las manos a la espalda y los ojos fijos en el joven que trabaja afanosamente.

—No está —me dice en un susurro.

Lo miro y lo entiendo automáticamente, pero si lo admito,

también estaré aceptando que la he extrañado.

—¿Quién?

—Nadie —responde misterioso, haciéndome saber que no me contará lo que sabe a menos que confiese mi interés por ella.

—¿Dónde está? —Kim Shin sonríe satisfecho y yo resoplo resignado.

—La *noona* Maylen la ha devuelto al trabajo en el Palacio de Piedra, por unos días, mientras se prepara todo para la recepción del emperador —revela, y me enderezo en el sillón, dejando mi taza de té sobre la mesita.

—¿Y por qué ha hecho eso?

—Creo que sospecha algo.

—¿Algo? —dudo y lo miro a los ojos—. ¿Has abierto la boca?

—¿Yo? ¿Sobre qué?

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho? Voy a ir a hablar con ella —afirmo incorporándome, y me dirijo a buscarla.

No la encuentro en el Ala Azul, así que la busco en el Palacio de Piedra, Kim Shin pregunta a los criados con los que nos encontramos por ella y nadie parece haberla visto. Mi ama de cría no suele marcharse sin decírmelo, y comienza a preocuparme que nadie sepa dónde está.

Me dirijo a los aposentos del maestre Rowan Jinus, aunque desconozco si estará aún en el Cectarum, donde suele pasar toda la mañana. Kim Shin llama a la puerta con energía y anuncia mi llegada. Oigo ruido dentro. El maestre Jinus tarda unos instantes en abrirla, cuando lo hace parece bastante acalorado, su largo cabello dorado sostiene la diadema de espinas de plata algo torcida y lleva el cinturón del revés, como si se hubiese vestido a toda velocidad.

—Bienvenido a mis humildes aposentos, alteza imperial. —Me recibe dando un paso atrás para permitirme entrar, pero no lo hago. Recorro con la mirada toda la estancia, la gran cama de madera con dosel y el sinfín de estanterías llenas de libros, cuencos, minerales, líquidos de diversos colores y hojas escritas con su caligrafía ininteligible.

—Lamento molestarte, maestre Jinus, pero estoy buscando a la *noona* Maylen, ¿sabes dónde está? —pregunto, y percibo cierto movimiento en los cortinajes detrás de él. Mis ojos los siguen hasta abajo y distingo las puntas de unos zapatos de charol rojos.

El maestre Jinus tiene compañía y le he molestado, eso me hace sentir incómodo de inmediato.

—No me molestáis, alteza, en absoluto. Pero lamento deciros que no la he visto hoy.

—Está bien, si la ves, por favor, pídele que venga a buscarme, necesito hablar con ella.

—Por supuesto —afirma inclinándose para despedirme, gesto que imito. Y después me retiro veloz, permitiéndole cerrar la puerta, y me alejo por el pasillo seguido de Kim Shin.

—No estaba solo —hace notar mi *orabeoni*—. Había alguien tras la cortina, debería entrar y comprobar de quién se trata.

—No harás eso. No creo que estén conspirando contra mí, Kim Shin, creo que el maestre Jinus tiene compañía... afectuosa.

Mi espada imperial arruga el ceño.

—No quiero imaginarlo.

—Yo tampoco, será mejor que nos demos prisa: si es quien creo, en cuanto sepa que he preguntado por ella, vendrá a buscarme.

En efecto, instantes después de que haya llegado al baño del Ala Azul, alguien con zapatos de charol de color rojo entra buscándome con expresión preocupada, aunque lleva la ropa perfectamente ajustada. La *noona* Maylen se detiene ante mí.

—¿Sucede algo, alteza imperial? Oí que estabais buscándome —dice, y miro a Kim Shin, que permanece junto a la puerta y que me dedica una sonrisa contenida. Me hace muy feliz que mi querida Maylen haya encontrado a alguien con quien compartir afecto, y el maestre Jinus es de mi total confianza. Soy feliz por ellos, aunque no pueda decírselo.

—Deseo preguntarte por qué has devuelto a mi nueva criada al Palacio de Piedra sin mi permiso, sabes que quiero tenerla cerca... —Al decir estas palabras, me suenan tan posesivas, tan impropias de mí, que carraspeo incómodo—. Para poder vigilarla.

—Ahora que ha quedado claro que no fue su brebaje el que afectó al príncipe Niowar, sino la *yanga*, no es necesaria tanta consideración. Además, ha sido algo temporal, después de la pérdida de tres doncellas toda ayuda es poca para acondicionarlo todo para recibir al emperador.

—¿Ese ha sido el motivo?

—¿Cuál podría haber sido si no, alteza imperial? —duda con

ingenuidad, que no sé si es cierta o impostada. Nadie me conoce mejor que ella. Si Kim Shin se ha dado cuenta de mi especial interés por la criada, estoy convencido de que a la *noona* Maylen no le ha pasado desapercibido.

—No lo sé, pero la quiero a mi servicio —afirmo, y ella asiente.

—Volverá hoy mismo. ¿Esa era vuestra urgencia, alteza imperial? —pregunta con la intención de exponer mi interés por la criada y así poder reprenderme por ello, la conozco lo suficiente como para saberlo.

—Mi urgencia era conocer los motivos por los que me habías desobedecido de modo deliberado. Por cierto, ¿dónde estabas? —Ahora me toca a mí incomodarla a ella. Se endereza, y la expresión de su rostro cambia por completo, lo cual es una secreta satisfacción para mí. Kim Shin es consciente de ello y me mira con una sonrisa contenida.

—Haciendo cosas, ¿dónde voy a estar? Supervisando que todo esté perfecto para la llegada del emperador —se escabulle. Asiento fingiendo no estar convencido y ella resopla—. Si no necesitáis nada más, me marcho. Tengo mucho que hacer.

Cuando se ha ido, mi *orabeoni* y yo intercambiamos una mirada de complicidad; hemos confirmado nuestra teoría de que entre la *noona* y mi maestre hay algo más que una amistad.



La entrada del emperador viene precedida del cortejo de una veintena de cornetas y tambores que lo aguardan a ambos lados de la puerta principal de la ciudad, además de la izada de la bandera del imperio, que permanece a media asta en su ausencia. Cuando las oigo me dirijo de inmediato al Salón del Trono, donde debo aguardarlo al pie de la pequeña escalinata, con el báculo dorado de diátome en la mano. Miro hacia atrás, saber a Kim Shin a dos pasos siempre me tranquiliza, también me acompaña la *noona* Maylen, que no para de tirar de los bajos de su vestido y alisarlo. Se ha recogido el cabello y ha teñido sus mejillas con carmín; a su lado, el maestre Rowan Jinus con su larga túnica gris y blanca. Niowar aún no ha llegado, debe ocupar su lugar, a mi izquierda. Miro a Kim Shin y, sin necesidad de decirle nada, asiente y se dirige a uno de los soldados de la guardia

imperial para enviar a buscarlo. No es necesario, una de las puertas laterales se abre y mi hermano entra por esta, muy elegante, con una llamativa levita de color verde esmeralda, el cabello rubio medio recogido, sujeto por la tiara de hojas plateadas de príncipe imperial. La única diferencia entre la suya y la mía es que en la suya la pequeña piedra central es un rubí, en honor de la Llama Eterna de Nasdril, el volcán venerado en la montaña sagrada de Teyne, en el hogar de la emperatriz; la mía en cambio es un zafiro en honor al mar de Bahki, símbolo de la tierra de mi madre. Ambas están rodeadas por hojas que simbolizan el Bosque de las Ánimas, el bosque primitivo que dio origen a la capital de Thandel, Mour, emblema del clan Ryner.

Niowar rehúye mi mirada. Odio cuando hace eso, es como si él también creyese que soy un ser insensible y frío, incapaz de empatizar con él, cuando le he cubierto las espaldas tantas veces que hace tiempo que perdí la cuenta.

Las puertas de madera del final del salón se abren de par en par y entran dos soldados que se detienen uno a cada lado; tras ellos, el primero en atravesarlas es nuestro padre, el emperador, Isembil Ryner, el unificador del imperio. Se adentra en la estancia con gesto decidido, sus cabellos grises le alcanzan la cintura, resaltan sobre la túnica blanca con el bordado de oro de una hiedra en las mangas, el pecho y los bajos, nadie diría que ha viajado cinco días a caballo para llegar hasta Mour desde Nasdril. El general Wells, su más fiel protector, sigue sus pasos. Bajo la cabeza, como todos los presentes, mientras camina en mi dirección. Por debajo de mis cejas veo los pies de la emperatriz envueltos en zapatos de seda roja, el mismo color que su vestido. Tras ellos entra la comitiva imperial, media docena de nobles que tiene como consejeros y que los han acompañado en su viaje. También, para mi sorpresa, los acompaña Ylgren Abney, diátome de Nasdril y el padre de la emperatriz Mima.

El emperador se detiene ante mí y me inclino en una reverencia como saludo, también el resto de los presentes en la sala del trono.

—Bendiciones del Bosque, alteza imperial, bienvenido a vuestro hogar —lo saludo ofreciéndole el báculo del condado de Thandel, ese que aliviará gran parte del peso que recae en mi espalda al entregárselo.

—Mírame, hijo —pide posando una mano en mi hombro. Obedezco y veo entonces que la emperatriz se ha vuelto hacia el

príncipe Niowar y lo observa con detenimiento—. Gracias por tan cálido recibimiento, hablaremos con calma durante la cena —dice tomando el báculo. Asiento, agradecido. Entonces se vuelve hacia el príncipe Niowar—. Tienes buen aspecto, hijo —le dice.

—¿Buen aspecto? —pregunta la emperatriz alarmada—. ¿Es que no estás viendo las ojeras bajo sus ojos? —Niowar agacha la cabeza contrariado—. Lo has tenido a tu servicio todo este tiempo, ¿verdad? —sugiere dirigiéndose a mí, señalándome con el dedo. El emperador la sostiene del brazo y la obliga a bajarlo—. A saber lo duro que lo ha hecho trabajar.

—El príncipe Niowar se ha encargado de sus propias tareas —respondo, sin saber a ciencia cierta cuáles son. Pero el emperador me hace un gesto con la mano para que ignore el comentario de la emperatriz y eso hago, enderezándome.

—¿Te atreves a contestarme? —me reprocha, pero no respondo —. ¿Es que no lo estás viendo, Isembil? Dejarlo siempre como diátome está provocando que se convenza de que será el elegido para sucederte y se tome unas libertades que...

—Acabamos de llegar, no tengo ganas de oírte cacarear —protesta en voz baja el emperador, aunque lo suficiente para que los que les rodeamos podamos oírle, y comienza a ascender la escalinata que le llevará a su sitio natural en el trono. La emperatriz se vuelve hacia el diátome Abney, que permanece serio, inmutable y después comienza a caminar hacia la salida sin decir nada más, seguida por este, no sin antes dedicarme una mirada que rezuma auténtico rencor. Cuando el emperador se sienta en el trono mira el salón regio como si fuese la primera vez que lo ve con una sonrisa en los labios—. Mi hogar, cuánto lo he extrañado. Mañana celebraremos la Fiesta del Solsticio y deseo que sea la más grande, más ruidosa y ostentosa que se recuerde en los siete condados, pues en ella realizaré un anuncio importante —anuncia con los mofletes hinchados de felicidad.

La emperatriz detiene su paso y se vuelve para mirarlo, haciéndome saber que la declaración la ha sorprendido, pero al cabo de unos segundos continúa su camino sin decir nada.

Es evidente que el emperador y la emperatriz Mima no tienen una buena relación. Después de tantos siglos juntos, en lugar de haber acomodado sus caracteres, parece todo lo contrario, que no se soportan. Desconozco si en algún momento sintieron afecto el uno por

el otro. Sé por la *noona* Maylen que su matrimonio fue concertado entre el recién nombrado emperador y el diátome Abney. Según ella, que asistió a la boda, fue un enlace opulento sin medida en el que celebraron durante una semana el enlace. Pero después de dos siglos la emperatriz Mima no fue capaz de concebir un heredero y el emperador comenzó a ponerse nervioso. Debía tomar una segunda esposa, con la que acallar las preocupaciones de un imperio que aún daba sus primeros pasos. Había pequeñas revueltas entre los clanes menores del imperio, unidas a las revueltas de los *mujins* que volvían a reorganizarse después del exterminio de la Gran Guerra de Unificación.

Eran tiempos convulsos. El imperio estaba entonces compuesto por seis condados, solo Bahki había rehusado a formar parte de él de forma voluntaria. Había habido revueltas y escaramuzas de soldados imperiales contra guerreros *otokis* en la frontera, y pesaba en el ambiente que la paciencia del emperador se había agotado y estaba a punto de tomar la decisión de invadirlos. Antes, decidió visitar al líder del clan, mi abuelo, Geun Saeroyi, y advertirle que, si no aceptaba adherir su territorio al imperio, irían a la guerra. Por azares del destino conoció a mi madre y decidió desposarse con ella. Pronto descubriría que el líder del clan no estaba dispuesto a entregarla fácilmente.

—¿Vas a quedarte ahí parado o vas a venir a informar a tu viejo padre? —me pregunta el emperador desde el trono. Asiento y asciendo los escalones que me llevan hasta él, que alza la mirada y sonríe. La *noona* Maylen y el maestre Jinus se retiran tras realizar una reverencia, el resto de los nobles que los han acompañado en el viaje hacen lo mismo. Kim Shin, en cambio, permanece al pie de la escalinata, no se marchará hasta que yo lo haga con él, también el general Wells, que vela por el bienestar del emperador—. Una sola jornada a caballo más con ese impresentable de Ylgren Abney y me habría suicidado.

—¿Cuál es el motivo de la visita del diátome Abney?

—Ha decidido acompañarnos y así quedarse hasta después de la Fiesta del Solsticio. Espero que solo sea una semana, como mucho, porque es insufrible. Bueno, dejemos de hablar de pájaros de mal agüero, cuéntame, qué ha sucedido… —me pide, así que le relato los acontecimientos importantes que han ocurrido en su ausencia,

principalmente las reyertas entre nobles y sus disputas por los más diversos motivos.

Cuando he terminado de contarle todo lo que considero relevante, el emperador, que me escuchaba con atención, se queda en silencio mirándome a los ojos.

—Eres la viva imagen de tu madre —asegura con expresión cálida. No sé cómo sentirme. Oír hablar de mi madre siempre me produce sentimientos encontrados: por un lado, remueve el amor inconmensurable que me hizo sentir y, por otro, el dolor, el terrible sufrimiento de su pérdida—. Todo lo que ella te enseñó perdura en ti. Y eso es algo maravilloso, porque siento que no la he perdido… del todo.

—Gracias, alteza.

Sus ojos están llenos de lágrimas no derramadas, es la primera vez que veo a mi padre tan emocionado, a excepción del día en que mi madre fue asesinada. Ese día lo vi llorar como un niño, cuando me llamó al Salón del Trono para comunicarme que una criada de su especial confianza la había envenenado y atacado, lo que había acabado con su existencia. Eso me hizo aprender que los *mujins* no son de fiar, ninguno de ellos.

—Altair, sé que no he sido un padre afectuoso. No sé cómo serlo —confiesa, perdiendo su mirada en el fondo de la sala, mucho más sentimental de lo que ha sido nunca conmigo. Kim Shin y yo nos miramos, algo sucede—. Pero jamás me has defraudado, ni en el campo de batalla ni fuera de él, a pesar de las dificultades que debes de haber encontrado en el camino para cumplir mis órdenes. Por eso, mañana, en la Fiesta del Solsticio anunciaré que serás mi heredero al trono del imperio.

—Padre, es un honor que penséis en mí, pero quizá es muy pronto aún para tomar esa decisión… Mi nombramiento como heredero puede traer muchas consecuencias y alterar la paz tensa en la que vivimos en el Palacio de Piedra —expongo con sumo cuidado. No pretendo ofenderlo, en absoluto, y aunque ser emperador no es mi mayor deseo, es una tarea que asumiré con honor, espero que dentro de muchos siglos.

Mi comentario no le agrada, en absoluto, se pone serio y arruga el ceño.

—Debo hacerlo. La emperatriz lleva moviendo sus hilos desde

que supo que tu madre estaba embarazada. Niowar no está preparado para ser emperador, y me temo que no lo estará nunca —declara. Siento tristeza al oírlo hablar así de su otro hijo, mi hermano, aunque sé que tiene razón, más aún por su adicción a la *yanga*. Pero quizá dentro de unas décadas podría recuperarse, aunque tal vez su primer designio como emperador fuese eliminarme por miedo a que tratase de arrebatarle el trono—. Debemos acabar con las especulaciones sobre si serás tú o tu hermano el príncipe heredero. Niowar cuenta con el apoyo de los nobles de Tierra de Fuego, que, unidos a la emperatriz, no cejan de insistir en que debe ser el elegido. Lo cual no hace sino demostrar que el imperio no les importa lo más mínimo —dice para sí—. Para acabar con todo eso, debo anunciar que eres el heredero, y lo haré durante la Fiesta del Solsticio de mañana.

—Además está todo el asunto de mi maldición.

—Tonterías.

—Sé que algunos nobles piensan que mi energía no es lo suficientemente pura por culpa de *Tenebrus*, la daga maldita que llevo en el pecho.

—¿Has oído eso, Wells? ¿Crees que alguien dudará de la capacidad de mi hijo Altair por culpa de eso?

El general hace un gesto de negación.

—No creo que nadie se atreva, alteza imperial.

—Al que sea capaz de decir en voz alta semejante estupidez le cortaré la cabeza. Recibiste esa herida luchando por este imperio, ¿quién puede defenderlo mejor que tú?

Asiento, no hay nada que pueda decir que logre hacer cambiar de opinión al emperador: ya lo ha decidido. La bomba explotará mañana por la noche, veremos a ver dónde alcanza la metralla.

Me retiro del Salón del Trono y, al abrir la puerta que conecta con el pasillo auxiliar, me encuentro con la sonrisa cándida y feliz de la *noona* Maylen, que ha estado espiando toda la conversación.

—Pero bueno, esto no me lo esperaba, espiando como una criada… —finjo enfadarme, y ella ríe en voz baja como un ratoncito. Me abraza y me da golpecitos en la espalda.

—Enhorabuena —dice con los ojos brillantes.

—No creo que sea algo que celebrar sin más —afirma Kim Shin, que ha entrado en el corredor tras de mí. La *noona* Maylen lo mira sin entenderlo—. La emperatriz Mima va a montar en cólera y es capaz de

cualquier cosa.

—No se atreverá a contradecir al emperador —responde ella con un mohín de disgusto.

Kim Shin enarca una ceja incrédulo; opino como él, la emperatriz no va a quedarse de brazos cruzados. El clan Abney solo calmó temporalmente su sed de poder y aceptó unirse a la Alianza Imperial a cambio de que la hija mayor del líder se desposase con el futuro emperador y se convirtiese en emperatriz. Saber que van a ser relegados a un segundo plano en la línea de sucesión no solo va a indignar a la emperatriz, sino a todo su clan.

De camino a mi dormitorio, me encuentro con la criada Kasandra en la pasarela que da acceso al Ala Azul; viene de regreso en dirección al Palacio de Piedra. Al encontrarnos en mitad de la pasarela, se detiene y agacha la cabeza para dejarme pasar; viene cargada con una cesta que contiene una abultada carga de ropa. Hace unos días que no la veo, y aunque parece cansada, la encuentro mucho más hermosa. Lleva el cabello rubio absurdamente alborotado, las mejillas sonrosadas por el esfuerzo físico y la respiración agitada que mueve arriba y abajo su pecho, oculto bajo la túnica de trabajo, pero que he visto a través de la ropa mojada. Ese pensamiento reseca mi garganta y he de carraspear. Desearía darle las gracias por la paz que me concedió esa noche en la que realmente la necesitaba. Por hacerme dormir como un niño pequeño entre sus brazos, por aliviar el dolor de la daga maldita en mi pecho.

—¿Os sucede algo, alteza imperial? —pregunta Kim Shin, haciendo que me dé cuenta de que los soldados que custodian la entrada al Ala Azul me miran, y probablemente también los que vigilan el acceso al Palacio de Piedra.

—Nada, solo un pequeño calambre en la pierna, pero ya estoy bien —digo a mi *orabeoni*.

Ella alza la mirada por debajo de sus cejas y arruga el ceño, como si le preocupase mi bienestar, ¿lo hace? ¿Tendría eso el menor sentido? Me enderezo y continúo mi camino sin decir nada más.

Una vez estoy en mi habitación, Kim Shin acude a avisar a Tellen de mi regreso, debe preparar la ropa y arreglarme para la cena. Me quito la levita y la camisa y las arrojo sobre la cama. La herida de la daga maldita ha estado martirizándome. Debo recargar mi energía para recuperarme.

Oigo entonces un ruido de pasos al otro lado de la puerta, alguien que se detiene y después continúa su camino. La abro con mi magia, pero aun así no logro cazar a quien ha pasado como una exhalación por delante de ella. Veo entonces una taza cubierta con una tapadera cerámica con forma de alcachofa en el suelo.

Al destaparlo, el olor a plátano invade mi nariz: es té de plátano.

Ha sido ella, estoy seguro.

No puedo evitar sonreír mientras me lo llevo a los labios y le doy un sorbo. Cierro la puerta corredera de mi dormitorio y me acomodo en el suelo, sobre un cojín. Siempre he sentido desprecio por los *mujins*, siempre creí que todos eran seres egoístas y despiadados, y, sin embargo..., ella no es así.

27

Cass



Espero que el té que le he preparado le haga sentir mejor. Probablemente no solo se trate de un calambre en su pierna, debe de estar sufriendo por el dolor en el hombro; nadie debería sufrir así, sin esperanza. Ha sido la primera vez que nos hemos visto desde que pasamos la noche juntos, durmiendo abrazados, y en su mirada no he detectado la menor señal de que lo recuerde. Quizá sea mejor así, menos complicado.

Esta noche es la cena de bienvenida y todo el mundo anda nervioso aquí y allá en el Palacio de Piedra. En la cocina bullen un par de ollas, pero nada en comparación con el ajetreo que habrá mañana desde primera hora, según me comenta Marge, para preparar el menú de la Fiesta del Solsticio. Aunque contará con la ayuda de dos cocineras más y cuatro pinches de cocina, además de doncellas y lacayos, cedidas por las familias Wells y Cam, nobles que habitan en Mour. Me he reído oyendo las historias de la cocinera sobre Otora, la cocinera de la familia Wells. Según ella solo sabe preparar platos sencillos y de poca consistencia, ninguno de sus guisos es de su agrado, aunque nunca se lo ha comentado a la *noona* Maylen.

El comedor principal del Palacio de Piedra es una sala enorme con una mesa central alargada de al menos veinte comensales. En el

centro del techo cuelga una lámpara de araña con multitud de cristales brillantes en los que se reflejan las luces del centenar de velas que contiene, proyectando dibujos de colores en las paredes, dando vida a los telares que las inundan de uno a otro lado de la gran sala. Escenas de caza, de batalla, paisajes, en las que aparece el emperador Isembil. Es fácil reconocerlo, aunque nunca lo haya visto, pues sus bustos y retratos inundan casi cada rincón del palacio imperial, siempre con su brillante tiara de esmeraldas y mirada altiva, propias de un gran regente élfico.

Las criadas preparamos el mantel con bordados dorados de hiedra, las servilletas, cuidadosamente dobladas ante cada silla de madera tallada, tres grandes candelabros de oro en el centro de la mesa; la finísima vajilla de porcelana, fina cristalería y la cubertería, también de oro, las disponemos correctamente en torno a cada plato. Nunca había visto un lujo semejante.

Cuando hemos terminado, nos retiramos a un lateral para que la *noona* Maylen supervise que todo está perfecto. La acompaña una doncella que he visto en varias ocasiones en el palacio, es alta y de cabellos castaños, de mi edad aproximada, unos veinte años. La *noona* Maylen mira uno a uno los platos y cubiertos antes de regresar a nuestro lado.

—Están bien —declara, y tras asentir nos disponemos a marcharnos—. Esperad un momento. Necesito que dos de vosotras actuéis como doncellas esta noche —anuncia. Rosy me mira con una sonrisa y me pellizca el brazo a su espalda. Sé lo mucho que le gustaría ser una de las elegidas; a mí, en cambio, no me apetece lo más mínimo—. Tú y tú —dice indicándonos a mí y a otra de las criadas llamada Prudence. Rosy baja la mirada, de las tres ha sido la única a la que no han elegido—. Ciana os entregará la túnica de doncellas, debéis ser muy cuidadosas…

—Disculpad, *noona* Maylen —me atrevo a interrumpirla, y recibo una mirada cargada de reprobación, pero guarda silencio esperando a oír lo que tengo que decir—. No creo que me encuentre preparada, llevo muy poco tiempo sirviendo en el….

—Es solo una cena y no he tenido tiempo de reemplazar a las doncellas que… se han marchado. No me importa si te sientes preparada o no, obedece a Ciana y nada más. Lo harás bien, porque de lo contrario sufrirás las consecuencias —asegura haciéndome sentir

aún más nerviosa.

—Tranquila, lo harás bien —me dice Rosy en el camino de regreso a la cocina. En su voz percibo la tristeza que siente por no haber sido una de las elegidas. La otra joven, Prudence, da saltitos de alegría ante nosotras—. Ojalá algún día pueda serlo yo.

—¿No esperarás que te elijan a ti? —pregunta Ciana alcanzándonos por la espalda—. Qué osada, siendo deforme, pensar que podrías servir a los grandes señores. ¿No sabes que odian la fealdad? Ellos y cualquiera con ojos en la cara —ríe. Prudence la mira y también ríe.

—Eh. No sé lo guapa que crees que eres, pero si yo tuviese esa nariz no andaría presumiendo por ahí —le digo a Ciana, que automáticamente se lleva una mano al apéndice nasal. Su nariz no es demasiado grande, pero es algo curvada en el puente, nada alarmante, si no sufres en extremo por tu propia imagen.

—¿Cómo te atreves? A mi nariz no le pasa nada —protesta, y se vuelve, caminando en dirección contraria, probablemente en busca de un espejo con el que comprobar si lo que digo es cierto.

—¿Qué haces? —me pregunta Rosy.

—Y tú no te rías tanto, que tienes los dientes torcidos, ¿o es que te crees que somos ciegos? —le digo a Prudence, que se pone seria de inmediato, se lleva una mano a la boca y aligera el paso—. Nadie es perfecto, todos tenemos defectos.

—No deberías poner a Ciana en tu contra, es la doncella principal del Palacio de Piedra, la mano derecha de la *noona* Maylen.

—¿Además de una impertinente maleducada, quieres decir?

—Si discutes con ella, jamás serás doncella —insiste sin poder disimular su preocupación.

—Esta noche no podré dormir pensando en eso —suelto con una sonrisa triste. Entonces Rosy ríe, niega con la cabeza y aprieta mi brazo entre los suyos.

—Bueno, vamos a terminar de ayudar en la cocina y después voy a prepararte, para que seas la doncella más guapa de todo el palacio.



El vestido de tul me aprieta bajo el pecho, y por su escote

cuadrado se ve demasiado, mis pechos parecen dos manzanas a punto de caerse de un cesto. Me miro una y otra vez y niego con la cabeza. Los estrujo un poco para ver si terminan saliéndose, pero no, se mantienen en su lugar, al filo del abismo. El color es muy bonito, entre morado y azul, en un tul suave y precioso, pero nunca he ido tan descubierta en la parte delantera.

—Solo es un poco de carne, Cass. Nada más —asegura Rosy, tumbada boca abajo en su cama. Se ha deshecho del velo que le cubre el rostro cada día, cuando estamos solas no lo necesita. Me he cambiado en nuestra antigua habitación—. Los elfos están tan acostumbrados que ni te mirarán.

—Estarán acostumbrados a ver otras, las mías no —protesto.

—Me refiero a la carne —ríe, y su risa me parece infantil y preciosa. Ojalá todos pudiesen ver lo hermosa que es como lo hago yo —. Te falta un toque final.

—Me falta una capa o algo con lo que taparme por aquí —replico señalándome el pecho.

—Ni te mirarán, hazme caso —dice poniéndose en pie.

Busca algo en su armario, una pequeña lata con tapa del tamaño del arco entre mis dedos índice y corazón, la abre con misterio y pasa un dedo por la superficie; después me toca los labios con cuidado y luego me pellizca las mejillas.

—¿Qué es eso?

—Un poco de color. Lo compré en el mercado, para cuando me cure; lo utilizaré siempre para que todo el mundo pueda ver mis nuevos labios brillar —sugiere con una sonrisa. Me parte el corazón que se sienta así—. Ya está —afirma empujándome fuera de la habitación—. Ve a buscar a Ciana. Todo saldrá bien.

Me gustaría tener la misma convicción que Rosy, pero no confío en mis habilidades como doncella, en absoluto. De todos modos, me dirijo a las dependencias de la planta superior, donde se alojan doncellas y lacayos. Por el camino me encuentro con Prudence, que me dedica una mirada larga con la que me recorre de pies a cabeza. Está muy guapa, para ser ella, que desde esta tarde me cae mal.

Encontramos a Ciana en la planta superior, me mira con cara de pocos amigos por lo que le he dicho antes, pero nos lo explica todo a ambas con paciencia: hay dos doncellas por comensal, una se encarga de la comida y la otra de la bebida. Prudence y yo nos encargaremos

de la bebida, que al parecer es más sencillo, así que nos explica el lado por el que tenemos que servir —siempre el izquierdo y con dos manos, aunque se trate de un vaso pequeño—, cómo retirarnos, sin jamás darles la espalda, cómo servir el agua, despacio y sin cortar el chorro... Y un sinfín de nociones de protocolo que no tienen el menor sentido práctico pero que memorizo rápido por la cuenta que me trae. Seremos un total de doce doncellas, dos por cada miembro de la familia imperial, el diátome Abney, que al parecer es el padre de la emperatriz, y el maestre Rowan Jinus, que los acompañará en la cena. Mientras no estemos sirviendo debemos situarnos pegadas a la pared. Eso debo recordarlo bien porque cuando me pongo nerviosa no sé qué hacer con las manos, así que a la espalda y a la pared.

La *noona* Maylen entra primero en el salón y acomoda a los presentes en los asientos, según me ha explicado Ciana, y después se asoma al pasillo en el que las ocho doncellas esperamos. Las he visto a casi todas arriba y abajo por el palacio, pero ningún rostro me es familiar ni cercano. Inspiro hondo tratando de calmarme..., por las diosas, que no meta la pata ante el emperador y acabe decapitada.

—Vamos, todas dentro —nos ordena Ciana.

Cuando entro al salón lo hago con la mirada fija en el suelo, y aun así percibo una sensación extraña. Junto a la pared hay varios soldados a los que trato de no mirar. No puedo evitar observar de refilón al príncipe Altair, y su expresión me desconcierta: frunce el ceño. Está sentado junto al príncipe Niowar, que, en cambio, me mira con una sonrisa, ambos frente a la emperatriz, el diátome Abney y el maestre Rowan Jinus; el emperador preside la mesa. Por culpa de mirarlos, doy un pequeño tropiezo con la alfombra y una mano me sujeta por el brazo, es Kim Shin, la espada imperial, evitando que caiga al suelo. Me suelta veloz en cuanto comprueba que mantengo el equilibrio.

—Gracias —susurro, y continúo mi camino en línea recta tras las otras doncellas. Por suerte, nadie más parece haberme visto.

Siguiendo las indicaciones de Ciana, nos dividimos entre ambos lados de la mesa, a mí me toca el lado izquierdo, tras los príncipes. En concreto, tras el príncipe Niowar, que me mira de reojo y me dedica una sonrisa ladeada mientras la emperatriz conversa con el diátome Abney y el maestre Rowan Jinus, y el emperador con el príncipe Altair.

La emperatriz es muy hermosa, su cabello es rubio y lo lleva recogido en un moño bastante alto. Su vestido es blanco y dorado y está salpicado de pedrería. No puedo evitar fijarme en ella, aunque sea de refilón, sobre todo en la tiara de oro con una inmensa piedra de color rojo en el centro. Conversa con su padre, que es alto y de cara huesuda, va vestido con ropas oscuras, aunque un grueso collar de oro y piedras preciosas deslumbra en mitad de su pecho. La curiosidad me puede y también miro al emperador: es tal como aparece en los cuadros, grande y alto, aunque no tanto como sus hijos, con la nariz algo prominente. Me encuentro entonces con los ojos de la *noona* Maylen, desde detrás del emperador, que me fulmina con la mirada. Acaban de llegar los lacayos con las jarras de vino y nos ha hecho un gesto para que lo sirvamos. Tomo una de ellas y me acerco al príncipe Niowar desde atrás, a mi derecha tengo al príncipe Altair, que es servido por Prudence.

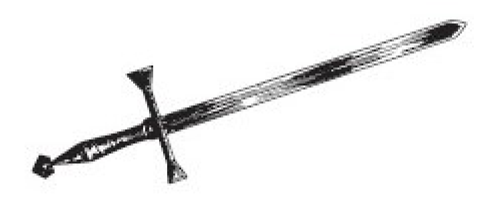
—¿Deseáis vino, alteza imperial? —le pregunto, y este me mira y sonríe.

—Sí, claro. Llena mi copa, por favor —pide.

Me inclino hacia delante para hacerlo y entonces siento una mano en el muslo izquierdo ascendiendo por detrás de mi rodilla. Doy un respingo, sin poder evitarlo. La mano no se retira. Sé que no tengo derecho a mirarlo a los ojos, ni mucho menos a decirle nada. Ciana, que sirve al maestre Rowan Jinus, me hace un gesto alzando la nariz para que me comporte, estoy moviéndome de forma brusca, no delicada y suave, tal como nos ha aleccionado. El vino continúa llenando la copa y la mano ascendiendo por mi muslo. Me gustaría derramarle toda la jarra sobre la cabeza y después golpearlo con ella, pero el príncipe Niowar sonríe de oreja a oreja sabiendo que no haré nada. Me enderezo y me retiro de nuevo a la pared cuando la copa está llena.

28

Altair



No puede estar más hermosa. Y ni siquiera puedo creer que esté pensando en esto, pero jamás he visto a una elfa más bella de lo que lo está Kasandra esta noche, vestida con el uniforme de doncella. Y no es debido a que se haya pintado los labios, ni a su escote, que poco deja a la imaginación; es su energía, es su luz, es... ella. Sé que se siente intimidada por la situación, casi puedo ver su nerviosismo, el latir frenético de su corazón, igual que veo la copa plateada que tengo ante mí. Incluso ha tropezado con la alfombra al entrar y, de no ser porque Kim Shin la ha sujetado, se habría caído. Mi espada imperial buscó mis ojos de inmediato tras su gesto, y supo que lo había visto; dudo que hubiese hecho algo así si se tratase de otra criada. Kasandra tampoco le es indiferente, porque es especial, y no solo a causa de la marca de su nuca.

Mientras finjo prestar atención a lo que está relatándome el emperador sobre unas reyertas en la Tierra de Fuego, capital de Nasdril, miro a la *noona* Maylen tratando de encontrar en su expresión una explicación a que la haya elegido como doncella para el servicio de la cena. Pero está demasiado preocupada con las expresiones de la emperatriz y no me mira. Mima Abney conversa con el maestre Rowan Jinus, quien mira continuamente a mi *noona*. Kim Shin, Zaran Fajur y el general Wells permanecen inmóviles junto a la pared con la mirada fija al frente. Y mi hermano Niowar ha desplegado una amplia sonrisa desde que Kasandra ha entrado en la sala, cambiando su mueca habitual de apatía y hastío.

Ella es quien le servirá, y eso me molesta, ¿por qué habrá tenido que situarse tras él? Llega el vino y nos lo sirven, Kasandra está a mi lado, llenando la copa de mi hermano, muy cerca, tanto que casi puedo sentir la tibieza que desprende su piel. De pronto da un pequeño respingo y se mueve un poco, incómoda, llena la copa y da un paso atrás. Descubro entonces la mano de mi hermano Niowar, que cuelga. Estoy seguro de que la ha tocado. Lo atravieso con la mirada, él me mira y sonríe, se lleva la mano a los labios y los acaricia con malicia.

—Entonces, todo ha sido un remanso de paz en mi ausencia, ¿verdad? —me pregunta el emperador con una sonrisa.

—Si llamáis «remanso de paz» a que vuestro hijo Niowar haya sido atacado por una de sus doncellas... Esos malditos *mujins* son como perros sarnosos, se revuelven cuando menos te lo esperas —dice la emperatriz mirando a las jóvenes que nos sirven, pero ninguna hace el menor gesto.

El emperador, en cambio, arruga el ceño y mira a Niowar.

—Aún no puedo entenderlo, Niowar. ¿Cómo es posible que te atacase una de tus doncellas? ¿Qué eres?, ¿un niño? —le reprocha.

Él se pone serio, también la emperatriz y el diátome Abney.

—Me engañó, vertió un veneno en mi copa —afirma. No necesito mirar atrás para saber que Kasandra acaba de ponerse muy nerviosa. Yo también: si revela que fue ella quien preparó ese brebaje la emperatriz pedirá su cabeza y probablemente el emperador no encuentre motivo para negársela. Cuando en realidad su mal no se debió al brebaje, sino a la *yanga*.

—¿Cómo pudiste dejar que te engañasen así?

—¿Uno de tus hijos fue envenenado y a ti te preocupa que se dejase engañar? —añade la emperatriz—. Y tu otro hijo, en lugar de informarte de inmediato, esperó a comprobar si su hermano se recuperaba o no —añade mirándome con desprecio—. ¿Y si no lo hubiese hecho? ¿Cuándo nos habríamos enterado?, ¿cuando hubiese muerto?

—Si el príncipe Altair no envió un mensajero para informarme es porque consideraría que la energía vital de su hermano no corría peligro —asegura el emperador mirándome un instante antes de devolver la mirada a su esposa, que no puede ocultar su rabia y su malestar. Su odio hacia mí es tan evidente que cualquiera podría

notarlo aun desde la distancia—. ¿No es así, maestre Jinus? —Los ojos de todos se dirigen a este último, que asiente.

—Es cierto que el príncipe Niowar se sintió indispuesto, pero no hemos podido determinar que fuese a causa del brebaje que le sirvió la doncella. De todos modos, esta fue ajusticiada —dice el maestre con voz calma antes de dar un trago a su copa.

—¿No has podido determinar la causa? Eso no habla demasiado bien de ti, maestre —le reprocha la emperatriz, llena de rabia.

—No lo sabemos a ciencia cierta, pues recientemente ha vuelto a sentirse indispuesto —relata Jinus.

La emperatriz Mima mira a su hijo, que baja la mirada, por supuesto no le había hablado de este segundo episodio.

—¿Eso es cierto, Niowar? —le pregunta a él directamente, y a este no le queda otro remedio que asentir de mala gana—. Entonces, el príncipe Niowar ha enfermado en dos ocasiones y el maestre de este palacio ha sido incapaz de determinar la causa. ¿Quiere eso decir que no estás preparado para atender la salud de los príncipes? —pregunta con toda la intención, tensando aún más el clima de la estancia. Rowan Jinus baja la mirada, si confiesa lo que ambos creemos, que el malestar del príncipe se debió a la *yanga*, esto enojaría aún más a la emperatriz y su reacción podría ser inesperada—. Padre, deberías enviar a un mensajero a Tierra de Fuego para que el maestre Quetus Garadel venga a Mour...

—Si el maestre Rowan Jinus no ha sido capaz de encontrar la causa aún, dudo que ningún maestre de Tierra de Fuego logre hacerlo. Debemos concederle algo más de tiempo —la interrumpe el emperador muy serio, mirando al que es uno de sus más leales amigos. Ylgren Abney asiente. Todos los presentes sabemos que contar con más fieles al clan Abney habitando dentro de los muros del Palacio de Piedra no es del agrado del emperador en absoluto. La emperatriz se pone seria con una mueca hostil y sus ojos vuelven a dirigirse a mí—. *Noona* Maylen, da paso a la comida —pide, y ella abre la puerta lateral para que entren las doncellas cargadas con los platos, que van colocando en la mesa.

Niowar bebe de un trago lo que queda en su copa, provocando que Kasandra vuelva a acercarse para servirle. La mira de reojo con una sonrisa cargada de intención y deja caer el brazo derecho esperando que ella se aproxime. Ella está temblando, sabe que volverá

a tocarla, y entonces tomo la jarra de plata de sus manos. Me mira sin entender lo que hago, también el resto de los presentes.

—Esta noche me gustaría servirle el vino a mi hermano —digo haciéndome con la jarra. Kasandra asiente y se retira a la pared mientras lleno la copa de Niowar.

El emperador sonríe plenamente, complacido con mi gesto, no en cambio la emperatriz, tampoco mi hermano, que sospecho que intuye el motivo.

—Mira, Wells, ¿no es hermoso que mis hijos se traten con afecto entre ellos? —pregunta mi padre a su general, que asiente.

La cena discurre sin que las conversaciones fluyan con naturalidad, con una tensión que bien podría cortar con *Escarcha*, mi espada. Niowar, a mi lado, me dedica de vez en cuando una mirada cargada de intención que me hace saber que sospecha de mi buen gesto para con él. Después de los postres, el emperador parece satisfecho con el discurrir de la cena y alza su copa, lo cual llama la atención de todos.

—Mañana es un día importante, a esta Fiesta del Solsticio acudirán representantes nobles de todos los clanes y los diátomes de todos los condados, a excepción de Jihoon Saeroyi, que ha excusado su presencia con una carta debido a que están muy ocupados con los preparativos de la fiesta de mayoría de edad de su hijo Yun. Parece mentira que el hijo mayor de Jihoon Saeroyi cumpla ya doscientos cincuenta años —anuncia. Oír el apellido de mi madre en boca del emperador me remueve por dentro, hace demasiado tiempo que no veo a mi primo Yun, desde que ambos éramos niños, y aunque la diferencia de edad no nos permitió compartir tiempo de juegos juntos, lo recuerdo como un pequeño alegre y atrevido. De igual modo acabo de descubrir el motivo por el cual mi tío ha escrito al emperador, Kim Shin no se equivocaba—. Aunque me entristece que sea así, pues pienso hacer un gran anuncio durante la fiesta y me habría gustado que estuviesen presentes.

—¿Un gran anuncio? —pregunta la emperatriz Mima.

—Sí.

—Sea lo que sea lo que vayáis a anunciar, alteza imperial, será bien recibido por todos los presentes —afirma el maestre Jinus, sin tener la menor idea de cuáles son las intenciones del emperador.

—Por supuesto, maestre, así lo espero…

—No finjas indiferencia —me dice la emperatriz en voz baja atravesándome con su mirada—. Todos sabemos lo que anhelas que anuncie tu padre. Eres digno hijo de tu madre —proclama con desprecio, provocando que mi núcleo dorado se remueva. Aprieto los puños, tratando de contener la rabia que me produce que se refiera a mi madre en esos términos—. ¿Cómo puede atreverse a soñar grandeza alguien cuya energía vital está maldita por la magia oscura? Solo puede explicarse al haber sido criado por una segundona que nunca supo cuál era su lugar…

Al oírla oír decir eso, la energía vital me palpita en el vientre y me asciende a la garganta; debo controlarla. El dolor en el hombro por *Tenebrus* se hace aún más intenso. Me pongo en pie, Kim Shin lleva instintivamente la mano a su katana. Debo serenarme, se trata de la emperatriz y ofenderla es similar a ofender al imperio. Todos los presentes me miran, puedo leer el miedo en los ojos de mi *noona*.

—¿Qué sucede? —pregunta el emperador, que no ha oído a su esposa.

—Lamento que ese sea el concepto que tenéis de la emperatriz Suki Saeroyi, emperatriz Mima, pero desde luego dista mucho del recuerdo que poseo, y del que comparten la mayoría de los habitantes del Palacio de Piedra, quienes la recuerdan con mucho afecto —digo al fin con la mayor calma de la que soy capaz—. Yo no pedí ser herido por la daga maldita de ese guerrero kurto, ni he ansiado nunca ser algo más que aquello que el emperador tenga planeado para mí.

—¡Ya está bien! —proclama mi padre furioso, dando un golpe en la mesa mientras mira a su esposa—. Siento que tus resentimientos hacia mi segunda esposa nublen tus palabras aún hoy día, emperatriz Mima. Pero no consentiré semejante desprecio hacia mi hijo mayor y diátome de Thandel en mi ausencia, que te recuerdo que fue herido y sufre de ese gran pesar por defender este imperio con una fiereza de la que nadie más ha sido capaz —proclama mirando hacia mi hermano Niowar, que baja la mirada—. Así que te ordeno guardar silencio —concluye. La emperatriz Mima hace un gesto de repulsa y aparta la mirada.

—Sea lo que sea lo que vayáis a anunciar mañana, alteza imperial, os solicito que sea tras recapacitarlo con detenimiento —interviene por primera vez Ylgren Abney, y su sugerencia suena a amenaza.

—Por supuesto, ¿te atreves a dudarlo? —le responde mi padre sin esconder la rabia que siente hacia él—. Y mi decisión será respetada por todos sin dilación, quien no lo haga afrentará al imperio —le advierte. Este aprieta la mandíbula, tensa como un cable de acero—. ¿Queda claro, diátome Abney? —lo presiona, y este asiente, de mala gana.

—Si me disculpáis, alteza imperial, ha sido un día largo y deseo retirarme —digo al emperador, que asiente permitiendo que me marche—. Pero antes deseo pediros que me permitáis partir hacia Arrecife Azul cuando acabe la Fiesta del Solsticio, me gustaría asistir a la ceremonia de mayoría de edad de mi primo Yun Saeroyi.

El emperador tuerce el gesto, mi petición no es en absoluto de su agrado.

—No creo que sea conveniente, Altair, que os ausentéis justo tras nuestra llegada —sentencia.

—¿Por qué no? Aunque el príncipe Altair sea miembro de la familia Ryner, también lo es de la familia Saeroyi y sería una ofensa que no acudiese.

No puedo creer que la emperatriz Mima esté defendiendo mi deseo de viajar a Arrecife Azul... Quizá su necesidad de perderme de vista guíe sus palabras. El emperador Isembil aprieta los labios como muestra de malestar, sabe que su esposa tiene razón. Asiente con desgana, haciéndome feliz. Me inclino para agradecérselo antes de retirarme a mis dependencias, seguido de Kim Shin, al que solicito en el pasillo que pida a la *noona* Maylen que haga que alguien sustituya a Kasandra para atender a Niowar con cualquier excusa. Después me sigue por los corredores en dirección al Ala Azul, no dice nada, sabe que me llevan los demonios de la rabia que siento. La emperatriz Mima siempre me ha tratado con hostilidad, pero nunca se había atrevido a menospreciar a mi madre en mi presencia. Entro en mi habitación y mi *orabeoni* lo hace detrás de mí, lo que no es habitual.

—Con gusto la habría atravesado con mi katana por atreverse a mencionar el nombre de la emperatriz Saeroyi —reniega Kim Shin en voz baja, apretando los puños con rabia.

—Creo que no habría tenido templanza suficiente para haberte detenido, así que te agradezco que no lo hicieras —respondo con una sonrisa contenida—. Esta noche, que dos guardias vigilen el dormitorio de Kasandra hasta el amanecer, temo que mi hermano

trate de visitarla.

—Por supuesto. Ordenaré que no se aparten de su puerta en ningún momento.

—Mañana, que Silas y Tellen preparen todo para nuestra partida hacia Arrecife Azul al día siguiente. Será una comitiva pequeña, nosotros y diez o doce soldados.

—¿Ella nos acompañará?

—Sí.

Kim Shin se cuadra y asiente antes de marcharse.

Cuando me quedo a solas en mi dormitorio, me deshago de la tiara y la dejo sobre la cama; también de la chaqueta azul de bordados dorados, el chaleco y la camisa: los arrojo a un lado liberándome de su opresión. Las prendas de la corte imperial me hacen sentir atado, interpretando un papel que aun a pesar de los años me resulta ajeno. Me siento mucho más cómodo con mi armadura y mi espada, al contrario que mi hermano Niowar, que se mueve con soltura en los refinados círculos nobles y cuya armadura está expuesta en la sala de las espadas del Palacio de Piedra, sin haber sido utilizada en batalla.

La herida abierta bajo el hombro duele más que de costumbre. Mi núcleo dorado está revuelto después de la discusión y quizá eso contribuya a que el dolor se concentre justo ahí, el punto en el que mi círculo de energía está roto. Ese que, según la emperatriz Mima, me mantiene contaminado por el mal, por la energía impura. Paso los dedos por los bordes abiertos con cuidado.

¿Y si tiene razón?

¿Y si no soy digno de lo que se espera de mí?

Llaman a la puerta.

—Alteza, ¿puedo pasar? —oigo al otro lado, y de inmediato reconozco su voz.

29

Cass



—Alteza, ¿puedo pasar? —pregunto bajo la atenta mirada de Kim Shin, que me ha permitido llamar a la puerta con los nudillos. Ni siquiera me ha preguntado para qué quiero ver al príncipe Altair, solo se ha hecho a un lado, haciéndome saber que no se opondría.

—Adelante —oigo decir al otro lado, y Kim Shin desliza la puerta corredera, permitiendo que me adentre en el interior.

El príncipe Altair está de pie en mitad del dormitorio, las luces doradas de las velas y la lámpara de aceite que iluminan la habitación se reflejan en su piel, con el torso al descubierto, hermoso como un titán. Mis ojos recorren su cuerpo con languidez y deleite, como si lo acariciasen indecorosos, descarados. Sus hombros fuertes, sus brazos musculados, su pecho amplio y poderoso, sobre el que las luces y las sombras bailan y dibujan trazos dorados. Su mentón cuadrado, los labios llenos, la nariz recta y los grandes ojos grises ligeramente rasgados que me observan adentrarme en la habitación y caminar hacia él.

—Yo... me preguntaba cómo os encontrabais —confieso mirándolo directamente a los ojos. Sé que no debería hacerlo, pero en este momento, después de que haya contemplado en silencio cómo lo observaba, me resulta absurdo apartar la mirada—. Si la daga invisible

os produce malestar…

—Me duele —admite, aunque su rostro no refleje la menor muestra de dolor. Lo temía, suponía que debía de estar sufriendo por esa herida maldita—. Pero no es el principal motivo por el que me he retirado —confiesa.

Desciendo la mirada, sé a lo que se refiere. No tengo la menor idea de por qué la emperatriz, esa elfa que parece tener el corazón de piedra, lo ha tratado con tanto desprecio, si ha sido por algún motivo que desconozco o si siempre ha sido así. Lo ha acusado de no proteger a su hermano, de ocultar a su padre su malestar… Conozco esa mirada… el odio que se refleja en ella, mezclado con el miedo. Es muy parecido a como nos miran a mis hermanos y a mí los aldeanos.

—A veces, sencillamente tenemos que aceptar que hay personas a quienes nuestra mera existencia les molesta y no está en nuestra mano cambiar eso, no al menos cuando no hemos hecho nada para provocarlo, son ellos quienes deben aceptarlo o rendirse —declaro sin poder evitar que mis mejillas se llenen de rubor.

—No parece que hables por hablar —dice dando un paso hacia mí.

Niego con la cabeza, no voy a hablarle de ello. Estamos tan cerca que puedo inspirar su perfume amaderado, me gustaría estirar los brazos y rodearlo con ellos para tratar de aliviar su malestar, pero sé que no puedo hacerlo.

—También quería daros las gracias.

Él arruga el entrecejo, sabe a lo que me refiero, la situación con Niowar en el salón.

—No tienes por qué dármelas. —Alzo la mirada para poder verme reflejada en sus iris, que miran al infinito, mucho más allá de la pared de madera de la habitación—. Lo habría hecho por cualquiera.

—Lo importante es que lo habéis hecho por mí. Y después habéis provocado que la *noona* Maylen me saque de allí con una excusa.

Se remueve un poco. Parece incómodo porque me haya dado cuenta de esto y se hace a un lado, dándome la espalda, su espectacular espalda, como si temiese que lea en su expresión que tengo razón.

—No sé de qué me hablas.

—Gracias por cuidarme, en un momento en el que nadie más podía hacerlo y en el que, además, estabais siendo atacado. —Altair

gira el rostro y me mira por encima del hombro, pero lo rodeo y me sitúo de nuevo frente a él—. Sé lo duro que es que hablen mal de tu madre sin razón, ser la hija de alguien que es repudiado y necesitado a partes iguales es muy duro.

—¿Tu madre es repudiada? ¿Por qué motivo? —me pregunta, y entonces me doy cuenta de que no debería haberlo dicho. ¿Cómo puedo justificarlo sin confesar que es ella la *mudang* de la aldea y no yo? Bajo la mirada. ¿Confieso? ¿Qué puede suceder si lo hago? ¿Me hará daño por haberle mentido? ¿Sería capaz después de haberme protegido, de que no haya dejado de hacerlo desde que llegué al Palacio de Piedra?—. Respóndeme —me apremia.

—Por ser *mudang*.

—¿También es *mudang*? —Me mira con recelo.

—Mi madre era *mudang* en su juventud y, cuando conoció a mi padre, decidió dejarlo para estar con él. Pero cuando mi padre desapareció no le quedó otro remedio que volver a ejercer para evitar que muriésemos de hambre.

—Me contaste que regresaba de vender artesanía en el mercado cuando desapareció. ¿Y no volvisteis a saber nada de él?

—No, fue como si la tierra se lo hubiese tragado.

—Lo siento.

—Gracias. Hace ya casi cinco años de eso.

—Y, entonces ¿tú no eres...?

—Solo soy una aprendiz.

Ya está, ya lo he dicho, puede lanzarme uno de sus rayos azulados de magia y hacerme explotar, cortarme la cabeza con su espada o pedirle a Kim Shin que lo haga en su nombre. Cierro los ojos, esperando el golpe, pero no sucede nada. Cuando los abro, el príncipe Altair está sentado en el suelo, a los pies del lecho, con la mirada perdida. Me acerco con cuidado para no incomodarlo y tomo asiento a su lado, muy cerca, aunque sin tocarlo.

—Eres una aprendiz de *mudang* —dice como para sí, girando el rostro y mirándome a los ojos. Asiento—. Entonces fue tu madre quien preparó el...

—No. Fui yo quien preparó el filtro de amor.

—Te ofreciste en su lugar. —Se pasa una mano por los ojos y la frente—. Te habría decapitado de no ser... —Cierra los ojos un instante y, cuando los abre, parece conmocionado. No entiendo a qué

se refiere, pero no me atrevo a preguntarle—. ¿Por qué hiciste algo así? ¿Por qué te pusiste en riesgo de ese modo?

—Tengo tres hermanos pequeños, el menor, Brychan, solo tiene cinco años. No sabía qué podría sucederle y… ellos la necesitan mucho más que a mí —confieso—. Sé que les he hecho daño, pero era lo mejor. Aún tengo grabadas en el corazón la imagen de mis hermanos y de Valen mientras me alejaba de ellos. —Altair me mira y entonces soy consciente de que lo he dicho en voz alta.

—¿Quién es Valen? —pregunta, y no sé qué responder, trato de fingir que no me ha puesto nerviosa oírlo pronunciar su nombre.

—Un amigo —digo sin más, y parece calmar su curiosidad.

—No hagas eso, nunca más. No vuelvas a ponerte en riesgo —me ordena atravesándome con su mirada plateada. Siento que mi garganta se seca, que el corazón me va a estallar si Altair, príncipe imperial de los elfos, continúa mirándome así un solo segundo más.

—¿Por qué?

—Porque no podría soportarlo —admite e, inclinándose hacia mí, me besa.

Me besa.

Su beso es tan delicioso como el sol de primavera sobre los párpados cerrados, como una caricia tibia que te hace sentir a salvo. Un remolino de mariposas asciende en mi interior, desde el estómago hasta la garganta.

La presión de sus labios contra los míos, la tibieza de sus manos, que se posan en mi mentón, el roce de su lengua, que me invade apasionada, son un despertar de sensaciones que jamás había sentido. No es mi primer beso, pero me siento como si lo fuese. El corazón me late con tanta fuerza en los oídos que es como si fuese a estallar cuando me muerde con suavidad el labio inferior. Su beso es delicioso y apasionado. No puedo evitar que un jadeo escape de mis labios, me asustan las sensaciones que estoy descubriendo y, sin embargo, quiero más, mucho más.

Altair tira de mí y, como si pesase menos que una pluma, me sube encima de su cuerpo. Me siento a horcajadas sobre sus muslos y sus manos se pierden por mi espalda apretándome con fuerza contra sí. Su boca me devora mientras le acaricio la nuca y entierro las manos en su cabello negro. Sus manos recorren mi espalda y me atrevo a tocarlo, a acariciar la piel desnuda de sus hombros con los

dedos. Comienzo a sentir una energía cálida, sofocante, que proviene de su interior y me invade, fundiéndose con mi ser mientras me mezo sobre su entrepierna, que despierta ante el roce desvergonzado de mis nalgas cubiertas por las polainas de algodón.

Altair me agarra por los pechos y se aparta un instante para mirarme a los ojos, los suyos están llenos de un fuego que provoca que mis latidos se aceleren aún más, y le muerdo en el mentón antes de volver a buscar sus labios. Su boca sabe a la fruta más dulce que jamás haya probado, al deseo más poderoso que jamás haya sentido.

Mis dedos curiosos recorren los surcos de su espalda y se aferran con fuerza a su cuello mientras me aprieto contra la erección que siento entre mis piernas. Jadeo sobre su boca, inspirando su aliento, esa energía que me penetra y me enloquece, necesito más, más de él, lo quiero todo.

Altair tira del cuello de mi túnica de tul y hace saltar el par de botones que sostienen mis pechos, exponiéndolos, y se apodera de uno de ellos con su boca mientras agarra el otro con la mano. Su lengua arde al contacto con mi pezón, erizándolo, lamiéndolo como si del más preciado manjar se tratase. Gimo con la respiración convertida en un tortuoso jadeo, cuando la tela que impide la unión de nuestros cuerpos se hace insoportable. Mi sexo está dispuesto para recibirlo, no hay miedo, solo deseo, un deseo tan poderoso como las sensaciones que ha despertado en mí.

Él dibuja un camino ascendente con su lengua hasta mi cuello, hasta alcanzar de nuevo mis labios mientras sus manos buscan debajo de mi túnica y tira de mis polainas, rasgándolas, convirtiéndolas en un pedazo de tela inútil y agarrándose con fuerza a mis nalgas desnudas.

Se gira, depositándome con cuidado sobre los cobertores, y entonces, arrebatada, tiro de la cinturilla de su pantalón de piel negra, abriendo el botón. Lo deseo, como jamás en toda mi vida he deseado a nadie, y la necesidad de apagar este fuego que me arde entre las piernas espanta cualquier miedo que pueda sentir ante lo que va a suceder. La sensación es tan poderosa que me hace temblar y, por su expresión, sé que él siente el mismo deseo. Lo necesito dentro de mí, con tanta fuerza que duele.

Y entonces Altair se detiene.

Me mira a los ojos. Y hallo desconcierto en los suyos.

Se aparta de mí como si quemase, baja de la cama y se aleja un

par de pasos. Me mira de reojo, como si acabase de tomar conciencia de que estoy allí, con la túnica abierta, medio desnuda, esperándolo, anhelándolo. No sé qué decir, no sé qué sucede.

—Vístete y márchate, por favor —me pide volviéndose, dándome la espalda, mientras se pasa una mano por el rostro, que acaba en su cabello, peinándolo hacia atrás con los dedos—. Esto es... un error. ¿Cómo he podido...? —exclama para sí, conmocionado.

Y en ese momento, todo el pudor del que me había desprendido con sus besos regresa a mí como una ola, haciéndome despabilar de golpe, provocando que me sienta sucia, desvergonzada, como si de algún modo lo hubiese forzado a hacer algo que no deseaba.

Tiro de los bordes de mi túnica, uniéndolos, tratando de cubrirme, pero un par de botones han saltado y no tengo la menor idea de dónde han ido a parar, ni la fortaleza suficiente para buscarlos. Me pongo en pie, tomo las polainas rotas del suelo y abandono la habitación.

Él no dice nada, no hace el menor movimiento, permanece de pie, dándome la espalda mientras me marcho.

Cuando cierro tras de mí, me encuentro de frente con los ojos desconcertados de Kim Shin, que mira mis manos sujetar el pecho de mi túnica, cubriéndome con las polainas, y el rubor que debe de impregnar mi rostro, encendiéndolo. No soy capaz de decir nada y echo a correr por el pasillo deseando no haber visitado nunca esa habitación.

30

Altair



¿Qué acabo de hacer?

¡Por todos los dioses, ¿qué acabo de hacer?!

¿Cómo he podido perder la cabeza de ese modo?

No se trata de que haya besado a una *mujin*, de que haya estado a punto de hundirme en su carne. Se trata de que he estado a punto de compartir mi yang, se trata de que he estado a punto de fundirme con ella; no solo nuestros cuerpos, he estado a punto de dejarme llevar y entregarle la esencia pura de mi energía, de derramar mi yang dentro de su cuerpo.

Nunca me había sentido así, nunca he dejado fluir mi energía durante el sexo, jamás había sentido la necesidad de entregar mi yang a una compañera de lecho, y eso me hace sentir desvalido. ¿Cómo he podido estar a punto de hacerlo?

El yang lo es todo para un elfo, mucho más que el acto íntimo del sexo, el yang es la energía primigenia de nuestro núcleo dorado y solo debe entregarse a la pareja de vida. ¿Cómo he sido capaz de permitir que el mío haya estado a punto de fluir desbocado? Se lo habría entregado, me habría fundido con ella hasta convertirla en parte de mi propia energía. A una *mujin*.

Voy a volverme loco.

¿Cómo he podido?

—¿Sucede algo, alteza imperial? —me pregunta Kim Shin adentrándose en la habitación. No quiero hablar con él, no deseo hablar con nadie, porque no puedo entender lo que me ha sucedido, y

eso me desconcierta.

—Nada, márchate, por favor —le pido, y mi *orabeoni* se queda de pie, junto a la entrada, observándome en silencio, a dos pasos del lecho de sábanas revueltas, el lugar del que no he sido capaz de moverme desde que ella se ha marchado. Por suerte, no dice nada más y se vuelve—. Que vigilen su habitación toda la noche.

—Por supuesto, alteza imperial.

31

Cass



Llevo todo el día de arriba para abajo preparando cosas para la Fiesta del Solsticio, recolectando flores para formar ramos, colocando jarrones de todos los tamaños y formas en el jardín, ayudando a colgar guirnaldas de flores, trayendo alimentos del almacén a la cocina, fregando bandejas de plata, limpiando las estatuas de mármol del jardín... El trabajo es frenético y al menos esto me ayuda a dejar de pensar, porque me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama sin pegar ojo. No puedo entender lo que sucedió anoche, por más que lo he intentado.

El príncipe Altair y yo nos besamos y fue el beso más maravilloso que he recibido en toda mi vida, un beso que habría acabado convirtiéndose en algo mucho más íntimo si él no se hubiese detenido. Y he sentido un cosquilleo interior en los labios y en el centro de mi vientre desde entonces que no ha ayudado demasiado a apartarlo de mi mente. Es como si hubiese pulsado un botón en alguna parte que provoca que un calambre desconocido permanezca encendido dentro de mí y no sé cómo apagarlo.

Consideró que era algo inapropiado, y lo era, lo sé, pero no puedo evitar sentir que se equivocaba.

Si fue hermoso, ¿por qué está tan mal?

Mi hermano Eldan me mataría si llegase a enterarse, y no solo él se sentiría decepcionado, estoy segura de que también mi madre, mi hermana Ange, Valen…

Valen se enfadaría tanto y… me preguntaría qué ha sido de nosotros. Pero ¿acaso hay un «nosotros»? ¿Lo hubo? Parece ahora tan lejano como si hubiese sucedido en otra vida. Esos besos en el granero… Me sentía atraída por él y era feliz cuando nos besábamos, pero jamás sentí lo que Altair me ha hecho sentir. Jamás sentí ese fuego, nunca me palpitó bajo el vientre el deseo de ese modo.

Me siento abrumada y desconcertada, demasiado.

Sé que no era apropiado, en absoluto. Pero ¿cómo pudo detenerse, yo no lo habría hecho? Y su mirada…, casi podía sentir que le daba miedo, o lo horrorizaba lo que había estado a punto de hacer.

He pedido aguja, hilo y un par de botones a Marge, la cocinera, para arreglar la túnica de doncella. Me los ha conseguido sin hacer preguntas.

—Vamos, jovencita, lleva ese ramo, la *noona* Maylen te está esperando en el jardín —me apremia Demetri, uno de los criados que acaba de entregarme un gran ramo de rosas rojas que ha cortado en el jardín para la ocasión. Me dirijo a donde está la *noona* Maylen organizando todo para la fiesta.

Cuando la alcanzo sigo sus indicaciones y lo coloco en uno de los jarrones de pie. Han creado dos espacios diferenciados, uno junto a la entrada interior del palacio, el lugar donde los criados han situado grandes mesas con brillantes manteles blancos con bordados dorados en las que colocarán la comida para la fiesta y otro, algo más apartado, donde se situará los músicos y por el que desfilarán las doncellas cargadas con bandejas con las bebidas que han sido traídas desde la bodega para la ocasión.

—Criada Cass —me llama cuando he acabado con las flores—. Esta noche necesito que sirvas como doncella —me pide la *noona* Maylen.

Me quedo un instante en silencio. No es lo que deseo, en realidad temía que me lo pidiese, mi único deseo para esta noche era quedarme en la cocina ayudando a Marge con la comida, pero sé que no puedo negarme. Asiento y me retiro a continuar con las labores que van asignándome.

Poco después del anochecer, nos reúnen a todas las doncellas

para darnos las indicaciones para la fiesta. Es la segunda vez que utilizo la túnica de tul que he podido arreglar gracias a Marge, por suerte no había nada roto, solo descosido, y la he dejado perfecta, como si el príncipe Altair nunca la hubiese abierto y lamido mis pezones como si su larga existencia dependiese de ello.

No lo he visto en todo el día, ni a Kim Shin, y es que me he mantenido alejada del Ala Azul desde que se alzó el alba, y cuando regresé para cambiarme lo hice tan rápido que no me tropecé con ninguno de los dos, solo con Tellen, que trató de enviarme a la lavandería a por la ropa del príncipe para esta noche, pero le dije que la *noona* Maylen tenía trabajo para mí y desistió de hacerme desobedecerla. Temo el momento de enfrentarlo, creo que moriré de vergüenza cuando lo haga.

Nuestra labor principal esta noche es pasearnos por el jardín cargadas de bandejas repletas de licor e ir ofreciéndolo a los elfos que asisten al festejo. Hay un montón de doncellas nuevas, provenientes de las distintas familias nobles de la ciudad, sus vestidos son similares a los nuestros, aunque de diferentes colores: azules, rosas, amarillos... Al parecer, cada clan posee sus propios colores, y el del clan Ryner es el violeta.

La música comienza a sonar en el jardín en cuanto anochece y me dejo envolver por el nerviosismo de poder ver una fiesta semejante. Según Rosy, es la más pomposa y notoria de Idunia, un acontecimiento anual al que solo son invitados los nobles de los clanes. Cada vez que nos hemos cruzado arriba y abajo sus ojos refulgían de emoción, ojalá ella pudiese asistir como doncella en mi lugar y verlo todo de cerca. Pero no es posible, y lo acepta con resignación. Ella, junto con las otras criadas, se encargará de traer las bandejas con la comida y bebida y dejarlas en las grandes mesas con cuidado de no hacerse notar, para que nosotras podamos repartirlas.

—Vamos, todas, comenzad a servir —nos ordena la *noona* Maylen, entrando al salón en el que esperamos. Se ha vestido para la ocasión con un elegante traje rojo de seda y se ha recogido el cabello y pintado los labios, por lo que está aún más hermosa.

Hay al menos un centenar de elfos en el jardín, de ambos sexos, disfrutando de la música de varios violines que suena de fondo. Guirnaldas de flores frescas cuelgan en largas tiras a modo de techo sobre nuestras cabezas, y jóvenes y preciosas elfas desfilan aquí y allá

con sus preciosos y elegantes vestidos. Tomo una de las bandejas con copas de vino espumoso y comienzo a recorrer los pequeños grupos que conversan entre sí, hasta que poco a poco el peso va disminuyendo y la bandeja va vaciándose. Recojo copas vacías y las llevo a la mesa de servicio, donde las criadas se las llevan y vuelven a traerlas limpias y rellenas; funcionamos como una máquina bien engrasada. Así puedo cruzarme en varias ocasiones con Rosy, cuyos ojos escapan una y otra vez hacia la multitud, hacia donde están los músicos, que tocan sus instrumentos sin cesar.

Aún no he visto a ninguno de los miembros de la familia imperial en el jardín. Vuelvo a llenar mi bandeja con copas de licor y, mientras lo hago, me doy cuenta de que todos se apartan a ambos lados del arco de flores que hace de entrada al espacio de la fiesta. Por él se adentra el emperador Isembil, acompañado de su flamante esposa, y detrás de ambos caminan Altair y Niowar, seguidos de sus espadas imperiales.

Altair está tan atractivo como de costumbre, serio, con expresión adusta, con el largo cabello suelto mecido por la suave brisa, en su frente la tiara dorada, vestido de negro con una elegante levita con botones plateados. Niowar, a su lado, vestido en color dorado y blanco, con el largo cabello rubio recogido en una trenza lateral y una sonrisa perenne en los labios.

Me bebo de un solo trago una de las copas de vino espumoso, nadie me ve, o eso creo, porque todos miran a la familia imperial. Los nervios me pueden, no sé cómo enfrentar al príncipe Altair después de lo sucedido anoche.

—¿Se puede saber qué haces? —me regaña la *noona* Maylen—. Ve a repartir esas copas.

La obedezco y me aproximo a un grupo de elfas que conversan entre ellas observando cómo la familia imperial se sitúa para saludar a los presentes.

—He oído que hoy el emperador hará un gran anuncio —dice una de cabellos pelirrojos, alta y de curvas sinuosas, a otra algo más baja y de cabello castaño. Me detengo a su lado.

La pelirroja toma una copa, la otra parece dudar.

—Yo también lo he oído. Creo que anunciará que el príncipe Altair será nombrado heredero —reafirma la de cabello castaño.

—¿A pesar de su maldición?

—¿Y quién, si no? ¿Ese inútil del príncipe Niowar? —pregunta, y la elfa de cabellos castaños se decide a tomar también una copa de mi bandeja. La bebe de un sorbo y la suelta—. Espero que también anuncie su enlace con la señorita Wells, estoy deseando asistir a otra boda imperial —oigo de refilón mientras me alejo. Siento un pinchazo hondo en el pecho y las lágrimas acuden a mis ojos, trato de contenerlas.

«Es inapropiado», esas fueron sus palabras.

Por supuesto que lo fue, pero yo creía que… que era debido a mi condición *mujin*. ¿El príncipe Altair va a casarse? Con la señorita Wells, claro, ¿cómo he podido no darme cuenta?, no había más que ver sus expresiones, sus sonrisas mientras compartieron almuerzo en el Velador del Sol. Por eso la *noona* Maylen parecía tan feliz. Ahora lo entiendo todo.

Suelto la bandeja de copas vacías sobre la mesa y vuelvo a hacer otra ronda mientras mi mente es bombardeada por infinidad de pensamientos que me acusan de ser una inconsciente. Lo soy, por completo. ¿Qué he estado a punto de hacer? De entregarme a un elfo, a un elfo… a un elfo que, además, va a casarse.

Me siento mareada, aturdida.

—Preciosa, ¿podrías dar una copa a un elfo sediento? —me pregunta alguien a mi espalda, demasiado cerca, siento su aliento en la nuca.

Es el príncipe Niowar. Me vuelvo y le ofrezco la bandeja para que elija una sin mirarlo a los ojos, aunque veo el reflejo de su sonrisa ladeada por debajo de mis cejas. El príncipe Niowar coge una de las copas, pero cuando voy a marcharme me agarra del brazo.

—¿Has terminado el último libro que te dejé? —susurra, pero no respondo—. Vamos, ¿estás molesta conmigo? ¿Es por la broma de ayer? Solo me divertía, no te enfades —me pide en voz muy baja.

—Si no necesitáis nada más, alteza imperial… —Continúo con la mirada fija en el suelo, no quiero que nadie nos vea y me acuse de ser irrespetuosa.

—Puedo dártelo todo. No imaginas lo rica que puedo hacerte, tanto que tu familia jamás tendrá que volver a trabajar —insiste deslizando la mano desde mi codo en dirección a mi garganta, tocando la piel que queda al descubierto con el vestido, acariciándola sin el menor pudor.

Me siento mareada, sé que el príncipe Niowar no va a rendirse. Sé que acabará buscando el momento en el que tomarme por la fuerza si no respondo a sus deseos. Pero ni aun sabiéndolo podría entregarme a él, ¿por qué? ¿Por qué me fue tan sencillo hacerlo con el príncipe Altair?

Intento iniciar mi camino de nuevo, pero me sostiene con fuerza.

—Vamos, no te hagas la inocente, has estado coqueteando conmigo desde que llegaste —susurra—. ¿O es que solo te gusta *follar* con mi hermano? —revela provocando que instintivamente lo mire a los ojos. ¿Qué sabe? ¿Cómo se ha enterado? Su sonrisa ladeada me hiela la sangre. Vuelvo a bajar la mirada—. ¿Creías que no me enteraría? Tengo ojos en todos los rincones del palacio. Reúnete conmigo detrás de los setos cuando acabe la música, o mi madre sabrá que mi hermano es un degenerado que yace con *mujins* —asegura antes de soltarme, y se aleja con pasos veloces.

Siento que voy a caerme al suelo. Dejo la bandeja de nuevo sobre la mesa y me sostengo apoyando ambas manos en esta.

—¿Estás bien? —me pregunta Rosy, que acaba de traer una bandeja de dulces—. Estás pálida —se preocupa, pero no quiero que lo haga. Inspiro hondo, tratando de calmarme. No puedo permitir que el príncipe Niowar difame a Altair de ese modo; al fin y al cabo, si no hubiese acudido a su habitación, nada de esto habría sucedido. Es culpa mía, solo mía.

—¿Sucede algo? —pregunta Kim Shin a mi espalda, provocando que me vuelva instintivamente. Miro a Altair por encima de su hombro, en la distancia, atendiendo a varios nobles junto a su padre. Devuelvo entonces la mirada a Kim Shin y hago un gesto de negación.

—Estoy bien, solo un poco cansada.

—¿Estás segura? —Sé que cualquier cosa que le diga irá de inmediato a los oídos de Altair, pero me enternece que la espada imperial se preocupe por mí, que quizá el príncipe lo haya enviado… No, eso ya es fantasear demasiado. Asiento y fuerzo una sonrisa.

Kim Shin se gira y regresa a su lugar natural, siempre a no más de diez pasos del príncipe.

—¿Hablas con la espada imperial con tanta familiaridad? —pregunta Rosy con los ojos muy abiertos, saliendo de su escondite tras una torre de copas rebosantes de licor—. Vaya, cuando logre arreglar lo de mi cara y sea doncella, también me haré amiga de algunos elfos.

—No soy su amiga, sirvo a su protegido, nada más —replico, no quiero que crea que los elfos son de fiar porque no lo son.

—¿Qué haces aquí otra vez? —Nos sorprende la *noona* Maylen por la espalda—. Te he advertido que estés aquí el mínimo tiempo posible —regaña a Rosy, que asiente y se retira veloz—. Y tú, ponte a servir, no sé qué haces ahí parada.



Cuando la música cese.

Cuando pare de oírla debo ir tras los setos para encontrarme con Niowar.

Mentiría si dijese que no sé lo que va a suceder.

Y, aun así, ¿iré?

Si me delata ante la emperatriz, no correré una suerte mucho mejor, y además el príncipe Altair será expuesto.

Me atrevo a mirar hacia donde está el emperador, flanqueado por su esposa y su hijo Altair y, junto a este, Niowar.

También he visto a la dama Wells, se les ha acercado y mostrado su afecto a cada uno de ellos. El emperador parecía muy contento de saludarla. Quizá esa sea la gran noticia que anunció en la cena de ayer que daría esta noche: la boda de su hijo. Y, aun así, ¿cómo pudo besarme? Porque es cierto que acudí a su habitación, es cierto que lo miré descarada y que lo deseaba, lo deseo, pero él fue quien me besó, quien me abrió la ropa y lamió mi cuerpo.

Recordarlo me agita la respiración.

De pronto el emperador Isembil toma una copa de la bandeja de una de las doncellas que pasan por su lado y comienza a hacer ruido con su anillo contra ella, llamando la atención de todos. Y entonces la música se detiene, y mi corazón también. Pero el príncipe Niowar está junto a su padre, no tiene sentido que me vaya hacia los setos. Sus ojos están fijos en mí.

Todos los presentes comienzan a reunirse en torno a ellos.

—Bendiciones del Bosque, queridos amigos, bienvenidos un año más a la Fiesta del Solsticio, la fiesta en la que los clanes nos reunimos, no solo para celebrar la cosecha y la vida, sino la unión de todo el imperio, de todos los hermanos elfos. Me alegra veros a todos

y cada uno de vosotros, que nos reunamos un año más festejando nuestra unidad disfrutando de la comida y la fiesta hasta que salga el sol. —La emperatriz no deja de mirar a su esposo, parece nerviosa. Altair también. Niowar, en cambio, solo tiene ojos para mí, en la distancia—. En esta ocasión en especial, quiero aprovechar la presencia de todos los clanes para realizar un anuncio importante. Son seiscientos años como vuestro emperador y espero seguir siéndolo muchos más, pero ha llegado el momento de anunciar cuál de mis dos hijos será mi heredero. —El murmullo se hace considerable, todos parecen ansiosos por conocer la decisión del emperador, que aguarda a que el rumor se calme con expresión de felicidad en el rostro—. Ambos son dos grandes elfos, son jóvenes pero capaces, cada uno con cualidades muy distintas, pero igualmente preparados, pero dado que está en juego el bienestar del imperio, he debido elegir con la cabeza y el corazón. —La emperatriz aprieta los labios y mira de reojo a todos los presentes, aguardando el nombre—. Mi elegido es mi hijo Altair Ryner, quien ha defendido con su espada y con su vida cada rincón de Idunia —anuncia, y de nuevo el murmullo recorre la extensa audiencia. El emperador mira los rostros de sus súbditos sin borrar la sonrisa y pide a Altair que se adelante con un gesto. Él está serio, mucho, parece incómodo, como si lo esperase pero no lo desease—. Querido hijo, llegado el día, has de gobernar con sabiduría y bien hacer, por todos ellos.

Se levanta un aplauso entre el público a la vez que el emperador se deshace de uno de sus gruesos anillos y lo deposita en la mano de su hijo. La emperatriz se vuelve y se aleja, apartándose de las miradas de los presentes, está furiosa, no es necesario que diga nada, su expresión lo refleja sin lugar a dudas.

Los presentes comienzan a acercarse al príncipe Altair para darle la enhorabuena. La primera, la señorita Wells, que no puede estar más hermosa ataviada con un vestido verde esmeralda y que sonríe feliz ante la noticia, lo coge de las manos y lo besa en las mejillas. «Enhorabuena, futura emperatriz», no puedo evitar pensar. Vuelvo a toparme entonces con los ojos de Niowar, que me hace un leve gesto a la vez que se aparta.

Ha llegado el momento.

Mi respiración se acelera.

Tengo que ir y no quiero hacerlo.

Pero si me resisto todo estallará por los aires.

Regreso a la mesa de servicio y deposito mi bandeja en ella.

Los setos. Allí me espera Niowar.

Deseo escapar, echar a correr. Pero ¿dónde podría esconderme para que no me encuentre? Lo hará y entonces será peor, mucho peor.

Niowar siempre había sido amable conmigo hasta esta noche, hasta que ayer me tocó de modo inapropiado. Quizá no sea desconsiderado conmigo y trate de ganarse mi favor, como ha estado haciendo.

Me pierdo entre las doncellas y me dirijo a los setos traseros con el corazón latiendo desbocado en mi pecho. Y allí está, el príncipe Niowar, de espaldas, aguardándome.

Me acerco a él y me oye de inmediato, se gira y me mira. Está enfadado, su malestar es evidente por la expresión contrita de su rostro.

—Heredero de la Corona imperial —dice para sí, dando un paso en mi dirección—. Ahora lo tiene todo, ¿verdad? El noble Altair, el atormentado Altair, el sacrificado Altair… —Está bastante alterado, la rabia tiñe su voz, se detiene a un paso de mí, demasiado cerca, aparto la mirada. Pero él agarra mi mentón y me fuerza a mirarlo—. A ti también te tiene, ¿verdad? —No digo nada, tratando de no provocarlo. Entonces me besa, su lengua se abre paso entre mis labios con violencia. Intento no resistirme, pero me sujeta con tanta dureza que me hace daño, me duele el mentón y me aparto, dando un paso atrás—. ¿Te atreves a rechazarme? —duda—. Sabes que puedo sacarte de aquí, que puedo devolverte con tu familia. Y también puedo acabar contigo, y con todos ellos. Esos pobres diablos que viven junto al arroyo. —Lo miro a los ojos. No, mi familia no. ¿Cómo sabe dónde viven?—. Ábrete el vestido —ordena soltándose el cinturón.

Debería obedecer, ha amenazado a mi familia, ¿es que no estoy dispuesta a sacrificarme por ellos? ¿Tan egoísta soy? Me quedo inmóvil y eso lo enfurece aún más. Me agarra por los brazos y me empuja hacia atrás, provocando que caiga al suelo. En sus ojos hay tanta maldad que comienzo a temblar de miedo. Se arrodilla y se abalanza sobre mí. Con una mano me sujeta las muñecas mientras con la otra me sube el vestido. Me revuelvo, trato de resistirme, pero es mucho más fuerte que yo. Sus ojos centellean de odio, de rabia, y sé que va a pagar conmigo todo su malestar por no haber sido el elegido

como heredero, todo el desprecio que siente por su hermano.

Pero entonces sale despedido hacia atrás y cae al suelo lejos de mí.

Veo a Altair, de pie ante mí con expresión de horror. Alguien me sujeta por los hombros y me levanta, es Kim Shin, mientras Altair se interpone entre Niowar y yo.

El príncipe Niowar se levanta, observándonos con expresión furibunda.

—Márchate —le ordena Altair.

—¿Por qué? ¿Tanto te gusta esa sucia *mujin* como para enfrentarte a tu propio hermano?

—Márchate —insiste. Kim Shin también se sitúa ante mí—. No quiero lastimarte, Niowar, pero estoy dispuesto a hacerlo —le advierte.

—¿Qué opinaría nuestro amado padre de que te enfrentes a mí por una *mujin*? —lo amenaza, y da un paso hacia donde estoy.

Altair no se mueve un ápice, pero en su mano derecha comienza a formarse una esfera de mágica energía, haciéndole saber que no bromea. Niowar la observa, como si dudase en atacarlo. Aunque sabe que no tiene opción ante el príncipe Altair y su espada imperial, también sabe el revuelo que causaría que ambos peleasen por mí en una reunión tan importante para el imperio.

—¿Y qué opinaría nuestro padre de saber que sucumbes ante la *yanga*? —dice. La mirada de Niowar se ensombrece, lo ha sorprendido —. Es que crees que no sé que el origen de tu malestar no fue debido a ningún brebaje, sino a esa maldita droga que está consumiéndote.

Niowar se echa a reír.

—Tendrías que demostrarlo. Padre jamás te creería. Pero no soy idiota, hermano. No voy a luchar contra ti, sé que eres mucho más fuerte que yo —asegura escupiendo sangre en el suelo: tiene una herida en el labio que debe de haberse provocado con la caída—. Pero pronto no lo serás, y será tu sangre la que moje estas tierras —lo amenaza antes de volver a sonreír y marcharse, desapareciendo ante nuestros ojos como una exhalación. Altair se gira y mira a Kim Shin, que asiente y también se esfuma de nuestra vista, dejándonos a solas.

Estoy tan abochornada que ni siquiera soy capaz de mirarlo a los ojos.

Aterrorizada, dolorida por el golpe al caer al suelo, avergonzada

porque Altair me haya visto de ese modo...

—¿Estás bien? —me pregunta muy cerca, demasiado. Asiento, me gustaría decirle que no acudí por voluntad propia, que lo lamento... Pero él aparta la mirada y entonces solo deseo marcharme y desaparecer; sin embargo, me lo impide, agarrándome de la mano—. ¿Seguro que estás bien? —Asiento de nuevo—. Anoche, yo...

No, no puedo hablar de anoche.

No en este momento en el que me siento tan frágil y vulnerable.

—No es necesario que digáis nada, alteza imperial. Comprendo que los príncipes sois impulsivos y...

—¿Impulsivos?

—Sí. Será mejor olvidarlo todo...

—¿Quieres decir que lo que sucedió anoche entre nosotros se parece en algo a esto? —me plantea horrorizado. No, claro que no—. Responde.

—¿Qué queréis de mí? —le pregunto sin tapujos—. No, lo que sucedió anoche no tiene nada que ver con esto. Anoche me entregué a vos y me rechazasteis. El príncipe Niowar, en cambio, ha tratado de tomar de mí lo que deseaba, a cambio de salvar a mi familia, pero no he sido capaz de entregárselo —confieso cuando la emoción comienza a oprimir mi garganta y las lágrimas llenan mis ojos. No deseo llorar, no ante él—. Vos os vais a casar, sois el nuevo príncipe heredero...

—¿Quién ha dicho eso?

—¿Acaso es mentira? —replico. Él aparta la mirada—. ¿Y qué soy yo? Una simple *mujin* a la que se le ha arrebatado el derecho a elegir siquiera cuál es su destino. Habéis dicho que la enfermedad del príncipe Niowar no fue a causa de mi bebedizo, sino de una droga, entonces, ¿por qué no me dejáis marchar?

—¿Crees que eso lo detendría? ¡Ahora que he mostrado interés por ti, nada lo hará! Te buscará, te encontrará y pagará en tu carne todo el odio que me profesa.

—Pero ese no es vuestro problema, alteza —repongo fingiendo mucha más templanza de la que siento—. El destino de una simple criada no debe ser del interés del futuro emperador. Debería marcharme ahora mismo, desaparecer y que no volváis a saber nada más de mí, de mi suerte ni de mi destino.

—¡No puedes!

—¿Por qué?

—¡Porque eres mía! —afirma con una desesperación casi salvaje—. Tu cuerpo me pertenece, tus ropas me pertenecen, tus labios, tu boca me pertenecen, e incluso cada aliento que exhalas es mío.

—¡Soy un ser vivo! No debería pertenecer a nadie más que a mí misma —respondo furiosa—. ¡Me mantenéis cautiva por un delito que no cometí! ¿Acaso no es eso una crueldad?

El príncipe Altair me mira en silencio, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y la mirada perdida. No dice nada más, ni siquiera cuando paso por su lado de vuelta hacia la fiesta. Me limpio las lágrimas con las mangas de la túnica y trato de calmarme mientras me acerco a la mesa de servicio. Apoyo las manos sobre esta y me sorbo las lágrimas intentando que nadie me vea llorar, me limpio y tomo una nueva bandeja.

—¿Qué te pasa? —se interesa Rosy, que llega con más comida. No quiero mirarla a los ojos porque se dará cuenta de que algo me sucede, pero rodea la mesa y se dirige a mí, algo que no puede hacer bajo ningún concepto.

—¿Estás loca? Vete, vete ahora mismo.

—¿Qué te ha pasado? —exige agarrándome por los brazos—. ¿Alguien te ha hecho daño? —pregunta con su mirada inocente. Sí, pero no puedo decírselo, no ahora.

—No, vete, vamos.

—¡Eh, tú, criada! —oigo una voz llamarla a mi espalda y siento que el mundo se abre bajo mis pies, la reconozco de inmediato.

—Vete, márchate, Rosy, por favor —le pido, pero ella mira hacia el príncipe Niowar. Está detrás de mí, a pocos pasos, con un grupo de elfos jóvenes—. Ignóralo, vete, vamos.

—No puedo ignorar al príncipe Niowar —responde Rosy con cierta ilusión en la voz.

—¡Vamos criada, no tengo toda la noche! ¡Tráeme esa botella! —la llama indicando una botella de vidrio labrado que hay sobre la mesa, divertido con una copa de licor en la mano, y ríe con sus acompañantes.

—No, Rosy, por favor, no... —suplico, pero ella toma la botella entre sus manos y camina ilusionada hacia ellos. La expresión de Niowar me hace saber que no hay una pizca de inocencia en su actitud.

—Aquí está, alteza imperial —le dice inclinándose en una

perfecta reverencia. Niowar la mira, me mira a mí y después a sus acompañantes, y echa a reír a carcajadas.

—Muy obediente —afirma dándole un par de golpecitos en la cabeza como si de un animal se tratase—. Sírveme —pide, y Rosy lo hace—. Ahora a mis amigos, criada —repite el mismo gesto con cada una de las cuatro copas—. ¿Habéis visto? Las criadas del Palacio de Piedra están bien entrenadas —añade mirándome. Aprieto los puños con rabia y sonríe. Rosy da un paso atrás, dispuesta a retirarse tras haber cumplido la orden, pero Niowar la agarra de la muñeca, debe de hacerlo con fuerza por la expresión de su rostro—. ¿Queréis ver algo divertido? —pregunta a sus amigos, que asienten, y entonces tira del velo que oculta la mitad del rostro de la criada, exponiendo su labio partido en dos.

Los elfos que lo acompañan apartan la mirada horrorizados. Rosy se queda de pie, inmóvil. Trato de ir hacia ella, pero una mano me sujeta. Lo miro, es Kim Shin.

—No puedes ir —dice, y aunque trato de zafarme, no me suelta.

—Dejadme en paz, soltadme, os lo ruego.

—¡Qué asco, es repugnante! —exclama uno de ellos observando el rostro de Rosy con curiosidad.

—¿Cómo tenéis a semejante aberración en el servicio? —señala otro.

—¿Es que le has cortado la cara con la espada? —pregunta otro, y uno finge tener arcadas. Niowar solo ríe, con el velo de Rosy roto en las manos en alto para que no trate de arrebatárselo.

—Suponía que debía de haber algo horrible bajo ese velo, pero nunca imaginé semejante despropósito, al menos sirve para echarnos unas risas —comenta Niowar. Me mira, lanza lejos el velo y entonces la libera.

Rosy, desmadejada, se arroja a cogerlo, y cuando va a levantarse recibe una patada en el trasero que la hace caer al suelo.

Forcejeo con Kim Shin, que no me libera.

Rosy alza la mirada y la tristeza en sus ojos es inconmensurable. Está destrozada, casi puedo ver su alma rota en pedazos. No sé cómo va a poder sobreponerse a algo así.

—¿Qué sucede aquí? —pregunta la *noona* Maylen recogiendo el velo del suelo y entregándoselo a Rosy. Siento un gran alivio al verla llegar.

—Nada..., no sucede nada, solo nos estábamos divirtiendo —asegura Niowar, dándole un codazo a uno de sus amigos.

—Es una criada, no un bufón —protesta la *noona* Maylen muy seria. Rosy está de pie, cubriéndose el rostro con las manos, entre las que sostiene el velo.

—¿Estás reprendiendo a mi hijo, *noona* Maylen? —pregunta la emperatriz irrumpiendo en el círculo.

La *noona* se endereza, nerviosa.

—No, por supuesto que no, alteza imperial. Solo intento evitar un espectáculo desagradable...

—Porque te recuerdo que no eres el ama de cría de Niowar, que no tienes ni siquiera el derecho a dirigirle la palabra sin su autorización —la reprende. La *noona* Maylen asiente—. Tú, ¿qué escondes ahí? Aparta las manos de la cara —exige la emperatriz a Rosy, que mira a la *noona* Maylen. Esta aprieta los labios y asiente, y entonces... Rosy la obedece. La emperatriz hace una mueca de desagrado que me encoge el corazón.

—Dejadme, Kim Shin, por favor, por favor —le suplico.

—No puedes hacer nada por ella, ahora no —me advierte, y sé que es cierto, lo sé como que no quiero quedarme quieta, que mi corazón acaba que quebrarse de dolor.

—Qué asco. ¿Cómo puede haber semejante monstruo dentro de mi palacio? Sácala de aquí. —La *noona* Maylen asiente y Rosy vuelve a cubrirse en un mar de lágrimas silenciosas—. Sácala del Palacio de Piedra —ordena furiosa.

—Pero, emperatriz, lleva sirviéndonos varios años y nunca...

—¿Es que quieres avergonzarme aún más delante de todos los invitados? —pregunta con severidad a la *noona* Maylen, que baja la mirada y hace un gesto de negación, consciente de que nada la hará cambiar de opinión—. Tolero tu presencia porque eres familia del emperador, pero si no eres capaz de cumplir mis órdenes tendré que sustituirte. Quiero a este monstruo fuera del Palacio de Piedra esta misma noche —sentencia antes de marcharse.

Niowar me mira con una sonrisa cruel, Rosy echa a correr hacia donde estoy y pasa por mi lado como una exhalación hacia el interior del palacio. Entonces Kim Shin me libera y echo a correr tras ella. La sigo por los pasillos, por el camino tropieza con otra de las criadas y ambas caen al suelo, de manera que la chica le derrama un cuenco de

salsa encima de la túnica. Rosy queda en el suelo, ahogada en llanto. Esta la observa preocupada.

—Lo siento, lo siento, Rosy… —dice tratando de ver dónde la ha golpeado.

—Déjala, por favor, no es tu culpa. Recoge todo esto y tráeme un balde de agua templada de la cocina y un paño limpio, por favor —le pido, la muchacha asiente. Agarro a Rosy por los brazos, pasándome uno por encima del hombro para sacarla de allí.

La llevo hasta su dormitorio, mi antiguo dormitorio, no sé en qué otro lugar puede sentirse más a salvo. La dejo sobre la cama, enciendo la lámpara de aceite y cierro la puerta. Llora desconsoladamente.

—Ojalá no hubiese nacido —repite ahogada en llanto—. Ojalá mis padres me hubiesen echado a los cerdos cuando nací.

—No digas eso, Rosy, por favor —suplico sin poder contener las lágrimas.

—Tienen razón, soy un monstruo… ¿Es que no lo ves? —me pregunta volviéndose, con la cara encendida por el llanto, permitiendo que vea su rostro dañado.

—Yo solo veo a una chica preciosa —respondo—. Eres la persona más noble que he conocido en toda mi vida, Rosy. Ellos no tienen razón, ellos no te conocen, no saben lo maravillosa que eres.

—¿Preciosa? ¡Mírame! —dice tocándose el rostro, y comienza a darse golpes en las mejillas, en los labios. Sostengo sus manos para impedir que se haga daño.

—Rosy, por favor, por favor, no hagas eso.

—¡Déjame! ¿Y adónde iré ahora? ¿Adónde? Si regreso a casa mi padre me matará.

La abrazo con fuerza contra mí. La sostengo y ella se rompe entre mis brazos.

—Encontraremos una solución, lo haremos… Te lo prometo.



Cuando se ha calmado la limpio con el agua templada que ha traído la otra criada y la ayudo a cambiarse de ropa. Se niega a vestirse con la túnica, así que le pongo un vestido gris oscuro que tiene en el armario, el único que no es del servicio. Se tumba en la

cama y cierra los ojos, con la respiración aún alterada por el llanto.

Marge se asoma a la puerta para ver cómo está y salgo para atenderla, la noticia se ha esparcido como la pólvora entre los criados y Rosy no quiere ver a nadie, solo esperar el momento en el que la *noona* Maylen llegue para echarla. También están otras chicas a las que conozco: Aishan, Selene, Arieta y alguna doncella que ha vuelto a palacio a algún recado. Rosy tiene más gente que la quiere de lo que ella piensa, ojalá pudiese darse cuenta en este momento. Ciana se acerca por el pasillo y se detiene ante nosotras.

—Me ha dicho la *noona* Maylen que no hace falta que Rosy se marche esta noche. Que lo haga mañana por la mañana.

—¿Y si la emperatriz lo descubre? —pregunta Rosy desde el interior, se pone en pie y camina hasta la puerta—. No quiero que la *noona* Maylen sufra ningún perjuicio por mi culpa, jamás me lo perdonaría, ella ha sido demasiado buena conmigo —asegura dispuesta a marcharse en ese preciso instante.

—Necesitamos tiempo, un poco de tiempo para pensar. No te muevas de aquí hasta que yo vuelva —le digo, y comienzo a caminar por el pasillo, de vuelta a la fiesta. Por suerte, mi vestido no está sucio después de limpiarla a ella, y espero camuflarme entre las doncellas sin el menor cuidado. Necesito ver al príncipe Altair, con urgencia.

Sé que acabo de discutir con él, pero es el único con la suficiente autoridad como para ayudar a Rosy, y si tengo que rebajarme y pedirle ayuda para conseguirlo lo haré sin dudarlo.

Tomo una bandeja con copas de licor y me diluyo entre el servicio buscando a Kim Shin. Lo distingo junto a un grupo de nobles que conversan con el emperador, deben de estar felicitándolo por su decisión, deduzco por la felicidad reflejada en su rostro. Altair está a su lado, de pie, serio, prestando atención a la conversación.

Me acerco a la espada imperial, que me ve de inmediato. El guerrero *otoki* tiene una habilidad especial para percibir todo lo que sucede a su alrededor. Le ofrezco la bandeja para que tome una bebida y hace un gesto de negación.

—Necesito hablar con el príncipe Altair, es urgente —le digo en un susurro. Me mira de reojo.

—En el Salón de las Ofrendas, al amanecer —responde en voz baja.

Asiento y continúo mi camino.

Regreso a la habitación de Rosy. Está tranquila y en silencio. Aishan está sentada en la cama a su lado y se incorpora al verme llegar.

—Se ha dormido —me comenta antes de marcharse. Le cubro los brazos con la colcha, su respiración está algo agitada aún en sueños, pero duerme profundamente. Me tumbo a descansar en la cama contigua y, sin poder remediarlo, el agotamiento por todas las emociones vividas cae sobre mí como una pesada losa y me duermo.

Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que un haz de luz se cuela por la ventana de la habitación, está amaneciendo. Los nervios me atenazan el estómago, espero que el príncipe Altair no se haya cansado de esperarme y se haya marchado.

Me dirijo al Salón de las Ofrendas con paso apurado. Los pasillos están tranquilos, nada que ver con el bullicio de la noche anterior. Me cruzo con un par de soldados y algún criado. Al pasar por la balaustrada que comunica con el jardín en el que se ha celebrado la fiesta es como si un tornado lo hubiese arrasado, muchas de las guirnaldas de flores están por el suelo, algunos jarrones caídos, copas y bandejas también tiradas por todas partes e incluso un par de elfos jóvenes duermen la borrachera en el suelo. No puedo evitar pensar que será un día laborioso para el servicio.

Accedo al Ala Azul y me encamino directamente al Salón de las Ofrendas, es la primera vez que voy a ver qué hay tras aquella puerta. Cuando llego compruebo con alivio que el príncipe Altair está dentro, de pie, de espaldas a la entrada. En cuanto entro en el salón, lo percibe, aunque no haya hecho el menor ruido, y se gira para mirarme. Está tan rabiosamente atractivo vestido con la misma ropa de la fiesta. Me dedica una larga mirada en silencio mientras camino hasta donde está. Sus ojos plateados brillan bajo la luz del sol, que comienza a colarse por las puertas correderas del salón, que permanecen abiertas. Su mentón cuadrado se muestra tan altivo como de costumbre y sus manos están a la espalda en una elegante postura regia.

Está frente a una gran fuente de mármol, en cuyo centro hay una estatua de una mujer, fabricada con el mismo material. Va ataviada con un largo kimono similar al de Kim Shin, con la mirada alzada al frente; de entre sus manos unidas brota un continuo chorro de agua. El silencio solo es roto por el ruido del agua, que desde las manos de

la estatua baja por unos escalones que culminan en el gran vaso final de la fuente.

Inspiro hondo cuando me detengo ante él y en mi interior no puedo sino darle las gracias por haber acudido a mi llamada, a pesar de que me intimide tanto su proximidad después de las palabras que me dijo anoche. «Me perteneces…»

—Es mi madre. Es la única efigie que mi padre me ha permitido conservar de ella. En el lugar en el que ella venía a venerar a sus antepasados —dice señalando la estatua que corona la fuente. Me fijo entonces en que hay varios nombres grabados en los distintos escalones por los que fluye el agua, todos ellos con el apellido Saeroyi.

—Era una mujer muy hermosa.

—Lo era. Era hermosa, pero también era leal, valiente y sacrificada. Fue ella quien convenció a mi abuelo de que debía permitir que se desposase con mi padre para evitar una guerra directa con el imperio.

—¿Una guerra?

—Suki Saeroyi, mi madre, era muy joven, apenas tenía trescientos años, cuando el rey Isembil Ryner, de seiscientos, visitó el Palacio Blanco en Arrecife Azul para amenazar a mi abuelo, el entonces líder del clan, Geun Saeroyi. Las tropas del imperio invadirían Bahki si este no aceptaba voluntariamente adherirse a él. Era conocido por todos que el emperador estaba buscando una segunda esposa porque la emperatriz no había logrado darle un heredero después de transcurridos doscientos años de su enlace. Mi abuelo temía que el emperador pusiese sus ojos en su hija menor, Suki, dado que su belleza era excepcional, por lo que le pidió que fingiese estar enferma para ausentarse en la ceremonia de hospitalidad para con el emperador. Incluso la sacó del palacio, llevándola a un lugar en el que no podría cruzarse con ella, la residencia de unos nobles de su confianza que vivían próximos al mar —relata con calma, con la mirada fija en la estatua de su madre—. Geun disculpó la presencia de su hija y la cena fue celebrada en su ausencia. El emperador Isembil despertó poco antes del amanecer, inquieto porque el viejo *otoki* se había negado a rendirse. Todas las habitaciones del Palacio Blanco están conectadas con el mar, en todas ellas hay una puerta corredera o una ventana desde la cual puede contemplarse, y el emperador quedó sobrecogido ante la belleza del sol emergiendo de

entre las aguas. Decidió que debía contemplarlo más de cerca, por lo que bajó hasta la Playa de la Perla y entonces vio cómo una joven salía del mar y caminaba hacia la orilla. —Me mira a los ojos. Era ella, estoy segura—. Aunque la joven se marchó presurosa al descubrir que no estaba sola, el emperador quedó impresionado por su belleza y encargó a sus soldados que averiguasen de quién se trataba, para reclamarla como concubina. Pero la joven resultó ser la hija del líder del clan, y el único modo de poder tenerla a su lado era convertirla en su esposa.

—¿Y qué sucedió?

—Que mi abuelo se negó. Amaba demasiado a su hija para entregarla a ese extraño que había forjado un imperio con su espada. Pero mi madre sabía que denegar la propuesta del emperador supondría la guerra y que eran muchas las vidas que estaban en juego. Así que aceptó la propuesta, en contra de la voluntad de su padre. Solo espero que en algún momento lograse hacerla feliz —confiesa.

—Lamento que la perdieseis tan pronto.

—Yo también, cada día —añade con melancolía, carraspea y endereza su postura—. Seguro que no has venido hasta aquí para oír la historia de mi familia. Habla, pues.

—Alteza imperial…

—Dime, criada Kasandra —dice recordándome mi posición. Me molesta que ponga distancia entre nosotros, sé que está enfadado, mucho, por la discusión que tuvimos. Yo también lo estoy, pero no estoy en posición de reprocharle nada.

—Necesito vuestra ayuda. Anoche, mi amiga…, quiero decir, la criada Rosy fue expulsada del Palacio de Piedra por la emperatriz Mima…

—No hay nada que pueda hacer al respecto —me corta.

—Ella no tiene adónde ir, lo que sucedió…

—Sé lo que sucedió, la *noona* Maylen me ha informado —afirma. Así que no debo de ser la única que ha acudido en su ayuda—. Pero la única autoridad que está por encima de la emperatriz en el palacio es la del emperador y, por supuesto, no puedo pedirle que contradiga a su esposa por una criada.

—Pero ella… no hizo nada malo. El príncipe Niowar…

—Nada de eso importa. Nunca debería haberse expuesto ante ellos —sentencia muy serio—. Sé que la *noona* Maylen le ha permitido

quedarse hasta el alba, así que debe recoger sus pertenencias y marcharse.

No puedo aceptarlo, no puedo hacerlo sin más. Me arrodillo ante él, puedo ver en su expresión que el gesto lo sorprende.

—Sé que os he ofendido con mis palabras, que os he molestado y que no tengo el menor derecho a pediros ayuda, pero os lo ruego..., si Rosy se marcha morirá en las calles de Mour —suplico.

Él permanece en silencio unos segundos antes de decidirse a hablar de nuevo.

—Levanta —me ordena, y alzo el rostro para mirarlo. Me pongo en pie.

—Si la ayudáis os prometo que jamás volveré a contradeciros, que haré todo lo que me pidáis, sea lo que sea —digo.

Altair dibuja un acordeón de dudas en su frente, debe de estar preguntándose cómo de importante es Rosy para mí. Lo es, mucho.

—¿Es que acaso esa no es tu obligación como miembro de mi servicio personal?

—Lo es, obedeceros, es cierto, pero lo haré de buen grado y jamás volveré a daros un problema ni volveré a pediros que me concedáis la libertad. Rosy no tiene adónde ir...

—Partimos antes del mediodía hacia Arrecife Azul, la capital de Bahki, voy a visitar al clan Saeroyi —dice, y no puedo evitar fijarme en la estatua de la emperatriz al oírlo nombrar el clan de su madre—. Tu amiga podría acompañarnos, en Bahki la apariencia física de los criados no es tan importante como en Thandel, podría hacer que mi tío la tome bajo su servicio.

—¿Haríais eso?

—Podría hacerlo, pero tú debes acompañarnos.

—Lo haré —respondo sin dudar un instante.

Si hay una posibilidad de que Rosy encuentre un nuevo lugar en el que servir en el que sea bien tratada me aferraré a ella como a un clavo ardiendo.

—El clan Saeroyi...

—¿Qué?

—¿Maltrata a sus criados? —me atrevo a preguntar.

—¿Crees puede elegir?

—No —admito apesadumbrada.

—El clan Saeroyi es bastante respetuoso con el servicio, pero no

olvides que ella solo es…

—Una *mujin* como yo, lo sé —admito dolida, no con él, con la realidad que nos ha tocado vivir en la que la vida de unos seres vale más que la de otros solo porque hubo alguien que decidió que así fuese—. Iremos.

—Está bien.

—Gracias, alteza imperial —digo dispuesta a retirarme.

—Espera. Hay algo que creo que deberías saber.

—¿Sí, alteza imperial?

—Anoche el Palacio de Piedra sufrió un ataque. Fue de muy escasa eficacia y los atacantes fueron fácilmente controlados —revela, y no entiendo qué tiene que ver esto conmigo—. Uno de ellos ha preguntado por ti.

Al oír sus palabras, siento un profundo dolor en el pecho. «Por favor, que no se trate de mi hermano, por favor», ruego a las diosas.

—¿Quién es? ¿Está bien? ¿Les habéis hecho daño? —pregunto sin poder controlar las lágrimas que corren ardientes por mis mejillas.

—Acompáñame —me pide, y comienza a caminar.

Lo sigo con el corazón palpitándome en los oídos. «Que no sea Eldan, por favor, que no le hayan hecho daño.» El príncipe Altair me conduce por los pasillos y estancias del Palacio de Piedra por un camino que reconozco: fue el que recorrí yo misma a mi llegada. Descendemos varios tramos de escaleras en silencio hasta la planta subterránea, en la que la iluminación de las antorchas es la única existente, las mazmorras del palacio.

Varios guardias controlan la entrada, la abren para el príncipe, y me adentro tras él en la estancia repleta de celdas vacías. Al fondo veo a Kim Shin junto a una de ellas y echo a correr hasta alcanzarla. Y entonces lo veo, atado por las muñecas con unos gruesos grilletes asidos con cadenas al techo, cuelga, desmadejado, con la ropa manchada de sangre y la cara amoratada. Es Valen. Trato de entrar, la celda está abierta, pero Kim Shin me lo impide, agarrándome del brazo, pero entonces Altair asiente y me permite pasar al interior y abrazarlo. Rompo a llorar sin poder evitarlo. Valen abre los ojos con dificultad por lo hinchados que están y me mira.

—Valen, ¿qué te han hecho? —digo abrazándolo. Él solo me mira, como si no diese crédito a que realmente estoy allí, junto a él.

—Cassle, ¿eres tú? —duda como si yo fuera una ensoñación.

Tras una nueva indicación del príncipe Altair, Kim Shin se acerca y suelta la cadena que lo sostiene, y entonces se desploma en el suelo, incapaz de mantenerse en pie. La espada imperial sale de la pequeña estancia y cierra la cancela de hierro.

Lo ayudo a tomar asiento, apoyándolo en mi pecho. Los ojos marrones de Valen me miran, y también él rompe a llorar.

—¿Estás bien? Te han golpeado mucho...

—Solo un poco —contesta tratando de moverse, dolorido.

—¿Qué haces aquí? ¿Y mi hermano?

—A salvo —responde mirando hacia el exterior, desde donde el príncipe Altair y Kim Shin nos observan.

—¿Cómo se os ocurre asaltar el Palacio de Piedra, es que estáis locos?

—Te habría encontrado de no ser porque unos criados malnacidos nos delataron. Malditos traidores —dice lleno de rabia. Me doy cuenta entonces de que va vestido con ropas de criado del servicio de palacio.

—Oh, Valen, ¿por qué has hecho esto? —le pregunto, y él alza la vista y me atraviesa con su mirada dolorida.

—¿Cómo crees que podría conformarme con no volver a verte? —replica, y casi puedo sentir la mirada de incomodidad del príncipe Altair en mi espalda—. Te sacaré de aquí, esos malditos tendrán que matarme para evitarlo —anuncia con rabia, mirando hacia quienes nos observan. Kim Shin endereza su postura molesto, llevando una mano a la empuñadura de su katana.

—Tienes un momento, esperaré fuera —me advierte Altair, y se vuelve hacia la salida con el gesto teñido por la rabia.

Valen los mira y escupe en el suelo, yo lo sostengo tratando de que no continúe provocándolos. Soy consciente de que podrían haberlo matado, podrían haberme ocultado que estaba allí y jamás lo habría descubierto. Kim Shin y Altair se alejan para concedernos algo de intimidad.

—¿Cómo has logrado entrar en el Palacio de Piedra?

—Sabíamos que durante la Fiesta del Solsticio habría criados de otros señores y que sería una oportunidad única de llegar hasta ti. Logramos entrar sobornando a uno de ellos, pero otro, uno mayor y de cabello cano con un lunar en la cara, nos descubrió mientras te buscábamos por las estancias del palacio y nos delató —relata. Por su

descripción, sé que se trata de Tellen—. Eldan logró escapar trepando por una hiedra y saltó una de las tapias de un jardín, pero a mí, aunque me resistí, me atraparon. ¿Estás bien, Cass? ¿Te han hecho daño? —pregunta mirándome como si fuese la primera vez que me ve. Me siento abochornada y expuesta con mi voluptuosa túnica de doncella. Hago un gesto de negación.

—Estoy bien, Valen. Ellos... no me han lastimado. Han hecho que les sirva como criada, nada más.

—Oh, Cass, estoy tan feliz de verte —asegura besándome en los labios. No me resisto, a pesar de que su beso me resulta violento y extraño. Él lo percibe y se aparta, pero no dice nada al respecto—. Tenemos que encontrar el modo de salir de aquí, de escapar juntos...

—Valen, no hay forma de salir de aquí. Hay soldados por todas partes, es un milagro que estés vivo. Voy a rogar al príncipe Altair que te perdone la vida y te deje marchar.

—No. No voy a marcharme de aquí sin ti, tendrán que matarme.

—¿Es que no lo entiendes? Lo harán. Si te matan por mi culpa no podré soportarlo. ¿Es que quieres cargar ese peso sobre mi conciencia?

—¿Y entonces? ¿Vas a resignarte a vivir encerrada aquí, sirviéndoles para siempre? —No soy capaz de responder a esa pregunta—. No, no lo harás, no puedo permitirlo.

—Valen..., lo más importante ahora es conseguir que te dejen marchar. Debes prometer que no volverás a...

—¡No! —protesta enderezándose, apartándose de mis brazos, que lo sostienen—. No voy a dejarte aquí.

—Criada Cass, debes salir ya, pronto será el cambio de guardia y no deben veros aquí —me apremia Kim Shin acercándose a los barrotes. Asiento poniéndome de pie. Valen también lo hace, con dificultad, sus músculos deben de estar entumecidos y doloridos por la lucha y por haber permanecido atado durante horas.

—¡Malditos elfos, pagaréis por esto con vuestra sangre! —le increpa y yo le cubro los labios con mis manos. Kim Shin tensa la mandíbula controlando la rabia.

—No, Valen, por favor. No digas nada más —le ruego. Me mira desconcertado con mi actitud—. Enseguida salgo, espada imperial —le digo, y este vuelve a alejarse—. Valen, por favor, te lo suplico, no hagas ninguna tontería —pido apartándome, dirigiéndome hacia la salida. Él se queda inmóvil mientras me alejo y Kim Shin abre la

cancela para permitirme salir, cerrando tras de mí. Dedico una última mirada al joven que una vez despertó mariposas en mi pecho, al que ha arriesgado su vida para venir a salvarme y está prisionero y herido por ello—. No hagas ninguna tontería, por favor —le ruego antes de alejarme de él, que se acerca a los barrotes y los sostiene con sus manos.

—¡No me importa que me maten! ¡Te quiero, Cassle! —proclama en voz alta.

Lo miro y no puedo evitar que de nuevo un par de lágrimas se derramen de mis ojos mientras camino hacia el príncipe Altair, que permanece de pie, inmóvil junto a la entrada de las mazmorras. Me detengo a su lado y él me dedica una mirada de soslayo.

—Gracias, por no matarlo. Porque no vais a hacerlo, ¿verdad?

—Vas a tener que elegir —anuncia, y no lo entiendo—. Merece morir por lo que ha hecho, pero estoy dispuesto a mostrar misericordia y liberarlo, también a ti. —Sus palabras me sorprenden tanto que no puedo creer que esté diciéndome eso—. Es cierto que tu acusación y tu condena de servicio han sido injustas, y estoy dispuesto a concederte la libertad. —La expresión de Kim Shin me hace saber que está tan sorprendido como yo misma frente a lo que está diciéndome—. Antes has dicho que nos acompañarías, pero si decides marchar no me haré cargo de la suerte de tu amiga ni propondré que sirva en el clan Saeroyi. Tienes hasta el momento de nuestra partida para decidirte.

32

Altair



—¿Estáis dispuesto a liberarla aun sin saber el significado de la marca de su nuca? —me pregunta mi *orabeoni* mirándome con desconcierto. Yo todavía tengo dando vueltas en la cabeza las palabras de ese maldito *mujin*: «¡Te quiero, Cassle!». ¿Así se llama en realidad? No es Kasandra. Probablemente ese sea el nombre de su madre, la auténtica *mudang*. Y ella lo miraba con... ¿amor? Es eso. Doy un puñetazo en la mesa de mi despacho en el Salón de los Escudos, donde me encuentro para redactar mis disposiciones para el Ala Azul en mi ausencia, y el recipiente de la tinta da un leve salto. Miro a Kim Shin.

—¿Sabes cuántas oportunidades de escapar tendrá en el camino a Bahki?

—Muchas. Que lo consiga es otro cantar.

—¿Y sabes cuál es el castigo de un *mujin* por tratar de huir? —le pregunto, y mi espada imperial desvía la mirada. Claro que lo sabe, el castigo es la muerte.

—¿Y si decide no acompañaros? ¿Y si decide marcharse con ese joven? ¿Por qué estáis tan seguro de que cambiará su libertad por la vida de esa otra criada a la que solo conoce desde que llegó al Palacio de Piedra? Al fin y al cabo, es una *mujin*, los *mujins* son egoístas...

—Ella no es una *mujin* cualquiera —replico mirándolo a los ojos.

Kim Shin asiente y da un paso atrás.

Ojalá no me equivoque, porque, si lo hago, no sé qué sucederá cuando descubramos el significado de la marca que tiene en la nuca. «Ese es mi único interés», me digo consciente de que estoy

mintiéndome a mí mismo.



Prácticamente todo está listo para partir. Tellen y Silas preparan mi equipaje. *Farat* debe de estar listo en el establo; esta mañana pasé a verlo como cada día y ordené que lo lavasen, ha de pasar calor en el camino. He dispuesto que no sea una comitiva demasiado grande, una docena de soldados, Kim Shin y las dos criadas me acompañarán en esta ocasión.

Sé que a Tellen le extrañará no viajar en la comitiva, pero que no hará preguntas. A él le debo la captura del *mujin* que aguarda en las mazmorras por su destino. Nadie excepto mi guardia personal sabe de su existencia; de lo contrario, el emperador me habría hecho ejecutarlo de inmediato. Ese malnacido se resistió con uñas y dientes cuando fue capturado por Kim Shin, a quien gritó que venía a liberar a su prometida. En ese momento supe que esa joven de la que hablaba era Kasandra. Cassle.

Su prometida.

¿Por qué no me lo ha contado?

¿Por qué cuando lo mencionó dijo que era su amigo? Es algo que no logro entender. ¿Estaba tratando de protegerlo?

¿De verdad están prometidos?

La cabeza me va a estallar, la energía me da vueltas en el vientre, mi núcleo dorado está revuelto, como todo mi cuerpo, y eso no es nada bueno. Necesito calmarlo, en cuanto lo haga iré a ver al emperador para despedirme hasta mi regreso.

—Vamos a luchar —advierto a Kim Shin, y me pongo en pie.

Luchamos un buen rato con las espadas en la plataforma de entrenamiento, más allá de las cuadras en el jardín de las *mangwas*. Lo ataco con fiereza, Kim Shin resiste los envites y sonríe, disfrutando como cuando éramos niños del intenso combate. Me acerco lo suficiente como para golpearlo con fuerza con la palma de la mano en el pecho y lo desplazo hacia atrás varios pasos.

El cansancio físico templa mi energía y me hace sentir que vuelvo a controlarla, todo lo contrario de lo que me sucede cuando estoy junto a Cassle.

—Veo que el príncipe *heredero* necesita descargar su rabia —proclama la emperatriz Mima aproximándose a donde estamos; es inusual que visite el Ala Azul.

Me detengo y hago un gesto a Kim Shin haciéndole saber que nuestro entrenamiento ha acabado. La emperatriz es tan impredecible que puedo esperar cualquier cosa de tan inesperada vista. Kim Shin se sitúa un par de pasos detrás de mí, mientras la emperatriz se acerca seguida por su cortejo de doncellas y soldados.

—No hay rabia, alteza imperial. El ejercicio físico es reparador para la energía vital —respondo inclinándome para saludarla.

—Imagino que con tu maldición el riesgo de que tu núcleo se descontrole siempre estará presente —sugiere observándome con expresión hostil.

—Jamás se ha descontrolado. Desde niño aprendí a ser disciplinado, y eso evita cualquier tipo de descontrol, aun a pesar de mi herida maldita.

—Tu padre se arrepentirá de la decisión que ha tomado —dice mirándome fijamente a los ojos—. Yo lo sé y tú lo sabrás también.

—¿Deseabais algo? Además de conversación, quiero decir. Tengo que prepararme para el viaje.

—El emperador desea verte, está en su despacho —anuncia dedicándome una última mirada de pies a cabeza.

Asiento y me alejo sintiendo a mi espalda la seguridad de los pasos de Kim Shin.



El emperador está sentado frente al escritorio repleto de papeles, misivas y pergaminos, el mismo lugar que he de ocupar en su ausencia. El general Wells lo custodia de cerca y un par de soldados más vigilan la puerta. Me adentro en la habitación y le saludo inclinándome de forma respetuosa.

—Aquí estás, hijo, quería verte antes de que partas hacia Arrecife Azul.

—Lo haré muy pronto, padre.

—El general Wells me ha dicho que no has solicitado escolta del palacio, que solo viajarás con tu guardia personal. No lo considero seguro.

—Con todos mis respetos, teniendo a Kim Shin, no necesito a nadie más.

El emperador lo mira, está a mi espalda, donde permanece inmóvil, y después sus ojos regresan a mí.

—Sé que tu espada imperial es uno de los mejores guerreros *otokis*, pero no deberías confiar tu vida a un solo guerrero.

—Kim Shin no es uno de los mejores, es el mejor —rebato con cuidado de no ofenderlo—. Aun así, me llevaré a mi guardia personal, doce soldados.

—Aunque en un principio no me resultaba agradable que te alejases justo cuando acabo de nombrarte mi heredero, finalmente creo que es conveniente que viajes ahora, mientras las aguas se calman —confiesa alzando las cejas, y sé que se refiere a la emperatriz—. Cuando regreses deberás elegir esposa, y no es necesario que te diga que la señorita Wells es mi predilecta —asegura mirando al general, que sonríe y asiente.

—Lo cierto es que no me había planteado el matrimonio aún, padre. La señorita Wells y yo somos amigos, nunca la he mirado de ese modo —advierto contrariándolos, a ambos—. Pero habrá tiempo de hablar de ello a mi regreso.

—Eres mi mayor orgullo, Altair, y no me agrada lo más mínimo que te pongas en riesgo con este viaje. Aun así, entiendo tu necesidad de reunirte con tu tío Jihoon Saeroyi. Ten cuidado, por favor, los caminos están siendo bastante inseguros, nosotros tuvimos un par de incidentes con *mujins* en nuestro regreso.

—¿Fuisteis atacados por *mujins*?

—Por varios grupos de ellos, aunque fueron exterminados con facilidad por los soldados. De todos modos, hay que ser cautelosos.

—Lo seremos, alteza imperial —concluyo, y vuelvo a inclinarme como despedida antes de volverme de camino a la salida.

—Altair —llama mi atención, y me giro de nuevo—. Nunca olvides que parecerte a tu madre no puede sino ser un motivo de orgullo —añade.

Sonrío, esas palabras me calan muy hondo, no sabe cuánto.

—Gracias, padre.

Abandono el despacho imperial. De regreso hacia mis dependencias veo a mi hermano, seguido de su espada imperial, Zaran Fajur, acercarse caminando en mi dirección. La discusión de anoche

fue lo suficientemente intensa como para que no me apetezca cruzarme con él; además, solo de pensar lo que podría haber hecho a Cassle si Kim Shin no me hubiese advertido de que la había citado tras los setos me revuelve el estómago. Solo deseo pasar de largo, pero no va a ponérmelo fácil.

—Buen viaje, hermano —dice deteniéndose a mi lado.

—Gracias —respondo observando que la *noona* Maylen viene en mi búsqueda.

También él puede verla, y se acerca para susurrarme sin que nadie más pueda oírlo:

—Al final parece que no soy el único degenerado de la familia, va a resultar que nos parecemos más de lo que creía, ¿no? ¿Quién podría creer que el príncipe Altair, el Príncipe de Hielo, retozaba con una criada en las solitarias noches de palacio? Disfruta de tu estancia con esos salvajes, nunca se sabe cuándo puedes despertar del sueño.

Lo miro, preguntándome en qué momento me porté mal con él para que me deteste de este modo, solo he tratado de ayudarlo una y otra vez. Pero quizá la *noona* Maylen tiene razón y las relaciones son como una cuerda sostenida entre dos manos: si una de las dos la suelta, todo habrá acabado. Niowar jamás estuvo dispuesto a sujetar la cuerda conmigo, principalmente por culpa de su madre, que nunca me vio como a un hermano de su hijo, sino como al hijo de una intrusa que había llegado al Palacio de Piedra para robarle su lugar.

—Llegará un momento en el que no podrás controlar el poder de la *yanga* y te arrastrará a la oscuridad. Pide ayuda al maestre Jinus y aléjate de ese veneno —le digo sin más, y continúo mi camino.

Alcanzo a la *noona* Maylen, quien me sigue en silencio hasta mi despacho en el Salón de los Escudos en el Ala Azul.

—Habla, por favor —le pido cuando estamos a solas. Kim Shin espera junto a la puerta.

—Sé que no debería molestaros con pequeñeces ni absurdidades, alteza…

—Suéltalo.

—Es esa chica, la criada que anoche la emperatriz… Ha servido muy bien al palacio y sé que ahora no tiene adónde ir… —dice frotándose las manos. A pesar de la gran cercanía que nos une, sabe de mi sentimiento adverso hacia los *mujins* y, para que se atreva a pedirme por uno de ellos, es que realmente le importa.

—Me la llevaré a Arrecife Azul para que sirva en el Palacio Blanco, así que estate tranquila —le digo, y su expresión de alivio es demasiado reveladora—. Sé que es importante para ti, que le has tomado cariño.

—Esa chica ha sufrido mucho por culpa de su defecto físico, y lo cierto que es sí, le he tomado cariño. Solo un poco —admite con una sonrisa.

—Pero aún no le digas nada, espera a que yo te avise.

La *noona* Maylen asiente sin preguntas.

—Me gustaría acompañaros a Arrecife Azul, pero sé que al emperador no le agradaría la idea. A la emperatriz en cambio sí, le encantaría que me marchase para siempre. No me soporta.

—¿Y podrías decirme alguien a quien soporte la emperatriz? —replico con una sonrisa ladeada.

—Ni que la soporte a ella tampoco —añade confidencialmente, riendo en voz baja—. Ni su propio hijo creo que lo haga. Por cierto, ¿qué os ha dicho el príncipe Niowar? —me pregunta, pero no deseo preocuparla innecesariamente.

—Me ha dado las gracias por ayudarlo…

La *noona* Maylen alza una ceja incrédula.

—Nunca habéis sabido mentir, desde pequeño, encogéis la nariz —me suelta. Trato de ver mi nariz; si es cierto, lo hago inconscientemente—. Será mejor que me marche, tengo muchas cosas que hacer.

—Como cuidar del maestre Rowan Jinus —suelto en voz baja, pero puede oírme y gira el rostro.

Me dedica una sonrisa cómplice y continúa su camino.

33

Cass



La luz del sol que se cuela por la ventana ilumina el rostro de Rosy, duerme profundamente, a pesar de que el día está bastante avanzado. Respira despacio y parece en paz, me temo que toda esa paz desaparecerá en cuanto despierte.

Marcharme con Valen y dejarla a su suerte, en la calle, sin un hogar al que regresar y abocada a... una desgracia.

O partir con ella hacia Bahki y continuar sirviendo al príncipe Altair Ryner, para siempre. Para siempre.

¿Cómo puedo tomar esa decisión? Elegir entre la vida de mi amiga o la mía.

Valen me ha gritado que me ama.

Y mi corazón no se ha acelerado del modo en el que solía hacerlo cuando nos encontrábamos en el granero, cuando entre caricias furtivas y besos atropellados compartíamos nuestras primeras experiencias amorosas. Al contrario, cuando me ha besado, me he sentido lejos, muy lejos de la joven que fui, de la joven que ansiaba verlo llegar a casa con la más peregrina de las excusas solo para pasar un rato cerca de mí.

Altair.

«Él tiene la culpa de que me sienta así, desconcertada e inquieta

—refunfuño para mí como una niña pequeña—. Su boca dice unas cosas y su actitud otra muy distinta: dice que le pertenezco y después que puedo marcharme. Que "no podría soportarlo", si me fuese. ¿Por qué?»

Pero sus palabras no son lo único que me desconcierta. Sus besos. Oh, por los dioses del Monte Celeste..., sus besos han acudido una y otra vez a mi cabeza. Sus besos me estremecieron, me hicieron vibrar, me removieron por dentro y despertaron unas sensaciones desconocidas en mí. Mis mejillas se llenan de rubor con solo pensar en ellos.

«No vuelvas a ponerte en riesgo...» Sus palabras regresan a mi cabeza, como pequeñas hojas que caen de los árboles mecidos por el viento.

No deseo alejarme de él.

No quiero hacerlo. Y eso me convierte en una maldita estúpida que va a perder la oportunidad de regresar junto a su familia.

Rosy respira muy hondo y se estira en la cama; abren los ojos despacio, me mira y fuerza una sonrisa. Me siento en la cama, en la que estaba acostada.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa triste y también se sienta, frente a mí—. Has sido una buena amiga, Cass.

—No te atrevas a despedirte de mí.

—Aunque no quiera hacerlo, no me queda otra.

—¿Te vendrías a vivir conmigo a mi aldea? El príncipe Altair podría permitirme marcharme contigo y, aunque tendríamos que dormir juntas y el trabajo es bastante duro, al menos... —Se me acaba de ocurrir esta opción, pero ella niega con la cabeza.

—No quiero vivir así —dice señalando su rostro—. Lo único que me ha mantenido viva todos estos años ha sido la esperanza de reunir suficientes *hwanes* para viajar hasta Tacoronte y que esa curandera me curase. Jamás podría reunirlos trabajando en una granja, ni en ningún otro lugar —expone con tristeza.

—¿Y entonces? ¿Te rendirás sin más? —pregunto levantándome y sentándome a su lado.

—Los *mujins* no somos mejores que los elfos, Cass. Que nadie te haga creer lo contrario. Lo que el príncipe Niowar me hizo anoche... no es nada comparado con lo que he sufrido a manos de mi padre y sus amigos. Mis semejantes me han apedreado, escupido y humillado,

tratándome como a un engendro tantas veces que no puedo contarlas. No es que me rinda, es que sé cuál será mi destino al atravesar las puertas de la ciudadela, y solo puedo pedir a las diosas que se apiaden de mi alma. —Su resignación me parte el corazón. No soporto verla así, sus ojos carecen del brillo que suelen tener, también su expresión, su rostro pequeño y ovalado.

—Y si pudieses servir a otro noble elfo, ¿lo harías? —Rosy arruga el entrecejo, cargada de dudas—. El príncipe Altair parte hoy hacia Bahki y podría hablar con la *noona* Maylen para que nos permita acompañarlo y que una vez allí te recomiende como criada para trabajar en el Palacio Blanco, en Arrecife Azul.

—¿De verdad crees que haría eso por mí? —pregunta ilusionada. Asiento y ella se pone de pie—. Alguna vez he oído hablar a los soldados del Palacio Blanco y cuentan que es precioso, que todo Arrecife Azul lo es —asegura girando sobre sí misma—. ¿No sería maravilloso que pudiésemos verlo juntas? —plantea volviéndose hacia mí, sus ojos brillan de emoción de nuevo.

Asiento.

—Podremos, estoy segura.



Me dirijo hacia el Ala Azul, tengo que hablar con el príncipe Altair y comunicarle mi decisión. También hay algo que deseo pedirle. Me detengo ante la puerta del Salón de los Escudos, pero Kim Shin no está a un lado, lo cual significa que el príncipe no se halla en el interior. Lo busco en las distintas estancias, visito incluso el Salón de las Ofrendas y el baño, a cuya salida me encuentro con Tellen, al que no puedo mirar del mismo modo desde que sé que, por su culpa, han capturado a Valen y estuvieron a punto de hacerlo con mi hermano.

—Criada Cass, hay que tintar varias telas en el lavadero…

—Primero tengo que hablar con el príncipe Altair, está esperándome —le respondo. Es rara la ocasión en la que nos encontramos y no me encargue alguna de sus tareas.

—¿Esperándote? El príncipe está en las cuadras.

—Precisamente hacia ahí me dirigía —replico dando la vuelta sobre mí misma y encaminándome en la dirección contraria.

Las cuadras del Ala Azul están situadas al fondo del jardín de las *mangwas*, más allá del lago del Velador del Sol. Lo cierto es que sé dónde están porque Tellen me habló de ellas a mi llegada, aunque nunca las he visto.

Pero me urge hablar con Altair, así que me dirijo hacia allí con paso decidido. Se trata de un edificio de piedra con techo de madera a dos aguas, cubierto de tejas negras. Kim Shin se encuentra de pie en un extremo, así que doy por hecho que su protegido está dentro. A excepción de su intento de decapitarme el día que nos conocimos, el guerrero *otoki* siempre me ha tratado bien, pero ver lo magullado que está Valen y saber que ha sido él quien lo ha lastimado no me permite mirarlo como siempre, tampoco a él. Me detengo a su lado, me observa un instante mientras organizo las palabras en mi mente.

—Necesito hablar con el príncipe Altair.

—Está ocupado. ¿Es algo que puede esperar?

—Si pudiese esperar no habría venido hasta aquí —respondo seria.

Kim Shin me mira de reojo.

—No lo golpeé.

—¿A quién?

—A tu amigo. Los golpes que tiene se los hizo forcejeando conmigo mientras lo contenía —aclara, y no sé por qué pero lo creo.

—Bien fuerte debisteis de sujetarlo para que se lastimase así —observo, y Kim Shin enarca una ceja.

—Si hubiese querido lastimarlo no quedarían de él ni las cenizas —advierte, y sé que es cierto.

—El tema de la prepotencia os lo tendríais que hacer mirar vuestro protegido y vos, ¿eh? —replico molesta, y la espada imperial deja escapar una sonrisa con la que me hace saber que, a pesar de que soy una *mujin,* me tiene alguna estima.

Me adentro en las cuadras y el olor a paja me transporta a nuestro propio establo, diminuto en comparación con el impresionante edificio en el que hay al menos una veintena de cuadras individuales. Pero en ninguna de ellas está *Ferya*, nuestro percherón. Ni nuestras cabras, a las que teníamos que vigilar para que no se comiesen la ropa tendida. Suspiro, extraño mi hogar, a mi familia y la que era mi vida entonces, y sé que la decisión que he tomado va a alejarme aún más de ellos.

Altair está de pie ante una de las cuadras, sostiene la cabeza de uno de los caballos entre sus manos y mantiene unidas sus frentes, con los ojos cerrados. Camino despacio hasta donde está y acaba oyendo mis pasos, suelta al animal y gira el cuello para mirarme.

—Supongo que has tomado una decisión —dice observándome con cierto desconcierto.

Asiento y lo alcanzo con pasos lentos.

—Iré a Bahki. —Altair arruga el entrecejo, esperando que añada algo más, pero no lo hago.

—Vendrás a Bahki y... me servirás voluntariamente —duda, y asiento—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Claro que lo sé, significa que me quedaré aquí en lugar de regresar con mi familia. Pero si es vuestra condición para salvar a Rosy, lo haré. Además... tenéis que prometerme que Valen estará a salvo.

Un músculo se tensa en su mandíbula al oír su nombre.

—Esta noche, al anochecer, mis soldados liberarán a ese *mujin* —revela uniendo ambas manos a la espalda.

—¿Cómo sé que no me engañaréis?

—Tendrás que confiar en mí. ¿Eres capaz de hacerlo? —pregunta atravesándome con su mirada plateada. Vuelvo a asentir, lo hago, quizá demasiado—. Nunca mencionaste que estabas prometida.

—Y no lo estoy.

—Entonces, ese *mujin* miente. No es tu pareja. —Aparto la mirada—. ¿Qué pasa? ¿Es que no lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Valen y yo hemos crecido juntos, hemos compartido alegrías, lágrimas y... también besos. Gracias a él, no morimos de hambre cuando mi padre desapareció, le debo tanto que, ni aunque viviese dos vidas podría pagárselo —digo.

Altair arruga el entrecejo. Está molesto por lo que acabo de confesarle, mucho.

—Ah, entonces, te entregaste a sus brazos por... ¿agradecimiento?

—No digáis eso, hacéis que parezca horrible y no lo es. Valen me quiere, creo que desde siempre. Y nos hemos besado, sí, pero, bueno..., ¿eso qué importa? ¿Es que acaso creíais que habíais sido el primero y estáis decepcionado? —sugiero, y él hace un mohín de incomodidad con los labios y da un paso al lado alejándose de mí.

—¿He dicho yo eso?

—Estoy segura de que lo creíais. Pues no, no habéis sido el primero. Ha habido varios… —Si eso le molesta, voy a hacer que le moleste mucho.

—¿Varios? —duda enarcando una ceja.

—Muchos. Me he besado muchas veces, cientos de veces con muchos chicos. —Primero respondo y después pienso, tampoco hacía falta exagerar tanto.

Altair carraspea, al parecer divertido con mi último comentario.

—Ah, no sabía que tuvieses tanta experiencia —espeta con cierto aire burlón.

—No suelo alardear de ello —respondo cuando en realidad quiero decirle que no es cierto, que sus besos no han sido los primeros, pero sí los más maravillosos, los más excitantes y deliciosos.

—Entonces, esos *cientos* de besos con esos *muchos* chicos… —comenta con tono juguetón, volviéndose, situándose frente a mí. No me cree y eso me está fastidiando—, me imagino que te habrán proporcionado una vasta experiencia, quizá incluso podrías enseñarme algo.

—Quizá —respondo molesta mirándolo a los ojos—. ¿Acaso creéis que no habría chicos dispuestos a besarme? Y vos, príncipe imperial, ¿os habéis besado con muchas jóvenes?

—Con *mujins*, no, desde luego. Has sido la primera. —Su sinceridad me descoloca. No quiero imaginarlo besando a nadie, ni *mujin* ni elfa, y su respuesta me hace saber que elfas sí las ha habido, muchas probablemente. Hay una que me inquieta especialmente.

—¿Y con la señorita Wells? —me atrevo a preguntar con una insolencia que sería digna de ser castigada.

Altair hace un mohín con el que no me responde, se hace el interesante. Me irrita saberlo, mucho más imaginarlo, ¿por qué? ¿por qué con esa elfa estirada?

Entonces siento que alguien tira de mi túnica por la espalda, moviéndome hacia atrás, me vuelvo y compruebo que se trata del caballo, que ha atrapado la tela con los dientes.

—Eh, parece que tu amo te tiene muy bien enseñado, para que le evites preguntas incómodas —le digo al animal. Le acaricio la cabeza, es muy suave, en la frente tiene una mancha blanca del tamaño de la palma de una mano.

Lo reconozco a la perfección, se trata del caballo que me

encontré en el río cuando era una niña. Acaricio su pecho y me fijo en la cicatriz de su pata, justo bajo la rodilla derecha. Claro que Altair es el elfo que conocí entonces, ese que me hizo huir antes de que el resto me encontrase…

—Se llama *Farat*.

—Es precioso —digo sin dejar de acariciar su cabeza. El animal la mueve satisfecho, es como si también él me reconociese. Por suerte, el príncipe Altair no lo ha hecho, es lógico, él no ha cambiado demasiado, pero yo solo era una niña.

—Rosy y tú viajaréis en un carro en el que transportaré mis pertenencias y varios regalos para mi familia en Arrecife Azul. El viaje durará cinco días y medio, en los que es muy importante que no te acerques a mí, que no me dirijas la palabra ante los soldados y mucho menos que me mires a los ojos, no es apropiado —advierte sin ocultar cierta preocupación en la voz—. Cualquier cosa que necesites debes pedirla a Kim Shin.

—Pues necesito una cosa antes de que nos marchemos. Necesito hablar con Valen —pido, y percibo cómo Altair aprieta los puños molesto—. Necesito matar su esperanza para que deje de ponerse en peligro para salvarme, porque, de lo contrario, él o mi hermano resultarán heridos y no puedo permitirlo.

—¿Y cómo harás eso?

—Sé cómo hacerlo.

—Está bien, Kim Shin te acompañará. Date prisa, partimos en cuanto la comitiva esté lista.



Me cambio de ropa y me coloco la túnica de trabajo, que es mucho más cómoda que la de doncella, hago un hatillo con la de repuesto y me guardo en el bolsillo la cinta con el poco dinero que me entregaron en mi primer salario. Solo un momento después, Kim Shin llama a mi puerta.

—Vamos —me advierte cuando la abro, y sé exactamente hacia dónde nos dirigimos.

Un nerviosismo terrible me aprieta el estómago justo antes de volver a enfrentar los ojos castaños de Valen. Está sentado en el suelo

de la celda, su ojo izquierdo está algo menos amoratado, pero aún se ve terriblemente contusionado. En cuanto me oye acercarme, se pone en pie y se aproxima a los barrotes.

—¿Podéis abrir? —le pregunto a Kim Shin, que hace un gesto de negación.

—Órdenes del príncipe Altair —me informa, y lo maldigo por lo bajo. También debe de haberle ordenado que no se aparte de mi lado, porque está justo tras mi espalda.

Valen toma mis manos en cuanto me acerco a los barrotes.

—¿Qué pasa, Cass? ¿Estás bien?

—Estoy bien, Valen. Muy bien, créeme. Siempre lo he estado, en ningún momento me han hecho el menor daño...

—Estábamos tan preocupados... Tu madre parecía que fuese a volverse loca, Eldan no es el mismo, Ange no es capaz de sonreír, Brychan no duerme..., y yo... yo no puedo casi respirar desde que te arrancaron de nuestro lado —dice mirando a Kim Shin con rabia, pero este parece haberse convertido en una estatua.

No hay un modo suave de decirlo, y sé que voy a hacerle daño, pero ni él ni mi hermano Eldan pueden volver a cometer una estupidez semejante.

—No voy a regresar, Valen. Por favor, no volváis a intentar rescatarme porque no estoy prisionera.

—¿Qué?

—Puedo marcharme del Palacio de Piedra en el momento que desee. Estáis equivocados, cuando llegué demostré mi inocencia, pero me permitieron quedarme a servirles como criada y lo he hecho. —Su expresión me dice que no me cree—. Es cierto.

—No. Estás mintiendo.

—Lamento que hayáis sufrido tanto por mí, he sido una egoísta por no avisaros, pero no encontré el modo de hacerlo —insisto tratando de convencerlo. Saco las monedas del bolsillo—. Mira, estoy ahorrando dinero. ¿Crees que me pagarían si fuese una esclava? —Valen arruga el ceño.

—¿Por qué querrías trabajar aquí? En la granja lo tienes todo...

—¿Todo? Una vida de miseria criando animales, trabajando en el huerto, deslomándome de sol a sol... ¿Eso lo es todo? ¿Crees que elegiría vivir una vida tan miserable si tuviese otra opción?

—Pero tú... tú y yo íbamos a ser felices juntos.

—¿En qué momento te dije que iba a ser así? Tú y yo lo hemos pasado muy bien juntos, pero ya te lo dije: no deseo ser la esposa de un granjero. —Valen suelta mis manos en los barrotes y me mira como si fuese un espectro del Reino de las Brumas—. Aquí tengo todo lo que necesito, he descubierto que ni siquiera necesito convertirme en *mudang* para ser feliz. Así que, por favor, olvidaos de mí —pido conteniendo la emoción que me atenaza la garganta.

Sus ojos reflejan horror, me mira como si no me conociese. Es una mirada que se clava muy hondo en mi pecho, porque jamás esperé recibirla de él.

—¿Qué te han hecho, Cass? No te reconozco. La Cassle de la que me enamoré valoraba a su familia por encima de todo.

—Esa Cassle ya no existe, Valen. Quizá nunca existió. Lo siento.

—No, Cass... —dice estirando los brazos para alcanzarme.

Kim Shin me agarra por el hombro, haciéndome retroceder; camino hacia atrás, mi espalda se pega a su pecho. Busco sus ojos, sorprendida por su gesto. Y siento cómo me atraviesa con la mirada, como si pudiese ver a través de mí.

—Eres... ¡eres... una *maegu*! —proclama Valen, desconcertado por mi cercanía con la espada imperial.

Me aparto de inmediato y trato de acercarme a los barrotes, pero Kim Shin vuelve a impedírmelo, sosteniéndome por el brazo.

—Dejadme.

—No es seguro —me dice en un susurro.

—¡Eres una *maegu*! —grita Valen exasperado. Sé que lo dice para hacerme daño, para aliviar su propio dolor, pero aun así no puedo evitar que esas palabras se hundan muy profundamente en mi pecho. *Maegu*, el nombre con el que denominan a las prostitutas *mujins* que venden su cuerpo a los elfos. Aparto la mirada—. Le diré a tu madre que has muerto. Porque estás muerta, ¡estás muerta! —continúa, fuera de sí, y Kim Shin se lleva una mano a la empuñadura de su espada. Sus ojos están llenos de rabia, no soporta cómo está tratándome. Poso una mano sobre la suya en la empuñadura y le suplico con un leve gesto que no haga nada. El guerrero *otoki* suelta la katana—. ¡Te has vendido, Cass!

Valen rompe a llorar, no dice nada más, y siento que acabo de cortar con mis palabras el hilo invisible que nos unía, para siempre. El que nos ha mantenido unidos durante tantos años. Pero he hecho lo

necesario para salvarlo, su bienestar y el de mi familia es mucho más importante que el peso que se ha instalado sobre mi corazón, presionándolo como una losa.

Cuando me vuelvo, caminando hacia la salida, no puedo contener más las lágrimas y ruedan por mis mejillas, encendiéndolas con su calor. Las limpio con las manos y trato de calmarme, pero cuando salimos al corredor, debo detenerme un instante y apoyarme en la pared a recuperar el aliento.

—Sé por qué lo has hecho —revela Kim Shin a mi espalda.

Me vuelvo y lo miro.

—Y, ¿creéis que hago lo correcto? ¿Que no estoy equivocándome? —le pregunto indagando en sus ojos rasgados.

—¿Me preguntas por esto o por lo que hay entre tú y el príncipe Altair? —Su franqueza me deja sin palabras.

—No lo sé, no sé lo que estoy haciendo —admito, no tiene sentido mentirle. Kim Shin parece verme tal y como soy, con mis inseguridades y mis sentimientos a flor de piel—. Por favor, que vuelva sano y salvo a casa.

—Tienes mi palabra.

34

Cassle



La despedida oficial en el Palacio de Piedra fue bastante pomposa, dos filas de soldados se situaron a cada lado y tocaron largas cornetas a la vez que la comitiva que conformábamos la guardia personal del príncipe a caballo y el carro de servicio en el que viajamos Rosy y yo, sentadas entre una multitud de enseres, la cruzábamos por el centro. Un gran número de personas se agolpaba para decirnos adiós. Entre los rombos conformados por los listones de madera de la pared trasera del carro pudimos ver al emperador asomarse al balcón, con la bruja de su esposa a un lado y el infame de su hijo Niowar al otro. Rosy apartó la mirada y yo sostuve una de sus manos entre las mías. Se acabó, ahora sí.

La despedida en las cocinas fue mucho más íntima, Marge y Eire lloraron a moco tendido mientras estrechaban a Rosy entre sus brazos y le rogaban que se cuidase mucho, que se esforzase por aprender las costumbres del que será su nuevo hogar, que fuese tan educada y obediente como siempre y que, a ser posible, les enviase noticias por medio de algún comerciante o emisario. Tampoco Rosy pudo contener las lágrimas, ni siquiera yo. E incluso la *noona* Maylen se asomó al pasillo para decir adiós con una sonrisa a la pequeña Rosy.

Fue una despedida sin ningún artificio, pero mucho más real y

sentida que la prestada a la comitiva del príncipe imperial entre cornetas y el aplauso de la multitud. Los habitantes de Mour, elfos y sus criados *mujins*, se inclinaban como señal de respeto ante la partida del príncipe heredero.

Rosy lo miraba todo con ilusión, como si esos honores fuesen por nosotras, unas simples criadas resguardadas en un carro, y yo disfrutaba con su gozo.

La marcha continúa hasta el anochecer, para que los caballos descansen. La escasa necesidad de los elfos por alimentarse nos hizo saber a Rosy y a mí que íbamos a pasar hambre durante el viaje. En cuanto el carro se detiene, varios soldados nos hacen bajar de él de malos modos. En él se hallan las mantas con las que se cubrirán para dormir alrededor del fuego.

Descubro que nos hemos detenido junto a una arboleda, a lo lejos suena el agua de un arroyo. Kim Shin me indica que debemos buscar leña para la fogata y después cortar algo de pan y queso. Los guardias del príncipe revisan el perímetro, Kim Shin lo organiza todo y Altair permanece de pie, junto a su caballo, con la mirada perdida.

¿En qué estará pensando?

Yo solo puedo pensar en las palabras de Valen en las que me decía que no me reconocía, en las que me llamaba *maegu* y me decía que le contaría a mi familia que he muerto porque sería menos doloroso para ellos.

—He oído que en Arrecife Azul el agua y el cielo se confunden en el horizonte porque tienen el mismo color, ¿crees que será cierto? —pregunta Rosy ilusionada, cargando varias ramas entre las manos que arrojamos a un montón.

—No lo sé, pero pronto lo descubriremos.

—Espero caerle bien a la *noona* del Palacio Blanco, si es que tienen una *noona*, sé muy poco del clan Saeroyi... Ay, qué nervios —dice agachándose y sacando las dos piedras de sílex que nos ha entregado la espada imperial para prender el fuego.

—Les caerás genial, estoy segura.

—Criada Cass, ve al arroyo a por agua para los soldados —me ordena Kim Shin, soltando a mis pies un par de cubos que debe de haber cogido del carro, con una formalidad que cada vez es menos frecuente entre nosotros, al menos cuando estamos a solas.

—Enseguida.

Tomo los cubos y me dirijo al arroyo. Aunque está oscuro, la luz de la luna Meren casi llena me permite ver con claridad y recorro el camino entre el matorral con paso firme siguiendo el sonido del agua. Reconozco de inmediato la alta silueta de quien se encuentra a la orilla envuelto en su capa de viaje, oscura como la mayoría de su ropa, de pie, con la vista fija en la luna plateada que nos ilumina a ambos, entre en el rumor del agua saltando entre las piedras y fluyendo. En cuanto me aproximo, sus ojos grises se dirigen hacia mí. Ahora entiendo la prisa de Kim Shin por que trajese agua, su protegido quiere verme.

No sé ni cómo me siento con respecto a él, si enfadada aún por la discusión que tuvimos en la Fiesta del Solsticio, si agradecida por no matar a Valen, si molesta por haberme *obligado* a acompañarlo o agradecida por salvar a Rosy, si asustada porque es él el elfo con el que he soñado durante años sin saberlo o si feliz porque sea precisamente él.

—Hay una vieja leyenda en Bahki que habla de Nyx, la diosa de la luna, el firmamento y las estrellas, que dice que es la mayor confidente de los amantes —asegura atravesándome con su mirada, que compite en brillo con Meren. Está a un par de pasos de mí. Me agacho junto a la orilla y lleno uno de los cubos en silencio. Altair camina despacio hasta donde me encuentro—. ¿Estás enfadada conmigo?

—Sí. No. No lo sé —respondo con sinceridad, llenando el otro antes de ponerme de pie y enfrentar sus ojos.

—¿Por qué?

—He dicho que no lo sé. Si no lo entiendo yo, ¿cómo voy a explicároslo? —repongo sintiendo una fuerte presión en el pecho y en las manos, que cierro como puños. Siento los mismos deseos de golpearlo que de besarlo, ¿es que estoy volviéndome loca?

—Pues mientras decides si lo estás o no..., ¿te gustaría que te hablase de Bahki? Aunque sea un condado élfico, es muy distinto del resto —asegura sin esconder la ilusión en su voz. Entonces mueve los dedos índice y corazón ante mí y traza en el aire unos signos, palabras y, de pronto, de entre sus dedos surge un pequeño pájaro hecho de luz dorada que nos ilumina con la tibieza de una antorcha.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando al pájaro, que revolotea a nuestro alrededor.

—Es un *bakum*, un hechizo sencillo que puede servir para muchas cosas. Puede tener cualquier forma, pero mi madre adoraba los pájaros y aprendí a hacerlos así por ella. Mucho mejor así —dice mirándome a la cara. Ahora podemos vernos con total claridad. Altair toma asiento en la mullida alfombra de vegetación suave y me indica que lo acompañe—. Ella fue quien me contó la mayoría de las leyendas *otokis*, me encantaba escucharlas antes de ir a dormir, era mi momento favorito del día —confiesa sin poder encubrir su tristeza al mencionarla. Toma un par de briznas de hierba y juega con ellas entre los dedos—. En Bahki adoran el mar como a un auténtico dios. De él obtienen la mayor parte de su sustento mediante la pesca y el buceo, también corales para unos adornos del cabello tradicionales llamados *etikis* y joyas: anillos, pendientes y botones. Con un tipo especial de algas tejen cestos y cuerdas... La suya es una vida en absoluta simbiosis con el mar. Por eso la mayoría de sus leyendas lo tienen como protagonista. —Dejo los cubos y me siento a su lado—. Mi favorita es la leyenda de Meliora, el origen de la tribu *otoki*. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—¿Quieres oírla? —pregunta con ilusión casi infantil, y no puedo negarme. Estoy muy cerca de él, aunque sin tocarlo, y sus facciones y su aspecto rudo se dulcifican bajo la luz dorada del pájaro que revolotea aquí y allá a nuestro alrededor. Él entiende mi silencio como una afirmación y continúa—: Cuentan que hace muchos años, antes de la Primera Era, las guerras sacudían Idunia, que estaba sumida en el caos y la destrucción. Mucho antes de que apareciesen los primeros *mujins*, ninfas, demonios y resto de las criaturas sobre la faz de la tierra, un príncipe elfo llamado Wylan Stormrider viajaba por el oeste, disfrazado de campesino, para investigar los clanes cercanos a los que conquistar con intención de extender el territorio de su padre. Wylan llegó a Los Gigantes, los enormes acantilados que custodian lo que hoy día es Arrecife Azul, y quedó maravillado por la belleza del lugar y decidió acampar allí al menos un par de días. A la mañana siguiente, desde el acantilado vio una figura femenina desnuda tumbada sobre una roca y creyó que se trataba de una náufraga y que debía de estar herida. Descendió la ladera con su caballo y logró acercarse a ella para comprobar si seguía viva. Y lo estaba. La joven, cubierta solo por su largo cabello negro, al oírlo llegar lo miró sorprendida. Wylan

descubrió que sus ojos estaban rasgados, jamás había visto unos así, y le pareció muy hermosa, más que ninguna otra joven que hubiese visto nunca. Pero en cuanto trató de acercarse se arrojó al mar y desapareció. El príncipe esperó a que emergiese de nuevo, pero no lo hizo, desapareció sin más. Wylan se sintió desconcertado, pero regresó a su campamento en la cima de los acantilados, donde oteó el horizonte esperando ver el cadáver de la joven, que probablemente se había ahogado. Pero no fue así. Sin embargo, a la mañana siguiente, volvió a ver a la joven sobre la misma roca y decidió acercarse con mucho más cuidado. Le llevó varios peces que él mismo había capturado como ofrenda y logró que se acercase a él con curiosidad. Fue entonces, al tenerla mucho más cerca, cuando el príncipe Wylan se dio cuenta de que en realidad era una ninfa —relata con parsimonia, poco a poco ha tejido un corazón con las briznas de hierba que tenía en los dedos—. Wylan le entregó su corazón y la ninfa, llamada Meliora, vio la pureza de su amor y lo aceptó como compañero. Wylan sabía que su padre jamás aceptaría que se uniese a ella, así que decidió no regresar y se estableció en Arrecife Azul, donde Meliora tenía lo suficientemente cerca el mar que necesitaba para sobrevivir y donde podrían criar juntos a los hijos que tuvieron, quienes tendrían los ojos rasgados como su madre. Y así fue como nacieron los *otokis*, la tribu originaria de Bahki, y de la que mi familia es el clan principal: los Saeroyi —explica entregándome el pequeño corazón que ha tejido con las briznas de hierba. Es muy bonito, así que lo tomo entre los dedos y lo guardo con disimulo en el bolsillo.

—Es una historia preciosa —admito sobrecogida. Un amor prohibido que triunfó a pesar de las dificultades.

—Cassle... —oír cómo me llama por mi nombre real, por primera vez, hace que me lata muy deprisa el corazón. Estoy demasiado cerca de él, demasiado—. En Bahki no tienes que bajar la mirada ante los elfos, ni siquiera ante la familia del líder del clan.

—¿Por qué?

—Porque allí, elfos y *mujins* conviven en paz. Siempre lo han hecho, los *otokis* jamás sometieron a los *mujins*, porque no se alzaron contra ellos.

—¿Cuándo se han alzado los *mujins* contra los elfos?

—¿Cuándo? ¿Es que no has oído hablar de la Gran Guerra de Unificación?

—¿Os referís a la guerra en la que los elfos nos pisotearon y arrasaron con todos los hombres sin piedad, dejando a las aldeas destruidas con solo mujeres y niños? —replico enfadada. Mi padre nos habló de la Gran Guerra de Unificación, de cuando todos los clanes élficos se unieron para exterminarnos como a ratas.

—¿Eso es lo que os cuentan? ¿Que tratamos de exterminaros sin más? —pregunta paciente—. ¿Quieres saber cuál es la historia real? —No sé si quiero oírlo, porque estoy convencida de que no voy a creer una sola palabra de su justificación para un hecho que nos relegó a ser meros siervos con consideración casi animal, así que no respondo—. Antes de la Gran Guerra de Unificación, los clanes élficos vivían en tensión entre ellos, había continuas luchas por el poder, que fueron debilitándolos poco a poco. Entonces, los *mujins* trataron de aprovechar esa debilidad para vencerlos, atacando las ciudades vacías de guerreros, matando a las elfas y a sus hijos. En esa situación de caos y desesperación, el emperador logró unificarlos, venciendo a algunos clanes y convenciendo a otros de que no debían luchar entre ellos, sino unirse como uno solo contra el enemigo común. Por eso, cuando se unificaron, la represión fue tan dura, les devolvieron el golpe que ellos habían asestado.

—Vos lo habéis dicho, los elfos luchaban por poder, pero quizá los *mujins* lo hacían por necesidad, porque no aguantaban más el hambre y la desesperación en la que vivían —sugiero sin esconder mi malestar. Altair arruga el ceño—. ¿Por qué, si no, se enfrentarían a un enemigo que es mucho más poderoso? ¿Lo habéis pensado?

—Los *mujins* atacaron por sorpresa las ciudades élficas de Mour, Arenas Negras, Garachico y Los Silos y asesinaron a cuantos pudieron sin piedad.

—¿Cómo podéis saberlo? ¿Acaso estabais allí?

—Lo sé porque mi padre comandó el Ejército de Unificación, porque así está escrito en los tratados de historia.

—Ya, y el emperador y esos libros que solo cuentan su versión nunca mienten, ¿verdad? —repongo sofocada—. ¿Sabéis que los tributos que cobráis a las aldeas son excesivos y que nos es muy difícil sobrevivir por culpa de ellos? ¿Que hay familias que pasan hambre porque os lleváis prácticamente todo el trigo y los recursos? ¿Que nos esquilmáis, nos hacéis malvivir solo para tener lujos y propiedades, obsesionados con la belleza, con el poder, con una vida de lujos a

nuestra costa...?

—Es vuestro deber servirnos... ¿Cómo te atreves, *mujin*, a reclamarme por ello? —Ese *«mujin»* suena demasiado a «cucaracha». En cuanto las palabras abandonan sus labios, parece tomar conciencia del modo en el que me ha hablado y aparta la mirada un instante.

—Ah, lo lamento, alteza imperial, había olvidado que no tengo derecho a pensar, a opinar ni a protestar porque os pertenezco —digo poniéndome en pie, dispuesta a marcharme. Altair me agarra la muñeca, impidiendo que me aleje de él—. ¿Podéis liberarme? Debo llevar esos cubos de agua.

—Espera. Yo... no pretendía ofenderte —afirma. Siento la presión de sus dedos en mi muñeca, un cosquilleo eléctrico sobre la piel que me sube por el antebrazo hasta la garganta y después baja hasta el corazón. Lo miro y solo puedo fijarme en sus labios. No lo entiendo, estoy furiosa, entonces, ¿por qué me siento tan atraída hacia él?

—¿Qué queréis de mí? A veces parece que me detestéis por lo que soy y otras... otras impedís por todos los medios que me aleje de vos.

—No lo sé. Pero sí sé que no quiero que te marches... —El pájaro de energía se posa en mi hombro, moviendo sus alas despacio, provocando que la que me palpita en el brazo, en la muñeca, en el estómago, se dirija hasta ese punto, atravesándome por completo.

Altair tira de mí hacia él provocando que caiga en sus brazos y entonces no soy capaz de controlar mis actos y lo beso.

Lo beso a pesar de que no debería hacerlo. A pesar de que sé que es inapropiado, inadecuado, y que estoy traicionando a todos esos que murieron a manos de los de su especie. Me fundo con sus labios y el cosquilleo me estalla en el estómago al sentir el roce suave de su boca tibia, que se enciende a mi contacto. Me subo a horcajadas sobre sus muslos y Altair me agarra por las nalgas con fuerza y me aprieta contra sí.

Su boca arde al contacto con la mía, su lengua me invade y saboreo de sus labios un placer jodidamente maravilloso. Altair me muerde con suavidad en el mentón mientras sus manos se hacen con mis pechos por encima de la túnica, amasándolos, mientras me mezo sobre su entrepierna y me agarro a su nuca. Lo beso en el cuello y asciendo hasta la oreja. El pájaro de energía revolotea a nuestro alrededor, pero Altair chasquea los dedos y su luz se apaga. Tiro con

fuerza del engarce de su capa en el cuello, soltándola, y él agarra los bajos de mi túnica de doncella, quitándomela por la cabeza, dejándome en ropa interior, con la camisola y los pololos de algodón, sin que sus labios se aparten de los míos un solo instante.

Succiona mi labio inferior, su boca arde, me quema por dentro, y cuando tira de mi camisola, abriéndola, y se apodera de uno de mis pechos, siento que voy a prender también yo, de deseo. Le suelto los botones de la chaqueta de cuero, arrebatándosela, también su camisa, descubriendo su maravilloso torso desnudo, con la herida sobre el hombro izquierdo. Mis dedos se pierden por sus pectorales, por su vientre y su espectacular espalda. Le muerdo en la garganta, justo bajo la nuez, y se arrebata, me aprieta contra sí y me gira, posándome sobre la suave tela de su capa, sus manos buscan en mi cadera la cinturilla de los pololos y me los arranca con manos impacientes. Altair se aparta de mis labios un instante y me mira, como si estuviese preguntándose si debe continuar o no. Pero no voy a permitir que vuelva a detenerse. No hay marcha atrás. Vuelvo a buscar sus labios mientras meto las manos en su pantalón de piel, tratando de soltarlo, necesito apagar el deseo que me recorre todo el cuerpo y me quema entre las piernas.

Y entonces siento el peso de su cuerpo sobre el mío, la presión de su sexo poderoso, ardiente y desnudo sobre mi pubis.

—¿Es tu primera vez? —pregunta en un jadeo sobre mis labios, con sus ojos fijos en los míos.

Asiento, sin poder evitar que el rubor se extienda por mis mejillas, no tiene sentido mentirle. Entonces una de sus manos se dirige a mi sexo y lo acaricia; ahí está de nuevo, ese cosquilleo que no puedo explicar con palabras, esa inquietud maravillosa que precede a una oleada de placer que me invade y no puedo sino jadear y ansiarlo aún más. Me estremezco. Y entonces sustituye el dedo por su sexo y se hunde en mi carne despacio, sin dejar de mirarme a los ojos un solo instante, pendiente en todo momento de mi expresión. Pero en mí solo hay placer. Un placer inconmensurable al sentir cómo mi cuerpo se abre para él, se acomoda a su ardiente magnitud. Jadeo sobre su oreja a la vez que rodeo sus nalgas con las piernas, haciéndole saber que deseo mucho más del placer que está ofreciéndome.

—¿Te gusta? —pregunta arrebatado.

Digo que sí en silencio y en ese instante recuerdo algo que he

oído hablar entre susurros a las doncellas de palacio, el éxtasis que sienten los elfos cuando les acarician las orejas durante el sexo. Así que me inclino y paseo la lengua por la punta de una de ellas. Altair gime, dentro de mi cuerpo, acelerando el compás de sus movimientos. Continúo acariciándolo y estos ganan en energía y fuerza; se aparta y me mira, desbocado y sorprendido a partes iguales. Vuelve a besarme, a apretarse contra mí mientras elevo las caderas, buscando el culmen del placer que está brindándome.

Y lo logro, vaya si lo logro. Una explosión de placer me estalla entre las piernas, a la vez que él jadea y siento que mi cuerpo pesa menos que una pluma, que me elevo en el aire, llena de su energía, que me alza y me sostiene. Soy consciente entonces de que no es una sensación, es cierto, estamos flotando y lo está haciendo él, con su magia. Solo deseo continuar sintiendo lo que está regalándome. Lo aferro con fuerza dentro de mí con mis piernas alrededor de sus nalgas y siento cómo esa misma energía se derrama por completo en mi interior, llenándome, completándome, transformándome, mientras él jadea agotado.

Despacio, nuestros cuerpos vuelven a posarse sobre la tela de la capa y Altair cae sobre mí rendido, aunque controlando su peso con las manos y las rodillas para no aplastarme.

Me mira a los ojos. En los suyos hay desconcierto; en los míos solo puede haber paz. Se retira despacio de mi interior y se hace a un lado, con la respiración aún demasiado acelerada.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada.

Él asiente, pero permanece en silencio.

Se queda tumbado boca arriba con la mirada fija en el cielo estrellado y su cuerpo desnudo, perfecto, precioso, iluminado solo por la luz de la luna. No dice nada, lo cual hace que comience a sentirme incómoda. ¿Por qué tengo que sentirme así? Lo que acaba de suceder es algo hermoso, al menos para mí lo ha sido, jamás había sentido algo semejante en toda mi vida.

Pero Altair continúa en silencio, así que busco mi blusa en el suelo y me la pongo, al igual que los pololos. Vuelvo a mirarlo y él cierra los ojos. Así que me pongo deprisa la túnica.

¿Qué narices le pasa? Va a volverme loca. Toma entonces sus pantalones y se los pone, en silencio.

Tampoco dice nada cuando agarro los cubos de agua y me

marcho.

Vuelvo a sentirme una idiota. Como el día en que nos besamos en su dormitorio, como el día en que estuvimos a punto de hacer lo que acaba de suceder entre nosotros.

Soy una estúpida, una auténtica estúpida. ¿Cómo no he podido resistirme?, ¿cómo, al contrario, lo he alentado a seguir?

Las palabras de Valen acuden a mi mente: «Eres una *maegu*».

Una *maegu*.

Trato de apartarlas de mi cabeza.

No lo soy. Aunque acabe de entregarme a un elfo, él solo me ha ofrecido placer, uno tan intenso que aún me tiemblan las piernas mientras siento cómo parte de su esencia se escurre entre ellas, mojando la ropa interior.

Dejo los cubos en el suelo y me tapo el rostro con las manos.

«¿Qué has hecho, Cassle?

»¿Cómo se te ocurre entregarte así a un elfo? ¡Al príncipe heredero del imperio!

»¿Es que estás loca?»

Debo de estarlo, no hay otra explicación.

Inspiro hondo tratando de calmarme antes de continuar mi camino de regreso al campamento.

Cuando llego veo a Kim Shin de pie, junto a los caballos. No quiero enfrentar sus ojos, es como si pudiese leer en ellos lo que acaba de suceder, así que los evito y me dirijo hacia la fogata, dejando ambos cubos junto a esta.

Rosy remueve un guiso en una olla grande sobre las brasas. También ha preparado los cuencos de madera en los que serviremos a los soldados. Me mira y sonríe bajo el velo que oculta su rostro.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta.

—He metido los pies en el agua un rato porque me dolían —miento, y me siento mal al hacerlo.

Los soldados conversan entre ellos sin prestarnos atención, lo cual agradezco.

—Muy bien, dame un poco de agua, he gastado la de las alforjas, así que habrá que rellenarlas —me pide, y asiento poniéndome manos a la obra.

35

Altair



«Por los dioses, Altair, ¿qué acabas de hacer?...»

No me atrevo ni a pensarlo.

Acabo de...

No, no es posible.

Siento una fuerte opresión en el pecho y mi núcleo dorado me palpita en mitad del vientre.

Solo acabo de...

Joder.

Joder.

Me quedo inmóvil, vestido solo con los pantalones, mirando el cielo estrellado.

Cassle.

No tiene la menor idea de lo que acaba de suceder.

Ha sido el mejor sexo que he tenido en mis cuatrocientos años de existencia y, a la vez, he...

Joder.

—¿Estáis bien, alteza imperial? —pregunta Kim Shin acercándose con pasos lentos.

Me siento, tomo la blusa del suelo y me la pongo. Solo entonces lo miro. Mi *orabeoni* arruga el ceño y camina hacia mí. Se detiene a mi lado cuando ya me abotono la chaqueta.

—Sí, estoy bien —respondo poniéndome una de las botas.

—Sabía que me habíais pedido hablar con ella a solas, pero no imaginé que llegaríais tan lejos. —Sus palabras suenan a reproche, así

que lo miro sorprendido. Es algo a lo que no estoy acostumbrado. Sé que lo que ha sucedido entre Cassle y yo ha sido inapropiado, pero no por qué le importaría a mi espada imperial.

—¿Qué sucede, Kim Shin?

—¿Sabéis cómo la llamó ese joven *mujin*? La llamó *maegu*. ¿Tenéis idea de lo que significa? —plantea mirándome cargado de reprobación.

—No.

—Prostituta de los elfos.

Al oír eso, aprieto los puños con rabia, de haberlo sabido lo habría atravesado con mi espada, o lo habría hecho estallar con magia. Maldito desgraciado.

—¿Y le permitiste marchar con vida? ¿Por qué no me dijiste eso antes? —replico sin poder controlar la ira.

—Porque ella deseaba que lo dejase marchar y no lo habríais permitido.

—Claro que no lo habría permitido, lo habría destripado con mis propias manos.

—Y entonces ella jamás os habría perdonado —repone Kim Shin, haciéndome reaccionar—. Y ahora, ¿cómo creéis que debe de sentirse?

—¿Y cómo me siento yo? ¿Crees que lo he hecho aposta? ¿Cuándo me he comportado de modo tan irracional? Ni yo mismo me reconozco. Joder, Kim Shin, ¡acabo de compartir mi yang! —revelo, y mi *orabeoni* abre mucho los ojos, mirándome como si fuese la primera vez que me ve, y hace un gesto llevándose el dedo índice a los labios para que guarde silencio, preocupado por que alguien pueda oírnos—. Acabo de hacerlo, no ha habido un solo resquicio de conciencia en mí que me impidiese evitarlo y ha sucedido. No sé quién es Cassle Redgrim, si es en realidad la joven campesina que dice ser, o si alguien la ha enviado para destrozarme, no lo sé. Solo sé que ahora lleva en su interior parte de mi energía primigenia y no tengo ni idea de lo que puede suceder. Y lo que más me preocupa no es que alguien llegue a saberlo y decida intentar revocar mi nombramiento como heredero del imperio por un acto tan reprobable, sino que mi energía vital pueda dañarla de algún modo. Ningún *mujin* está preparado para contener la energía de un elfo.

Kim Shin aparta la mirada.

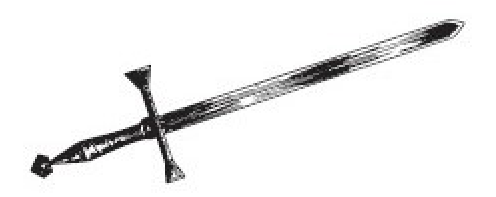
—En algo tenéis razón, no os reconozco —sentencia alejándose

con pasos veloces.

Tiene toda la razón, me he comportado como un auténtico descerebrado. Si mi energía la daña de algún modo, no podré soportarlo, sencillamente no podré. Ella… parecía estar bien, parecía no haber percibido nada extraño, no ha dado muestras de sentirse lastimada, sino todo lo contrario. En sus ojos hallé un placer idéntico al mío, ni un solo gesto de dolor o incomodidad. Pero ¿cómo saber si el daño podría ser inmediato o, al contrario, puede ir lastimándola poco a poco? Es imposible saberlo.

36

Altair



He tratado de acercarme a ella en los siguientes días de camino, para preguntarle cómo se siente, si padece algún dolor, algún malestar, si me odia, si me detesta tanto como me dicen sus ojos cuando nuestras miradas se cruzan. Pero no me lo ha permitido. Se ha pasado la mayor parte del tiempo dentro del carro con la otra criada. No saberlo va a volverme loco y ella no ha dejado de evitarme. Cada vez que hemos acampado permanece todo el tiempo junto a la otra chica, no se queda a solas en ningún momento y no puedo dirigirme a ella delante de mis soldados.

Me gustaría decirle que... lamento haber actuado de un modo tan irresponsable. Pedirle perdón, aunque no pueda ni deba hablarle de mi yang ni de lo que significa lo que ha pasado, decirle que ha sido algo hermoso y... Y no sé, porque ni siquiera yo mismo sé lo que deseo, aunque sí tengo claro que la quiero a mi lado.

Kim Shin también está serio y taciturno, mucho más silencioso que de costumbre. Soy consciente de que he cometido un error, uno grave. Pero, a la vez, ¿cómo puede ser un error algo tan puro y natural como lo que he sentido? Nunca, jamás, con ninguna compañera de lecho había experimentado una sensación tan hermosa. Durante un instante, todo el dolor desapareció, mi herida maldita dejó de dolerme, por un instante, fuimos una sola energía, vibrando para el universo bajo la luz de la luna Meren.

¿Cómo puede ser algo sucio?

¿Solo porque ella es una *mujin* y yo un elfo?

Me debato entre lo que siente mi cabeza y mi corazón.

Y no puedo dejar de culparme por haberle hecho daño aun sin pretenderlo.



Arribamos a Arrecife Azul a última hora de la mañana del quinto día. El fondo gris de los acantilados de Los Gigantes realza las plantas superiores de las elegantes construcciones en piedra blanca marina de la ciudad. Los altos torreones de estructura cuadrada y diseño típico *otoki*, de paredes blancas con esquinas azules y techados negros ligeramente alzados en los extremos, resaltan contra el fondo gris.

Las altas puertas de madera que dan acceso al interior de la muralla de Arrecife Azul, la misma que se hunde en el mar a ambos extremos en un semicírculo casi perfecto, se abren para nosotros. El pueblo *otoki* y los *mujins* que en él conviven nos saludan inclinándose a nuestro paso.

El aire se llena del olor a mar. Huele como… Cassle.

¿Cómo puede una *mujin* oler a mar?

Y sin embargo lo hace, vaya si lo hace.

Es un aroma tan embriagador y delicioso…

Cuando nos acercamos al Palacio Blanco, los guerreros *otokis*, ataviados con el kimono azul y gris, crean un pasillo para nosotros, portando sus katanas enfundadas al frente entre las dos manos, sosteniéndolas en alto e inclinándose a nuestro paso como recibimiento. Hay al menos un centenar y sé que solo se trata de los oficiales, la fuerza *otoki* dispone de cuatro mil guerreros que cuentan como cuarenta mil soldados ordinarios, sin lugar a dudas es uno de los ejércitos más poderosos de todo Idunia.

Miro a Kim Shin, mi amigo sonríe, estamos en casa de nuevo, al fin.

Cuando nos detenemos ante la alta escalinata que da acceso al Palacio Blanco, llamado así por el color de la piedra con la que está construido, bajo de *Farat* de un salto y me detengo al inicio de los escalones al comprobar que vienen a recibirme.

Las lágrimas acuden a mis ojos al ver a mi tío Jihoon, con el largo cabello recogido en una coleta alta cubierta por un adorno de

coral, al estilo *otoki*, con el emblema de la familia Saeroyi, dos lanzas sobre un pez, grabado en el centro de su kimono azul. A su izquierda, un elfo joven, en el que apenas reconozco al niño que fue, mi primo Yun, y a su derecha su esposa, Narae, y tras ellos, su protector, el general Daiyue Shin, padre de Kim Shin.

Mis soldados, mi espada imperial y yo nos inclinamos ante la familia del líder del clan, pero en cuanto mi tío Jihoon me alcanza me abraza con energía, haciéndome sentir todo su cariño.

—Bendiciones del Océano, Altair. Bienvenido a casa, sobrino —me saluda, y no puedo sino sonreír mientras me golpea en la espalda con la palma de su mano con energía, en un gesto tan suyo que me trae de vuelta mil recuerdos de la infancia en un instante. Memorias de cuando corría por esos pasillos y me escondía en el inmenso jardín de las *mangwas* cuando el maestre Seojon quería impartirme sus lecciones sobre magia *seumo*, de cuando mi madre me llamaba para ir a la cama con una canción de cuna que me encantaba oír en su voz tan dulce y cálida, o cuando comía a escondidas más raciones de las debidas de pan dorado, un dulce típico de Arrecife Azul fabricado con unas algas de las profundidades de la barrera de coral que le concede ese característico color.

—Gracias, tío. Estoy feliz de estar de vuelta.

Saludo a mi primo, que se ha convertido en casi un adulto. Pocos rasgos reconozco del pequeñajo que seguía cada uno de mis pasos por el Palacio Blanco en él, mientras mi tío fija la vista en mi comitiva y percibo que se queda mirando a alguien. Me giro y descubro que sus ojos se han posado en Cassle, que ha bajado del carro junto a Rosy, y ambas permanecen de pie a su lado con la vista posada en los pies. Mi tío la observa un instante en silencio y después sus ojos vuelven a mí, pero no dice nada.

—Debéis de estar cansados por el viaje, ¿por qué no os ponéis cómodos? He preparado para ti la habitación de mi hermana, príncipe heredero —dice con una sonrisa, haciéndome saber que las noticias vuelan más rápido que el viento.

Asiento y comenzamos a ascender la escalinata. Kim Shin da indicaciones a mis soldados para que se instalen en las dependencias del servicio de la guardia del Palacio Blanco, desde donde los organizará. Sabe que en ningún rincón de todo el continente podría encontrarme más a salvo que en Arrecife Azul, donde la devoción

hacia mí es solo comparable con la que sienten hacia el resto de la familia del líder del clan.

Mientras me instalo en las que fueron las dependencias de mi madre, no puedo evitar sentir una profunda nostalgia por los años que pasamos juntos en ellas. Todo tiene su esencia y su recuerdo: el futón rojo, la lámpara redonda de caracolas que cuelga del techo, incluso el horizonte que puedo ver con la gran roca de la ninfa Meliora en mitad del mar despejado y los altos acantilados de Los Gigantes: al fin estoy en casa.

En Arrecife Azul el clima es cálido y solo la brisa del mar agita las cortinas de la terraza que comunica directamente con el mar. Me encantaría meterme en él y nadar hasta la roca, como cuando era niño, pero será mejor que lo posponga para cuando haya terminado de saludar a los nobles que residen en el Palacio Blanco.

Uno de los criados ha llenado la bañera de metal de la terraza, caliento el agua con mi magia y me introduzco dentro mientras pienso en el lugar en que deben de haber instalado a Cassle y a la otra joven, puede que con sus sirvientes. No me he atrevido a preguntarlo porque no resultaría apropiado que me preocupara personalmente por mis criadas. Espero que esté bien, que esté cómoda y que no la hayan situado demasiado lejos de mis dependencias.

Alguien llama a la puerta.

—¿Alteza imperial? —pregunta una voz familiar, que provoca que me envare. ¿Cassle? Salgo del agua veloz y me envuelvo en uno de los kimonos del armario.

—Adelante —digo, y la veo entrar en la terraza, cargando con paños de baño de algodón en sus manos.

—Nos hemos puesto al servicio de la *noona* del Palacio Blanco y me ha enviado para traeros esto —anuncia permaneciendo de pie, junto a la puerta, evitando en todo momento mis ojos.

—Aquí no se las llama *noonas*, sino *utaris* —la corrijo de modo inconsciente, y me reprendo por ello, no pretendo molestarla. Cassle me mira y aprieta los labios, deja los paños sobre la estantería vacía que hay en el lateral y vuelve a situarse junto a la puerta, con la vista fija en el horizonte. A un par de pasos de mí, pero a la vez demasiado lejos.

—Pues la *utari* Seoho me ha pedido que os pregunte si necesitáis algo más —comenta bajando la mirada.

—No necesito nada, deberías descansar —digo dando un paso hacia ella, que retrocede la misma distancia—. ¿Te encuentras bien? —pregunto. No he podido hacerlo hasta ahora porque no hemos vuelto a estar a solas.

Ella me mira un instante como si mi preocupación la sorprendiera.

—¿Por qué no habría de estarlo? —responde sin contener su dulce insolencia—. Si no necesitáis nada...

Sé que está deseando marcharse, huir de mí, pero necesito hablar con ella y no sé cuándo volveré a tener la oportunidad si la dejo ir.

—Creo que debemos hablar de lo que sucedió junto al arroyo. ¿No te parece?

—¿Qué sucedió? ¿Sucedió algo? —replica con ironía, sin que su expresión refleje el menor malestar. No quiero discutir, solo deseo saber que mi energía primigenia no está dañándola y no sé cómo preguntárselo sin revelarle lo que en realidad ocurrió en ese momento.

—Sé que puedo parecer un maldito insensible, e incluso comportarme como tal en ocasiones, pero necesito saber que te encuentras bien, que no te duele nada, que no sientes nada extraño.

—Lo cierto es que sí que siento algo extraño —confiesa provocándome una punzada honda en el corazón—. Siento que he sido una auténtica imbécil y que debo madurar para que no vuelva a suceder porque, aunque solo sea una *mujin* y vuestra alteza imperial un príncipe elfo, también tengo sentimientos.

—Cassle... —Doy un paso más hacia ella, que vuelve a retirarse.

—Sé que hice lo que hice..., lo que hicimos, porque lo deseaba, pero quiero que sepáis que no voy a ser vuestra prostituta, ni vuestra amante, ni nada parecido —asegura atravesándome con sus ojos de turquesa, valiente, decidida, provocando que mi corazón se arrebate. Le borraría la mueca de disgusto de los labios con un beso.

—Si alguien se atreve a volver a llamarte *maegu*, serán las últimas palabras que pronuncie, lo juro por el espíritu de mi madre —advierto muy serio. No me importa de quién se trate, no voy a permitir que nadie le falte al respeto. Cassle respira hondo y arruga la frente en un mohín de disgusto al descubrir que sé que su enamorado *mujin* la llamó así—. ¿Es que te arrepientes de lo que hicimos?

—¿Vos me lo preguntáis? —duda con expresión de desconcierto —. Lo que sucedió fue... fue hermoso, al menos para mí, pero al ver

vuestra expresión fui consciente de cuánto lamentabais haber sucumbido a un deseo tan bajo y ruin como acostaros con una sucia *mujin*...

—No fue así.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo fue? Porque pasé de sentirme flotando en el cielo a sentirme como un pedazo de estiércol que vuestra alteza imperial pisó por error.

—Te equivocas y la culpa es mía. Quiero disculparme por mi reacción, pero... —«Pero te he entregado mi yang, mi esencia más pura y primigenia, y me aterrorizaba la idea de que te destruyese por dentro...» Ojalá pudiese decírselo.

—¿Pero?

—Pero no es tan sencillo. Que tú y yo nos acostásemos fue inadecuado por tantos motivos que si me pusiese a enumerarlos nos amanecería un nuevo día —admito. Ella aprieta los puños—. Y a la vez fue lo más maravilloso que me ha sucedido nunca. —Sus ojos me alcanzan al decir eso; parece desconcertada, mucho. Doy un paso más hacia ella, que en esta ocasión no se mueve, otro más, y otro más, hasta que está lo suficientemente cerca como para que pueda tomar su mano con cuidado. No la rechaza y entrelazo mis dedos con los suyos —. Me asusté, porque me asusta lo que siento, porque sé que no debo sentirme así. Me aterroricé y no supe reaccionar, esa es la verdad —confieso, y vuelve a mirarme a los ojos, no encuentro un solo rastro de rabia en ellos esta vez—. ¿Puedes confiar en mí?

—Quiero confiar en vos, pero algo me dice que no sois totalmente sincero conmigo y tengo miedo de lo que estáis ocultándome —dice de improviso, sorprendiéndome.

—No quiero ocultarte nada..., pero hay cosas de las que no puedo hablarte, no aún. ¿Puedes concederme el tiempo necesario para estar preparado para hablarte de ellas? —pregunto tomando su otra mano, entrelazando también nuestros dedos—. Y de nuevo te pido perdón por mi reacción..., fue un momento especial y lo arruiné.

—Sí que lo arruinasteis —admite con una sonrisa tibia, y siento que acabo de lograr una victoria mayor que la Gran Guerra de Unificación. Tiro de ella hacia mí, la abrazo, estrechándola contra mi pecho, y beso su cabello dorado.

—Te compensaré, lo prometo —digo con mis labios sobre su pelo. La siento tan menuda y frágil entre mis brazos, y a la vez es tan

fuerte y valiente…

«¿Qué has hecho, Altair? Te has enamorado de ella.

»Te has enamorado de una *mujin*, y ni siquiera de una *mujin* cualquiera…» De una marcada con la señal de la Sangre Sagrada, de una diosa antigua asociada a la destrucción, y eso es algo que no puede ser bueno. Porque ahora eres el príncipe heredero y hay un matrimonio a punto de concertarse a tu regreso. Porque la marca de su cuello puede significar que es un vórtice de destrucción de nuestro mundo. Por tantas y tantas razones no deberías amarla y, sin embargo…, lo haces.

Pensar en que la había dañado, en que mi energía podría causarle algún mal, no me ha permitido comer, respirar, pensar, los últimos cuatro días con sus cuatro largas noches. Y ahora que la tengo entre mis brazos siento paz, una paz auténtica, verdadera e inigualable.

37

Cassle



«¿Puedes confiar en mí?», me ha preguntado mirándome a los ojos, y toda la fortaleza que sentía, todo el rencor que había acumulado durante todos estos días de viaje se ha esfumado. Porque... es algo que no puedo controlar. Creo en él, confío en él, creo que desde la primera vez que me crucé con su mirada gris en aquel bosque cuando era una niña.

Y se ha disculpado, una y otra vez, por su reacción esa noche, ha confesado que se asustó por lo que había sentido. ¿Cómo puedo culparlo por ello si yo misma aún me estremezco al recordarlo? Si hay algo en mi pecho, en mi vientre..., un cosquilleo, una sensación eléctrica que no se ha calmado desde entonces.

¿Qué siento por él?

Llevo preguntándomelo desde esa noche.

Y sigo sin tener respuesta para esa pregunta. Solo sé que... deseo su compañía, me gusta verme reflejada en sus ojos, que me sostenga entre sus manos y me bese, porque cuando lo hace... no me importa nada más que sus labios y su cuerpo tibio junto al mío.

Estoy tan confundida... Sé que no debo sentir lo que siento, y que, aunque el príncipe Altair me correspondiese, nunca podríamos estar juntos. Pero ¿cómo puedo controlar mis sentimientos?

Y sé que, cuando regrese al Palacio de Piedra, lo estará esperando un matrimonio como príncipe heredero, y que, en ese momento, esto que tenemos y a lo que no sé poner nombre terminará. Porque lo que le he dicho es cierto, no voy a ser su amante, me niego a verlo amar a otra. Y sé que es un príncipe elfo, cuya vida es muy extensa en comparación con la mía, que su posición nada tiene que ver conmigo, lo sé todo, pero no puedo evitar sentirme como me siento.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Rosy cuando me meto en la cama, que es un futón acolchado, pegado al suyo, sobre una tarima de madera en una habitación pequeña, pero en la que tenemos nuestro propio tocador con un espejo. Está sentada, con la espalda apoyada en la pared de madera, pelando una naranja con los dedos cuyos pedazos de piel va situando a su lado en el suelo, poco a poco. Toma uno de los gajos y me lo entrega.

—Nada, ¿por qué piensas que me pasa algo? —respondo antes de metérmelo en la boca.

—Porque llevas mirando la pared desde hace un rato: o hay algo que te preocupa, o estás pensando en dedicarte a la carpintería... ¿Es que aún no confías en mí? Es triste, cuando yo confío tanto en ti —contesta metiéndose otro gajo en la boca y masticándolo. El olor a mandarina nos envuelve como un perfume esparcido con vaporizador—. Te voy a ayudar a empezar... Sé que entre el príncipe Altair y tú hay algo —La miro de inmediato, ella me mete otro gajo de mandarina en la boca—. ¿Qué? No soy ciega. Antes te habría dicho que tuvieses mucho cuidado, pero ahora pienso que la vida es muy corta para tener miedo —expone masticando la fruta—. He pasado todo mi tiempo en el Palacio de Piedra fantaseando con cuando llegase a ser normal y, en un momento, estuve a punto de acabar en la calle arrojada a una muerte segura, de no ser por ti y por la generosidad del príncipe Altair. Ahora solo pido a los dioses del Monte Celeste que la *noona* del Palacio Blanco me acepte como sirvienta. Sigo deseando ser normal, algún día, pero mientras tanto daré lo mejor de mí para salir adelante en este nuevo hogar.

—Ojalá yo tuviese el dinero suficiente para que no tuvieses que quedarte aquí y pudieses curarte de una vez por todas.

—Sé que me lo entregarías, si lo tuvieses. Has hecho mucho más por mí en el poco tiempo que hace que nos conocemos de lo que ha hecho nadie, incluida mi familia, desde que nací. Y mereces ser feliz,

Cass, aunque sea a pequeños destellos. Y si eres feliz retozando con el príncipe Altair, disfrútalo, no tengas complejos por ello —me anima, haciéndome enrojecer—. A ver si pensabas que creía que jugabais al Go cuando estáis solos. Además, esto no se lo he contado a nadie, pero yo no soy virgen.

—¿Qué?

—Perdí la virginidad con uno de los criados al poco tiempo de llegar al Palacio de Piedra, él se llamaba Rauk, Rauk Gilberton, y nunca le importó mi aspecto.

—Cuéntamelo.

—Vaaale, pues... nos hicimos inseparables casi desde que llegué, imagino que porque los dos compartíamos el dolor de haber nacido en una familia que nos repudió, en mi caso por mi aspecto y en el suyo porque era el hijo ilegítimo del *lard* de su aldea. No es que estuviésemos enamorados ni nada de eso, éramos demasiado pobres para soñar con estar juntos, pero una noche vino a visitarme a mi dormitorio a escondidas para hablar porque no podía dormir y, bueno..., pasó lo que pasó y fue agradable sentir que alguien me deseaba. Esa vez y las siguientes —sugiere con picardía.

—¿Y qué fue de él?

—La emperatriz lo expulsó del palacio.

—¿Por qué?

—Porque un día mientras él trabajaba en las cuadras pasó por su lado y no la vio. No le hizo reverencia y ella se sintió ofendida. —Rosy termina con la naranja, se sacude las manos y se endereza, mirándome —. Lo mandó azotar, y después lo echó. No volví a verlo, ni siquiera pude despedirme.

— ¿Y no sientes curiosidad por saber qué ha sido de él?

—Seguro que está bien. Rauk siempre decía que algún día compraría una granja... que criaría cerdos y ovejas y tendría tres hijos, y estoy segura de que lo consiguió.

—¿Te gustaría buscarlo?

—¿Y qué diría su mujer? Seguro que está casado, era muy guapo —afirma con una sonrisa triste—. Hace mucho tiempo que no pensaba en él... Al principio, después de que se marchase, fantaseaba con ir a buscarlo, cuando me hubiese curado. Dicen que está cerca de una aldea llamada Boya, en el sur. Si volviese a verlo le daría las gracias por haberme hecho sentir hermosa por una vez en mi vida y le

devolvería esto —dice buscando algo en su túnica. Es una cestita de crochet de hilo azul que contiene un amuleto de madera con una piedra roja incrustada en su centro—. No sabes lo que es, ¿verdad? —Hago un gesto de negación—. Es una piedra de fuego, es un amuleto de buena suerte. Qué tonto este Rauk, con lo caro que debió de costarle, y dármelo a mí —comenta forzando una risa triste—. Así que mientras puedas, disfruta junto a tu príncipe imperial y si pensar te hace daño, no lo hagas. Vive, disfruta, ama, come, duerme... hazlo sin pensar, al menos hasta que tengas que tomar una decisión.

—Siento que Rauk y tú acabaseis alejados el uno del otro, si quieres te ayudaré a encontrarlo —propongo, y ella hace un gesto de negación meciendo el rostro—. Y tienes razón. No debo pensar en un mañana que aún es incierto, sino aquí, ahora.

—Lo único que tenemos con certeza cuando nacemos es que habrá un día en el que moriremos, lo que hagamos entre lo uno y lo otro está en nuestra mano. Y ahora vamos a dormir, que mañana podremos recorrer todos los salones y rincones de este palacio tan grande y bonito.

La conversación con Rosy me ha aliviado. No sé qué sucederá mañana, sé lo que sucede hoy, y hoy me apetece estar junto al príncipe Altair y disfrutar de su compañía, y no voy a reprimirme a menos que él me lo pida. Y espero que no lo haga.



A la mañana siguiente, la *utari* Seoho termina de enseñarnos las principales estancias y salones del Palacio Blanco, una veintena. Es una elfa muy hermosa, con los característicos ojos rasgados de los *otokis* y una larga cabellera negra, y además es muy amable con nosotras.

—No es necesario que utilices el velo en el palacio, no eres la primera criada que tenemos con una cicatriz y no hay problema alguno en que vayas sin él —le dice a Rosy haciéndome muy feliz.

—Prefiero seguir utilizándolo por ahora, si no os molesta, *utari* Seoho, al menos por el momento —responde mi amiga emocionada, y entrelaza sus dedos con los míos—. Creo que aquí voy a ser muy feliz —me susurra en voz baja.

Seoho pone a Rosy al servicio de una *mujin* llamada Talia, que nos saluda con afecto, y después me pide que la acompañe. Imagino que también me pondrá bajo las órdenes de alguna criada, pero me sorprende cuando me lleva por un pasillo de columnas rojas, sin paredes, desde el que se ve el mar y el horizonte, en el que el sol se encuentra en ascenso.

La sigo hasta las puertas de acceso a un pabellón, a ambos lados hay dos guerreros *otokis*. Me sorprende ver a alguien con el kimono azul y gris y la cinta en la frente que sostiene el cabello sin que se trate de Kim Shin, al que no he visto desde nuestra llegada.

—El líder del clan desea verte —me anuncia deteniéndose ante las puertas cerradas. Comienzo a ponerme nerviosa—. Tranquila, el líder Saeroyi desea conocerte porque el príncipe ha insistido esta mañana en que solo tú te encargues de su servicio —explica. «Ay, Altair, me conviertes en objeto de interés sin pretenderlo...»

Las puertas de madera se abren y paso al interior de un amplio salón repleto de guerreros. Al fondo hay una silla de madera labrada, desde donde el líder del clan debe de gobernar los principales asuntos del día a día en Bahki. Jihoon Saeroyi permanece sentado en esta, con un guerrero de mayor edad a su derecha, que probablemente sea su protector, y a la izquierda un elfo joven, con el cabello recogido en una coleta alta. El líder del clan viste un kimono del mismo color que sus guerreros, aunque de un tejido más delicado y con grandes bordados dorados en las mangas, con la forma de dos lanzas cruzadas sobre la imagen de un pez.

Camino tras la *utari* Seoho hasta detenernos frente al líder del clan.

—Majestad, ella es la criada Kasandra —anuncia Seoho, y Jihoon Saeroyi me observa un rato en silencio, sin decir nada, antes de ponerse de pie y caminar hacia donde estoy.

—¿Desde cuándo sirves a mi sobrino? —me pregunta deteniéndose a un par de pasos ante mí.

—Desde el mes del conejo.

—¿Tan poco tiempo? Debes de ser buena en tu trabajo para que te haya elegido como asistente de cámara. ¿De dónde es tu familia?

—De Zeprya, una pequeña aldea al norte de Thandel, cercana a Mour.

—¿Hija del *lard*?

—No.

—¿Comerciantes?

—Mi padre era comerciante, pero mi madre es *mudang* y yo era aprendiz. —No sé cuánto sabe sobre mí y, si lo sabe todo porque Kim Shin lo ha informado, solo puedo meter la pata mintiendo.

—¿Qué es *mudang*? —pregunta a su protector.

—Una especie de curandera *mujin* con conocimientos sobre hierbas y remedios medicinales —contesta este. El líder enarca las cejas y sonríe como si eso le complaciese. Camina a mi alrededor despacio, observándome con detalle y no puedo evitar ponerme nerviosa—. Mírame —pide cuando vuelve a detenerse ante mí, le obedezco y sonríe—. Complaceré el deseo de mi sobrino, pero deberás utilizar nuestras ropas, ¿estás dispuesta?

—Sí.

—Bienvenida a Arrecife Azul, criada Cass.

El líder Saeroyi se retira a su lugar en la silla de gobierno y la *utari* Seoho me hace un gesto para que nos marchemos, me inclino y sigo sus pasos hasta la salida.

—Has agradado al líder del clan —me comenta con una sonrisa, con ambas manos ocultas dentro de las mangas de su kimono, ante el vientre.

—No me lo ha parecido.

—El líder Saeroyi no sonríe con facilidad, eso quiere decir que le has agradado. Vamos, iremos a por ropa y después te llevaré a las dependencias del príncipe Altair. La última vez que lo vi era muy joven, como lo es ahora el hijo del líder del clan, Yun Saeroyi.

—¿El joven que estaba a su lado? —pregunto, y la *utari* Seoho asiente.

—El joven Saeroyi y el príncipe Altair Ryner estaban muy unidos cuando eran pequeños, a pesar de que el joven es cien años menor, jugaban cuando el príncipe Altair vivía en el Palacio Blanco. El líder del clan adora a su sobrino, que es la viva imagen de su madre —expone Seoho, y no puedo evitar evocar en mi mente la blanca estatua de mármol del Salón de las Ofrendas en el Palacio de Piedra, la imagen de la hermosa emperatriz Suki Saeroyi—. Incluso aunque sus ojos sean redondeados, se le parece mucho.

—¿La emperatriz Saeroyi volvió en algún momento a Arrecife Azul?

—Sí, claro. Después de que naciese el príncipe Altair estaba muy triste, pidió al emperador regresar y este se lo permitió.

—¿Y por qué regresó a Mour?

—Porque el emperador la extrañaba mucho. A ella y a su primogénito. Al parecer, hizo construir en el Palacio de Piedra un pabellón muy parecido al Palacio Blanco, para que se sintiese como en casa…

—Es cierto, se llama Ala Azul. Es donde reside el príncipe Altair.

—Que la reclamase con tanta necesidad molestó mucho al antiguo líder del clan, Geun Saeroyi, el padre de la emperatriz. Y cuando supo de su muerte se volvió loco, acusó al emperador de haberlo permitido… Estuvimos a punto de entrar en guerra con el imperio.

—Vaya, no lo sabía.

—Sí, pero el líder decidió acabar con su existencia antes de arrojar a su pueblo a una guerra, y el señor Jihoon tuvo que asumir su papel como líder del clan —relata con pesar.

Entonces la leve brisa le mueve el cabello suelto y las puntas afiladas de sus orejas salen a la luz. De pronto me doy cuenta de que he estado hablándole con demasiada familiaridad, como si de una *mujin* se tratase, casi había olvidado que es una elfa.

—Gracias por contármelo.

—No es ningún secreto, es la historia de nuestro pueblo. Y si eres de la total confianza del príncipe Ryner, no hay motivo para que no lo sepas.

Seoho me entrega un kimono de color gris claro, con los bajos, el cuello y las mangas serpenteadas de grullas en pleno vuelo bordadas en hilo rosa. La tela es suave y cómoda, apta para las temperaturas templadas del clima costero. Una vez me lo he puesto, con su ayuda, me conduce hasta donde se encuentra el príncipe Altair, la sala de entrenamiento. Se trata de un amplio salón sin paredes, este tipo de construcciones parecen gustarles mucho a los habitantes del Palacio Blanco, por el clima cálido del que disfrutan; en Thandel serían impensables. Seoho se detiene en la entrada y, habiendo cumplido su misión, se marcha. El príncipe Altair está en el centro, vestido únicamente con los pantalones de su kimono, con el torso empapado de sudor y una espada de madera en la mano. Frente a él se encuentra Kim Shin, de la misma guisa, con un par de marcas rojizas en el pecho

y el vientre y el cabello recogido en una coleta alta.

Ambos me observan al entrar.

—Disculpadme, solo quería saber si se os ofrecía algo, alteza imperial —digo dispuesta a retirarme y dejarlos con su entrenamiento.

—No te preocupes, Cassle, estoy a punto de terminar de dar una lección a este presuntuoso, espérame —me pide dedicándome una sonrisa. Kim Shin también sonríe, decidido a hacer que se trague sus palabras.

Y continúan su lucha.

La espada imperial lo ataca con fervor y Altair echa hacia atrás evitando el envite; después da una vuelta en el aire, cayendo de pie y atacándolo por la espalda. Pero Kim Shin estaba esperándolo y salta al otro extremo de la sala, para mirarlo y arremeter contra él de nuevo. La expresión de gozo en los rostros de ambos es indescriptible. El sonido seco de las maderas chocando entre sí es el único ruido que puedo percibir.

Y entonces puedo verla. *Tenebrus*, la daga maldita que está clavada junto al hombro de Altair, aparece ante mis ojos como una silueta azulada envuelta en un brillo mágico. Sin embargo, Kim Shin no parece percibirlo, Altair tampoco, y continúan luchando sin más. Yo, en cambio, puedo verla a la perfección, ojalá pudiese librarlo de ella.

Pero no solo la daga: Altair cae hacia atrás de espaldas empujado por una oleada de magia que le ha enviado su espada imperial en una onda desde la punta de su katana y también puedo verla. Me restriego los ojos. ¿Qué me está pasando? Es cierto que llevo días sintiéndome extraña, pero esta mañana me he sentido bien al despertar, daba por hecho que todo era debido a mi malentendido con Altair. El príncipe estira su mano derecha y antes de que aparezca la característica bola azul de magia puedo ver infinidad de chispas azules recorrer su cuerpo, partiendo de su vientre, transitando el camino hasta su mano y concentrándose en ella. Veo entonces también su núcleo, hay haces dorados, rojos, azules, violetas... y todos se unen y se separan sin dejar de girar en una bola dorada que resplandece como el sol.

¿Cómo es posible? Miro a Kim Shin y también puedo ver su núcleo dorado, justo a la altura del ombligo. Su color predominante es azul, pero también tiene haces de otros colores. Cabeceo, no sé qué me pasa, me vuelvo a restregar los ojos, ¿es una alucinación? Miro a

ambos, que continúan luchando, enviándose trazos de energía que ahora es visible para mí. Me siento mareada. De pronto todo se vuelve negro.

38

Altair



—Cassle, respóndeme, por favor —le pido sosteniéndola entre mis brazos.

Ha caído desplomada y gracias a mi velocidad la he sujetado justo antes de que se golpease la cabeza contra el suelo. Kim Shin está a mi lado, tan desconcertado como yo mismo.

—¿Qué le sucede?

—No lo sé, ¿crees que debería utilizar mi *seysang* para curar lo que quiera que le esté sucediendo? —pregunto concentrando mi energía sanadora en los dedos índice y corazón, dispuesto a tocarla con ellos.

—No lo hagáis, si esto es fruto de que compartieseis vuestro yang con ella podría incluso hacerle más daño —me indica mi *orabeoni*, y chasqueo los dedos haciendo que la energía se esfume.

—¿Y qué hago, Kim Shin?

—Iré a buscar a un maestre —dice poniéndose en pie.

—La llevaré a mi habitación, tráelo allí —le indico antes de que se marche a toda velocidad.

La tomo entre mis brazos, respira, pero está inconsciente, desplomada, como un fardo. La llevo hasta mi dormitorio y la poso en la cama con cuidado, continúa sin despertar.

Todo esto es culpa mía.

No debería haber compartido mi yang, soy un maldito idiota, ¿cómo pude no resistirme?

Si algo le pasa..., no podré vivir con ello.

Tomo la jarra de agua de mi aparador y mojo un pañuelo; lo paso por su frente, está perlada de sudor, muy caliente… Está ardiendo. Se queja, apenas un leve lamento.

—Cassle, por favor, despierta. Despierta, te lo ruego —suplico arrodillado a su lado, limpiándole el sudor del rostro con el paño húmedo.

Alguien entra en mi dormitorio; es mi tío Jihoon acompañado de un sirviente *mujin* del Palacio Blanco y mi espada imperial.

—¿Qué sucede, Altair? Kim Shin me ha pedido la ayuda de un maestre, ¿estás bien?

—Estoy bien, tío, necesito que vuestro maestre la examine a ella —explico ante el cuerpo inmóvil de Cassle. Mi tío hace un gesto al *mujin* para que se acerque a examinarla y me aparto.

El *mujin* le toma el pulso y después comprueba su respiración con un dedo ante la nariz. También posa una mano en su frente y en su cuello. La inquietud me impide estarme quieto.

—Tranquilo, Altair. Eunwo es el sanador de los *mujins* del palacio, él nos dirá qué le sucede —trata de calmarme mi tío.

—Tiene fiebre alta, pero su pulso y su respiración están bien. Probablemente despertará en cuanto le baje la fiebre. Voy a darle un remedio que lo hará. Podemos llevarla a su habitación… —sugiere el sanador.

—No, la dejaremos aquí. —No voy a apartarme de ella hasta que despierte, eso lo tengo muy claro.

El sanador asiente y marcha en busca del remedio. Mi tío se queda observándome y Kim Shin se acerca para verla.

—Altair, ¿podemos hablar un momento? —pregunta mi tío. No me apetece lo más mínimo alejarme siquiera un paso, miro a Kim Shin y él asiente, sabiendo que la dejo a su cuidado.

Jihoon Saeroyi me lleva al exterior de la habitación y me hace acompañarlo hasta un pequeño salón, donde me ofrece pasar al interior. En mi cabeza solo está la imagen de Cassle cayendo al suelo, desmayada.

—Deberías vestirte —sugiere, haciéndome tomar conciencia de que estoy desnudo de cintura para arriba.

—Kim Shin y yo estábamos luchando cuando…

—Cuando tu *criada* cayó desplomada. —Enfatiza la palabra y sé de inmediato que es consciente de que significa mucho más para mí—.

Esa joven no es una *mujin* corriente, ¿verdad? —pregunta de improviso, sorprendiéndome.

—¿Por qué lo decís, tío?

—Porque su energía no es *mujin*, al menos no por completo. Y porque estaría muerta si lo fuese después de que hayas compartido tu yang con ella —revela dejándome sin palabras.

Mi yang es en su mitad el yang de la familia Saeroyi, y mi tío podría considerar una grave ofensa que lo haya compartido con una *mujin*. Me arrodillo ante él y me inclino hacia delante con las manos unidas frente al rostro, en la postura de perdón. No sé cómo puede saberlo, pero no voy a negarlo.

—No fue de modo intencionado, tío. Aceptaré el castigo que designéis como líder del clan —digo.

Mi tío Jihoon me agarra del brazo haciendo que me ponga de pie.

—No tengo nada que perdonarte. Te repito que no se trata de una *mujin* corriente, hay algo especial en ella, y esperaba que supieras de qué se trata.

—No tengo respuesta para eso, tío. Solo sé que lleva una marca en la nuca que podría ser de la Sangre Sagrada y que… siento un afecto desmedido hacia ella.

—¿Una marca de la Sangre Sagrada? ¿Alguien más lo sabe?

—Solo Kim Shin.

—Bien hecho, con el miedo que tienen a la Sangre Sagrada en el imperio la habrían ejecutado de inmediato. Deberías hablar con el erudito Lirion, es un eremita que vive en una gruta escondida en Los Gigantes, no hay nadie que sepa tanto de la Sangre Sagrada como él. Aunque no le gusta relacionarse con nadie, se dice que lleva décadas sin pronunciar una palabra.

—Kim Shin me hizo la misma sugerencia, iré después de la ceremonia de Seiryu Takai del heredero del clan.

—Es lo mejor. Estoy seguro de que te preguntas cómo supe que has compartido tu yang con ella —apunta, y asiento—. Tu yang es mi yang, pude percibir tu energía en ella en cuanto la tuve ante mí. Y precisamente quise asegurarme e hice que la *utari* Seoho la trajese a mi presencia para comprobarlo más de cerca. Percibo tu energía en ella. Pero puedes estar tranquilo, solo alguien con mi conocimiento en magia primigenia podría percibir algo así.

—¿Creéis que podría haber enfermado por culpa de mi yang?

—Tu yang la habría matado de inmediato, no sería la primera vez que sucede. Así que no lo creo, probablemente haya enfermado durante el viaje, nada más. El sanador Eunwo cuidará bien de ella. Pero es un poco extraño que permitas que se quede en tus dependencias, los rumores recorrerán el Palacio Blanco como la brisa de la mañana.

—Necesito estar cerca para comprobar que se encuentra bien.

—No te preocupes. Haz lo que consideres oportuno. Aquí eres libre de tomar tus propias decisiones, decisiones que el pueblo *otoki* apoyará y defenderá por encima de todo —asegura serio, y sé que no se refiere a que deje dormir a Cassle en mi habitación.

—Gracias, tío.

En cuanto se marcha regreso al dormitorio. Con ayuda de Kim Shin, que le sostiene la cabeza, el sanador está tratando de obligarla a tomar su remedio. Cambio el papel con mi amigo y poco a poco logramos que trague el brebaje verdoso que le va vertiendo entre los labios.

—Ahora solo hay que esperar a que le haga efecto —dice antes de retirarse.

Me siento a su lado en el suelo, observándola tendida sobre el futón. Kim Shin está a mi lado, de pie, en silencio, pero deseando decirme algo.

—Suéltalo —le pido alzando el rostro para mirarlo.

Mi *orabeoni* aparta el rostro, tratando de contener sus palabras, aunque al final no puede hacerlo.

—Es por vuestro yang...

—Lo sé.

—No deberíais... no deberíais haberlo compartido con ella.

—¿Crees que no me siento ya lo suficientemente mal? La culpa está destrozándome por dentro —confieso con un profundo dolor en mitad del pecho.

Kim Shin posa una mano en mi hombro.

—Lo lamento. —Me siento a su lado y la acomodo sobre mis caderas, con su cabeza en mi regazo; su frente está algo más fresca—. Alteza imperial, no deberíais..., el servicio hablará...

—No me importa. Pide que me traigan una vasija de agua fría y varios paños — digo, y Kim Shin asiente, retirándose.

Pronto un par de criadas acuden a mi dormitorio con lo que les

he encargado. Cassle al menos mueve los labios y los ojos cerrados, de vez en cuando, pero continúa sudando y con mucha fiebre. Mojo uno de los paños en el agua, que enfrío aún más con mi magia, y limpio con él su frente, su labio superior y su garganta, donde pequeñas perlas de sudor se acumulan. Sus mejillas están muy sonrosadas, pero gracias al efecto del agua fría el color va empalideciendo, su piel va templándose poco a poco y su expresión es mucho más relajada. Contemplo la cascada de rizos rubios que se esparcen sobre mi muslo derecho y los labios gruesos y sonrosados. Es tan hermosa...

El tiempo corre y paulatinamente su estado va mejorando, se mueve algo más, se gira sobre mi cuerpo, que la sostiene, y sus brazos rodean mi cintura.

—Ey, ¿cómo estás? —me atrevo a preguntarle. Ella, aunque en un principio no abre los ojos, hace un mohín con los labios—. ¿Te sientes mejor?

Asiente y se acomoda en mi regazo con una sonrisa, lo que me alivia bastante. Pero de pronto abre los ojos, no sé cuánto tiempo hemos estado en esa posición, pero el sol ha comenzado a descender en el horizonte.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al despertar entre mis brazos. Yo sonrío aliviado y le aparto un mechón de cabello que le ha caído sobre el rostro, colocándoselo detrás de la oreja. Ella trata de incorporarse, la ayudo y se queda sentada a mi lado, mirando todo lo que la rodea con curiosidad—. ¿Estoy en tu habitación?

—¿No recuerdas nada?

—Recuerdo... que Kim Shin y tú entrenabais y que empecé a sentirme mal.

—Te desmayaste, caíste como una piedra y casi me muero del susto. Después has tenido fiebre alta...

—¿Has estado... cuidándome?

—No tenía nada mejor que hacer —bromeo, y ella sonríe.

—Debo irme, qué van a pensar todos... —contesta, y hace el intento de levantarse, pero se lo impido, la sostengo por los hombros y la abrazo.

—No me importa lo que piensen —susurro a su oído, y cuando se aparta para mirarme a los ojos la beso.

Es un beso dulce, disfruto de la sensación de sus labios presionados contra los míos, del cálido y añorado sabor de su boca.

—Hay algo que tengo que contarte.

—¿Qué sucede?

—¿Sabes lo que es el yang? —Ella arruga el entrecejo, haciéndome saber que no tiene la menor idea de lo que le hablo—. El yang es la energía primigenia que todos los elfos poseemos, nacemos con ella y vamos cultivándola para hacerla más poderosa y convertirla en nuestra magia. Magia que cuanto más cultivada está podemos transformar en los distintos tipos que poseemos. Nuestro yang es como nuestra sangre, pero en el plano espiritual y está concentrada en nuestro núcleo, desde donde parte, como el corazón distribuye la sangre por el cuerpo. ¿Lo entiendes? —Cassle asiente, sin tener la menor idea de adónde quiero llegar—. El yang es muy poderoso, mucho, es nuestra propia esencia como elfos, es muy preciado, pero podemos compartirlo, con nuestras parejas.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —pregunta mirándome con sus preciosos ojos verdes.

—Como te digo, es muy poderoso, se comparte entre los elfos durante el sexo, pero solo si estás con alguien con quien verdaderamente no te importa exponer cada una de tus debilidades, cada una de tus flaquezas y emociones… —relato despacio—. Y yo compartí el mío contigo, aquella noche junto al arroyo. Aquella noche no solo me uní a ti con mi cuerpo, sino también con mi energía, con mi esencia primigenia. —Cassle abre mucho los ojos tomando conciencia de lo que estoy contándole—. No lo hice de modo voluntario, jamás debería haberlo hecho porque podría haberte matado. Los *mujins* no estáis preparados para contener una energía así, ni siquiera un poco.

—¿Quieres decir que… lo que hiciste es la causa por la que me he sentido mal?

—Es probable, pero ni siquiera estoy seguro, porque no sé de ningún elfo que lo haya compartido con un *mujin* y este siga vivo. Por eso me asusté tanto esa noche, cuando me di cuenta de lo que había hecho —confieso apesadumbrado. Estoy dándole motivos para odiarme, para que no vuelva a mirarme del mismo modo—. Yo nunca lo había compartido con nadie. Bueno…, a excepción de Kim Shin…

La mandíbula de Cassle cae en caída libre.

—¿Kim Shin y tú…? —pregunta desconcertada. Asiento, entonces ella junta los dedos índices de ambas manos—. Kim Shin y tú estáis…

juntos —sugiere, y entonces sí que la entiendo.

—No. ¡No! No de ese modo. Kim Shin y yo somos *orabeonis*, algo así como hermanos de magia y sangre. Es un ritual ancestral del pueblo *otoki*. Juntos… Cómo se te ocurre… Pfff… —Su expresión cambia y sonríe.

—¿Por eso estabas tan pendiente de mí todo el camino? ¿Por eso me preguntaste cómo me encontraba? Porque habías compartido tu yang conmigo… —Asiento, avergonzado por mi falta de control—. No sé cómo sentirme, Altair —dice alargando una de sus manos y posándola en mi rostro, acunándolo—. Por una parte, me siento halagada de que hayas compartido conmigo algo tan especial y único y, por otra, me asustan las consecuencias que pueda tener. Pero sé que bajo ningún concepto pretendías hacerme daño y no puedo molestarme contigo —declara, y me siento aún más culpable, ¿cómo puede no enfadarse? Si me golpease, si me insultase y descargase su malestar contra mí, me sentiría mucho mejor, pero en cambio sostiene mi rostro entre las manos y vuelve a besarme. Cuando se aparta de mis labios, en sus ojos solo hay dulzura—. Sé que únicamente soy una simple *mujin* y que tú eres un príncipe elfo, no creas que lo he olvidado. Pero no creo que tu yang me dañe, nada que provenga de ti podría hacerlo. Es cierto que me he sentido un poco rara desde entonces, pero no creo que lo que me ha sucedido hoy se deba a eso. Imagino que ha sido un cúmulo de circunstancias, estoy cansada por el viaje…, unido a las nuevas emociones de encontrarme en un lugar tan distinto, y… probablemente todo esto me ha debilitado y por eso me he sentido así. No te preocupes, porque estoy bien, lo he pasado mucho peor cuando he sufrido fiebres en casa y nada tenía que ver con tu yang.

Su comprensión me enternece; sin duda Cassle es única, es especial y distinta. No puedo seguir ocultándole lo que sé, debo hablarle de la marca de su nuca.

—Cassle, además hay algo que…

—Alteza imperial —me llama Kim Shin desde la puerta, antes de caminar hacia donde estamos con una vasija entre las manos. Cassle aparta la mirada abochornada, estamos demasiado cerca sobre el futón—. He traído sopa, para la cri… para Cassle.

—Gracias Kim Shin, no deberías haberte molestado en traerla tú mismo —le digo poniéndome en pie, acudiendo a su encuentro.

—Lo he preparado todo para partir mañana para ver al erudito Lirion en la Cueva del Viento; creo que sus conocimientos pueden sernos de mucha ayuda en esta situación —resuelve en voz baja, entregándome el recipiente de cerámica esmaltada con forma de flor de loto. Lo tomo entre las manos, está caliente. Será mejor que espere hasta entonces para hablarle a Cassle sobre la marca de su nuca, cuando lo que sabemos sobre ella dejen de ser indagaciones y suposiciones y pueda contarle de qué se trata realmente.

—Gracias, Kim Shin —le digo, y se retira.

Vuelvo junto a Cass y me siento en el suelo a su lado, volvemos a estar a solas. Destapo el recipiente y se lo entrego, ella me mira y sonríe y siento entonces que puedo relajarme, que el susto ha pasado y se encuentra perfectamente.

—Toma, bebe —le pido, y me obedece, dando un sorbo.

—Está delicioso. ¿Qué es?

—Es sopa de algas, lo que tomamos en Bahki cuando nos sentimos mal. Tiene muchas propiedades y recargará tu energía, ya lo verás.

—Gracias, Altair, gracias por cuidarme —dice con una amplia sonrisa antes de dar otro sorbo—. Me preguntaste si podía confiar en ti... La respuesta es sí, confío en ti, plenamente.

39

Cassle



El sol de la mañana se cuela a través de la puerta, que ofrece hermosas vistas sobre la bahía de Arrecife Azul, me ilumina con su delicioso calor y es muy gratificante. Cuando despierto siento una mezcla de sentimientos abrumadora, Altair ha pasado la noche a mi lado, no ha permitido que regrese a mi habitación para cuidarme. Y cada vez que he despertado he sentido su mano tomando la mía, preguntándome si me siento bien, acurrucándose conmigo bajo los cobertores, rodeándome con sus brazos, ofreciéndome su pecho para descansar, e incluso he sentido un fuerte deseo de... volver a unirme a él. Aunque no me he atrevido a sugerirlo siquiera porque sé que después de lo sucedido no lo permitiría. Pero me encuentro bien, de hecho, me siento de maravilla.

Sé que debería estar asustada después de lo que me ha contado, después de haberme desvanecido, de las visiones borrosas que tuve cuando estaba desmayándome, esos trazos de energía, de magia moviéndose. Por suerte, todo eso había desaparecido cuando volví a abrir los ojos, y estoy convencida de que se debió al efecto del malestar, de la fiebre que tendría después. No le he hablado de ello porque ya se siente suficientemente mal por lo que hizo, y yo me encuentro perfectamente, no hay motivo para volver a preocuparlo.

Alzo la vista para mirarlo y me deleito con su imagen. Tiene los ojos cerrados, aunque sé que no duerme, basta con que me mueva un poco para que abra los ojos como platos. Contemplo su mentón marcado, su nariz recta, los pómulos prominentes, la piel pálida y los ojos ligeramente rasgados, de un modo tan sutil como para que alguien que no conoce sus orígenes no tenga la menor idea de que hay sangre *otoki* recorriendo sus venas. Y las orejas puntiagudas, esas que acaricié con mis labios provocando que se derritiese de deseo. Quizá si vuelvo a hacerlo, olvide su preocupación. Estiro una mano con cuidado para alcanzar una de ellas, pero la intercepta en el aire aún con los ojos cerrados, la agarra por la muñeca y la lleva debajo del futón.

—No juegues con fuego —gruñe aún sin abrir los ojos, pero en sus labios se marca una sonrisa pícara.

—¿No puedo acariciarte? Tú me has abrazado toda la noche y yo ni siquiera puedo... —Altair abre los ojos, su mirada de luna llena me atraviesa.

—Si me rozas la oreja con uno solo de tus dedos te arrancaré la ropa y te follaré hasta que no te queden jadeos en la garganta —responde provocando que se me seque la boca. Sí, exactamente eso es lo que quiero—. Pero no voy a hacerlo, no voy a arriesgarme a lastimarte de nuevo.

—Te refieres a... ¿nunca más?

—Me refiero al menos hasta que sepa que soy capaz de contenerme y no compartir mi yang contigo de nuevo.

Resoplo molesta y aprieto los labios en un mohín de disgusto. ¿Y cómo sé que será igual de placentero de lo que sentí junto al arroyo? No quiero que se contenga, estoy bien, me siento genial, lo de ayer nada tuvo que ver con su yang. Yo no tengo miedo, ¿por qué él sí? Me doy la vuelta en el futón, regalándole una visión de mi espalda.

—¿Estás enfadada?

—No.

—Sí lo estás. Vamos, tienes que ser consciente de que no puedo arriesgarme a hacerte daño de nuevo.

—No me has hecho daño, en absoluto —protesto enfurruñada—. Ya te he dicho que he tenido fiebres otras veces y me he sentido así de mal. Una vez me contó mi madre que estuve inconsciente dos días, lo de ayer no es nada...

Siento entonces cómo una de sus manos se mueve por mi cadera, despacio hacia mi vientre, y después hacia abajo por encima de la túnica. Mi cuerpo enciende el modo placer y pego el trasero a su pubis mientras sus dedos se abren paso, primero bajo la túnica, levantándola, y después por la cinturilla de los pololos hasta que finalmente alcanzan mi sexo. El solo peso de su mano ya me provoca que gima de placer.

—¿Te gusta? —pregunta en mi oído, y asiento. Sus dedos comienzan a moverse, primero despacio, masajeando la montaña de vellos rizados para hundirse hacia abajo, jugueteando traviesos con los pliegues de mi intimidad. Es delicioso y no puedo evitar gemir de nuevo—. Así está bien, ¿verdad? —vuelve a preguntar sin aguardar otra respuesta que un gemido que no puedo contener cuando uno de ellos alcanza mi interior y, mientras, con el pulgar masajea la zona previa a la entrada a mi placer, provocando que tense las piernas y gima de nuevo.

—Sigue, por favor —ruego con la respiración acelerada. Trato de volverme, pero me lo impide, sabe que si lo hago tendré acceso su cuerpo. Ahora son dos de sus dedos los que llenan esa oquedad que lo reclama angustiada.

—¿Quieres más?

—Sí.

—Pues entonces di: «Altair, no solo eres el elfo más fascinante de toda Idunia, sino que los besos que recibí antes de conocerte eran basura» —dice de improviso, y trato de volverme para mirarlo, pero me agarra con energía, aunque detiene el movimiento de su mano.

—¿En serio? —replico sin dar crédito a que esté pidiéndome algo así en este momento.

—Dilo si quieres que siga.

—¿Cómo puedes tener tanto ego? —planteo, y vuelve a masajear mi intimidad con su pulgar, haciéndome jadear de nuevo. Quiero que siga, claro que quiero, soy capaz de recitar la historia de Idunia con tal de que lo haga—. Altair...

—Eres el elfo más fascinante de toda Idunia y los besos...

Yo solo gimo ante el saber hacer de sus dedos, pero vuelve a parar.

—No solo eres el elfo más fascinante de toda Idunia, sino que los besos que recibí antes de conocerte eran basura... ¿Contento? —repito

veloz, y entonces el movimiento de su mano se intensifica, arrancándome jadeos de placer.

Me derrito entre sus dedos, que me invaden y liberan hasta que alcanzo las nubes, el cielo y las estrellas, hasta que el clímax se apodera de mí y me estalla en una oleada de placer sublime que hace que me doble por la mitad y jadee como un animal sediento.

Pagado de sí mismo, retira la mano húmeda despacio y me besa en la nuca antes de ponerse en pie. Toma un nuevo kimono de un baúl de madera y se deshace del que lleva puesto, regalándome la impresionante imagen de su espalda desnuda y sus nalgas prietas y contorneadas. Me levantaría y lo acariciaría, pero sé que, dada su determinación de no *tocarme* hasta estar completamente seguro de que puede controlarse, me rechazaría y solo lograría mortificarlo, así que me contengo.

Me pongo en pie y me ajusto la túnica.

—¿Adónde vas? —me pregunta observándome con desconcierto.

—A mi habitación, no voy a quedarme todo el día aquí sin hacer nada.

—Vas a hacer algo, descansar —me advierte con severidad. Entiende que no va a poder obligarme a obedecerlo y su mirada se dulcifica—. Al menos hoy, descansa, por favor.

—Está bien, pero lo haré en mi dormitorio —accedo, y por su expresión sabe que no logrará hacerme cambiar de opinión, aunque insista.

—De acuerdo, haré que te asistan...

—Rosy me cuidará. Haz lo que tengas que hacer, no te preocupes por mí, estoy bien, de verdad —insisto, y él asiente.

—Voy a atender a mi tío, sé que desea mostrarme los cambios que ha realizado en el Palacio Blanco, pero si te encuentras mal o si sientes alguna...

—Estoy bien, deja de preocuparte, y si noto cualquier cosa enviaré a Rosy a avisar a Kim Shin. ¿De acuerdo?

Altair asiente de nuevo, termina de vestirse y regresa a mi lado, sosteniéndome por los hombros antes de marcharse.

—Me avisas.

—Sííí... —convengo, y recibo un beso rápido en los labios que me sabe a gloria. Aún tengo los ojos cerrados cuando se marcha.

«Ay, Altair, ¿cómo puede sentirse tan bien, tan hermoso, esto que

estamos viviendo cuando es algo prohibido?...»

No voy a pensar, no deseo hacerlo.

Rosy tiene razón, no hay un mañana, solo existe el hoy y voy a disfrutar de estos días juntos como mi único horizonte.



Abandono la habitación y me dirijo a mi dormitorio, donde encuentro a Rosy organizando ropa en el armario; son kimonos. Al verme al otro lado de la puerta se lanza a mis brazos y me aprieta con energía contra sí.

—¿Cómo estás? —pregunta mirándome de arriba abajo—. Las criadas comentaron que te encontrabas mal y me asusté mucho. Creí que te sucedía algo grave, pero no me atrevía a ir a verte porque estabas en las dependencias del príncipe Altair.

—Estoy bien, solo fue un mareo y algo de fiebre, pero por la noche ya me sentía mejor. ¿Han hablado mucho las criadas sobre eso? —dice preocupada, no quiero que comiencen a surgir rumores que puedan perjudicar a Altair.

—Estaban todas celosas —afirma guiñándome un ojo—. Porque el príncipe en persona estaba cuidándote y todas decían que era hermoso que alguien tan importante se preocupase así de una de sus criadas, aunque todas dan por hecho que os une una relación... especial —asegura guiñándome un ojo. Camino hasta mi futón y me siento en él—. ¿Qué te pasa? Pareces triste.

—No quiero que nuestra relación le perjudique...

—¿Aquí? No lo creo, ayer estuve con las criadas y ninguna parecía escandalizada. Lo que aquí no toleran es la sumisión: si el príncipe te hubiese forzado a estar con él, sí lo considerarían algo reprobable, pero que estéis juntos por voluntad de ambos lo ven con naturalidad.

—¿Con naturalidad? ¿Ven bien las relaciones entre elfos y *mujins*?

—*Ese* tipo de relaciones, sí —admite con pudor—. Una relación más allá, con un compromiso formal..., no. Hasta ahí no llegan, pero tampoco lo verían bien los *mujins*, ¿no crees? —sugiere, y pienso en mi madre; se sentiría muy decepcionada si supiese que estoy

enamorándome de Altair. Porque es lo que siento, amor. Lo amo, aunque no tenga derecho a hacerlo.

No pensar.

Sentir.

Hoy, no hay mañana.

—¿Y entonces? ¿Es cierto que el príncipe ha estado cuidándote todo el día y toda la noche? —pregunta ilusionada, y asiento—. Ah, es tan hermoso —murmura sentándose a mi lado en el futón y dejándose caer hacia atrás. El kimono con los colores del clan Saeroyi le sienta de maravilla, sus ojos resplandecen. Se gira y apoya la cabeza sobre el codo, mirándome—. He estado pensando en lo que me dijiste y creo que, cuando me curen lo de mi cara, voy a intentar encontrar a Rauk. Le devolveré el amuleto que me entregó, porque ya no lo necesitaré y, de camino, averiguaré si hay alguien especial en su vida.

—Estoy segura de que le haría la misma ilusión verte tal como estás.

—Lo sé, pero no quiero curarme por él, ni siquiera por la gente que me ha tratado mal por mi apariencia, lo hago por mí misma —confiesa con una de sus sonrisas únicas—. Bueno, hoy la *utari* Seoho me ha encargado que cuide de ti, ¿has visto todos los kimonos que me ha dado? Ni aunque viva siete vidas va a darme tiempo a utilizarlos todos —comenta divertida señalando el montón de ropa que ha dejado en el suelo junto al armario—. También me ha dado algunos para ti, son preciosos, mira —dice incorporándose y caminando hasta el mueble de cajones que hay junto a la puerta. Lo abre y extrae de él varios kimonos de tela suave, parece seda, algunos tienen brocados y bordados en el pecho y las mangas.

—¿Cómo pretenden que trabaje con algo tan delicado? —planteo acercándome a verlos.

—Es que no pretenden que trabajes, tu único deber es servir al príncipe en todo lo que necesite, aunque creo que eso ya lo estás haciendo —responde guiñándome un ojo con picardía, haciéndome reír.

Después de ayudar a Rosy a colocar toda la ropa decidimos dar un breve paseo por las estancias exteriores del palacio, alejadas de la zona principal, donde reside la familia del líder del clan. Recorremos algunas galerías en las que hay salas de música, de bordados, e incluso una biblioteca repleta de libros a la que me encantará echar un vistazo

más adelante. Me quedo embelesada con la belleza de las galerías y las salas, con techos de madera con vigas de diseños muy coloridos: estrellas de mar, peces, cangrejos... de vivos tonos rojos, blancos, verdes y sobre todo azules, como si el mar hubiese salpicado cada estancia. Y más tarde ambas comemos juntas en la cocina del Palacio Blanco, junto al resto de las criadas y los siervos. En el Palacio Blanco no hay cocinera, sino cocinero, un tipo bajito y regordete con grueso bigote de puntas rizadas y mofletes rechonchos y unos ojos que se cierran cuando sonríe. Le doy las gracias por la sopa de algas que me envió y que me hizo sentir tan bien. Después de comer, el sanador del palacio va a buscarme a la cocina y me pide que lo acompañe a una sala para revisar mi estado. Rosy me acompaña y nos dirigimos a una habitación de tamaño medio en cuyo centro hay una mesa de mármol algo hundida por el medio en la que me pide que me tumbe. Todo está repleto de estanterías llenas de vasijas y frascos de cristal que deben de contener sus remedios. Una vez tumbada, me mira los ojos tirando del párpado inferior hacia abajo, me pide que saque la lengua y la mueva a ambos lados, que siga su dedo, y pone su oído en mi espalda y me pide que respire. Me acuerdo entonces de mi madre, ella suele hacer algo parecido con los enfermos: escucharles los pulmones, buscar signos de debilidad en sus ojos y en la fuerza de sus manos al apretar las suyas.

Me gustaría tanto verla, abrazarla... También al loco de Eldan, a la delicada Ange y al terremoto de Brychan, los extraño tanto...

—Daría una montaña de oro por saber en qué piensas —afirma Altair al adentrarse en la habitación. El sanador y Rosy se inclinan como señal de respeto ante su llegada, también yo lo hago para no parecer maleducada—. ¿Está bien? —pregunta al sanador, y este asiente.

—Algo débil aún, pero se encuentra muy recuperada, alteza imperial —responde, y hace un gesto a Rosy para retirarse. Ambos se marchan, dejándome a solas con él sobre la mesa de mármol.

—No sé cómo lo haces, pero cuando llegas todos se marchan —le digo tratando de molestarle, y él se echa a reír.

—Creo que más bien es que saben cuándo están de más —apunta con una sonrisa pícara, situándose entre mis piernas—. ¿Me lo dirás?

—¿Qué?

—Me dirás en qué pensabas.

—¿A cambio de una montaña de oro? Por supuesto —respondo, y él ríe de nuevo. Me encanta verlo así, tan despreocupado, tan cercano, no tiene nada que ver con su actitud en el Palacio de Piedra, siempre en continua tensión. No soy tan egocéntrica como para pensar que se debe solo a nuestra nueva cercanía, sino a que en Arrecife Azul se siente a salvo, en su propio hogar, y no tiene que fingir ser como no es —. Estaba pensando en mi madre y en mis hermanos... —Mis palabras lo entristecen y baja la mirada.

—Los echas mucho de menos... por mi culpa —dice, y alzo su mentón para obligarlo a mirarme a los ojos.

—Recuerda que me diste la oportunidad de volver con ellos.

—Porque sabía que no lo harías, que no abandonarías a tu amiga. Te obligué.

—Quizá esa no sea la única razón por la que vine, ¿no lo has pensado? —planteo, y él arruga el entrecejo—. Salvar a Rosy era lo más importante para mí, pero eso también me dio una excusa para no sentirme culpable por querer permanecer a tu lado —confieso, y sus ojos recuperan la luz.

—¿Hablas en serio?

—Sabía que si me marchaba lo más probable era que jamás volviésemos a vernos, y esa idea me aterraba...

Altair se aproxima y me besa. Sus manos se enredan en mi cabello y me sostiene con energía contra sí. Su beso es feroz, salvaje, y revela un profundo anhelo de mi piel. Sus caderas se acomodan más profundamente entre mis piernas y rodeo las suyas con mis muslos, sintiendo cómo su rotundidad presiona mi sexo, que despierta de nuevo ansioso por recibirlo. Me aparto un instante de su boca, disfrutando con el fuego que arde en su mirada, y lo beso en la garganta, deslizando la lengua por esta en sentido ascendente hasta volver de nuevo a su boca. Altair echa la cabeza hacia atrás, deleitado, y lamo la suave piel bajo su oreja, para después morderle con suavidad el mentón y el labio inferior, turbándolo. Tira del cuello de mi kimono y mis pechos aparecen desvergonzados, con los pezones enhiestos, deseándolo. Se agacha y atrapa uno de ellos con su boca, lo lame y succiona, para después mordisquearlo entre los dientes. «Oh, sí, dame lo que necesito, Altair», pido en mi mente cuando mis manos tiran con energía de los bajos de su kimono tratando de abrirlo; sin embargo, este tiene más capas que una cebolla: una más, una más...

Pero de pronto Altair da un paso atrás con la boca enrojecida.

—No, no... No voy a poder... —revela contemplando mi desnudez con un deseo inconmensurable.

—¿Cómo que no vas a poder? Sí que puedes...

—Claro que puedo, por todos los dioses, me muero de ganas, pero no voy a ser capaz de controlar mi yang.

—Sí que puedes, estoy segura.

—Cassle, me arrebatas, me descontrolas, en este momento no hay nada que desee más que hundirme en tu carne y fundirme con tu ser, pero hasta que sepa que puedo contener mi yang, no puedo ponerte en riesgo de nuevo.

—No estoy en riesgo... ¿Es que me ves enferma o débil?

—El sanador dice que aún estás débil. No insistas, no me tortures más... ¿Es que no ves cuánto me cuesta contenerme?

—¿Acaso el sanador está dentro de mi cuerpo para saber cómo me siento? ¿Quién lo sabe mejor, él o yo? —protesto como una niña pequeña, tirando del cuello de mi kimono, ocultando mis pechos.

—No te enfades, por favor —me ruega con dulzura, y no puedo resistirme.

—Está bien, pero solo un día más. Tenemos que aprovechar nuestra estancia en Arrecife Azul —advierto, y él se echa a reír.

—Tengo que marcharme.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer, he pasado la mañana con mi tío y mi primo y esta tarde quiero ir a visitar a un viejo erudito con Kim Shin.

—¿A un viejo erudito? ¿Es que era tu maestro cuando vivías aquí?

—Sí —responde apartando la mirada. Está mintiéndome. Probablemente tenga algo que ver con lo que me ha sucedido, irá a preguntarle cómo contenerse o algo así y no quiere revelármelo para no preocuparme.

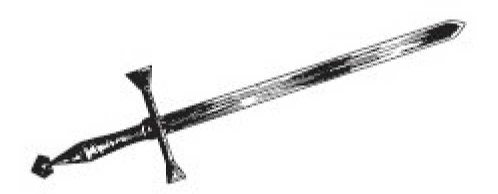
—Sea por lo que sea que vayas a verlo, confío en ti —declaro con una sonrisa, y lo abrazo. El cabello se me engancha en algo de sus puños, una pulsera quizá, y me da un pequeño tirón—. Excepto cuando me tiras del pelo.

—Lo siento —se disculpa apartándose para mirarme a los ojos—. No tienes ni idea de lo importante que eres para mí, Cassle Redgrim —dice antes de besarme en la frente y marcharse.

Dada la subida de temperatura que aún percibo en mi cuerpo, ¿será muy descabellado si le propongo a Rosy que bajemos a la playa a meter los pies en el agua?

40

Altair



La Cueva del Viento está situada en el extremo este de los acantilados de Los Gigantes. Es un lugar remoto, accesible únicamente a pie, en el que solo se refugiaría alguien que no desea ser molestado bajo ningún concepto. Alguien que desea dedicarse a la cultivación de su magia y al conocimiento, con el mar como único sonido de fondo. En mi infancia siempre me causó una gran curiosidad e incluso, junto a Sangeun, el hijo de uno de los nobles del clan con el que solía jugar, una vez llegamos hasta la entrada, pero el ruido del mar producía un eco sordo y grave, parecido al lamento de un ser maligno, y no nos atrevimos a entrar a pesar de la larga caminata que nos dimos hasta llegar allí.

Reconozco ese sonido cuando me detengo de nuevo a la entrada, acompañado de Kim Shin; no obstante, mi necesidad de conocimiento es mayor que cualquier inquietud en este momento y no me preocupa lo que pueda hallar en el interior, excepto las respuestas que he venido a buscar. Por consejo de mi *orabeoni,* hemos traído vino y algunas viandas con las que agasajar al erudito.

Se accede a la rocosa Cueva del Viento por un espacio amplio. La bruma del mar impregna el aire con miles de gotitas minúsculas creando una especie de niebla que danza con el viento entre las paredes de roca gris. En esta primera estancia no hay ningún signo de vida, a excepción de antiguos nidos de gaviotas y albatros esparcidos por el suelo. Encendemos una antorcha y nos adentramos hasta llegar a una galería en la que apenas cabemos de pie. Pronto una corriente

proveniente del interior hace temblar la llama que nos ilumina y el olor de la cera de las velas nos alcanza.

—¿Has venido alguna vez? —pregunto a Kim Shin.

—Solo una, con mi padre, por orden del líder del clan, vuestro abuelo; nos pidió que consultásemos al erudito por el destino de vuestra madre en Thandel.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—El erudito arrojó unos huesos para tratar de ver el futuro, pero solo nos dijo que el emperador la amaba y haría todo lo que estuviese en su mano para protegerla.

—No fue suficiente.

—El erudito no siempre contesta a las preguntas con claridad, o con exactitud.

—Esperemos que en esta ocasión lo haga —afirmo sin dejar de andar.

Alcanzamos una sala de menor tamaño, rodeada de multitud de velas situadas en cada saliente de las rocas. Hay varias pilas de libros sobre una piedra plana, así como una silla y un futón grueso enrollado en un lateral. En el centro, en el suelo, situado bajo un rayo de luz solar que se cuela desde una abertura en la cima de la montaña, está el erudito. Tiene la cabeza gacha y los ojos cerrados, y va vestido con un kimono interior de color blanco, o al menos debió de serlo en su origen, aunque tiene tantas manchas que es difícil saberlo con seguridad. Su cabello, largo y blanco, está enmarañado, y una poblada barba oculta sus facciones. Su piel es tan pálida que se le transparenta los vasos sanguíneos. Está sentado en el suelo con las piernas cruzadas por los tobillos en posición de meditación. Damos un paso más hacia el interior, aproximándonos con cuidado, pero parece no oírnos. Descubro entonces que en las paredes hay varios símbolos pintados con tinta roja. Algunos de ellos los reconozco: pertenecen a distintas deidades, mayores y menores. Los observo con detenimiento y entonces lo veo, el símbolo que tiene Cassle en la nuca, el de la antigua diosa Hana, una estrella de mar dentro de un círculo. Hago un gesto a Kim Shin, señalándolo, y también lo reconoce de inmediato.

—¿Quién osa visitarme sin haber sido invitado? —pregunta el erudito Lirion con voz ruda, sin abrir los ojos, haciéndonos saber que se ha percatado de nuestra presencia, a pesar de que no hayamos hecho el menor ruido.

—Soy Altair Ryner, príncipe heredero del imperio —anuncio, y entonces abre los ojos sin mover ningún otro músculo.

Nos acercamos más a él.

—¿Y a qué debo el honor de esta visita? —inquiere poniéndose en pie con agilidad. Con una de las cintas que lleva atadas en la muñeca se recoge el cabello en una coleta y, después, comienza a trenzar sus largas barbas, que le llegan a la mitad del pecho, atándolas también con una cinta más fina.

—Necesito respuestas, erudito Yoongi, respuestas que creo que solo vuestra excelencia podéis darme. Os hemos traído unas viandas como regalo —anuncio mostrándole el fardo que Kim Shin ha cargado a su espalda todo el camino.

—No deberíais haberos molestado, pero podéis dejarlas ahí —dice indicando la gran piedra plana sobre la que están los libros. Kim Shin coloca el fardo en un hueco libre entre ellos—. Espero poder daros las respuestas que necesitáis, alteza imperial —comenta observándome detenidamente—. Sois el vivo retrato de vuestra madre, a la que el pueblo *otoki* aún añora después de tantos años —declara inclinándose en una forzada reverencia—. ¿Qué deseáis saber?

—¿Qué significa ese símbolo? —pregunto caminando hacia la pared y señalándolo con la mano.

El erudito hace un mohín con los labios y asiente.

—Es un símbolo poco conocido en esta era, uno que lo significó todo en el pasado. Es el símbolo de la diosa Hana, también llamada la Hija del Caos. ¿Conocéis su historia?

—No. Sé que en occidente en ocasiones se la confunde con Sylphir.

—Sylphir y Hana son deidades distintas. Sin explicación conocida, en algún momento, los Ancianos trataron de eliminar a Hana borrándola de los textos, haciendo que se la confundiese con su hermana Sylphir. La diosa Hana es la auténtica diosa del mar y los océanos, no el dios Thaladir; también es la diosa del renacimiento que sigue a la destrucción, de ahí que sea confundida con Sylphir. Solo unos pocos eruditos del pueblo *otoki* hemos preservado el conocimiento sobre su significado original, aunque ni siquiera hemos sido capaces de mantener suficientemente vivo su símbolo para las nuevas generaciones. Hemos permitido que se pierda en esta nueva era en la que los jóvenes se jactan de ignorar a los dioses, que se

confunda, aceptando los textos de los Ancianos, sin luchar por la que fue la auténtica fundadora de nuestro pueblo. —Miro a Kim Shin, que está tan desconcertado como yo. Eso parece animar al erudito a hablar más—: Tengo la garganta seca, creo que algo de vino puede ayudarme a refrescarla —añade dirigiéndose al fardo y abriéndolo. Descorcha una de las botellas de cerámica con los dientes y se la bebe entera de un solo trago. El líquido morado se derrama por su barba blanca hasta el extremo final de su trenza y le gotea hasta el pecho, creando un grueso lunar violáceo, que es seguido por varios más—. Delicioso —exclama con una amplia sonrisa de satisfacción. Su cuerpo es tan menudo que nadie diría que le cabe el contenido de una botella entera de vino en el estómago.

—Por favor, continuad —le pido cuando busca otra botella dentro del fardo, la saca y la descorcha del mismo modo. Hemos traído seis, espero que acabe su relato antes de que el vino acabe con su lucidez.

—Como *otokis* conocéis la leyenda de la creación de nuestro pueblo, esa que habla de la ninfa Meliora, ¿verdad? Pues bien, en uno de los textos más antiguos escrito por el erudito Falathorn, este no solo hablaba de que Meliora nos otorgó la forma de nuestros ojos y nuestra simbiosis con el mar, sino que decía que la ninfa fue creada directamente por Hana a partir de espuma de mar para poder reencarnarse en ella, por lo que la propia diosa Hana fundó el pueblo *otoki* —expone con una amplia sonrisa antes de dar un nuevo y largo trago a la botella de vino.

—Pero ¿quién es Hana?, ¿es hermana de Sylphir, de Thaladir y del resto de los hijos e hijas de Eyra y Protos?

—Parece mentira que a estas alturas tenga que hablaros de la creación de Idunia. ¿Qué os enseñan en la escuela hoy en día, muchachos? —nos reprende sin el menor respeto por nuestra posición, y sin ocultar la satisfacción que le produce tener la oportunidad de contarnos una historia que Kim Shin y yo intuimos muy larga. Aun así, no vamos a interrumpirlo, así nos cuente la historia desde el origen de Idunia hasta el día de hoy.

Hace muchos, muchos años, en los albores del tiempo, existían dos poderosos dioses llamados Protos y Eyra. Estos, juntos, dieron forma a un continente prístino y mágico al que llamaron Idunia, y lo llenaron de

exuberante belleza y maravillas sin igual. Sus manos divinas dieron forma a bosques encantados, ríos cristalinos y montañas majestuosas. Decididos a habitar su creación con seres magníficos, dieron vida a una gran variedad de animales y criaturas.

Entre estas criaturas, crearon a elfos gráciles y sabios, a los que dotaron de magia, para que pudiesen proteger la naturaleza; a mujins, *fuertes y decididos, que poblarían la tierra y la trabajarían para obtener lo mejor de ella, y a ninfas etéreas que danzaban con los vientos y las mareas.*

Protos y Eyra, bendecidos con un amor profundo, tuvieron siete hijas y cinco hijos, a los que confirieron dones divinos, y con los que convivirían junto a otros dioses en el Monte Celeste, un lugar en el firmamento ajeno a los devenires del tiempo.

Su hija mayor, Aria, se convirtió en la diosa de la justicia, la sabiduría y el conocimiento, que guiaría a los seres de Idunia hacia un futuro brillante.

La siguiente fue Nyx, diosa del firmamento, la luna y las estrellas, que gobernaría los sueños y las emociones nocturnas, iluminando el cielo con su resplandor plateado.

La tercera hija se llamaba Siria, diosa del amor, la familia y el calor del hogar, quien llenaría el continente con el calor que calentaría los corazones de quienes se encomendasen a ella.

Sylphir, la cuarta hija, fue nombrada diosa de la destrucción, el Inframundo y el Reino de las Brumas. Sería la encargada de guiar a las almas a través del río Kamdo, el que separa el mundo de los vivos del de los muertos, donde castigaría a quienes no cumpliesen con su cometido o se rindiesen a los bajos deseos, corrompiendo su esencia primigenia.

La quinta hija, Bryanda, era la diosa del viento, que controlaría las tormentas y guiaría los vientos en armonía.

La sexta hija, Inué, era la diosa de la guerra.

El primer hijo, Zephyrus, fue nombrado dios de las estaciones y el ciclo de la vida, de la naturaleza y la fertilidad; sería responsable de la flora y la fauna, asegurándose de que la tierra floreciera y prosperara.

El segundo hijo, Véxor, fue dotado del poder de gobernar sobre la oscuridad y la magia de las tinieblas. Él protegería los secretos ocultos de Idunia y velaría por el equilibrio entre la luz y la oscuridad.

El tercer hijo, Erevan, era el dios del fuego y las pasiones prohibidas, protector de los amantes furtivos.

El cuarto hijo, Thaladir, era el dios de las aguas de los ríos, los estanques y la lluvia, pero también el de la serenidad.

El quinto fue Theare, dios de la fortuna, la magia y el poder sobrenatural.

Todos ellos serían los encargados de gobernar Idunia con sus dones divinos, de cuidar del continente creado por sus padres y los seres que lo habitaban.

Pero entonces la felicidad de la familia divina fue amenazada. Protos, cegado por el deseo hacia una ninfa celeste, abandonó a Eyra y se sumergió en las profundidades del cielo nocturno, desapareciendo para siempre entre las estrellas. Esta traición devastó a Eyra y su dolor se convirtió en una oscura tormenta que arrasó Idunia.

Eyra calmó su dolor en los brazos de Kenai, el dios del caos y el libre albedrío, y de esta unión fugaz nació Hana, la diosa del renacimiento que sigue a la destrucción, también diosa del mar y las mareas, protectora de las criaturas marinas y los pescadores, cuya hermosura resultaba verdaderamente deslumbrante. Su cabello era dorado como los rayos del sol; sus ojos, azules y brillantes como el agua más pura, y su piel, tersa y radiante como la caricia de las olas: era la personificación de la belleza divina. Su resplandor irradiaba un aura que cautivaba a todos los que la contemplaban.

A medida que Hana fue creciendo, su belleza se hizo popular entre los dioses del Monte Celeste, su presencia atraía miradas y suspiros de admiración. El resto de los dioses y diosas se quedaban sin palabras ante su divina apariencia. Todos caían rendidos a sus pies, tanto que entre los dioses más poderosos comenzaron a barajar quién sería el afortunado de desposarse con ella. Sin embargo, Hana no parecía interesada en ninguno de ellos.

Su corazón compasivo y su sabiduría divina hicieron que Hana fuera amada y respetada por todos. Aunque muchos dioses del Monte Celeste la pretendían y anhelaban su atención y su amor, ella los trataba a todos por igual, sin mostrar inclinación por ninguno de ellos ni permitir que su belleza nublara su juicio. Así, no solo era una diosa de una belleza deslumbrante, sino que también se ganó el respeto y la admiración de todos por su humildad, compasión y capacidad para amar sin prejuicios.

A medida que Hana se concentraba en su deber como diosa de los mares y los océanos, su poder crecía sin cesar, proporcionándonos mareas suaves, aguas repletas de vida y lluvias abundantes. Su aura brillaba a lo

largo y ancho de Idunia, infundiendo vida y esperanza en cada rincón.

Su dedicación le permitió desarrollar habilidades divinas cada vez más poderosas. No obstante, esta creciente fuerza y poder empezaron a despertar la inseguridad y los celos en su medio hermano Véxor, el dios de la luz y la oscuridad. Este, temeroso de que Hana pudiera superarlo y eclipsar su poder, decidió romper el equilibrio entre la luz y la oscuridad, permitiendo que esta tomase cada vez más fuerza en su interior y, así, enfrentarse a ella en un acto impulsivo y desafiante.

Véxor atacó a Hana en su santuario, donde se encontraba meditando, sin previo aviso. La diosa luchó valientemente, pero él había preparado su ataque durante mucho tiempo y logró capturarla. Así, fue encarcelada en una gruta oscura y desolada donde no había luz, ni siquiera una brizna de esperanza.

Mientras Hana estaba en cautiverio, sus hermanas y hermanos dioses buscaron desesperadamente una manera de liberarla. Al fin lograron encontrar una forma de romper el hechizo de Véxor y llevarla de vuelta al Monte Celeste.

Eyra, la madre de todos los dioses, se enteró de la lucha entre sus hijos y decidió tomar medidas drásticas. Castigó a Véxor por su malvado ataque a su hija predilecta y lo condenó a ser recluido en el Inframundo. Pero Véxor no se rendiría tan fácilmente. Engañando a Sylphir con sus malas artes, huyó antes de entrar en el Inframundo y se escondió en Idunia. A partir de entonces, sería conocido como un dios oscuro, que acecha en las sombras y se alimenta del miedo y la oscuridad.

Ante ese hecho, Eyra pidió a Hana que descendiese a Idunia para buscar a su hermano y encerrarlo en el Inframundo; solo ella era lo suficientemente poderosa como para vencerlo.

Solo había un inconveniente: para descender a Idunia debía reencarnarse en un cuerpo mortal y después deshacerse de él al adquirir su forma divina. Pero cuando Hana lo hizo, reencarnándose en una ninfa que ella misma creó de la espuma de mar, despertó en el océano, desorientada, aún sin recordar nada sobre su condición divina, y conoció a un elfo llamado Wylan y se enamoró de él.

—Wylan Stormrider… ¿Estáis hablando del fundador de la tribu *otoki*?

—Callad, muchacho, y dejadme terminar la historia —me reprende molesto por mi interrupción.

—Pero si estamos hablando de la ninfa Meliora y Wylan, según la leyenda, tuvieron hijos y vivieron juntos durante el resto de sus vidas —vuelvo a intervenir. Sé que lo contraría, pero me temo que si no lo hago pasarán días antes de que termine su historia.

—Sabéis que los finales felices alimentan el corazón, ¿verdad? Esa es la historia que trascendió. Pero lo cierto es que su amor por Meliora, por Hana, provocó que Wylan cortase lazos con su familia y dejó de ser un príncipe elfo del oeste para convertirse en el padre de la tribu *otoki*. Hana permaneció junto a Wylan, desobedeciendo a su madre, Eyra, quien le enviaba mensajes en sus sueños para que lo abandonase, para que aceptase su naturaleza divina y cumpliese su misión. No la había enviado a Idunia para que experimentase el poder carnal del amor uniendo su destino al de un elfo, sino para hallar a Véxor, el dios oscuro, que se escondía como una bruma entre sus habitantes, corrompiendo sus corazones y provocando caos y destrucción a su alrededor. Pero el amor que Meliora, Hana, sentía por Wylan era tan poderoso que desoyó a su madre y permaneció junto a él. Tuvieron varios hijos y vivieron en paz, hasta que los rumores de su reencarnación alcanzaron el oeste, y los antiguos reyes, a quienes Véxor ya había susurrado al oído palabras de temor sobre su poder, decidieron asesinarla, destruyendo su cuerpo mortal antes de que su auténtica naturaleza se revelase.

—¿Y lo lograron?

—Sí. Por medio de los padres de Wylan. Invitaron a ambos a un banquete con la falsa promesa de aceptar su unión y la envenenaron. Hana aún no se había revelado como diosa, no había abrazado a Eyra, permitiéndole que le entregase sus dones y desarrollase todo su poder, por eso lograron acabar con ella. Y no lo había hecho por temor a que Eyra la obligase a abandonar a su amado para capturar a Véxor y luego regresar junto a ella. Después de su muerte, su espíritu ascendió al Monte Celeste, donde Eyra la castigó por desobedecerla, impidiendo que se reuniese con el espíritu de Wylan cuando este falleciese. Solo unos pocos elegidos, almas puras, pueden ascender hasta el Monte Celeste y convivir con los dioses después de cruzar el río Kamdo. Pero Eyra se aseguró de que Wylan no estuviese entre ellos, su espíritu se reencarnaría una y otra vez, pero nunca lograría ascender. Aquí, en Idunia, los Ancianos, bajo la influencia de Véxor, trataron de borrar el rastro de Hana como deidad para que nadie la venerase, para que

nadie alimentase nunca más su energía con sus plegarias y oraciones, atemorizados con que algún día pudiese regresar para vengarse —concluye antes de acabar la segunda botella de un trago.

—¿Y es cierto? ¿La diosa Hana podría regresar? —se adelanta Kim Shin.

—¿Acaso hay algo imposible para una diosa? Yo oro por ello todos los días. Es cierto que hace ya cinco siglos que estamos en paz con el imperio gracias al matrimonio de la hija del clan con el emperador Ryner, pero, hasta entonces, Bahki nunca olvidó la traición de los clanes hacia sus fundadores.

—Y... si la diosa regresase... —«No, eso no puede ser», me digo a mí mismo; aun así, necesito preguntarlo—, ¿lo haría como ninfa de nuevo?

El erudito Lirion Yoongi sonríe ampliamente antes de descorchar la tercera botella de vino y darle un trago.

—Podría volver como ninfa, como *mujin*, como elfa, como un cervatillo del bosque... Cuando la diosa se transformara, el envase se destruiría.

—¿«El envase se destruiría»? ¿Quiere eso decir que moriría?

—No, eso quiere decir que su cuerpo se transformaría.

—¿Y cómo puede evitarse?

—No se puede. ¿Quién podría controlar a una diosa? Sucederá llegado el momento, pasen uno o diez mil años.

—Y cuando eso suceda...

—Según las leyendas, su existencia hasta ese momento se desvanecerá, se desprenderá de cualquier vínculo terrenal y recuperará su esencia primigenia. Pero hasta ese momento, su existencia es común, nadie podría descubrir que se trata de ella.

—Y, hasta entonces ¿hay algún modo de... identificarla?

—Pues podría portar la marca de la Sangre Sagrada... Dicen que la ninfa Meliora tenía una cicatriz con el símbolo de Hana en uno de sus brazos. Pero no hay modo de saber si esto es así, puede que no sea cierto. ¿Por qué me preguntáis todo esto? ¿Es que sospecháis que la diosa se ha reencarnado? —pregunta dejando la botella y dirigiéndose hacia nosotros, pestañeando muy seguido con los ojos muy abiertos—. Respondedme, por el amor de las diosas. El mundo está lleno de farsantes, no me extrañaría que os hubiesen engañado.

—Entregadle los cabellos —me insta Kim Shin.

Rebusco en el interior de la manga izquierda de mi kimono los tres o cuatro cabellos que arranqué a Cassle por indicación suya para traérselos al erudito, fingiendo que se me habían enredado en los bordados de las mangas del kimono. Se los tiendo y los toma entre los dedos y camina con ellos hasta situarse en su lugar de oración. Lanza la brizna dorada de cabello al aire y este queda flotando gracias a su magia. Comienza entonces a recitar oraciones en idioma antiguo que no puedo entender y a trazar hechizos con los dedos índice y corazón. De pronto, la brizna de cabello se ilumina, empieza a arder en el aire rodeada de chispas de magia y acaba en un destello que ilumina toda la estancia y apaga todas las velas con un oleada de viento que nos sacude a los tres. El erudito Lirion cae de espaldas al suelo, quedando con las piernas hacia arriba y los pies desnudos que han perdido las sandalias. Nos acercamos para comprobar su estado. Está tumbado con los ojos abiertos como platos, el cabello completamente erizado, también la barba, y una sonrisa enorme en el rostro. Ríe en voz baja, aunque poco a poco va aumentando el volumen hasta hacerlo a carcajadas. Kim Shin y yo intercambiamos una mirada, ¿es que ha enloquecido? Súbitamente da un salto, recuperando la verticalidad.

—¿Quién es? ¿Dónde está? Por todos los dioses, esto es... es increíble...

—¿Es ella? —pregunto con el corazón palpitando por la angustia.

—¡Claro que es ella! ¡Es la reencarnación de Hana! Necesito verla, necesito saber quién es... —dice buscando sus sandalias por el suelo.

—No. Nadie puede saber quién es, al menos no aún —le advierto, y él arruga el entrecejo decepcionado.

—Pero..., alteza imperial, he consagrado toda mi vida a la oración, a rogar por su regreso y ahora... ahora que ha vuelto, no podéis decirme que debo resignarme sin más.

—El príncipe Altair no ha dicho eso, ha dicho que aún no podemos revelar de quién se trata. Necesitamos tiempo, debéis ser paciente —trata de mediar Kim Shin, aunque el erudito no parece convencido; sin embargo, no le queda más remedio que obedecerme, se juega la vida.



Mientras tomamos el camino de regreso, una frase no deja de repetirse dentro de mi cabeza: «Su existencia hasta ese momento se desvanecerá, se desprenderá de cualquier vínculo terrenal y recuperará su esencia primigenia».

Eso significa que, si ese tipo medio chiflado está en lo cierto, Cassle dejaría de ser Cassle, dejaría de sentir lo que quiera que siente por mí y se convertiría en la diosa Hana, dejando atrás todos sus recuerdos, dejándome atrás a mí. Que la perderé, eso es lo que significa.

—¿En qué pensáis, Altair? —me pregunta Kim Shin. Ha estado caminando a mi lado en silencio desde que salimos de la cueva, hace largo rato.

—En que no puede ser cierto, ese tipo es un demente. No conozco ese hechizo, debe de ser algo que ha hecho para sorprendernos y nada más —respondo más para tranquilizarme a mí mismo que para convencerlo a él.

—Desde luego, ha cambiado mucho desde la última vez que lo vi, antes parecía… respetable. Iba aseado, y en nuestra presencia no tomó una sola gota de alcohol —reflexiona en voz alta mientras abandonamos el desfiladero del acantilado.

—Permaneceremos alerta y ya está.

—Eso explicaría por qué ha contenido vuestro yang…

—Tiene que haber otra explicación, estoy convencido de que la hay, aunque no lo sepamos. No debemos decir ni una sola palabra al respecto, ni siquiera a tu padre, ni a mi tío.

—¿Aún necesitáis advertírmelo? —bufa molesto con mi insistencia.

—Lo siento. Estoy nervioso, no sé cómo voy a sobrellevar esto…

Mi *orabeoni* me da un golpe en el hombro con su puño.

—Lo haréis.

41

Cassle



El agua nos moja los pies, y es una sensación deliciosa. La temperatura no es demasiado alta, debido a unas nubes que han cubierto el cielo, pero tampoco hace frío. Rosy al fin se ha acostumbrado al ir y venir de las olas; las primeras veces huía de ellas, pues no había estado antes junto al mar. Ni siquiera se había dado cuenta de su grandiosidad a pesar de verlo desde casi cualquier rincón del Palacio Blanco. Me confiesa que creía que el cielo tenía dos colores en Arrecife Azul. Yo, en cambio, es la segunda vez que lo veo; la primera vez fue acompañando a mi padre a una aldea llamada Araso, en el suroeste de Thandel, para comprar conchas con las que hacer collares que se vendían muy bien en el mercado. Yo tenía unos diez años y acompañarlo me hizo sentir mayor e importante. Aún lo sigo echando de menos.

La playa está muy concurrida, elfos y *mujins* conversan entre ellos en la orilla, las familias comparten tiempo juntos, sin que la forma de sus orejas parezca importarles lo más mínimo. ¿No podría ser así en toda Idunia? ¿Tan difícil es hallar la paz entre ambos? Dejar a un lado los odios y los viejos rencores, basados en el pasado, hacer que haya nuevos muertos en honor a los antiguos, ¿acaso no debería ser la paz el mejor remedio para sanar las heridas?

Una gran ola se dirige hacia nosotras y Rosy comienza a correr hacia la arena seca, asustada, pero es inútil, nos envuelve, y el nivel pasa de las rodillas a la espalda, arrollándonos. Acabamos rodando sobre la arena. Cuando alzo la vista busco a Rosy, que está aún más lejos que yo. Abre los ojos, primero uno y después el otro, y no puedo evitar reír a carcajadas hasta que me doy cuenta de que ha perdido su velo.

Se lleva ambas manos al rostro y echo a correr lo más rápido que puedo en su dirección, pero mi kimono mojado pesa mucho y me cuesta moverme con él. Sin embargo, cuando la alcanzo me percato de que mira hacia todas partes y toma conciencia de que nadie está mirándola, dado que el resto de los presentes en la playa continúan a lo suyo: mujeres que conversan mientras tejen redes juntas; una elfa cultiva su energía con los ojos cerrados sobre la arena con las piernas cruzadas por los tobillos; un niño elfo y otro *mujin* juegan a lanzarse una flecha cuya punta es una bola de goma. Rosy me mira y poco a poco aparta las manos del rostro, siguen sin mirarla; ella, en cambio, clava sus ojos en mí y se pone a llorar de felicidad. La alcanzo y agarro sus manos y comenzamos a saltar y a gritar como locas, entonces sí que nos miran, solo un instante, para después volver a sus quehaceres.

Agarro a Rosy del brazo y la subo a mi espalda, echo a correr hacia el mar y nos estrello contra una ola. Ella saca la cabeza escupiendo agua a la vez que ríe, yo también, me ha entrado por la nariz; luego, volvemos a reunirnos y a reír cogiéndonos de la mano.

—Gracias, gracias por traerme aquí —me dice con los ojos llenos de una emoción que se derrama por sus mejillas. Las limpio con los pulgares.

—Gracias a ti, por ser mi amiga. Por ser la mejor amiga que alguien puede tener —respondo, y la abrazo con fuerza. Me la vuelvo a subir a la espalda y camino hacia la orilla. Veo entonces una silueta que reconozco de inmediato en la distancia: es Altair, está de pie sobre la arena, mirándonos.

—Vamos, ve a reunirte con tu enamorado —me insta Rosy con una sonrisa, bajando de mi espalda y empujándome hacia delante.

Un trueno rompe con su estruendo la calma y comienza a llover con fuerza. Rosy, asustada, echa a correr hacia la orilla, yo la sigo sin tanta prisa. Al pasar junto a Altair le hace la correspondiente

reverencia y prosigue su camino de regreso hacia el Palacio Blanco. La lluvia me golpea con energía, también a Altair, que no hace el menor intento de taparse.

En su rostro me aguarda una sonrisa que encuentra reflejo en la mía. No parece capaz de esperar a que lo alcance y comienza a caminar hacia el agua. En la orilla ya desierta se desprende de la parte superior de sus kimonos, el interior y el de gala, y los arroja a la arena seca. Se introduce en el agua, en cuya superficie chisporrotean las gotas que se estrellan contra el mar. Cuando me alcanza me sube a sus caderas y me besa, y siento que soy capaz de parar el tiempo con solo chasquear los dedos, que soy capaz de convertirme en un rayo de luz que surque el horizonte antes de estallar de amor.

Su boca me devora, sus besos son salvajes y ardientes, su lengua se enreda con la mía mientras me saca del agua. Me aferro a su cuello de granito y me lleva como si pesase menos que una pluma. Se agacha sin apartarse de mi boca, toma algo del suelo y pasa sobre mi cabeza la chaqueta de su kimono, con la que trata de protegerme de la lluvia. Siento una puerta que se abre y veo que estamos en una especie de caseta de pescadores en la que hay una barca en el suelo sujeta con tacos de madera. Altair echa dentro sus kimonos y sube a esta, me ofrece su mano para ayudarme y lo obedezco. La lluvia golpea con fuerza la madera generando un ruido sordo.

Comienzo a desanudar mi kimono mojado. Él me ayuda tirando de las cintas que lo sujetan, sacándolo con cuidado por mis brazos y también mis piernas. Me quedo completamente desnuda, con la piel erizada.

Altair contempla mi cuerpo con deleite y posa sus manos en mi piel con sumo tacto. Están cálidas, son fuertes y me acarician con cuidado, primero los hombros, ascendiendo despacio hasta mi cuello. Me sujetan por la garganta y me atraen hasta él, que vuelve a devorar mis labios como si de un delicioso manjar se tratase mientras lo ayudo a deshacerse del resto de la ropa, que posa en el fondo de la barca.

Lo empujo con cuidado hacia atrás y hago que se siente, acaricio su hombro lastimado y asciendo hasta su cuello poderoso. Altair me mira a los ojos expectante, complacido con mi iniciativa. Acaricio su mentón con las manos, subo por sus mejillas, por sus ojos, que cierra, por su frente, y entierro ambas manos en su cabello negro, y entonces me apodero del vértice de sus orejas ligeramente puntiagudas y

comienzo a acariciarlas despacio con los dedos. Echa la cabeza hacia atrás, disfrutando con la caricia, y deja escapar un pequeño gemido. Siento sus manos posándose en mi cintura y, cuando abre los ojos, es como si todo el fuego del inframundo ardiese en ellos.

Me inclino sobre él y me subo a horcajadas a sus caderas, posando mi sexo desnudo sobre el suyo, que ha despertado y se muestra pleno en su solemne firmeza, me mezo sobre él a la vez que me besa. Sus labios aprisionan los míos, acariciándolos con su lengua, a la vez que, despacio, me subo a su erección y lo introduzco en mi interior, que se acopla despacio a su inmensidad. Lo deseo, lo deseo más de lo que jamás podría haber imaginado que se podía desear a alguien. Altair me agarra por las caderas y gime sobre mi boca, pero me enderezo y le ofrezco mis pechos. Atrapa uno de ellos entre los labios a la vez que me muevo arrancándole gemidos de placer.

Sus manos se hacen firmes en mis nalgas cuando comienzo a cabalgar sobre él, apresurando mis movimientos. Voy buscando mi propio placer con cada envite. Encuentro entonces esa sensación mágica que surge de su cuerpo y comienza a invadirme y a recorrerme. Altair abre los ojos, hay temor en ellos, ahora sé qué es lo que estoy sintiendo, es su yang, su energía primigenia vuelve a penetrarme.

—Cassle, para, es peligroso… —suplica, pero no voy a detenerme, y él no puede hacerlo, lo tengo atrapado bajo mi cuerpo.

Acelero todavía más mis movimientos, con más intensidad, dispuesta a obtener lo que necesito, el placer sublime que está ofreciéndome. Todavía trata de contenerse, arruga el ceño, pero me hundo con más fuerza, más profundo, y solo puede gemir. El miedo da paso al placer sublime y se deja llevar, rodeando mi cintura con los brazos y acompasando mis movimientos hasta que un gutural jadeo escapa de su garganta a la vez que una oleada de placer provoca que me sacuda, que me derrita, que ascienda en el aire, unida aún a su cuerpo. El orgasmo es arrollador, creo que voy a morir de gozo y a la vez me siento más viva de lo que me he sentido en toda mi vida. Es la sensación más maravillosa que he experimentado nunca.

Cuando su esencia se ha derramado en mi interior, Altair se deja caer hacia atrás, extenuado, y me tumbo sobre su pecho, con nuestros cuerpos aún sellados en su carne más íntima, y disfruto con el sonido de los latidos de su corazón en mis oídos. Despacio, me muevo para

liberarlo y me tumbo a su lado en el fondo de la embarcación. Le beso el torso y lo miro a los ojos, está serio.

—¿Qué sucede? —le pregunto—. ¿Estás bien?

—¿Por qué lo has hecho? —En su mirada hay rabia y no puedo entenderlo—. He intentado protegerte, y tú... tú...

—No necesito que me protejas. Mírame, estoy perfectamente. Si cada vez que lo hagamos vas a ponerte así... —respondo molesta con su actitud.

Trato de incorporarme, pero él me sostiene y me estrella de nuevo sobre su pecho. Alzo el mentón y lo miro a los ojos. Su expresión ha cambiado.

—Perdóname —dice, y fuerza una sonrisa—. Lo siento, es que me preocupa demasiado hacerte daño.

—No lo harás, olvídalo ya de una vez —protesto enfurruñada, besándolo en el pectoral.

Altair sonríe y alza el brazo izquierdo poniéndolo bajo su cabeza como una almohada, con la mirada fija en el techo, sobre el que continúan golpeando las gotas de lluvia sin cesar. Su cabello negro está enmarañado por nuestro derroche de pasión y eso me hace sonreír. «También debe de estarlo el mío», pienso.

Recorro su esternón en una caricia y dirijo mis dedos hacia su pectoral izquierdo; caminando por su piel de alabastro con ellos, juego con su pezón sonrosado. Él me mira de reojo sin dejar de sonreír. Y después asciendo en dirección a la herida violácea que permanece abierta junto al hombro, toco con cuidado el borde. Altair aguarda en silencio, aunque aparta la mirada y vuelve a dirigirla al techo de tablas. Percibo un chisporroteo en los dedos y poco a poco la daga se hace visible a mis ojos envuelta en la bruma azulada. Altair la observa, tan sorprendido como yo misma. Estiro uno de los dedos y trato de tocarla, ojalá pudiese hacerlo y arrancarla de su carne de una vez para siempre. Pero mis dedos solo tocan el aire, como si la daga no fuese más que un mero espejismo. Vuelvo a intentarlo con más ahínco, con el mismo resultado. Entonces la bruma se disipa y la imagen de la daga se esfuma.

—¿Cómo... cómo has hecho eso?

—No lo sé.

—Solo yo puedo mostrarla con mi magia...

—Quizá lo has hecho sin darte cuenta.

—No, en absoluto. No he sido yo, has sido tú —exclama inquieto.

—Pues debe de ser tu magia, que ahora está dentro de mí —supongo sin preocuparme demasiado. Sin embargo, Altair arruga el entrecejo haciéndome saber que para él no será tan sencillo dejarlo pasar por alto. La lluvia deja de caer de forma súbita, del mismo modo en que comenzó—. Vamos, será mejor que nos vayamos.

Altair me entrega la parte superior de su kimono interior, que está algo húmedo, pero mucho menos que mi ropa empapada. Aunque es largo, solo me cubre hasta la mitad de los muslos, y si me entrega su pantalón será él quien vaya medio desnudo. No podemos salir así. La única solución es ponerme mi ropa mojada.

—Espera —me pide cuando voy a bajarme de la barca para hacerlo, y, chasqueando los dedos, convoca a uno de esos pájaros dorados de magia.

—No necesitamos luz ahora —indico, y él sonríe pagado de sí mismo.

—Te dije que los *bakum* sirven para muchas cosas —afirma poniendo un dedo en horizontal cerca de sus labios. El pájaro se posa sobre este y él le susurra algo entre las alas. Pronto echa a volar de nuevo y se marcha veloz.

—¿Qué has hecho?

—He enviado un mensaje para alguien.

—¿Para quién? —pregunto, pero él solo tira de mí hacia su cuerpo y hace que me siente entre sus piernas, con la espalda pegada a su torso.

Me rodea con los brazos y me besa en el cuello desde atrás.

—No seas impaciente.

—¿Y puedes enviar un mensaje muy lejos?

—No demasiado lejos, ten en cuenta que están hechos de energía y la energía se va disipando cuanto más lejos se encuentra de su fuente.

—Tienes un gran dominio de la magia.

—Siempre me he considerado mejor guerrero que mago.

—¿Has librado muchas batallas?

—Muchas. Desde que mi madre falleció y mi padre decidió que ya era lo suficientemente adulto como para comenzar a ganarme mi posición.

—¿Crees que siempre tuvo claro que te elegiría a ti como su

heredero en lugar de a tu hermano? —pregunto sintiéndome segura entre sus fuertes brazos.

Él me besa en el cabello y tarda un instante en responder.

—En cierta forma, creo que sí, ¿por qué, si no, me enviaría a mí a luchar mientras mi hermano se quedaba en el palacio holgazaneando? Porque supuestamente estaba cultivando su yang, pero en realidad todos sabían a lo que se dedicaba, a dar rienda suelta a sus bajas pasiones y a retozar con las *mujins* a su servicio —dice con tono reprobatorio.

Me giro y lo miro a los ojos.

—¿Lo nuestro también son bajas pasiones? —planteo con total sinceridad.

Él arruga el entrecejo y me besa en los labios.

—En absoluto. Esto es... es lo más hermoso que he vivido desde hace siglos. Tú... tú has hecho que vuelva a sonreír, que vuelva a tener una ilusión por la que abrir los ojos cada mañana. Lo nuestro no tiene nada que ver. Perdóname si te he molestado con mis palabras —me pide, y me parece tan dulce que no me queda otra que acunar su rostro entre las manos y devolverle el beso en los labios.

—Y lo que tienes con la dama Wells..., ¿qué es? —Aprovecho que parece dispuesto a hablar.

Él sonríe por mi curiosidad y niega con la cabeza.

—Una sana amistad.

—Será por tu parte. Porque aquel día en el Velador del Sol ella te miraba... como si pudiese desnudarte con los ojos. —Mi comentario lo hace reír a carcajadas—. ¿De qué te ríes?

—Estás celosa.

—¿Qué? No. ¿De esa elfa estirada? Por favor...

—Lo estás.

—Ni hablar —protesto.

—Pero no tienes motivo para estarlo, porque en mis cuatrocientos años, nunca me había sentido así con nadie. Ya te lo dije: eres la única con la que he compartido mi yang —declara llenándome de vanidad.

Sonrío y me acurruco contra su cuello, que beso justo bajo la nuez.

—Recuerdo la primera vez que nos vimos, me pareciste tan aterrador y, a la vez, no podía dejar de mirarte. Creo que ya en ese

momento supe que podía confiar en ti... Me miraste a los ojos y dijiste algo tan dulce como «Lárgate, pequeña *mujin*. No toques a mi caballo» o alguna cosa parecida.

—No fue así. La primera vez que nos vimos fue en el patio interior, cuando te hice venir...

—¿Me «hiciste venir»? Me secuestraste —protesto—. Esa fue la primera vez que nos vimos en el Palacio de Piedra, pero nos conocimos mucho antes. ¿No lo recuerdas? Nos conocimos en el Bosque de las Ánimas, *Farat* se había herido en una pata y yo traté de ayudarlo...

—¿Eras... aquella niña?

—¿Lo recuerdas?

—Pero dijiste que te habías criado en la aldea Delhaya...

—Te mentí. Trataba de proteger a mi madre, haciéndote creer que había aprendido de esas *mudangs*.

—Pequeña mentirosa... —acepta condescendiente—. Así que eras tú, aquella niña. —Asiento—. Me pareciste muy valiente y decidida, empeñada en ayudar a mi caballo a pesar del miedo que debías de sentir ante mí.

—Ya entonces me protegiste, evitando que me descubriesen.

Unos golpes secos resuenan en la puerta de la cabaña.

—Alteza imperial, soy Kim Shin, he traído lo que me pedisteis.

—¿Cómo no iba a ser el *bakum* para él? —digo divertida, en un susurro.

—He pedido a la criada Rosy ayuda para traer la ropa de la señorita Cassle —añade, y la palabra «señorita» me suena tan extraña, pero taaan extraña al referirse a mí, que miro hacia la puerta, aunque no pueda verlo tras ella. Altair baja de la barca de un salto, abre y recoge la ropa.

—Gracias, puedes retirarte —le ordena, y regresa a mi lado—. Toma, vístete antes de que ignore que mi tío me espera y vuelva a hacerte el amor como si el mundo fuese a acabar mañana.

42

Altair



Cassle ha invocado a la daga maldita. La ha invocado e incluso ha tratado de agarrarla con sus manos. Aún me cuesta creerlo. Nadie puede hacer algo así, salvo yo, que soy quien está dañado por ella.

Quizá tenga razón y se deba a mi yang, que ahora contiene en su interior. Es una locura... El Altair anterior a conocerla nunca habría hecho algo así, pero cada vez queda menos en mí del que fui, poco a poco Cassle ha ido transformando mi existencia, colándose en mi corazón hasta el punto de que no quiero recordar cómo era mi vida sin ella. Porque no quiero imaginar una vida en su ausencia.

A pesar de lo que ha dicho el erudito Lirion, de sus sospechas de que Cassle sea la reencarnación de Hana. ¿Cómo podría una diosa reencarnarse en el cuerpo de una *mujin*?

Aunque siempre percibí algo especial, algo distinto en ella. Desde su olor a mar, a la paz que siento cuando me hallo a su lado, a que sea capaz de contener mi energía primigenia sin lastimarla, al menos no como debería hacerlo. Cassle no es una *mujin* corriente, y lo que siento al hacerle el amor no es más que la confirmación de eso. Jamás he experimentado nada parecido con anterioridad, con ninguna pareja de lecho. Sentí que no solo recibía mi yang, sino que su energía se fundía con la mía, convirtiéndose en una sola...



Durante la cena con mi tío Jihoon, su esposa y mi primo, no puedo dejar de pensar en ella. Desde que nos despedimos a la entrada del Palacio Blanco ha transcurrido un buen rato, y me pregunto si estará bien, si volverá a sentirse indispuesta después de que, en esta ocasión, no haya podido contenerme en lo más mínimo y haya compartido mi yang por completo. Trato de seguir la conversación, Yun se encuentra muy ilusionado con su ceremonia de Seiryu Takai, que se celebrará mañana desde bien temprano.

Aún recuerdo la mía, fue cuando Kim Shin se convirtió en mi *orabeoni*, mi hermano de sangre y magia, mi protector fiel y el compañero de mi vida hasta el último de nuestros días. A partir de mañana, mi primo también contará con su propio *orabeoni*, como el general Daiyue Shin, padre de Kim Shin, lo es de mi tío Jihoon. A partir de mañana, mi primo Yun Saeroyi será considerado un adulto y le serán encomendadas tareas relacionadas con el gobierno de Bahki. Lo que él entiende como un gran honor es a la vez una gran responsabilidad, y estoy convencido de que mi tío así se lo hará saber.

—¿El erudito Lirion te dio las respuestas que esperabas? —me pregunta mi tío Jihoon en tono confidencial, mientras su esposa y su hijo atienden a la exhibición de espadas que han preparado para la cena previa a la ceremonia de Seiryu Takai.

—Sí. Aunque lo cierto es que me ha provocado más dudas —admito.

Él asiente y sonríe.

—Suele ocurrir con las cosas importantes, porque nada es blanco o negro. Pero te diré lo mismo que le digo a mi hijo: para ser un buen líder, con el primero con el que debes ser honesto es contigo mismo —asegura posando una mano en mi hombro, provocando que se mueva un poco y que la daga maldita me lastime. Y vuelvo a pensar en cómo pudo invocarla.

—Gracias, líder del clan.

—Recuerda que el clan Saeroyi y todo Bahki siempre estarán de tu parte, incluso aunque debamos posicionarnos en contra del imperio. Nunca olvides que tú eres el líder natural del clan, yo solo ocupo tu lugar mientras no puedas ejercer como tal.

—El clan no puede tener un mejor líder que vos, tío —digo con total sinceridad, él asiente y sonríe complacido.



Después de la cena regreso a mi habitación. Es tarde, mañana será un día largo y debería irme a dormir pronto, pero no puedo hacerlo sin saber antes cómo se encuentra Cassle. Envío a Kim Shin a averiguarlo mientras me siento en la terraza con vistas al mar nocturno, cuando la luna Meren, acompañada de sus hermanas menores, se alza en mitad del horizonte, danzando sobre la superficie oscura, que, como un espejo, devuelve su imagen plateada. Las luces de los barcos de pesca *otokis* tintinean como estrellas, confundiéndose con sus gemelas en el horizonte despejado. Una suave brisa me revuelve el cabello y cierro los ojos para disfrutar con la inesperada caricia. Doy un sorbo a la copa de vino que me he traído del banquete para terminarla, y el sabor amargo y amaderado me invade la boca. Las olas alcanzan la orilla una y otra vez, abajo, en la playa, en una danza incansable y tremendamente relajante.

Y pienso en su imagen esta tarde, en esa misma playa. Verla bailando, riendo, disfrutando de ser sacudida por las olas cuando mi corazón regresaba dañado por las palabras del erudito Lirion, apaciguó mi interior y no hizo sino confirmarme lo que ya sabía: que la amo. *Mujin*, diosa, o aunque fuese la mismísima reencarnación del mal, lo que siento por ella es… tan inmenso como el mar que se extiende ante mí. Puedo entender perfectamente al príncipe Wylan, que lo abandonase todo por permanecer junto a su amada, porque si a algo no estoy dispuesto es a renunciar es a ella. Cuando la vi desfallecer, desplomarse en el suelo, creí que la había perdido para siempre, y no he sentido un dolor semejante en toda mi vida. Jamás.

Nunca elegí ser el príncipe heredero, como nunca elegí ser príncipe ni guerrero, mi vida ha venido marcada por mi nacimiento. Ahora, por primera vez, deberé elegir por mí mismo, y elijo ser feliz, a su lado, si soy tan afortunado de que ella también me elija a mí.

Siento unos pasos a mi espalda y me giro para comprobar de quién se trata.

—No está en su habitación —revela Kim Shin, provocando que me incorpore de inmediato—. La criada Rosy afirma que la señorita Cassle se encontraba bien. Hace un buen rato que se marchó y le advirtió que no regresaría esta noche, pero ella pensó que habría venido a veros.

—¿Dónde puede estar? —me pregunto con el corazón golpeándome con fuerza bajo las costillas.

—Me costaría creer que haya escapado, alteza imperial.

—No, eso no puede ser…

Hemos compartido un momento maravilloso juntos esta misma tarde, no puedo creer que se haya esfumado sin más, que me haya abandonado. Imposible.

—¿Le habéis comentado algo de… lo de su marca de nacimiento?

—Claro que no. —La angustia trepa por mi garganta como una hiedra venenosa, provocando que mi yang se agite y la energía oscura de la daga cobre fuerza, provocándome un dolor intenso que compromete la movilidad de mi brazo izquierdo. Debo relajarme, pero ¿cómo podría hacerlo cuando Cassle ha desaparecido?—. ¡Joder! —exclamo arrojando la copa de cristal contra la pared, rompiéndola en mil pedazos—. Levanta piedra sobre piedra, desmonta el Palacio Blanco, Kim Shin, pero tienes que encontrarla —le ordeno, y mi espada imperial asiente sin dudarlo, girándose para marcharse.

—¡Espera! —pide una voz femenina desde la puerta de mi dormitorio.

Cassle da un paso abandonando las sombras del interior, permitiendo que la luz de los farolillos de la larga terraza la alcancen. Está vestida únicamente con una sábana que sujeta con los brazos alrededor de su cuerpo. En cuanto Kim Shin se da cuenta de su escasez de ropa, se gira dándole la espalda para no mirarla.

—¡¿Qué haces?! ¡¿Estabas en mi dormitorio todo el tiempo?! ¿Es que pretendes volverme loco?

—Me escondí para darte una sorpresa —revela con timidez.

—Si me lo permitís, alteza imperial, me retiro —solicita Kim Shin.

—Adelante —digo, y se aleja con paso premuroso, dejándonos a solas.

Cassle se me acerca despacio, temerosa de mi reacción, pero no puedo sino abrazarla y estrecharla con fuerza contra mí.

—Siento haberte preocupado, me pareció una buena idea darte una sorpresa, pero ya veo que no lo era. Lo siento —se disculpa abochornada con el rostro pegado a mi pecho. La aparto un instante para mirarla a los ojos.

—No, perdóname tú, mi reacción ha sido desproporcionada. Pero

el mero hecho de pensar que te hubieses marchado... —confieso asiéndola por las caderas y besándola en los labios.

—No voy a escapar, ¿por qué iba a hacerlo? —plantea cuando se aparta de mi boca—. Quiero estar contigo, cada momento, cada instante en el que pueda estar a tu lado lo aprovecharé, aunque no sea más que una simple *mujin* que ha osado enamorarse de un príncipe elfo —confiesa encogiéndome el corazón.

—Yo también te amo, Cassle. Nunca creí que podría llegar a sentirme así, ni siquiera imaginé una unión semejante con una elfa, pero conocerte me ha demostrado que es más importante lo que nos une que lo que nos separa —confieso, y le pellizco la mejilla.

—¿A qué se refería Kim Shin cuando ha hablado de mi marca de nacimiento? ¿Os referís a la marca de mi nuca?

—Sí, hemos estado haciendo averiguaciones sobre ella.

—¿Sobre mi marca de nacimiento? ¿Por qué? He visto a muchas personas con marcas con distintas formas: una fresa, una rata, incluso un oso... Es algo corriente...

—No, Cassle. La tuya no es una marca corriente.

—¿Por qué no? Es una estrella. Yo no puedo verla si no es con un espejo. No sé qué puede tener de especial. Dices que habéis estado haciendo averiguaciones..., ¿qué pasa?, ¿es algo malo?

—Es una estrella de mar, envuelta en un círculo —expongo, y ella arruga el entrecejo. No quiero preocuparla, y en cuanto le comente que puede que sea la reencarnación de una diosa, que cuando esa diosa despierte y tome el control ya nada será igual, ni sus recuerdos, ni su vida, ni su propio cuerpo, quizá... No debo hablarle de eso en este momento, no quiero crearle una angustia que no le servirá de nada más que para martirizarla porque, si es cierto, según el erudito Lirion no hay nada que pueda hacer para evitarlo—. Hemos estado investigando su significado, pero aún no hay nada claro. Todo está bien, de verdad, no tienes de qué preocuparte. —Ella asiente sin estar demasiado convencida, pero la conozco lo suficiente como para saber que la asusta insistir y que acabe revelándole algo que quizá prefiera no saber—. Olvidémonos del tema por el momento, ¿de acuerdo? —Cassle asiente con una sonrisa contenida—. Y ahora, ¿puedo desenvolver mi sorpresa? —sugiero con picardía, asiendo el borde de la sábana que la envuelve, y ella se echa a reír antes de asentir, arrebatándome.

Volvemos a hacer el amor, con el sonido del mar como música de fondo, entre las suaves capas de seda de mi futón, con el perfume de su placer embriagando mis sentidos y el sabor de su cuerpo empapando mis labios de su esencia.

43

Cassle



Estoy en mitad de una gran sala oscura, es tan grande que a mi alrededor solo veo oscuridad. El suelo está mojado, y camino con los pies descalzos por él, creando pequeñas ondas que se extienden por la superficie de agua. Voy vestida con un camisón blanco con cintas doradas, con el cabello suelto en una cascada de ondas que me llega a los pechos. Al fondo veo una luz, como si fuese el final de un túnel, y sé que debo dirigirme hacia allí. Cuando me acerco me doy cuenta de que no se trata de una salida, sino de una esfera de luz brillante, de una energía que no deja de moverse, de girar sobre sí misma. No está demasiado alta, creo que podría alcanzarla con los dedos si me alzase de puntillas, pero no me atrevo a hacerlo. Miles de partículas brillantes danzan en esta gran esfera, miro hacia todas partes, estoy sola.

De pronto, la bola comienza a cambiar su forma, a descender y a estirarse, y poco a poco toma forma, puedo distinguir en ella un cuerpo femenino hecho de luz dorada de la cabeza a los pies. Me fijo en su rostro, en su cabello, es una dama joven, con largos cabellos dorados y rasgos delicados; sin saber por qué, me resulta familiar. Estiro la mano hacia ella, e imita mi movimiento, nos tocamos la punta del dedo índice y siento un cosquilleo eléctrico que me produce

escalofríos. Sin embargo, la dama de luz sonríe y asiente.

—¿Quién eres? —me atrevo a preguntarle.

—No tengas miedo. Ven —responde con voz calmada, y abre los brazos, aguardándome. Pero me asusta demasiado, doy un paso atrás.

—¿Quién eres?

—Soy Eyra, tu madre. No debes asustarte, mi pequeña, siempre has sabido que eres diferente… —dice de improviso.

Yo hago un gesto de negación; miente, no es cierto. Yo no soy diferente, soy igual que mis hermanos. ¿Quién es Eyra? Mi madre desde luego que no. Solo he oído mencionar ese nombre en… las leyendas.

—Mi madre se llama Kasandra Redgrim —repongo, y ella niega con la cabeza, dando un paso hacia mí—. ¿Dónde estoy?

—En tu núcleo de energía.

—¿Qué? Los *mujins* no poseemos núcleo de energía —respondo dando un nuevo paso hacia atrás, pero ella avanza para mantener nuestra distancia. La que afirma ser mi madre cobra un aspecto más corpóreo, más real… Veo entonces que va vestida con una túnica larga de color blanco, con los pies desnudos y el cabello sujeto en la frente por una cinta de color dorado.

—Tú no eres una *mujin* —afirma llevando uno de sus dedos hasta la oreja derecha y retirando el cabello hacia atrás, dejándola al descubierto. Su oreja es puntiaguda como la de los elfos. Ella sonríe ante mi asombro.

—¡No! ¡Esto es un sueño! —protesto tratando de llevarme ambas manos a las orejas para comprobar que siguen siendo redondas; sin embargo, la dama de luz no me lo permite, me sujeta por las muñecas —. Déjame, déjame —le exijo.

—¡Abrázame, Cassle! ¡Acepta tu naturaleza!

—¡Déjame en paz! —grito, y tiro con fuerza, zafándome de su fuerte agarre.

Y entonces despierto, sentándome en el lecho y llevando ambas manos a mis orejas, palpando aliviada que continúan redondas.

Ha sido un sueño, un maldito sueño…

—Ay —oigo a Altair lamentarse y sentarse también en el lecho. Ambos estamos en penumbra, con la única iluminación de una vela situada en un lateral del futón, en el suelo, lo suficientemente lejos como para que no prenda fuego a nada.

Altair se sostiene la nariz con ambas manos, cubriéndola, y no deja de quejarse, no sé qué le sucede.

Uno de los miembros de su guardia personal descorre la puerta de madera y entra a toda velocidad al oír al príncipe lamentarse. Nos mira desconcertado.

—Tranquilo, Henley, estoy bien, puedes retirarte —dice con voz nasal, sin apartar las manos de la nariz.

El guardia asiente y se marcha dedicándome una mirada de reojo. Entonces tiro de las manos de Altair para ver qué le ocurre y me doy cuenta de que le sangran los dos orificios de la nariz.

—Madre mía, ¿qué te ha pasado?

—Eso debería preguntártelo yo, ¿por qué me has golpeado? —me recrimina volviendo a sujetarse la nariz.

—¿Yo? —No puedo dar crédito.

—Sí, tú… Has gritado «¡Déjame en paz!», y cuando me he girado para ver qué te sucedía te has puesto a manotear como un perro en el agua —explica con una voz muy cómica, y no puedo evitar echarme a reír—. ¿Te hago gracia? —pregunta con la misma voz nasal, haciéndome reír aún más. Hace un mohín de enfado y cruza el otro brazo bajo el pecho para que sepa que está molesto.

—Lo siento, he tenido una pesadilla… ¿Me perdonas? —pido con dulzura, apartándole la mano para comprobar si ha dejado de sangrar.

Lo ha hecho. Lo limpio con la misma manga y después lo ayudo a deshacerse de la chaqueta del kimono de algodón. Altair me dedica la misma mirada de reojo que su guardia solo un momento antes. Sí, soy culpable.

—Ahora tendré que asistir a la ceremonia con la nariz hinchada.

—Ya verás como se bajará enseguida —afirmo sin certeza alguna —. Y, si no, un poco de magia y listo.

—No es tan sencillo, la magia es algo sagrado que no debemos utilizar tan a la ligera. ¿Con quién soñabas, que tenías tantas ganas de atizarle? —pregunta.

Si le cuento la pesadilla tan extraña que he tenido, pensará que estoy mal de la cabeza, así que será mejor que me invente otra cosa.

—Soñé que estaba cazando un conejo.

—¿Un conejo? Un ciervo debía de ser, por el golpe que me diste.

—Era un conejo grande. ¿Me perdonáis, alteza imperial? —pregunto con voz mimosa, y lo beso en los labios, pero le rozo la nariz

y protesta—. Ay, lo siento...

—Claro que te perdono, pero tengo que castigarte. ¿Tienes la menor idea de cuál puede ser el castigo apropiado para alguien que osa atacar al príncipe heredero del imperio? —sugiere con una divertida pose ególatra, que provoca que me ría.

—¿Cien latigazos?

—No, es mucho peor.

—¿Que le arranquen las uñas de los pies?

—No, mucho peor.

—¿Qué puede ser peor que te arranquen las uñas de los pies?

—Mi castigo será que deberás estar quieta y callada —dice mirando hacia el exterior, hacia la ventana por la que se cuela la brisa del mar.

—¿Estarme quieta y callada? Eso no es difícil.

—Ya lo verás. Desnúdate y túmbate —ordena antes de hundir el rostro entre mis piernas y hacer que me muerda los labios de placer.



Cuando vuelvo a despertar, estoy sola en el futón, el sol entra con fuerza a través de la ventana, calentando el aire de la estancia. Me estiro, añoro a Altair a mi lado, el calor tibio de su cuerpo, el peso de sus brazos sobre mi vientre y el olor afrutado de su cabello negro.

Todo en él es hermoso. Pero lo más hermoso es su modo de amarme, de preocuparse por mí y cuidarme. Lo quiero, me mentiría a mí misma si me lo negase, y además, sencillamente no puedo dejar de hacerlo, por mucho que sepa cuánto lastimaría a mi familia si lo supiesen.

Pobre Altair, lo golpeé en la nariz mientras tenía ese sueño tan extraño... Probablemente mi mente me haya jugado una mala pasada porque estuve dándole vueltas a lo de mi marca de la nuca. Lo que dijo Kim Shin y lo que después me explicó Altair, que no es una marca corriente, aunque dice que no debo preocuparme, y opto por creerlo.

Cuando abandono la habitación del príncipe lo hago con paso sigiloso para que nadie pueda verme hacerlo y, en efecto, no hay nadie vigilando su puerta, dado que él se ha marchado. Me dirijo a mi dormitorio, pero el palacio está envuelto en tal bullicio que me

encuentro a una docena de sirvientes apresurados arriba y abajo, llevando y trayendo cosas: bebidas, telas, cuencos, copas… Y por mi experiencia sé que eso es sinónimo de celebración importante, así que supongo que se trata de la preparación de la ceremonia a la que ha sido invitado Altair. Y que probablemente no lo veré en todo el día.

¿Y qué puedo hacer todo el día? Si no quiero aburrirme como una ostra, lo mejor será que ayude a Rosy en lo que quiera que ella esté haciendo, y si, de camino, puedo echar un vistazo a la celebración, mejor aún.

Me dirijo a la cocina del palacio, donde la actividad es más frenética aún, y aunque no veo a Rosy, sí a la *utari* Seoho, que da indicaciones a los cocineros y revisa los platos que salen. Me presento ante ella con mi mejor sonrisa.

—Señorita Cass, ¿deseáis algo? —Ella también me ha llamado «señorita», como Kim Shin ayer. No me pasa desapercibido ese cambio en su modo de dirigirse a mí.

—Quiero ayudar, en lo que sea.

—Oh, no por favor. Vos no tenéis que hacer nada de eso, vos solo relajaos y acudid cuando el príncipe heredero os reclame —me contesta con una sonrisa amable.

Sin embargo, no puede gustarme menos su respuesta.

—*Utari* Seoho, no quiero ser maleducada, pero… ¿por qué? ¿Por qué no puedo ayudaros a servir, a recoger, incluso a fregar…? ¿Y por qué me llamáis «señorita», en lugar de «criada»? —Cuando lo pregunto evita mis ojos incómoda, y percibo que también los cocineros cruzan una mirada, como si acabase de preguntarle con qué frecuencia se asea.

La *utari* Seoho carraspea y me pide que la acompañe a un lateral de la cocina para poder hablar con mayor intimidad.

—Señorita Cass… —comienza, y se detiene. Va a costarle decirme lo que quiera que sea—. Vos no sois una criada, al menos no una corriente.

—¿Por qué?

—Vuestra relación con el príncipe Altair… —revela haciéndome sonrojar un instante. Pero después pienso que no tengo por qué avergonzarme de lo que siento por él.

—Con todo el respeto, creo que eso nos incumbe a nosotros, *utari* Seoho —digo armándome de valor para enfrentar un tema que me

abochorna tanto como es mi intimidad.

—Por supuesto que no, pero el líder del clan nos ha informado de vuestra relación y no podemos ignorarla sin más…

—¿Qué? ¿El líder del clan?

¿Cómo ha podido enterarse? Porque, hasta donde sé, nadie, excepto Kim Shin, me ha visto entrar o salir del dormitorio, siempre he tenido el mayor cuidado, y él jamás diría nada. Debe de haber sido el guardia de anoche, maldito chismoso. Porque Altair… ¿le ha hablado a su tío de lo que sucede entre nosotros? No lo creo, de todas formas, le preguntaré directamente.

—Sí, el líder desea que seáis atendida adecuadamente y que vuestras necesidades sean cubiertas, como concubina imperial —afirma, y sé que probablemente su intención es buena, pero me está haciendo sentir muy mal con sus palabras. «Eres una *maegu*…», las palabras de Valen acuden de nuevo a mi cabeza.

Nadie lo entenderá, nunca. Nadie creerá que lo que siento por Altair es real, que no me importa que sea un príncipe, ni el heredero del imperio, que sea rico o que sea elfo… Nadie creerá que lo amo por ser él, por ser dulce conmigo, por hablarme con el corazón, por amarme con todo su ser…

Siempre seré considerada una sucia aprovechada.

Esto hiere mi corazón, porque sé que mi madre se avergonzará de mí cuando lo sepa.

No quiero sentirme sucia por amarlo.

—No soy una concubina —protesto tratando de contener las lágrimas que me aprisionan la garganta, y me marcho de la cocina a toda velocidad, pero por el corredor no puedo contenerlas más y rompo a llorar.

El palacio está demasiado lleno de gente y quiero estar sola. Me dirijo hacia la larga escalinata que le da acceso, está custodiada por dos guardias que me miran y se apartan permitiéndome el paso. Comienzo a bajar los escalones deprisa.

—¡Cassle! —me llama alguien a mi espalda, me vuelvo y se trata de Rosy. Está muy elegante, con un kimono nuevo para la ocasión de color malva y un velo del mismo color. La *utari* Seoho debe de haberla avisado de que he ido a buscarla. Si cruzo dos palabras con ella me pondré a llorar como una loca e interrumpiré su trabajo. Le hago una señal con la mano, saludándola—. ¡¿Adónde vas?!

—¡A pasear! —respondo, y continúo descendiendo los escalones, veloz.

44

Altair



La ceremonia comenzó en cuanto el sol se alzó en el horizonte, con una competición de tiro con arco en la que participaron los hijos de las principales familias nobles de Bahki, elfos y también *mujins*, invitados para la ocasión, a los que Yun derrotó con sus habilidades dando en la diana con las siete flechas de que disponía cada uno de ellos.

Después hubo un espectáculo de danza con cuchillos de una joven *otoki* y más tarde nos retiramos al gran salón para degustar las delicias que los cocineros del palacio habían preparado para la ocasión. Sonreí para mí al pensar que ya había tomado el manjar más delicioso de todos, esta misma mañana.

Tras la comida asistimos a un espectáculo de lucha que antes me habría parecido de lo más interesante, pero en su transcurso crucé la mirada con Kim Shin y este me dedicó una sonrisa contenida, consciente de que me aburría profundamente.

Y, por último, bien entrada la tarde procedimos a la ceremonia de Seiryu Takai. La expresión de mi tío Jihoon rebosaba auténtico orgullo, lo cual me hizo muy feliz. Mi primo se situó en el centro del salón de ceremonias, en una celebración mucho más privada en la que solo pueden estar presentes los nobles elfos del clan, arrodillados a su alrededor. Cuando el líder se le acerca con paso firme, le entrega una katana que ha sido forjada especialmente para él.

—Yo, Jihoon Saeroyi, líder del clan, te entrego a *Tormenta*, la que será tu eterna compañera. A partir de este momento, dejas atrás la

infancia y deberás vivir como un elfo adulto, según el lema de nuestro clan —asegura entregándosela.

Yun la saca de su funda y contempla cómo en ella está grabado el lema del clan Saeroyi en símbolos antiguos, que lee en voz alta: «Vive de pie o muere por la espada».

Algo me estremece al oír esa frase de nuevo, hacía décadas que no pensaba en ella, ni siquiera en el campo de batalla. Era una frase que mi madre me repetía desde que era pequeño, y comienzo a plantearme si he doblado las rodillas en algún momento por petición de mi padre.

Ese pensamiento me perturba.

Si lo he hecho, mi madre se sentiría muy decepcionada.

Solo hay alguien que sería capaz de responderme a eso con absoluta sinceridad: Kim Shin.

Pero si lo he hecho no volverá a repetirse; por respeto a mí mismo debo tomar mis propias decisiones, y la primera ha de ser hablar con mi padre sobre mis dudas acerca de haber sido nombrado príncipe heredero y mi relación con Cassle. No voy a permitir que nadie trate de ensuciar lo que sentimos el uno por el otro, como tampoco voy a apartarme de su lado.

El momento de nombrar a su *orabeoni* ha llegado y el líder del clan, de pie ante su hijo, invoca su magia primigenia, esa que según las leyendas nos conecta directamente con los dioses, recordándoles que estamos aquí abajo. En ese preciso instante, un muchacho acompañado de su padre se sitúa en el centro de la estancia, frente a Yun, y la energía de Jihoon comienza a crear un círculo de luz dorada que rodea a su hijo y al otro muchacho; el padre del chico hace lo mismo, envolviendo a ambos también con su energía, mientras un maestre da un paso al frente, junto a ellos, que estiran sus manos. El maestre les corta en la palma con una daga y une sus manos y sus sangres, para siempre. Después comienza a recitar las palabras de la ceremonia, en idioma antiguo. El yang de Yun y el del otro joven comienzan a fluir en sentido ascendente, a la vez que sus cabellos flotan en el aire. Con sus manos aún unidas, las energías primigenias de ambos regresan despacio a sus cuerpos y sus cabellos caen a plomo sobre sus hombros.

—Bienvenido a la familia Saeroyi, joven Danyung —pronuncia mi tío posando una mano en el hombro de cada uno de ellos.

Recuerdo mi ceremonia de Seiryu Takai. Como mi padre no era miembro del pueblo *otoki* no podía asistir, ni siquiera como invitado, y mi madre suplió su lugar en el centro del salón de celebraciones. Kim Shin me pareció un joven arrogante que me miraba por encima del hombro solo porque mis ojos no estaban rasgados como los suyos. Únicamente el tiempo me permitió descubrir cuánto me había equivocado al juzgarlo. Y aunque chocamos al principio porque nuestras personalidades son muy distintas, acabamos conociéndonos tanto que con una sola mirada somos capaces de entendernos sin palabras. Lo miro de reojo y él muestra una leve sonrisa, haciéndome saber que recuerda aquel momento con tanto cariño como lo hago yo.

Fue mucho lo que aconteció tras ese momento. Kim Shin tuvo que alejarse del que era su hogar, del sitio en el que acababa de perder a su madre solo unos meses antes, cuando decidió quitarse la vida con una katana bajo el gran olmo blanco de la casa en la que vivían a las afueras de Arrecife Azul. Y poco tiempo después, yo perdí a la mía, cuando me fue arrebatada de un modo brutal. Mi *orabeoni* siempre estuvo a mi lado en los momentos más duros, cuando calmaba mi dolor de batalla en batalla. Me protegió una y otra vez, salvando mi vida no sé ni en cuántas ocasiones. Y aun así sé que se siente decepcionado consigo mismo por no haber impedido que la daga maldita me hiriese.

La ceremonia concluye con la celebración de las dos familias, que ahora serán solo una, con una copiosa cena en la que lo menos importante será la comida.

Aunque me apetece retirarme, no puedo apartarme de mi familia en este momento, pese a que mi mente y mis deseos me llevan a otro lugar de manera continua. He visto a la criada Rosy en un par de ocasiones: sirviendo comida y recogiendo bártulos del baile con espadas, y he sentido la tentación de preguntarle por Cassle, pero la he contenido porque no he encontrado el modo de hacerlo sin llamar la atención de todos.

Disfruto dando la enhorabuena a los dos jóvenes y bebo un par de copas de vino para acelerar el paso del tiempo, pero hasta el anochecer no encuentro la ocasión óptima para retirarme, despidiéndome de todas las grandes familias, incluida la mía. Y recibo un sinfín de congratulaciones por haber sido nombrado príncipe heredero, demostrándome lo orgulloso que se siente el pueblo *otoki* de

que uno de sus miembros ostente semejante honor.

Me acerco a la habitación de las criadas, en la que sé que la han instalado. Llamo con los nudillos a la puerta y después la abro, pero está vacía. Me dirijo entonces a mi dormitorio, e incluso destapo el futón y reviso el armario por si ha decidido darme una nueva sorpresa, pero tampoco está allí. Salgo al corredor, donde me aguarda Kim Shin y, sin decirle nada, ya sabe que no he podido encontrarla. Recorro los salones cercanos y eso provoca que tenga que atender a más invitados a la ceremonia. Por suerte, Kim Shin regresa pronto y me aparto para escuchar sus novedades.

—La criada Rosy afirma que la vio marcharse del palacio a mediodía, le dijo que iba a dar un paseo, pero ya no ha vuelto a saber nada más de ella —me informa. No debo entrar en pánico, anoche lo hice y su ausencia tenía una explicación, una deliciosa. «No voy a alejarme de ti», me dijo—. Iré al pueblo a ver si la encuentro.

—No voy a quedarme aquí esperando.



Me cambio de ropa y me pongo una mucho menos elegante para tratar de pasar desapercibido, salimos del Palacio Blanco y descendemos la ladera para dirigirnos a Arrecife Azul. Siempre me ha parecido un lugar hermoso, más aún bajo la luz de la luna llena, con las pequeñas casas apiñadas unas junto a otras, con los tejados grises y las paredes de madera forradas con barro marino y después teñidas de vivos colores para que los pescadores puedan distinguir sus hogares desde la distancia. Las viviendas de los pescadores, *mujins* y elfos, se extienden ladera abajo hasta la vasta playa con forma de medialuna; más allá de esta, aun a pesar de la oscuridad de la noche, puede observarse a la perfección la barrera de arrecife que da nombre a la ciudad. El Arrecife Azul es una estructura natural impresionante, desde una parte hasta la otra de la bahía protege a la playa de las sacudidas del mar en los temporales, provocando que el agua esté mucho más cálida en esa vasija natural y que multitud de peces hayan elegido vivir al otro lado, protegidos de grandes depredadores marinos y aguas más revueltas.

En el Puerto de las Caracolas, situado frente al acantilado de Los Gigantes, están amarradas el sinfín de embarcaciones de pesca y, más

allá, próximas a la orilla, se hallan las granjas de pesca formadas por estructuras redondas fabricadas con largos bambús clavados en la arena que sostienen las redes entre ellos. En estas granjas se cultivan algas de distintos tipos, se crían peces y se capturan cangrejos, ostras, langostas y caracoles marinos, es sustento alimentario de la población.

—¿Estáis recordando cuando rompimos uno de los criaderos porque había atrapado un delfín? —me pregunta Kim Shin al ver cómo me he quedado contemplando las estructuras de bambú que sobresalen del agua.

Sonrío al pensarlo.

—No, pero gracias por traerlo a mi mente. Fue nuestra primera aventura juntos, cuando acabábamos de designarnos *orabeonis*.

—Yo no estaba de acuerdo.

—Eso lo tengo muy claro —afirmo sin poder evitar que una sonrisa se escape de mis labios—. Pero me ayudaste, a pesar de todo, y no has dejado de hacerlo —digo posando una mano en su hombro. Kim Shin me dedica una sonrisa ladeada—. Vamos, creo que sé dónde puede estar.



Cuando alcanzo el pequeño cobertizo de pescadores en el que estuvimos refugiados ayer, encuentro que la puerta está encajada, sin cerrar. Asiento y hago una señal a Kim Shin para que se retire y nos conceda intimidad antes de pasar al interior, porque estoy seguro de que es ella quien está dentro.

La luz de la luna se cuela entre las rendijas de la madera, como lo hacía la luz del sol en la tarde de ayer, solo que ahora la oscuridad me impide ver con claridad, aunque sé que ante mí está la barca en la que hicimos el amor y, en el lateral izquierdo, un sinfín de aparejos de pesca.

—Cassle, ¿estás ahí? —digo, aunque el revuelo de energía en mi vientre me dice que es así.

—Necesito estar sola —me pide con voz triste, desde el interior de la barca.

Camino hasta alcanzarla y, con cuidado, subo a ella. Está agazapada, hecha un ovillo, sentada en el suelo, con las rodillas contra el pecho y los brazos rodeándolas. Necesito verle el rostro, así que

creo un *bakum* muy pequeño y débil, para no molestarla. En cuanto distingue el débil haz de luz, Cassle me mira.

—¿Qué te sucede? —pregunto preocupado mientras el pájaro de luz revolotea a nuestro alrededor.

—Me siento mal. Estoy muy confundida, lo que siento por ti me confunde, Altair —confiesa con mirada triste.

Me rompe el corazón verla sufrir así, por mi culpa. Tomo asiento a su lado y cojo una de sus manos.

—Es normal que te sientas confundida, también yo lo estoy. No por lo que siento, lo que siento lo tengo muy claro, pero sí por las circunstancias...

—Yo también tengo claro lo que siento —afirma mirándome; sus ojos están enrojecidos por el llanto, también sus mejillas—. Sé que estoy enamorada de ti —admite con tristeza.

—Siento que eso te provoque sufrimiento.

—Altair, tú... tú eres maravilloso, y cuando estamos juntos me haces muy feliz...

—Sin embargo...

—No quiero ser tu concubina. Ni aunque el emperador aceptase que tuvieras una concubina *mujin* no podría soportar verte con otra. Me da igual si es elfa o *mujin*. Si me convierto en tu concubina, nadie creería que estoy a tu lado porque te amo, sería una vergüenza horrible para mi familia, pero también para mí misma.

—¿Tanto te preocupa lo que piensen los demás? Yo he aprendido a vivir sin que me importe, soy consciente de que en el Palacio de Piedra muchos me llaman el Príncipe de Hielo. Y no me preocupa lo más mínimo lo que se hable de mí a mis espaldas, son meros rumores...

—Esos rumores podrían llegar a mi familia, si es que no lo han hecho ya... Mi madre se sentirá avergonzada, otras mujeres de la aldea le echarán en cara la clase de hija que ha criado... Una cosa es servir al príncipe, y otra muy distinta convertirme oficialmente en su concubina.

—Pero eso te daría privilegios...

—No los quiero. No quiero beneficiarme en nada por lo que siento por ti.

—¿O sea que está bien que toleres que te perjudique nuestra relación, pero no está bien que te beneficie de algún modo? —planteo

sin dar crédito a lo que está diciéndome.

—Sé que no lo entiendes, pero es lo que siento y no voy a cambiar de opinión. Cuando regresemos al Palacio de Piedra, creo que deberíamos recuperar nuestra relación anterior.

—¡No! Me niego. ¿Cómo voy a renunciar a ti?

—Sé que será difícil, pero debemos intentarlo.

—En absoluto. Es como si le pides a una mariposa que vuelva dentro de su crisálida una vez que ha conocido la belleza del mundo exterior… Es imposible… ¿Y si renuncio al trono? Si renunciase al trono, ¿me aceptarías?

—¿Qué? ¿Es que te has vuelto loco? No puedes hacer eso, bajo ningún concepto. No puedes hacerle eso a tu pueblo, ni al mío, ahora que conozco el verdadero rostro de tu hermano Niowar no puedes dejar Idunia en sus manos.

—Yo nunca ansié ser elegido como heredero al trono.

—Aun así, Altair, son muchas las vidas que están en juego, no tenemos derecho a ser tan egoístas y pensar solo en nosotros.

—¿No tenemos derecho? ¿Te imaginas cómo sería que nos mudásemos aquí, a Arrecife Azul, y viviésemos alejados de las intrigas de la corte? —Ella arruga el entrecejo, como si estuviese planteándose la posibilidad de hacerlo—. Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

45

Cassle



Altair me guía por las estrechas callejuelas de la ciudad, envueltos por el aire nocturno, que huele a mar, a salitre, a libertad. Su mano sostiene la mía, con nuestros dedos entrelazados, y me mira a cada tanto, con una sonrisa contenida en los labios. Sería tan hermoso poder tenerlo así, tan cerca, tan mío, cada uno de los días de mi vida...

Nos detenemos frente a un establecimiento con dos grandes barriles en la puerta. Miro a mi Príncipe de Hielo y él sonríe, ¿de veras me ha traído a una taberna? Sin dudarlo, da un paso hacia el interior y lo sigo, descubriendo un amplio salón repleto de mesas muy concurridas en las que elfos y *mujins* beben, ríen y conversan. La pared trasera se abre a una amplia terraza desde la que se puede ver el plácido mar.

Altair se dirige hacia la barra, en la que atiende una señora mayor de largos cabellos canos que lleva recogidos en una coleta.

—¿Qué deseáis tomar? —nos pregunta mirándonos a los ojos.

—Aquí antes servían un licor de luna llena delicioso, pero no sé si seguirá estando tan bueno —comenta Altair con una cierta arrogancia que me descoloca. La mujer se queda mirándolo un instante y enarca una ceja.

—Por los dioses del Monte Celeste, que no te había reconocido —

dice saliendo de su lugar de detrás de la barra y lo abraza feliz—. Creía que eras un noble extranjero que había venido a meter las narices a la ciudad… ¡Urian, sal un momento! —llama a alguien en la cocina, situada en la parte trasera.

Un elfo alto de cabellos dorados, vestido con ropas de cocinero y que no parece tener más de veinte años *mujins*, cruza la cortina de tela que separa la estancia de la barra y sus ojos castaños observan a Altair con detenimiento.

—Mira quién hemos tenido el honor de que nos visite —proclama Urian saliendo de la barra para abrazar a Altair también con mucho afecto—. Pero qué alegría verte, muchacho —exclama, y Altair se lleva un dedo a los labios con una sonrisa, pidiéndole discreción. Si llamamos mucho la atención, alguien podría reconocerlo.

Entonces los ojos de Urian y de la tabernera se dirigen a mí.

—Urian, Ilena, ella es Cassle, ella y yo… estamos juntos —revela Altair con total naturalidad, lo cual me hace saber el nivel de confianza que debe de tener con ellos.

La mujer abre mucho los ojos y asiente con una sonrisa. Yo no puedo evitar que la sangre me suba a la cara y un calor sofocante me invada: es la primera vez que dice en voz alta lo que hay entre nosotros.

—Vaya, quién lo habría dicho… Al final eres más rebelde de lo esperado —comenta Ilena en un susurro, y vuelve a abrazarlo—. Bueno, voy a ir sirviéndoos el licor de luna llena, para que compruebes que sigue siendo igual de rico que cuando lo robabas de la tinaja en la que fermentaba —anuncia haciéndome reír, no doy crédito a lo que estoy oyendo.

—Eso fue hace más de cincuenta años, ¿la memoria *mujin* no era limitada? —repone Altair entre risas.

—La mía es excelente.

—Venid conmigo, os sentaré a una mesa en la terraza —ofrece Urian, y lo seguimos hacia la parte posterior de la taberna, donde hay una amplia terraza abierta con vistas a la playa. La imagen es muy hermosa, con los pequeños barcos pesqueros como lucecitas iluminando la vasta extensión de agua—. Aquí estaréis mucho más cómodos. Voy a serviros un pez roca que me han traído esta misma tarde que es delicioso.

—Si lo has preparado tú, no me cabe la menor duda —responde

Altair satisfecho.

—He oído que has sido nombrado príncipe heredero, es un honor para los *otokis* que uno de los nuestros se convierta en emperador de Idunia.

—Gracias.

—Lo que no sé es hasta qué punto todos esos buitres de la corte te permitirán que reformes el Estado e implantes algunas de nuestras costumbres. ¿Crees que será posible? —plantea Urian tomando asiento a nuestro lado; su interés me hace sospechar que Altair sabe concretamente a lo que se refiere.

—Lo intentaré.

—Sé que habrá muchas cosas que remediar, pero tengo la esperanza de que poco a poco algunas vayan cambiando, ojalá pronto no tengamos que escondernos fuera de Bahki...

—Urian, no molestes al príncipe Altair —le reprende Ilena, que se sienta sobre sus muslos y lo besa en los labios con dulzura. Urian responde rodeándola por la cintura y apretándola contra sí. La escena me sorprende, es la primera vez que veo a un elfo y una *mujin* mostrarse amor públicamente, y también, por qué negarlo, ella parece mucho más mayor que él: si ambos fuesen *mujins*, por su aspecto bien podría ser su abuela, y eso me choca, aunque en mi interior sé que no debería hacerlo—. Vamos, vuelve a la cocina, que se nos atrasan los pedidos —dice cogiéndolo de la mano y llevándoselo con ella. Urian la mira con tanto amor que olvido todo lo demás, su aspecto, sus diferencias, solo son dos seres que se aman.

—Urian tiene cuatrocientos sesenta años; Ilena, ochenta. Llevan juntos sesenta, y son la viva imagen de la felicidad —expone Altair—. Ninguno de los dos es de aquí, como habrás imaginado por sus rasgos occidentales, pero son una de las parejas híbridas que solo existen aquí, en Bahki, donde la ley no los persigue por amarse.

—Es muy hermoso, pero imagino que ambos habrán tenido que renunciar a muchas cosas para poder estar juntos —comento sin poder disimular la melancolía que me envuelve.

—Urian es hijo de un clan noble de Nasdril e Ilena era doncella en su casa, y así fue como se conocieron. Urian tuvo que dejar su posición y ella también dejó atrás a su familia; no obstante, cuando se trata de amor, ¿quién no debe hacer alguna renuncia? —pregunta atravesándome con su mirada plateada.

—Y cuando ella… irremediablemente fallezca, ¿volverán a aceptarlo en el clan? —Altair aparta la mirada y hace un gesto de negación—. Entonces él habrá renunciado a todo por… ¿cuánto? ¿Sesenta años junto a la *mujin* a la que ama? —sugiero, y Altair se da cuenta de que no ha conseguido lo que pretendía al traerme a conocerlos, sino todo lo contrario.

Acabo de tomar conciencia de que, si le permito hacer lo que me ha sugerido, abandonar su posición como heredero al trono imperial por mí, dentro de unas décadas podría arrepentirse de haberlo hecho y, aunque no lo haga, o no me lo demuestre, no podré evitar tener la sensación de que ha dejado atrás todo por lo que en su larga existencia como elfo, quienes pueden vivir milenios, supondría un breve instante de felicidad a mi lado.

—¿Y quién desea una vida extensa sin haber conocido la auténtica felicidad? —plantea cuando Ilena regresa a nuestro lado con dos copas repletas de un licor azulado.

—Aquí tenéis, licor de luna llena, disfrutad de su sabor único —afirma la mujer con una sonrisa, dejándolas en la mesa antes de regresar a su lugar en la barra.

Cojo mi copa y le doy un sorbo, está delicioso. Tiene alcohol, pero es muy suave. Altair bebe más de media copa del primer trago, sé que le ha molestado mi respuesta, pero es lo que siento y no puedo ocultárselo.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer? ¿Rendirnos? Has dicho que me amas, ¿eres capaz de olvidarlo sin más? —me pregunta con un matiz de desesperación en la voz.

—Tú tendrás la posibilidad de cambiar las cosas y eso mejorará la vida de *todos* los habitantes de Idunia. Porque lo harás, ¿verdad? Cuando llegues a ser emperador, prométeme que cambiarás las leyes para mejorar las vidas de los *mujins* del continente —ruego tomando su mano sobre la mesa. Él asiente, arrugando el entrecejo—. Confío en ti, Altair, en todo el bien que puedes hacer, y no creo que tengamos derecho a anteponer lo que sentimos por encima de todo ello.

—Ah, ¿sí?, ¿tengo que sacrificar lo que siento por ti ahora, para que en un futuro pueda ayudar a transformar la vida de Idunia? —comenta sin dar crédito a lo que estoy diciéndole. Aparta su mano de las mías y se termina la copa de un trago.

—Solo digo que es mucho el bien que puedes hacer desde tu

posición, cuando seas emperador. Y que pedirte que me elijas a mí en lugar de hacerlo sería muy egoísta por mi parte. Quizá solo deberías olvidarme y…

—¿Cómo puedes pedirme que te olvide? —replica exasperado—. Es como pedirle al sol que no brille o al mar que no tenga olas. Como si me pidieras que olvidara mi propia existencia. Desde que te conocí, has llenado mi corazón de amor y esperanza y me has hecho sentir vivo de nuevo. Cada momento que he pasado a tu lado es como un sueño hecho realidad. Tu sonrisa me hace sentir que todo es posible, ¿cómo podría olvidarte? ¿Cómo puedo simplemente borrar todo lo que hemos vivido juntos? No puedo. No quiero. Mi amor por ti es más fuerte que cualquier dolor o desilusión a la que pueda enfrentarme —afirma tomando de nuevo mis manos sobre la mesa. Mi corazón se arrebata al oír sus palabras, yo también lo amo, con la misma intensidad, y tampoco podré olvidarlo, jamás—. ¿Y si acaban con mi vida mañana mismo? Me pides que renuncie a algo real a cambio de un futuro lejano que ni siquiera sabemos si sucederá, si, cuando llegue el momento, me permitirían cambiar cosas o no… No tiene el menor sentido, Cassle. O quizá es que te has arrepentido de lo que ha sucedido entre nosotros y esta es tu excusa —dice molesto, apartando la mirada.

—Altair, mírame —le ordeno, y lo hace a regañadientes—. No me arrepiento en absoluto de lo que siento por ti ni de lo que ha sucedido entre nosotros, porque lo que siento cuando estoy contigo es… es maravilloso. Pero soy consciente de que aquí estamos viviendo un sueño, algo irreal, y nuestra pequeña pompa de jabón explotará en cuanto regresemos a Mour. Me aterroriza enfrentarme al imperio por todo el daño que eso ocasionará a tu familia y a la mía, y a mucha más gente.

—¿Entonces? Te rindes porque te asusta luchar por lo que sientes. Jamás pensé que fueses tan cobarde.

Sus palabras me duelen, pero tiene razón, soy una cobarde, me aterroriza que le hagan daño. Sé que la emperatriz Mima no permitirá que Altair se aparte del camino al trono sin más, porque, mientras él viva, existirá la posibilidad de que derroque a su hijo Niowar, y, sin poder alguno, ¿cómo podría defenderse? Ese es mi mayor miedo, y sé que él no lo entendería. Esto me preocupa mucho más que la vergüenza de mi familia o de la suya, mucho más que vivir sumida en

la tristeza de haber conocido la felicidad y haber permitido que se me escape entre los dedos, y, por egoísta que parezca, mucho más que el destino del imperio.

No respondo y él se lo toma como una afirmación.

Poco después llega nuestra comida. Altair no prueba bocado; a mí tampoco me apetece lo más mínimo, el estómago se me ha cerrado, pero me esfuerzo por comer por no hacerles el feo a Urian e Ilena, y está delicioso.

—Altair —lo llamo, porque ha estado evitando el contacto visual conmigo. Me mira con el ceño fruncido, su rostro me parece aún más hermoso que de costumbre—. ¿No podemos disfrutar de estos días sin más, dejando a un lado lo que sucederá después?

—¿Y fingir que todo está bien cuando no lo está? No, no soy capaz de hacerlo, ¿tú sí?

No puedo contestar.



Cuando regresamos al Palacio Blanco lo hacemos en silencio, recorriendo uno junto al otro el largo camino entre las callejuelas de Arrecife Azul. Sé que mis palabras le han hecho daño, porque a mí también me duelen, muy hondo en el pecho. Siempre he sido muy práctica, atada a la realidad, demasiado, según mi propia madre, quizá esto sea lo que no me permite fantasear con que todo saldrá bien, sin más.

Me acompaña hasta mi dormitorio, no me pide que vaya al suyo, y cuando nos detenemos ante la puerta yo solo deseo tener la oportunidad en estos días de que me perdone, de que no sienta rencor hacia mí y podamos hablarnos con cariño, tratarnos con dulzura, e incluso, despedirnos con afecto.

Altair me mira con tristeza, en el pasillo, envueltos en la tenue iluminación de las lámparas de papel.

—Permitiré que regreses a tu aldea —afirma, de pie a un paso de mí, mirándome con tristeza—. Cuando volvamos al Palacio de Piedra, podrás marcharte y podrás llevar una vida corriente, si es lo que deseas; podrás ser feliz junto a ese tipo, o cualquier otro, si es lo que quieres —concluye, y se vuelve sin decir nada más, alejándose con

pasos apresurados.

Me duele en los labios no poder decirle que no deseo ser feliz junto a Valen, ni junto a ningún otro, porque lo que deseo es estar con él. Pero no puedo decírselo, dado que sé que no es posible, que todo esto que hemos vivido es un sueño, un espejismo, que tarde o temprano tenía que acabar y hemos sido unos necios al negárnoslo.

Cuando entro en la habitación, Rosy está dormida, me acurruco en mi futón y entonces ya no puedo contener más las lágrimas. Trato de no hacer ruido para no despertarla, pero ella se vuelve, me destapa y se acuesta a mi lado, rodeándome con sus brazos.

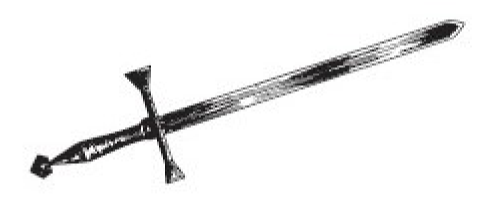
—¿Habéis discutido? —pregunta en un susurro, medio adormilada.

Yo asiento y me acomodo en su hombro. Ella me aprieta con energía contra sí y me besa en la frente.

—Tranquila, todo saldrá bien, ya lo verás.

46

Altair



No he podido dormir en toda la noche pensando en las palabras de Cassle. No entiendo cómo es capaz de renunciar a lo que sentimos con tanta facilidad. Quizá los sentimientos *mujins* no sean tan intensos como los nuestros, no me cabe otra explicación. Tal vez ella desconozca que cuando un elfo encuentra a su pareja de vida ya no hay vuelta atrás, cuando un elfo entrega su yang, es mucho más que cualquier unión física, ella formará parte de mí durante toda mi existencia, aun cuando su cuerpo ya no exista sobre la faz del mundo. Mientras yo continúe en él, su esencia me acompañará, como la mía lo hará con ella.

No es algo que el tiempo pueda calmar, que pueda desaparecer sin más, estamos unidos, para siempre. Al menos, así es con los elfos, desconozco qué sucede con los *mujins*, si sus sentimientos son más volátiles y frágiles..., pero no me lo parecía. Mientras estamos juntos, siento que ella siente lo mismo que yo y, sin embargo, parece dispuesta a renunciar a todo.

Quizá debería hablarle de su posible esencia sobrenatural, pero en vista de cómo ha reaccionado en la taberna de Urian e Ilena, que para mí son un ejemplo de amor incondicional y que ella ha considerado la prueba de que lo nuestro está condenado a fracasar, no sé si eso no haría más que empeorar su concepto de nuestra relación. O asustarla, o..., no lo sé. Necesito pensar.

Paso todo el día junto a mi tío Jihoon y mi primo; como marca la tradición, visitamos a los nobles de la ciudad para que lo agasajen

como futuro líder del clan. Aunque en ocasiones acaparo toda la atención contra mi voluntad por mi nombramiento como heredero del imperio, todos están muy ilusionados con que un *otoki* se siente en el trono de los siete condados. Conversamos sobre la necesidad de establecer nuevas rutas comerciales por mar que hagan innecesario atravesar el continente a pie, mucho más lento y peligroso tras las últimas revueltas *mujins*, sobre todo en la frontera norte, que han asaltado las caravanas de provisiones y recursos provenientes de los otros condados.

Pasar el día ocupado me hace bien, trato de no pensar en el dolor que martiriza mi pecho. Y no me refiero a la daga maldita, que también se encarga de recordarme que sigue ahí, como cada vez que mi yang se encuentra revuelto, y lo está, desde mi discusión con Cassle.

Regreso al palacio bien entrada la noche con la única intención de recluirme en mi dormitorio. Kim Shin me ha acompañado durante todo el día, lo cual le ha dado la oportunidad de pasarlo con su padre, en su papel de *orabeoni* del líder del clan. Sé que ha estado observándome, poco puedo ocultar mis sentimientos ante mi mejor amigo. Cuando me despido de él en mi dormitorio hasta el día siguiente, entra detrás de mí, lo que me hace saber que tiene algo que decirme.

Se queda en silencio un instante, así que lo observo esperando a que se decida a hablar.

—¿Queréis que vaya a comprobar si Cassle está bien? —pregunta sin tapujos.

—Debe de estarlo.

—Entonces, ¿no es necesario? —requiere enarcando una ceja.

—¿Vas a dar muchos rodeos?

—No es difícil imaginar que habéis discutido, lleváis todo el día con un aire sombrío que deja poco lugar a dudas.

—No hemos discutido, me ha dejado…, creo.

Su gesto no se mueve un ápice.

—Quizá sea lo mejor para ambos. Sabéis que en Thandel, en todo el imperio, vuestra relación es un imposible, la corte jamás aceptaría que os unieseis a una *mujin*. Incluso si, como cree el erudito Lirion, ella es la reencarnación de la diosa Hana, ¿cómo convencer de ello a los nobles, a los ministros, a los diátomes de los siete condados de que

es la reencarnación de una diosa de la que ni siquiera han oído hablar? Estáis destinado a cambiar las cosas, Altair, a transformar Idunia. Y no podéis renunciar a ello, ni siquiera por amor.

—¿No puedo renunciar a ello? Llevo toda mi existencia entregado al servicio del imperio, ni siquiera sé quién soy más allá del soldado que mi padre y el destino han hecho de mí.

—¿No lo sabéis? ¿O no queréis saberlo? Yo sé quién sois, Altair Ryner. Sois un digno hijo de vuestra madre, estoy seguro de que se siente muy orgullosa de vos. Y también sois el mejor emperador que pueda tener el continente. Sois justo y leal, decidido pero inteligente, y también comprometido, tanto como para no dejar Idunia en manos de un asesino despiadado que disfruta con la destrucción y el sufrimiento ajeno —afirma muy serio ante mí. Posa una mano en mi hombro, tratando de infundirme fuerzas. Sus palabras me emocionan: pensar que mi madre, allá donde esté, pueda sentirse orgullosa de mí apacigua el dolor de mi corazón.

—Gracias por tus palabras, *orabeoni*.

—Altair, si Cassle es la reencarnación de Hana y os unís a ella, tendréis que estar preparado para enfrentaros a una parte de los clanes del imperio. Y si el erudito se equivoca y es una *mujin* común, el imperio jamás permitirá que esté a vuestro lado de un modo oficial. ¿La convertiréis en una concubina, con el riesgo que eso supondrá para su vida? Ella y toda su familia se convertirán en un objetivo de venganza hacia vos, no solo de la emperatriz, sino de todos aquellos que prefieran al príncipe Niowar en el trono, como una marioneta bajo las órdenes de su madre y de su abuelo, el líder del clan Abney. —Kim Shin no destaca por su verborrea, más bien todo lo contrario, y todo lo que acaba de exponer no hace sino arrojarme la verdad a la cara. Una verdad que no quiero oír, porque me duele—. Insistir en tenerla a vuestro lado solo la dañará; si tanto la amáis, deberíais dejarla marchar.

—Déjame a solas, por favor —le pido, y él asiente, volviéndose hacia la salida—. Comprueba que está bien.

Asiente de nuevo y se marcha.

La cabeza me va a estallar. Amarla es tan sencillo, tan natural, que no puedo, o no quiero entender que sea algo prohibido, que pueda ser considerado algo sucio y de baja moral.

Necesito descansar, necesito no pensar en ello para poder ver con

claridad qué es lo mejor, aunque en mi interior sé que Kim Shin tiene razón, que Cassle tiene razón, aunque lo que ambos me piden sea similar a tratar de vivir bajo el agua después de haber respirado en la superficie.

47

Cassle



Me levanto junto a Rosy con la convicción de mantenerme ocupada. No me importa lo que diga la *utari* Seoho, que ayer no me permitió colaborar en las labores del palacio, lo cual me llevó a pasar todo la jornada como un animal perdido, sin rumbo alguno, dando vueltas por los jardines y rincones del Palacio Blanco. Me gustaría haber podido hablar con Altair, o, al menos, verlo y comprobar en su mirada que no me detesta, que sigue mirándome con amor a pesar de todo. Pero no lo vi en todo el día y Rosy me contó que estaba fuera, con su tío y su primo, haciendo no sé qué cosa con los nobles de Arrecife Azul.

Acompaño a Rosy a la cocina al alba y desayuno con ella y el resto de las criadas del palacio, y cuando la *utari* Seoho se acerca y designa las labores a cada una para el día, estoy decidida a acompañar a Rosy en cada una de ellas.

—Señorita Cass, el príncipe Altair también estará ocupado hoy con el líder del clan, así que podéis retiraros a la biblioteca o… —me dice Seoho con una amplia sonrisa que achica sus ojos rasgados.

—A ayudar a la criada Rosy a limpiar el palacio —le respondo, y hace una mueca de incomodidad—. Es lo que deseo hacer.

—Eso no va a ser posible, el líder del clan ha sido muy claro en cuanto a que no debéis realizar funciones pesadas —replica antes de

darme la espalda para alejarse.

—Entonces solo la observaré realizar sus tareas —repongo, y Rosy, a mi lado, me da un codazo, en cuanto la *utari* se vuelve a mirarme de nuevo.

—Señorita Cass, si lo deseáis puedo hacer que uno de los maestros de música os distraiga tocando una composición, o incluso que os dé algunas lecciones de arpa *otoki*...

—No deseo nada de eso, *utari* Seoho, con todo el respeto, deseo acompañar a la criada Rosy en sus quehaceres.

La expresión de la elfa no me deja lugar a dudas de que estoy poniéndola en una posición difícil. No es mi intención, pero no pienso pasar el día escuchando música, ni leyendo, quiero distraer mi mente mientras estoy junto a mi amiga.

—Está bien, podéis acompañarla, pero no realizar las tareas.

—Gracias, *utari* Seoho, os lo agradezco mucho —afirmo pagada de mí misma por haberlo logrado.

En cuanto nos quedamos a solas, Rosy me reprende:

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo vas a estar mejor limpiando que leyendo o escuchando un concierto de arpa? Las diosas dan manjares a quien no tiene boca para disfrutarlos —declara cargando un cubo y varios trapos con los que realizar la labor encomendada.

—No quiero que me traten de un modo diferente.

—¿Vas a contarme ya por qué discutisteis el príncipe Altair y tú? Ayer no soltase una palabra al respecto, y no es que lo haya olvidado, estaba dándote tiempo para que me lo contases. ¿Aún no quieres hablar de ello? —me pregunta mientras nos dirigimos al Pabellón de la Adoración, en el que hay varias imágenes de diosas a las que venera el pueblo *otoki*. Hago un gesto de negación—. Bueno, ya me hablarás de ello cuando te sientas preparada.

—Gracias.

La ayudo a limpiar de polvo y fina arena del mar el gran salón abierto, el suelo, las paredes y las pequeñas estatuas que representan a las distintas diosas. Me pregunto si también venerarán a la ninfa que, según la leyenda, dio origen al pueblo *otoki*; no obstante, como desconozco el aspecto que tiene cada una de ellas y los símbolos que las identifican, me es imposible saberlo.

Sin embargo, hay una que me llama la atención en especial, una efigie femenina envuelta en una túnica, con largos cabellos y mirada

melancólica en cuya túnica, como el resto, hay un símbolo grabado: es un ojo. ¿Dónde lo he visto antes? En mi sueño, me fijo entonces: es ella, es la mujer de luz que vi en mi sueño, Eyra. Leo el rótulo que aparece en el pedestal y este es el nombre que aparece en él. Eyra, ¿la madre de todos los dioses?

—Rosy, ven un momento —la llamo, y mi amiga abandona lo que está haciendo para venir a mi lado. Se me queda mirando a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Esta estatua..., dice que es Eyra... ¿Eyra, la madre de todos los dioses, o hay alguna otra Eyra que...?

—Eyra, la madre de todos los dioses, que, junto con Protos y sus hijos, creó Idunia, esa Eyra. ¿Por qué? ¿Te ha dado un arranque de religiosidad en este momento? —se burla, pero yo no puedo apartar los ojos de la estatua.

—Yo he soñado con ella. He soñado que Eyra intentaba abrazarme y...

—Pues, ya puestos, podrías haber soñado mejor con su hijo Zephyrus —apunta divertida, señalando la estatua del dios, representado como un joven musculado que lleva únicamente una hoja de parra que le cubre el bajo vientre.

—¡Rosy! Que te lo digo en serio, que he soñado con ella y era tan real...

—Has soñado que una diosa quería abrazarte. Bien, yo una vez me quedé dormida en el almacén sobre los sacos de harina y soñé que me estaba besando Rauk, y cuando me desperté era un cachorro de los mozos de cuadras, que se había colado en el palacio y me estaba chupando los labios —relata divertida.

No obstante, yo no puedo dejar de pensar en esa diosa, en mi sueño. No pensé que se tratase de ella ni por un momento cuando me dijo su nombre. Debería contárselo a Altair, sí, debo hacerlo. Aunque quizá piense que soy estúpida, ¿por qué iba a aparecérsele la madre de todos los dioses en sueños a una *mujin*? ¿Qué sentido tiene?

—Cass —me llama Rosy, y acudo a su lado—. No sé cuántos días más os quedaréis el príncipe Altair y tú en Arrecife Azul, pero me gustaría darle las gracias antes de que os marchéis por propiciar que me acepten en el Palacio Blanco. Sé que ahora estáis peleados, pero sé que os arreglaréis y me gustaría poder decírselo.

—No te preocupes, hablaré con él y se lo diré.

—Sé que eres tú quien lo convenció de que lo hiciese, porque no creo que él ni siquiera supiese de mi existencia entre tantas criadas del Palacio de Piedra, y la *noona* Maylen, aunque sé de su aprecio por mí, jamás se atrevería a contrariar a la emperatriz —dice, y me abraza—. Solo espero que no te haya pedido a cambio nada que no desees.

Aparto la mirada, soy incapaz de mentirle a mi amiga.

—Bueno, cuando acabemos aquí, ¿qué tenemos que hacer?

—Cass. Dime la verdad, ¿te pidió algo a cambio?

—Nada importante —contesto apartándome para mirarla a los ojos, sus preciosos ojos castaños.

—¿Qué? Dime qué te pidió.

—Ya te lo he dicho, nada importante.

—¿Te has encamado con él contra tu voluntad?

—No, no... ¿Estás loca? —Me aparto. No quiero que siga presionándome para contárselo, aunque sé que no se rendirá, y tampoco quiero que piense algo peor de lo que es.

—Entonces, si no es importante, ¿por qué no me lo cuentas? Llevo con miedo a hacerte esta pregunta todo el tiempo, pero necesito saberlo. Si has hecho algo que no deseabas o si has renunciado a algo que...

—Me pidió que continuase sirviéndole, nada más. Y lo he hecho porque así lo deseo. El príncipe Niowar volvió a enfermar, sin que pudiesen acusarme de haberlo envenenado de nuevo, lo cual demostró que la primera vez no fue culpa mía tampoco.

—Y si no eras culpable..., ¿iba a darte la libertad? Respóndeme, ¿es eso? ¿Has cambiado mi destino por tu libertad? —insiste enfadada, agarrándome por los brazos. No soy capaz de responderle—. ¿Es que te has vuelto loca? Podrías haber regresado con tu familia, tú sí tienes una familia que te espera, una vida fuera del Palacio de Piedra. ¿Cómo has podido hacer algo así? —pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

—Escúchame, Rosy... Sí, es cierto, le prometí que si te salvaba me quedaría a su lado, pero lo he hecho porque así lo deseo... —afirmo tratando de convencerla.

Ella se limpia las lágrimas que corren por sus mejillas con las manos.

—Puede que ahora sí, desde que estáis juntos, pero antes de este viaje... ¿Es que estás loca? ¿Cómo has podido anteponerme a tu propia

felicidad? No lo merezco.

—Claro que lo mereces. ¿Por qué dices eso? Mereces eso y mucho más, ¿no lo ves? Eres un ser maravilloso que solo merece cosas buenas, ya has sufrido demasiado. Mereces estar aquí, ser feliz y lograr aquello que deseas con toda tu alma. Altair me trata bien, me cuida, ¿cómo va a ser eso comparable con dejarte sufrir sin más? —le digo abrazándola.

Rosy se resiste, pero finalmente se rinde a mi abrazo.

—¿Cómo puedes ser así? Eres una inconsciente —me recrimina entre lágrimas.

—Y tú otra. Estamos hechas tal para cual —convengo haciéndola reír. Ella se aparta y me mira.

—Doy gracias a los dioses por haberte puesto en mi camino, volvería a pasar por todo lo que pasé hasta llegar al Palacio de Piedra solo por conocerte, eres la persona más buena que he conocido en toda mi vida.

—Que sepas que puedo decir lo mismo. Y que sepas que, aunque ahora tengamos que estar separadas por un tiempo, siempre nos tendremos la una a la otra, no vas a librarte de mí tan fácilmente —le aseguro abrazándola de nuevo.

Juntas, acabamos de limpiar el Pabellón de las Deidades y nos dirigimos al siguiente pabellón de sus tareas cuando Kim Shin nos intercepta en el camino. Por su mirada sombría sé de inmediato que algo ha sucedido, y el corazón me late muy deprisa al temer que se trate de Altair.

—Señorita Cassle, el príncipe Altair desea veros, está en su habitación, acompañadme.

—Vamos.

48

Cassle



Cuando entro en la habitación, en su mirada veo incomodidad. También yo me siento así, y es una sensación que no me gusta, en absoluto. No quiero que acabemos sintiéndonos como dos extraños, mucho menos como enemigos, o que nos guardemos rencor el uno al otro, porque lo que hemos vivido, lo que estamos viviendo, es demasiado hermoso.

Camino hacia el interior y me detengo ante él cabizbaja. Está tan atractivo como de costumbre, con el cabello negro suelto a ambos lados del rostro regio, la mandíbula altiva y la mirada refulgente como una estrella, vestido con un kimono azul con bordados dorados y un cinturón del mismo color.

—A vuestro servicio, alteza imperial —lo saludo, y me quedo quieta esperando sus palabras.

—No quiero que estemos así —dice dando un paso hacia mí.

Me ofrece su mano y, aunque dudo en un principio, la cojo. Entonces tira de mí con suavidad y me lleva hasta la terraza, donde el sol brilla con fuerza, reflejándose en la superficie azul del mar. Toma asiento en el banco de madera y me pide con un gesto que lo acompañe, sin soltar mi mano. Entrelaza nuestros dedos, lo cual parece darle la confianza necesaria para empezar a hablar.

—He estado pensando en lo que me dijiste. Y, por más que me duela, creo que tienes razón.

—¿Lo crees? —pregunto sin poder evitar que una parte de mí se sienta decepcionada de alguna forma.

—Me gustaría decirte que he encontrado el modo de que estemos juntos sin que ninguno de los dos, o nuestras familias, resultemos lastimados. Pero no es cierto —admite mirándome a los ojos. Asiento con tristeza—. Por eso he decidido que, cuando regresemos al Palacio de Piedra, nuestra comitiva se dividirá, y tú y tu amiga Rosy podréis marcharos juntas, un par de mis soldados os escoltarán hasta llegar a tu aldea. Os liberaré a ambas.

—Eso es... muy generoso por tu parte, Altair. Pero Rosy no desea acompañarme. Ella tiene sus propios motivos para querer quedarse en el Palacio Blanco.

—¿Y puedo conocer cuáles son esos motivos? Porque me cuesta creer que no deseara comenzar una vida en libertad a tu lado. ¿O es que quizá prefiere regresar a su propio hogar? —sugiere.

—No. Rosy está ahorrando para poder tratarse de su defecto de nacimiento. Al parecer, hay una curandera en las Montañas de Tacoronte que puede sanarla, pero necesita muchos *hwanes* y... —Altair suelta mi mano, coge entonces una pulsera de su muñeca y se la saca.

—¿Con esto es suficiente? —pregunta entregándomela. Es una pulsera de oro macizo, con varias piedras preciosas.

—No... Quiero decir, por supuesto que sí sería suficiente, supongo, pero no tienes por qué...

—Es solo una pulsera, me la regaló ayer un noble *otoki*, aunque insistí en que no lo hiciese, supongo que tratando de comprar mi favor como futuro emperador. Para mí no tiene el menor valor, puede quedársela.

—¿Estás seguro? —digo sosteniéndola entre las manos.

—No quiero que estés sola, y sé que no podrás hablar con nadie de tu familia de lo que hemos vivido juntos. Pídele a Rosy que se quede a tu lado, al menos durante un tiempo —afirma con una tristeza sobrecogedora. ¿Cómo puede pensar en mi dolor más que en el suyo propio? Siento una opresión fuerte en la garganta y ganas de llorar—. Quiero que tengas una buena vida, Cassle, que seas feliz. Que llegue el día en el que recuerdes con cariño, sin dolor, que una vez hubo un

elfo, no un príncipe, no un heredero del imperio, sino un elfo, que se sentía perdido hasta que te encontró. Un elfo al que le enseñaste que el amor no entiende de razas ni de seres, porque es un sentimiento tan sublime que solo entiende de almas. Y estoy convencido de que la tuya y la mía en algún momento se volverán a encontrar, y entonces seremos libres de amarnos y estaremos juntos, para siempre —afirma con una sonrisa triste que me parte el corazón. Rompo a llorar y él me abraza con dulzura. Lloro y lloro sobre su pecho mientras me acaricia el cabello. Duele tanto que siento que estoy partiéndome en dos—. Te amo, Cassle Redgrim, y lo haré cada uno de los días de mi existencia.

—Yo también te amo, Altair Ryner, y no puedo sino dar las gracias a las diosas por haberte puesto en mi camino —declaro alzando el rostro para mirarlo a los ojos.

Él se inclina y me besa. Es un beso dulce, suave como la caricia de una flor, un beso que sabe demasiado a despedida y a la vez a un amor que sé que el tiempo no menguará un ápice. Porque hay experiencias que calan tan profundo en el alma que ni el paso del tiempo puede borrarlas, como un papel que se dobla por la mitad, que, aunque vuelva a estirarse, mostrará una señal que siempre estará ahí. Yo no pude olvidarlo desde que lo conocí cuando era una niña, su imagen me ha acompañado en mis sueños todos estos años, ahora menos aún. Cuando se aparta me dedica una sonrisa preciosa, llena de ternura.

—Hay algo que debes saber, Cassle. Algo sobre la marca de tu nuca —comenta cogiendo mis manos entre las suyas—. Es el motivo por el que no fuiste decapitada en el Palacio de Piedra, pues fue al descubrirla cuando decidí que primero debía averiguar de qué se trataba. Esa marca te salvó en ese momento, pero no ha sido hasta ahora, en Arrecife Azul, cuando he descubierto lo que significa.

—¿Qué significa?

—Es una marca de Sangre Sagrada, la poseen aquellos que son… reencarnaciones de los dioses —expone casi con temor a mi reacción.

—¿Qué?

—Kim Shin y yo visitamos a un erudito en los acantilados de Los Gigantes y este cree que… podrías ser la reencarnación de la diosa Hana —revela con sumo cuidado, aguardando mi reacción.

—¿Cómo voy a ser la reencarnación de una diosa? Eso es… es una locura. ¿Y quién es la diosa Hana? Nunca he oído hablar de una

diosa llamada así.

—Es una deidad antigua, aunque no tanto como el resto de las hijas e hijos de Eyra y Protos. Hana, según la leyenda, es hija de Eyra y Kenai, dios del caos. Se cree que la ninfa Meliora, que dio origen al pueblo *otoki*, fue creada por ella. Sin embargo, su nombre fue silenciado intencionadamente por los Ancianos.

—Pero eso no es posible, solo soy una *mujin*... —Ese sueño acude a mi mente de nuevo, ¿debería hablarle de él?

—Es difícil de creer, pero podría ser la explicación de que hayas sido capaz de recibir mi yang sin que te haya dañado. No lo sé, es algo que no podemos saber con seguridad hasta que la diosa decida revelarse y mostrar su auténtica naturaleza. Si eso sucediese, si comienzas a sentir algo extraño, a sentir que algo va mal, por favor, te pido que me lo hagas saber. Haré que un guardia imperial de mi absoluta confianza pase por vuestra casa sin ser visto, cada cierto tiempo. Si percibes algo extraño, o si necesitas contactarme por algún motivo, coloca un trapo rojo atado a un poste cerca de vuestra cabaña y me encargaré de que Kim Shin se ponga en contacto contigo, con la más absoluta discreción. Sé que vivís alejados del centro de la aldea y no debería ser difícil que lo hiciera sin ser visto.

He tenido un sueño extraño y también sufrí un tipo de alucinación sobre sus energías antes de desmayarme, pero ¿cómo puedo saber si se trata de algo relacionado con esa diosa..., la diosa Hana, y no por haber recibido su yang, o simplemente eso, una alucinación? No quiero preocuparlo más de lo que ya lo está. Yo no puedo ser la reencarnación de ninguna diosa. Sencillamente no puedo serlo. No me siento distinta, ni hay nada diferente en mí del resto de los *mujins*.

Asiento, y Altair vuelve a abrazarme.

—Pero todo eso será cuando regresemos; mientras, podemos mantener esta pequeña burbuja de felicidad, si te parece bien.

—Me gustaría, mucho —admito. Sé que todo acabará pronto, pero uno o diez días más a su lado, disfrutando el uno del otro, es una oferta que no puedo rechazar.

—Entonces, me gustaría llevarte esta tarde a un lugar que es importante para mí. ¿Nos encontramos después del almuerzo?

—Sí, claro —acepto, y vuelve a abrazarme con energía y a posar sobre los míos sus labios, esos que pronto dejarán de estar a mi

alcance.



Me retiro a mi dormitorio, sosteniendo en mis manos la pulsera de oro que me ha entregado, esperando que a Rosy la complazca la idea de acompañarme a mi aldea y pasar conmigo y con mi familia algún tiempo antes de partir hacia Tacoronte para ser tratada y, al fin, lograr esa normalidad que lleva ansiando toda su vida. Me hace muy feliz poder ayudar a mi amiga a lograr aquello que tanto desea. Y todo se lo debo a Altair. Su generosidad me sobrecoge y no hace sino confirmarme que, a pesar de las circunstancias, me he enamorado de un ser maravilloso y único.

Transcurrido un buen rato, mi amiga pasa por la habitación solo para verme, preocupada por aquello por lo que el príncipe Altair requirió mi presencia. Sabía que lo haría, la conozco lo suficiente como para saberlo. Escondo la pulsera en el interior de una de las mangas de mi kimono. Rosy entra en la habitación y me mira, sentada en el futón, tratando de identificar en mi rostro una expresión que la haga saber cómo ha ido todo en mi conversación con el príncipe.

—¿Qué tal? ¿Va todo bien? —me pregunta acercándose, tomando asiento a mi lado.

—Sí, todo bien —respondo con una sonrisa. Ella parece aliviada —. Altair quería hacerme una propuesta que nos incumbe a ambas.

—¿Qué propuesta? —pregunta sin poder evitar preocupación en la voz.

—Me ha liberado de mi obligación de permanecer a su lado, me ha concedido la libertad y me ha propuesto que volvamos juntas a mi aldea, tú y yo —revelo, y Rosy arruga el entrecejo.

—Cassle… Liberarte es algo muy generoso por parte del príncipe Altair, teniendo en cuenta que alberga sentimientos hacia ti, pero yo no puedo… Ya sabes que yo…

—No tendrás que servir más a la familia Saeroyi, ni a ninguna otra —digo sacando la pulsera de su escondite y mostrándosela—. Me ha regalado esta pulsera para que puedas pagar la curación de tu rostro —anuncio sosteniéndola entre las manos.

—¿Qué? —pregunta, sin dar crédito a lo que está oyendo.

—El príncipe Altair desea que no nos separemos, que podamos estar juntas, al menos durante un tiempo, y por eso me ha regalado esto para que puedas pagar a la curandera de Tacoronte. ¿No es maravilloso?

—Sí, lo es. Pero sé lo que pretendes hacer… El príncipe Altair te ha entregado esa pulsera para ti, imagino que para que puedas mejorar tu vida en la aldea, y tú, en cambio, quieres utilizarla para ayudarme…

—No, no es cierto. Me la ha entregado para que puedas costear tu tratamiento, así me lo ha dicho, Rosy.

—Pero, Cassle, yo no puedo aceptar algo así…

—¿Por qué no? Sé que estás muy contenta en el Palacio Blanco y no pretendo obligarte a que te quedes conmigo en mi aldea. Cuando lleguemos a casa podrás marcharte cuando quieras e, incluso, si lo deseas, estoy dispuesta a acompañarte a ver a esa curandera. Pero, créeme, me ha hecho este regalo para ti —insisto preocupada por sus dudas—. Aunque si en realidad has cambiado de opinión y no quieres tratarte porque eres feliz aquí…

—No, claro que deseo hacerlo. Es mi sueño.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Él me ha regalado algo que no necesita pero que tú sí. Acéptalo sin más y haz con él lo que quieras… —Sus ojos se empañan, se llenan de lágrimas sin remedio.

—Es solo que… llevo tantos años soñando con lograrlo que… ahora me parece difícil de asimilar que por fin tenga la posibilidad de hacerlo —asegura entre lágrimas. La abrazo y llora sobre mi hombro, la estrecho contra mí con energía, no puedo siquiera llegar a imaginar lo que debe de suponer para ella tener al alcance de sus manos aquello que ha estado tantos años anhelando—. ¿Crees que… a tu madre le molestará que pase unos días con vosotros mientras me preparo para ir a ver a la curandera? —plantea entre lágrimas de felicidad.

—No, claro que no. Estoy segura de que no le importará lo más mínimo. Nuestra casa es muy humilde, pero en ella siempre habrá lugar para ti, te lo garantizo.

—Muchas gracias, Cass. Ni aunque viviese cien vidas podría pagarte todo lo que has hecho por mí. Y debo darle las gracias al príncipe personalmente. Oh, Cass, soy tan feliz… —confiesa permitiéndose creer que todo va a cambiar al fin, muy pronto.



Después del almuerzo de toda la familia del líder del clan, tal como me había advertido Altair, Kim Shin acude en mi búsqueda y me pide que lo siga hasta las caballerizas del Palacio Blanco, donde me aguarda Altair, fuera, con *Farat* preparado para que lo montemos.

—Vamos a dar un paseo —me informa cuando llego hasta él.

Asiento y me ayuda a subir, alzándome por las caderas. Acto seguido, sube de un impulso detrás de mí.

—Volveremos al anochecer —le informa a Kim Shin, que asiente sin decir nada, a pesar de lo incómodo que debe de ser para él aparcar su labor de salvaguarda durante tanto rato.

Altair azuza al caballo y nos alejamos de las caballerizas utilizando la salida trasera del palacio, que comunica con un camino que desciende por la ladera por la parte posterior. Pero, en lugar de dirigirnos hacia la ciudad, lo hacemos hacia la base de los acantilados.

—¿Adónde me llevas? —me atrevo a preguntar, con la espalda apoyada en su pecho de granito y sus manos alrededor de la cintura, a pesar de que, en ese momento, lo acompañaría al mismo Reino de las Brumas si me lo pidiese.

—A un lugar que era mi favorito cuando era niño, espero que no haya cambiado demasiado.

El animal baja despacio, aunque con paso seguro, por el camino escarpado, y nos cruzamos con un par de pastores de cabras que cuidan de sus animales mientras estos comen tranquilos bajo el sol. Ambos reconocen a Altair y se inclinan a su paso como saludo. Si algo me ha quedado claro, desde que llegué a Arrecife Azul, es la devoción de los *otokis* por él, y aunque estoy segura de que se sienten muy orgullosos de que haya sido nombrado príncipe heredero, sé que no se debe a eso, sino a la devoción que sentían por su madre, Suki Saeroyi.

—Debe de ser bonito sentirte tan querido por tu pueblo —le digo girando el rostro para mirarlo a los ojos. Él me besa en la mejilla y cierra su abrazo. Sentirme rodeada por sus manos es una sensación maravillosa. Recuesto la cabeza en su hombro y me besa en los labios antes de responderme.

—Es algo que ya casi ni recordaba. Como bien sabes, en el Palacio de Piedra no soy demasiado popular —comenta, haciéndome

reír.

—No..., ¿lo dices en serio? —bromeo—. Quizá se deba a que eres un poco hosco con todo el mundo.

—¿Hosco?

—¿Desagradable te gusta más?

—Es cierto que puedo ser un poco... estoico, pero no me considero desagradable.

—Hay sacamuelas con más encanto que tú —afirmo para pincharlo, y se echa a reír. Me pellizca en el muslo y lo retuerce—. Ay.

—Pues a ti no parecí desagradarte demasiado, no hacías sino buscarme por todas partes para seducirme —asegura satisfecho.

—Pobrecito, seducido por una *mujin* —río, y vuelve a besarme en la mejilla.

—Al principio, eras tan... peculiar que no podía creer que fueses así en realidad, sino que fingías porque tenías intenciones ocultas.

—¿Intenciones ocultas?

—Recuerda que creía que habías envenenado a mi hermano.

—Después de cómo trató a Rosy, lo habría hecho.

—No digas eso, desear el mal a algún miembro de la familia imperial implica una condena a muerte —me regaña dándome un toquecito en la nariz.

—Súmalo a mi lista de agravios —bromeo, y vuelve a besarme en la mejilla.

—Cuando me limpiaste la sangre en el baño..., sentí paz por primera vez en mucho tiempo en mi corazón atormentado. Cada vez que mi energía primitiva se revuelve, la energía oscura de *Tenebrus*, la daga maldita, cobra fuerza y me lastima.

—No puedo imaginarme cuánto debe de dolerte y, sin embargo, sigues adelante, día tras día, haciendo que parezca sencillo vivir con una daga clavada en el pecho.

—No existe modo de sacarla, así que lamentarme día tras día no hará que desaparezca. ¿Qué mérito puede tener seguir adelante? Todos queremos hacerlo.

—Altair, ese día, en el que estabas cubierto de sangre..., ¿de quién era esa sangre? —pregunto sin tener la certeza de que vaya a responderme.

—De dos doncellas y varios soldados.

—¿Murieron?

—Sí. Tuvimos que organizarlo todo para que nadie viese los cuerpos.

—¿Y por qué...? ¿Cómo?

—No fui yo quien los mató, fue Niowar. ¿Has oído hablar de la *yanga*? ¿Sabes lo que es?

—Una planta venenosa.

—Puede que para los *mujins* sea venenosa, pero a los elfos les produce efectos alucinógenos —relata cuando vamos lentamente, terminando de descender el desfiladero y acercándonos a la orilla del mar, aproximándonos al pie de los acantilados—. Existe un comercio secreto de polvos, tinturas y hojas secas de esa planta. He conocido, sobre todo, a soldados que recurrían a ella para escapar del horror del campo de batalla y acababan convertidos en meros recipientes vacíos sin otra voluntad que no fuese consumir más y más. Aunque es cierto que, si se toma en cantidades excesivas, sí puede ser letal incluso para nosotros.

—Vaya, es terrible.

—Lo es, y mi hermano Niowar es un adicto a ella. Cuando la consume, pierde..., no sé, cualquier tipo de pudor o racionalidad, y probablemente es lo que tomó cuando enfermó y Elara fue acusada de envenenarlo. Esa joven no tendría que haber muerto, si tan solo no hubiese tratado de apuñalarme...

—Elara estaba igual de desquiciada, aunque en su caso por otros motivos. Estaba obsesionada con que el príncipe Niowar la amase y afirmaba que tú lo maltratabas. Y no es la única de la que he oído esa historia.

—Es lo que él y su madre se encargan de propagar. Sé que Niowar puede resultar encantador, tanto con el servicio como con la mayoría de los herederos de las principales familias nobles del clan, así como con los ministros de segundo orden. Esto, unido a que soy..., ¿cómo me has llamado?, ¿«hosco»?... —asiento—, les facilita dibujar mi retrato para que mi fama me preceda. Por suerte, mi padre y la mayoría de los ministros del imperio lo conocen bien.

—¿Qué son los ministros de segundo orden?

—En el Palacio de Piedra, para la toma de decisiones importantes del imperio, se reúne el consejo de ministros. Hay dos por cada condado, uno mayor de seiscientos años, ministro de primer orden, y otro menor de trescientos, ministro de segundo orden. Generalmente

Niowar tiene de su parte a los menores, a excepción de...

—Los ministros de Bahki.

—En efecto —conviene complacido, con una sonrisa—. Muchos de los ministros más jóvenes son sus amigos de correrías.

—¿Crees que lo apoyarían en caso de que tratase de desobedecer al emperador y disputarte el trono?

Altair alza las cejas, detiene la montura y, de un salto, baja de ella y me ofrece sus brazos para desmontar. Lo hago pegada a su cuerpo, que me sostiene.

—En ese caso, los siete condados tendrían que decidir de qué lado están. Sé que el clan Abney, de Nasdril, es muy poderoso y que deben de estar revolviéndose de rabia porque Niowar no haya sido el elegido para suceder a mi padre. Sobre todo, su abuelo, el líder del clan, Ylgren Abney, el padre de la emperatriz. Ya estuvo a punto de haber una revuelta antes de mi nacimiento —me explica atando el caballo a un arbolito del que comienza a alimentarse. Me ofrece su mano, que tomo, y comenzamos a caminar por un sendero estrecho de rocas hacia el acantilado—. Al líder del clan Abney no le sentó nada bien que mi padre tomase una segunda esposa cuando su hija aún no había sido capaz de engendrar un heredero, llevaban casi un siglo intentándolo. Entonces mi padre conoció a mi madre, pidió su mano y, tras la boda, mi madre se quedó encinta casi de inmediato. Misteriosamente, la emperatriz Abney anunció que ella también lo estaba. Un embarazo élfico dura dos años, y la *noona* Maylen cree que provocó que Niowar naciese antes de tiempo para que lo hiciese antes que yo, aun así, no lo logró. Nací unas horas antes que él, a pesar de que la emperatriz Abney llevaba de parto desde la mañana. Mi madre me dio a luz sin que nadie lo esperase, a solas, en su habitación, con la única ayuda de mi *noona*, como suelen hacerlo las *otokis*. Cuando el emperador anunció mi nacimiento, mi hermano Niowar nació de inmediato, muy pequeño y pálido, débil, mientras yo era un bebé grande que no dejaba de llorar. Casi desde entonces, he podido sentir el desprecio de la emperatriz Mima —admite con una sonrisa.

—Me preocupa que pueda tratar de hacerte daño, Altair.

—No lo hará, sabe que mi padre está de mi lado.

—Pero ¿y si... esos ministros apoyan a tu hermano Niowar e intentan hacer una revuelta y... acabar contigo?

—Eso no va a suceder —afirma con una sonrisa dulce, intentando

calmar mi inquietud. Me besa en la frente, estamos detenidos en la puerta de una cueva en la roca, próxima a los acantilados—. ¿Podemos dejar de hablar de política? Olvidémonos de todo eso ahora, ahora tú y yo vamos a disfrutar de la Cueva de las Anémonas de Luz. Yo solía venir aquí a menudo cuando era niño, veníamos a bañarnos porque el agua es cálida —me cuenta mientras nos aproximamos a la entrada. Justo antes de adentrarse en ella, Altair comienza a aflojarse la parte superior del kimono.

—¿Vas a desnudarte?

—Solo el cuerpo, por ahora —dice, y se queda como su madre lo trajo al mundo. Me echo a reír y también me desnudo, aunque en mi caso me quedo con la camisa interior y los pololos.

En cuanto pongo un pie dentro de la cueva, percibo que el agua que cubre el suelo está cálida. Lo miro sorprendida.

—Hay un volcán submarino bajo los acantilados, cuanto más nos adentremos más caliente estará el agua —me informa Altair caminando hacia el interior. Solo dos pasos después, el agua le cubre la cintura y, con otros dos pasos más, el pecho—. Vamos, ven —me pide, y lentamente voy introduciéndome tras él.

Cuando lo alcanzo, toma mi mano y tira de mí. El brillo del agua se refleja en la bóveda de la cueva, que se oscurece a medida que nos alejamos de la entrada, y entonces comienzo a distinguir el brillo que procede del fondo. Multitud de criaturas cuyo cuerpo es como una torre delicada y etérea, sostenida por un tallo suave y flexible que se funde con el lecho marino, y tentáculos que se despliegan con elegancia emiten una luz azulada que se hace cada vez más intensa. Al alcanzar el fondo de la gruta, el espectáculo de luces en el techo es precioso, los destellos danzarines de las anémonas se reflejan en este, como un cielo plagado de estrellas fugaces. El agua desprende un vapor cálido que va despegando poco a poco de la superficie, y su temperatura es sencillamente perfecta.

—¿Te gusta? —me pregunta ilusionado. Asiento, es imposible que no lo hiciese, es un espectáculo precioso. Apenas hago pie de puntillas, pero me mantengo a flote nadando como un perrito. Altair, divertido con mi pobre técnica, me sujeta, tirando de mí hacia su cuerpo y subiéndome a sus caderas—. ¿En qué estás pensando?

—En que seguro que has traído aquí a muchas chicas —confieso justo frente a su rostro.

Él ríe.

—A ninguna de la que estuviese enamorado —asegura antes de besarme en los labios—. Hasta ahora.

—¿Hay muchos lugares como este?

—Los acantilados están llenos de grutas, algunas muy grandes, con rincones únicos como este. Los habitantes primigenios de Arrecife Azul las conocían todas y se escondían en ellas de los posibles atacantes. E incluso vivían en ellas, en el pasado. Gracias a las riquezas del condado, ya no es habitual tener que utilizarlas, al menos para vivir.

—No me extraña que sientas tanto apego por esta tierra, Arrecife Azul es un lugar maravilloso.

—Todo Bahki lo es, en realidad. Me encantaría enseñarte tantos lugares... —admite con melancolía.

—Y a mí me encantaría visitarlos contigo.

—Quizá en estos días podamos ir a Prya; es una ciudad al sur, en la que los atardeceres son preciosos. Hay una bahía con un estuario y un arrecife en el que, según las leyendas, viven las ninfas marinas como Meliora, la fundadora de nuestra tribu. Mi familia tiene una casa junto al mar, podríamos pasar en ella un par de días, si te apetece.

—Me encantaría.

—Podría enseñarte a nadar como una *otoki*.

—¿Insinúas que lo hago mal?

—No, no lo haces mal, para un perro —afirma entre risas, y le echo agua en la cara.

—No te burles de mí, puede que mi técnica sea mala, pero me ayudó a salvarle la vida a mi hermano Eldan cuando era pequeño y se cayó al río mientras pescábamos. La corriente era bastante fuerte, pero logré agarrarlo por la coronilla. Fue a principios del invierno y estuve estornudando un mes.

Él me observa con una sonrisa, me besa en los labios, me atiende como si estuviese contándole algo interesante en lugar de nimiedades de mi vida.

—Te llevas muy bien con tus hermanos.

—Sobre todo con Eldan, estamos muy unidos desde niños, quizá por ser los dos mayores. Aunque soy diez meses mayor, siempre ha tratado de cuidarme y yo a él. Ange es la tercera, es muy guapa, se parece a nuestra madre, es responsable y cuidadosa con todos, como

una segunda madre incluso para Eldan y para mí, que tenemos más años que ella. Y Brychan es un terremoto, sin más, no para quieto ni un momento… Debe de estar enorme —digo con melancolía. Altair me aprieta contra sí y me sostiene entre sus brazos.

—Ahora podrás verlos, podrás estar con ellos, y quiero que seas muy feliz.

—Pero no podré verte a ti.

—¿Quién puede saberlo? Quizá nos reencontremos dentro de algún tiempo.

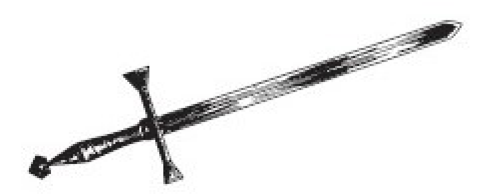
—Cuando yo sea una anciana y tú continúes siendo guapo y joven.

—Para mí siempre serás igual de hermosa. Solo te pido que no me olvides, Cassle. Por muchos años que pasen, ten siempre en tu memoria un espacio para recordarme, para recordar los buenos momentos que pasamos juntos.

—¿Cómo podría olvidarte, Altair? —pregunto mirándolo a los ojos embelesada. Ni aunque viviese mil años.

49

Altair



Cassle se remueve entre sueños, la sostengo entre mis brazos envueltos en los suaves cobertores de mi dormitorio. Arruga la nariz y sonríe, su descanso es plácido y tierno como una nana. Sus pestañas son largas y doradas como el trigo en verano. Observo la hendidura con forma de triángulo de su labio superior, esa que he recorrido con mis labios, con mi lengua, con besos dulces y apasionados, esa que dejaré de besar muy pronto.

Ha sido una noche larga en la que nos hemos amado hasta la extenuación, en la que nos hemos dicho sin palabras cuán difícil va a ser para ambos separarnos cuando llegue el momento.

La beso en la frente. Mi pequeña *mujin*..., ¿quién podría haberme dicho que aquella niña que encontré junto a un arroyo en el Bosque de las Ánimas se convertiría en la mujer que amo? A la que deseo proteger por encima de todo, incluso del imperio y de mis propios sentimientos.

La luz del sol se cuela a través de las ventanas posteriores de la habitación, la señal de que un nuevo día comienza en Idunia para elfos, *mujins* y el resto de los seres que lo habitan.

—Alteza imperial —oigo la voz de Kim Shin al otro lado de las puertas correderas. Me hago a un lado, posando el rostro de Cassle en la superficie del lecho, y me incorporo. Recojo el pantalón de mi kimono del suelo, me lo pongo y camino hasta la puerta. La abro lo suficiente como para atenderlo. La mera expresión de su rostro me hace saber que algo no va bien.

—¿Qué sucede?

—Ha llegado un mensajero desde Mour con noticias. Lo ha enviado el maestre Rowan Jinus.

—¿Y bien?

—El emperador está enfermo —revela Kim Shin con una gran preocupación en la mirada—. Según parece, está aquejado del mismo mal que el príncipe Niowar.

—Eso es imposible —respondo sin dar crédito a lo que estoy oyendo. Mi *orabeoni* asiente—. Esperadme en el Pabellón del Loto —le pido, y regreso al interior de mi habitación para prepararme.

El emperador enfermo, jamás le he conocido enfermedad en mis cuatrocientos años. Mi hermano, el príncipe Niowar, ha estado enfermo por efecto de la *yanga*, aunque es algo que solo lo sabemos el maestre Rowan Jinus, Kim Shin y yo. Mi padre no puede estar aquejado del mismo mal, no tiene el menor sentido, pues jamás consumiría esa droga.

Cuando llego al Pabellón del Loto veo a uno de los soldados de la guardia imperial en el interior, de pie junto a Kim Shin. En su rostro se refleja el cansancio por el viaje y la preocupación por la noticia de la que viene a informar.

—Bendiciones del Bosque, alteza imperial —me saluda el soldado.

—Cuéntame —pido preocupado.

—El maestre Rowan Jinus me envía para informaros, majestad —afirma entregándome una carta sellada que abro de inmediato y procedo a leer.

Estimado príncipe Altair Ryner:

Os escribo la presente para informaros de que el emperador Isembil Ryner se encuentra aquejado desde hace un par de días de la misma enfermedad que sufrió su alteza imperial el príncipe Niowar. Su malestar está provocándole gran debilidad y falta de discernimiento mental. A pesar de que estoy tratándolo en la Cámara de Hielo, su estado no mejora, al contrario, parece empeorar de modo importante cada día. Aunque la emperatriz ha asumido sabiamente los asuntos más urgentes del imperio, considero ineluctable la necesidad de que regrese lo antes posible.

Atentamente,

Cuando termino de leer la misiva observo al soldado, que permanece en silencio.

—¿El maestre te entregó la carta él mismo? —pregunto, y el soldado asiente—. ¿Los nobles saben de la enfermedad del emperador?

—Sí. La emperatriz los ha informado de que debía ocupar su lugar mientras se recupera.

—¿Alguien ha visto al emperador?

—No, a excepción del maestre y la emperatriz, nadie ha visto al emperador desde dos días antes de mi partida.

—¿Y cuánto has tardado en el viaje?

—Menos de dos días, alteza imperial. No me he detenido.

—Bien hecho, soldado. Kim Shin, asegúrate de que le proporcionan descanso y alimento —pido a mi *orabeoni*, que asiente llevándoselo, dejándome a solas.

El tono de la carta del maestre Rowan Jinus no es el habitual que suele tener conmigo. Sé que se trata de un documento formal, pero él nunca me diría lo que debo hacer, se limitaría a informarme de lo que sucede para que tome mi propia decisión, que obviamente en este caso sería regresar. No es algo demasiado reseñable, pero provoca mi desconfianza. Además, ambos sabemos que es imposible que mi padre se encuentre aquejado del mismo malestar que mi hermano Niowar. Me encuentro reflexionando sobre todo ello cuando Kim Shin regresa.

—Esto es muy extraño, alteza imperial —me dice en cuanto está a mi lado.

—Lo sé.

—Que el emperador haya enfermado justo ahora, en su hogar, mientras estáis fuera vos, que sois el encargado de asumir sus funciones como diátome mientras está enfermo...

—Lo sé.

—¿Creéis que la emperatriz trama algo?

—No lo creo, estoy seguro. Aun así, debemos regresar cuanto antes. Prepáralo todo hoy mismo, hablaré con el líder del clan para informarlo de nuestra partida —le pido, y Kim Shin asiente, retirándose.

Mi tío Jihoon, aunque no sabe nada de la adicción de mi

hermano a la *yanga*, no necesita tener más información para sospechar también de que algo extraño está sucediendo en el Palacio de Piedra.

—Puede ser peligroso que regreses, Altair. No sabemos qué te aguardará en el Palacio de Piedra a tu llegada —me advierte preocupado mientras observa el vasto mar desde su despacho.

—Lo sé, pero si mi padre se encuentra en peligro, debo estar ahí.

—Permite que te acompañe un destacamento de guerreros *otokis* en tu viaje. No me fío en absoluto de esa bruja de Mima Abney.

—Yo tampoco, tío. Pero mi llegada, acompañado por la fuerza *otoki*, puede ser considerada una amenaza hacia la actual estabilidad del imperio por parte de los ministros de los siete condados, y no puedo dar a la emperatriz un motivo para sentirse agredida. Debo marchar con mis soldados y comprobar con mis propios ojos lo que está sucediendo. En cuanto llegue enviaré un mensajero con noticias para que estéis al tanto —expongo. Mi tío se vuelve y me mira.

—Los guerreros *otokis* estamos preparados para actuar en el momento en el que nos requieras, sobrino. Un guerrero *otoki* cuenta por diez soldados del imperio, y todos están listos para defender a nuestro auténtico líder, no lo olvides.

—No lo hago, tío. Solo espero que mi padre se recupere y continuemos viviendo en paz. Pero antes de partir, debo contaros algo.

50

Cassle



Me despierta un beso suave. Envuelvo su cuello con los brazos, aún con los ojos cerrados, y disfruto del cálido roce de sus labios. Cuando los abro, disfruto del brillo plateado de los iris de Altair. Me doy cuenta de que está vestido, no con un kimono, sino con su chaqueta de cuero negro y sus pantalones. Él se acurruca a mi lado en el futón y en su expresión detecto que está preocupado por algo, lo abrazo y su cabeza reposa sobre mi pecho.

—Tengo que regresar a Mour —dice sorprendiéndome.

Busco su mirada; en efecto, hay preocupación en ella.

—Ha sucedido algo, ¿verdad?

—Ha llegado un mensajero. El emperador está enfermo y debo acudir para comprobar qué sucede.

—¿El emperador ha enfermado? Creía que los elfos no enfermaban, al menos no como los *mujins*.

—Y no lo hacemos. Los elfos solo enfermamos cuando hay desajustes en nuestra energía, y es algo excepcional, porque la cultivamos cada día para que se mantenga fuerte. Por eso debo ir. ¿Deseas regresar ya a Zeprya o, por el contrario, te gustaría pasar unos días más en Arrecife Azul?

—No tiene sentido que me quede unos días más si tú te marchas.

Hablaré con Rosy.

—¿Ella está de acuerdo en marcharse contigo?

—Sí, te está muy agradecida por regalarle la pulsera.

—Te daré algunas joyas más para que puedas venderlas y...

—No. Con la pulsera es suficiente. No necesito más riquezas.

—Aun así, me tranquilizaría saber que no pasas la menor necesidad.

—No lo haré, créeme —asevero acariciando su frente suave—. Mi vida en la aldea es sencilla, pero cuento con todo lo necesario.

—Entonces nos acompañaréis hasta que nuestros caminos se separen cuando estemos cerca de tu aldea. Uno de los soldados irá con vosotras hasta que lleguéis a casa...

—No es necesario, Altair. Conozco muy bien el camino hasta la aldea y es bastante seguro. Si alguien ve a uno de tus soldados con nosotras, sospechará. Me gustaría que mi vida sea lo más parecida a antes...

—A antes de conocerme.

—Sí. Para mí es imposible porque yo misma soy distinta de la joven que llegó al Palacio de Piedra, pero a los demás les contaré que tuve que servir a los elfos hasta que pude demostrar mi inocencia, nada más. Nadie sabrá que... me enamoré de ti, ni que te extraño, ni que en mi interior siempre te amaré. No te preocupes por mí, de verdad, Altair, tienes suficiente con preocuparte por el estado de tu padre —digo sosteniéndolo entre mis brazos. Acaricio su cabello con los dedos.

—Pensaba que tendríamos más tiempo.

—Yo también, pero creo que las cosas suceden por un motivo, y ahora debes estar junto a tu padre.



Ese mismo día, cuando el sol está alto en el horizonte, nuestra comitiva se aleja del Palacio Blanco, del lugar en el que el príncipe Altair Ryner y yo, una humilde *mujin*, soñamos con amarnos para siempre.

En el corazón me pesa el dolor de separarme del elfo que ha despertado en mí un amor que jamás creí posible, y a la vez la ilusión

de volver a reencontrarme con mi familia.

Durante el camino, Altair y yo recuperamos nuestra posición como príncipe y su criada, y apenas podemos disfrutar de una mirada cómplice, del roce de nuestros dedos mientras le sirvo la comida o un susurro furtivo en mi oído en el que me dice cuánto me ama.

El descanso es el mínimo necesario para que los caballos repongan fuerzas: la urgencia por llegar a Mour guía nuestros pasos. El tercer día, ya lejos de las fronteras Bahki, al anochecer, sé que será nuestra última noche juntos antes de que, a la mañana siguiente, tengamos que separarnos.

Mi aldea, Zeprya, está hacia el oeste, a casi dos jornadas de camino atravesando el bosque de Thyump, en el que hemos instalado el campamento, mientras Mour está al este.

Los soldados montan las tiendas y Kim Shin organiza la guardia, como cada noche. Uno de los soldados ha cazado varios animales, que serán nuestra cena junto con una sopa de judías y col que Rosy, con mejores dotes de cocina que yo, remueve al fuego.

—¿Crees que tu madre me aceptará de buen grado? —pregunta mi amiga, sosteniendo el cucharón de madera entre las manos mientras sirve en los cuencos de metal que voy repartiendo entre los soldados que aguardan sentados alrededor de la fogata.

—Claro que te aceptará de buen grado, dos manos más para trabajar en la granja nos vendrán de maravilla —le digo con una sonrisa.

—¿Y si se asusta por mi aspecto?

—¿Olvidas que mi madre es una *mudang*? Ha visto muchas cosas a lo largo de su vida, lo tuyo no es nada.

—¿Y tus hermanos?

—Pues lo mismo, son los hijos de una *mudang*, son muchas las personas con distintos problemas que acuden a nuestra casa para ser tratados. Tranquila...

—Me gustaría ir a ver a la curandera después del verano, ¿crees que a tu madre le molestará que me marche tan pronto? Aunque luego regresaré...

—Deja de pensar en lo que pensará mi madre o mis hermanos y piensa en ti, en que por fin vas a lograr lo que tanto ansías.

—Es que aún no me lo creo. El príncipe Altair ha sido tan generoso... No puedo esperar para ver mi cara curada. ¿Crees que la

gente me considerará guapa? —plantea con ilusión infantil.

Yo sonrío.

—Ya eres guapa.

—Me refiero a guapa de verdad. Aunque, en realidad, solo con que la gente me mire y no se asuste, me sentiré satisfecha. Va a ser todo tan maravilloso, Cass... Ya lo verás. Y también me gustaría buscar a Rauk para devolverle su amuleto.

—Y de camino comprobar si sigue soltero, ¿no? —aventuro entre risas.

Ella asiente.

—Si no lo está, le daré las gracias y nada más, no soy tan descarada. Pero si lo está, si descubro que ha estado esperándome, quizá tengamos una oportunidad.

—Seguro que sí. Pero si está casado y tiene una familia, sabes que a mi lado siempre tendrás tu hogar.

—Lo sé, vamos a ser como hermanas siempre.

Altair sale de su tienda, en cuya entrada hace guardia Kim Shin. Tan alto y atractivo, me mira en la corta distancia y, cuando nuestros ojos se encuentran, me hace un leve gesto para que lo siga y se dirige a la parte posterior de la tienda.

—Voy un momento a... —digo tratando de inventar una excusa, pero Rosy me mira y sonríe con los ojos. Ella también ha visto a Altair.

—Ve —me concede con mirada cómplice.

Me levanto y paso junto a Kim Shin, pero detrás de la tienda no hay nadie, solo oscuridad y la espesura del bosque. Aun así, doy algunos pasos alejándome del campamento.

De pronto, Altair me sorprende por la espalda, me atrapa contra la corteza rugosa de un tronco y me besa apasionado. La oscuridad es intensa, pero eso no me impide reconocer su silueta, mucho menos el delicioso sabor de su boca.

—Aún no sé cómo voy a poder vivir sin esto —confiesa acariciándome con su aliento tibio cuando se aparta de mis labios.

—Yo tampoco —respondo enterrando el rostro en su pecho. Sus brazos fuertes me rodean la cintura y me sujetan contra su cuerpo—. Solo espero que el tiempo lo haga un poco menos doloroso —añado, aunque sé que, al menos en mi caso, no será así—. Debes ser fuerte, Altair. Espero que el emperador se recupere, pero, si no es así, cuando

vuelvas, haz lo que tengas que hacer. Cumple con tus obligaciones, y si estas implican que debes casarte con una noble elfa… —Altair retrocede un paso, me mira en la oscuridad y hace un gesto de negación.

—¿Cómo puedes decirme eso, que me case con otra?

—¿Y qué puedo decirte? ¿Que me esperes eternamente, cuando ambos sabemos que no podemos estar juntos? Quiero que seas feliz.

—Si pretendes que también te dé mi bendición para unirte a ese *mujin*… No lo haré —replica sin esconder la rabia que siente al mencionarlo.

—Ese *mujin* se llama Valen Fireborn.

—No me interesa el nombre de ese perro. Y a ti tampoco debería interesarte después de cómo te trató.

—¿Y quién dice que me interese o que pretenda casarme con él? Nunca tuve intención de unirme a él ni a nadie. Siempre deseé convertirme en *mudang*, como mi madre. Cuando eres más pobre que las ratas, no tienes tantas obligaciones… —Sé que está enfadado, pero no sé cuándo podremos volver a hablar a solas, o si siquiera tendremos la oportunidad, así que no deseo que la conversación acabe así—. Altair, escucha, solo trato de hacerte entender que debes seguir adelante sin alimentar la llama de un imposible.

—Cassle, conocerte ha desdibujado mis fronteras, mi concepción del mundo, ha hecho que me dé cuenta de lo equivocados que estamos al imponer un estado de clases que nos separe. Intentaré cambiar eso desde mi posición, ya sea como heredero al trono del imperio o como emperador, para que algún día podamos estar juntos…

—Sabes que el tiempo no es igual para ambos. Dentro de cien años tú serás igual que ahora y yo, solo el recuerdo de quienes me hayan conocido… Pero, mientras tú me recuerdes, una parte de mí seguirá viva y, probablemente en varios siglos, esos cambios que harás llegado el momento beneficiarán a los *mujins*, solo por eso este amor habrá valido la pena —digo dando un paso hacia él, rodeando su cintura con los brazos y acurrucándome en su pecho. Altair me abraza.

—Encontraré el modo de que estemos juntos, no puedo rendirme sin más —afirma, y me besa en el cabello.

Entonces comenzamos a oír ruido proveniente del campamento: voces, gritos, caballos que relinchan, golpes de metal. Altair se lleva

instintivamente una mano a la espada, que siempre tiene en el cinto.

—Escóndete. Voy a ver qué sucede —ordena antes de echar a correr hacia el campamento.

Oigo más golpear de espadas y gritos, así como los fogonazos azules de la magia de lucha que se disipa en el aire.

Altair, Rosy, Kim Shin…, ¿cómo puedo quedarme escondida sin saber lo que está sucediendo? Camino hacia el campamento con sigilo, y todo el estruendo de una batalla se hace más y más intenso cuando llego. Observo escondida tras el tronco de un árbol cómo la docena de guardias imperiales que nos acompañan se enfrenta a una horda de atacantes ocultos bajo yelmos negros. Los superan en número, son al menos medio centenar. Veo a Kim Shin, luchando con su espada, lanzando su magia de guerra contra cinco o seis asaltantes que caen de espaldas en el suelo, pero que son reemplazados por otros tantos, que vuelven a atacarlo. Se protege con su espada y frena el ataque de uno de ellos, pero otro lo alcanza, aunque resiste el golpe una herida se abre en su labio, escupe sangre y los ataca. Busco a Rosy con la mirada, hay soldados luchando aquí y allá, las tiendas están derribadas, un par de ellos han caído y yacen en el suelo inertes. Localizo al fin a Rosy, está agazapada en el suelo, escondida junto a una de las tiendas que han tirado abajo. Una oleada de magia azulada ilumina el entorno y varios de los asaltantes caen hacia atrás, al menos una docena. Es Altair, lo veo entre los cuerpos de los soldados imperiales que luchan. Algunos de los asaltantes se incorporan del suelo, espadas en alto, y vuelven hacia él, a ellos se unen más que tratan de alcanzarlo. Kim Shin intenta contenerlos, consciente de que es el objetivo principal.

Al fondo, alejado de la batalla hay un jinete que, también vestido de negro de pies a cabeza, cubierto por un yelmo oscuro que oculta su rostro y su cabello, lo observa todo desde su montura blanca mientras realiza una especie de hechizo con los dedos. Una bruma de magia oscura y rojiza chisporrotea entre ellos. Su vista parece fija en alguien, sigo su dirección y descubro que se trata de Altair, que continúa luchando con su espada contra siete asaltantes. Aunque se protege y devuelve las estocadas, en su expresión hay una gran muestra de dolor. Está sufriendo, mucho, y puedo ver el brillo azulado de la daga maldita materializándose poco a poco en su pecho, haciéndose visible a mis ojos.

Vuelvo a mirar al jinete oscuro, cada vez que mueve los dedos la mueca de sufrimiento de Altair es evidente. ¿Qué está haciéndole?

No puedo quedarme quieta mientras están atacándolos, pero al mismo tiempo temo ser un estorbo, que Altair resulte herido por tratar de ayudarme.

Vuelvo a mirar hacia donde está Rosy. Un soldado imperial y dos de esos guerreros oscuros se acercan a donde está ella. El soldado imperial cae de espaldas sobre la tienda arrasada, lo que provoca que el guerrero la descubra en su escondite; por fortuna, otro de los soldados imperiales lo decapita por la espalda y su cabeza cae al suelo. El cuerpo del asaltante cae sobre Rosy, que se lo quita de encima como puede, completamente manchada de sangre.

Los soldados imperiales se sitúan alrededor de Altair y Kim Shin, quienes luchan espalda con espalda, tratan de protegerlos conscientes de que van cayendo uno a uno y de que no van a ser suficientes para contener el ataque. El jinete oscuro baja de su caballo y comienza a caminar hacia el círculo que han formado los soldados imperiales en torno a Altair y Kim Shin. Solo quedan cuatro en pie frente a una veintena de atacantes. El jinete aumenta la intensidad del movimiento de sus manos y la bruma de magia oscura se hace más y más intensa. Altair se encoge de dolor, la daga ya es totalmente visible, al menos a mis ojos, tan real como los soldados que están ante mí.

El jinete se acerca cada vez más mientras las espadas imperiales tratan de contener a sus secuaces, pero caen uno tras otro. Altair y Kim Shin cruzan una mirada que me aterroriza, están asumiendo que van a ser derrotados.

Nadie me presta atención, así que no me ven cuando salgo agazapada de entre las sombras y tomo la espada de uno de los soldados imperiales que yace en el suelo. Pesa, mucho, pero la alzo y me dirijo hacia ellos.

—¡Alejaos de él! —grito, provocando que el jinete oscuro gire el rostro y me mire, como también hacen varios de los atacantes. Solo quedan en pie dos soldados imperiales y uno de ellos es decapitado mientras camino en su dirección. Los atacantes no se mueven, debo de parecerles un peligro más insignificante que una mosca.

El jinete hace un gesto con la cabeza a uno de sus hombres, que se dirige hacia mí y vuelve a centrar su atención en Altair. Busco los ojos de mi príncipe imperial, está roto de dolor y miedo, miedo por mi

destino. Pero no puedo quedarme quieta observando cómo los asesinan, prefiero morir con ellos tratando de salvarlos.

—¡Muere, sucia *mujin*! —brama lanzándose hacia mí con su espada en alto.

Sé que carezco de la habilidad necesaria para repeler el ataque, pero no voy a quedarme quieta. Sé que estoy a punto de morir y mi vida pasa ante mis ojos en una fracción de segundo: veo a la Cassle niña jugando con sus hermanos, la sonrisa de mi padre cuando se despidió de mí sin saber que no volvería a verlo, las manos encallecidas de mi madre y su mirada dulce, y al fin lo veo a él, a mi príncipe imperial. Veo su sonrisa, sus ojos de luna llena, que me observan con amor, su expresión de gozo al hacerme el amor y su sonrisa deslumbrante. La espada cae sobre mí y oigo el golpe seco del metal al chocar, la he contenido con la mía. Abro los ojos y entonces me doy cuenta de que los había cerrado, veo la punta de una espada que ha atravesado el pecho del elfo que me ha atacado, justo en el corazón.

Este cae a mis pies y entonces veo a Rosy, cubierta de sangre, temblando de miedo, con las manos con las que ha sujetado la espada con la que ha acabado con él aún en el aire. En la distancia, tras ella, veo a Altair, que trata por todos los medios de zafarse de sus atacantes para alcanzarme. Y también al jinete oscuro, que acaba de contemplar cómo Rosy ha aniquilado a uno de los suyos. Sonríe con rabia en un gesto que por un instante me resulta familiar, saca un puñal de su cinto y camina hacia nosotras.

—¡Noooo! ¡Corre! —grito a Rosy, que no es capaz de reaccionar, solo es capaz de mirar el cuerpo del elfo que acaba de aniquilar. Trato de alcanzarla, pero el puñal del jinete oscuro le rebana la garganta ante mis ojos desde atrás.

Mi amiga cae al suelo, por la herida abierta en su carne comienza a manar a borbotones su fluido vital. Me arrodillo a su lado y trato de contenerla con mis manos. El jinete negro nos observa con una sonrisa. Entonces suelta el puñal y saca su espada, con la que va a matarme.

—Es tu turno, puta —masculla. Su mirada es azul, sus rasgos…

Alza la espada sobre mí, pero entonces se gira al oír cómo alguien se acerca. Es Altair, Kim Shin está conteniendo a los otros atacantes y ha logrado llegar hasta donde estamos.

Sus espadas chocan, golpean en el aire levantando chispas de magia, azul del príncipe imperial y oscura del jinete negro.

Rosy trata de hablar, se sacude entre mis manos, que no pueden contener la hemorragia. Busca algo entre su ropa y me lo entrega, es el amuleto de Rauk; con su mirada me suplica que me haga cargo de él.

—Aguanta, Rosy, aguanta —suplico, pero su cabeza cae hacia atrás sobre mis piernas y su mirada se opaca. «No, Rosy, no...»

Altair lucha con toda su energía contra el jinete negro, pero la magia oscura es muy poderosa y él está debilitado por culpa de la daga maldita. El jinete negro lanza un ataque brutal contra él que sacude las ramas de los árboles que nos rodean y Altair cae a mi lado de espaldas.

El jinete negro vuelve a sonreír, me mira y alza su espada sobre Altair, va a asesinarlo también a él, su expresión de gozo me asusta. El príncipe trata de encontrar su espada a su alrededor, pero ha salido disparada en el anterior ataque. Siento rabia, y odio, y dolor. No puedo permitirlo, así tenga que detenerlo con mi propio cuerpo. Me inclino sobre mi amado y siento que una energía desconocida se apodera de mí. Agarro con mis manos la daga maldita clavada en su pecho y la saco, estrellándola contra el hierro del jinete negro. Y entonces llega la luz, un destello de luz poderosa como el sol, de magia dorada, estalla de la daga entre mis manos provocando una onda expansiva que arroja al jinete negro de espaldas y lo hace caer lejos. La sostengo entre las manos, envuelta en el halo de luz que también protege a Altair. Lo miro, ha caído hacia atrás, sus ojos están cerrados. Pero no puedo volverme. Sostengo la daga cuando media docena de asaltantes se dirigen hacia mí, la agito en el aire y estos caen de espaldas, algunos chocan con las piedras, otros contra el suelo, otros contra los troncos de los árboles que nos rodean.

El jinete negro se pone de pie, observándome sin dar crédito a lo que acaba de presenciar, y entonces hace un gesto a sus lacayos, los que luchaban contra Kim Shin, que logra mantenerse de pie a duras penas, pues también está herido, y se retiran. El jinete negro echa a correr hacia su caballo, sube a su montura veloz y huye hacia la espesura del bosque seguido de los seis o siete secuaces que continúan en pie. Kim Shin observa a Altair en el suelo y camina hacia nosotros con una mano en el pecho, donde su kimono está rasgado y manchado

de sangre. Se detiene ante la burbuja de luz y entiendo que teme atravesarla, así que dejo caer la daga de mis manos y el destello desaparece. Se esfuma entre la oscuridad de la noche como si nunca hubiese existido, solo la luz de las llamas de la fogata y las tiendas que arden ilumina el lugar.

Kim Shin se arrodilla junto a Altair y comienza a aplicar sobre él su magia sanadora, a pesar de que él está asimismo débil y esto podría agotar su energía vital. Me arrodillo yo también a su lado, está inconsciente. Entre lágrimas, ruego a las diosas que no haya muerto, que no lo haya matado al extraerle la daga de ese modo tan brutal. Pero entonces hace un leve gesto de dolor cuando Kim Shin desabotona su guerrera de piel negra, descubriendo el pecho, y toca con sus dedos la herida perpetua abierta bajo su hombro izquierdo y, para mi total asombro, esta comienza a sanar despacio hasta cerrarse por completo ante nuestros ojos.

¿Cómo es posible?

Me vuelvo entonces hacia Rosy, sus ojos están abiertos, inertes. Sus labios lívidos permanecen entreabiertos, como si guardasen una palabra que no fue capaz de decir.

—¿Puedes ayudarla? Por favor, Kim Shin, ayúdala —suplico entre lágrimas, ahogada por el llanto.

Kim Shin hace un gesto de negación. Yo sostengo a Altair en mi regazo, pero a la vez no puedo apartar los ojos del cuerpo de mi amiga.

—Ya está muerta, no puedo hacer nada, lo siento —afirma compadeciéndose de mi dolor.

—Ha muerto por mi culpa —digo llevándome ambas manos al rostro, sin poder controlar el nudo que atenaza mi garganta.

—Ha muerto por salvarte, como yo lo habría hecho por el príncipe Altair. Su entrega ha sido un regalo y debéis aceptarlo como tal, os ha regalado la posibilidad de seguir viviendo.

No puedo hablar, solo puedo llorar.

Altair mueve uno de sus brazos, extendidos sobre las hojas cobrizas que cubren el suelo del bosque.

—Estará bien, ¿verdad? Dime que estará bien —le exijo a Kim Shin, que permanece inmóvil con la mirada perdida. Lo agarro de la manga del kimono y lo sacudo para que vuelva en sí, entonces me mira a los ojos.

—¿Sabéis lo que acabáis de hacer? Habéis invocado magia divina y por eso habéis podido extraerle la daga, pero no solo eso... Habéis... habéis atacado a esos desgraciados con vuestra magia. Así que... es cierto... Sois... la reencarnación de la diosa Hana —declara con la mirada perdida. No sé de qué habla, ni me importa, solo deseo que Altair abra los ojos y me demuestre que está bien.

Le acaricio el rostro, limpiando los restos de sangre con los dedos; tiene un rasguño en la mejilla derecha que va sanando despacio.

—Altair, por favor, por favor, háblame —pido, y mis lágrimas le caen sobre su frente, que arruga—. ¿Qué le sucede?, ¿por qué no despierta?

—He sanado sus heridas principales, pero ha perdido mucha energía en la lucha. El jinete estaba lanzándole hechizos de magia oscura, como la de la daga, y por ello perdía energía a cada movimiento. Como una vasija en la que hay una grieta que se hace cada vez más y más grande. Necesitará tiempo para recuperarse, pero estará bien. Y vos... vos habéis arrancado la daga maldita que mantenía abierta la herida. ¿Cómo lo habéis hecho?

—No lo sé. Lo hice sin pensar... Yo no puedo ser la reencarnación de ninguna diosa, eso es... una tontería.

—Debemos marcharnos cuanto antes, no sabemos quiénes nos han atacado ni si regresarán con refuerzos. Yo cargaré con el príncipe, vamos.

—No podemos dejarlos aquí así —sollozo sin apartar los ojos del cadáver de mi amiga.

—Ya no hay nada que podamos hacer por ellos.

—Sí podemos hacer algo, podemos honrarlos como es debido.

Kim Shin me mira sin disimular su preocupación.

—Como digáis, mi señora —asiente con una formalidad desconocida para mí.



Nos marchamos después de que Kim Shin haya colocado los cuerpos de los soldados imperiales juntos y cubierto con ramas y troncos a los que posteriormente ha prendido fuego, en el modo

tradicional con el que honran a sus caídos en la batalla. Hace lo mismo con el cadáver de Rosy. No soy capaz de ver cómo arde, es demasiado doloroso.

Altair continúa inconsciente, pero Kim Shin lo sube a su caballo, lo ata sobre este y él monta detrás para sostenerlo. Solo un caballo más ha permanecido en los alrededores sin huir durante el ataque y lo recupera para mí. Partimos mientras las llamas y el humo ascienden a los cielos.

Es tan injusto.

No puedo dejar de llorar.

Mi querida amiga, todos esos soldados…, ¿por qué? ¿Quién nos ha atacado? ¿Cuál era su intención?

—Deberíamos escondernos, aunque estamos muy cerca del Palacio de Piedra, no sé si es seguro dirigirnos a él directamente, los asaltantes pueden estar escondidos, aguardándonos en cualquier lugar para acabar lo que han comenzado —advierte el guerrero *otoki*, preocupado—. No sé si lo más seguro sería regresar a Arrecife Azul…

—Sé de un lugar al que podemos ir, en el que no nos buscarán.

51

Cassle



Una leve columna de humo gris sale de la chimenea de piedra, haciéndome saber que la lumbre está encendida. Probablemente una olla llena de leche esté calentándose para el desayuno. Hay un par de zonas en la techumbre de brezo que deberán ser reparadas antes de la época de lluvias para evitar que el agua se filtre por ellas. La luz del amanecer envuelve de tonos rojizos el entorno, las hojas del gran eucalipto que nos da sombra en verano y los árboles que nos proveen de fruta a finales de la primavera se mecen despacio por el viento, como si agitasen sus ramas con calidez para saludarme. La imagen es tan familiar que me emociona.

Mi hermano Eldan debe de estar en el cobertizo llenando los comederos de los animales; mi madre en su habitación, preparando alguna de sus tinturas; Ange, calentando la leche mientras amasa el pan para mañana, y Brychan, durmiendo a pierna suelta con el pulgar en la boca.

Los echo tanto de menos que mientras nos acercamos las lágrimas recorren mis mejillas. Siento la mirada de Kim Shin, busco sus ojos y este aprieta los labios, consciente de la mezcla de emociones que contengo en mi pecho. Después miro a Altair. El guerrero *otoki* lo ha atado a su cuerpo, pero continúa inconsciente, su cabeza se mece con

el caminar de su amado purasangre.

Cuando descendemos la colina, el sol ya se alza un palmo en el horizonte. Puedo ver las gallinas picoteando en el huerto, lo que quiera que mi hermano haya sembrado, y también puedo verlo a él, que trata de espantarlas. Siento que mi corazón se parte cuando reconozco la silueta espigada de Eldan, sus cabellos castaños desprenden reflejos rojizos bajo el sol del amanecer. El caballo de Altair relincha y eso provoca que mire en nuestra dirección. Se queda escudriñándonos, dos jinetes que se acercan a su hogar a primera hora de la mañana no puede significar nada bueno, debe de pensar. Pero entonces me reconoce, deja caer la azada con la que trata de amedrentar a las gallinas, sin éxito, y echa a correr hacia el camino, saltando la empalizada que delimita el huerto. Continúa corriendo hacia mí, que bajo del caballo y hago lo mismo.

Es un abrazo casi violento. Eldan me estrecha con fuerza entre sus brazos y se echa a llorar como un niño pequeño. No es capaz de decir nada, solo llora, yo también. Reconozco su olor, el calor de su cuerpo, reconozco su modo de abrazar, estoy en casa, al fin.

Me aparto un instante para mirarlo a los ojos y limpio sus lágrimas con los dedos, aún no es capaz de hablar, su respiración es casi un jadeo.

—¿Estás aquí o estoy soñando otra vez? —pregunta entre hipidos de llanto cuando recupera la voz.

—Estoy aquí, hermanito, estoy aquí —respondo, y él sonríe. Entonces, por primera vez, mira a Kim Shin, que permanece en silencio, en su montura, unos pasos atrás, y a Altair—. Necesitamos descansar.

—Son elfos, Cass —dice con una mezcla de miedo y rabia.

—Lo sé, hermanito. Confía en mí —pido. Él vuelve a mirarme a los ojos y asiente—. Acompáñanos al cobertizo y después avisa a mamá para que venga.

Eldan asiente y vuelve a abrazarme con fuerza, como si temiese que me esfumara como una sombra. Nos conduce hasta el cobertizo y acomoda unas balas de heno sobre las que pone varios sacos y en las que Kim Shin extiende el cuerpo de Altair. Eldan sirve comida a los caballos y va a sacar agua del pozo antes de ir a avisar a nuestra madre de mi llegada. Tomo asiento junto a Altair y toco su frente, continúa muy caliente, estoy muy preocupada por él.

—Se recuperará —asegura Kim Shin, de pie ante mí.

Lo miro y veo entonces que un hilo de sangre desciende de su muñeca hasta su dedos anular y meñique y gotea en el suelo. Agarro su mano. Él la echa hacia atrás tratando de soltarse de las mías, pero lo sujeto con fuerza, impidiéndoselo. Remango su kimono hasta el codo y descubro una herida del grosor de un dedo en su antebrazo.

—¿Por qué no has usado tu magia para sanarte? —pregunto. Él me mira a los ojos con una expresión extraña, incómodo.

—No es nada. Necesito mi magia para el príncipe Altair —afirma soltándose. Entonces rompo una de las mangas de mi vestido y hago con ella un vendaje en su brazo.

—Kim Shin, entiendo tu devoción por Altair, pero también debes cuidarte —le digo.

—No os preocupéis por mí, mi señora, solo por él —replica dando un paso atrás.

Eldan llega con el agua para los caballos, acompañado de alguien más. Mi madre.

—Mi niña —solloza soltando la jarra de metal que lleva en las manos y lanzándose a mis brazos. Me estrecha con fuerza y llora en mi hombro—. ¿Cómo has...? ¿Has escapado? —pregunta apartándose para mirarme a los ojos.

—No —respondo entre lágrimas de felicidad. Mi madre me mira como si también temiese estar soñando, vuelve a abrazarme y la sostengo con energía—. Ya no soy su prisionera, me han concedido la libertad, pero nadie debe saber que estamos aquí. —Mi madre asiente y entonces mira al guerrero *otoki*, de pie a mi lado, y al príncipe Altair, tumbado sobre las balas de heno—. ¿Puedes ayudarlo, madre?

—¿Quién es? ¿Quiénes son estos elfos? —pregunta preocupada.

—Son amigos. Por favor, ayúdalo —le ruego, y ella de inmediato se acerca a Altair y toca su frente y su garganta.

Kim Shin se envara desconfiado, pero no hace nada.

—Ha sido herido con magia oscura.

—¿Magia oscura? —inquiere mirando de reojo a Kim Shin—. ¿Es un noble? —pregunta, y asiento—. Soy una *mudang*, sé tratar a *mujins*, jamás he tratado a elfos, pero creo que paños fríos para bajar la fiebre y un poco de sopa caliente podrían ayudarlo —sugiere, y asiento—. Enseguida vuelvo —me hace saber, dispuesta a ir a por ello, pero antes vuelve a abrazarme—. Eldan, vamos, ayúdame.

Mi hermano me regala una hermosa sonrisa.

—Gracias por volver sana y salva —dice antes de marcharse tras los pasos de nuestra madre.

—Yo debería comprobar el entorno, que no nos hayan seguido —sugiere Kim Shin.

—No, tú deberías quedarte aquí y descansar un poco —repongo, y vuelve a mirarme a los ojos, confundido por mi voz autoritaria.

—Mi señora...

—¿Por qué me llamas así ahora? —le pregunto.

Él baja la mirada.

—Sois la reencarnación de la máxima divinidad para el pueblo *otoki*, ¿cómo podría dirigirme a vos, si no?

—Como estuviste haciéndolo hasta hace dos días. Sigo siendo la criada Cass, nada en mí ha cambiado.

—Os equivocáis. Todo ha cambiado —asevera apoyando los brazos en el mango de su espada—. Ahora no solo debo proteger al príncipe Altair, sino también a vos, con mi propia vida.

—Entonces, como máxima divinidad, te ordeno que te sientes y descanses —digo y, para mi sorpresa, aunque arruga la frente en señal de desacuerdo, no dice nada y toma asiento sobre otra de las balas de heno.

En ese momento son Ange y Brychan quienes se acercan al cobertizo. Mi hermana pequeña viene protestando, tiene mucho que hacer y no entiende por qué nuestra madre le ha ordenado que venga sin explicarle qué sucede, puedo oírla desde el exterior. Cuando cruzan la puerta del cobertizo se queda petrificada, observándonos, mientras Brychan tira de su mano tratando de alcanzarme.

—Cass, ¿eres tú de verdad? —pregunta sin dar crédito a lo que están mostrándole sus ojos castaños. Sostengo a Brychan en mis brazos, pesa mucho más y lo encuentro muy crecido. Mi hermano pequeño también llora, y beso sus mejillas sonrosadas. Los tres nos fundimos en un cálido abrazo.

Poco después llega mi madre con la cesta en la que transporta sus herramientas de trabajo, Eldan la acompaña con un cubo de agua y una jarra humeante. Ella se inclina sobre Altair.

—No sé demasiado sobre magia oscura. Pero en ocasiones he curado heridas de flecha con magia élfica de guerra y sé que hasta que se extraiga la punta de la flecha la magia se extiende por el cuerpo

hasta destruirlo —explica mi madre inclinándose sobre Altair—. ¿Dónde lo ha alcanzado la magia oscura? ¿Por qué lugar ha entrado en su cuerpo?

—El arma que lo ha herido ya no está en su cuerpo, de hecho, es esta daga —contesto acercándome a *Farat*. Tomo la daga maldita atada a la montura y la acerco para que mi madre la vea—. Ahora parece normal, pero era una daga maldita.

Ella la coge entre sus manos y comprueba el filo, identificando una diminuta mella.

—Probablemente aún haya un pequeño fragmento en su interior, debemos sacarlo, ¿dónde está la herida? —pregunta, y desabotono los engarces de su guerrera, descubriendo el torso desnudo del elfo al que amo.

La cicatriz en su hombro está cerrada, pero sigue amoratada, con un pequeño brillo rojizo. Mi madre saca de la cesta su instrumental de cirugía, envuelto en paños limpios, que extiende sobre la improvisada cama de heno, y Kim Shin se incorpora de forma instintiva, desconfiado. Le hago un gesto para que no intervenga, debe confiar en mi familia.

—La magia oscura podría dañarla —me avisa Kim Shin en un susurro, de pie, a mi lado. Entiendo lo que quiere decir.

—Yo lo haré —le digo a mi madre.

Ella me mira sin entenderlo.

—Yo extraje la daga y su magia no me ha afectado, por alguna razón —explico, y me deja su lugar.

—Debes abrir la herida y extraerla —indica.

Nunca he hecho algo así y temo demasiado hacerle más daño, pero miro el rostro lívido de Altair y eso me da fuerzas para llevarlo a cabo. Sostengo el estilete afilado entre los dedos y lo hundo en su carne con cuidado. Altair hace una mueca de dolor, pero no despierta. Profundizo un poco más, el corazón me late muy deprisa, y, entonces, mi madre me entrega unas pinzas de metal que conozco muy bien, el herrero de la aldea las hizo a petición suya hace muchos años. Las muevo dentro de la herida con cuidado y percibo el contacto con el metal maldito, así como esa energía oscura que mana de él, que asciende por las pinzas y me envuelve la muñeca. Siento dolor. Un dolor intenso y lacerante penetrando por mis dedos, recorriendo mi muñeca y ascendiendo por mi brazo. Tengo que sacar esa esquirla y

debo hacerlo rápido. Tiro de ella con fuerza y también percibo mi energía interior, esa luz dorada que nos envolvió en el bosque me palpita en el vientre y acude al encuentro de la magia oscura, fundiéndose con ella, deshaciéndola, descendiendo por las pinzas hasta la herida, alcanzando la esquirla. Siento cómo mi cabello se extiende en el aire, como si un soplo de viento lo hubiese erizado, y el poder de la magia oscura que desciende, que se dispersa. Entonces tiro con más fuerza aún y la extraigo. Es un pedazo minúsculo el que sale de su pecho, aún rodeado de una brizna de magia que se disipa con el chisporroteo de luz dorada hasta convertirse en una simple pieza de metal que deposito sobre uno de los paños limpios. Entonces la energía dorada también se esfuma y mi cabello cae a plomo sobre mis hombros. Miro a Kim Shin, que ha observado la escena impresionado; también a mi madre y a mis hermanos, que me miran sin entender qué acaba de suceder.

Altair abre los ojos, atravesándome con la mirada. Está bien, está a salvo. Al fin. Y entonces todo se vuelve negro a mi alrededor.

52

Altair



No sé qué ha sucedido durante mi inconsciencia, solo sé que he despertado en una especie de cabaña, que he visto los ojos verdes de Cassle y que se ha desvanecido. Una mujer y varios jóvenes la han tomado entre sus brazos y se la han llevado apresurados. Entonces Kim Shin me ha explicado que estamos en su casa y que esos *mujins* son su familia. Lo último que recuerdo es cómo Cassle ha extraído la daga maldita de mi pecho y ha enfrentado con ella al líder de los asaltantes, que nos atacaba con magia oscura. No recordaba la sensación de no sentir ningún dolor, al menos físico. Trato de incorporarme, necesito salir de aquí, comprobar que está bien.

—Aún estáis débil, alteza imperial, y ella está en buenas manos. Debemos aguardar aquí —me aconseja Kim Shin, a mi lado. Pero su expresión no muestra la misma serenidad que sus palabras. Se toca el antebrazo derecho, en el que lleva un vendaje de tela y sangre seca que recorre esa parte de su anatomía.

—Y tú, ¿estás bien?

—Lo estoy. Ahora lo único importante es que la diosa se recupere, y sé que lo hará.

—Es ella, ¿verdad? La reencarnación de Hana —pregunto, aunque conozca la respuesta.

Mi *orabeoni* asiente sin el menor rastro de duda.

—Maldita sea. Si alguien lo descubre...

—Debemos mantenerla a salvo, y a vuestro lado eso es imposible —dice dedicándome una mirada en la que alberga algún rencor y que

no puedo dejar pasar por alto.

—¿Qué quieres decir?

—No sé quién nos atacó en el bosque, descubrí sus rostros y no conocía a ninguno, pero su objetivo era destruir al príncipe heredero. Mantenerse cerca de ella la pondrá en riesgo, al menos hasta que aprenda a controlar su poder.

—¿Me estás sermoneando?

—No, alteza imperial. Pero ella es... es la reencarnación de la diosa Hana. ¿Tenéis la menor idea de lo que eso significa?

—Claro que la tengo. Y precisamente por ello decidí separar nuestros caminos.

—Mantenerla a salvo debe ser vuestra prioridad, más importante aún que el imperio o vuestro destino —sentencia.

—¿Sientes algo por ella, *orabeoni*? —pregunto sin tapujos, y mi amigo aparta la mirada y frunce el ceño. No sé si está ofendido por mi pregunta o si en realidad he adivinado sus sentimientos.

—¿Qué clase de guerrero *otoki* sería si me atreviese a sentir algo así por una divinidad reencarnada? ¿O siquiera por la mujer a la que ama mi *orabeoni*? ¿Es que el amor es el único sentimiento que puede justificar el deseo de protección? —replica mirándome a los ojos, con la mandíbula apretada. No sé si siente rabia, dolor o frustración, por la situación en la que estamos inmersos; por desgracia, nunca ha sido muy dado a exteriorizar sus sentimientos.

—No, por supuesto que no.

—Deseo protegerla porque vos la amáis, tanto como deseo protegerla porque es la reencarnación de la diosa Hana. Carezco de ninguna otra intención —expone. No puede mentirme, nuestro juramento lo prohíbe y confío plenamente en él, así que sus palabras son suficientes para despejar mis dudas.

—Perdóname por dudar de tus intenciones. Partiremos hoy mismo hacia el Palacio de Piedra. Ahora necesito saber que está bien —digo poniéndome en pie para dirigirme hacia la salida. Aunque mis fuerzas son exiguas, logro caminar hacia la puerta sin dificultad. Cuando la abro, me encuentro con el niño pequeño que había en la habitación cuando desperté, quien me mira con sus grandes ojos castaños.

—¿Eres un elfo? —me pregunta tocándose las orejas.

—¿Dónde está Cassle?

—¿Elfo?

—Sí, lo soy. ¿Puedes decirme...?

—¿Y haces magia?

—Sí.

—¿Buena o mala?

—La magia no tiene intención, no es buena ni mala, solo es magia. La intención está en las manos de quien la utiliza. ¿Ahora puedes decirme dónde está tu hermana? —pregunto tratando de ser amable.

El pequeño me agarra un pellizco del pantalón a la altura de la cintura y tira de mí, acompañándome en el camino hasta la cabaña. Kim Shin nos sigue. Alcanzo la puerta trasera y llamo con los nudillos, pero el pequeño la abre sin más y me permite pasar al interior. Accedemos a la habitación principal de la estancia, con mobiliario muy humilde: hay una mesa larga de madera con seis sillas, un mueble aparador atestado de platos y enseres; también hay un fogón de piedra encendido sobre el que burbujea una olla de guiso que huele muy bien mientras una joven lo remueve; debe de ser Ange, la hermana menor de Cassle.

—¿Por qué los has traído, Brychan? —regaña la joven al pequeño, que me suelta y corre a sus brazos. Con un trapo atado a su delantal, le limpia un churrete de la cara y lo coloca tras ella.

—Disculpad, ¿dónde se encuentra Cassle?

—¿Por qué queréis saberlo? ¿Quién sois vos? —pregunta la muchacha, insolente, y Kim Shin da un paso hacia ella. No está acostumbrado a que me hablen así. Estiro el brazo y lo contengo. La joven lo mira de los pies a la cabeza.

—Tenéis razón, no nos he presentado y ha sido una descortesía por mi parte. Mi nombre es Altair Ryner y él es Kim Shin, mi espada imperial.

—A él lo conozco, es el elfo despreciable que se llevó a Cass. Y vos probablemente seáis el malnacido que lo ordenó.

—¿Cómo os atrevéis a hablarle así al príncipe imperial? —brama Kim Shin agarrando la empuñadura de su katana de modo automático. Le hago un gesto de negación y la suelta.

—Será un príncipe imperial en su palacio, pero ahora estáis en nuestra casa y no sois más que dos malditos elfos que nos arrebataron a nuestra hermana hace muchos meses —añade el chico joven, que

debe de ser Eldan, el hermano del que Cassle me ha hablado, al tiempo que entra en la habitación desde una de las estancias interiores.

Kim Shin aprieta la mandíbula con rabia. El chico también, lo mira desafiante. Me hago una idea de lo mucho que deben de detestarnos.

—Entiendo que no seamos bienvenidos, así que nos marcharemos en cuanto compruebe que Cassle se encuentra bien —digo tratando de calmar los ánimos.

—¿Qué os importa si nuestra hermana está bien? —pregunta la joven.

—No vamos a permitir que volváis a llevárosla —advierte Eldan.

—No lo pretendo, en absoluto. Creedme, solo deseo saber que está bien antes de marcharnos. —Las piernas me flaquean, aún estoy muy débil. Kim Shin me agarra y pasa mi brazo por encima de su hombro para sostenerme.

—Calmaos, todos —pide la que debe de ser la señora Redgrim entrando en la habitación. Se acerca a nosotros y aparta una silla, ofreciéndomela. Kim Shin me deja caer sobre esta y, a un gesto mío, se sitúa en su posición natural, a mi espalda. Los hermanos de Cassle no me quitan los ojos de encima—. Ya que mi hija se encuentra inconsciente después de que... algún tipo de magia haya atravesado su cuerpo, ¿podríais explicarme qué sucede, quiénes sois y por qué estáis aquí? —pregunta tomando asiento frente a mí.

No deseo mentirle a la madre de Cassle, pero tampoco estoy seguro de qué puedo contarle, o hasta dónde querría Cassle que supiera.

—Mi nombre es Altair Ryner y soy el príncipe heredero del imperio, y como dice esta joven, el único responsable de que Cassle fuese apresada y retenida en el Palacio de Piedra contra su voluntad. Él es mi espada imperial, Kim Shin —repito. La mujer me observa en silencio, con expresión calmada, esperando a que continúe—. Cuando mi hermano, el príncipe Niowar, resultó herido después de beber un brebaje que vos preparasteis...

—Algo imposible, pues mis remedios no afectan a los elfos.

—Es cierto, mi hermano enfermó por otra causa, aunque en ese momento no lo sabíamos y acusamos a vuestra hija injustamente y la condené a servirnos como criada en el Palacio de Piedra.

—¿Un príncipe imperial resulta lastimado y solo la condenan a servir como criada? ¿Pretendéis que creamos eso? No soy una ingenua, sé que las vidas de los *mujins* para los vuestros no valen nada —protesta Ange. Su madre le hace un gesto para que me permita continuar explicándome.

—Desde entonces, Cassle ha estado trabajando como criada en el Palacio de Piedra. Recientemente tuve que realizar un viaje a mi tierra natal, Bahki, y nos acompañó como parte del servicio. En nuestro regreso sufrimos una emboscada en la que resulté herido y Cassle debió de pensar que sería seguro venir hasta aquí para que me recuperase. Claramente no fue una buena idea, y me disculpo por ello.

—¿Mi hermana sugirió traeros aquí en lugar de huir? —inquiere incrédulo Eldan.

—Sí —responde Kim Shin.

—¿Pretendéis que creamos eso?

—Es lo que sucedió —añade.

—Patrañas...

—Si Cassle os trajo hasta aquí es que confía en vos. No tiene que disculparse por una decisión que no ha tomado —afirma la señora Redgrim.

—No irás a creerlos, ¿verdad, madre? Mi hermana no le servía en el palacio como criada. Eso no es lo que contó Valen —agrega Eldan en voz baja. Aprieto los puños al oír el nombre del *mujin* que osó lastimarla con sus palabras.

—¿Y podría saber qué os contó? —dice Cassle de pie en la puerta de la habitación.

Eldan rápidamente se vuelve hacia ella y toma su mano, acompañándola a sentarse junto a su madre.

—¿Estás bien? —pregunto sin molestarme en disimular mi preocupación.

Ella sonríe y asiente. Su rostro refleja un profundo cansancio, mi pequeña *mujin* ha sufrido demasiado para ponerme a salvo.

—¿Qué os contó Valen? ¿Por qué fuiste tan inconsciente de ir con él a rescatarme? —le recrimina a su hermano con cariño.

—¿Esperabas que nos quedásemos de brazos cruzados? ¿Que olvidásemos que estabas prisionera? Después de que las súplicas de madre fracasasen, supimos que había una fiesta a la que acudirían muchos sirvientes al palacio, era nuestra oportunidad de entrar.

—¿Las súplicas de nuestra madre?

—Madre fue al palacio a suplicar que te liberasen, o que al menos le permitiesen cambiarse por ti, dado que tú no eres la *mudang*, sino ella.

Cassle busca mis ojos, aparto la mirada.

—¿Lo sabías? ¿Por qué no me dijiste nada? —inquiere.

—En ese momento aún no sabía si podía confiar en ti, fue pocos días después de que llegases... La *noona* Maylen la atendió y le pidió que se marchase —explico, pero su mirada de recelo me encoge el corazón.

—Pretendió darme un puñado de monedas a cambio de mi hija que arrojé a sus pies —revela mi madre. Los ojos de Cassle se empañan de tristeza, solo un instante, pero entonces respira hondo y enfrenta a su hermano con la mirada.

—Decidme, ¿qué os contó Valen?

—Nos contó que te tenían recluida en una celda, que habían usado la magia contra ti y no dominabas tu voluntad, que ni siquiera lo reconociste. Que te encontró, pero lo apresaron, aunque logró escapar.

—¿Que no dominaba mi voluntad? ¿Acaso os lo parece? ¿Hablo de forma diferente, me comporto de un modo distinto? Soy la misma, soy la dueña de mi voluntad y no regresé con él, a pesar de que el príncipe Altair me lo permitió, porque decidí no hacerlo.

—¿Cómo que decidiste no hacerlo? —pregunta Ange desconcertada.

—Tenía mis propios motivos, aunque no deseo hablaros de ellos en este momento —responde con la voz quebrada por la emoción. Las lágrimas acuden a sus ojos. Rosy. Rosy fue la razón por la que eligió continuar a mi lado—. Pero nada tenían que ver con el príncipe Altair —afirma mirándome a los ojos. Deseo sujetar su mano, abrazarla y consolar el dolor que sufre, mas sé que no puedo hacerlo—. Valen os mintió.

—¿Y por qué haría tal cosa? —replica Eldan.

—Probablemente creería que era más fácil para vosotros creer que estaba presa, o desquiciada por la magia, que saber que había tenido la oportunidad de regresar y no había aceptado.

—¿Por qué?

—Eso ahora no importa. Lo único importante es que has

regresado a casa sana y salva, que estás al fin con nosotros —interviene su madre sosteniendo la mano de Cassle sobre la mesa—. Si mi hija ha confiado en vos tanto como para traeros a nuestra casa, es suficiente para mí. Podéis esconderos en el cobertizo hasta que os recuperéis y después os marcharéis.

53

Cassle



Entro en el cobertizo con una bandeja en la que llevo dos cuencos de humeante sopa. Kim Shin, que estaba sentado en el suelo en pleno proceso de cultivación sanadora de su magia, se incorpora al oírme llegar y pone una sobre otra un par de cajas de madera a modo de mesa y sobre ellas deposito la bandeja. Lamento que mis hermanos hayan sido tan duros con ellos, pero son elfos y mi propio concepto sobre ellos no distaba mucho del que aún posee mi familia. No obstante, entonces los conocí y descubrí que ambas especies tenemos un concepto desafortunado de la otra. A los *mujins* nos tocó perder por nuestra fragilidad, pero ni siquiera creo que los hubiésemos tratado mejor en el caso contrario.

—Comed. La sopa de mi hermana Ange es deliciosa, os gustará. Lamento no poder alojaros en un lugar mejor...

—Este lugar es perfecto, cualquiera en el que estés a salvo lo es —declara Altair tomando mi mano, entrelazando nuestros dedos. Me dedica una sonrisa triste y tira de mí, forzando a que me siente a su lado—. Mañana por la mañana nos marcharemos.

—No hay prisa, podéis hacerlo cuando estéis recuperados por completo. Es peligroso que acudas al palacio con tu energía aún mermada.

—Tengo que regresar lo antes posible, no sé cómo se encuentra el emperador y necesito verlo con mis propios ojos. ¿Cómo te encuentras tú? —me pregunta, y aparto la mirada. Sé a lo que se refiere.

—Voy a extrañar a Rosy —confieso con los ojos aguados por las lágrimas contenidas. Altair aprieta mi mano con cariño—. Ella era un ser de luz, tan buena, tan dulce… Y el mundo ni siquiera le dio la oportunidad de mostrarle su verdadera belleza, ni siquiera pudo cumplir su sueño de sentirse normal. Si tan solo hubiese dejado que se quedase en Bahki… No sé cómo voy a poder vivir sabiendo que murió por salvarme —digo sin poder evitar que un par de lágrimas caigan en mi regazo.

—Vivir es el modo en el que mejor puedes agradecerle su sacrificio. Mantente a salvo y vive una vida larga y feliz —afirma limpiando la humedad de mis mejillas con los dedos, acunando mi rostro. Kim Shin carraspea, incómodo por nuestra muestra de afecto, supongo, así que tomo una de las cucharas y la introduzco en el cuenco de sopa que hay frente a Altair.

—Comed, por favor —les pido a ambos. La espada imperial, que permanece de pie a nuestro lado, toma asiento frente a ambos, en uno de los cubos, utilizándolo como taburete—. ¿Cómo está tu herida, Kim Shin? —pregunto estirando la mano para alcanzar la manga de su kimono y poder verla, pero él aparta el brazo.

—Está bien, no debéis preocuparos por ella, mi señora —responde hosco. Miro a Altair, que me hace un gesto para que no tenga en cuenta su reacción—. Necesito aire fresco —dice cogiendo su cuenco de sopa e incorporándose. Luego sale del cobertizo.

—¿Qué le sucede?

—Está tenso, no sabemos qué nos espera en el Palacio de Piedra, y eso no le permitirá relajarse hasta que lo descubramos —contesta Altair.

Asiento y dejo caer el rostro en su hombro. Él me rodea con su brazo y me besa en el cabello.

—No te pongas en peligro, por favor. Prométemelo —pido alzando el mentón para mirarlo a los ojos.

—Lo intentaré.

—¿Tenéis la menor idea de quién ha preparado la emboscada? ¿O solo fue un asalto de forajidos?

—No fue un mero asalto de forajidos. El jinete utilizaba magia

oscura, y eso es algo que solo había visto antes en una ocasión, cuando el general me hirió con la daga maldita. Para ser capaz de canalizar la magia oscura ha de realizarse un ritual en el que hay que invocar al dios Véxor y permitir que lo posea. No es un ritual sencillo, y además es irreversible. Una vez que Véxor se infiltra en su núcleo no hay nada ni nadie que pueda extraerlo de ahí; cuanto más la utilice, más fuerte se hará el dios oscuro dentro de él hasta dominarlo por completo. Sea quien sea quien esté bajo ese yelmo, aunque aún no lo sepa, le ha entregado su existencia.

—Pero, entonces, ¿cómo vamos a luchar contra un dios?

—¿Vamos? —duda con una sonrisa, arrugo el ceño.

—¿No esperarás que te deje luchar contra un dios a ti solo?

—No estoy solo, tengo a Kim Shin y a toda la guardia imperial.

—Que poco pudieron hacer ante una magia tan poderosa. Sé que hay algo extraño en mí, lo sé porque fui capaz de extraer la daga maldita de tu pecho, porque contuve el ataque del jinete oscuro... Si el erudito de Bahki tiene razón y soy la reencarnación de la diosa Hana..., algo que no puedo llegar a creer todavía, pero, si lo soy..., entonces soy tu única posibilidad de vencerlo.

—No voy a ponerte en peligro de nuevo.

—Si me enseñas a utilizar la espada, o a intentar canalizar la magia de la diosa...

—No es negociable, Cass —me interrumpe, y me aparto de su hombro, molesta. No puede decidir por mí, no soy una niña pequeña —. El erudito Lirion nos dijo que en el momento en que la diosa tome el control sobre tu cuerpo, dejarás de ser tú. Tus recuerdos, toda tu vida anterior se esfumarán como un diente de león, y cuanto más utilices su energía más posibilidad hay de que esto suceda.

—Pero eso es algo que debo decidir yo, ¿no crees? ¿De qué me servirán los recuerdos si algo malo te sucede? Perder mis recuerdos sería un acto de piedad —digo sin poder evitar que las lágrimas acudan a mis ojos nuevamente.

—Creí que te perdía, cuando el jinete oscuro cayó sobre ti con su espada, creí que jamás podría volver a verme reflejado en tus ojos, que jamás podría volver a sostener tu mano, así —dice entrelazando nuestros dedos otra vez—, que nunca más podría estrecharte entre mis brazos y sentir que contengo entre ellos mi felicidad. He vivido cuatrocientos años sin conocerte, Cassle Redgrim, pero no soy capaz

de concebir un solo día más de vida sabiendo que no estás en este mundo. He crecido pensando que lo único importante de mi existencia, el único motivo para vivir, era proteger el imperio que mi padre ha creado, mantener en orden y a salvo las vidas de los elfos que lo habitan. Pero me he dado cuenta de que no quiero renunciar a ti, deseo estar a tu lado cada minuto de cada día. Voy a regresar al Palacio de Piedra y voy a descubrir qué sucede, permaneceré en él el tiempo necesario para mantener el orden mientras mi padre se recupera y, después, regresaré a ti.

—No puedes hacer eso, Altair. Los elfos jamás me aceptarán.

—No tendrán que hacerlo. Voy a renunciar al trono. Mi bandera eres tú, mi patria, mi imperio empiezan y terminan entre tus brazos —declara inclinándose sobre mí, y me besa.

Es un beso lleno de anhelos, de pasión contenida, es un beso del amor más puro y sincero que existe.

—¡Lo sabía! —La voz de mi hermana Ange nos sorprende, acaba de abrir la puerta del cobertizo y nos ha descubierto. En sus manos porta una jarra de metal y dos vasos—. ¡Sabía que aquí sucedía algo cuando este guardaespaldas no me permitía entrar!

—No soy un guardaespaldas. Soy un guerrero *otoki* —protesta Kim Shin con cara de circunstancias y el cuenco de sopa entre las manos.

—Lo que sea —repone mi hermana sin concederle la menor importancia—. Te has enamorado de un elfo, Cass, ¿de verdad? No puedo creerlo. Por eso no volviste a casa cuando tuviste la oportunidad —concluye soltando lo que trae en sus manos en la bandeja de madera y se marcha.

Debo hablar con ella. Aunque nuestra relación nunca haya sido demasiado buena, debo evitar que le cuente a mi madre lo que acaba de descubrir. Me incorporo y sigo sus pasos, la intercepto antes de que entre en nuestra casa. Agarrándola por el brazo, logro que se detenga, se vuelve y me mira con rabia.

—Ange, espera, déjame que te explique.

—¿Qué tienes que explicarme? ¿Que mientras nosotros temíamos por tu vida tú eras feliz entre los brazos de ese elfo, que has traicionado a tu familia, a tu especie, que no te ha importado nuestro sufrimiento lo más mínimo solo por estar con él? ¿Sabes por lo que hemos pasado? Madre lloraba cada noche, cada noche... Vendió todas

nuestras pertenencias de valor, todas, para poder comprar tu libertad a los elfos. Eldan vendió su escopeta de caza y madre incluso el collar que padre le regaló en su boda.

Entiendo entonces por qué ella no lleva su pulsera de trocitos de coral rosado, esa que adoraba y por la que estuvo cosiendo sin parar por las noches durante meses para varios de nuestros vecinos de la aldea para poder comprarla.

—Lo siento, lo siento de veras —digo mirándola a los ojos. En los suyos hay rabia, una profunda rabia hacia mí—. Yo no elegí nada de esto, simplemente sucedió…

—¿Sucedió? ¿Cómo puedes enamorarte de uno de los seres que nos humillan, que nos hacen pasar necesidad? Madre jamás lo aceptará, nadie en la aldea lo aceptará, nos hundirás aún más en la vergüenza. Ya es suficientemente duro no tener un padre y ser los hijos de una *mudang*, pero que nuestra hermana se convierta en una *maegu* provocará que todos en la aldea nos repudien.

—No voy a convertirme en una *maegu*. Altair volverá a por mí cuando las aguas en el Palacio de Piedra se calmen y nos marcharemos, nadie sabrá que he regresado y nadie sabrá que me fui con él.

—¿Y qué hay de Valen? ¿Es que crees que no sé que os cogíais de la mano y os besabais cuando estabais solos? ¿Qué hay de él? Él también lo ha pasado muy mal, incluso fue a rescatarte.

—Lo nuestro fue algo bonito, dos niños que se dan sus primeros besos, se hacen sus primeras caricias… Pero ni Valen ni yo nos prometimos nunca nada, él sabía que yo deseaba ser *mudang* y que no abandonaría ese deseo por estar con él.

—Por Valen no, pero por el elfo sí, ¿no? No te reconozco, Cass. ¿Cómo puedes pensar siquiera en largarte con él? ¿De verdad crees que abandonará su lugar como príncipe imperial, por ti?

—Me ama, Ange. Me ama de verdad, y no necesito nada más para ser feliz.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Y qué hay de nosotros? Si de verdad abandona el trono y se marcha contigo, ¿crees que nadie lo buscará? ¿De verdad crees que será tan sencillo? ¿Que no vendrán hasta aquí a buscarnos, a exterminar a la familia de la *mujin* que ha huido con el príncipe imperial? He oído lo que cuentan los comerciantes que llegan de Mour. Aseguran que está a punto de

formarse una revuelta, porque la emperatriz no acepta que su hijo no haya sido designado como heredero. Que incluso han llegado tropas desde Nasdril y que la enfermedad del emperador no es tal, sino un intento de eliminarlo. Si la emperatriz se hace con el poder, ¿crees que le dejarán vivir sin más? El príncipe Altair siempre representará un peligro para su hermano —asegura. No soy capaz de reaccionar. Ha sido la emperatriz, ella es la responsable de la emboscada, estoy segura. Mi hermana tiene razón, jamás permitirán que Altair y yo vivamos en paz. No me importa vivir como una delincuente, que nadie entienda nuestro amor y nos repudien, pero que mi familia sufra por ello..., eso jamás podría perdonármelo—. Tranquila, no voy a decirle a mamá lo que he visto, ni al Eldan, están demasiado felices por tenerte de vuelta para volver a hacerles daño.

Permanezco inmóvil mientras mi hermana se zafa de mi mano y marcha al interior de la casa. Regreso al cobertizo, donde Kim Shin y Altair terminan de dar buena cuenta de su cuenco de sopa.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Altair. Hago un gesto de negación —. Lo lamento.

—Pero mi hermana me ha contado algo que creo que debéis saber. Han llegado rumores de Mour por medio de los comerciantes: dicen que la emperatriz es la responsable de la enfermedad del emperador porque no acepta que hayas sido designado heredero, y que han llegado tropas de Nasdril al Palacio de Piedra.

Altair aprieta la mandíbula, está preocupado, mucho, por el destino de su padre.

—La carta en la que solicitaban nuestro regreso fue una trampa, por ello me extrañó la frialdad con la que el maestre Rowan Jinus se dirigió a mí, pero jamás pensé que estaba tratando de advertirme de algo.

—Y probablemente fueron soldados del conde Abney los que nos asaltaron —añade Kim Shin apretando en los labios un mohín de rabia —. Voy a atravesar a ese maldito con *Céfiro*.

—No creo que sea seguro que volváis al Palacio de Piedra, deben de estar esperándoos en cada camino. Si realmente pretenden fingir que el emperador ha muerto por una enfermedad, no permitirán que el príncipe heredero llegue al palacio y pueda ser coronado, de ahí la urgencia por eliminarte —digo a Altair, que deja caer la cabeza entre los hombros agotado. De pronto, todas las piezas del puzle han

encajado y no puedo imaginar lo doloroso que debe de ser para él.

—Si se descubre que la emperatriz Mima está detrás de la enfermedad del emperador Ryner, será acusada de traición y, por tanto, repudiada por la corte, tanto ella como su descendencia. Por eso debe tratar por todos los medios de fingir que no tiene nada que ver con ello. Pero no puedo permanecer escondido mientras tratan de acabar con la vida de mi padre —resuelve al fin—. Partiremos al alba.

—Quedaos un día más. Por favor, necesitas recuperarte y, además..., debemos pensar el modo más seguro para que volváis. Por favor, solo un día más —le suplico.

Altair aparta la mirada, no quiere esperar un solo minuto más y estoy pidiéndole un día. Pero de nada servirá si los eliminan en el camino y, si no lo hacen, lo harán en cuanto atraviesen la entrada del Palacio de Piedra. Debe de haber una forma de introducirlos en el palacio sin ser vistos y tengo que encontrarla.

54

Altair



Si, como parece, la emperatriz Mima está detrás de la enfermedad de mi padre, así como del ataque que sufrimos en el bosque, todo acaba de complicarse demasiado. El emperador corre un serio riesgo, como también el imperio. No confío en mi hermano Niowar, pero sin duda lo hago mucho menos en el conde Abney. Sus ansias de poder son casi tan célebres como su fama de general despiadado.

Si Bahki es un condado avanzado en el que tanto los elfos como los *mujins* conviven en paz, en Nasdril se da todo lo opuesto a una convivencia pacífica. En Nasdril, los *mujins* son tratados peor que los animales, hace unas décadas corrió el rumor de que el conde Abney descuartizó con su magia a tres generaciones de una familia de *mujins* porque una de las criadas había derramado una gota de vino en su chaqueta. La Tierra de Fuego es tristemente famosa entre los viajeros porque a los *mujins* no se les permite vestirse con ropas, solo con pieles, ni vivir en poblados, porque el conde teme sobremanera una revuelta *mujin*.

Solo lo he visto en contadas ocasiones, la primera cuando mi madre aún estaba a mi lado, ella siempre trataba de evitar que nos encontrásemos; la segunda, cuando visitó a la emperatriz hace un par de años, en su ochocientos aniversario, y la última, hace unos días, cuando llegó a palacio para asistir a la Fiesta del Solsticio. Sé que se vanagloria de haberlo visto todo o casi todo en sus más de dos mil cuatrocientos años. Mil cuatrocientos años de horror y dolor para los mortales de Nasdril. Sé que ha tratado de que mi padre lo nombrase

ministro de la corte, pero nunca fue partidario de ello. Saberlo en el Palacio de Piedra no hace sino incrementar mi inquietud.

—Debemos marcharnos, cuanto antes —dice Kim Shin, sacándome de mis devaneos mentales, devolviéndome a la realidad de aquel cobertizo. El sol ha comenzado a descender en el horizonte, el día ha transcurrido demasiado rápido y debo decidir si partiremos al alba o no.

—¿Crees que deberíamos marchar directamente hacia el Palacio de Piedra?

—No lo sé. Si en lugar de soldados imperiales nos hubiesen acompañado guerreros *otokis*, el jinete negro no habría escapado. Quizá debamos regresar a por refuerzos.

—Pero no podemos introducir una fuerza *otoki* en el Palacio de Piedra sin una razón, los ministros de los distintos condados lo considerarían una amenaza.

—¿Una amenaza? ¿Y que haya una legión de soldados de Nasdril no lo es?

—Supongo que serán los soldados que han venido como escolta del conde Abney. Además, si todo es como cuentan, si regresamos a Arrecife Azul, para cuando alcancemos el Palacio de Piedra mi padre estará muerto... Y si mi padre muere..., no me quedará otra que ocupar el trono.

—¿Es que teníais otra alternativa? —plantea mirándome de reojo. Se pone en pie y camina hasta donde están los caballos, registra las alforjas de uno de ellos y regresa con una botella cerámica, vuelve a sentarse a mi lado, que lo observo sin dar crédito, y la descorcha, ofreciéndomela.

—¿Vas a beber? ¿En serio?

—Estamos escondidos en un cuartucho entre boñigas de caballo y meados de ratas mientras la fuerza más poderosa del imperio, tras los *otokis*, nos busca para exterminarnos. ¿Creéis que haber sobrevivido no lo merece? —sugiere sorprendiéndome, y empina la botella contra sus labios, dando un largo trago, antes de pasármela. Hago lo mismo y el sabor fuerte y amargo del licor de algas me quema la garganta en su descenso, es tan fuerte que se utiliza para desinfectar heridas en la batalla.

Entonces la puerta se abre y por esta aparece Ange, con el cabello castaño recogido en una coleta baja y un hacha de grandes

dimensiones en las manos. Kim Shin y yo la miramos sin saber muy bien cómo reaccionar; ella, en cambio, fija los ojos en la botella que tengo en las manos.

—¿Estáis emborrachándoos? Bebiendo en un momento así, qué típico de los elfos —comenta con desprecio. La escondo a la espalda, en un acto reflejo tan infantil que me hace sentir idiota. Ange enarca una ceja—. Mi madre me obliga a preguntaros si tenéis suficiente heno para dormir los dos esta noche.

—Es suficiente para el príncipe Altair, yo duermo sentado —le hace saber Kim Shin, y la joven lo mira escéptica. A menos de estar seguros de encontrarse totalmente a salvo, los guerreros *otokis* duermen vestidos, sentados contra una pared, con la cabeza reposando sobre los brazos y la katana entre las manos. «El sueño del guerrero», lo llaman.

Aunque Ange presta atención a Kim Shin, la mayoría de sus miradas asesinas se dirigen a mí; imagino que es la consecuencia de que me haya descubierto besando a su hermana. Aunque Cassle está convencida de que no le contará nada a su madre, yo no estoy tan seguro de ello.

—El hacha es para la leña, tranquilos, no voy a rebanaros el cuello, aún… —asegura buscando algo en su mandil que nos lanza. Ambos los atrapamos al vuelo, se trata de dos boniatos asados, aún conservan algo de calor—. Adiós.

—Espera —ruego poniéndome en pie y dando un paso hacia ella —. Cassle… ¿está bien?

—Perfectamente. —Es su parca respuesta antes de marcharse.

La oscuridad va deslizándose a nuestro alrededor como una bruma que ennegrece los materiales de labranza que nos rodean y opaca la pequeña ventana por la que entra la luz solar. Es un buen momento para la cultivación de nuestra energía, Kim Shin lo sabe y se sitúa en posición de meditación y retoma el proceso que comenzó esta misma mañana. Yo también lo hago: cierro los ojos, uno mis dedos pulgares, índice y corazón ante el pecho según el mantra de sanación y me concentro en mi núcleo de energía. Qué sensación tan maravillosa es no percibir dolor alguno al hacerlo, sin sentir esa maldita daga que ahora es tan solo un pedazo de metal atado a mi montura, y que me ha martirizado durante demasiado tiempo.

Noto cómo mi energía fluye libre, cómo se renueva veloz y

alcanza cada uno de los poros de mi piel, cómo se expande desde mi núcleo dorado hasta la punta más alejada de mi cabello, hasta los dedos de los pies, y después regresa concentrándose aún con más fuerza.

Estoy completo, por primera vez en demasiado tiempo. Y es gracias a ella, a mi *mujin*, a mi diosa, a la mujer que ha abierto tanto mi corazón como mi mente. Ahora soy incapaz de reconocerme en el que fui antes de ella, mi concepto del mundo en sí mismo ha cambiado por completo y eso es… hermoso. Y a la vez cruel. Porque no solo nos separan nuestras especies y nuestras condiciones sociales, nos separa un imperio, las vidas de todos cuantos nos rodean, es demasiado peso para cualquiera, elfo o *mujin*.

No quiero tener que elegir entre ella y el destino del imperio, porque no soy ningún héroe y sé que soy capaz de sacrificar el imperio por ella.

—Voy a tratar de dormir —digo a Kim Shin incorporándome del suelo y tomando asiento en la improvisada cama de heno. Él asiente y acomoda la espalda contra la pared de madera—. Hay algo que no me cuadra —admito sin pensar. Kim Shin abre los ojos y me mira—. Los hermanos de Cassle se parecen entre ellos; desde el más pequeño al mayor, tienen similitudes en el color del cabello, en los rasgos faciales… Sin embargo, ella no se parece lo más mínimo a sus hermanos. No tiene nada que ver con ellos.

—Es curioso, pero no tiene por qué ser extraño. Quizá los hermanos se parecen a su madre y ella lo haga a su padre.

—¿Y todo el tema de la desaparición de su padre? ¿No piensas que es extraño que un comerciante de artesanías desaparezca sin más, sin que se encuentre su cadáver o algún rastro…? ¿Y si el padre de Cassle sabía que su hija era especial?

—¿Cómo podría saberlo si a nosotros, que tenemos acceso a los tratados más antiguos y a los eruditos más notables, nos ha costado averiguarlo?

—¿Y si alguien lo eliminó por descubrirlo? ¿Qué crees?

—Que deberíais cerrar la boca y dormir —responde desabrido, y en la oscuridad, le arrojo uno de mis guantes de piel para que lo golpee en la cara, pero un destello de luz me hace saber que lo ha cortado en dos con la katana.

—Gracias, eran mis favoritos —protesto.

—De nada, alteza imperial.

Aunque no puedo verle el rostro, sé que sonríe.

Estoy a punto de dormirme cuando la puerta de la habitación se abre de par en par. En un rápido movimiento, Kim Shin sitúa su katana en la garganta de quien ha osado sorprendernos. Ange, aterrorizada, suelta el candil que llevaba en las manos, que se rompe al chocar contra el suelo. Rápidamente creo un pájaro de magia *bakum* para que nos ilumine, comprobando que el filo de la espada de mi *orabeoni* continúa en la garganta de la hermana de Cassle.

—Lo lamento… Kim Shin, baja la katana —le ordeno al ver que no se mueve.

—Dijo que volvería para cortarnos el cuello… —afirma este sin moverse un ápice.

—Estaba bromeando, ¿verdad? —pregunto, y la joven, con expresión de horror, aprieta los ojos y asiente. Entonces mi espada imperial enfunda su katana.

—¿Sois idiota? —pregunta Ange, furiosa—. ¿Cómo habéis podido ponerme una espada al cuello?

Kim Shin aparta la mirada, sin importarle lo más mínimo lo que está diciéndole.

—Perdonadlo, por favor. Aún no se acostumbra a tratar con *mujins*… —pido, y Ange le dedica una mirada asesina de pies a cabeza que Kim Shin aguanta estoico. Cuando el pájaro mágico flota cerca de ella, lo aparta de un manotazo.

—Mi hermana me ha pedido que os avise, tenemos reunión en el salón —advierte, y se marcha.

—¿No crees que deberías haberte disculpado? —planteo a Kim Shin, que enarca una ceja.

—Ella nos ha insultado sin compasión desde que llegamos y no para de menospreciarnos.

—Secuestramos a su hermana. En realidad, tú la secuestraste y yo impedí que volviese. ¿Esperas que nos reciba con una lluvia de pétalos de rosas?

Kim Shin arruga la nariz, molesto con mi comentario, y me ofrece salir primero.

Cuando entramos en la cabaña, toda la familia, a excepción del pequeño Brychan, que debe de dormir, está sentada alrededor de la mesa de madera. Además de ellos hay un *mujin* de edad media, unos

cincuenta o sesenta años. Cassle me dedica una sonrisa con la que pretende tranquilizarme, pero no sé quién es ese tipo ni qué hace aquí, y hasta que lo descubra no podré hacerlo.

—¿Qué sucede? —pregunto observando los rostros de todos los presentes, en especial el del *mujin* desconocido. Su cabello es ralo y sus ropas humildes. Esquiva mi mirada, aunque no parece atemorizado, debe de estar acostumbrado al trato con elfos.

—¿Te suena el nombre de Gared Alenther? —me pregunta Cassle con voz pausada. El nombre me es familiar, pero no me da tiempo a responderle—. Tienes que conocerlo, es un gran señor elfo, dueño de uno de los mayores viñedos del condado, a medio día de camino de nuestra aldea hacia el norte.

—Sé quién es Alenther, es un viejo conocido de mi padre desde hace muchos años y sus vinos son bastante apreciados en el Palacio de Piedra.

—Pues él es Calr Edwings y trabaja como lacayo para Gared Alenther desde hace muchos años. Calr es el encargado de transportar sus vinos hasta Mour y, por tanto, tiene acceso a la ciudad y también a la ciudadela del Palacio de Piedra. Él os llevará hasta el interior sin que nadie lo sepa —explica Cassle.

Edwings aprieta los labios, no parece muy cómodo con el encargo que acaban de encomendarle.

—Con el debido respeto, ¿cómo sé que podemos confiar en él? ¿Que no nos entregará a la primera patrulla de soldados de Nasdril que encontremos en el camino a cambio de una recompensa?

—Los *mujins* podemos ser efímeros, en comparación con sus largas existencias —interviene Calr Edwings—, pero no olvidamos con facilidad. La señora Redgrim salvó a mi esposa y a nuestra hija cuando la partera que habíamos llevado a casa para atenderla se dio por vencida y me dijo que debía resignarme a perder a ambas. Desesperado, acudí en su ayuda y ella preparó un brebaje con el que mi mujer pudo dar finalmente a luz con su ayuda. No hay recompensa mayor que la de poder mirar a ambas a los ojos cada día.

Aparto la mirada, incómodo por mi metedura de pata.

—Aun así, ¿cuál es el plan? ¿Entrar en la ciudad escondidos entre los toneles de vino? Estoy seguro de que los soldados revisarán la mercancía.

—No viajaréis escondidos entre la mercancía, viajaréis *dentro* de

la mercancía. El carruaje transportará seis grandes toneles de vino, cuatro para el palacio y dos para dos grandes señores de la ciudadela. Vosotros iréis cada uno dentro de un tonel —expone la señora Redgrim.

—Iréis dentro de sendos toneles, inmersos en el vino, con vuestras espadas —insiste Cassle—. ¿Quién puede sospechar que viajéis sumergidos en el vino para entrar? Es un buen plan.

—Perdona que lo cuestione.

—¿Tienes una idea mejor, elfo? —pregunta Eldan, molesto con mis dudas. Guardo silencio. No, no tengo un plan mejor. Viajar a cara descubierta es un auténtico suicidio.

—Entonces, no se hable más. Partiréis pasado mañana.

—¿Por qué pasado mañana y no mañana mismo? —interviene Kim Shin.

—Porque Alenther tiene planeado el viaje para pasado mañana y, si lo alteramos, podría levantar sospechas —revela la señora Redgrim —. Una vez dentro de la ciudad amurallada, vuestra seguridad solo dependerá de vosotros mismos.

Asiento. No me convence en absoluto. Pero no se me ocurre una alternativa a ese plan tan descabellado.



Una vez de regreso en el cobertizo, sé que Kim Shin me mostrará sus objeciones, lo espero en cuanto cruzamos el umbral. Sin embargo, mi espada imperial se mantiene en silencio, regresa a su posición de *sueño del guerrero* sin articular palabra.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no dices nada? ¿Crees que puede funcionar? —le pregunto en la oscuridad que nos rodea.

—No funcionará.

—¿Entonces?

—Entonces *Céfiro* y *Escarcha* nos abrirán el camino.

55

Cassle



Apenas puedo dormir en toda la noche. No dejo de pensar en los últimos acontecimientos, en la batalla en el bosque, el jinete misterioso y su inquietante uso de magia oscura. En el desvanecimiento de Altair, la magia dorada que ha surgido de mis manos para protegerlo, los rumores de la enfermedad del emperador, mi posible condición como reencarnación de la diosa Hana, de la que no he hablado en absoluto a mi familia... Las instantáneas se repiten dentro de mi cabeza.

Desconozco en qué momento el sueño me rindió, pero no ha sido un sueño reparador, he despertado al alba, agotada, al sentir cómo Ange se movía, tan inquieta como yo misma. Mi hermana está enfadada conmigo, cada vez que nos hemos cruzado sus ojos me han atravesado con malestar, con la reprobación escrita en la cara. Al menos no nos ha delatado, hablándole a nuestra madre de mi relación con el príncipe Altair.

Ange siempre ha sido muy optimista, decidida y obstinada, mucho más que yo. Ella era la que mantenía la esperanza de que nuestro padre regresase algún día, de que, en algún momento, los jóvenes de la aldea nos aceptarían como iguales y dejaríamos de ser unos parias. Yo en cambio pensaba que debíamos sentirnos satisfechos

con los pocos pero buenos amigos que teníamos, en lugar de fantasear con que nos aceptasen. Y sin embargo, mientras yo aprendía recetas de brebajes y soñaba con convertirme en *mudang,* ella preparaba nuestra comida y era feliz solo con que Eldan cazase un ciervo o un conejo para que la sopa estuviese más rica. El único momento en el que se permitía fantasear en voz alta sin temor a que nos burlásemos de ella era cuando madre nos encargaba vestidos nuevos. Siempre deseó vestir como las damas elegantes de la ciudad que a veces veíamos pasar en sus carruajes y asomarse a la ventana.

Recuerdo la vez en que a uno de esos carruajes se le salió una rueda trasera de su eje y quedó torcido en el camino, medio volcado. Las dos jóvenes que viajaban en él junto con una señora de mediana edad tuvieron que apearse con mucha dificultad. El cochero apareció por nuestra cabaña pidiendo ayuda para reforzar una de las abrazaderas con clavos.

Aunque Eldan fue el encargado de ayudar al cochero, los otros tres hermanos salimos a curiosear a la puerta. Las dos jóvenes que viajaban en el interior junto con una señora de mediana edad estaban bajo la sombra de un árbol, en el camino. Debían de tener aproximadamente nuestra edad, unos dieciséis y catorce años respectivamente; vestían coloridos trajes de seda, la mayor, rojo y la pequeña, azul brillante, con pomposas faldas y escotes apretados. A mí me parecía que su aspecto era demasiado extravagante, casi ridículo, sin embargo, me di cuenta de que mi hermana las miraba embelesada, de pies a cabeza. Y sé que, en el interior de su mente, se veía dentro de uno de esos trajes resplandecientes repletos de pedrería. Mis ojos se cruzaron con los de mi madre, que acababa de acudir para comprobar a qué prestábamos tanta atención, y vi que ella también lo había notado y la tristeza que se instaló en su mirada, porque sabía que jamás podría darle uno de esos.

Sé que madre siempre se ha sentido culpable por el tipo de vida que hemos tenido que llevar desde que nuestro padre desapareció, a pesar de que solo tenemos motivos para sentirnos orgullosos de ella. Ha sacado adelante a cuatro hijos sola, ejerciendo una labor denostada, pero que era la que mejor sabía hacer y la que más recursos nos proporcionaría. Todavía la gente que viene a verla paga sus servicios en especie, fue así como llegaron los pollos, los conejos, las cabras e incluso un ternerito que acabó convirtiéndose en nuestra

vaca. Gracias a su esfuerzo, no nos ha faltado lo esencial. Y aún, a día de hoy, es el pilar que sostiene a nuestra familia y a quien todos acudimos en busca de ayuda.

Por eso, porque es en quien más confío, le pedí que me ayudase a idear un plan con el que introducir al príncipe Altair en Mour. Al principio, su respuesta fue que los *mujins* no debemos inmiscuirnos en los asuntos de los elfos. Pero entonces le conté que, en este caso, los asuntos de los elfos nos afectarían directamente. Le hablé de que las sospechas de que el emperador ha sido envenenado por la emperatriz tenían muchas posibilidades de ser reales, de la rivalidad manifiesta entre sus dos hijos, instigada por esta. De cómo el príncipe Niowar se encargaba de ensuciar la imagen de su hermano, solo porque era menos amable por el fuerte dolor que padecía y que había estado atormentándolo durante más de medio siglo. Del desprecio de Niowar por la vida, *mujin* o élfica, de las doncellas y soldados a los que había asesinado, de la crueldad con la que trató a un ser muy querido para mí, y también le expliqué que, si finalmente lograba hacerse con el trono del imperio, quienes más sufriríamos las consecuencias bajo su mandato seríamos los *mujins*.

Entonces mi madre se ajustó la chaqueta de algodón llena de remiendos y se recogió el cabello en un moño alto y me dijo:

—Acompáñame, vamos a ver a alguien.

Aunque parezca muy segura de nuestro plan, en realidad estoy preocupada, mucho, aunque intento mostrar más firmeza de la que en realidad siento.

56

Kim Shin

No estoy de acuerdo con el plan, en absoluto, pero también sé que nuestras opciones son muy limitadas. Estoy seguro de que los soldados del conde Abney nos aguardarán apostados en los caminos, controlarán todos los accesos al Palacio de Piedra para interceptarnos antes de alcanzarlo, y aunque el plan es descabellado, nuestras opciones de entrar a Mour sin luchar son mínimas.

Y no es que me asuste enfrentarme a una veintena o a medio centenar de soldados nasdrilianos, soy un guerrero y es lo mejor que sé hacer, luchar. Pero sé que, si caigo y Altair lo hace tras de mí, toda la esperanza de Bahki morirá con él.

No creo que sea consciente de hasta qué punto su vida simboliza la de todo nuestro clan, nuestra tribu, nuestro condado. Altair Ryner, aun a pesar de que sus rasgos solo sean sutilmente similares a los nuestros, representa al pueblo *otoki*, la lucha de nuestro pueblo por mantener sus costumbres, sus tradiciones y su identidad cuando todo un imperio se había empeñado en absorbernos y aplastarnos dentro de su sociedad violenta y despiadada.

Puede parecer irónico que un pueblo de guerreros abogue por la paz, por la convivencia, y utilice su fuerza como defensa, en lugar de como ataque. Pero el pueblo *otoki* se ha hecho fuerte a base de defenderse de los envites de otros clanes a lo largo de los siglos. Cuando Isembil Ryner tomó el trono del imperio, entonces formado por cinco de los siete condados, el líder de nuestro clan supo que la guerra estaba cerca. Recuerdo cómo mi padre, *orabeoni* de Jihoon Saeroyi, el entonces hijo del líder del clan, afilaba una y otra vez su katana, que desgastaba cortando troncos de bambú por la mitad en su entrenamiento. Y aunque solo era un niño que apenas podía soportar el peso de una espada, me obligaba a entrenar desde el alba hasta el anochecer. Su obsesión era la protección del líder del clan y de toda su familia. Sobre todo, de la princesa Suki.

Aunque era muy pequeño, siempre supe que la relación entre mi

padre y la princesa era muy especial. Sé que se conocían desde pequeños e incluso habían jugado juntos en el palacio, pero en mi interior siempre he creído que mi padre la amaba como jamás llegó a amar a mi madre. Todavía, cuando el nombre de la princesa Saeroyi aparece en una conversación, mi padre baja la mirada y, por un instante, su tez se turba.

Creo que nunca superó haber tenido que casarse con otra por designio de sus padres, aunque accedió a ello porque sabía que la princesa jamás estaría a su alcance. Fue el propio líder del clan quien eligió a una de sus sobrinas para que contrajese matrimonio con mi padre.

Una crueldad, forzarlo a casarse con la prima de la joven a la que amaba, para ambos, porque estoy seguro de que mi madre, tarde o temprano, descubrió que su esposo estaba enamorado de su prima, aunque nunca pudiese tenerla a su alcance, aunque nunca hubiesen rozado sus dedos siquiera. Sé que intentaron amarse, es más, sé que mi madre lo amaba. Y quiero pensar que hubo un momento en el que mi padre también la amó y que, de ese breve instante de felicidad entre ellos, nací yo.

Ojalá nunca hubiese sabido nada de esto, ningún niño debe crecer pensando que no es fruto del amor de sus padres. Es un tema que sé que jamás podré hablar con él y el motivo por el que se rompió en el funeral de mi madre. Porque sabía que nunca había correspondido a su amor como ella merecía y permitió que una joven alegre y sonriente fuese apagándose como la llama de una vela hasta consumirse por completo. Hasta que prefirió morir a continuar viviendo una existencia de infelicidad.

No obstante, la pérdida de mi madre no fue mi primer contacto con la muerte. Por desgracia descubrí su poder mucho antes, cuando era niño. En ese momento la creí una enemiga, porque se llevó a Yonshy, uno de mis mejores amigos de la infancia, después de que un forastero borracho lo atravesase con su espada solo por placer. El forastero fue ejecutado de forma brutal, siguiendo la tradición *otoki*, pero eso no me devolvió a Yonshy. Entendí que, aunque se había hecho justicia, la pérdida de mi amigo era irreversible. Por mucho que en la Escuela de la Ilustración nos hubiesen instruido sobre la muerte, sobre cómo nuestro espíritu cruzaría el río Kamdo hacia el Reino de las Brumas, donde, si se había cultivado adecuadamente, podría ser

elegido para alcanzar la paz del Monte Celeste y convivir con los dioses hasta que fuese elegido otra vez para regresar en un nuevo cuerpo material. Pero incluso entonces, Yonshy no volvería a ser Yonshy, no volvería a tener los mismos padres, los mismos amigos; aunque regresase, nada sería igual.

La muerte ha sido una compañera constante en mi existencia como guerrero. La llevo en el filo de mi katana dondequiera que vaya. Y aunque no me arrepiento de ni una sola de las vidas que juntos hemos tomado, *mujins* y elfos han exhalado su último aliento bajo su hoja afilada, me han ayudado a entender y respetar su poder. Cada vez que sostengo mi espada en la mano, sé que está presente. Es el gran nivelador, el que nos recuerda a nosotros, en nuestra larga existencia, que no somos eternos, que debemos valorar cada momento, cada vida, a cada ser amado.

Céfiro, la espada tradicional *otoki* que mi padre hizo forjar para mí, se ha alzado demasiadas veces en favor de los intereses del emperador, ha sido mi fiel compañera todos estos años. Ha defendido mi vida y protegido la del príncipe Altair, a lo largo y ancho de Idunia en un sinfín de batallas que nunca fueron mías. Porque ni mi katana ni yo servimos al imperio, sino a mi *orabeoni*.

Aún recuerdo lo escuchimizado y enclenque que me pareció la primera vez que lo vi. Acababa de perder a mi madre, que era el pilar que me sostenía, y ni siquiera la ceremonia de Seiryu Takai me ilusionaba lo más mínimo. Mucho menos unir mi vida a la de un joven noble que en nada se parecía a nuestro pueblo. Sus rasgos eran los de un occidental: su cuerpo alto y desgarbado, y sus ojos redondeados apenas tenían un leve reflejo de los nuestros. Recuerdo la mirada de amor de su madre, la emperatriz Saeroyi, no solo hacia su propio hijo, sino también hacia mí, y cómo sus ojos y los de mi padre se cruzaron durante la ceremonia. Esto me enfureció, me pareció una falta de respeto hacia mi madre, que acababa de fallecer solo unos meses antes.

¿Significaba eso que ella también lo amaba? ¿Que se alegraba de que los destinos de los hijos de ambos estuviesen unidos por siempre? Es un secreto que se llevó consigo la emperatriz.

Desde ese día he acompañado al príncipe Altair en cada uno de sus pasos y lo he visto romperse de dolor tras la pérdida de su madre, siendo consciente de lo hondo de su sufrimiento. Ambos hemos

crecido con padres ausentes que siempre antepusieron su deber a nuestra propia existencia, así fue como nos convertimos el uno en el apoyo del otro. Así fue como el vínculo que nos une se convirtió en más sagrado aún, donde la imposición se convirtió en voluntad.

Su dolor es mi dolor. Y jamás me atrevería a competir con Altair, ni siquiera por amor.

Al alba oigo un ruido seco en el exterior de la caseta: el príncipe Altair duerme, después de una noche larga en la que lo he oído moverse preso de la inquietud. No suelo preguntarle qué le sucede, lo conozco lo suficiente como para saber que cuando lo necesite, me lo contará, aunque en este caso sé que es la seguridad y el bienestar del emperador lo que le preocupa.

Oigo ruido en el exterior del cobertizo y me incorporo para comprobar de qué se trata. Desde la puerta veo cómo la hermana menor de Cassle, Ange, golpea con su hacha un trozo de leña. Su fuerza no es suficiente para cortarla en dos y, aunque repite el golpe, solo logra que la hoja se clave hasta la mitad. Vuelve a hacerlo y aun así la hoja no desciende hasta el final, el tronco es demasiado grueso. Me acerco a ella y extiendo la mano, solicitándole que me entregue el hacha.

La joven me mira un instante en el que debe de dudar si hacerlo o no, pero finalmente me la da. Con un leve empujón, la madera cae partida en dos en el suelo y Ange sitúa un nuevo tronco en el tocón que vuelvo a partir por la mitad, y otro más. Entonces ella se agacha y coloca los fragmentos en su delantal, se incorpora y me mira.

—Con estos tengo suficientes para el fogón, pero hay que cortar toda esa madera —dice señalando hacia un buen montón de troncos seccionados en segmentos demasiado largos como para ser utilizados en el fuego del hogar. No digo nada, ella tampoco, y se retira hacia el interior de la cabaña.

Me pongo manos a la obra; después de su hospitalidad, forzosa, pero hospitalidad, es justo compensarles con trabajo. Voy cortando uno a uno todos los troncos. Podría acabar más deprisa utilizando la magia, pero no deseo malgastarla, no sé en qué momento podría necesitarla.

A medida que el sol se levanta en el horizonte, unido al trabajo físico, el calor comienza a apretar, así que abro la parte superior de mi kimono, permitiendo que cuelgue de mi cintura.

Mientras acabo de cortar la leña observo cómo Eldan se encarga primero de los animales, que libera en un cercado de madera. Tienen varias gallinas, ocas, una vaca, varios cerdos y un percherón. El hermano de Cassle se lleva el caballo hacia el huerto y después de atarlo a un arado comienza a labrar la tierra con él. Percibo entonces que en la empalizada del cercado de los animales hay varios postes torcidos y me acerco a comprobar qué les sucede. Con ayuda de una piedra de grandes dimensiones, golpeo uno de ellos hasta clavarlo correctamente al suelo y después regreso al cobertizo para buscar un par de clavos que vi el día anterior y un martillo con los que fijar otro que está suelto.

El trabajo duro siempre me ha resultado reconfortante, los elfos habitualmente pecan de utilizar demasiado la magia y descuidar su capacidad física, pero los *otokis* valoramos el trabajo físico, el desarrollo corporal de la musculatura y la fuerza, como complemento de las habilidades mágicas.

Termino de clavar el último de los clavos y oigo pasos a mi espalda, me giro.

—Como volváis a amenazarme con la espada, envenenaré vuestra comida —advierte Ange Redgrim mientras se acerca a mí con una jarra de metal entre las manos. En el mandil azul que lleva sobre el vestido marrón hay un par de manchas que me indican que ha estado cocinando. La miro a los ojos y descubro que los suyos están fijos en mi pecho y descienden hacia la musculatura de mi abdomen. De pronto es como si tomase conciencia de que estoy esperando a que diga algo más y un toque de rubor llena sus mejillas—. Aunque no sé si eso mataría a un elfo.

—Los *mujins* carecéis de ese poder.

—¿No os cansáis de ser tan prepotentes, de creeros el ombligo del mundo?

—No sé lo que eso significa —respondo, y ella pone los ojos en blanco.

Sin mediar otra palabra, me entrega la jarra que lleva en las manos y se marcha. Descubro que en el interior hay un líquido amarillento que por su olor parece limonada. Doy un largo trago, está

deliciosa. Altair se cruza con Ange mientras camina hacia mí, la saluda con un gesto, pero esta lo ignora y regresa a la cabaña. Mi *orabeoni* se encoge de hombros y me alcanza con pasos diligentes.

—¿Crees que dejará de odiarme en algún momento? —me pregunta, pero no respondo, solo le entrego la jarra y bebe de ella. Por su expresión, también le agrada el sabor—. ¿Qué haces?

—Distraerme, alteza imperial.

—¿Puedes olvidar los formalismos? Mientras estemos aquí al menos.

—No lo creo —contesto, y él resopla contrariado.

—Vamos, voy a ayudarte.

—Eso no aumentará la simpatía de la joven Ange por vos, alteza imperial —advierto, y mi *orabeoni* me dedica una mirada asesina.

—Dame ese martillo.

Después de reparar la empalizada, continuamos por el tejado; no es muy distinto de los de las viviendas de los granjeros *otokis*, con una cubierta de brezo tejido, en nuestro caso algas de raíz gruesa secas. Subimos sin dificultad al techo de un salto y lo reparamos de forma eficiente, me sorprende la habilidad de Altair en una tarea que es la primera vez que realiza.

Estamos terminando cuando Cassle sale de la cabaña con su hermano pequeño de la mano y, al ver lo que estamos haciendo, nos dedica una amplia sonrisa.

—Bajad, la comida está lista —nos pide.

Altair me da un golpe en el hombro para llamar mi atención.

—Vamos. Y cúbrete, no vayas a ir así a la mesa —me indica.

—Id vos, termino de atar esto y enseguida voy.

Él asiente y baja de un salto.

—Kim Shin, venga, baja —insiste Cassle, con los brazos cruzados ante el pecho, haciéndome saber que no se moverá de ahí hasta que obedezca.

La luz del sol se enreda en su cabello de bucles y ondas doradas, su expresión es relajada y hace resplandecer sus ojos. ¿Cómo puede ser tan hermosa? ¿Cómo puede caber tanta dulzura en un solo ser?

Altair la besa veloz en el cabello y rodea su cintura en una caricia comedida; entonces me doy cuenta de que la observaba fijamente.

¿Es que me he vuelto idiota?

No debo mirarla de *ese* modo. Bajo ningún concepto. Es la

reencarnación de una diosa y, además, la amada de mi *orabeoni*.



Cuando entro en la cabaña, el olor de la comida impregna el aire. Toda la familia se ha reunido en torno a la mesa, en la que hay varios platos alrededor de un guiso de carne, una jarra grande de limonada y una hogaza de pan. Eldan y Cassle bromean entre ellos, su complicidad es evidente, Altair los observa complacido. La señora Redgrim está contando una historia sobre un caballero al que asistió el día anterior a nuestra llegada por un mal en su pierna. Y Ange coloca sobre la mesa una fuente de sencilla cerámica con huevos revueltos.

—Podéis sentaros aquí —me señala una silla vacía junto al pequeño Brychan.

Nunca me he relacionado con niños, ni elfos ni *mujins*, me parecen demasiado ruidosos e inquietos, pero tomo asiento en el lugar indicado y Ange lo hace al otro lado. La joven se encarga de que su hermano pequeño coma, le hace beber limonada y le limpia los labios con una dedicación absoluta. En sus gestos, incluso en el tono de su voz, puede percibirse el amor que siente por él.

Observo entonces que el niño sostiene entre sus manos un pequeño caballo de madera al que le faltan las dos patas traseras, rotas por el uso, imagino. Sin embargo, eso no parece importarle lo más mínimo y lo hace cabalgar sobre la mesa; la propia Ange lo utiliza para distraerlo y que abra la boca, que rápidamente llena con una cucharada tras otra del guiso de carne.

Después de la comida, Altair se retira al cobertizo y Cassle lo acompaña, así que me quedo fuera, en el patio interior, junto a los troncos de madera cortada, para concederles intimidad. Busco un pedazo de madera y, tomando del cinto mi *duanjian*, el cuchillo corto que siempre acompaña a *Céfiro*, y que suelo utilizar para rebanar gargantas en el cuerpo a cuerpo, comienzo a tallarlo sin un objetivo definido.

¿Cómo debe de ser la vida en un lugar así?

Sencilla, simple, ¿feliz…?

Vivir con la única preocupación de que tu familia tenga lo necesario, sin grandes lujos, pero sin que carezca de lo fundamental.

Levantarse por las mañanas y cuidar del ganado, de la empalizada, cultivar cosechas y contemplar cómo el fruto de tu esfuerzo florece al llegar la primavera.

Podría ser feliz en un lugar así.

He librado suficientes batallas, he visitado suficientes condados, he sanado suficientes heridas.

Claro que podría ser feliz en un lugar así.

El pequeño Brychan sale al patio trasero y, aunque parece algo temeroso en un principio, pronto se acerca a ver lo que estoy haciendo.

Cuando termino, casi sin darme cuenta, he dado forma a un caballo parecido al que el pequeño sostenía entre las manos.

—¡Es un caballo sano! —exclama al verlo. Estira sus manitas para alcanzarlo, pero debo terminar de pulirlo para evitar que pueda clavarse alguna astilla.

—¿Lo quieres? —pregunto sabedor de su respuesta, y él asiente.

—Brychan, ¿qué haces ahí? Apártate del elfo —ordena Ange saliendo en su búsqueda, y lo agarra de la muñeca para que no se me acerque más.

—No voy a comérmelo —protesto.

—Con los vuestros nunca se sabe —repone ella, y entonces se fija en lo que tengo entre las manos, que ya he terminado.

Se lo ofrezco al pequeño, que mira a su hermana preguntándole sin palabras si puede aceptarlo, ella asiente y entonces se lo entrego.

—¡Mira, Ange, está sano, tiene las cuatro patas! Voy a enseñárselo a mamá —proclama Brychan, y echa a correr hacia la cabaña.

Ange se queda de pie a mi lado, en silencio, observando cómo se aleja.

—Gracias. —La miro, pues me cuesta creer que esa palabra haya salido de sus labios—. No sabía que fueseis capaces de hacer algo bueno sin esperar nada a cambio.

—Los elfos somos como los *mujins*; la maldad y la bondad es inherente a cada ser vivo.

—Díselo a todos esos *mujins* a los que mataste con tu espada. Seguro que han sido muchos, ¿verdad?

—Ninguno que no lo mereciese.

—Eso es fácil de decir, difícil de creer —sentencia antes de

alejarse en dirección al cobertizo. Dentro están Altair y Cassle, y temo que los sorprenda en una situación comprometida.

—Espera —le pido a Ange, que se vuelve para mirarme, debo distraerla—. Gracias por la comida, estaba deliciosa. Y por la limonada.

—No hay de qué —contesta, e intenta dar un paso más hacia el cobertizo.

—Me gustaría que aceptases algo como agradecimiento —digo a la vez que reflexiono qué puedo ofrecerle. Ella arruga el entrecejo desconfiada.

—No es necesario.

—Insisto. ¿Conoces el hechizo de la verdad absoluta? Es un hechizo que quien lo recibe pierde la capacidad de mentir durante unos instantes.

—¿Y para qué necesitaría yo algo así?

—¿No hay nada que desees preguntarle a alguien sin que haya la menor posibilidad de que te mienta? —planteo. Es uno de los hechizos más sencillos que existen, al menos con los *mujins*, pues para ejercerlo en los elfos hace falta más preparación—. Cuando te haya contestado, no recordará qué le preguntaste.

—Lo cierto es que sí que hay algo que me gustaría preguntarle a alguien.

—Necesito un pedazo de papel y un lápiz.

Pasados unos instantes, Ange regresa de la cabaña con un pedazo de papel y un lápiz de carboncillo que me entrega. Tomo asiento en el suelo del patio trasero, desde mi posición controlo la entrada del cobertizo, y sitúo el pedazo de papel entre mis piernas en postura de meditación. Ange se acuclilla a mi lado para observar lo que hago.

Escribo en el papel el nombre del hechizo y después concentro una leve brizna de mi energía entre los dedos índice y corazón, y repito los trazos en el aire; entonces, la magia azulada se impregna en el papel, que doblo por la mitad.

—Toma, aquel a quien se lo entregues responderá con la verdad a cualquier pregunta que le hagas.

—¿Solo una? —replica sosteniendo el pedazo de papel entre los dedos con mirada de ilusión.

—Una o dos, dependiendo de lo que tarde en responderte a la primera.

—Vamos a comprobarlo —dice poniéndose en pie y haciéndome un gesto para que la siga—. ¿No quieres saber si funciona?

—Sé que funciona. Soy un gran mago —protesto, pero voy tras sus pasos, cuanto más nos alejemos del cobertizo, mejor.

La sigo hasta el huerto, donde Eldan sigue labrando la tierra con ayuda del percherón. Ange pasa por en medio de la empalizada y se dirige decidida hacia su hermano, se sitúa a su lado y lo obliga a detenerse.

—¿Qué sucede? —pregunta Eldan escrutándome con la mirada.

—Toma —responde Ange, entregándole el pedazo de papel.

—¿Qué es esto?

Al desdoblarlo, la magia se libera y multitud de pequeñas chispas azules se dirigen hacia él, esparciéndose por su rostro antes de esfumarse. Eldan pestañea sorprendido y después se queda muy quieto. Ange me mira, cuestionándome sin palabras si es el momento de hacer la pregunta. Asiento. Inspira hondo y se dirige a su hermano.

—Eldan Redgrim, aquella tarde en el granero en la que os descubrí a ti y a mi amiga Ayla con cara de culpables, ¿os habíais estado besando?

—Sí —afirma el joven de modo automático.

—Lo sabía, lo sabía, y me hicieron creer que estaba loca —proclama mirándome a los ojos—. Y... ¿quién fue el que se comió el pedazo de chocolate que me quedaba del que me regaló Johanus Pembrooke y que tenía escondido bajo los paños de cocina, Cassle, Brychan o tú?

—Entre los tres —contesta Eldan antes de volver a pestañear, volviendo en sí. Se restriega los ojos con el dorso de la mano—. ¿Qué pasa?

—Que eres un mentiroso, eso es lo que pasa —protesta Ange, y comienza a caminar de regreso hacia la cabaña. Yo, aún sorprendido por la escena, sigo sus pasos—. Dos años llevan mintiéndome, diciéndome que había sido la cabra la que se había comido mi chocolate. Y habían sido entre los tres, hasta el niño ha guardado el secreto. Johanus lo trajo para mí, por eso me comí un trozo y di un pedacito pequeño a cada uno de ellos, pero no fue suficiente... —reniega, y no puedo evitar echarme a reír, el nivel de su enfado no se corresponde con el agravio cometido. Hemos dejado atrás el huerto y estamos de nuevo junto al cobertizo. Al oírme reír, Ange se detiene y

me mira—. ¿Te parece divertido?

Trato de ponerme serio, pero su expresión es la de una niña enfurruñada, arrugando la nariz y los labios.

—En absoluto.

—Yo no sé con cuánta frecuencia coméis chocolate los elfos, pero aquí es un bien muy escaso. Tuve que aguantar que Johanus me contase historias durante días para que accediese a regalarme una tableta de las que su padre había comprado para venderlas en Mour. El muy desgraciado incluso trató de besarme. —En cuanto dice eso, se arrepiente y se lleva ambas manos a los labios—. ¿Qué estoy haciendo? ¿Me he vuelto loca? ¿Qué hago contándole estas cosas a un elfo?

Sin esperar respuesta, echa a correr hacia el interior de la cabaña. Me quedo fuera, observando la puerta cerrada tras ella. Ange tiene mal carácter y una lengua afilada, pero en el fondo es bastante inocente. Sus modales son bruscos y parece intentar protegerse con muchas capas, probablemente sus obligaciones al hacerse cargo del hogar por el trabajo de su madre la hayan llevado a madurar mucho más rápido, aunque en el fondo continúe siendo solo una joven *mujin*. ¿Cuántos años puede tener? ¿Diecisiete, dieciocho...?

La puerta del cobertizo se abre y Cassle sale de él seguida de Altair. Su sonrisa resplandece bajo los rayos del sol, hay tanta luz en su mirada que es capaz de mantener su espíritu inocente aun a pesar de toda la maldad que ha visto con sus propios ojos. Altair se dirige hacia mí mientras ella va a la cabaña. Me fijo entonces en que el último botón de su guerrera de piel está desabrochado.

—Deberíais ser más discretos. Su hermana ha estado a punto de pillaros, he tenido que distraerla para que no lo hiciera —apunto indicando hacia el botón suelto.

—No estábamos haciendo nada malo —responde Altair enarcando una ceja—. Solo hemos hablado.

—Una conversación larga...

—Eh, ¿y cómo se supone que has distraído a su hermana? A mí me da más miedo que una jauría de salvajes de las montañas de Arico —dice bromeando.

—No es tan fiera como parece, solo es una joven *mujin*. Le he enseñado algún truco de magia, nada más.

—Hablas como si te hubieses relacionado con muchas. Cuando no

recuerdo a ninguna, elfa o *mujin*, a excepción de esa sacerdotisa del templo de Nyx con la que estuviste sin salir de la cama una semana.

—Soy discreto con mi intimidad. Y en esa ocasión estaba recuperándome de las heridas de la batalla de Tersen.

—Ya, y bien que te recuperaste con sus cuidados… —sugiere con picardía, dándome un golpe en el hombro.

Me echo a reír y entonces oigo el ruido de algo al caer. Me vuelvo y descubro a Ange a nuestra espalda. Ha cogido un par de troncos de madera cortada para el fuego y uno de ellos se le ha caído. Espero que no haya oído toda la conversación.

—Voy a ver qué tal está mi caballo —dice Altair huyendo del lugar y dirigiéndose de nuevo al cobertizo.

Me vuelvo y ayudo a Ange a recoger los troncos que tenía en las manos, entonces ella los coloca en mis brazos sin mediar palabra, asumiendo que voy a ayudarla a transportarlos. No estoy acostumbrado a recibir órdenes, excepto del príncipe Altair, pero esta joven tiene una facilidad sorprendente para obligarme a hacer cosas. Llevo la madera al interior de la cabaña y la coloco donde me indica, bajo el hornillo. Sobre la mesa hay una tabla en la que hay picadas un par de piezas de verdura.

—Si no necesitas nada más…

—Lo cierto es que sí. Necesito algo más. Agua —responde llevándose ambos brazos a la cintura—. Hay que bajar al arroyo a por un par de cubos.

Estoy a punto de decirle que soy un guerrero *otoki*, el mejor de la Escuela de la Ilustración, y la espada imperial y *orabeoni* del príncipe Altair Ryner, no su mozo de cocina o, peor aún, su esclavo. Pero entonces Cassle sale de una de las habitaciones del interior de la mano de su hermano pequeño Brychan, que aún sostiene el caballo que he hecho.

—Gracias, Kim Shin, has hecho muy feliz a Brychan —afirma, y, acercándose a mí, me abraza—. Nunca voy a poder devolverte todo lo que has hecho por mí —agrega mirándome a los ojos con las brillantes turquesas de los suyos.

Carraspeo incómodo y doy un paso atrás. Mi corazón se ha arrebatado, lo percibo y me reprendo por ello.

—No he hecho nada especial, mi señora.

Ella sonríe, como si de verdad tuviese que estarme agradecida, y

se lleva al niño al exterior de la cabaña para que permita a su hermana trabajar en paz.

—Vamos. ¿Te vas a quedar mirando el aire o qué? «No he hecho nada especial, mi señora...» —repite Ange, imitándome, antes de agacharse y tomar cuatro cubos de zinc de debajo del hornillo y empujar dos contra mi pecho—. *Mujins* o elfos, sois todos iguales —declara en voz baja, aunque puedo oírla—. Vamos, te indicaré de qué parte del arroyo cogemos el agua. —Me dispongo a protestar—. Y no se te ocurra protestar, que la necesito para preparar la comida favorita de *tu señora*...

No tiene modales, o si los tiene los esconde muy bien.

Mi energía está revuelta, esta joven me saca de quicio, también tiene una especial habilidad para eso. Inspiro hondo mientras trato de serenarme siguiendo sus pasos hasta el arroyo. El agua corre veloz desde la montaña y salta entre las piedras, crea varias charcas de considerable tamaño en las que no es difícil imaginar que disfrutarán de su sombra y su frescor en verano. Nos detenemos antes de las charcas, donde el caudal de agua es más fuerte.

Ange se remanga el vestido haciéndole un nudo a cada lado de sus piernas para no mojar la tela, mostrando sus pies envueltos en unos sencillos zapatos de cuero gastado, que probablemente debieron de pertenecer a su hermano mayor antes que a ella. Llena uno de los cubos y lo suelta a mi lado.

—Aquí, es el mejor sitio. Más abajo hay peces, beben los animales y el agua está más estancada. Tenemos un pozo, pero como no llueve se ha secado, espero que pronto lleguen las lluvias y vuelva a llenarse —me informa antes de llenar su segundo cubo y apartarse para que pueda hacer lo mismo—. ¿Por qué tienes los ojos así?

—Así ¿cómo?

—Así —dice estirando los laterales de los suyos. El gesto me resulta muy cómico y me echo a reír.

—No tengo los ojos así, mis ojos son similares a los de cualquier *otoki*.

—¿Y ves bien? —No me importa satisfacer su curiosidad, pero no es que me haya tratado demasiado bien como para que desee hacerlo.

—A veces no. A veces no veo nada.

—¿Cuándo? ¿Por la noche? ¿Al amanecer?

—No, cuando hago esto —afirmo cerrándolos y rompiendo a reír.

Entonces siento una oleada de agua estrellarse en mi cara y, al abrirlos, veo a Ange con el ceño fruncido y el cubo en las manos—. ¿Estás loca? ¿Por qué has hecho eso?

—Por burlarte de mí. Puedo ser una ignorante, porque he ido muy poco tiempo a la escuela, porque lo único que sé hacer es cocinar y cuidar de mis hermanos, pero eso no te da derecho a burlarte de mí, por muy elfo que seas... No sé qué son los *otokis*..., y sé dónde está Bahki porque un comerciante que vende allí nos compra brebajes.

Utilizo mi magia para secarme de pies a cabeza, y, aunque estoy muy enfadado, mucho, entiendo que he hecho mal al burlarme de su desconocimiento.

—Lo siento, pero preguntas demasiado.

—Porque todavía estoy tratando de averiguar si puedo fiarme de vosotros. Ese príncipe... pretende llevarse a mi hermana otra vez, y lo peor es que ella está de acuerdo. No lo entiendo —confiesa sentándose en la orilla, en la hierba, con la mirada perdida en sus pensamientos —. Antes de marcharse... ella parecía feliz junto a Valen, y ahora... es como si lo hubiese olvidado por completo. ¿Y si tu príncipe le ha lanzado un hechizo para que lo olvide?

—Los hechizos son de corta duración, no puede mantenerse a nadie hechizado por siempre. Eso sería otro tipo de magia y, no, el príncipe Altair no la ha hechizado para que lo ame. Es algo que ha sucedido sin que ninguno de los dos lo pretendiese.

—Pero... ella... Siempre creí que se casaría con Valen y que tendrían unos hermosos hijos rubios, mientras yo tenía que conformarme con alguien como Johanus, que no es mal tipo, pero le huelen los pies incluso con los zapatos puestos. Siempre envidié lo afortunada que era porque Valen estuviese enamorado de ella, es el tipo más guapo de toda la aldea, y encima es bueno...

—Ese tipo la ofendió cuando estuvo preso en el Palacio de Piedra. El príncipe Altair permitió a Cassle que fuese a verlo y a comprobar que estaba bien, y cuando tu hermana le dijo que no regresaría con él la insultó y la llamó algo muy desagradable y la amenazó con deciros que había muerto si no regresaba con él...

Ange abre mucho los ojos y hace un gesto de negación, como si no me creyese.

—¿Por qué haría algo así? Sé que la quiere, no es el mismo desde que ella se marchó.

—Imagino que no fue capaz de aceptar que Cassle eligiese no regresar a su lado.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿Por qué a veces quieres a alguien y esa persona no te quiere a ti, y quien te quiere a ti no quieres que te quiera, pero quieres que quiera a quien no te quiere y, sin embargo, quien quieres que te quiera no quiere quererte y que quieras...? Me he liado. Pero ¿por qué tiene que ser tan complicado?

—Preguntas al elfo equivocado. —Al decir eso, sus ojos se fijan irremediablemente en mis orejas puntiagudas, que deben de sobresalir entre el cabello—. Aunque Yuki Gaon, mi tutor en la Escuela de la Ilustración, decía que, para ser buenos guerreros, durante nuestros primeros trescientos años debíamos protegernos del amor. Porque, según él, el amor es como un río que fluye libremente, llevando consigo la pasión y el cariño —explico señalando las aguas que corren ante nosotros—. Pero, al igual que un río, puede ser impredecible y a veces tumultuoso, con rápidos y remolinos que pueden sacudirnos y ponernos a prueba.

—Entonces no quiero enamorarme, nunca. Porque no quiero perder la razón como lo ha hecho mi hermana —concluye apretando los labios; entonces su mirada se ilumina con un pensamiento—. Y tú, ¿te has enamorado alguna vez?

Su pregunta me hace carraspear incómodo, odio hablar de mis afectos.

—Eso es algo muy privado.

—Además de mi hermana, quiero decir. —Me pongo en pie, la tensión me puede; ella también se incorpora. Carraspeo incómodo—. ¿Qué es la Escuela de la Ilustración? —pregunta con los ojos castaños muy abiertos, como si no acabase de decirme que amo a su hermana.

—Es... la academia de instrucción en Arrecife Azul, la capital de Bahki, donde durante cien años aprendemos sobre nuestra historia, sobre la historia de toda Idunia, sobre lucha, magia, naturaleza... En definitiva, aprendemos a convertirnos en guerreros *otokis*.

—Cien años.

—Sí.

—En cien años no quedará ni polvo de mí. Ni de mi hermana, y no obstante el príncipe Altair seguirá igual de joven que ahora. Y tú seguirás igual de... —Las palabras quedan en el aire unos segundos en los que me recorre con la mirada, descubro que mi kimono se ha

abierto y parte de mi torso se ve a través de la abertura. Lo cierro por si se siente incómoda por ello— de elfo que ahora.

—Espero seguir igual de elfo y no haberme convertido en un árbol, un pájaro o un riachuelo.

—¿Es eso posible?

—Lo es, tras la reencarnación.

—¿Qué es la reencarnación? —Su curiosidad parece no tener fin.

—Cuando nuestra existencia tangible en la tierra acaba, nuestra energía se funde con la naturaleza. Devolvemos a la naturaleza aquello que nos entregó, la energía que mantiene nuestros cuerpos. Y después nuestro espíritu viaja hasta el Reino de las Brumas, donde esperará para reencarnarse y nacer de nuevo, como elfo o como cualquier otro ser. Solo unos pocos ascienden al Monte Celeste, donde permanecen cercanos a los dioses antes de una nueva reencarnación.

—Vaya. Nosotros los *mujins*, cuando morimos, nuestro cuerpo va a un hoyo, o a una hoguera, nada más, y todo eso del Reino de las Brumas me cuesta creerlo.

—Eso no es del todo cierto, la energía de vuestros cuerpos nutrirá la tierra y alimentará a los gusanos...

—Qué desagradable. Vosotros os convertiréis en pájaros y arroyos, y nosotros en gusanos. Se nota que lo ha pensado un elfo, pero no creo que los dioses hagan tales distinciones, también son nuestros dioses, al fin y al cabo.

—Era una forma de hablar... ¿Eres muy devota? —pregunto con curiosidad, qué pensaría al saber que su hermana es la reencarnación de una diosa.

—No demasiado. Lo suficiente para no recibir regañinas del *lard* de la aldea cuando nos convoca en la plaza principal para rezar por la cosecha o por la escasez de lluvias. Ninguna diosa va a venir a salvarnos cuando tengamos problemas.

—Quién sabe...

—Cuando hablas de Bahki, y de ese lugar..., Arrecife...

—Arrecife Azul.

—Ese. Cuando hablas de Arrecife Azul, tu mirada se ilumina.

—Es mi hogar. Y mis obligaciones me han apartado de él durante muchos años y seguirán haciéndolo.

—Porque eres el guardaespaldas del príncipe.

—No soy un guardaespaldas. Soy su espada imperial, y su

orabeoni.

—No sé qué es una espada imperial, ni un *orab*...

—*Orabeoni.* No es sencillo de explicar, el príncipe Altair y yo estaremos unidos para siempre, tenemos un vínculo que va más allá de la sangre, más allá de la magia. Nuestras vidas están ligadas, para siempre. Mi deber es protegerlo y el suyo, preocuparse de mi bienestar —explico antes de que lo pregunte.

—¿Y lo hace?

—¿Qué?

—¿Se preocupa de tu bienestar? ¿O solo se preocupa de sí mismo y de su, supongo, ajetreada vida de príncipe imperial? —pregunta, y me acuden a la mente, como flashes, cada vez que Altair Ryner me ha preguntado: «¿Estás bien?», una detrás de otra, cientos, miles de ocasiones. Las veces en las que he recibido sopa, comida, té, concentrados energéticos de exótica miel de azaleas en mi habitación en su nombre. Las ocasiones en las que, en la batalla, su espada o su cuchillo han detenido en seco, arrebatándole la vida, a mi oponente. Cuando, anoche, antes de dormirse, de nuevo volvió a preguntarme: «¿Estás bien?».

—Sí. Lo hace.

—Me alegro, nadie merece devoción desmedida porque sí, todos necesitamos que nos devuelvan un poco del afecto que entregamos —declara, sorprendiéndome por su madurez. Tiene razón, por completo.

Ange se agacha y coge ambos cubos, cada uno con una mano, y me dedica una sonrisa antes de emprender el camino de regreso hacia la cabaña.

57

Cassle



Cuando abro los ojos por la mañana, mi primer pensamiento es, irremediablemente, que hoy me despediré de Altair y que no sé cuándo podré volver a verlo. Sé que es inevitable, que tiene que hacer lo que tiene que hacer, que debe ir al Palacio de Piedra a comprobar el estado de su padre y restablecer la calma. Que debe enfrentarse a la emperatriz Mima y hacer valer su condición de príncipe heredero, y este es un cometido que puede tardar meses e incluso años. Y no sé si estoy preparada para soportar su ausencia.

Porque el amor es como una lluvia fina que empapa la tierra, nutriéndola, renovándola, transformándola por completo. Al principio puede parecer insignificante, una simple caricia que apenas roza nuestra piel, pero, con el tiempo, esa lluvia se hace más intensa y poco a poco comienza a calarnos hasta los huesos y es capaz de romper cualquier barrera y encontrar su camino hacia nuestros corazones. Cuando nos enamoramos, sin darnos cuenta, nos exponemos a la tormenta. Y no importa cuánto tratemos de resistirnos, siempre encuentra la manera de colarse en nuestras vidas y hacernos sentir vivos. Es un sentimiento tan poderoso que es capaz de transformar nuestro mundo de la noche a la mañana. Y, después de experimentarlo, jamás volveremos a ser los mismos.

No importa cuánto tiempo tardemos en volver a reunirnos, sé que seguiré amándolo, aún con mayor intensidad.

Ange se vuelve, a mi lado, en la cama. La luz del sol se cuela por la ventana de nuestro dormitorio, el lugar en el que me sentía más segura en el pasado, en el que hemos crecido, en el que lloramos la desaparición de nuestro padre y compartimos juegos y disputas en nuestra infancia, que ahora parece demasiado lejana. Me mira en silencio y sonrío, a pesar de nuestras diferencias nos queremos muchísimo.

—Hoy se marchan —dice, y asiento, sin poder evitar que mis ojos se llenen de lágrimas que trato de contener. Mi hermana estira la mano y acaricia mi mejilla—. Sé que te he juzgado con dureza, pero me preocupa demasiado que te haga daño.

—No lo hará. Al menos, a voluntad.

—Quiero que sepas que te apoyaré, cuando regrese y decidas marchar con él, si esa es tu felicidad, tendrás mi apoyo —asegura limpiando mis lágrimas con sus dedos.

—Gracias.

—Preferiría que tuvieses una vida sencilla, que te enamorases de un *mujin* con el que pudieses tener hijos y ser feliz, sin necesidad de huir o de enfrentarte al rechazo de los tuyos.

—Los míos sois vosotros, Ange. Sois los únicos que me importáis. Lo que opinen de mí en la aldea, en el condado, en toda Idunia... me da igual —confieso.

Ella toma asiento en la cama, hago lo mismo.

—Debo confesar que, después de haberlos conocido, mi opinión sobre los elfos... ha cambiado un poco. —Sus palabras me provocan una sonrisa—. No parecen los monstruos que imaginaba. Ese elfo..., Kim Shin, también parece de fiar. Incluso talló una figurita de madera para Brychan y no tenía por qué hacerlo.

—Lo es. Es un ser íntegro capaz de entregar su vida por aquello que considera justo. Ojalá todos pudiésemos vivir en paz, sin que nadie, ni elfos ni *mujins,* nos juzgásemos por lo que somos, sino por cómo somos —digo emocionada por sus palabras. Ella asiente.



Después de desayunar todos juntos, mi madre nos informa que debe ir a Zeprya para atender a la señora Teeve, pero regresará antes del anochecer para estar presente cuando el señor Edwings llegue con su caballo, su carreta y los toneles de vino en los que deberán ocultarse Altair y Kim Shin.

Eldan marcha con madre, aunque sus caminos se separarán al llegar a la aldea, pues mi hermano debe recoger un saco de grano en la tienda del señor Thompson.

Altair y Kim Shin han decidido cortar y apilar toda la leña, para que no tengamos que hacerlo nosotros. Es su modo de dar las gracias a nuestra familia antes de marcharse.

Cuando han terminado, cuando el sol ha iniciado su descenso en el horizonte, Ange y yo les llevamos una jarra de limonada y un bizcocho que mi hermana ha preparado, nos sentamos en el patio trasero de la cabaña para tomarlo mientras Brychan juega con su flamante caballo de madera.

—Voy a extrañar tu comida —reconoce Altair tratando de ser amable con mi hermana, que acepta el cumplido en silencio, sentada a mi lado en un tocón de madera.

—No lo creo, en el palacio debe de haber muchas cocineras.

—En realidad hay una, se llama Marge y es una mujer muy amable y cariñosa. Pero nadie prepara los bizcochos como tú, hermanita —digo apoyándome en ella, que sonríe satisfecha—. Marge se pasa el día entero cocinando, aunque los platos regresan casi llenos. Los elfos comen poco, pero les encanta ver la mesa repleta de comida.

—Pues si yo fuese la cocinera los obligaría a comerlo todo, no soporto que la comida se desperdicie —apunta Ange.

—Estoy seguro de eso —masculla Kim Shin en voz baja.

Mi hermana lo mira y la espada imperial deja escapar una sonrisa pícara. Me maravilla que lo haga, la espada imperial vende muy caras sus sonrisas. Quién sabe si estos dos podrían acabar llevándose bien. Mi mirada se cruza con la de Altair, que también lo ha notado, y sonrío complacida por nuestra capacidad de comunicarnos sin palabras.

Oímos ruido procedente de la cabaña y Altair y Kim Shin se ponen en pie, temiendo que alguien extraño haya llegado y deban ocultarse. Les hago un gesto para que lo hagan, y Ange y yo entramos a la casa para comprobar quién ha llegado.

Mi corazón se salta un latido al toparme con los ojos castaños de Valen. Mi hermano está quitándose la chaqueta y dejándola sobre una silla. Lo miro sin entender qué hace Valen en nuestro hogar, pero entonces este se lanza hacia mí y me abraza. Me quedo inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Estás aquí, estás aquí de verdad —exclama sosteniéndome con energía contra su pecho. Acto seguido, se aparta y me mira a los ojos como si no pudiese creerlo. Miro a Eldan, que deja sobre la mesa un saco pequeño lleno de semillas—. Cuando tu hermano me ha dicho que habías vuelto..., no podía creerlo. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —pregunta.

Doy un paso atrás, apartándome de él. Entonces Ange camina hasta Valen y lo abofetea con toda su alma, sorprendiéndome.

—¿Cómo te atreves a venir después de haber ofendido a mi hermana? ¿Después de habernos mentido? —le suelta llena de rabia.

Valen baja la mirada abochornado. Es incapaz de hacer frente a sus ojos. Eldan los mira sin entender nada.

—¿Qué quiere decir con que te ha ofendido?

—Valen la amenazó con decirnos que había muerto si Cassle no regresaba con él —revela Ange.

Eldan arruga la frente desconcertado, mirando a su amigo, sin dar crédito a lo que está oyendo.

—¿La amenazaste con decirnos que había muerto?

—Cassle había perdido la cabeza, no era capaz de pensar con claridad...

—No soy una *maegu*. ¿Crees que he perdido la cabeza? ¿Eso es lo que piensas? ¿Porque no quiero estar contigo? ¿Eso crees? —pregunto dolida.

—¿Qué mujer *mujin*, en su sano juicio, elegiría quedarse junto a los elfos si no es por...? —plantea Valen envalentonado.

Mi hermano Eldan se revuelve contra él y lo agarra por el cuello de la camisa.

—¿Cómo te atreves a ofender a mi hermana? ¿Cómo has sido capaz de insultarla así? —brama alzando el puño para golpearlo, pero Valen se revuelve y lo empuja. Es más alto y más fuerte que Eldan y lo hace caer al suelo. Ange lo ayuda a levantarse.

—Me lo debes. De no ser por mí, habríais muerto de hambre cuando vuestro padre se marchó... Nadie os habría ayudado como lo

hice yo.

—Es cierto —convengo enfrentándolo—. Pero no por eso voy a entregarme a ti. Hubo un tiempo en el que creí que te quería, pero me has demostrado que no mereces el cariño que sentía por ti.

—Claro, es mucho más rentable venderte a los elfos que ser la esposa de un humilde granjero —dice con desprecio.

Entonces Altair entra como una tromba en la habitación y con una sola mano lo alza en el aire y lo estrella contra la pared.

—Te lo advertí, te arrancaría las tripas con mis propias manos si volvías a insultarla —señala alzando una mano en el aire para volver a golpearlo, pero corro hacia él y lo sujeto, impidiendo que le lance ningún hechizo.

—No le hagas daño, por favor. —No quiero que lo lastime, a pesar de lo mucho que me duele que piense de mí de ese modo, después de todo lo que hemos compartido juntos.

Valen los mira, sin entender por qué están allí, que el príncipe imperial de los elfos esté en mi humilde vivienda. Altair lo suelta y Valen tose tratando de incorporarse, apoyando la espalda en la pared y llevándose una mano al pecho con una evidente mueca de dolor.

—¿Los has traído aquí? —pregunta con la voz mecida por el malestar—. ¿Qué pensarán en la aldea cuando sepan que negocias con elfos y los traes a nuestras tierras?

Entonces Kim Shin da un paso adelante y el sonido de su espada corta el aire, la detiene justo en su garganta, presionándola.

—Si dices a alguien que nos has visto, serán las últimas palabras que pronuncie tu sucia boca —le advierte.

—Márchate, Valen, por favor —ruego asustada. No quiero que le hagan daño, mis ojos han visto demasiada sangre y, a pesar de que sus formas y sus palabras sean equivocadas, no deseo que le lastimen. Solo quiero que se marche y nos deje en paz, nada más.

Kim Shin envaina su espada y Valen se levanta, no sin dificultad por el golpe recibido. Me mira como si no me conociese y sale de nuestra cabaña, alejándose, espero que para siempre, de mi vida.

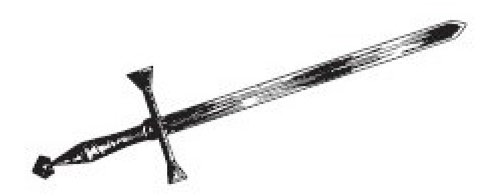
—Lo siento, lo siento muchísimo, yo no tenía ni idea… —se disculpa mi hermano con lágrimas en los ojos.

Lo abrazo, no debe martirizarse por algo que desconocía. Quizá debería habérselo explicado a todos, a mi regreso, pero sabía que les dolería, y quise evitarles ese dolor. Aunque no tengo la menor idea de

cómo Ange lo ha sabido.

58

Altair



Las ropas mortales son incómodas. El tejido es burdo y me aprieta en el pecho y en los brazos; siento que podría hacerlo estallar hecho jirones con un solo movimiento brusco. Está anocheciendo y el señor Calr Edwings aguarda fuera con la carreta preparada para que nos escondamos en los toneles. No puedo evitar una carcajada cuando veo a mi *orabeoni* ataviado con esas ropas, él me dedica una mirada que destila auténtica furia, pero no dice nada. Nuestras vestimentas van escondidas en un saco de tripa de cerdo para evitar que se mojen y huelan a vino, para poder cambiarnos en cuanto estemos dentro de la ciudadela.

Cuando Cassle entra en el cobertizo nos mira a ambos y se lleva ambas manos a los labios, no dice nada, pero es evidente que le divierte nuestro aspecto.

—Estáis... geniales, parecéis un par de *mujins* normales y corrientes —comenta. Kim Shin arruga la nariz y sale del cobertizo sin responderle.

—¿Eso piensas?, ¿que me sientan bien las ropas *mujin*? Porque carecemos del tiempo suficiente, de lo contrario te demostraría hasta qué punto continúo siendo un elfo —respondo haciéndola reír a carcajadas. Cassle camina hasta mí y me abraza, entierra el rostro en mi pecho, beso su cabello, que continúa oliendo a mar, a brisa, a mi hogar... Y entonces la oigo llorar. Me aparto para mirarla a los ojos y sostengo su mentón entre los dedos; en efecto, las lágrimas recorren sus mejillas—. Eh, ¿qué pasa, tontorrona? Todo va a salir bien.

—No te pongas en peligro, por favor. Sé que será difícil, pero intenta buscar una solución que no implique que tengas que luchar… Cuídate mucho, y cuida de Kim Shin. Ese inconsciente es capaz de cualquier cosa por protegerte. —Su preocupación me enternece y no puedo contener una sonrisa.

—Lo sé, pero no voy a permitir que le suceda nada malo. Vamos a estar bien, vamos a restablecer el orden en el Palacio de Piedra, mi padre se recuperará y entonces regresaré a por ti y nos marcharemos muy lejos y seremos felices. Estaremos juntos, para siempre —afirmo, y esto hace que sonría, sus ojos brillan enrojecidos por las lágrimas.

—Tú y yo.

—Prométeme que también te cuidarás.

—Lo haré.

—Y que no permitirás que ese desgraciado… Que si ese desgraciado trata de molestarte…

—No lo hará. Lo conozco.

—Pero si lo hace…

—Te lo haré saber —asegura, aunque temo que está mintiéndome para tranquilizarme porque, aunque no lo merezca, sé que continuará protegiéndolo. No porque lo ame, de eso estoy seguro, sino porque su corazón es bondadoso, demasiado; de lo contrario, jamás se habría enamorado de mí.

—Mi pequeña *mujin* revoltosa —digo dándole un pequeño toque con el dedo en el puente de la nariz. Ella sonríe y poso una mano en su nuca, acariciándola antes de atraerla hacia mí. La beso en los labios, deleitándome con el mágico sabor de su boca solo una vez más, tomando de estos la fuerza que necesito para enfrentar lo que me espera, por duro que sea, por difícil que resulte. Sus labios son la promesa de mi felicidad y me aferraré a ella, con independencia de lo que suceda, hasta que al fin pueda volver a besarlos—. Aunque tarde en volver, nunca olvides que eres mi sol en la oscuridad, mi estrella en la noche, mi refugio en la tormenta, eres mi fortaleza cuando me siento débil y mi consuelo cuando estoy triste. Volveré a ti, pase lo que pase, regresaré a tu lado, espérame.



El señor Edwings cierra sobre nuestras cabezas la tapa de los

toneles después de llenarlos de vino y la afianza con clavos, aunque con la cautela de dejar un par de respiraderos por los que debe entrar el aire. El vino está frío y su olor me abotarga los sentidos, solo espero no acabar ebrio solo con su aroma después de tantas horas sumergido en él. El movimiento me hace saber que nos hemos puesto en camino, mientras la noche cae sobre nuestras cabezas, recorremos el sendero que me aleja de la cabaña en la que dejo atrás a la mujer a la que amo. Como creo que sucederá cada uno de los días de mi existencia, así dure mil años o solo un día más.

59

Cassle



La opresión en el pecho es tan poderosa que apenas me permite respirar, siento como si me hubiesen clavado un millar de agujas en el corazón, las lágrimas me arden en los ojos, aunque intento no derramarlas, y la inquietud me impide quedarme quieta. He visto la carreta alejarse en el camino y a cada paso podía sentir cómo mi corazón se rasgaba en mil pedacitos pequeños. No sé cómo voy a ser capaz de soportar su ausencia sin enloquecer de desesperación.

Sé que tarde o temprano las noticias llegarán desde el Palacio de Piedra, las traerán los comerciantes y los viajeros, pero también sé que tendré que oírlas con cautela cuando lo hagan, porque la emperatriz Mima puede encargarse de que se difundan los rumores que ella crea apropiados para su causa.

¿Cómo voy a vivir en semejante agonía?

¿Cómo voy a seguir adelante sin saber que está a salvo?

—¿Estás bien? —me pregunta mi madre, tomando asiento a mi lado en la cama, en la que me he recostado para que mis hermanos no me vean llorar. Hago un gesto de negación—. Lo amas, ¿verdad?

—Más que a mi propia vida, madre.

—Mi niña, nadie mejor que yo puede entender cuánto estás sufriendo —asegura acariciándome el cabello con los dedos.

Me vuelvo para mirarla, sus ojos también están llenos de lágrimas.

—Estará bien, ya lo verás —dice apartándose para limpiar mis lágrimas con sus dedos—. Confía en él.

—Lo hago, de veras que lo hago. Pero si algo malo le sucede, yo… no sé si podría soportarlo.

—Debes ser fuerte, porque estoy segura de que es su deseo, que te mantengas fuerte y a salvo. Sé fuerte por él, por lo que sentís. Hoy llora, derrúmbate, ríndete, pero mañana deberás levantarte y seguir adelante.



Y lo hago. A la mañana siguiente hago un gran esfuerzo por levantarme de la cama, cuando el lado de mi hermana Ange aún permanece tibio, ni siquiera la he notado acostarse. Me dormí rendida por el llanto y lo hice profundamente. Salgo de la habitación y encuentro a mi madre sentada a la mesa, organizando bolsitas de té; solo por el olor sé que se trata de lavanda y saúco, su remedio para el resfriado, estarán listas cuando les introduzca un pedacito de cera de abeja. Frente a ella están Eldan y Ange, desayunando pan y queso con Brychan, sentado a lado. Ange va intercalando los pedazos de pan y queso entre la boca de nuestro hermano y la suya, pero cuando es su turno Brychan vuelve a abrir la boca como un gorrión recién salido del huevo. Junto a la manita regordeta de nuestro hermano pequeño reposa sobre la mesa el caballo de madera que Kim Shin talló para él y del que no se separa.

Me siento devastada. Sé que no debería, que debería tener confianza en que van a estar bien, que ambos son lo suficientemente fuertes como para vencer a la emperatriz Mima, a Niowar y a quien tengan frente a ellos. Pero yo he visto con mis propios ojos cómo actúa la magia oscura, vi cómo ese jinete misterioso hería a Altair y a Kim Shin, cómo doblegaba sus fuerzas con sus hechizos, y me aterra

que esté aguardándolos en el Palacio de Piedra.

Si tan solo pudiese saber que lo que sugerían Altair y Kim Shin es cierto, que soy la reencarnación de esa diosa, quizá podría ayudarlos. Pero si no lo es…, ¿cómo puedo explicar la magia que he sentido recorriendo mi cuerpo en el bosque y en el cobertizo? Porque puede que mi sueño sobre la diosa Eyra no fuese más que eso, un sueño debido a la influencia de todo lo que me habían contado, pero el destello de luz que surgió de mis manos fue real, lastimó al jinete misterioso y también ellos pudieron verlo, no fue una alucinación.

¿Cómo podría invocarla o averiguar cómo manejar su poder?

Un leve golpecito de mi madre con el codo en el brazo me hace despabilar, he llegado hasta ella y he tomado asiento a su lado sin decir nada.

—Bendiciones del Bosque —los saludo con el formalismo élfico de forma inconsciente, y mi hermano Eldan arruga el ceño.

—Esta es aún una casa *mujin* —protesta, y se pone en pie dispuesto a marcharse.

—Lo lamento —me disculpo mientras él toma su chaqueta y sale de la cabaña para cumplir con sus labores en el huerto—. Sé que quizá cometí un error al traerlos aquí, pero no sabía dónde más podía llevarlos para ponerlos a salvo —admito con tristeza.

—No debes disculparte, hiciste lo necesario para salvarlos, y no tengo nada que reprocharte.

—Gracias, madre.

—Voy a ir al huerto a por algunas verduras que necesito para la comida, ¿puedes vigilar a Brychan mientras lo hago, madre? —pregunta mi hermana poniéndose en pie.

—Por supuesto.

—Te acompaño —digo a mi hermana y, tomando una de las cestas de mimbre, sigo sus pasos.

Camino a su lado en silencio. El sol brilla alto en el cielo sobre nuestras cabezas, Altair y Kim Shin deben de haber llegado ya a Mour, ojalá tuviese modo de saber si han logrado burlar la guardia de la entrada de la ciudad. Ojalá estén a salvo. Incluso si esto implica que jamás podré volver a ver a Altair, si sé que está a salvo, será suficiente para concederme un atisbo de felicidad.

—Estás pensando en él, ¿verdad? En que ya deben de estar en la ciudad —me pregunta mi hermana con voz serena. La miro y asiento

—. Nunca creí que fuese capaz de decir esto de unos elfos, pero espero que estén bien.

—Gracias.

—Siempre había visto a los elfos como unos monstruos a los que no les importaba nuestro destino, el destino de los *mujins* que habitamos las tierras que les pertenecen. Los maldecía a todos por igual por robarnos, por obligarnos a entregarles nuestras cosechas como pago por vivir bajo su gobierno. Y aún sigo pensando que la mayoría son así, pero conocerlos me ha hecho darme cuenta de que quizá todos no sean iguales. De que no somos tan diferentes, aunque ellos sigan igual de jóvenes cuando los nietos de mis nietos sean ancianos; quizá, en el futuro, haya esperanza de que podamos convivir en paz, sin que haya tanto odio entre nosotros.

Oír esas palabras de labios de mi hermana me hace palpitar el corazón, suelto la cesta que llevo en las manos y la abrazo.

—Estoy convencida de que será así, de que llegará un día en el que vivamos como iguales.

Cuando llegamos al huerto, Eldan está sembrando patatas en el otro extremo, nos mira, pero no dice nada. Me entristece que mi hermano me mire como a una desconocida, porque siempre hemos sido inseparables, pero supongo que necesita tiempo para hacerse a la idea de que su hermana no es como él creía.

—No te preocupes por él, aún está un poco conmocionado con la visita de los elfos —dice Ange agachándose entre las coles con navaja en mano. Corta un par de ellas y las introduce en mi cesto.

—Me imagino que todo el asunto de Valen también le ha afectado bastante.

—Ese desgraciado…, se le cayó la máscara para mí.

—No seas tan cruel, todos nos equivocamos alguna vez.

—Yo siempre estuve medio embelesada con él.

—¿Sí? —Me hago la sorprendida, pues es algo que siempre sospeché, mientras mi hermana camina hasta donde crecen las cebollas.

—Sí, aunque él solo tenía ojos para ti. Pero ahora no quiero ni verlo. Cuéntame algo bonito, anda. ¿Cómo te enamoraste del príncipe Altair? ¿Cómo supiste que era amor de verdad?

—Pues no estoy segura de en qué momento sucedió, quizá lo amé desde que ordenó decapitarme…

—¿Decapitarte? —replica Ange con los ojos muy abiertos, y no puedo evitar reír.

Asiento.

—Lo ordenó. Creía que yo había atacado a su hermano el príncipe Niowar, pero entonces vio la marca de nacimiento de mi nuca y lo impidió.

—¿La estrella?

—Sí, al verla pensó que primero debía averiguar qué significaba. Entonces me castigó a servir en el Palacio de Piedra y, bueno, pues...

Mi hermana escucha mi historia mientras terminamos de recolectar las verduras y, luego, mientras las picamos y preparamos el almuerzo. Brychan corretea alrededor de la mesa, nos tira de las faldas del vestido y nos abraza las piernas cuando no le hacemos demasiado caso, inmersas en la historia que estoy contándole. Ange sonríe cuando le hablo de la dulzura de Altair, de cómo nos dimos nuestro primer beso o los mágicos días en Arrecife Azul. No omito nada, incluido el tema de la diosa Hana, que la deja boquiabierta, y lloramos juntas cuando le hablo de Rosy y de cómo se sacrificó por mí. Aunque por suerte podemos culpar a las cebollas de nuestras lágrimas cuando nuestra madre entra en la casa a por varios recipientes que rellenar con sus brebajes.

—Estáis muy cómplices, ¿no? —se sorprende sin poder disimular que la complace vernos así.

—Estoy recuperando el tiempo perdido con mi hermana pequeña —respondo, y ambas sabemos que no me refiero solo al que he pasado junto a los elfos.

Cuando nuestra madre se marcha y vuelve a dejarnos a solas, Ange me mira con expresión soñadora.

—Aún no puedo creer que mi hermana pueda ser la reencarnación de una diosa, es... una locura.

—Pues sí, quiero decir..., ¿por qué yo? No tengo nada de especial.

—Es no es cierto, siempre has sido especial. Eras la más lista, la que más corría, la que más fuerza tenía...

—Pero porque era la mayor. —Ange hace un gesto de negación.

—Tenías más fuerza que Valen, aún recuerdo la cara que se le quedó cuando apartaste aquella piedra en la orilla del río cuando Brychan se cayó y se atrapó el pie, ni Eldan ni él eran capaces de

moverla.

—Lo hice porque entre los tres teníamos más fuerza. —Ella continúa negando.

—¿Y cómo podrías descubrirlo? ¿Qué hacen los elfos para utilizar su magia?

—Ellos entrenan algo que se llama «cultivación», durante muchos años, décadas.

—La Escuela de la Ilustración… —masculla por lo bajo.

—¿Qué?

—Nada, sigue, por favor. Hacen esa… cultivación. ¿Y cómo es?

—Ellos entrenan todos los tipos de magia, la magia de la guerra, que se llama *gositum*, o algo así, la sanadora, la de… lo que sea, hay varios tipos. Y cada día recargan su energía si han utilizado algo de magia.

—Y cómo lo hacen, ¿por qué no lo intentas?

—Porque no soy una elfa.

—Ya, bueno, pero quizá eres la reencarnación de una diosa. Inténtalo. Si no lo haces, nunca podrás saber si es cierto o no, o si es algo que eres capaz de controlar.

—Hace falta mucha paz mental para eso, y no es como me siento ahora mismo.

—Pero, y si es cierto… ¿Y si ese sueño que tuviste no era solo un sueño, sino un mensaje de la diosa Eyra? —duda, haciéndome reflexionar, mientras termino de pelar una patata.



Después del almuerzo me acerco a ver a los caballos, rasco la frente de *Farat*, que cabecea satisfecho con mi caricia, también sus mejillas, y el caballo cierra los ojos y me mira. Parece triste, casi tanto como yo.

—Lo echas de menos, ¿verdad, precioso? —le pregunto, y como si pudiese entenderme me toca en el pecho con la nariz, así que le rasco también ambos lados del cuello y las crines—. Yo también, muchísimo. Pero volverá con nosotros, sano y salvo. Ya lo verás. Pronto estaremos dando un paseo por la playa, en Bahki —aseguro pegando mi frente a la suya, y *Farat* relincha, como si lo hiciesen feliz

mis palabras.



Por la noche, durante la cena, madre nos habla de su trabajo, de que las cosas van bien, continúa recibiendo muchos encargos y si sigue así pronto necesitará ayuda a tiempo completo. Al decirlo, los ojos de mis hermanos se centran en mí.

—A mí no me importa continuar ayudándote como antes, madre, sabes que me encanta, pero...

—Piensas marcharte. Lo sé.

—No sé cuánto tiempo pasará hasta que eso suceda, mientras tanto puedo hacerlo —digo, y mi hermano Eldan golpea la mesa con el puño.

—Madre, ¿cómo puedes permitir que hable así, que diga que se marchará después de todo lo que hemos sufrido tratando de traerla de vuelta? —protesta muy enfadado. Se incorpora.

—Espera, Eldan, siéntate. —Incluso Brychan se pone derecho en su silla ante el tono autoritario de nuestra madre. Mi hermano mediano rezonga un poco, pero acaba sentándose—. Hemos tratado desesperadamente de encontrar el modo de traerla de vuelta porque no sabíamos qué era de ella, o si estaba a salvo, no por un deseo egoísta de mantenerla a nuestro lado a toda costa. Cassle es adulta y debe buscar su felicidad. Por mucho que su modo de hallarla nos parezca inapropiado, por mucho que creamos que tenemos derecho a reprobar a quien desee tener a su lado, nuestra obligación, como su familia, es apoyarla —expone mirándolo a los ojos con severidad.

Mi hermano aparta la mirada, aún está furioso, pero no sería capaz de contradecir a nuestra madre.

—Pues cuanto antes se marche, mejor —concluye levantándose y dirigiéndose a la habitación que comparte con Brychan.

Mi hermana Ange me toca en el hombro y mi madre me toma la mano sobre la mesa, mostrándome su apoyo ambas. Lo agradezco, ellas saben lo importante que es Eldan para mí, todos mis hermanos lo son, pero Eldan y yo siempre hemos estado muy unidos.

—Madre, hay algo de lo que me gustaría hablarte —le digo cuando hemos terminado de cenar.

—Claro, yo también tengo algo de lo que hablar contigo —afirma con una sonrisa triste.

—¿Han llegado noticias? —pregunto exasperada.

—No, no es eso, mi niña —contesta posando una mano en mi brazo con dulzura.

—Id tranquilas, yo me encargaré de recoger todo esto y de que Brychan no os interrumpa —se ofrece Ange generosa.

Lo hacemos, mi madre nos conduce a su habitación, esa que generalmente está prohibido visitar porque es donde atiende a quienes vienen en busca de su ayuda. Está repleta de frascos, de plantas, de libros, de hatillos de plantas y flores que se secan colgando de unos cordeles que atraviesan el techo. También hay multitud de velas, que suele encender cuando tiene un cliente importante al que desea impresionar, y recipientes de todos los tamaños de vidrio y latón, repletos de ungüentos y brebajes. El aire huele a lavanda y a eucalipto, huele a mi madre. Ella me lleva hasta el asiento alargado que le regaló el herrero poco después de que naciese Brychan, sobre el que puso un colchón de heno cubierto de telas exóticas que también le entregaron como pago un comerciante, y en el que duerme. Tomamos asiento en él.

—¿Empiezo yo, madre? —le pregunto. Ella coge mis manos sobre su regazo y asiente. Me observa con curiosidad y preocupación. Pero tengo que decirle la verdad, después de mi conversación con mi hermana esta misma tarde, sé que debo hablarle de ello porque estoy dispuesta a descubrir si es cierto o no, en cuanto tenga la menor oportunidad—. Hay algo que debo contarte. Algo sobre mí que descubrió el príncipe Altair...

—Que eres mitad elfa.

—¿Qué? —exclamo estupefacta ante lo que acabo de oír.

—¿No es eso lo que ha descubierto el príncipe Altair?

—No... ¿Soy mitad elfa? Pero... ¿qué? ¿acaso es eso posible? —dudo apartando mis manos de las suyas. Me pongo de pie y me revuelvo en la habitación como un animal enjaulado. Me va a estallar la cabeza. ¿Cómo puede decirme algo así en este momento?—. ¿Qué? Entonces, papá... ¿no es mi padre?

—Cálmate, ven aquí —me pide ofreciéndome su mano, que tomo de nuevo y vuelvo a sentarme a su lado—. Escúchame. Al decirme que el príncipe Altair había descubierto algo sobre ti, creí que era eso. De

todos modos, siempre he temido que llegase este momento, aunque sabía que sucedería tarde o temprano. Es el momento de contarte tu verdadera historia, Cassle Aerin.

Yo comenzaba mi último año de formación como mudang *en la aldea Delhaya, de la que os he hablado en ocasiones y os he contado mis aventuras y desventuras con las otras estudiantes. Como ya os he explicado, después de que mis padres muriesen de unas fiebres, mis tíos se encargaban de mi sustento. Ellos ya tenían tres hijos y yo no era más que una molestia y una boca más que alimentar. Mis tíos tenían un puesto de cestos en el mercado, por eso sé hacerlos tan bien, aprendí a tejerlos antes que a andar. La gran madre de las* mudangs *había bajado al mercado con varias de ellas, no era algo demasiado frecuente, porque la gente las repudiaba tanto como las temía, y después acudía en su búsqueda, como sigue sucediendo hoy en día. La gran madre me vio sentada en el suelo, sucia, muy sucia y famélica. Entonces hizo una oferta a mis tíos por mí, me cambió por un ungüento para el resfriado —cuenta con una sonrisa, sin rastro alguno de dolor—. Jamás le agradeceré lo suficiente que lo hiciese. Bueno, hasta aquí la historia que conoces, más o menos.*

Crecí entre ellas, me enamoré de sus artes y comencé a estudiarlas muy pronto, tanto que a los dieciséis años ya prácticamente había acabado mi formación. La gran madre estaba muy orgullosa de mí. Pero yo quería sorprenderla, así que decidí hacer un brebaje con planta del orco, esa que solo crece en los acantilados y huele a orina de caballo, pues quería hacer un remedio para la tos, que aquejaba a la gran madre aquellos días y lograr que además oliese bien.

Así que subí la montaña al amanecer y me alejé del poblado mucho más de lo habitual. Encontré la planta y logré tomar un buen manojo que guardé en mi zurrón. Fue entonces, en mi camino de regreso, cuando me pareció oír el llanto de un bebé. Seguí su llanto entre la maleza y lo encontré, un bebé de pocos días envuelto en un trozo de tela, tendido en el suelo, llorando desgañitado junto al cuerpo inconsciente de un hombre.

Me fijé entonces que el hombre sangraba por el costado; sus ropas, sucias y humildes estaban empapadas de sangre. Yo no debería estar allí, no debería haber visto al bebé ni al hombre, pero sabía que si me marchaba ambos morirían pronto. El hombre desangrado y el bebé, entre las fauces de cualquier animal.

«Su vida es nuestra vida» es el lema de las mudangs*, y yo tenía ante*

mí a dos vidas que iban a perderse si no hacía nada. Preparé un emplaste para cortar la hemorragia y presioné con él su herida, que pronto dejó de sangrar. Le unté nuestro ungüento para impedir que se infectase y le coloqué un trapo para hacer presión, que sostenía con mi pie mientras di gotitas de miel al bebé, que chupaba de mis dedos con ansiedad, estaba hambriento. Mientras chupaba mi dedo, me miraba con sus grandes ojos verdes y, de repente, sonrió. En ese momento me enamoré de ti, Cassle. Esa bebé eras tú —dice con los ojos brillantes de emoción. Yo no puedo contener las lágrimas, que recorren ardientes mis mejillas—. Cuando el hombre despertó yo aún sostenía al bebé en brazos, él se removió inquieto y trató de cogerte. Me preguntó quién era yo, qué hacía allí, e incluso sacó un cuchillo para amenazarme. Le devolví a la bebé y le dije que si no te daba leche pronto morirías de hambre.

Se veía que estaba sobrepasado por la situación, que no sabía qué hacer.

—¿Quién eres tú y por qué ibas a ayudarme?

—Me llamo Kasandra y soy mudang*, ayudamos a la gente —respondí—. No puedo llevaros a nuestro poblado porque los hombres no pueden entrar en él, pero si me esperáis aquí volveré antes del anochecer con leche para la pequeña.*

Y así hice, robé leche de nuestras cabras y te alimenté con ella, mi bebé precioso. Al verme cuidarte, el hombre se relajó un poco y cuando le pregunté su nombre me respondió que se llamaba Leridan. Aunque no lo creí, al menos me serviría para referirme a él de algún modo.

Cerca de donde os encontré había una cueva que conocía por mis exploraciones no autorizadas de la montaña, así que os conduje hasta ella y le enseñé cómo hacer fuego sin que levantase demasiado humo, para calentaros.

Regresé a veros con más leche al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente. Así durante meses.

Leridan era un hombre de pocas palabras, pero poco a poco fui ganándome su confianza. Le pregunté si su esposa había muerto y me respondió que sí, entonces le pregunté quién lo había atacado cuando lo encontré en el bosque y me dijo que unos bandidos los asaltaron en su camino hacia el sur. Me contó que su esposa estaba embarazada y que, aunque lograron escapar del ataque, dio a luz en el bosque y murió en el parto. Tuvo que enterrarla como pudo y esconderse por si los bandidos seguían buscándolos. No sé por qué, pero sabía que estaba mintiéndome,

aunque no me importaba porque disfrutaba con su conversación, incluso con su malhumor cuando algo no le agradaba. Yo me quedaba contigo mientras él iba a cazar o a recolectar frutos que el bosque proveía.

Casi sin darnos cuenta, llegó la primavera. Ya eras un poco más mayor y podrías soportar un viaje más largo. Leridan me había contado su intención de que os marchaseis con el buen tiempo en dirección a Gorjey, el lugar donde pensó en establecerse con su esposa, y eso me puso muy triste.

Esa noche no podía dormir, no hacía más que dar vueltas en el lecho. La gran madre ya me había regañado en varias ocasiones porque tardaba demasiado cuando me iba a hacer mis recados y porque desaparecía sin decir nada con demasiada frecuencia, así que había tratado de ser más cuidadosa en los últimos tiempos. Pero esa noche temía que os hubieseis marchado al día siguiente y escapé.

Cuando llegué a la cueva, Leridan, asustado por lo que él creía que era una intromisión, me puso un cuchillo en la garganta. Al ver que era yo, me pidió disculpas asustado, mirándome con esos ojos tan verdes, tan hermosos..., y fui consciente de que me había enamorado de él. Lo besé y..., bueno, pasó lo que tenía que pasar.

Fue entonces, esa misma noche, cuando me confesó que no se llamaba Leridan, sino Edric, y me contó tu verdadera historia.

Que no eras hija suya, sino de su hermana pequeña, Dariana, que ambos servían como criados en el Palacio Dorado, de Rion, desde que eran niños. Al servicio del señor Brynmor Aerin, diátome del condado, y toda su familia, aunque ellos, por su bajo rango, al ser huérfanos, jamás tenían acceso a los señores elfos. Pero que un día Dariana estaba recogiendo manzanas en el huerto cuando Casselton, el hijo menor del señor Aerin, se escondía de sus hermanos, que pretendían llevarlo de caza con ellos, algo que detestaba. Cuando Casselton la vio se acercó a pedirle una manzana, así se conocieron, y no sabía cómo, pero encontraron el modo de continuar viéndose y acabaron perdidamente enamorados el uno del otro. Él no había sabido nada de aquello hasta que fue demasiado tarde. Sí que había notado a su hermana más feliz de lo habitual e incluso más hermosa. Pero no olvidaría jamás el miedo que sintió cuando el joven Casselton lo citó por medio de otro criado fuera del palacio y acudió de la mano de su hermana. La expresión de miedo de ambos cuando le confesaron que estaba embarazada... Tu padre, Edric, entró en pánico. Su hermana, una mujin*, estaba embarazada de un elfo, eso era imposible, jamás había oído hablar de algo semejante. Y lo peor era que ambos, inconscientes, estaban*

pidiéndole ayuda para escapar del palacio y emprender una nueva vida juntos. ¿Acaso podían estar más locos?

Ambos sabían que tenían que sacarte del palacio antes de tu nacimiento, porque ignoraban si nacerías elfa, mujin *o serías una mezcla de ambos. Le hablaron de un condado llamado Bahki en el que, al parecer,* mujins *y elfos podían compartir sus vidas sin enfrentarse a la cárcel o, peor aún, a la muerte, por ello.*

Edric sabía que su plan era una locura, que no había modo de que saliese bien, porque el padre de Casselton, Brynmor Aerin, jamás permitiría que su hijo se marchase, renunciando a su posición sin más, y mucho menos para vivir junto a una mujin. *Trató de convencerlos de que lo mejor era que se olvidasen el uno del otro, él se marcharía con Dariana y la ayudaría a criar al hijo de ambos, y Casselton debía quedarse en el Palacio Dorado y cumplir con sus labores como elfo en la comodidad de esa residencia. Pero el propio Casselton le respondió que aquel hijo era el fruto del amor que sentían el uno por el otro, que era un milagro, una bendición digna de la diosa Eyra, y que el palacio, la fortuna, la reputación no le importaban lo más mínimo. Deseaba criar a ese bebé y enseñarle a utilizar su magia, si la tenía, o la espada, si no la tuviese, para que nunca, nadie le hiciese sentir inferior por ser diferente…* —Las lágrimas caen sobre nuestras manos, gruesas, cálidas, no puedo contenerlas al oír la historia de mis padres—. *Edric sabía que, aunque Casselton tuviese casi trescientos años, como elfo solo era un joven inexperto, y que, si su hermana y él se marchaban juntos, no tardarían demasiado en ser encontrados, y ella, asesinada a manos de los hombres del diátome Aerin. Así que, contra su propia voluntad, decidió acompañarlos.*

Huyeron durante mucho tiempo, por bosques, aldeas y vastos territorios…, pero finalmente el padre de Casselton dio con ellos. Entonces, se enfrentaron a él. Su padre vio que Dariana estaba embarazada y entendió que llevaba en su abultado vientre al vástago de su hijo. No daba crédito de cómo algo así podía suceder. Entonces, mientras Edric y Casselton luchaban con sus soldados, trató de asesinarla, pero su hijo se lanzó hacia él, cruzándose en su camino y recibiendo la estocada de su espada justo en el vientre, destrozando su núcleo dorado.

Edric logró poner a salvo a su hermana, que estaba deshecha por el dolor, y los dos continuaron la huida sin saber adónde dirigirse, porque el diátome Aerin estaba dispuesto a eliminarla a toda costa antes de que diese a luz. Los seguía de cerca, así que apenas podían descansar. Durante la

persecución, Dariana dio a luz a una niña hermosa, con el cabello del color de su padre y los ojos de su madre, y le pidió que la llamase Cassle, en honor a su padre, Casselton, que significa «fuerte y valiente». El diátome Aerin volvió a encontrarlos y Dariana le pidió a su hermano que huyese con la niña porque ella no tenía las fuerzas necesarias y solo sería un estorbo.

—Sálvala, hermano, mientras ella viva una parte de mí y de Casselton también vivirá —le dijo antes de salir al encuentro del diátome Aerin y morir a sus manos.

Edric fue herido en el costado por una de las flechas que lanzaron hacia la maleza, pero huyó con la pequeña durante días, hasta que sus pasos los llevaron hasta la Montaña Azul, donde los encontré.

—Te enamoraste de él y por eso decidiste dejar de ser *mudang*.

—No podía renunciar a vosotros, a ninguno de los dos. Y fui muy feliz, junto a Edric, nos asentamos aquí y pronto fueron llegando tus hermanos para colmar nuestra felicidad. Hasta que alguien lo reconoció en el mercadillo de Mour, un soldado elfo le preguntó si lo había visto antes en Rion y entonces, tu padre supo que no podía volver a casa, que si lo hacía nos pondría a todos en peligro, por eso se marchó.

—Siempre te he culpado porque creía que no habías puesto suficiente empeño en buscarlo. Ahora lo entiendo. ¿Y por qué no nos fuimos todos con él?

—Si hay algo que tienen los elfos es tiempo y buena memoria, ahora que un soldado elfo de Rion lo había visto, sabía que no descansaría hasta encontrarlo.

—¿Y sabes algo de él? ¿Papá está bien?

—Hace un año que dejé de recibir cartas suyas. Me las enviaba por medio de un comerciante de telas desde Malrod. Así que no lo sé —confiesa con tristeza, como la que siento que me embarga, por todo lo que acabo de descubrir. Me resulta tan increíble que parece que no esté oyendo mi historia, sino la de otra persona.

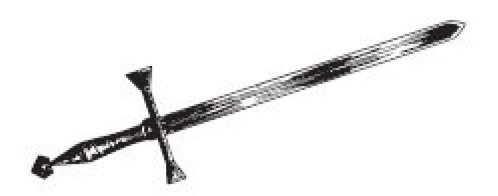
Pero a la vez explica muchas cosas, como mi fuerza, mi agilidad, como que no muriese después de que Altair compartiese su yang conmigo.

Así que, al fin y al cabo, me parezco a mi madre biológica, ambas pasamos por encima de todos los prejuicios, de todo lo prohibido, y

acabamos enamorándonos de un elfo, solo que yo suplico a los dioses por un final feliz.

60

Altair



Realizar el camino hasta Mour dentro de un tonel lleno de vino a paso de *mujin*, durante toda una noche, se hace largo, muy largo y tedioso. El señor Calr hace una parada justo antes del alba para que los caballos descansen y nos pregunta a través de la madera cómo estamos o si necesitamos algo. Ambos respondemos que no, a pesar de tener la piel reblandecida por el efecto del vino y los sentidos abotargados por sus efluvios.

Puedo ver el reflejo de su candil a través de uno de los agujeros que ha dejado para respirar cuando se detiene al lado de mi tonel y se agacha para decirme algo en tono confidencial.

—Sois el príncipe heredero de los elfos, ¿a que sí? —pregunta en voz baja. No estoy seguro de si debo contestarle—. No es necesario que me respondáis, de hecho, mejor si no lo hacéis, pero sé que el príncipe Altair Ryner tiene un espadachín de las tierras de oriente, de donde era originaria su madre, la emperatriz Saeroyi —me cuenta. En otras circunstancias le habría advertido que llamar «espadachín» a Kim Shin, maestro en *kewusu*, el arte *otoki* de la espada, bien podría haber sido un motivo para que *Céfiro* cayese sobre él—. Cuando era niño mi padre me contó que todos lamentaron mucho la pérdida de la emperatriz, incluidos los *mujins*, como nos llamáis, porque el carácter del emperador se dulcificó gracias a ella. Gracias a su influencia promulgó la ley del fin de la esclavitud *mujin*, prohibió que nuestros cuerpos, nuestras pieles y órganos se utilizasen para el estudio de los maestres, y muchas otras cosas que, aunque a los jóvenes de ahora les

parezcan obvias, entonces no lo eran. Así que os doy las gracias, como hijo suyo, en nombre de todos los *mujins* de Idunia —concluye dándole un par de golpecitos a la tapa del tonel.

No puedo evitar emocionarme al oír las palabras de ese desconocido sobre mi madre. Su bondad, su sacrificio, perdurarán por siempre en los corazones de quienes la conocieron y en los de quienes, aunque no lo hicieron, saben de su legado. Solo espero ser un digno heredero de su apellido.



El sol debe de estar casi en su zénit cuando Calr Edwings nos avisa de que nos acercamos a la alta muralla que protege la ciudad de Mour. Unimos entonces nuestro camino a una caravana de comerciantes a los que Calr debe de conocer, lo oímos conversar con ellos, así como el ruido de las carretas y los animales de tiro. Poco antes ya nos topamos con una patrulla de vigilancia en el camino, un par de soldados, según nos contó Edwings luego, que iban ataviados con la armadura roja del clan Abney. Después de comprobar su carga, tal y como predijo Cassle, prestaron escasa atención al comerciante *mujin*.

Cassle.

Mi preciosa *mujin*.

Mi diosa.

Su ausencia duele muy hondo. Un dolor que solo siente alivio al pensar que está a salvo. Y que, pase lo que pase, seguirá estándolo.

La madera de las ruedas colisiona con una superficie mucho más dura: estamos recorriendo el acceso empedrado a la puerta principal de la muralla. Instintivamente aprieto el mango de mi espada entre las manos. Aunque el tonel es lo bastante grande como para que no me sienta atrapado, estoy deseando abandonarlo y descubrir qué ha pasado.

La carreta detiene su marcha.

—Bendiciones del Bosque —oigo la voz de Calr Edwings, imagino que saludando a los soldados que deben de estar custodiando la puerta principal de entrada a la ciudad.

—¿Qué traes ahí, sucio *mujin*? —pregunta el que debe de ser uno

de los soldados. Su acento me es desconocido: pronuncia demasiado fuerte la «j», sin duda no es un soldado imperial. Puede que se trate de un soldado nasdriliano. ¿Un soldado de Nasdril custodiando el acceso a la ciudad? ¿Cuántos soldados ha introducido Nasdril dentro del castillo? Mi padre jamás permitió al diátome Abney, ni a ningún otro, llegar con un destacamento mayor de cincuenta soldados; sin embargo, intuyo que en esta ocasión hay muchos más.

—Tome, aquí está mi salvoconducto, trabajo para el gran señor Gared Alenther —oigo decir a Edwings.

—Así que vinos, ¿no? Y... ¿no tendrás nada para un par de soldados sedientos?

—No, grandes señores, no puedo abrir las barricas porque el vino se estropearía y los clientes se molestarían, lo lamento.

—¿Ni una sucia bota de vino, desgraciado? —A la pregunta sigue un golpe seco y oigo a Edwings lamentarse. Estoy tentado de salir de mi escondite, y a la vez ruego para que Kim Shin tampoco lo haga—. A ver, ¿qué es esto...? —Resuenan varias monedas—. ¿Ves como sí tenías algo? Esto será suficiente.

—Es todo lo que tengo, gran señor, lo necesito para alimentar a mi familia... —suplica Calr, pero los soldados ríen, y vuelvo a oír un golpe seco que le provoca tos.

—Malditos *mujins*, les rebanaría la garganta a todos ellos.

—¿Y entonces a quién ibas a robarle? —se mofa el otro soldado.

Una actitud tan vil y despreciable no es digna de alguien que se supone que sirve al imperio. La rabia me burbujea en las venas, semejantes seres no representan a nuestra especie, o quizá sí lo hacen. Según Cassle, los *mujins* se sienten explotados por los elfos, porque los obligan a pagar excesivos tributos para el imperio, porque los tratan como a inferiores... Y es que yo mismo creía que lo eran..., hasta que la conocí y me mostró que todas las vidas son preciadas, porque, incluso si son breves como un relámpago en la noche, pueden brillar con tal intensidad que iluminen los corazones de todos los que las conocieron.

Una vez atravesamos la entrada, sé que nos adentramos en la plaza del mercado de Mour. Por el ruido está bastante concurrida, comerciantes de distintos puntos del condado se reúnen cada día para ofrecer todo tipo de productos, desde alimentos hasta animales, vestidos y artesanía. Calr continúa el camino y volvemos a pasar un

control semejante al alcanzar la ciudadela amurallada, pero en esta ocasión está custodiada por soldados imperiales, o eso espero, porque no le obstaculizan el paso.

Cuando la carreta se detiene, Calr sube a esta y pronto retira la tapa de mi tonel. La luz del sol del mediodía me lastima los ojos. Estamos en una esquina poco concurrida, junto al acceso al parque, en una calle que solo suelen recorrer quienes habitan en los palacetes de la ciudadela.

Salgo del tonel con los músculos aún entumecidos, cargando con mi espada, que coloco al cinto, y la tripa de cerdo en la que oculto mi ropa mientras el señor Edwings libera a Kim Shin.

—Ya estáis dentro —anuncia el señor Edwings mirándonos a ambos. Seco nuestras ropas con un sencillo conjuro, eliminando de ellas cualquier rastro de vino.

—Creo que no volveré a beber vino —asegura Kim Shin provocándome una sonrisa—. Tinto al menos.

—Muchas gracias por vuestra ayuda —digo al señor Edwings buscando una pequeña bolsita que llevo escondida entre los pliegues de la ropa. En ella oculto varias de las joyas que llevaba conmigo en mi viaje a Bahki, un par de anillos y un colgante con el emblema de mi familia *otoki*. Saco de esta un anillo de oro con un zafiro. Le tiendo la mano al señor Edwings para estrecharla y, cuando me tiende la suya, lo deposito en ella. El señor lo mira y después busca mis ojos sorprendido.

—No puedo aceptarlo. Hago esto por la señora Redgrim.

—Me ofenderéis si no lo hacéis, ese soldado os ha robado y no podría descansar tranquilo sabiendo que vuestra familia pasará necesidad por su culpa.

—En esa bolsa apenas había un centenar de *hwanes*, este anillo es demasiado valioso…

—No es nada en comparación con el servicio que nos habéis prestado. Gracias, señor Edwings. Bendiciones del Bosque —concluyo tomando la tripa de cerdo con mis ropas; acto seguido, las saco y hago un hatillo con ellas.

Kim Shin hace lo propio y ambos nos marchamos dispuestos a desvanecernos entre las callejuelas de la bulliciosa ciudad.

—Y ahora, ¿cuál es el plan? ¿Nos dirigimos al Palacio de Piedra directamente?

—Hay algo que mi padre me ha dejado muy claro a lo largo de estos años, y es que un príncipe imperial no debe serlo, sino también parecerlo. Antes de ir al Palacio de Piedra debemos ataviarnos correctamente, hay un lugar al que dirigirnos primero. Visitaremos a Rona Wells, así descubriremos qué saben los nobles elfos de la ciudadela sobre el estado de mi padre y la situación actual.

Mi espada imperial asiente y nos encaminamos a la propiedad Wells, un palacete de tres plantas con una amplia fachada salpicada de grandes ventanales de madera, en el que reside toda la familia Wells, incluida mi amiga Rona. Cuando llegamos a la puerta y hago sonar la campana anunciando nuestra llegada, un lacayo *mujin*, ataviado con su uniforme de seda azul, la abre y nos mira de arriba abajo. No parece reconocerme, con la cabeza cubierta por la capa, a pesar de que he visitado la vivienda en una docena de ocasiones, para diversos eventos y celebraciones de la familia.

—¿Qué deseáis? —pregunta mirándome a los ojos.

—Necesito ver a la gran dama Rona Wells —respondo descubriéndome. Por su expresión, sé que me reconoce de inmediato. El lacayo inclina la cabeza y se hace a un lado.

—Por supuesto, alteza imperial.

—Sé discreto, nadie debe saber que estoy aquí.

—Entendido. Acompañadme —pide cerrando tras nosotros, y nos conduce por el corredor hasta un salón situado en la planta baja que conecta con el patio trasero y los jardines de la propiedad.

—¿Creéis que podéis confiar en la señorita Wells plenamente? —pregunta Kim Shin inquieto cuando nos quedamos a solas.

—Estoy seguro de ello.

Un momento después oímos unos pasos acercarse y a Rona hablar con el lacayo, preguntándole el porqué de tanto misterio, por qué no ha podido decirle quién la aguarda. Las puertas de cristal opaco se abren y el rostro de mi amiga refleja una gran sorpresa al hallarme tras ellas.

—Que nadie nos moleste —pide, y se apresura hasta alcanzarme. Se funde conmigo en un fuerte abrazo—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien? —pregunta apartándose para mirarme de pies a cabeza.

—Sí, estoy bien, *estamos* bien.

Solo en ese momento mira a Kim Shin, a un par de pasos a mi lado, y lo saluda con un leve gesto que este le devuelve.

—Estaba tan preocupada... ¿Por qué vas vestido con estas ropas?

—Es una larga historia que ahora te contaré, pero antes, dime, ¿por qué estabas preocupada por mí?, ¿qué sucede?

—Porque mi padre me ha contado que en el Palacio de Piedra la situación es muy delicada. Él está esperando que vuelvas, ya que la emperatriz te hizo llamar porque el emperador había enfermado, pero no había habido respuesta y no se sabía nada de ti...

—Necesito que me cuentes todo lo que sabes, por favor.

—No mucho, sabes que mi padre es muy discreto con su servicio al emperador. Pero sé que está muy preocupado. Al día siguiente de tu partida hacia Bahki, el emperador se sintió mal durante una cena con varios de los diátomes del imperio que aún permanecían en el palacio tras la Fiesta del Solsticio y los ministros de primer y segundo orden, y hubo de ausentarse. Entonces la emperatriz ordenó al maestre Jinus que lo atendiese y al parecer durante esa misma noche su estado empeoró. Dada la incapacidad del maestre Jinus de hallar la causa del malestar del emperador, la emperatriz encargó su cuidado a su maestre de confianza, Quetus Garadel, quien *casualmente* había viajado con ellos desde Nasdril, y concluyó que el emperador había sido envenenado. En ese mismo momento todos quienes habían tenido acceso a él esa noche fueron encarcelados, incluidos la *noona* Maylen, que lo había ayudado a vestirse; el maestre Jinus, con quien había compartido un rato en el Cectarum esa tarde, y todos los *mujins* que le habían servido y preparado la comida. La emperatriz ordenó a mi padre que los encarcelase mientras se esclarecían las circunstancias y se encontraba al culpable.

—¿Y cómo están todos ellos?, ¿están bien?

—La *noona* Maylen y el maestre Jinus están bien. Pero al emperador nadie ha podido verlo desde esa noche. Según la emperatriz, está recuperándose, pero no se permite a nadie que se acerque a él, ni siquiera mi padre, que hace guardia en su puerta día y noche. Ayer vino a vernos a mi madre y a mí solo un momento, y me contó que los únicos que entran y salen de la habitación son la emperatriz, Niowar y el maestre de Nasdril. Los diátomes han permanecido en el palacio, en espera de noticias de la mejoría del emperador, y empiezan a exigir verlo con sus propios ojos; lo mismo sucede con los ministros. Y sé que ha comenzado a circular un rumor...

—¿Qué rumor?

—Que tú eres el responsable.

—¿Yo? Ni siquiera estaba en Mour.

—Por eso, de todos es bien sabida la devoción de la *noona* Maylen y el maestre Jinus por ti, por eso se rumorea que lo han envenenado por orden tuya, aprovechando que estabas ausente para que nadie pudiese acusarte.

—¿Y qué ganaría yo con eso? Ya fui nombrado príncipe heredero.

—Por eso mismo, si el emperador muere, los mayores perjudicados son la emperatriz y el príncipe Niowar…

—A menos que seáis acusado de traición —concluye Kim Shin a mi espalda.

Me vuelvo para mirarlo a los ojos. Si soy acusado de traición, seré indigno de ocupar el trono de mi padre y, por tanto, dejaré el camino libre para mi hermano Niowar. Es un plan redondo.

—Y entonces, ¿por qué tratar de eliminarnos en el camino de regreso? —pregunto a mi amigo.

—¿Habéis sido atacados?

—Para evitar la posibilidad de que os defendieseis de las acusaciones y convenzáis a los diátomes y los ministros, o para evitar que lleguéis a tiempo de salvar al emperador, alteza imperial.

—Maldita Mima Abney, y maldito mi hermano también por prestarse a algo así. ¿Tanto desea el trono como para deshacerse de nuestro padre?

—Debes resolver la situación antes de que sea demasiado tarde, las noticias son que el emperador mejora por los cuidados de la emperatriz y el maestre de Nasdril, pero nadie ha podido verlo para comprobarlo. Pero debes tener mucho cuidado, por favor —me advierte Rona tomando mis brazos y atravesándome con su mirada azul. Sonrío conmovido por su preocupación y asiento. Entonces ella me abraza con energía, enterrando el rostro en mi pecho.

—Tranquila, lo tendré. Voy a terminar con esto enseguida —aseguro. Entonces Kim Shin carraspea y aparta la mirada, la situación con mi amiga debe de haberse puesto demasiado sentimental para su gusto—. ¿Dónde podríamos cambiarnos de ropa?

—Aquí mismo, pediré a mi lacayo que vigile que nadie entre en el salón. Después puedo invitaros a comer y reponer fuerzas tras el viaje.

—No es necesario, Rona. En cuanto nos cambiemos, nos marcharemos, me urge conocer la situación de primera mano.

Mi amiga vuelve a abrazarme antes de salir del salón.

Nada más nos quedamos a solas de nuevo, siento la mirada de mi *orabeoni* fija en mi nuca. No dice nada, pero no deja de mirarme.

—¿Qué?

—Nada —responde hosco.

—Suéltalo, que no hay tiempo para rodeos.

—¿Por qué no le habéis hablado de Cassle? —suelta de improviso con familiaridad mientras comienza a desvestirse—. ¿Es que pensáis alimentar el amor que la señorita Wells siente por vos? Si es así, me parece despreciable.

—¿Qué? ¿Quién dice que esté alimentando su amor por mí? ¿Quién dice siquiera que ese supuesto amor por mí exista?

—Habría que ser ciego para no verlo, todos estos años. O ser un tonto para ignorarlo.

—¿Me estás insultando? —le pregunto mientras me deshago de la camisa.

—No me parece apropiado, es todo —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Es todo? ¿Crees que es momento de que me sermonees por mi actitud...?

—Inapropiada.

—¿Mi actitud ha sido inapropiada? He saludado con afecto a una amiga.

—No creo que la señorita Wells se considere a sí misma como tal.

—Te equivocas, Rona Wells no siente ningún tipo de afecto hacia mí más allá de la amistad. Es cierto que su nombre siempre ha salido a relucir cuando se ha hablado del tema de la sucesión como una posible candidata a emperatriz, pero nosotros incluso nos hemos reído de ello. De todos modos, en mi corazón solo hay lugar para Cassle Redgrim. —Kim Shin asiente satisfecho.

Desde que Cassle se ha revelado como la reencarnación de Hana, mi *orabeoni* se ha mostrado muy protector con ella, lo cual no puede sino hacerme sentir orgulloso de él. Sé que, si algo malo me sucediese, la protegería con tanta dedicación como hace conmigo.



No nos resulta difícil llegar hasta la entrada principal del Palacio de Piedra, nos cruzamos con varios nobles elfos que me reconocen de inmediato y se inclinan en señal de respeto, también los *mujins*. Cuando alcanzamos la escalinata con forma de abanico invertido que da acceso al porche sostenido por gruesas columnas observamos que la entrada está custodiada por media docena de soldados de Nasdril e igual número de soldados imperiales.

—¿Recuerdas la batalla en el Camino del Oso contra los bárbaros *typen*? —pregunto, y Kim Shin sonríe malicioso.

Estábamos apostados a ambos lados del camino en una zona boscosa de la principal ruta comercial con Ruwa, tratando de dar caza a un grupo de rebeldes que se encargaban de asaltar a los convoyes que viajaban entre los dos condados. Éramos una avanzadilla pequeña, apenas diez soldados, Kim Shin y yo, porque el resto de mi destacamento estaba acampado cerca, pues en principio nuestra intención era solo exploratoria. De pronto fuimos sorprendidos por varias docenas de bárbaros que cayeron sobre nosotros como una lluvia de granizo. Nos superaban en número, pero su magia era muy elemental, prácticamente carente de cultivación y, por consiguiente, poco poderosa. Los bárbaros volaron por los aires como pedazos de metralla ante los ataques de *Céfiro* y *Escarcha* sin que nuestros soldados tuviesen que llegar a desenvainar sus espadas siquiera.

—Me encanta sofocar revueltas con vos, *orabeoni* —masculla con una familiaridad que en tan pocas ocasiones deja escapar, haciéndome reír.

—Pues vamos a enseñarles lo que es una entrada triunfal —digo, y él sonríe. En sus venas bulle, como en todo buen guerrero, la excitación previa a la batalla.

En cuanto los soldados imperiales nos ven dirigirnos hacia ellos, se cuadran de inmediato. Uno de los soldados de Nasdril, el que parece estar al cargo de la compañía, envía a otro de ellos al interior de palacio. El resto nos observan acercarnos inmóviles hasta que los alcanzamos.

—Alteza imperial, espada imperial, bienvenidos de regreso —nos saluda el jefe de la guardia, haciéndose a un lado para permitirnos el paso.

El soldado de Nasdril al cargo también se inclina a modo de saludo. Me temía un recibimiento mucho más hostil, pero subimos

veloces la escalinata y accedemos a la Sala de Acogida, que recorro decidido hacia el interior, dispuesto a llegar hasta mi padre. Sé que la emperatriz tratará de impedirlo, así que no tenemos tiempo que perder. Los criados se apartan a nuestro paso, también los soldados. Subimos los tres tramos de escalera y recorremos el pasillo que me conducirá a las dependencias del emperador y al fin enfilo el corredor en el que está su dormitorio.

Su puerta está protegida por cuatro soldados de Nasdril, armados con espadas y lanzas, junto a quienes están el general Wells y dos soldados imperiales.

La mirada seria y taciturna del general se ilumina al verme llegar. Camino decidido hasta la puerta tras la cual se encuentra mi padre y me detengo ante el general Wells.

—Bendiciones del Bosque, general —lo saludo, y este se cuadra ante mí.

—Bendiciones del Bosque, qué felicidad teneros de vuelta, príncipe heredero.

—He regresado rápidamente al tener noticias del estado de salud del emperador, ahora me gustaría verlo —digo. Los soldados de Nasdril permanecen inmóviles como si no me hubiesen oído, bloqueando el acceso.

—Vamos, apartaos, ¿es que no habéis oído al príncipe heredero y diátome de Thandel? ¡Apartaos ahora mismo! —les ordena empujándolos con sus propias manos.

El resto de los guardias imperiales nos rodea, sus manos acuden a las empuñaduras de sus espadas, haciéndome saber que me son fieles y están dispuestos a luchar contra los soldados de Nasdril.

Abro la puerta y accedo al dormitorio junto a Kim Shin y el general Wells. La estancia está en penumbra, las grandes cortinas de terciopelo dorado impiden que entre la luz del sol. Apenas puedo ver un bulto alargado sobre la alta cama con dosel, situada en mitad de la estancia. El aire está muy concentrado, huele a enfermedad. Me aproximo a la ventana y abro una de las cortinas, la luz entra como un relámpago, iluminándolo todo. Hay vasijas y vasijas de comida en bandejas en el suelo, junto con copas, tazas y cuencos, la mayoría llenos aún de comida, así como varios papeles amarillos en los que, en letras rojas, hay varios hechizos de protección escritos pegados en los cuatro pilares de la cama, pero mal escritos. Arranco uno de ellos para

comprobar que la última de las letras está invertida y, por tanto, es inservible, pero mientras lo sostengo entre mis dedos comienza a deshacerse, convirtiéndose en polvo; lo mismo sucede con los que seguían sujetos a los pilares de la cama.

—Eran hechizos de sanación, pero estaban mal... —informo a Kim Shin mientras rodeo la cama para ver a mi padre.

El aspecto famélico y pálido de su rostro me sobrecoge. En su tez nívea destacan unas profundas ojeras, la nariz despunta en un rostro que es puro hueso. Sus labios están agrietados, con la piel cuarteada. Un mechón de cabello dorado descansa sobre la mejilla esquelética. El general Wells se lleva una mano a la boca y aparta la mirada, incapaz de contemplar su aspecto. El emperador Isembil Ryner es un puro armazón cubierto de piel. Parece dormido, pero por un instante temo que...

—Padre... Alteza... —me atrevo a susurrar tomando su mano. Al sentir mi contacto abre los ojos despacio y, aunque en un principio parece desorientado, pronto me alcanza con su mirada.

—Hijo mío... —masculla. Su voz es un suspiro, parece agotado, pero sujeta mi mano—. Ayúdame, no sé qué me sucede... Estoy... demasiado cansado.

—Tranquilo, padre, no habléis, descansad. Encontraremos la cura a lo que tenéis, ya estoy aquí.

—Protege el imperio —clama sosteniendo mi mano con fuerza, con los ojos tan abiertos que parecen a punto de caer de las cuencas—. No permitas que se hagan con el trono.

—Nadie se hará con el trono, padre. Se recuperará y volverá a ocuparlo, ya lo verá.

—Perdóname, hijo mío...

—No tengo nada que perdonaros.

—Perdóname por no haber protegido a tu madre, por no haber sabido ser un buen padre para ti...—ruega con los ojos llenos de lágrimas. Beso sus manos y veo entonces su anillo de emperador, que se balancea en el dedo huesudo, sé que todo lo que ha hecho, incluso sus errores, los hizo por mantener a salvo el imperio.

—No se esfuerce, padre, por favor. No tengo nada que perdonarle... —digo, y poso una mano en su vientre, percibiendo que su círculo de energía está prácticamente agotado. Si no logramos recuperarlo, le queda muy poco tiempo. Hago un gesto a Kim Shin y al

general Wells para que se acerquen—. Hagamos un círculo de sanación entre los tres. Somos cultivadores de primer orden, un círculo de sanación debería darle algo de tiempo mientras descubrimos qué le sucede.

Kim Shin se sitúa en el lado opuesto del lecho y el general Wells a sus pies. Uniendo los dedos índice, corazón y pulgar de ambas manos ante el pecho, inicio los movimientos de creación del hechizo del círculo de curación, la magia azul brota de mis dedos y conforma una espiral que va haciéndose mayor al recibir la magia de Kim Shin y el general Wells hasta rodear todo su cuerpo. Siento las energías sanadoras de ambos, alimentando la mía y cayendo sobre el emperador como una lluvia fina que poco a poco recargará la suya.

Pero entonces alguien irrumpe en la habitación, abro los ojos y veo a la emperatriz Mima adentrarse como una tromba, seguida del diátome Abney, mi hermano Niowar y Zaran Fajur, su espada imperial.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Deteneos ahora mismo! ¡Vais a matarlo! —nos grita fuera de sí. Ninguno de los tres la obedecemos, Fajur saca su espada y la sitúa en la espalda de Kim Shin, justo a la altura del corazón.

—Deteneos ahora mismo o lo atravieso con la espada —ruge.

—¡¿Os atrevéis a dar órdenes al príncipe heredero?! —exclama el general Wells.

—Si lastimáis a mi espada imperial, os despellejaré como a un conejo, diátome Abney —le advierto.

—Niowar —lo llama la emperatriz, y mi hermano adelanta el paso y realiza un hechizo con los dedos. Una bruma de magia oscura surge de sus manos y nuestra energía es absorbida por ella, yendo directamente hacia mi hermano, que la inspira entre los labios. En sus ojos brilla el reflejo de nuestra magia, está absorbiendo nuestra energía. ¿Cómo es esto posible? Es la primera vez que veo algo así. ¿Mi hermano controla la magia oscura?

—¡Guardias imperiales! —los llama el general Wells, y estos entran en la habitación con sus espadas en alto, seguidos de los soldados de Nasdril, también preparados para el ataque.

—¡Quietos! —les ordena Zaran Fajur. Kim Shin lleva una mano a su katana y la espada imperial de Niowar presiona en su espalda, advirtiéndole que si la desenfunda lo atravesará con ella. La expresión

de Fajur es de especial deleite, lo que me hace suponer que siempre se sintió inferior a él, aunque ambos ostentasen el mismo título, y ahora, tenerle en sus manos le genera algún tipo de placer.

—Guardias imperiales, apresad al príncipe Altair —manda la emperatriz. Los guardias se miran entre ellos, desconcertados—. Ha tratado de asesinar al emperador.

—¡Guardias imperiales, apresad a la emperatriz y al príncipe Niowar! —ordena el general Wells, y entonces Niowar lanza sobre él un hechizo de magia oscura que atrae su energía hacia él.

El general se dobla por la mitad y cae al suelo sobre sus rodillas. Saco mi espada y le lanzo un hechizo para tratar de detenerlo, pero mi hermano me dedica una mirada que jamás he visto en él, de auténtica maldad. Con la mano derecha lanza una bola de energía oscura hacia mí tan poderosa que me hace rodar de espaldas por el suelo.

Kim Shin se revuelve y, antes de que se dé cuenta, la cabeza de Zaran Fajur rueda por el suelo a los pies de la emperatriz, que da un grito. El diátome Abney trata de dar un paso hacia ella, pero entonces es su garganta la que está sobre el filo de *Céfiro*.

—Deteneos —exige mi *orabeoni* al príncipe Niowar, que lanza un hechizo contra él arrojándolo por los aires, liberando al diátome, por cuya garganta corre un pequeño hilo de sangre que toca con los dedos.

Observo al general Wells, que yace en el suelo, su cuerpo está consumido, está muerto. Niowar ha absorbido toda su energía, ha agotado su núcleo dorado por completo. Jamás he visto nada parecido.

Entonces mi hermano se gira hacia Kim Shin y veo cómo la energía de mi *orabeoni* comienza a ser absorbida. Trato de levantarme, pero es capaz de lanzar un nuevo hechizo sobre mí y lanzarme de nuevo de espaldas contra la pared.

Me levanto otra vez, Kim Shin está en el suelo, trata de ponerse en pie, pero Niowar está consumiendo su energía.

—Detente, por favor, te lo suplico. No ofreceremos resistencia —pido a mi hermano al ver cómo sufre mi *orabeoni,* consciente de que su poder es mucho mayor que el nuestro, de que acabará por matarlo si no se detiene, como ha hecho con el general Wells.

61

Altair



—Vamos, adentro —nos ordena el diátome Abney con una sonrisa de satisfacción. Que la disfrute, porque, aún no sé cómo, pero voy a sacarnos de aquí y a acabar con él.

Nos han requisado las espadas y conducido hasta la cámara de jade, es algo que supuse de inmediato. La primera cámara de jade fue mandada construir por mi padre poco después de la creación del imperio, hizo dividir en dos partes las mazmorras del palacio, una parte para los *mujins* y otra para los elfos. Aunque era sabido desde la antigüedad que el jade debilita nuestro poder, jamás a ningún monarca se le había ocurrido cubrir con este mineral una estancia completa. Hasta que Isembil Ryner lo hizo al comprobar que el jade bloqueaba nuestro torrente de energía mágica y que aquellos que eran encerrados en su interior tenían nula capacidad de generar magia, que el núcleo permanecía latente, hibernando como un oso. Por eso creó la cámara de jade, con dos estancias, en las que mantener bajo control a los prisioneros en caso necesario.

La cancela metálica se cierra ante nosotros, dejándonos dentro de una estancia con el aspecto del interior de una botella, completamente forrada de losetas de verde jade de las minas de Gawa, que triplicaron sus pedidos de material y su riqueza después de que la idea de mi padre funcionase.

Mi hermano Niowar, que nos ha custodiado todo el trayecto hasta la cámara de jade, se detiene ante mí, al otro lado de la cancela, y me mira con sus ojos azules. Su rostro es el mismo de siempre, pero

su expresión es muy distinta, sonríe observándome. Me produce la misma sensación que tuve al descubrir cómo Zaran Fajur miraba a Kim Shin, quizá él también deseaba que se produjera esa escena desde hace tiempo.

—Eras tú, en el bosque. El jinete oscuro eras tú —digo, y él sonríe, confirmando mis sospechas. Su mirada rezuma auténtica maldad.

—Mírate. El príncipe heredero, el gran guerrero del imperio, el favorito de nuestro padre… Y no eres rival para mí. Eres como un sucio insecto que aplastaré bajo mi pie cuando llegue el momento —sentencia, y un brillo rojizo envuelve su mirada. Solo he visto algo así una vez, también en el bosque…, cuando Cassle creó una burbuja de luz para protegerme y lo lanzó muy lejos.

—¿Qué has hecho, Niowar? ¿Te has entregado al dios oscuro? —pregunto sin dar crédito. Mi hermano se echa a reír escandalosamente, ríe y ríe sin parar.

—Tú y tu padre jamás deberíais haber subestimado a los Abney, somos capaces de todo por lograr aquello que deseamos. Mi madre deseaba tener un heredero, rogó a todas las diosas y ninguna se lo concedió, entonces… rogó a Véxor y lo logró. Él siempre ha estado dentro de mí, tan solo esperábamos la ocasión apropiada para despertarlo —confiesa, y sus ojos vuelven a refulgir con ese tono rojizo—. Y juntos gobernaremos Idunia bajo las antiguas leyes de Nasdril. Ahora soy un semidiós, nada ni nadie podrá detenerme. —Su sonrisa es escalofriante.

—¿Tal es tu ansia de poder, que eres capaz de asesinar a tu propio padre?

—¿A un padre que me repudiaba, que no veía en mí sino defectos? ¿Un padre que solo tenía palabras de afecto para su hijo predilecto? Debería sentirse muy orgulloso, pues al fin tiene al paladín que tanto deseó para proteger al imperio, solo que no eres tú, sino yo.

—Nuestro padre jamás anheló un guerrero sanguinario, él siempre ha deseado la paz.

—Nuestro padre derramó mucha sangre para alzarse con el poder, tiñó ríos de sangre, *mujin* y élfica. Pero por culpa de la emperatriz Saeroyi y sus malditos ideales *otokis*, se convirtió en un ser débil, frágil y cuestionable. Concediendo derechos a los *mujins*, protegiéndolos hasta hacerlos creerse iguales que nosotros, siendo

incapaz de enfrentarse directamente a los condados que ponían reparos a su poder. Ese que está ahí tumbado, agonizando bajo mi poder, no es mi padre. El único que ha ejercido como tal para mí ha sido mi abuelo, y esa maldita escoria a la que proteges va a pagar muy caro lo que le ha hecho. No puede ni imaginar el sufrimiento que le espera. —Kim Shin se remueve a mi espalda, como un león a punto de atacar. Lo contengo con mi cuerpo—. Voy a arrasar Arrecife Azul hasta que no quede más que un puñado de cenizas. Voy a destripar a todos y cada uno de sus seres queridos, voy a cortarlos en pedazos muy pequeños. Esos malditos *otokis* que siempre se han creído por encima del bien y del mal, acabaré con todos. Como mi madre hizo con la tuya —asegura antes de volver a estallar en carcajadas.

—¿Qué dices? ¿Por qué dices eso?

—Pobrecito. ¿De verdad aún crees que fue una *mujin* la que acabó con la emperatriz Saeroyi? —pregunta en tono de burla con una sonrisa. Enarcando una de sus cejas doradas, da un paso más hacia la celda y se lleva una mano a un lateral de los labios con aire confidencial—. Te contaré un secreto... Mi madre estaba tras esa mano que la envenenó. La visitó esa noche y tomaron juntas té de amapola gris, solo que en Nasdril ese té de amapola se nos sirve desde niños y no nos afecta, pero tu madre cayó en un profundo sueño... dando la oportunidad a su criada de atacarla —refiere gesticulando con una teatralidad exagerada—. No sabes lo que son capaces de hacer los *mujins* por proteger a sus familias.

—Déjame salir de aquí, malnacido, voy a matarla, y después a ti.

—Me encantaría, pero aún no ha llegado vuestro momento —dice y, sin más, tras una nueva sonrisa forzada, se vuelve dispuesto a marcharse mientras le grito que vuelva, que se enfrente a mí. Entonces se detiene y da un par de pasos, regresando a mi lado—. Uy, casi lo olvido... ¿Por qué no me dices dónde está esa zorra *mujin*? ¿Y cómo has logrado que posea magia? Has compartido tu núcleo con ella, ¿verdad... pervertido? —se burla—. Pero ¿por qué sigue viva? —pregunta muy interesado. Le escupo en la cara, no diré una sola palabra sobre Cassle, así me corte en pedazos como ha amenazado con hacer. Mi única prioridad es mantenerla a salvo. Niowar se limpia la mejilla con el dorso de la mano y vuelve a sonreír—. No te preocupes, cuando acabe con vosotros, la encontraré.

—Déjame salir, vamos, enfréntate a mí... Cobarde, siempre has

sido un maldito cobarde que se escondía tras las faldas de su madre —trato de provocarlo. Si logro que entre a la celda de jade puede que sus poderes no desaparezcan, pero deberían disminuir, y sé que en una batalla cuerpo a cuerpo, sin magia, no es rival para mí. Pero él solo gira el rostro, dedicándome una nueva sonrisa, y continúa su camino, seguido de la guardia de Nasdril.

La enorme puerta de piedra de la cámara de jade hace un ruido sordo al cerrarse, dejándonos atrapados en una de las celdas de aquella gran cámara iluminada por la magia que hace arder las antorchas.

—Príncipe Altair —oigo entonces a una voz familiar congestionada por el llanto, desde otra de las celdas, que no alcanzo a ver—. ¿Cómo estáis? ¿Os han hecho daño?

—*Noona* Maylen, ¿eres tú?, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, alteza imperial, el maestre Jinus y yo llevamos varios días encerrados aquí. Él también está bien.

—Bendiciones del Bosque, príncipe Altair —me saluda el maestre Jinus.

—Y a vos, ¿os han hecho daño? ¿Y vuestra espada imperial dónde está? —pregunta mi *noona*.

—Estoy aquí —dice Kim Shin.

—Estamos bien, *noona* Maylen. Doy gracias a los dioses por manteneros a salvo.

—No puedo creer lo que acabo de oír, que esa maldita de Mima Abney asesinó a la emperatriz... Mi pobre señora... —solloza conmovida.

—La mataré, voy a acabar con su miserable existencia. Te doy mi palabra de ello.

—¿Cuándo habéis llegado al Palacio de Piedra? ¿Es que no notasteis nada extraño en la nota que la emperatriz me obligó a escribiros?

—Lo noté, percibí una actitud distante por tu parte, maestre, pero no sabía a qué podía deberse, jamás imaginé que las cosas estarían así. Mi hermano Niowar ha asesinado al general Wells ante nuestros ojos y su magia era tan poderosa... ¿Tienes alguna idea, maestre Jinus, de qué tipo de magia...? Ha hablado del dios Véxor...

—Los Abney siempre han sido objeto de rumores sobre su cultivación secreta del mal, se decía que el diátome Abney y la

emperatriz invocaron a un dios oscuro para que ella pudiese concebir a vuestro hermano Niowar. Si ese dios es Véxor, es muy peligroso porque, según las leyendas de los Ancianos, es capaz de caminar entre *mujins* si dispone de un cuerpo y, si en este caso ese cuerpo es el del príncipe imperial, que la diosa Eyra se apiade de Idunia...

—Pero tendrá que haber una forma de vencerlo.

—Es magia celestial, no es magia natural como la de los elfos. Como sabéis, nuestra magia proviene de la naturaleza, pero la magia celestial lo hace directamente de las estrellas, de la energía del universo. Se trata de un dios hecho carne, ¿cómo podríamos vencerlo?

—Con la magia de una diosa —sugiere Kim Shin a mi espalda. Me vuelvo y lo atravieso con la mirada haciendo un gesto de negación.

—¿Qué habéis dicho? —pregunta el maestre Jinus.

—Nada —respondo mientras clavo los ojos en Kim Shin.

—Ella es la única esperanza de Idunia —me dice en un susurro.

—No me importa que el jodido continente se hunda, mientras ella esté a salvo.

—Pero ya habéis oído a Niowar, la buscará y la encontrará...

—Por eso tengo que acabar con él —sentencio decidido. Mi *orabeoni* aparta la mirada.

—¿Os sucede algo? —pregunta la *Noona* Maylen.

—No, estamos hablando de cómo podríamos vencerlo.

—Es imposible, solo un dios puede vencer a otro dios —contesta el maestre Jinus con la voz cansada.

De pronto comenzamos a oír un repicar de campanas. Es la gran campana del torreón principal, resuena una y otra vez, sin parar. Esa campana no suele sonar, nunca, porque es la que se utiliza para informar al pueblo de... el final de un reinado. La primera y única vez que las oí mi madre acababa de ser asesinada, ahora sé que por la emperatriz Abney.

La *noona* Maylen rompe a llorar.

Los golpes son secos y continuados, eso solo puede indicar una cosa: el emperador ha muerto.

62

Cassle



Abro los ojos y vuelvo a encontrarme con esa luz cegadora, vuelvo a estar sumida en una especie de oscuridad, de vacío que me envuelve en el que solo existe esa luz, frente a mí. Está formada por multitud de pequeñas chispas, como un millar de luciérnagas que revolotean entre ellas, que suben y bajan, conformando una silueta que poco a poco se vuelve humana.

Camino hacia ella, mis pies descalzos recorren una superficie mojada que crea ondas a cada uno de mis pasos. Sé que se trata de la diosa Eyra, su imagen se materializa ante mí, despacio, envuelta en un vaporoso vestido. Me detengo ante ella y sonríe.

—Estás preparada, al fin, para enfrentar tu destino, hija mía —afirma con una sonrisa en su rostro, resplandeciente.

—Lo estoy, pero ¿cuál es mi destino? ¿Qué debo hacer?

—Acepta tu naturaleza, deja de contenerte y permite que te lo muestre. Está dentro de ti desde que naciste. Es la energía que te ha impulsado a ser quien eres, a dar los pasos que te han llevado a convertirte en la joven que eres ahora. La que te impidió huir cuando te encontraste con el príncipe elfo en el bosque cuando eras una niña, la que te hizo ofrecerte en lugar de tu madre, la que te ha permitido seguir viva a pesar de que un elfo haya compartido contigo su yang.

Abraza cada pedazo de tu ser, abrázame —pide extendiendo sus brazos resplandecientes de energía.

Recuerdo las palabras de Altair: «Una vez que la diosa se manifieste nada en ti será igual, se adueñará de tu naturaleza y olvidarás incluso tus propios recuerdos». ¿Acaso es eso posible? No creo que haya fuerza divina que pueda borrarlo de mi cabeza o de mi corazón. Y si esto me permite ayudarlo, si elegir aceptar todo ese poder, aunque me cambie de modo irremediable, puede ayudarme a salvarlo, ¿no es un sacrificio justo?

Doy el paso que nos separa, estiro una mano y permito que se una a la suya, Eyra sonríe y me ofrece la otra mano, que también tomo, y entonces, su cuerpo de luz se funde con el mío. Siento una oleada recorrer todas y cada una de las partículas de mi ser, una energía arrolladora, y comienzo a ver, dentro de mi cabeza, una sucesión de imágenes.

Me veo a mí misma en un lugar etéreo, y sé que se trata del Monte Celeste, rodeada de dioses y diosas. Veo a Eyra, que toma mi mano y me muestra el que es mi hogar, el Palacio de Cristal, y recuerdo que vino a buscarme a él y me pidió que regresase a Idunia para tratar de detener a mi hermano, Véxor.

También lo veo a él, su cabello dorado y su mirada roja como la sangre, encarnado en el cuerpo de Niowar; su espíritu es una bruma que revolotea en el cuerpo del príncipe elfo. Él era el jinete oscuro que nos atacó en el bosque, ahora lo sé. A esta imagen siguen otras que no son recuerdos: veo a Niowar en el trono, coronado como emperador, después cómo arrasa Mour, toda Idunia, campos sembrados de cadáveres y elfos que se atreven a alzarse contra él. Es lo que va a suceder.

—Debes vencerlo —susurra la voz de Eyra en mi oído.

—Pero yo no soy tan fuerte.

—Sí lo eres, hija mía, eres la diosa más poderosa de todas.

—¿Y si no puedo hacerlo?

—Idunia te necesita. Altair te necesita —dice, y entonces puedo verlo. Puedo ver cómo él y Altair luchan con sus espadas y cómo Niowar hunde la suya en el núcleo dorado de mi amado, destruyéndolo. Me cubro los ojos, no puedo soportar esa imagen—. Solo tú puedes detenerlo.



Cuando vuelvo a abrir los ojos, el sol comienza a ascender en el horizonte, la oscuridad aún prevalece. Sin embargo, sé que, en mi interior, ya no queda oscuridad alguna. Siento que la luz recorre todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo, la siento en mi vientre, inquieta y poderosa, como las olas del mar, pero también en cada soplo de aire que llena mis pulmones cuando respiro, la siento palpitándome en el pecho y en mis pies cuando los poso en el suelo para levantarme.

Siento un pinchazo en las orejas, como me sucedió en la primera pesadilla, llevo mis manos a ambas y percibo entonces que están estirándose, alargándose en los extremos. No sé si seré capaz de mirarme en un espejo, no creo que pueda acostumbrarme a esa imagen. Definitivamente no ha sido un sueño, bienvenida, diosa Hana.

Miro mis manos: están iguales. Debo aprender a manejar este poder y debo hacerlo cuanto antes. Chasqueo los dedos y una chispa refulge en toda la habitación, iluminándola. Es cierto, ahora tengo todo su poder, o, mejor dicho, mi poder, y debo marcharme para ayudar a Altair y cumplir con mi destino. Aunque esto suponga que Cassle desaparezca poco a poco y solo quede Hana. Ojalá tuviese más tiempo para aprender a controlar este poder, pero sé que no lo tengo. Vuelvo a concentrarme y una bruma luminosa, de un dorado brillante, comienza a surgir de mi mano.

—¿Qué ha sido eso?, ¿un relámpago? —pregunta Ange volviéndose en la cama, me descubre concentrada en la magia y abre mucho los ojos. Aprieto los dedos y la magia se esfuma—. ¿Qué narices estabas haciendo, Cassle Redgrim?

Entonces oímos que alguien llama a la puerta con fuerza.

—Voy a ver quién es —anuncio, pero mi hermana me agarra por la muñeca, impidiéndomelo.

—Espérate. Madre o Eldan están en la cocina —me ordena señalando la luz encendida que se ve bajo nuestra puerta—. Vas a decirme ahora mismo qué es lo que acabo de ver.

—Es... la magia de la diosa... —digo prendiendo con un dedo el candil que hay junto a nuestra cama, y lo hago de forma natural, sin pensarlo. Mi hermana Ange deja caer la mandíbula y entonces mira

mis orejas y me señala. Me las cubro con las manos.

—¿Qué narices...?

En ese preciso instante la puerta de nuestro dormitorio se abre y Eldan entra por esta, con expresión descompuesta.

—Cass, Cassle, te buscan.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunto saltando veloz de la cama, en camisón, caminando descalza hasta la cocina.

Cuando llego a ella veo a mi madre, que sostiene a Brychan por el pecho con la espalda pegada a su vientre, ambos miran hacia la puerta de entrada, que está abierta. También Eldan, que se gira hacia esta y señala al exterior. Voy hasta allí y descubro a una multitud de guerreros *otokis*, al menos cien, formados ordenadamente en varias filas, justo frente a nuestra puerta. No doy crédito, entonces veo a Jihoon Saeroyi, líder del clan, que al verme cruzar el umbral se inclina ante mí, todos lo hacen.

—Bendiciones del Océano, diosa Hana. Vuestros humildes siervos se brindan para protegeros —proclama el líder del clan Saeroyi, y entonces hinca una rodilla en el suelo y después la otra de forma ceremonial e, inclinándose ante mí de nuevo, coloca ante él su katana enfundada, sosteniéndola entre las dos manos. El resto de los guerreros *otokis*, incluido el joven Yun Saeroyi, hacen lo mismo.

Me vuelvo y miro a mi familia. Están todos detrás de mí, apiñados en el marco de la puerta, observándome como si fuese una aparición. No sé qué decirles ni qué hacer, no sé qué hacen aquí los *otokis*.

—Cass..., ¿quiénes son todos estos elfos y qué hacen aquí? —pregunta mi madre con expresión descompuesta, agarrando a mis hermanos como si temiese que alguno caminase hacia los guerreros y se lo comiesen.

—¿Y por qué te ha llamado «diosa»? —añade Eldan.

—Pasad dentro, por favor, ahora mismo os lo explico todo —les pido empujándolos hacia el interior y cerrándoles la puerta, antes de regresar junto a Jihoon Saeroyi.

»Por favor, levantad, levantaos todos —les pido. Jihoon se incorpora y, tras él, todos los guerreros—. Mmm... Bendiciones del Océano, señor Saeroyi, ¿podemos hablar un momento? Acompañadme, por favor —pido, y el tío de Altair me sigue, rodeando la cabaña, hasta el patio trasero. No sé por dónde empezar. Miro hacia

mi hogar, toda mi familia está asomada a la ventana y cuando Jihoon Saeroyi los mira se esconden como niños pequeños—. Señor Saeroyi...

—Llamadme Jihoon, mi diosa.

—Esto... Con todo el respeto..., ¿por qué me llamáis así? ¿Podríais decirme qué hacéis aquí en mi casa?

—Por supuesto. Mi sobrino, el príncipe Altair Ryner, me entregó una carta en nuestra despedida y me pidió que solo la abriese si pasados cinco días de vuestra partida no tenía noticias vuestras, porque eso significaría que algo había salido mal. Él se había comprometido a enviar un mensajero en cuanto pusiese un pie en Mour y comprobase cómo estaba la situación. Así lo hice, y en dicha carta me contaba que había descubierto que sois la reencarnación de la diosa Hana, me indicaba dónde encontraros y me pedía que os llevásemos a Arrecife Azul y os protegiéramos a vos y a toda vuestra familia con nuestras propias vidas.

—¿Quééé? ¿A Arrecife Azul? ¿Mi familia? No puedo irme, tengo que esperar a que Altair regrese, no sé qué le ha sucedido, si algo ha salido mal... Sufrimos un ataque de forajidos en nuestro camino hacia Mour y acabaron con los soldados imperiales y con... mi amiga —digo tratando de controlar el dolor—. Altair también fue herido... Por eso los traje aquí, a mi casa, donde nadie sospecharía que estarían... ¿Sabéis algo del príncipe Altair o de Kim Shin?

—Hemos enviado a un espía al Palacio de Piedra y nos ha contado que en Mour aún no hay noticias de la llegada de ambos.

—Debo encontrar al señor Edwings y preguntarle si llegaron sanos y salvos. Debe de estar aún en el mercado; si no es así es que los interceptaron antes... —digo para mí—. No puedo abandonar a Altair, si es como dice y algo ha salido mal, ¿cómo voy a marcharme sin más? Tengo que aprender a controlar mis poderes y ayudarlo.

—Mi diosa, el príncipe Altair dejó muy claro que vos sois nuestra prioridad, porque sois la esperanza de Idunia y, sobre todo, del pueblo *otoki*.

—Jefe Saeroyi, no voy a acompañaros a Bahki. Os pido que os llevéis a mi familia y los mantengáis a salvo en Arrecife Azul, pero yo voy a dirigirme a Mour y a averiguar qué ha sucedido con el príncipe Altair.

El líder del clan se inclina como muestra de respeto.

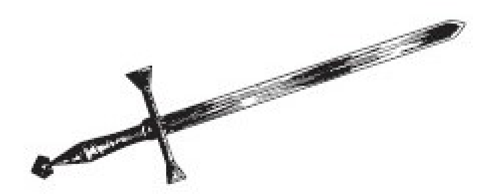
—Entonces os acompañaré, enviaré a vuestra familia a Bahki con

varios de mis guerreros, el resto vendrán con nosotros al palacio imperial y, si han osado lastimar a mi sobrino, no dejaremos piedra sobre piedra.

—No perdamos tiempo entonces, líder del clan Saeroyi, debemos partir cuanto antes.

63

Altair



No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que las campanas anunciaron la muerte del emperador. Mucho, debe de haber amanecido ya en el exterior. Pero la cámara de jade no posee ventanas a través de las cuales orientarme. Siento un profundo dolor en el pecho y las palabras de mi padre no dejan de repetirse en mi cabeza, su deseo de perdón y su angustia por el futuro del imperio.

Duele, muy profundamente.

El emperador nunca fue un padre afectuoso, y la única muestra de cariño que recibí de él fue su aprobación por las batallas que gané en su nombre, aunque ahora creo que era su modo de acercarse a mí. Su manera de compartir conmigo el principal sentido que había conducido toda su existencia, sé que amaba a mi madre, y ahora que a mí también, ojalá hubiésemos encontrado la forma de acercarnos el uno al otro. Pero quizá yo le recordaba demasiado a ella y eso le producía más dolor que consuelo.

Ahora ya nada puedo hacer por acercarme a él.

Quizá volvamos a tener una nueva oportunidad cuando nos reencontremos algún día.

Kim Shin está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de piedra pulida, mantiene un par de dedos sobre el vientre e intenta una y otra vez generar su magia, como ha hecho toda la noche, pero es imposible; sin embargo, su entereza me conmueve.

Un soplo de viento mece la luz de las antorchas cuando la puerta de piedra se abre, por ella entra una *mujin*, de mediana edad, de

curvas redondeadas y mejillas sonrosadas y llenas. Viene custodiada por cuatro soldados de Nasdril, que permanecen junto a la salida mientras ella camina hacia nosotros cargada con una bandeja. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, reflejan una expresión de sorpresa y casi podría decir que de alegría.

Se detiene ante los barrotes de nuestra celda y posa la bandeja en el suelo. A continuación, sirve el agua caliente de una tetera en dos vasos de té y mezcla un plato de fideos que desprenden una pequeña nube de vapor. La mujer mira hacia atrás y observa cómo los soldados conversan entre sí en la distancia sin prestarnos atención.

—Qué alegría teneros de vuelta, alteza imperial —exclama con ambas manos unidas ante el vientre y la mirada en el suelo—. Estábamos muy preocupados…

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Marge, llevo quince años a vuestro servicio, alteza imperial —contesta, y no puedo sino sentirme avergonzado por no saber siquiera su nombre.

—Gracias por tu servicio, Marge. ¿Qué te ha sucedido en el rostro? —pregunto al darme cuenta de que tiene un gran morado que va desde la mejilla derecha hasta el mentón. La mujer se lleva una mano a la zona lastimada y la acaricia con cuidado.

—La emperatriz me arrojó la tetera a la cara; por suerte, estaba vacía. Las cosas han cambiado mucho por aquí en estos días, príncipe. Lamento mucho la pérdida de vuestro padre —confiesa limpiándose las lágrimas, que ruedan por sus mejillas con las manos. En la parte inferior de la celda hay una abertura entre los barrotes de hierro por la que pasa con cuidado la bandeja—. Si me disculpa el atrevimiento, ¿la criada Cassle ha regresado con vuestra majestad?, ¿está escondida fuera?

—No. Ella no ha vuelto con nosotros, pero está a salvo.

La mujer suspira aliviada y vuelve a asentir.

—¿Y la criada Rosy? ¿Llegó bien a Arrecife Azul? —pregunta, y sé que responderle en este momento puede ser peligroso, su reacción podría llamar la atención de los soldados.

—Necesito saber qué está sucediendo, Marge. ¿La emperatriz ha hecho algún anuncio? —es mi respuesta, y la cocinera asiente.

—Va a haber una coronación, esta noche, del príncipe Niowar ante los diátomes de los siete condados y los ministros…

—¡Eh, tú, *mujin*! ¿De qué estás hablando? —inquiere uno de los soldados, acercándose veloz.

—Estaba preguntándole si necesitaba algo más —contesta, y entonces recibe una patada por la espalda que la hace caer al suelo.

—Te advertí que no podías hablar con los prisioneros —gruñe antes de volver a patearla.

—¡Eh! ¡Déjala en paz! ¿Eso es lo que os enseñan en Nasdril? ¿A atacar a *mujins* indefensos? —lo increpo, y el soldado me mira lleno de rabia—. Ven a golpearme a mí, abre la puerta —lo reto. Pero me mira y vuelve a patearla en el suelo.

—¡Dejadla! —grita la *noona* Maylen desde su celda.

—Lástima que no pueda concederos ese deseo, príncipe Altair, no puedo arrebatar esa dicha a mi señor. Pero no desesperéis, esta noche el príncipe Niowar será el emperador de los siete condados y vos seréis solo el recuerdo de una sangre sucia que será borrada de la historia —asegura mientras la mujer se incorpora a duras penas; entonces la agarra por la blusa y la empuja hacia la salida.

Se marchan, dejándonos encerrados de nuevo.

—No sé cómo vamos a salir de aquí —dice furioso Kim Shin entre dientes.

—Yo sí. Niowar planea mostrar su poder acabando conmigo ante todos los diátomes antes de ser coronado emperador, estoy seguro. Esa será nuestra única oportunidad de vencerlo, y debemos aprovecharla.



Kim Shin y yo pasamos todo el tiempo tratando de planear cómo atacaremos a Niowar, cómo impediremos que se alce con la Corona, pero con nuestras fuerzas limitadas y el nuevo poder de mi hermano, todas nos parecen absurdas.

Cuando la puerta de piedra vuelve a abrirse, Niowar entra por ella acompañado por una legión de soldados de Nasdril y camina hasta nosotros. Se detiene ante nuestra celda y me observa con expresión de gozo.

—Mis condolencias, hermanito. ¿Qué se siente al ser un huérfano? —me pregunta desde el otro lado de los barrotes con una sonrisa plena de maldad.

—Vas a pagar por esto, Niowar —siseo enfrentándolo.

—¿Quién me hará pagar, tú? —replica, y ríe a carcajadas.

Entonces hace un gesto a uno de los soldados de Nasdril, que abre la puerta. Trato de abalanzarme sobre él, quiero estrangularlo con mis propias manos, pero con un leve gesto me lanza con mucha fuerza contra la pared de jade, haciéndonos saber que la magia oscura no se ve afectada por el jade. Estamos perdidos. Kim Shin trata de moverse, pero su magia actúa también sobre él, inmovilizándolo.

Uno de los soldados entra entonces en la celda y nos coloca unos grilletes de hierro, pero estos pesan de un modo inusual, están malditos, ha aplicado su magia oscura sobre ellos y destilan un poder incalculable. El soldado los cierra en nuestras muñecas sin que ninguno de los dos podamos evitarlo y después sale de la celda, cerrando tras de sí.

—Dentro de un rato volveremos a vernos, hermanito. Lástima que entonces la despedida será definitiva. Saluda a nuestro padre en mi nombre —sentencia con una amplia sonrisa que rezuma auténtica maldad.

—Eres un desgraciado, no importa si te has entregado al dios Véxor o si te conviertes en el emperador de los siete, siempre serás un pobre desgraciado cobarde y temeroso que se esconde bajo las faldas de su madre.

Mis palabras hacen que se ponga serio y siento su magia a través de los grilletes. Duele, es como si un millar de dagas estuviesen atravesándome las muñecas. Me retuerzo de dolor en el suelo, Kim Shin acude a mi lado tratando de ayudarme.

—Pronto te arrancaré esa lengua sucia. Oh, no sabes cómo voy a disfrutarlo, hermanito, pero aún no es el momento.

64

Cassle



Me duele despedirme de mi familia, verlos cargando con sus pertenencias más preciadas antes de emprender el camino hacia un lugar que les es totalmente desconocido. Sé que en Arrecife Azul los tratarán muy bien, pero el miedo en la mirada de mi madre me parte el corazón.

Les he explicado que corren peligro, que deben huir porque si Altair ha sido apresado, si el príncipe Niowar se alza con la Corona, es posible que vengan a buscarme y los matarán, por rabia o por el mero deseo de lastimarme al no encontrarme allí. Además, Zeprya dejará de ser un lugar seguro si Niowar es el nuevo emperador, al menos en Bahki, protegidos por los guerreros *otokis*, tendrán una oportunidad de sobrevivir.

—Ven con nosotros —me suplica mi madre sosteniendo mis manos.

—No puedo, madre, soy su única esperanza. ¿Acaso tú no habrías hecho lo mismo por padre si hubieses tenido la oportunidad? —le planteo, y ella asiente con los ojos llenos de lágrimas.

Me abraza, también Ange lo hace con Brychan en brazos. Cuando se apartan miro a mi hermano Eldan, que permanece de pie, junto a ellas; intenta mantenerse firme pero sus ojos están llenos de lágrimas

no derramadas. Camino hasta él y lo abrazo.

—No es justo —masculla.

—¿Acaso la vida lo es, hermanito? —replico sin poder contener el llanto—. Cuida de ellos.

—No quiero volver a perderte —dice cuando un par de lágrimas recorren sus mejillas—. Los he oído, dicen que eres una diosa, pero para mí siempre serás mi hermana mayor, mi guía, mi confidente... Lucha, véncelos, todos creen en ti, así que yo no puedo dejar de hacerlo —afirma emocionándome.

Vuelvo a abrazarlo.

—Manteneos a salvo y con salud. Volveremos a vernos, lo prometo —les garantizo antes de subir a *Farat*, el caballo de Altair, el que me llevará hasta él para poder rescatarlo. Lo azuzo y este empieza a caminar, alejándome de ellos.

Jihoon Saeroyi se sitúa a mi lado, con su *orabeoni* tras nosotros y una escolta de al menos ochenta guerreros *otokis*, que, según los cálculos de Altair, cuentan como ochocientos soldados. Sonrío al pensar en él, en su risa, en su mirada transparente, en sus muecas rudas, que fueron dulcificándose a medida que nos conocíamos, a medida que nos enamorábamos el uno del otro. Y a la vez siento una fuerte presión en mitad del pecho, lo amo muchísimo y me asusta que algo malo le haya sucedido. Me asusta llegar demasiado tarde y arrepentirme el resto de mi vida por ello. «Espérame, Altair, aguanta por mí», le pido dentro de mi cabeza.

—Estará bien, es mucho más fuerte de lo que él mismo cree —dice Jihoon al percibir mi malestar. Me enjugo entonces una lágrima que ha escapado incontrolable y le dedico una sonrisa.

—Lo sé. Sé que es muy fuerte, pero necesito verlo con mis propios ojos. —El líder del clan Saeroyi parece complacido con mi respuesta—. ¿Tenéis alguna idea de cómo podemos entrar al Palacio de Piedra?

—Sí. Hay una entrada secreta al Ala Azul, mi hermana la hizo construir para que pudiese visitarla de vez en cuando a pesar de la oposición del emperador.

—¿Sí? Altair no sabe nada de esa entrada.

—Nadie lo sabe, era un secreto entre mi hermana y yo. La sellé después de que ella muriese y nunca le hablé de ella a nadie, ni siquiera a mi sobrino, jamás creí que un príncipe imperial necesitase

entrar al palacio a escondidas.

—¿Se parecen mucho, Altair y su madre? —pregunto, y Jihoon asiente con una sonrisa.

—Son muy parecidos. Sobre todo, en el interior. Mi hermana siempre fue un espíritu libre, como un pájaro. Desde pequeña, se escapaba del Palacio Blanco y corría descalza por la playa, para desesperación de sus cuidadoras, o subía a los acantilados para ver los huevos de albatros. Era la mejor jinete de todo Bahki y también la mejor buceadora, capaz de encontrar varias perlas enormes de una sola zambullida. Suki era… la mejor hermana, la mejor amiga. Era un ser de luz, capaz de iluminar una estancia solo con su sonrisa. Era pura bondad. También era cabezota, demasiado: cuando estaba convencida de algo no había quien la hiciese cambiar de opinión. —Estoy muy sensible y oírlo hablar de su hermana con tanta devoción me hace pensar en mi hermano Eldan; debo mantenerme a salvo para no ocasionarle semejante dolor—. El día en que mi padre me comunicó que la había prometido con el emperador fue uno de los más tristes de mi vida. Porque sabía que Isembil Ryner la querría solo para él, que encerraría a nuestro hermoso pájaro dentro de una jaula para que, en lugar de volar libre por el cielo estuviese a su merced y él solo pudiese contemplarlo. Yo siempre creí que Suki se convertiría en la esposa de Daiyue Shin, mi *orabeoni* y el padre de Kim Shin, ellos siempre estuvieron muy unidos, desde niños.

—¿Daiyue Shin es el padre de la espada imperial del príncipe Altair?

—Sí. Hasta que me convertí en líder del clan no pude entender la decisión de mi padre. Él sacrificó a su hija a cambio de todos los hijos de los habitantes de Bahki; si no lo hubiese hecho, el emperador nos habría llevado a la guerra. Suki lo sabía, por eso aceptó convertirse en la segunda esposa del emperador.

—¿Y creéis que se amaron en algún momento? ¿Que Suki llegó a amarlo?

—Lo hizo. En una de mis visitas secretas me contó que era amable con ella, que la cuidaba y trataba de que fuese feliz. Y sé que el emperador la amó, mucho. De lo contrario, jamás le habría permitido regresar a su hogar durante las primeras décadas de la infancia de su hijo. La amó mucho, pero no la amó bien. Amar a alguien no te da derecho a adueñarte de su existencia; en ocasiones,

amar consiste en dejar marchar al ser amado para que encuentre su propia felicidad. Por desgracia, es algo que sucede en demasiadas ocasiones entre los elfos.

—También entre los *mujins* —respondo pensando en Valen—. Gracias, señor Saeroyi, por contarme esta historia.

—No tenéis que darlas, mi diosa. Sé cuánto os ama mi sobrino, incluso desde antes de saber de vuestra condición divina, así que, aunque pueda pareceros un atrevimiento, ahora sois como de la familia para mí —asegura y asiento, agradeciéndoselo—. Bueno, será mejor que apuremos el paso, debemos llegar antes del anochecer para que pueda orientarme bien y encontrar la entrada.



Nos dirigimos a Mour evitando los caminos principales, atravesando con cuidado los campos de siembra en los que el trigo se mece como un mar en calma, trayendo a mi mente el recuerdo de las olas de la preciosa Playa de la Perla, en Arrecife Azul, hasta llegar al bosque de álamos blancos que se extiende al sur del Palacio de Piedra.

Jihoon Saeroyi se detiene junto a un viejo molino de agua abandonado. La rueda está rota, sus muros de piedra encalada están medio derruidos, al igual que el techo, y son invadidos por la vegetación. El sol del atardecer se cuela entre las ramas de los árboles, tiñendo las hojas con su tono anaranjado.

El líder del clan Saeroyi baja de su caballo blanco y se dirige decidido hacia el interior del molino. Comienza a bajar unos escalones semiderruidos que dan acceso al interior, donde antaño se situaba el mecanismo que hacía girar la rueda y del que ahora solo quedan fragmentos de las piezas de madera, así como la tolva rota a un lado, en el suelo. La escalera continúa hacia la parte inferior, hacia el subsuelo de la edificación.

Agarro su mano para bajar los escalones cubiertos por musgo y hojas secas. Resbalo, pero Jihoon me agarra, sosteniéndome y evitando que caiga al suelo; no obstante, el traspié produce que mi energía interior se agite. La siento en el vientre, es como si me hubiese tragado un pajarillo que no para de saltar cuando me sobresalto por algo. Inspiro hondo, tratando de calmarme, y noto la intensa mirada

del líder Saeroyi.

—Vuestra energía está revuelta, mi diosa, puedo sentirlo —confiesa indicando hacia nuestras manos unidas.

—Lo siento —respondo soltando su mano—. Todo esto es nuevo para mí, creo que mi cuerpo aún no se acostumbra a contener energía mágica.

—En realidad siempre ha estado ahí. Yo lo supe cuando nos entrevistamos a vuestra llegada al Palacio Blanco, solo que entonces creía que se debía a que el príncipe Altair había compartido su yang con vos. —Aparto la mirada. Me abochorna sobremanera hablar de algo tan íntimo, y soy incapaz de hacerlo con naturalidad—. Pero ahora sé que no era ese el motivo. Ya entonces percibí que había algo especial en vos.

—Parece ser que he sido la última en enterarme —comento bajando la escalera tras sus pasos.

Accedemos a un espacio oscuro que Jihoon Saeroyi ilumina con su magia *bakum*, en su caso crea un pez que va saltando aquí y allá a nuestro alrededor. Se acerca a una de las paredes y retira con sus manos varias vigas de madera que han caído del techo; tras estas hay una pequeña puerta de cuyo pomo tira con energía hasta lograr abrirla. Ante nosotros se extiende un largo y oscuro corredor. El líder del clan Saeroyi lanza a su interior varios pececillos más que nos permiten ver que está vacío, una leve corriente de aire que proviene del otro lado los agita.

—¿Adónde conduce exactamente?

—A las cuadras del Ala Azul. El amor por los caballos es otra de las cosas que el príncipe Altair ha heredado de su madre.

Comenzamos a recorrer el corredor subterráneo con la legión de guerreros *otokis* detrás de nosotros, con Daiyue Shin siguiendo nuestros pasos de cerca. Jihoon ha indicado a un par de sus guerreros que custodien la entrada; mientras, el resto nos acompañará y aguardará nuestra señal al otro lado para intervenir.

Caminamos durante largo rato hasta encontrarnos con otra puerta que nuevamente el líder de los *otokis* fuerza para poder abrirla, con cuidado de no hacer el menor ruido. La puerta nos da acceso a un cuarto de aperos de las cuadras, lleno de sillas de montar viejas, riendas y útiles que, por las telarañas y el polvo que acumulan, debe de hacer décadas que no son utilizados.

Daiyue Shin desenvaina su espada y abre la puerta que comunica con el exterior de la estancia, pues no sabemos qué podemos encontrarnos al otro lado. Por suerte, no se oye ruido exterior, más allá del relincho de los caballos y el canto de los grillos en la noche, que ha caído como una manta oscura. Estamos en el extremo norte de las cuadras, donde hay otras dependencias similares. El líder *otoki* esfuma los pececillos *bakum* con un chasqueo de sus dedos.

El padre de Kim Shin da indicaciones a los guerreros para que se escondan entre las sombras, aguardando nuestra señal, y estos se escabullen por la vegetación del jardín posterior del Ala Azul. Yo oigo entonces un ruido, como si alguien hablase en voz baja o sollozase. Proviene de una de las cuadras. Todo parece tranquilo, ni siquiera hay sirvientes o lacayos caminando arriba y abajo.

Jihoon Saeroyi me hace una señal para que nos dirijamos también a la maleza, pero por un momento la voz que proviene del establo me parece familiar y, subiéndome la capa para ocultar mis nuevos rasgos, le pido que me aguarde un instante mientras me acerco a comprobar de quién se trata. Él me hace un gesto de negación, insistiendo en que debo seguirlo, pero desobedezco y camino con cuidado hacia las cuadras.

Me asomo con prudencia al habitáculo de madera del que proviene el ruido y entonces veo a un siervo, sentado en el suelo, sobre la paja. Aunque oculta el rostro entre las manos, reconozco sus formas y su cabello cano, se trata de Tellen. Sin pensarlo dos veces, doy un paso hacia el interior y me acerco a él. Al oírme, Tellen alza el rostro, sus ojos están húmedos por el llanto.

—Criada Cassle, ¿qué haces aquí? —requiere mirándome desconcertado.

—¿Estás bien, Tellen? ¿Qué te sucede? —pregunto, y entonces mira detrás de mí, sorprendiéndose aún más al ver a Jihoon Saeroyi a mi espalda con su katana en la mano.

—¿Habéis venido a salvar al príncipe Altair? —pregunta poniéndose en pie y se inclina como saludo al líder *otoki*, lo ha reconocido sin duda—. Salvadlo, tenéis que salvarlo, por favor —pide con desesperación.

Jihoon Saeroyi lo observa en silencio sin guardar su espada. El anciano sirviente se vuelve hacia mí.

—Tranquilizaos, Tellen, por favor. Él es de confianza —aseguro

al líder *otoki*—. Haría cualquier cosa por el príncipe Altair.

—Él me recogió de la calle cuando estaba a punto de morir de hambre después de que mi familia muriese por unas fiebres. Ningún *mujin* se apiadó de mí cuando vagaba por las calles de Mour, solo él. Le debo mi vida y el hombre que soy. Tienen que salvarlo, por favor —suplica desesperado.

—Lo haremos, Tellen, pero tienes que decirnos dónde está, ¿dónde lo tienen?

—Está encerrado en la Cámara de Jade, pero van a llevarlo al Salón del Trono. He estado pensando en cómo ayudarlo, pero solo soy un pobre viejo...

—¿Para qué van a llevarlo al Salón del Trono?

—La emperatriz ha preparado una ceremonia con todos los ministros y los diátomes de los siete condados. El emperador ha muerto y planea coronar al príncipe Niowar ante todos ellos. Los soldados de Nasdril dicen que el príncipe Altair ha asesinado a su propio padre, pero yo sé que es mentira, el príncipe jamás haría algo así. La emperatriz Mima piensa ajusticiarlo ante todos ellos. Tenéis que daros prisa, debéis evitarlo —me pide sujetando mis manos, temblando por el miedo.

—¿Hay algún modo seguro de llegar hasta el Salón del Trono sin ser descubiertos? —planteo, y Tellen se queda un momento en silencio, pensando.

—Sí, lo hay, por la cocina. Van a servir una gran cena para celebrar la coronación. Acompañadme.

65

Altair



Reconozco el dolor de la magia oscura, me he pasado décadas sintiéndola recorrer todo mi cuerpo por culpa de la daga maldita. Ahora sé que se trata de la misma magia de ese general que me atacó tratando de acabar con mi existencia, estaba poseído por ella. Ahora sé que no se trataba de una revuelta cualquiera, sino de una organizada ya entonces por Nasdril para eliminarme. Deben de haber estado planeándolo durante mucho tiempo. Pero esos años me han ayudado a tolerarla. Kim Shin, en cambio, aún se retuerce de dolor a mi lado, pálido, envuelto en sudor, con dificultad incluso para moverse. Lleva en el mismo estado mucho tiempo, no sé cuánto, quizá un día entero, desde que Niowar se marchó, es difícil orientarse en este lugar.

—Aguanta, *orabeoni*, lucha contra ella, llegará un momento en que será más fácil de soportar —le digo sosteniéndolo entre mis brazos.

—No voy a serte de ninguna ayuda así —balbucea mirándome con sus ojos rasgados llenos de preocupación por mí.

—Nadie puede ayudarnos ahora, pero lucharemos hasta el final —asevero forzando una sonrisa.

La puerta de piedra vuelve a abrirse, en esta ocasión entran por ella el diátome Abney con una docena de soldados. Vienen a buscarnos, todo está a punto de acabar.

—Ha sido un placer ser vuestro *orabeoni*...

—No te atrevas a despedirte, no nos han matado, aún no.

Los soldados se acercan a nosotros y, sin mediar palabra, abren nuestra celda y entran a por nosotros. La magia oscura es muy poderosa, me hace sentir agotado. Agarran a Kim Shin, apartándolo de mis brazos, y lo sacan a empujones, le cuesta mucho caminar. Yo puedo hacerlo y trato de resistirme, pero entonces el diátome Abney me golpea en el vientre y me da varias patadas.

—Vamos, escoria, ha llegado la hora de que pagues por asesinar al emperador. Maldito traidor.

—¡Soltadlos! ¡Malnacidos! —oigo gritar a la *noona* Maylen desde su celda.

Los soldados, conducidos por el diátome Abney, nos llevan a recorrer los pasillos del Palacio de Piedra, del lugar en el que nací y que ha sido mi hogar durante los últimos doscientos años y que, al parecer, también será mi tumba. Kim Shin camina a mi lado; detrás de mí, la *noona* Maylen y el maestre Jinus. He intentado acercarme a ellos, pero no me lo han permitido, aunque parece que están bien. También ellos llevan grilletes en las muñecas.

Mientras recorro con pasos lentos el camino, pienso en mi padre. Forjar este imperio se convirtió en la principal motivación de su existencia. Ojalá me hubiese permitido conocerlo mejor, saber por qué era tan importante para él que todos los habitantes de Idunia lo adorasen y lo temiesen a partes iguales, albergar tanto poder. Emplear tanta dedicación, tanto sacrificio y esfuerzo, dejando a un lado incluso a su propia familia, para que su obra maestra acabe en manos de su hijo Niowar, quien sé que la transformará por completo convirtiéndola en algo muy distinto. Sin duda, peor. Quizá debería sentir que estoy traicionándolo al no cumplir su último deseo, pero si hubo alguien que tuvo en sus manos haber evitado llegar hasta aquí fue él, no yo.

Es evidente que mi hermano siente celos de nuestra relación, o de la admiración de mi padre por mí, algo sobre lo que nunca he tenido el control, me limitaba a obedecer sus órdenes como un buen hijo. Nunca elegí ser enviado a los conflictos, sí elegí ser un guerrero y no un político, porque por mis venas corre sangre *otoki* y me siento muy orgulloso de ello. Y aunque siento que gran parte del afecto de mi padre hacia mí no era sino un reflejo del amor que sentía por mi madre, tampoco pude tener control sobre eso.

Y ahora voy a morir a manos de sus asesinos, de quienes me la arrebataron cuando aún era demasiado joven para entender lo que

sucedía a mi alrededor, de quienes también han planeado el asesinato de mi padre, de quien pretende imponer su poder por encima de todo, incluso de su propia sangre.

No voy a rendirme, en cuanto tenga oportunidad me arrojaré contra la emperatriz y la haré pagar por lo que le hizo a mi madre, al ser más puro y bondadoso que jamás he conocido, a alguien que tampoco escogió ser su rival a ojos de mi padre. Ambos hemos sido víctimas de la ambición de la misma familia. Pero mi vida no van a tomarla sin plantear batalla.

Las puertas del Salón del Trono se abren para nosotros y entramos en él. Observo cómo unas largas mesas repletas de comida se extienden a ambos lados del pasillo central, que han dejado libre para nuestro pequeño desfile de desahuciados. Reconozco los rostros, en uno y otro lado: a la derecha los ministros de primer y segundo orden, ataviados con sus largas túnicas grises con las insignias de sus condados bordadas con hilo de oro en el pecho. Sé que mi hermano tiene partidarios entre algunos de ellos, sobre todo entre los más jóvenes, e incluso hay dos, el ministro de segundo orden de Nasdril y el de Rion, que son sus amigos. Los he visto en multitud de ocasiones en el palacio compartiendo sus borracheras. A la izquierda están situados los diátomes de los siete. Con muchos de ellos me he reunido en representación de mi padre cuando viajaba a sus condados para aplacar revueltas o para cualquier otra misión que me encomendase. La mayoría agachan la cabeza, incapaces de mirarme a los ojos. Tras estos, junto a las altas paredes de piedra, están situados dos destacamentos de soldados, uno de Nasdril y otro de soldados imperiales, que tampoco son capaces de mirarme a los ojos.

Nuestra escolta nos conduce hasta la escalinata de mármol blanco que precede al estrado del trono, seis escalones me separan de mi hermano Niowar, quien, en la cima, vestido con la túnica ceremonial del emperador, con el pecho bordado con la insignia de Thandel, de nuestro condado, aguarda con las manos unidas ante el vientre nuestra llegada. Tras él está la emperatriz Mima, que no puede ocultar su felicidad ante este momento y, a su lado, sobre una mesita de madera, está la dorada corona del imperio con el símbolo de Thandel, un dragón con las fauces abiertas entre las hojas de abetos que simbolizan el Bosque de las Ánimas.

Los soldados que nos sostienen por los brazos nos arrojan al

suelo, a los pies de la escalinata. Kim Shin se retuerce, su rostro está muy pálido, sé que está soportando un dolor terrible; por suerte, yo puedo mantenerme entero y soy capaz de alzarme en mis rodillas. Los soldados se sitúan a nuestros costados y el diátome Abney sube los escalones hasta situarse junto a su hija y su nieto.

—Bienvenidos todos, diátomes, ministros, en este día tan aciago en el que nos encontramos devastados porque hemos perdido a nuestro emperador —dice Mima Abney fingiendo estar afligida solo un instante, para después recuperar la compostura—. El emperador Isembil Ryner ha sido vilmente asesinado por su hijo, el príncipe Altair Ryner. Por alguien que después de ser nombrado heredero no ha podido contener sus ansias de poder y decidió tomar el trono por la fuerza, traicionando a su propio padre.

—¡Eso es mentira! ¡Sois vosotros quienes habéis asesinado al emperador! —grita mi *noona*.

Uno de los soldados intenta golpearla con el mango de su espada, pero me interpongo en su camino y recibo una patada en el pecho que me tumba de espaldas. La *noona* Maylen acude a mi lado, tomando mis manos con las suyas con los ojos anegados en lágrimas, pero los soldados la agarran por los brazos y la apartan de mí. Niowar contiene una sonrisa.

—¡Esa es una acusación muy grave, emperatriz! ¡Espero que tengáis pruebas! —se atreve a intervenir uno de los ministros. Es Unei Jarsen, el ministro de primer orden de Bahki, que da varios pasos hacia donde estamos y se detiene a nuestro lado—. De lo contrario, os exijo que liberéis ahora mismo al príncipe Altair mientras se esclarece lo sucedido.

—El príncipe Altair ordenó a la *noona* Maylen y al maestre Jinus, dos miembros de la corte de su absoluta confianza, envenenar al emperador mientras él se encontraba lejos para que nadie pudiese acusarlo de ello. Precisamente se hallaba en Bahki, adonde se había marchado de forma repentina tras su nombramiento como príncipe heredero.

—¡Eso es una calumnia! —proclama el maestre Rowan Jinus, que recibe un golpe en la espalda que lo hace caer de rodillas al suelo.

—El príncipe Altair fue invitado a la ceremonia de Seiryu Takai de su primo Yun Saeroyi, el hijo del líder del clan, no hay nada sospechoso en ello. ¿Tenéis pruebas de que el príncipe Altair ordenó

envenenar al emperador? —insiste el ministro *otoki,* mostrando un gran valor al enfrentarlos.

La emperatriz comienza a bajar los escalones que nos separan del estrado.

—El maestre Quetus Garadel, maestre preeminente del diátome de Nasdril, ha estudiado la enfermedad del emperador, dado que empeoraba muy rápido sin que el maestre Rowan Jinus fuese capaz de sanarlo. Fue él quien descubrió que la *noona* del palacio y su propio maestre estaban envenenando su té. Los detuvimos, impidiéndoles que tuviesen acceso a él, y el emperador comenzó a recuperarse. Por ello el príncipe Altair regresó antes de lo esperado y, fingiendo preocuparse por su estado, visitó sus dependencias y lo asesinó a sangre fría en su propio lecho. El diátome Abney, al saber de su llegada, acudió veloz y lo encontró en su interior, aunque era demasiado tarde.

—¿Tenéis testigos?

—¡¿Acaso no os basta mi palabra, ministro Jarsen?! —grita furioso el diátome Abney.

La emperatriz se acerca a mí, que he logrado volver a incorporarme sobre mis rodillas.

—No dudo de vuestra palabra, diátome Abney, solo os pregunto si alguien más puede corroborar esta historia, dada la gravedad de las acusaciones —insiste el ministro *otoki.*

—Varios soldados estaban presentes en ese momento, aunque imagino que tampoco os valdrá su palabra, porque tenéis intereses propios, ¿verdad, ministro? Todos los presentes sabemos que Bahki nunca se ha considerado parte real del imperio, que viven malacostumbrados a imponer sus condiciones, sintiéndose superiores al resto de los condados, anhelando someter a los siete por encima de todo. ¿Qué podemos esperar de un pueblo salvaje que acepta que los elfos retocen con los *mujins* sin el menor decoro? —replica la emperatriz, provocándolo. El ministro Unei Jarsen aprieta los puños y da un paso hacia ella.

—Exijo que libere al príncipe Altair ahora mismo y que retire las acusaciones que ha vertido contra Bahki, o de lo contrario… —El ministro Jarsen se lleva una mano a la katana que porta en el cinto. Y entonces su rostro se contrae y muestra un profundo dolor.

Miro a mi hermano Niowar, que aprieta entre sus manos uno de

sus conjuros de magia oscura.

—¡Detente! —le exijo sin que me preste la menor atención.

El ministro de segundo orden, Moon Gangtae, trata de acercarse a Jarsen cuando este se dobla de dolor, pero los soldados que nos rodean se lo impiden, cruzando sus espadas ante él. El rostro de Jarsen se contrae y comienza a oscurecerse ante el estupor de todos los presentes, que miran a Niowar, quien también ha abandonado el estrado del trono.

Trato de invocar mi magia de guerra, lo intento con todas mis fuerzas, y funciona; noto cómo crece, despacio, pero aún no es suficiente como para romper los grilletes que aprisionan mis manos, bloqueando mi energía. Por más que lo intento, no logro liberarme y el ministro Jarsen cae hacia delante, completamente consumido por Niowar, que acaba de absorber cada molécula de su energía vital.

—¿Alguien más desconfía de mi palabra? —pregunta la emperatriz satisfecha cuando todos observan al príncipe Niowar con horror.

—Yo lo hago —proclamo—. ¡Todos habéis podido ver que el príncipe Niowar utiliza magia oscura! Se ha entregado al dios Véxor, está poseído por él.

El revuelo es considerable, están horrorizados por lo que eso significa.

—¿Desde cuándo ser poderoso es un pecado? ¿Es que acaso el imperio no merece a un regidor poderoso? —plantea la emperatriz.

—La magia oscura mancilla la esencia más pura de nuestro núcleo dorado, la magia oscura es todo lo contrario de lo que debe ser un elfo, es indigna, antinatural, y quienes la acepten caerán en desgracia —proclamo.

La emperatriz camina hasta mí y, extrayendo una pequeña daga de la manga de su pomposo vestido, la coloca en mi garganta.

—Cállate, maldito... Voy a callarte de una vez por todas.

—¡Noooo! —grita Maylen.

—¡Apartaos del príncipe Altair! —pide otro de los ministros, en esta ocasión Tenet Haer, de Thandel.

—No podéis usar magia oscura, esto es un ultraje —insiste también otro de los ministros, aunque no puedo ver de quién se trata.

Sin dudarlo un instante, Niowar los ataca con su magia y comienza a absorber sus energías vitales.

—¡Detente! —le ordeno.

No me obedece, pero las intervenciones de los ministros distraen a la emperatriz, y entonces me pongo en pie y me giro, arrebatándole la espada al soldado que tengo detrás, golpeando con toda mi fuerza los grilletes que están martirizando a mi *orabeoni*, rompiendo la cadena por la mitad.

La emperatriz se vuelve hacia mí y entonces apunto a su garganta con mi espada. Ella da un paso atrás mientras Niowar se acerca, pleno de ira, extendiendo su mano.

—Si me atacas, la decapitaré —lo amenazo.

Él enarca una ceja a la vez que ambos ministros caen redondos al suelo y comienza a absorber mi magia. Aprieto mi espada contra la garganta de la emperatriz y siento un profundo dolor en el vientre, es como si estuviese arrancando mi núcleo con sus propias manos. Intento mantenerme firme, pero las fuerzas me fallan, provocando que me doble por la mitad. Kim Shin ataca a Niowar con su magia, pero este es capaz de lanzarle un hechizo que lo hace rodar por el suelo sin dejar de atacarme a mí. Me retuerzo de dolor y los soldados me sostienen, liberando a la emperatriz.

—¡Dejadlo! ¡Vais a matarlo! —grita la *noona* Maylen.

Niowar intensifica su ataque, haciendo que me retuerza aún más de dolor, puedo ver cómo mi energía es absorbida por su cuerpo.

—Muere, al fin, maldito —dice mirándome con una sonrisa de placer. Siento cómo me abandonan las fuerzas y soy incapaz de revolverme, estoy a punto de desfallecer.

Entonces, un destello de luz llena toda la habitación y mi hermano sale volando por los aires, estrellándose contra la pared posterior del salón, casi a la altura del alto techo. Me giro hacia el lugar del que provenía el rayo de luz y puedo verla. Mi diosa, mi *mujin*, la mujer a la que amo por encima de mi propia vida.

66

Cassle



Cuando recorremos el pasillo que conduce a la entrada posterior del servicio del palacio, el corazón me late muy deprisa. Necesito ver a Altair con mis propios ojos y saber que está bien, a salvo, y que no le han hecho daño. Con ayuda de las doncellas y lacayos, Marge ha organizado nuestra llegada hasta el Salón del Trono, me han vestido con una vaporosa túnica de doncella y Jihoon me ha entregado una daga que he atado a mi muslo con una cinta del pelo. El líder del clan Saeroyi y cinco de sus guerreros se han ataviado con ropas de lacayos y ocultado sus katanas a la espalda, bajo sus levitas. Los sirvientes van avisándonos de la presencia de soldados, distraen a algunos de ellos y nos facilitan que los guerreros *otokis* que nos acompañan dejen fuera de juego al par de guardias que vigilan el acceso al salón desde la entrada del servicio. La emperatriz jamás debió subestimar el poder de los *mujins* del palacio.

Accedemos al Salón del Trono por un lateral, está muy concurrido. Jihoon me explica que ante nosotros tenemos a los diátomes, vestidos con sus ropas oscuras, tal y como solía vestir Altair cuando lo conocí, acompañados de su personal de servicio, y en el lado opuesto a los ministros de primer y segundo orden, ataviados con largas túnicas grises con bordados dorados en el pecho representando

a los siete condados. También hay multitud de soldados, imperiales y nasdrilianos. Todos prestan atención a lo que está sucediendo en el extremo donde está situado el trono, por lo que no nos es demasiado difícil colarnos por el lateral sin que nadie nos preste la menor atención.

Veo que en las largas mesas situadas en el centro de la enorme sala la comida está aún intacta, todos permanecen de pie, observando los acontecimientos. Oigo una voz de fondo, que reconozco de inmediato, es la *noona* Maylen, está gritando.

—¡Dejadlo! ¡Vais a matarlo! —la oigo decir.

Me cuelo entre la multitud sin el menor cuidado, empujo a algunos diátomes y a sus criados sin contemplación, Jihoon me llama en un susurro, tratando de impedir que actúe de modo tan impulsivo, pero desoigo su advertencia, tengo que llegar hasta Altair cuanto antes.

Cuando alcanzo el círculo central creado en torno al trono, lo veo arrodillado en el suelo, contrayéndose de dolor mientras Niowar absorbe su energía. Altair trata de resistirse, pero su hermano es muy poderoso, la magia oscura da vueltas y más vueltas alrededor de su núcleo, en mitad del vientre, puedo verla con la misma claridad con la que puedo ver mis propias manos.

Sin pensarlo dos veces, lo ataco con mi magia, empujándolo por los aires, haciéndolo estrellarse lejos, contra la pared posterior de la sala y capturando irremediablemente la atención de todos los presentes. Veo entonces a la emperatriz Mima Abney, justo al lado de donde se encontraba Niowar. Coge una espada del suelo y se dirige hacia mí, mientras su hijo se levanta veloz. Kim Shin acude a comprobar cómo se encuentra Altair, que se incorpora antes de que lo alcance. Al ver que la emperatriz se dirige hacia mí y, aún resentido y débil por el ataque, se interpone en su camino. Sin embargo, el diátome Abney lo intercepta, atacándolo con su espada. Uno de los guerreros *otokis* lanza su katana hacia Altair, que la toma en el aire y la desenfunda, conteniendo el ataque.

—¡Soldados imperiales! ¡Guerreros *otokis*! ¡Acabemos con los traidores! —grita Altair jaleando a las tropas katana en alto. Acto seguido se oye el grito de ataque del imperio: «¡Jaaayyy!», y comienza la batalla.

El sonido de las espadas al chocar, de la magia al estrellarse

contra los cuerpos y hacerlos rodar por el suelo envuelve toda la estancia, que se convierte en un caos de acero, magia y cuerpos.

La emperatriz ataca a Kim Shin con su magia mientras está luchando con varios soldados de Nasdril. El maestre Jinus también lucha contra otro de los soldados mientras la *noona* Maylen se agacha asustada. Nunca la he visto utilizar su magia, aunque puedo ver su núcleo de energía; es pequeño y su brillo es azul, solo contiene magia elemental. Me dirijo hasta ella y tomo su mano; sus ojos expresan alivio. La conduzco a un lateral, en el que se arrinconan la mayoría de los diátomes. Otros han tomado las espadas y luchan entre ellos o contra los soldados de Nasdril, dependiendo del bando elegido. Camino de regreso a la batalla y veo cómo Niowar se dirige hacia mí, su mirada es sobrenatural, en sus iris se refleja un brillo rojizo: es la mirada de un dios oscuro, de mi hermano, Véxor.

Recuerdo entonces las imágenes de Hana dentro de mi cabeza. Aún no me siento completamente ella, pero sus recuerdos se mezclan con los míos. Y reconozco sus ojos, el brillo rojo tras el iris, y recuerdo cómo me atacó, hundiendo el filo de su espada de fuego en mi vientre después de absorber magia de todos nuestros hermanos, para después esconderse en este mundo huyendo de la ira de nuestra madre. Esa batalla que él empezó hace un millar de años va a acabar aquí, ahora.

Niowar, Véxor, camina hacia mí, haciendo volar por los aires todo aquello que se interpone entre ambos, los sillones del trono, los soldados de uno u otro bando, los diátomes y lacayos... Jihoon acude a ayudar a Altair, cuyo núcleo está aún debilitado, y lucha contra del diátome Abney.

Kim Shin mira a Niowar, que forja de la nada su espada de fuego en la mano derecha y no duda en situarse en su camino y enfrentarlo con la katana, pero la espada flamígera la corta en dos como si fuese mantequilla y Véxor lo hace volar por los aires.

Siento esa parte de Hana que está dentro de mí, no sé nada de magia, pero ella sí. «Por favor, Eyra, madre, te necesito ahora, necesito controlar mi poder», ruego en mi interior cuando Niowar está más cerca y su sonrisa es alargada como la noche más oscura. Se detiene ante mí. Por un segundo siento que estamos solos, en mitad de ese gran salón en el que va a decidirse el futuro de Idunia y del Monte Celeste. Porque si Véxor gana esta batalla, si me vence, nada le impedirá hacer lo mismo con el resto de los dioses, e incluso

enfrentarse a nuestra madre.

—Bienvenida de vuelta, hermanita. —Su voz no se parece en nada a la de Niowar, es mucho más grave y profunda.

—Sal de ese cuerpo, o voy a tener que matarlo —lo amenazo, y eso lo hace reír. Enciende una pequeña llama negra en la mano izquierda, mientras en la derecha sostiene su espada.

—¿Por qué tendría que abandonarlo? Su propio dueño me lo ha entregado, hace mucho que este príncipe bobo y yo somos amigos, justo desde que nació —afirma mirando hacia la emperatriz, que ahora trata de esconderse entre la multitud.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo puedes ser tan tonta? Su madre me invocó para concebirlo, siempre he estado ahí, en la Llama Eterna de Nasdril, esperando el momento justo para tomarlo, y ahora, cuando acabe contigo, gobernaré este mundo y, cuando haya absorbido la energía de todos cuantos lo habitan, estaré preparado para visitar a nuestra querida madre y derrotarla.

—No lo permitiré —le advierto y, al extender la mano, una espada de luz azulada surge de esta. Véxor me ataca y estrello mi espada contra la suya, empuja con toda su fuerza contra mí, que trato de resistirlo.

—Voy a disfrutar de acabar contigo de una vez.

—Primero tendrás que hacerlo —lo desafío, y aprieta el peso de su espada contra la mía. Aun así, lo resisto y lo empujo hacia atrás, obligándolo a apartarse y retroceder varios pasos. Véxor no pierde la sonrisa lobuna, los mechones de cabello le caen por la cara.

Miro un instante a Altair, su núcleo está más recuperado y continúa luchando contra el diátome Abney, pero no deja de observarme con el rabillo del ojo. Asiento, haciéndole saber que estoy bien, pero su expresión no puede esconder su preocupación por mí. Está tratando de librarse de su oponente para acudir en mi ayuda y temo que esto lo distraiga y resulte herido.

Véxor da un salto y gira en el aire golpeándome con sus pies en el estómago; estaba observando a Altair y no lo he visto venir. Caigo de espaldas, duele, duele mucho, casi me hace vomitar. Noto el sabor metálico de la sangre en mi boca y tomo conciencia de que me he mordido el labio inferior en la caída; lo limpio con la lengua y me levanto. Altair se acerca hacia donde estoy, o lo intenta, mientras

lucha contra Abney y otros dos soldados de Nasdril.

—Escogiste a una débil mestiza como recipiente, hermanita. ¿No te da vergüenza? La hija del heredero del diátome de Rion y una simple sirvienta, criada por *mujins*… —afirma con aire misterioso, aproximándose despacio a mí. Cuando alguien se atreve a atacarlo, lo hace saltar por los aires sin que logre acercarse menos de un paso.

—¿Cómo sabes eso?

—Niowar era amigo de tu padre, del auténtico, Casselton Aerin. Lo visitaba a menudo en el Palacio Dorado de Rion. Pasábamos tiempo juntos y conocía sus correrías con su criada… Y me contó que había dejado preñada a esa zorra *mujin*. No podía dar crédito. Era un imposible. Iba a nacer un ser mestizo. El muy idiota me dijo que él y su zorra huirían para poder estar juntos… No me costó manipular a Niowar para que se lo contase a su padre. Mi semilla siempre estuvo dentro de él, como te he dicho, desde su nacimiento. Temía que tú nacieras reencarnada en ese ser mestizo. Y no me equivoqué —dice escupiendo al suelo ante mis pies—. Pero lograron ocultarte, hice que te buscasen por todas partes, pero no fue hasta hace unos cinco años cuando reconocí en el mercado de Mour a un *mujin* que me resultó demasiado familiar…

—¡Mi padre! ¿Dónde está? ¿Qué le has hecho? —exijo temblando de emoción.

—Pues he de admitir que me lo puso difícil, desapareció y estuve buscándolo años, aunque al final lo encontré… Era valiente, cómo resistió el maldito hasta su último aliento… y no logré sacarle dónde te había ocultado.

—¿Lo mataste? —Las lágrimas anegan mis ojos. Sé que pretende debilitarme contándome todo esto, pero no puedo evitar sentirme rota de dolor—. ¡Maldito seas! —le grito, atacándolo con toda mi energía. Mi espada de luz impacta contra su espada de fuego y saltan chispas que nos tiran a ambos hacia atrás.

—Ojalá te hubiese reconocido cuando te vi en el palacio, todo habría sido mucho más sencillo. Ese maldito olor tuyo debería haberme hecho sospechar, diosa de los mares y las mareas… Pero ¿quién podría imaginar que eras tú, una simple criada, la hija de Casselton Aerin?

Observo cómo llegan más guerreros *otokis*, las criadas debieron de darles la señal en el jardín del Ala Azul como habíamos acordado.

Las fuerzas se igualan, solo tenemos que resistir un poco más y vencer a esa horda de seres malignos que han tratado de hacerse con el poder por la fuerza, dañando por el camino a demasiados inocentes.

Vuelvo a atacar a Véxor/Niowar cegada por la ira y las lágrimas, él resiste el ataque, se gira sobre sí mismo y me patea en la rodilla con fuerza, provocando que se doble y me haga caer hacia delante. En ese momento Niowar alza su espada de fuego y sé que va a decapitarme con ella. Pero entonces una katana atraviesa su pecho, perforando la coraza dorada que lo cubre, desde la espalda. Él se vuelve para comprobar quién lo ha atacado y veo a Altair; sus manos aún están en alto, como si todavía sostuviesen la empuñadura. Niowar lo mira un instante.

—Saluda a nuestro padre —dice mientras me incorporo tratando de detenerlo, pero no soy suficientemente rápida. Niowar hace un gesto horizontal con los dedos índice y corazón y un destello se dirige hacia Altair, estrellándose en su garganta.

Él se lleva ambas manos al cuello, que comienza a sangrar profusamente. «No, Altair no. Él no...» Tengo que alcanzarlo, tengo que ayudarlo a cerrar esa herida o se desangrará.

Jihoon se deshace veloz del par de soldados contra los que estaba luchando y acude junto a Altair y también Kim Shin, ambos lo rodean. Jihoon le aprieta la herida mientras Kim Shin conjura su magia sanadora, el maestre Jinus se une a ellos, varios guerreros *otokis* los rodean, protegiéndolos mientras tratan de salvarlo.

Intento alcanzarlo, pero Véxor vuelve a golpearme con su magia, tirándome de espaldas de nuevo. Conjuro mi espada de luz. Tengo que llegar hasta Altair antes de que su núcleo se apague, puedo ver cómo se debilita, y ni Niowar, ni Véxor, ni el mismísimo Inframundo al completo me impedirán hacerlo.

Cierro los ojos un instante y me entrego a Eyra, por entero, acepto a Hana en mi interior, acepto que forma parte de mi esencia primigenia, probablemente desde que fui concebida y habitaba el vientre de mi madre biológica, la criada Dariana, al igual que Véxor formó parte de Niowar desde su nacimiento. Solo que Hana fue quien me eligió como su recipiente, y en el caso de Niowar fue su propia madre, la emperatriz Mima, quien lo entregó incluso antes de concebirlo.

Noto cómo una energía desbocada recorre todo mi cuerpo, me

siento más fuerte, más poderosa, cómo mis sentidos se expanden, cómo soy capaz de oír el chasquido de las botas de los soldados que luchan en el lado opuesto del salón y el gorgoteo de las aves en su abrigo entre las ramas de un árbol fuera del Salón del Trono. Abro los ojos y me encuentro flotando en mitad de la sala con el cabello danzando al son del viento estelar.

Todos los presentes me observan sin dar crédito a lo que están viendo, resplandezco, la luz me rodea y sale de mi cuerpo, iluminando toda la sala. Véxor salta y se sitúa ante mí, manteniéndose a su vez en el aire, dejando los remilgos de parecer un elfo y mostrarse como lo que realmente es, un dios oscuro.

Extiende toda su magia a su alrededor, como una nube cenicienta en la que chisporrotean pequeñas briznas rojizas. Debo acabar con él para poder ir junto a Altair, para poder salvarlo. Y lo haré, cuanto antes.

Se lanza contra mí envolviéndome en su bruma oscura, pero la aparto, la lanzo fuera de mí con un solo movimiento de mi magia, que la sacude como ondas en un estanque. Intenta atacarme por detrás, pero puedo sentir sus movimientos y estoy aguardándolo, convoco mi espada de luz en mi mano derecha. Véxor me ataca con su espada flamígera por la espalda, ambas chocan y saltan chispas, se retira y vuelve a atacarme. Nuestras espadas vuelven a chocar, soy rápida, mucho, y capaz de anticiparme a sus movimientos. Esto comienza a exasperarlo y lanza contra mí esa bruma oscura que vuelvo a concentrarme en despejar. Entonces siento cómo me alcanza con su espada flamígera en el muslo, lo aparto, pero no puedo evitar que la piel se abra como una flor. No puedo curarme, no tengo tiempo, vuelvo a sentir cómo se mueve entre esta bruma más espesa que no termina de disiparse, y ahora el fuego me rasga en la espalda. Siento frío, solo frío, nada de dolor.

—¡Cobarde! —le grito—. ¡Atácame de frente! —exijo, y trato de concentrarme en esfumar la bruma.

Siento cómo se mueve de nuevo hacia mí, sé que esta vez vendrá a asestarme el golpe definitivo y no lo hará de frente. En efecto, me vuelvo en el momento preciso, apuñalo las sombras con la espada de luz y siento cómo se clava. Su magia se disipa de inmediato, las brumas desaparecen y puedo verlo, su expresión de dolor, lo he alcanzado justo en el vientre en mitad de su núcleo de energía. Agarra

el filo de mi espada de luz con las manos, que empiezan a arder a su contacto.

—Por todos aquellos a quienes has lastimado con tu ambición, Véxor, hermano, despídete de este mundo —digo, y la giro, terminando de clavarla en el lugar preciso.

Y entonces es Niowar quien me dedica una última mirada, reconozco su mirada azul, llena de miedo, antes de que su cuerpo se rinda contra mi espada. Y entonces Véxor se convierte en una nube oscura que comienza a escapar del cuerpo que ya no le es útil. No puedo permitir que escape y vuelva a poseer a nadie más. Hago desaparecer mi espada de luz y el cuerpo de Niowar cae al suelo, en mitad del salón, provocando un fuerte estruendo. Concentro toda mi energía, toda mi magia, en mi núcleo dorado, la hago crecer y multiplicarse, y entonces la lanzo contra esa nube de humo oscuro que se aleja chisporroteando de llamas rojizas. Mi magia la envuelve por completo y empieza a esfumarse, aunque intenta escapar, pero mi energía es muy poderosa y la deshace poco a poco, por completo.

Estoy agotada, casi no puedo ni mantenerme en pie, pero desciendo despacio, tengo que comprobar cómo se encuentra Altair. Todos se apartan a mi paso, ¿me tienen miedo? Jihoon Saeroyi y Kim Shin sostienen a mi príncipe imperial, que, aunque lívido por la pérdida de sangre, está vivo.

Lo abrazo, lo estrecho entre mis brazos.

—Todo ha acabado —le digo apretándolo contra mi cuerpo, sanándolo con mi magia.

—Estás bien, a salvo, eso es lo único que me importa —contesta él. Me aparto un instante para mirarlo a los ojos y lo beso en los labios.

Un beso que sabe a victoria, a amor, a un futuro juntos, pero también a vientos de cambio, a paz y prosperidad, a su lado, para siempre. Cuando abro los ojos, veo que Kim Shin está frente a mí, junto a Jihoon.

La emperatriz permanece de pie junto a la pared, sosteniendo la corona imperial entre sus manos, tras un enorme jarrón de cerámica que milagrosamente se mantiene intacto.

Kim Shin, al percibirlo, ordena a varios guerreros *otokis* que la apresen y la traigan hasta donde estamos. Lo hace forcejeando, apretando la corona con fuerza contra el pecho. No parece importarle

haber perdido a su hijo, ni a su padre, cuyo cuerpo también yace en el suelo. Solo le importa esa maldita corona de oro y piedras preciosas. La traen hasta nosotros y Jihoon Saeroyi extiende la mano pidiéndosela, pero ella la aprieta aún más contra su pecho.

Entonces la *noona* Maylen surge de entre los presentes y la abofetea con todas sus fuerzas.

—Suéltala, desgraciada —ordena arrebatándosela de las manos, y me la entrega.

La cojo y subo al estrado en el que deberían estar los tronos bajo la atención de todos.

—Mi nombre es Hana, diosa de los mares y los océanos. Sé que muchos no habréis oído hablar de mí, porque mi hermano, Véxor, ha estado corrompiendo Idunia y borrando mi nombre de vuestros corazones desde hace muchos muchos años. Su deseo, destruir este mundo absorbiendo todo su poder para vencerme, en una batalla que se inició en el origen de los tiempos. Una batalla de la que acabáis de ser testigos. Estoy aquí para proteger Idunia y restaurar el orden borrando cada rastro que su influencia haya podido dejar en ella —declaro ante la atenta mirada de todos.

—Bendiciones Celestes, diosa Hana. Vuestros humildes siervos os saludan —proclama Altair hincando una rodilla en el suelo; todos alrededor lo hacen, incluido Jihoon Saeroyi y Kim Shin. No sé ni cómo sentirme, incluso los soldados de Nasdril que quedan con vida han clavado una rodilla en el suelo y me rinden pleitesía.

Entonces, con la corona imperial, me dirijo a Altair y le ofrezco mi mano para que la tome, lo hace y tiro de ella forzándolo a incorporarse. No puedo evitar que una sonrisa aflore en mis labios, él tampoco. Todos los presentes nos reverencian, todos esperan que lo haga.

Sé que él solo desea que podamos ser felices juntos tanto como lo hago yo, pero sabe que dejar el imperio huérfano de un líder que lo dirija sería como condenar nuestra propia felicidad y la de tantos y tantos otros en una lucha por el poder. Altair asiente, haciéndome saber que está decido a asumir el sacrificio, e inclina su cabeza ante mí.

—Yo, Hana, diosa del renacimiento, de los mares, los océanos y las mareas, te corono nuevo emperador de Idunia, Altair Ryner Saeroyi —proclamo, y a mis palabras las sigue el aplauso de todos los

presentes.

Kim Shin y Jihoon Saeroyi se acercan a Altair y lo abrazan.

Se acabó.

Todos los que amo están bien, están a salvo.

Y, sin embargo, algo no va bien.

Lo siento en mi interior, es como si mi cuerpo estuviese deshaciéndose por dentro.

Tengo un último instante de lucidez para mirar a Altair, sus ojos se encuentran con los míos y su expresión de felicidad se transforma, le dedico una última sonrisa antes de desvanecerme.

«Oh, madre, diosa Eyra, a ti me entrego.»

67

Altair



El sol ha iniciado su descenso en el horizonte y se refleja sobre la superficie plana del mar como un disco dorado en un espejo. Una pareja de pájaros atraviesa el cielo, su vuelo es pausado, como si se recreasen en contemplar el hermoso paisaje que hay bajo ellos, la bahía de Arrecife Azul. Enmarcada entre los acantilados y la punta este de la roca de la ninfa Meliora, se extiende la hermosa playa en forma de concha. La Playa de la Perla está rebosante de vida, niños y adultos, *mujins* y elfos, juegan y disfrutan de las últimas horas de luz antes de que el cielo se torne anaranjado mientras el día termina.

Al fin estoy de regreso en el que siento mi verdadero hogar, el Palacio Blanco, en Arrecife Azul, después de meses de ausencia por distintos asuntos de la corte imperial. Contemplo la belleza del paisaje que me vio crecer desde la terraza del Pabellón de las Deidades. He pasado horas rezando a la diosa Eyra, una vez más, también he tratado de hallar consuelo hablando con mi madre, pero nada funciona. Siempre rogando por un deseo que tristemente no parece que vaya a cumplirse.

Ha sido un día largo, mi tío Jihoon tenía todo un recibimiento preparado para el emperador de Idunia, para mí, y he tenido que saludar y atender a multitud de nobles, comerciantes y funcionarios del condado que hallan en mi nuevo estatus la esperanza para la cohesión total con el imperio. O, como lo traduce mi tío, la absorción del imperio por parte de Bahki y la exportación del modelo de vida *otoki*.

No es algo sencillo, pero las cosas están cambiando, poco a poco, y me siento orgulloso de ello. Sé que para los ancianos es complicado, quienes en su larga existencia han vivido solo de un modo no pueden transformar su pensamiento en un abrir y cerrar de ojos. Sobre todo, en Nasdril, un condado conocido por su violencia que, además, durante mi coronación, perdió al líder de su clan principal, Abney, a su príncipe imperial y a muchos de sus soldados. Asimismo, su emperatriz fue destronada y condenada por mí a permanecer encerrada en la prisión de Taramar, donde se encuentran los delincuentes más peligrosos de Idunia, hasta el último de sus días. Un castigo demasiado misericordioso para quien ordenó asesinar a mi madre a sangre fría, pero que elegí porque, después de la batalla por el trono, no deseo derramar más sangre de la estrictamente necesaria. Sin embargo, por el momento nadie se ha alzado en contra de las nuevas leyes que he establecido sobre la abolición del trabajo infantil *mujin*, la erradicación absoluta de la esclavitud, incluido Nasdril, y la derogación de las normas que castigaban las relaciones entre *mujins* y elfos, o entre cualquier otro ser, en todo el imperio. El amor jamás debe ser un motivo de castigo.

Mi tío Jihoon está feliz; según él, estamos cambiando el mundo, pero yo jamás pretendí tal cosa. Intento gobernar una corte que fue devastada con las numerosas pérdidas durante la batalla, los ministros de primer y segundo orden de Bahki, el diátome de Ruwa, cayeron bajo las espadas de Nasdril, también los diátomes de Nasdril y Rion, Brynmor Aerin, el abuelo de Cassle, quienes tomaron partida por el príncipe Niowar y fueron eliminados por las fuerzas imperiales. Además de multitud de soldados imperiales y varios guerreros *otokis*, que entregaron su existencia para salvarme. A todos ellos rendiremos homenaje en una ceremonia en la orilla de la Playa de la Perla esta misma noche, liberando un centenar de linternas de papel por sus espíritus, ahora que se ha cumplido un año de su pérdida.

Si gobernar un condado ya me parecía una tarea difícil, ahora que está en mis manos el destino de todo el imperio, ¿cómo podría no sentirme abrumado por la responsabilidad? Ojalá estuvieses conmigo, Cassle Redgrim. Te echo muchísimo de menos.

Echo demasiado en falta sus consejos, ella siempre sabía hacerme ver los distintos puntos de vista de una situación. Pero sobre todo la extraño en mis brazos, añoro su sabor en mis labios y el peso de su

cuerpo sobre el mío, el aroma a mar de su piel y verme reflejado en sus iris de turquesa sabiendo que me ama. Duele demasiado no poder estrecharla entre mis brazos, disfrutando de esa sensación única de paz, de estar a salvo. Aún la busco con la mirada y aguardo sus caricias y sus palabras de afecto. En ocasiones su ausencia es tan difícil de soportar que siento que me volveré loco, pero entonces recuerdo que le prometí que, si alguna vez estaba en mi mano, mejoraría la vida de los *mujins* de toda Idunia, y no debo flaquear en mi deber.

Con ella a mi lado, todo sería distinto. No albergaría este sentimiento de soledad que me consume, pero no hay vuelta atrás, mi amada Cassle Redgrim desapareció esa noche, la perdí para siempre y ni siquiera pude despedirme de ella.

Kim Shin entra en el salón, cruza la habitación con su andar lento y pausado y camina hasta detenerse a mi lado, me observa un instante en silencio hasta que le hago un gesto para que tome asiento frente a mí, en el banco de mármol opuesto al mío.

—No puedes seguir así —dice sentándose, apoyando una mano en su rodilla derecha, inclinado hacia mí.

—¿Así cómo? —Finjo no saber a lo que se refiere.

—Como un alma en pena. Eres el emperador de Idunia, ¡por amor a los dioses! Debes mostrarte fuerte, orgulloso y decidido, no cabizbajo y hundido como un animalillo herido. ¿Lo entiendes? —me pregunta; irónicamente desde la noche en la que fui coronado emperador mi espada imperial me habla con mayor familiaridad cuando estamos a solas. Creo que el temor a perderme lo hizo aceptar mi petición tantas veces repetida.

—¿Que si lo entiendo? ¿Me muestro como un animalillo herido? Discúlpame, *orabeoni*, pero tú mejor que nadie sabes cómo me siento. Me muestro fuerte y decidido como emperador, ahí fuera, cada instante de cada día desde entonces, pero aquí, en privado, permíteme que lama mis heridas.

—Lo siento, es que no soporto verte así... ¿Has ido a verla?

—Aún no. Y cada vez tiene menos sentido que lo haga. Cuando voy a verla parece incomodarla mi presencia, como si con el mero hecho de visitarla estuviese tratando de forzarla a recordar. Y me duele sobremanera mirarla a los ojos sabiendo que no me reconoce, que, aunque sean sus ojos los que me miran, mi amada ya no está —

confieso sin poder contener el dolor que me martiriza. Me siento como si tuviese una grieta abierta en mitad del pecho por la que escapa toda esperanza, desde que, después de desvanecerse, Cassle despertase y no recordase nada anterior a la lucha con Véxor, absolutamente nada de su vida hasta ese momento—. Tenía la ilusión de que con el paso de los meses recuperaría la memoria o, de no hacerlo, mi dolor iría amortiguándose con el tiempo. Pero es tan cruel tenerla ante mí y que no recuerde lo que hemos vivido, todo lo que hemos compartido... La última vez que la vi, antes de volver a Mour incluso me pidió que dejase de llamarla Cassle, porque su nombre es Hana. ¿Cómo puede superarse algo así, *orabeoni*?

Kim Shin se inclina hacia mí y sostiene mi muñeca, apretándola con afecto.

—No pierdas la esperanza, los designios de los dioses son enrevesados. Quizá hoy, con la visita de su familia...

—Ya los ha visto, ¿o es que no recuerdas que organicé una visita con ellos aquí, dos meses después de la coronación? No mostró el menor afecto, ni siquiera por su hermano Eldan o su madre, a los que adora..., adoraba. Me extrañaría que no lo recordaras, pues pasaste todo el tiempo pendiente de Ange Redgrim —lo acuso, y él desvía la mirada. Su incomodidad me divierte, siempre tan reservado para sus sentimientos, no puede evitar que se le refleje en el rostro el interés que siente por ella.

—No sé de lo que hablas.

—Ya —suspiro—. A partir de esta noche, cuando celebremos el primer aniversario de la coronación y la batalla del Palacio de Piedra, dejaré de mirarla, de buscarla, de anhelarla con los ojos de un enamorado. A partir de esta noche, cuando la mire, solo veré a la reencarnación de la diosa Hana y aceptaré que Cassle Redgrim ha muerto, para siempre. Solo así tendré una oportunidad de olvidarla.

—¿Y cómo harás eso? ¿No regresaremos más a Arrecife Azul o le pedirás a tu tío que deje de alojarla en el Palacio Blanco?

—No, por supuesto que no. Después de recorrer junto al erudito Lirion los santuarios de los siete condados y de que todos y cada uno de los diátomes le hayan mostrado su respeto, ha manifestado que este es el lugar en el que desea vivir y mi tío ha acondicionado un ala del palacio para ella. Que la diosa Hana habite el Palacio Blanco es un honor para los *otokis*. Lo cierto es que su presencia aquí pasa casi

desapercibida; según me han contado, pasa los días leyendo, instruyéndose en las cosas más sencillas, rezando junto al erudito Lirion, paseando, bordando o escuchando a cuantos desean rogarle con sus plegarias. Podríamos ser tan felices… —digo mordiéndome el labio inferior para contener la emoción.

—Para los diátomes y los ministros no habría mayor dicha que su emperador se desposase con la reencarnación de una diosa. Es algo tan magnífico y único que el hecho de que sea mestiza, que en su sangre converjan *mujins* y elfos, ha pasado a ser algo secundario. Ninguno se atrevería a cuestionar vuestra unión.

—Qué irónico, ¿verdad? Lo que la hace digna de convertirse en mi esposa es al mismo tiempo lo que la ha llevado a olvidarme —suspiro, y fuerzo una sonrisa. Mi *orabeoni* asiente con tristeza—. Bueno, vámonos, hay mucho que hacer aún antes de la ceremonia de esta noche.

—Deberíamos pasar antes por la biblioteca —advierte Kim Shin.

Lo miro y enarca una ceja. Sé que es una tortura, algo inútil y sin sentido, pero, a la vez, deseo verla por puro egoísmo.

—Pero antes deberíamos pasar por mi dormitorio, tengo que tomar algo.



El corazón me late acelerado mientras me dirijo a la extensa biblioteca del Palacio Blanco seguido de mi espada imperial. Fuera, hay un par de guerreros *otokis* vestidos con kimonos blancos. Son la guardia personal de la diosa, asignada por el líder del clan Saeroyi, que custodian cada uno de sus pasos. Los guerreros se apartan, permitiéndonos el acceso, y deslizo la puerta corredera para adentrarme en la estancia. Es un salón de grandes dimensiones, repleto de estanterías en las que hay tomos procedentes de todas las partes de Idunia, no es de extrañar que pase tantas horas en ese lugar.

Al otro lado de la puerta nos encontramos con el erudito Lirion, que desde que retornó a Arrecife Azul, abandonando su vida como ermitaño en la gruta de Los Gigantes para servir a la diosa, está irreconocible por lo pulcro y aseado.

—¿Dónde está? —le pregunto, y el erudito baja la mirada.

—Está leyendo, pero ha pedido que nadie la moleste —responde

con actitud disuasoria. Me irrita que se crea el único con derecho a permanecer a su lado y que en demasiadas ocasiones intente impedir el acceso de quienes pretenden acercarse a ella. Sé que lo hace para protegerla, pero que se atreva a incluirme entre ellos a mí, el emperador, comienza a colmar mi paciencia.

—Esfúmate, Lirion —le ordena Kim Shin llevándose una mano al mango de su katana, y el maestre asiente con expresión de horror y se dirige a la salida.

Mi *orabeoni* sigue sus pasos, dejándonos a solas.

Camino hacia las estanterías, recorriendo los pasillos uno a uno, hasta que puedo verla, envuelta en un vaporoso kimono de flores blancas sobre el fondo color salmón, con el cabello rubio recogido en un moño alto del que escapan varios tirabuzones. Está sentada en uno de los sillones de piel, junto a la ventana, con un tomo antiguo entre las manos que, por su sonrisa, parece estar disfrutando. ¿Cómo puede ser tan hermosa? Su mirada es tan cándida y dulce como el sol de una mañana de primavera.

—Tienes razón, es un libro muy ilustrativo, erudito… —comenta antes de alzar la vista y descubrir que no soy Lirion. Me fijo en el título: *La Primera Era*, tomo 1. Lo he leído, relata la vida primitiva de los elfos en Idunia, hace muchos miles de años. Al verme llegar, se incorpora para recibirme—. Bendiciones del Océano, emperador Ryner.

—Bendiciones Celestes, mi diosa —respondo alcanzándola, deteniéndome a su lado. Los brazos me duelen de ganas de abrazarla y no puedo evitar que mi núcleo se revuelva de emoción al tenerla tan cerca.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita, emperador Ryner? —pregunta con expresión de incomodidad—. Os dije que, si en algún momento albergaba algún recuerdo, yo…

—No he venido por eso —replico tomando conciencia de que quizá en las primeras ocasiones en las que nos hemos visto desde su… renacimiento he insistido demasiado en tratar de hacerla recordar el tiempo que pasamos juntos—. Os he traído algo, mi diosa —anuncio entregándole el pequeño hatillo que llevo.

Ella alarga una de sus delicadas manos y se lo entrego, las mariposas burbujean en mi estómago al contacto de sus dedos suaves. Parece notarlo y la retira veloz, llevándose mi regalo. Desenvuelve el

pequeño paquete y descubre en su interior el amuleto de madera.

—¿Qué es esto? —inquiere desconcertada.

—Esperaba que vos lo supieseis. Lo llevabais al cuello durante la batalla del Palacio de Piedra, nunca os lo había visto antes hasta ese momento. El maestre Rowan Jinus me lo entregó tras atenderos en la Cámara de Hielo después de que os desvanecierais. Lo guardé todo en mis dependencias, y lo había olvidado, pero en mi última estancia en Thandel lo encontré por casualidad. Lamento mucho no habéroslo entregado antes —expongo mientras ella observa la forma redonda con un grabado antiguo en su superficie y una piedra roja incrustada, y la sostiene entre sus dedos.

—Muchas gracias, no deberíais haberos molestado, alteza imperial, parece solo una baratija.

—No es ninguna molestia, mi diosa. Es vuestro y debía devolvéroslo. Ahora me marcho, ha sido un placer veros —digo dispuesto a marcharme; por encima de todo, no deseo incomodarla.

—Esperad —me llama cuando me vuelvo para retirarme—. ¿Podríais acompañarme un rato? —Me hace un gesto ofreciéndome el sillón vacío ante ella, en el que tomo asiento. Su petición me hace especial ilusión, nunca me ha pedido que me quede a su lado. Lo hago, tomo asiento frente a ella, demasiado cerca y, a la vez, demasiado lejos. Hana deja el amuleto sobre la mesita, junto al tomo que estaba leyendo, y me mira con algo parecido a la ternura—. El día es hermoso, ¿no os parece? Y el Palacio Blanco es un lugar privilegiado para disfrutar de las vistas. Creo que uno de estos días bajaré a la playa, me gustaría caminar sobre la arena mojada, pero no sé si el agua estará muy fría.

Ella se ha bañado en esas aguas y ha jugado con las olas en esa playa. Nos hemos besado y hemos hecho el amor empapados, envueltos en arena, sal y sudor, en una pequeña cabaña en la orilla en un tiempo que parece demasiado lejano. Fuerzo una sonrisa.

—Está lo suficientemente cálida como para no enfriar el corazón, mi diosa —respondo sin molestarme en disimular el desconsuelo que siento—. Si deseáis bajar a la playa, puedo hacer que os lleven en un palanquín.

—Sois muy amable, emperador Ryner. Siempre lo sois, a pesar de todo. No creáis que ignoro lo difícil que debe de ser para vos la situación actual.

—¿Os referís al imperio, mi diosa?

—En absoluto, Altair Ryner. —Oírla pronunciar mi nombre es una auténtica tortura, pero me mantengo firme, tratando de fingir que no me afecta—. Me refiero a la pérdida de vuestra amada. Jamás pretendí borrar sus recuerdos, *nuestros* recuerdos, pero los designios de la madre Eyra son inescrutables y debemos aceptarlos, aunque no los comprendamos. El erudito Lirion me ha dicho que os advirtió que esto sucedería cuando le revelasteis lo que habíais descubierto.

—Lo hizo, pero no por ello es menos doloroso.

—Lo imagino, pero no puedo fingir ser quien no soy, mi cometido en este mundo está muy por encima de los sentimientos afectuosos de un compañero. Estoy aquí para mostrar el amor divino por todos los seres que habitan este mundo y erradicar el odio extendido por mi hermano durante tantos siglos. —Sonrío con tristeza al recordar que es el mismo deseo que mostró Cassle, mi Cassle: que los habitantes de Idunia viviesen en paz.

—Tenemos el mismo cometido entonces. No os preocupéis por mí, mi diosa, no os molestaré más con mis historias de cuando aún no conocíais vuestra condición divina, con el relato de una vida que ya no es la vuestra —digo tragándome el dolor que me suponen mis propias palabras.

—Os lo agradezco, emperador Ryner. Debemos mirar más allá de los inconsistentes sentimientos terrenales y esforzarnos por transmitir el mensaje de respeto y paz entre iguales por el bien de todos los seres que nos rodean.

—No creo que mis sentimientos ni los de mi amada fuesen inconsistentes o terrenales, creo que eran puros, únicos y llenos de divinidad; así lo sentí, *lo sentimos* ambos. De hecho, no creo que haya un sentimiento más eterno y celestial que el amor. Pero yo no entiendo demasiado de divinidad, solo soy un elfo enamorado. Será como deseáis, mi diosa. Si me disculpáis —pido permiso para retirarme incorporándome de mi asiento y me marcho de la biblioteca con el corazón, si cabe, aún un poco más roto.

68

Hana

Desde que recuperé la conciencia en este cuerpo, todos los recuerdos de mi existencia como diosa han regresado. Mi nacimiento, envuelta en un manto de luz. La infancia en el Monte Celeste, acompañada de mis hermanas y hermanos. Jugando entre nosotros a corretear con las gacelas, soplando a las estrellas para hacerlas correr por el firmamento o a otorgarles diversas formas a las nubes con nuestra magia. Nuestra madre, la diosa Eyra, me concedió los dones de ser la diosa del renacimiento, de los mares y los océanos. De gobernar junto a mis hermanos y hermanas, sobre todo lo que era bueno y positivo en este mundo. Al igual que concedió a mi hermano Véxor los de mantener el equilibrio entre la luz y la oscuridad.

Véxor siempre estaba compitiendo con todos para demostrar quién era el más fuerte, sus dones eran muy poderosos y se vanagloriaba de vencer a nuestros hermanos. También de hacerlos sufrir utilizando para ello sus tesoros más preciados, como, por ejemplo, recuerdo la vez en la que extinguió la vida de un gran elefante gris al que adoraba nuestra hermana Gea.

Sin embargo, yo desconocía que sentía celos de mi creciente popularidad entre los dioses, también su temor a que me convirtiese en una amenaza para su propio poder y prestigio.

Por eso me atacó y me encerró en una gruta. Pero escapé gracias a mis hermanos y hermanas y me recuperé lentamente de sus heridas gracias a mi fuerza y determinación, incrementando mi poder hasta convertirme en la diosa más poderosa del Monte Celeste.

Madre lo castigó desterrándolo al Inframundo, pero logró engañar a nuestra hermana Shylpir y escapar. Todo hacía sospechar que se había escondido en Idunia, mezclándose con los mujins, elfos y demás criaturas, pero no hallamos evidencia de su magia celestial. Hasta que pasaron los siglos y llegaron noticias de que Véxor estaba haciendo de las suyas y corrompiendo a los habitantes de Idunia con sus artes oscuras. Acechando en las sombras y alimentándose del

miedo y la oscuridad, susurrando en los oídos de los Ancianos para que hiciesen desaparecer mi nombre.

Cuando mi madre, Eyra, me pidió que me reencarnase para poder atraparlo, imaginé que sería difícil integrar un espíritu divino en un cuerpo efímero, sin embargo, jamás llegué a imaginar hasta qué punto llegaría a hacerlo. Elegí este cuerpo, un cuerpo mestizo que representase la unión entre elfos y *mujins*, que mostrase que sus diferencias son mucho menos importantes que sus similitudes.

Jamás pensé que sería tan hermoso caminar sobre la tierra, que las emociones serían tan intensas, que respirar y sentir el corazón latiendo dentro del pecho resultarían unas experiencias tan maravillosas.

Ahora que Véxor ha sido enviado al Inframundo, solo tengo que asegurarme que su influencia también desaparezca, que el rastro de odio y caos que ha dejado tras de sí se esfume como el rastro del humo tras una hoguera.

Cuando mi existencia en este cuerpo llegue a su fin, cuando mi madre así lo designe, regresaré junto a ella y mis hermanos al Monte Celeste, llevándome conmigo todo lo aprendido en Idunia. Mientras tanto dedicaré mi tiempo a su estudio, al conocimiento de los sentimientos, costumbres y rarezas de sus habitantes, que me parecen tan interesantes que puedo pasar días enteros aprendiendo de cada uno de ellos. Aún recuerdo la primera vez que sentí hambre, o sed, fue tan extraño y... curioso. Todo es nuevo y yo soy un ser ansioso de conocimiento. Aunque he descubierto que hay ciertas cosas que me resultan familiares sin saber por qué, como por ejemplo bordar, nadie me ha enseñado a hacerlo, al menos como diosa. O determinados sabores u olores que reconozco sin más, imagino que de mi vivencia anterior, que, aunque no los recuerdo, están ahí.

Acepto que mi madre, Eyra, determinase que, una vez recuperase mi conciencia como diosa, debiese olvidar la vida que llevé hasta ese momento para no distraerme de mi labor divina; hay tantas distracciones en este mundo que de lo contrario sería muy difícil no hacerlo. Pero con ello también sé que he lastimado a varios seres, entre ellos a la familia de Cassle, o al emperador Altair Ryner, y también sé que, si pudiese recordarlos, aliviaría su dolor. Porque, aunque ahora carezca de sus recuerdos, Cassle Redgrim y yo somos un mismo ser.

Por eso, la presencia del emperador Ryner me inquieta, porque algo dentro de mí me dice, me grita, que cuando permanezco a su lado estoy haciéndole daño aun sin proponérmelo. Quizá lo mejor sea mantenerme alejada de él, pero, a la vez, no puedo controlar que mi corazón se acelere cuando lo tengo cerca y eso me asusta, porque no sé lo que significa esa reacción para este cuerpo efímero. Me aterra sentirme así, porque no soy capaz de controlarlo.

Hoy sus palabras en la biblioteca me han hecho reflexionar, el emperador Ryner habla de amor, de amor apasionado, un sentimiento que no puedo reconocer, pues nunca lo he experimentado, pero que él refiere como divino.

Oh, madre, espero que tú sí sepas qué es lo mejor para todos. Y que, si en realidad ese es un sentimiento digno de ser experimentado por una diosa, me permitas conocerlo.

Me retiro a mis aposentos para descansar, la brisa es cálida y aún quedan unas horas para el anochecer. El líder del clan Saeroyi ha sido muy amable al permitirme habitar su palacio, así que me esforzaré en no causarle ninguna molestia. Por ello, como muestra de respeto, acepté acudir a la ceremonia que va a celebrarse en nombre de todos los que cayeron en la batalla del Palacio de Piedra, en la que vencí a mi hermano Véxor.

Me siento en el diván en el que suelo acomodarme para disfrutar de mis lecturas en privado y sostengo entre los dedos el amuleto que el emperador me ha entregado. En su superficie está grabado el símbolo de mi hermano Theare, dios de la fortuna y la magia. Pero ¿por qué llevaría en el cuello algo así? ¿Es que le tenía especial adoración antes de conocer mi verdadera naturaleza? Me desconcierta en exceso no recordarlo. ¿Lo compré? ¿Lo tallé? ¿Alguien me lo regaló? Ojalá pudiese recordarlo. Ojalá pudiese recordar quién era Cassle Redgrim, la joven mestiza que me ha traído hasta aquí, esa que llena de melancolía la mirada plateada del emperador de los elfos.



Cierro los ojos y me encomiendo a mi madre, Eyra, ofreciéndole mi disposición a aceptar sus designios, una vez más.

Y entonces, cuando los abro, de nuevo me hallo ante ella, en ese

lugar mágico carente de cualquier referencia terrenal, en el centro de mi núcleo dorado. No he vuelto a verla desde que la abracé, sintiendo que mi realidad se transformaba, aceptando mi condición de diosa, esa que borró todos mis recuerdos terrenales. Eyra se encuentra ante mí envuelta en luz, con el cabello danzando libremente a merced del viento estelar. Camino hasta ella con paso decidido, sin temor alguno. Su presencia me aporta paz y sosiego y me detengo ante ella, que me ofrece sus manos de luz para tomarlas. Lo hago.

—Aquí estoy, mi pequeña. Todo ha salido bien, Véxor continúa preso en el Inframundo pagando por sus pecados; entonces, ¿qué te perturba?

—Hay algo, madre, algo dentro de mí que me hace sentir incompleta. Sabía cuál era mi labor en Idunia cuando tenía que detener a mi hermano y la cumplí sin dudarlo un instante. Pero ahora que todo ha terminado, ahora que debo adaptarme a esta vida hasta que regrese al Monte Celeste, no puedo evitar sentir que me siento incompleta. Que mi anterior vida crea un hueco en mi interior que no puedo llenar con nada.

—¿Es que acaso recuerdas algo?

—No, no lo hago. En absoluto. Pero siento que esa parte de mí misma sigue ahí, aunque no pueda recordarla. Y que de algún modo la añoro, que extraño esas sensaciones y esos recuerdos —confieso.

Eyra me mira con expresión contrariada.

—Si no hubiese borrado tus recuerdos, podrías haber vuelto a caer en la tentación de anteponer tus deseos mortales a tu obligación divina y no podía permitirlo. Había demasiado en juego. Aún lo hay, tu misión no ha acabado, debes contrarrestar todo el daño que ha hecho tu hermano en los corazones y las almas de los habitantes de Idunia.

—Lo sé, y lo haré. Estoy haciéndolo. Pero cada vez que el emperador…

—¿Es eso? ¿Aún sientes amor por él? —pregunta en un tono que me hace saber que se siente molesta.

—No. No lo siento, no lo recuerdo. Pero cada vez que estoy cerca de él… es como si mi cuerpo lo reconociese, como si mis manos añorasen tocarlo, mis brazos abrazarlo… Aunque sea un auténtico desconocido para mí… Y duele. Duele mucho, aunque no pueda entenderlo.

Eyra aparta la mirada y guarda silencio un instante.

—Mi pequeña, he tratado de protegerte para que no fallases en tu cometido, para que no sufrieses, porque el amor puede ser tan doloroso y cruel... No quería que experimentases un sentimiento que puede ser tan terrible y que eso te apartase de tu labor. Pero ahora veo que estoy haciéndote daño aun sin pretenderlo. Me he equivocado, ahora lo sé. Como sé que, en esta ocasión, tomarás el camino adecuado.

—¿En esta ocasión?

—Te devolveré todos tus recuerdos y dejaré en tus manos la libertad de actuar en consecuencia. Te amo, mi pequeña, y estaré esperándote cuando regreses a mi lado —asegura abrazándome con fuerza antes de apartarse de mí y besarme en la frente, provocándome un sutil cosquilleo.

Y entonces, todos, absolutamente todos los recuerdos de mi vida mortal me invaden como el agua tibia, llenando todos y cada uno de los recodos de mi mente, sucediéndose uno tras otro, devolviéndome la conciencia del ser que un día fui.

Pero no solo recuerdo la vida de Cassle Redgrim, también mi vida anterior como la ninfa Meliora, y vislumbro el rostro de Wylan Stormrider, sus ojos grises y su mirada cálida, cuando lo conocí y me enamoré de él en aquella playa, en el lugar que después se convertiría en Arrecife Azul. Y puedo ver su núcleo dorado, el lugar donde reside su espíritu, y contemplo asombrada que se trata del mismo espíritu, que Altair Ryner es la reencarnación de Wylan Stormrider y que el hechizo de Eyra me había hecho olvidarlo, tratando de impedir que lo reconociese y volviese a fallar en mi cometido.

Pero en mi interior jamás lo olvidé, por eso volví a enamorarme de él. Por eso lo reconocí aun sin saber que existía, por eso supe que una vez lo amé y nuestros espíritus se fundieron en uno solo presos de un amor inconmensurable.

Gracias, madre Eyra, por tu bondad, y gracias, mi adorada Rosy, por tu amuleto y por seguir ayudándome aun después de haberte perdido.

69

Meliora - Cassle - Hana

El sol es un disco dorado que toca la superficie del horizonte, casi con cuidado, como si pretendiese evitar que su contacto disturbe su paz. Camino descalza sobre la fina arena, disfrutando de la caricia intermitente de las olas, que me envuelven como si tratasen de decirme que me reconocen, que se sienten dichosas porque haya vuelto.

Jihoon Saeroyi ha enviado a uno de sus guerreros a buscarme para que lo acompañe a la ceremonia de homenaje a los caídos en la batalla del Palacio de Piedra, así que me dirijo al pequeño altar de madera que han situado junto a la orilla, en el que reposan, cuidadosamente dobladas, el sinfín de linternas de papel que pronto encenderán por los espíritus de los caídos en la batalla. El líder del clan *otoki* está acompañado por varios de sus guerreros, también por el emperador Ryner y su espada imperial, Kim Shin, que está junto a él, a su espalda, y al lado de estos, el erudito Leridan, cuya mirada se ilumina de dicha al verme llegar.

Altair Ryner me mira, y su mirada se desliza por mi cuerpo, desde los ojos hasta los pies, para después ascender y detenerse en mis labios. Me he puesto una túnica blanca para la ocasión, con bordados dorados en las mangas y en los bajos, he dejado mi cabello suelto y me he maquillado los labios con un ungüento de raíz de rubia, coloreándolos con un tono rojo brillante. Al ver su expresión contrariada, temo haberme excedido; sin embargo, quería estar hermosa, sentirme hermosa porque esto me hace sentir más segura ante lo que voy a revelarle. Altair Ryner aparta la mirada cuando lo descubro observándome fijamente.

—Gracias por acompañarnos, mi diosa —me dice Jihoon Saeroyi como saludo al recibirme. Me detengo junto a ellos, que se inclinan como muestra de respeto, sin poder evitar que mis ojos se desvíen hacia Altair a cada tanto.

Está serio, mucho, la ocasión lo merece. Y muy atractivo, con un

kimono azul de seda con los colores *otokis*, con las manos unidas ante el vientre. Mientras el erudito Leridan inicia la ceremonia, cierra los ojos y arruga la frente, como si el tiempo le pareciese eterno porque está deseando marcharse de aquí. Mi pobre Altair, cuánto debe de haber sufrido este último año.

El erudito en su discurso lamenta la pérdida de tantos guerreros y soldados, de tantos espíritus nobles que deben de estar descansando en el mundo celestial, esperando su regreso con el beneplácito de la diosa Eyra. Desea que esta los recompense con una reencarnación llena de gloria por su sacrificio.

Después, el líder Saeroyi dedica unas palabras sobre el honor y la valentía de los guerreros *otokis*. Altair hace lo propio con los soldados imperiales y tiene un especial recuerdo para su padre, el emperador Isembil Ryner, por su dedicación al imperio, así como para su madre, la emperatriz Suki Saeroyi, por su valor y su determinación por el bienestar de quienes habitan el imperio, sin hacer distinción entre *mujins* y elfos, y lamenta que ambos hayan sucumbido a los deseos desmedidos de poder que corrompen los espíritus y que deben ser vigilados y mantenidos a raya. Concluye dándome las gracias, como diosa reencarnada, por mi inestimable ayuda para vencer a Véxor, y comienzan a prender las llamas de las linternas que son liberadas al cielo, flotando como brillantes estrellas en el aire cuando la noche ya ha caído con su espeso manto sobre nuestras cabezas.

La ceremonia concluye y todos comienzan a retirarse. Es entonces cuando me acerco al emperador Ryner.

—Alteza imperial, si fueseis tan amable de concederme un instante, me gustaría hablar con vos, a solas.

Altair me mira y hace un gesto a Kim Shin para que se retire junto al resto de la comitiva. Nos quedamos a solas en la playa, con el arrullo de las olas como melodía de fondo. Altair está desconcertado por mi petición, sus músculos están en tensión, su expresión es de absoluta incomodidad.

—Vos diréis, mi diosa —me dice, con prisa por marcharse.

Carraspeo, estoy nerviosa, mucho. Repaso las palabras en mi mente, las recuerdo, a la perfección.

—«Quiero que tengas una buena vida, Cassle, que seas feliz. Que llegue el día en el que recuerdes con cariño, sin dolor, que una vez hubo un elfo, no un príncipe, no un heredero del imperio, sino un elfo,

que se sentía perdido hasta que te encontró. Un elfo al que le enseñaste que el amor no entiende de razas ni de seres, porque es un sentimiento tan sublime que solo entiende de almas» —recito de memoria mirándolo a los ojos. Altair arruga el ceño, su expresión se turba y sus ojos se llenan de lágrimas.

Tomo sus manos y entonces rompe a llorar como un niño pequeño. Su pecho se estremece y se derrumba entre mis brazos, que lo estrechan. También yo lloro, sosteniéndolo con fuerza contra mi cuerpo y asiéndome al suyo. Me aparto un instante para mirarlo a los ojos y lo beso.

Cuando nuestros labios se encuentran, siento que estoy completa, al fin. Que todo el dolor, las heridas, ahora podrán comenzar a sanar gracias al amor que sentimos el uno por el otro. Es un beso cargado de dulzura, de pasión contenida, del sentimiento más puro y desinteresado, el amor verdadero.

—Oh, Cassle, mi pequeña *mujin* —dice entre lágrimas que limpio con mis manos, acunando su maravilloso rostro—. Acabas de devolverme a la vida. Porque, aunque tuviese que hacerlo, no era capaz de enfrentarme una existencia sin ti, mi amada, mi *mujin*, mi diosa.

Epílogo

El prado se extiende infinito ante mis ojos, como una alfombra de verde terciopelo que se desvanece en el horizonte. La hierba, aún marchita y dócil por el frío del invierno, comienza a tomar vida nuevamente, anunciando el despertar de la naturaleza. Pequeñas flores, apenas perceptibles, se asoman entre las briznas de pasto como si quisieran saludar tímidamente al sol primaveral.

Al fondo del prado, una granja se levanta majestuosa, con su techo de tejas rojas y sus paredes de madera envejecida por el tiempo. Las aves cantan en la distancia y puedo oír el balido de las ovejas, que pastan tranquilas. Las cercas de madera, talladas con esmero y cuidado, delimitan el terreno y protegen las cosechas de los animales salvajes que pudiesen acecharlas. En sus postes trepan enredaderas que empiezan a brotar con hojas nuevas y frescas.

Detrás de la granja, un grupo de abetos se alza hacia el cielo como guardianes del bosque que se extiende más allá. Sus ramas, aún desnudas y con un toque de nieve, se balancean suavemente con la brisa primaveral. La primavera ha llegado al prado, y, con ella, la vida y la esperanza. El aire huele a frescura y a flores y el sol calienta con timidez la piel, invitando a disfrutar del nuevo ciclo de la vida que se abre ante nuestros ojos. No puedo evitar pensar que es un lugar hermoso para vivir.

Al fin estoy aquí.

Al fin podré cumplir mi promesa.

En cuanto bajamos de nuestros caballos, Altair toma mi mano y me dedica una sonrisa triste, consciente del cúmulo de sentimientos que se debaten en mi interior.

—Estás muy sexy vestida de campesina —me dice para aliviar la tensión, provocándome la risa haciendo referencia a las ropas humildes con las que nos hemos vestido para no llamar la atención. Para él siempre estoy sexy, con o sin ropa—. Creo que en nuestro regreso deberíamos hacer un breve parón de *avituallamiento*, hay muchos resguardos hermosos por el camino.

—¿Y que el emperador Ryner sea descubierto retozando al aire

libre con...?

—Con su prometida, sí. Por supuesto. Quien nos descubriese moriría de envida en el acto. Para tu suerte, me refiero, no todo el mundo tiene la dicha de retozar con un emperador —comenta guiñando uno de sus hermosos ojos grises, haciéndome reír de nuevo. No puedo amarlo más de lo que ya lo hago, o quizá sí, cada día, un poco más.

—Ya sé que soy una diosa muy afortunada —afirmo, y sus dedos se entrelazan con los míos mientras continuamos caminando despacio, sosteniendo las riendas de nuestros caballos.

—¿Estás nerviosa por la boda? —me pregunta, y me pongo seria antes de encogerme de hombros. Ni siquiera lo sé—. Sabes que todos los ministros y diátomes se sienten muy complacidos de que su emperador se despose con la reencarnación de una diosa. También la mayoría de los *mujins* están felices gracias a todas las reformas que estamos realizando desde que estás a mi lado.

—Lo sé, pero todo va demasiado lento. Las cosas deben cambiar más rápido.

—Son normas que llevaban establecidas muchos milenios. Si no queremos dar pasos en falso, debemos ir con pies de plomo. Además de la burocracia, ¿te preocupa nuestra boda? Solo faltan dos meses.

—Lo cierto es que no, te recuerdo que no es la primera vez que unimos nuestros destinos, Wylan Stormrider —le digo, provocándole una sonrisa.

—Es una suerte que no pueda recordar mi vida anterior, especialmente para todos quienes impidieron que fuésemos felices entonces —comenta, y yo aprieto su mano, haciéndole saber una vez más que el rencor es un sentimiento que no debe nublar nuestra felicidad.

Yo sí lo recuerdo, todo, y esto no hace sino que lo ame más aún. Sonrío al pensar en su expresión de sorpresa cuando le conté que no era la primera vez que uníamos nuestras vidas, y cómo sembré en su espíritu una pequeña semilla de mi propia condición de divina, para que, aunque Eyra me castigase con uno de sus hechizos, él pudiese reconocerme cuando nos reencontrásemos. Ese olor a mar...

—Además, nuestra boda *real* ya pasó —apunto alzando nuestras manos entrelazadas para observar el anillo de plata que llevo en mi dedo meñique, idéntico al suyo.

Me refiero a la ceremonia íntima que celebramos hace tan solo un par de semanas, en la que el maestre Rowan Jinus ejerció de oficiante y en la que nos unimos ante nuestros seres más allegados, para siempre. La *noona* Maylen, recientemente convertida en la radiante esposa del maestre Jinus, Kim Shin, Tellen y Jihoon Saeroyi asistieron por parte de mi amado, y mis hermanos y mi madre lo hicieron por la mía. Fue una ceremonia humilde que celebramos después todos juntos con un asado y vino, pero fue perfecta y hermosa, porque fue real, fue auténtica. Porque en ella Altair era solo un elfo enamorado como él mismo se describió, y yo solo era Cassle, una joven campesina, que se atrevió a amarlo. Mi madre divina, Eyra, también estuvo presente, sentí su dicha en mi núcleo durante toda la ceremonia, en la que no perdí detalle de la complicidad entre Kim Shin y mi hermana Ange, que parecen muy cercanos.

Llegamos hasta la entrada principal de la granja. En ella, un pequeño de cabellos rubios, de unos dos años, corretea jugando con unas ocas. Está despeinado y tiene la cara llena de churretes, sus ropas son humildes, pero bien confeccionadas.

—Hola, ¿Rauk Gilberton vive aquí? —pregunto al pequeño, acercándome, pero este echa a correr despavorido hacia el interior de la casa. Miro a Altair, asegurándome de que sus orejas puntiagudas están ocultas bajo su capa, también lo están las mías. Le recoloco un mechón de cabello que le ha caído sobre la frente.

—¿Lo hemos asustado? —pregunta desconcertado.

—Cuando eres un niño y vives en un lugar apartado como este con la única compañía de tu familia, cualquier visita te asusta. Lo sé por experiencia.

—Llamemos a la puerta, entonces —dispone dando un paso hacia delante.

En ese momento un hombre aparece por el lateral de la casa vestido con humildes ropas de agricultor, en sus manos trae un hacha.

Altair se lleva una mano instintivamente a su espada, *Escarcha*, oculta bajo la túnica. Detengo su mano y me sitúo ante él mientras el caballero se acerca a nosotros.

—Estate quieto. Si te haces el menor rasguño, Kim Shin me matará. ¿Sabes lo difícil que ha sido dejarlo en palacio para venir los dos solos? —Altair asiente; aunque no está conforme, sabe que soy mucho más poderosa que él. Mi magia ha ido aumentando a lo largo

de estos meses, he aprendido a controlarla, a contenerla y a liberarla a voluntad. Aunque intentase atacarme, jamás llegaría a más de un par de pasos de mí sin que lo lanzase por los aires en caso necesario.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —pregunta alarmado.

Doy un paso al frente, acercándome a él. De la casa sale una mujer con un bebé muy pequeño en brazos, se queda en la puerta, observándonos.

—Me llamo Cassle y soy amiga de Rosy. ¿Eres Rauk? —le digo escrutando su reacción. Rauk asiente y su expresión se torna en preocupación—. ¿Podríamos hablar con calma en algún lugar?

—Sí, claro, pasad a mi hogar.

Lo acompañamos al interior de la vivienda, que es tan humilde como lo parece en el exterior, tanto como mi propio hogar. Hay una olla puesta al fuego que desprende un cálido aroma. Rauk nos ofrece tomar asiento en torno a la mesa del comedor; lo hacemos, y la mujer deja al bebé en una robusta cuna de barrotes de madera, probablemente fabricada por ellos mismos.

—¿Deseáis tomar algo? No tengo demasiado que ofreceros, pero tengo algo de té. Sofiya, por favor… —pide a la mujer, dejando el hacha en la silla contigua.

El niño se agarra al brazo de su padre, que le acaricia el cabello con dulzura. En ese momento Altair se desprende de su capucha y yo también hago lo mismo. Rauk abre mucho los ojos, se pone en pie y hace una reverencia.

—Oh, alteza imperial, yo… no lo había reconocido.

—Tranquilo, no estoy aquí como emperador. Solo he venido a acompañar a mi futura esposa…

—Entonces, vos debéis de ser…

Afirmo con la cabeza, no quiero que se sienta intimidado por mi estatus.

—Rauk, siéntate, por favor. Estoy aquí en calidad de amiga de Rosy, como te he dicho —insisto, aunque por su expresión sé que está aún más desconcertado—. Antes de conocer mi condición divina —aún me cuesta pronunciarme como tal, aunque no me queda otra que asumirla y estoy haciéndolo del mejor modo que sé—, estuve trabajando como criada en el Palacio de Piedra —explico. Esa es una parte de la historia que ha sido omitida para todos los que no formaban parte de la corte imperial cuando eso sucedió. Los elfos, tan

orgullosos, no veían con buenos ojos que se supiera que les serví como *mujin* antes de revelarme como la reencarnación de Hana—. Así fue como conocí a Rosy.

—Entiendo.

—Voy a llevar al niño fuera, Rauk, para que podáis conversar en paz. Si Roslyn llora, avísame, por favor —advierte la mujer tomando al pequeño de la mano.

Rauk asiente. Está nervioso, mucho. Ambos salen de la casa, dejándonos a solas.

—¿Se llama Roslyn? —pregunto emocionada.

—Sí. Mi esposa conoce nuestra historia y le pedí que me permitiese llamarla así y aceptó.

—Es muy generosa.

—Lo es, es una gran mujer. ¿Cómo está Rosy? ¿Está bien? —pregunta sin poder contenerse más.

No sé cómo decir algo así con suavidad, así que lo haré sin más.

—Ella… Rosy murió, la perdimos hace poco más de un año y medio… Regresábamos de un viaje con la comitiva del Palacio de Piedra cuando fuimos atacados por unos bandidos. Ella… murió por salvarme —relato con gran pesar, no quiero llorar, quiero recordarla con felicidad, con alegría. Sé que a ella le gustaría así. Rauk, en cambio, no puede contener la emoción, y un par de lágrimas recorren sus mejillas—. Rosy deseaba entregarte algo —le digo buscando el amuleto en mi bolsillo, y se lo muestro, se lo ofrezco y él lo toma entre sus manos.

—¿Sufrió? —pregunta, roto de dolor.

—Fue rápido —respondo—. Ella soñaba con cambiar su aspecto y estuvo ahorrando para poder hacerlo, pero no pudo lograrlo. En una de nuestras conversaciones me habló de ti, me contó lo importante que habías sido para ella, cómo le habías infundido fuerzas cuando más débil se sentía y deseaba que lo supieras.

—Ella… era especial. No necesitaba cambiar su aspecto, a mí no me importaba, yo… yo la quería —confiesa con la voz entrecortada por la emoción—. Pero mi amor no fue suficiente.

—Lo fue. Tú la hiciste sentir hermosa, por primera vez en su vida. Ella deseaba que lo supieses, y por eso estoy aquí —afirmo posando mi mano sobre la suya, que reposa en la mesa, y la aprieto con dulzura.

Él se limpia las lágrimas y observa el amuleto.

—No merecía irse así. Merecía ser feliz, merecía que todos viesen lo hermosa que era y la amasen por ello, porque su corazón era el más puro que jamás he conocido —declara apretando el amuleto entre los dedos de la mano.

—Y tú lo hiciste, tú la viste como realmente era y la amaste por ello, y eso hizo que no perdiese la esperanza. Gracias en su nombre, Rauk, gracias por devolverle la ilusión.

—La esperé. Durante varios años, para ella era mi primer pensamiento al levantarme y el último al acostarme. Soñé en infinidad de ocasiones que me buscaba y compartíamos nuestra vida juntos, pero el paso del tiempo me hizo saber que no sería así, y entonces conocí a Sofiya... Me sentía muy solo y ella hizo que desease volver a amar.

—Lo entiendo, y ella también lo entendería. Estoy convencida de que la haría muy feliz saber que tú sí pudiste lograr tu sueño —afirmo indicando hacia el derredor—. Gracias, en nombre de Rosy, por hacerla feliz.



Cuando nos marchamos de la granja siento que ella me acompaña, que lo ha hecho todo el tiempo en el que hemos estado en el interior con Rauk. Espero que a él nuestra conversación le haya concedido algo de paz, a pesar del dolor, que no se sienta culpable por ser feliz, porque es lo que Rosy deseaba.

Altair vuelve a tomar mi mano, tira de mí, pegándome a su pecho, y me besa en el cabello con dulzura. Hay tanta paz y amor entre sus brazos que podría pasar días envuelta en ellos sin necesitar nada más. Sin embargo, hay algo que me ronda en la cabeza desde hace un tiempo y que no me he atrevido a preguntar, pero creo que ha llegado el momento, ahora que estamos a solas, lejos, en libertad.

—¿En qué piensas? —me pregunta, pendiente de mi silencio.

Sonrío.

—En si la primavera será cálida en Mour dentro de dos años.

Me mira a los ojos extrañado.

—¿Y por qué piensas ahora en eso? Sabes que en el Palacio de

Piedra hay muchas chimeneas…

—O quizá debamos trasladarnos a Bahki durante esa primavera. A esa casita de la que tanto me has hablado y que aún no he podido ver con mis propios ojos porque estáis muy ocupado, *señor emperador*. —Él detiene su paso al oírme, se aparta, me mira y me toca la frente como si tratase de comprobar mi temperatura. Retiro su mano—. ¿Qué haces?

—Creo que has tomado demasiado sol por el camino, te dije que debíamos venir en una carreta, pero insististe…

—Estoy bien, no me afecta un poco de sol, soy una diosa, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿por qué te preocupa tanto la temperatura que hará en primavera dentro de dos años?

—Porque… entonces daremos la bienvenida a nuestro pequeño o pequeña y temo que haga demasiado frío —suelto así, sin más.

Los ojos grises de mi emperador se abren mucho, se queda paralizado.

—¿Estás diciéndome que…? ¿Que vamos a ser…?

Asiento y me toma en brazos, alzándome en el aire, haciéndome girar sobre su cuerpo. Le doy varios golpecitos en el hombro para que me baje y, cuando lo hace, me besa en los labios apasionado. Es un beso delicioso, un beso que rebosa amor, todo el que son capaces de contener dos almas, que pronto serán tres. Cuando se aparta de mis labios se arrodilla ante mí, abrazándome el vientre.

—Bienvenido, pequeño, tu padre y tu madre se encargarán de que crezcas en un mundo en el que nadie sea perseguido por ser diferente. En un mundo seguro y en paz en el que vas a ser muy feliz, hijo mío. Te lo prometo.

—¿Y si es una hija? —pregunto, y él alza el rostro, mirándome a los ojos.

—Entonces, la encerraré en el torreón más alto del Palacio de Piedra para que ningún macho, elfo o *mujin*, se acerque a ella y nos la arrebate —bromea, haciéndome reír. Lo golpeo tibiamente en el hombro—. Si es una hija, la amaré del mismo modo, no lo dudes ni por un instante, amor mío.

Agradecimientos

Escribir esta novela ha sido un camino apasionante, toda una aventura que espero que tú, lectora, lector, hayas disfrutado recorriendo conmigo. Gracias por perderte en Idunia y descubrir entre sus páginas que el amor es capaz de sanar incluso la herida de una daga maldita, que es capaz de superar reencarnaciones y hechizos, solo si es amor verdadero. Espero que el camino hasta aquí haya sido placentero.

Gracias a mi familia, por apoyarme, por ilusionarse conmigo en este proyecto, por alentarme a desplegar las alas y volar; vosotros sois mi red, mi soporte y a la vez el viento que me agita las plumas para evitar que me detenga. Con vosotros, todo es sencillo. Os amo.

Gracias a Esther Escoriza, mi editora, por confiar en mí, por creer en este proyecto y ayudarme a dar forma a este nuevo mundo, por compartir mi ilusión y aguantar mis divagaciones, je, je, je. Sé que los dioses te han puesto en mi camino 😉.

Tengo la suerte de haberme encontrado con personas maravillosas a lo largo de mi vida, amigos que comparten mis alegrías y se preocupan por mis penas, esos que sonrieron de oreja a oreja y me rodearon con sus brazos y sus palabras cuando supieron de este proyecto. A vosotros, sabéis quiénes sois, gracias, soy muy afortunada de teneros.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a mi sevillana salerosa, Tiaré, por conjugar las estrellas para que mi constelación brille. Te quiero una *jartá*.

Biografía



María José Tirado nació a orillas del Atlántico, en la mágica ciudad de Cádiz, y creció en un pueblo de blancas fachadas y largas tardes de sol llamado Benalup-Casas Viejas, al que adora.

Siempre ha escrito, desde muy niña, y además es una lectora empedernida.

En el año 2013 se proclamó ganadora del IV Certamen de Novela Romántica Vergara – RNR con su novela *Mangaka. Lágrimas en la arena*, libro con el que se ha consolidado como una de las mejores autoras del género romántico en la actualidad. Ese mismo año salió a la venta *Perderme en ti*, número uno de ventas en distintas plataformas digitales. En octubre de 2015 se proclamó finalista del II Premio Titania con *Corazones de Acero*, que fue publicada en febrero de 2016.

Escribir es su pasión, pero, además, es enfermera, repostera amateur y una amante de la naturaleza. Aunque por encima de todo es la orgullosísima mamá de dos adolescentes que convierten cada uno de sus días en una mágica aventura.

Puedes encontrarla en su blog De cuando Caperucita se comió al lobo y en:

Instagram: @mariajosetirado

Facebook: María José Tirado

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

El Príncipe de Hielo
María José Tirado

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28440-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El sacrificio de la reina

García Ferrer, Patricia

9788408286578

464 Páginas

Una fantasía romántica repleta de aventuras, magia, amor, peligro y traiciones. Cuando el enemigo reclama tu vida solo existe un camino… Rogvall nos ha declarado la guerra. Llevo preparándome para ser reina de Aisha del Norte desde que era una niña, por eso sé

que corremos un grave peligro. Nuestra eterna enemistad con los elementales ha provocado guerras y muertes durante milenios. Por desgracia, el pasado nos persigue, y la única manera de evitar un nuevo derramamiento de sangre es ofrecerle mi vida a Rogvall, eso o tratar de equilibrar la balanza encontrando la manera de arrebatarle sus poderes. El Alto Mando y mi padre quieren protegerme y dejarme al margen de la expedición, pero esa es una actitud egoísta que no voy a permitir, aunque para ello tenga que simular que Marcus, el hijo del capitán general de Aisha del Norte, me ha embaucado para que me suba en su carromato y abandone la seguridad de mi hogar. Sé que es una locura, sobre todo porque no acabo de entender en qué momento mi enemistad con Marcus se ha ido transformando en un deseo incontrolado de besarlo.



Flores que sobreviven al invierno

Parrish, Isabelle

9788408284079
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un enemies to lovers que derretirá hasta el corazón más frío. Abby Langford lleva enamorada del patinaje artístico sobre hielo desde que se mudó a Massachusetts. Ahora que por fin ha terminado la universidad, debería estar centrada en ganar la copa Cranberry junto

con su mejor amigo, Sean, si no fuera porque este se ha lesionado en el último momento. Así que a Abby no le queda más remedio que encontrar otro compañero en tiempo récord o estará fuera de la competición. Tao Williams es su única esperanza. Abby detesta tener que pedirle ayuda a Tao, pero sabe que el excapitán del equipo de hockey del instituto en el que estudiaron se defiende sobre el hielo. O lo hacía, antes de que una grave situación familiar lo alejara del deporte para siempre. A Abby le va a costar, primero convencerlo de que se apunte con ella, y luego tolerarlo, pero es su única opción si quiere hacer realidad sus sueños más ambiciosos. ¿SERÁ EL HIELO CAPAZ DE ENAMORAR A DOS RIVALES SOBRE LA PISTA?



El año en el que (casi) fuimos

Zárate, María

9788408285625
656 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Hay que seguir apostando por el amor por muy inoportuno e inevitable que sea, o aceptar que algunas veces puede convertirse en un punto muerto entre lo que pudo ser y lo que nunca será? Josh siempre lo ha tenido todo fácil: es una persona que cae bien, con una

novia maravillosa, un trabajo de paso y unos amigos que comparten sus gustos. Es feliz con poco, sin problemas. Entonces, conoce a Alessandra. Venida de Italia, llega para trabajar con él en el Madame Tussauds. Ella también tiene novio, amigos y una vida. Sin embargo, en cuanto congenian Josh sabe que ya no hay vuelta atrás. Porque de la amistad al amor hay un paso, y ellos no hacen más que bailar en esa línea fina que los separa. Eso son problemas, errores y demasiados asuntos que Josh no sabe gestionar. Pero si Less de verdad es su alma gemela, ¿está dispuesto a sacrificar la facilidad de su vida por tirarse al vacío? «A lo largo de las páginas de esta historia he reído, he llorado y me he enamorado. De Londres y, sobre todo, de Josh McMillan.» Myriam M. Lejardi

Porque Helsey tiene dos objetivos: *Mantenerse en su zona de confort. *Conseguir que su secreto siga siendo un secreto.   Solo hay una cosa con la que Helsey no ha contado: Tommy Taylor. Siendo concretos: Tommy Taylor y tener que fingir que son novios para que su familia no piense que es una negada total. ¿Qué podría salir mal? ¿Lo de fingir una relación? ¿Lo de hacerse amigos en el proceso? O, quizás, ¿lo de dejarse llevar? Sí, seguramente será eso último… Lo que Helsey no imagina es lo increíble que va a resultar, cuánto va a reír, cuánto va a soñar y, sobre todo, cuánto va a sentir.



De la A a la Z

Sanz, Laura
9788408268895
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Solo cuando seas capaz de quererte y aceptarte estarás preparada para entregar tu corazón «Te apuesto a que no eres capaz de acostarte con la chica más fea del local.» Zeta le dio un trago a su whisky y se quedó mirando a su amigo con cierta indiferencia.

Normalmente no solía entrar en ese tipo de juegos, pero estaba hastiado y no tenía nada mejor que hacer, así que no lo pensó demasiado y, con un encogimiento de hombros, aceptó. Tras una traumática ruptura amorosa que la había llevado a encerrarse en su piso durante unos meses para autocompadecerse, Abi accedió por fin a salir una noche con sus amigas. No estaba en su mejor momento, por lo que cuando aquel chico impresionante de ojos azul océano y pinta de modelo de pasarela se acercó a ella para invitarla a una copa, pensó que se trataba de un malentendido. Así es como comienza la historia de Abigail y Zeta. Una historia llena de mentiras, verdades a medias, pasión desmedida, autodescubrimiento y, sobre todo, mucho mucho corazón.